

**Miguel Ángel Ochoa Brun**

**ENCUENTROS EUROPEOS  
DE DIPLOMACIA**

**Personajes, misiones y  
temas de Historia**

**XXXVIII**

**BIBLIOTECA DIPLOMÁTICA ESPAÑOLA**  
Sección estudios 38

MIGUEL ÁNGEL OCHOA BRUN

# ENCUENTROS EUROPEOS DE DIPLOMACIA

**Personajes, misiones y temas de Historia**

MINISTERIO DE  
ASUNTOS EXTERIORES,  
UNIÓN EUROPEA  
Y COOPERACIÓN

MADRID 2020



MINISTERIO  
DE ASUNTOS EXTERIORES, UNIÓN EUROPEA  
Y COOPERACIÓN

## BIBLIOTECA DIPLOMÁTICA ESPAÑOLA

Sección Estudios núm. 38

### SUBSECRETARÍA

Secretaría General Técnica

Vicesecretaría General Técnica

Área de Documentación y Publicaciones

© Ministerio de Asuntos Exteriores, Unión Europea y Cooperación, para esta edición.

© Miguel Ángel Ochoa Brun.

© de las imágenes: las instituciones correspondientes.

NIPO en papel: 108-20-016-5

NIPO en línea: 108-22-006-2

Depósito Legal: M-13584-2020

ISBN: 978-84-95265-90-6

Diseño y maquetación: Pilar Seidenschnur

Impresión: StockCeroDayton

Imágenes:

Pág. 10: Dominio público | pág. 40: Depositphotos | pág. 78: Gallica/BnF | pág. 118: Dominio público  
|pág. 204: Dominio público | pág. 246: Depositphotos | pág. 290: Dominio público.

El contenido de esta publicación es responsabilidad exclusiva de su autor.

Catálogo de Publicaciones de la Administración General del Estado

<https://cpage.mpr.gob.es/>

*En esta publicación se ha utilizado papel libre de cloro reciclado y/o papel de fibra virgen de bosques gestionados de manera sostenible con el certificado “FSC”, de acuerdo con los criterios medioambientales de la contratación pública.*

*A tenor de lo dispuesto en la Ley de Propiedad Intelectual, no está permitida la reproducción total o parcial de esta publicación, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, ni su préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión de su uso, sin el permiso previo y por escrito del autor, salvo aquellas copias que se realicen para su uso exclusivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, Unión Europea y Cooperación.*

## ÍNDICE

<b>1. Misión y servicio en los embajadores del Renacimiento</b> .....	<b>10</b>
<b>2. Francesco Petrarca, Embajador</b> .....	<b>40</b>
<b>3. Juana de Arco en la Diplomacia de su tiempo</b> .....	<b>78</b>
<b>4. Erasmo de Rotterdam y los embajadores europeos</b> .....	<b>118</b>
<b>5. Maquiavelo diplomático*</b> .....	<b>204</b>
<b>6. Mozart y la Diplomacia ilustrada**</b> .....	<b>246</b>
<b>7. Diplomacia vaticana: el privilegio de Exclusión en los conclaves</b> .....	<b>290</b>

\* sobre el texto publicado en su día en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, y con su autorización:  
“Maquiavelo diplomático”, en *El Príncipe de Maquiavelo*, Madrid, 2014, pp. 181-236.

\*\* sobre el texto publicado en su día por el mismo Ministerio de Asuntos Exteriores :

“Mozart y la Diplomacia de su tiempo”, Cuadernos de la Escuela Diplomática, Madrid, 2ª época, VI, 1992.

# PROEMIO



El título ya lo advierte. Se trata aquí de Diplomacia. A la palestra en que se dirimen las cuestiones internacionales, ofrece la Diplomacia un escenario primordial. En su ámbito se mueven personajes, se producen sucesos, se planean viajes, se alegan prerrogativas, se defienden derechos, se fomentan encuentros. Está, pues, bien anclada en toda referencia del pasado. Vinculada a las circunstancias de cada época, la Diplomacia se contagia de sus caracteres, se adorna de sus apariencias y sabe enriquecerse de su estética.

O también contribuye a describir sus avatares. Cuando es así, la Diplomacia y sus sujetos se convierten en piezas de Historia, que traslucen situaciones y momentos, o bien se transmutan en intérpretes de una época, a veces los más notorios y conspicuos. Así sucede que puede hallarse la Diplomacia en medio de acontecimientos que la condicionan o la describen, o bien ella y sus individuos sirven de referencia para mejor explicarlos. O se nutren y revisten de los modos que a la vez conforman un tiempo y se tornan su eco más explícito.

Escenario, pues, de sucesos, receptáculo de contenidos o delimitadora de perfiles, la acción diplomática viene a ser, sin que nadie se lo proponga, un medio de conocimiento. Conocimiento de sí propia y de los hechos en que le tocó vivir, que pudo presenciar o que en ocasiones protagonizó. Y como todo aquello que la Musa Clío toca, obtiene un empaque que de una parte la identifica, de otra consiente mirar a través de ella cosas y personas que adquieren especial y acaso diversa silueta o inesperada proyección.

A lo largo de los mil vaivenes de la Historia, puede suceder, o más bien a menudo sucede, que personajes eminentes de la misma se vean involucrados o tangencialmente requeridos por los quehaceres de la Diplomacia u ocasionalmente ubicados en alguno de sus escenarios. O también que éstos, que de por sí ya muestran circunstancias muy variadas, cronológicamente dispongan los recorridos de sus protagonistas en una ilación no ajena a la que la propia Diplomacia ofrece en sus anales. O que el historiador que aspire a analizarlos enhebre sus hechos instalándolos en la traza que la Diplomacia generalmente exhibe al especializado o simplemente curioso espectador. A éste desearía el autor de estas páginas brindar tales ocasiones de observación, acaso no desprovistas de singulares perspectivas.

Pero cuando aquí se habla de Diplomacia, no se aspira a definir una entidad abstrusa ni se pretende hacer una reunión artificiosa de ingredientes, que tal vez sean con razón tachables de incongruencia. Cuando de Diplomacia se trata, se construye voluntariamente un conjunto que representa a los Estados, traduce sus empresas, garantiza sus intereses y lleva a efecto sus voluntades. Es un conjunto compuesto de tipos y de actividades humanas que reúne tanto a los sujetos sobre los que versa como a los modos en que se realiza. Pero ello no por medio de raros instrumentos o de difusas técnicas o maquinaciones, sino por el comprobable quehacer de unas personas a las que compete una misión, que se efectúa en el marco de unas normas bien conocidas. A ellos antaño dio Júpiter como patrón a Mercurio, viajero impenitente y transmisor activo. Mercurio, o Hermes de los griegos, emisario de los dioses, con alas en los pies y el caduceo de la paz en la mano.

Los diplomáticos son, pues, los llamados embajadores, enviados, mandatarios, plenipotenciarios, nuncios o legados. Sobre todo, mensajeros. Es decir, portadores de una aspiración y provistos de unas instrucciones, a su vez basadas en una noticia.

San Isidoro en sus Etimologías apunta a una especialísima coincidencia. Según él, la misma palabra latina, *nuntius*, sirve para el nuncio y para lo que anuncia, tanto para el encargo como para quien lo ejecuta, tanto para el emisario como para la nueva que difunde y acarrea. Ésta se convierte así en la idiosincrasia de una función. El mensajero se hace noticia. Ésta se trueca en una tarea. Es la que, en las *Suplicantes* de Eurípides, Teseo impone al mensajero: “tu deber será el de servir a tu ciudad y a mí, llevando mensajes por doquier”.<sup>1</sup>

Pero la noticia es también recuerdo. De ahí que en torno al mensajero sea lícito construir Historia. La de la Diplomacia es también crónica de acontecimientos personales y generales, porque es historia de realidades y de relaciones, basadas en la multiplicidad de factores, producida por vidas en movimiento viajero. “El hombre que ha recorrido muchas tierras piensa que ha estado aquí y acullá, y recuerda muchas cosas”, enseñó ya Homero<sup>2</sup>. Y otros hombres, que de ello supieron, lo recuerdan por él y construyen Historia.

Por eso la noticia, que es instrucción y es tarea, se hace también testimonio. Es objeto de descripción y con ello se instala en la referencia de la crónica de sucesos en que radica la labor histórica.

Esa labor aspira a convertir los hechos en relato, con sus matices, sus colores, su situación en el mosaico donde ocupan un preciso lugar. En este li-

---

1 *Suplicantes*, 383.

2 *Iliada* canto XV, vº 80.

bro que el lector tiene en sus manos se colocan tareas y personajes, acciones y actores, en determinado sitio y revestidos de las condiciones que aquí se ha pretendido resaltar. Eso es todo.

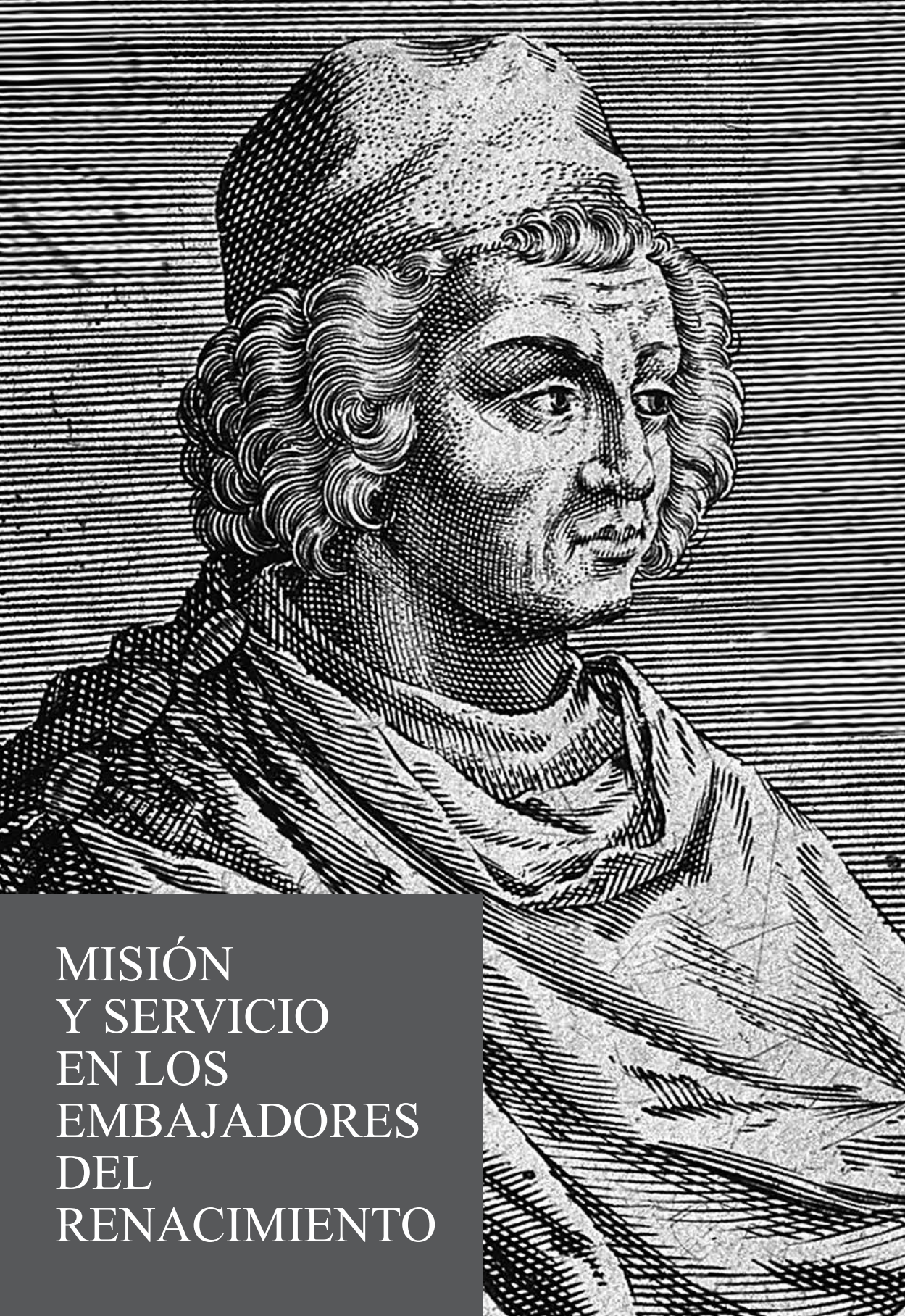
Las andanzas de esos personajes, tal como aquí se refieren, acaso obligados por la aviesa mano del autor a emprender veredas que les eran no tan usuales, pudieran tal vez abrir ventanas en sus vidas o en sus entornos, que contribuyan a situarlos en inesperados momentos o lugares. La Historia ha de saber jugar con tiempos y espacios. Es lo suyo. Aristóteles definió el tiempo como la medida del movimiento, según lo que primero fue y lo que después siguió. Aquí el lector verá lo que ha sido en algunos momentos y lo que después siguió en otros muy distantes. El hilo que forzosamente los une es la actividad que hoy llamamos diplomática y que antaño se juzgaría ser el mero circunstancial oficio de los embajadores de los príncipes. Ese oficio los llevó a ejecutar tareas y a pisar suelos o actuar en instantes, donde se vio inmersa en acontecimientos que luego la Historia ha querido especialmente rememorar. Son, pues, personajes en sus escenarios. Y de nuevo, esto es todo.

A esos escenarios se ha querido conducir al paciente lector. Bueno será que el lírico Petrarca, la audaz guerrera Juana, el erudito Erasmo, los humanistas del Renacimiento, el sagaz Maquiavelo, el armonioso Mozart o las ocurrencias vaticanas no hayan decepcionado sus previsiones. Se los ha querido colocar a todos ellos aquí, atrapados en el enredo de las relaciones diplomáticas o amistosamente trabados en las vidas de embajadores contemporáneos suyos, para así convertirlos en parte de la Diplomacia de sus días, a la que, a través de ellos, se pueda arrimar quien a estos capítulos se asome. El propósito era traer al lector a recorrer sabidas sendas históricas, en cuyos márgenes pudiera sorprenderle la novedad de algunas trazas no advertidas o de algunas visiones antes no intentadas. No serán nuevas rutas, sino sólo escalas de las ya seguramente a menudo trilladas por quienes estas páginas se atreven a leer.

Que tales escalas no se le hayan hecho tediosas, donde fuera deseable se le hiciesen amenas: ésa fue la voluntad del autor. Y que le aprovechen para remirar la Historia, acaso disfrutar de aspectos infrecuentes de ella, o inquietarse con sus raros eventos o reconciliarse con sus sucesos. Si así fuese, simplemente si así fuese, el autor se tendría por bien servido.







MISIÓN  
Y SERVICIO  
EN LOS  
EMBAJADORES  
DEL  
RENACIMIENTO

## UNA ÉPOCA Y SUS ACTORES

Todo hombre, más si es historiador, padece y disfruta a la vez de la tentación de volver la mirada hacia el pasado. Busca allí lo que fue, pero también cómo comenzó a ser lo que hoy es. Y atisba sugerencias, otea paisajes ya remotos, inspecciona caminos ya hollados o se empina hacia las fuentes de las que un día manó el agua que apaga su sed presente. Halla quien tal haga a veces modelos que ayuden a mejor hacer, paradigmas que muestren o máximas que instruyan.

Quienes compartimos la cultura europea, gozamos del privilegio de poder recurrir a una época, cuya evocación nos sirve de enseñanza y de deleite. Es una época que exhibe dos nombres. Uno, el Renacimiento, porque hizo reaparecer el mundo añorado de la Cultura clásica. Otro, el Humanismo, porque advirtió al hombre de su dignidad.

Ciertamente, no todo lo que hoy tenemos procede de ese tiempo. Otras épocas han dejado una huella que se manifiesta en nuestros días, en nuestro quehacer y en nuestro pensar. No toda nuestra Europa hodierna es, acaso por desgracia para ella, fruto de las concepciones del Renacimiento. Pero algo puede decirse: ahondar en él, rastrear sus maneras, escrutar sus metas, adivinar sus propósitos o excavar sus raíces, será siempre una enseñanza y a menudo una iluminación. Pensamientos que allí se incubaron sirven luego para mejor entender, para dejarse aconsejar, quizá también para deplorar, con nostalgia, la imposibilidad de su repetición. Ojalá el Renacimiento sirviera para enseñarnos también a nosotros a renacer.

Si la estructura de nuestras mentes, la libertad de nuestros espíritus, la capacidad creadora de las Artes, deben tanto a aquellos impulsos, no apartemos la vista del escenario europeo que nos acoge y que por entonces empezó a configurarse. No hay escenario sin actores y entre éstos, en el entrelazado de las relaciones internacionales, se hallaba presente el personaje de la Diplomacia. Es ésta un antiquísimo acompañante de los contactos entre los pueblos. Ciertamente la Diplomacia no se llamaba así. No se había inventado ese raro nombre convencional e impredecible. Se usaba más bien un título más claro y expresivo: el oficio de los legados. Y los términos de “legados”, “oradores” o “nuncios” primaban aún en una terminología en la que sólo poco tiempo después se abriría paso el nombre de “embajador”. Pero no se discute que, tal como ahora la conocemos, empleamos y contemplamos, la función hunde sus raíces en ese fenómeno rico y multiforme del Renacimiento. En su seno nació lo que llamamos Diplomacia Moderna.

[ Izq.: Ermolao Barbaro, Embajador veneciano y personaje del Humanismo renacentista.

Los factores que impulsaron su brote y nacimiento son conocidos. Y siempre aducidos y aducibles. Fueron la sustitución del monolítico edificio feudal del Sacro Imperio por la creciente multiplicidad de entes menores políticamente autónomos, bajo la divisa “Rex est Imperator in regno suo”. Fue el subsiguiente fortalecimiento del Estado Moderno, acaso discutible en la admisibilidad de sus alegadas bases teóricas pero innegable en su fáctica robustez. Fue finalmente la aparición de las embajadas permanentes, que dieron a la función itinerante una inédita y perdurable eficacia real.

Todo ello es conocido y no merecería la pena rememorarse. Pero hay algo más y sobre ello sería tal vez oportuno formular estas consideraciones.

Porque no es sólo que escritores y artistas enriquecieran sus capacidades de crear. Las gentes fueron habituándose paulatinamente a mostrar otras actitudes. Los estadistas desecharon formas medievales envejecidas y se atribuyeron nuevas capacidades. Habrá quienes digan que ello no se produjo así, ni por ensalmo, ni por un plan determinado. Pero de alguna manera habrá de explicarse ese tránsito, antes citado, desde el Sacro Imperio feudal a los Estados modernos y el paso a ideas políticas innegablemente diferentes.

Es verdad que no fue un cambio ni súbito ni fortuito. Hubo un gozne de dos edades que se incardina en el siglo XIV. Allí se forjaron los elementos que habían de producir, en la siguiente centuria, una tan impensada floración de invenciones. Entonces acuñó Marsilio de Padua en su famoso *Defensor Pacis*<sup>1</sup> novísimas ideas sobre la convivencia de Estados, que antes no se concebían sino a la sombra del Sacro Imperio. Y ese paso ya no conoció posible retroceso. Es verdad que en el siglo XV un preclaro humanista, hombre político como pocos, hombre de iglesia y finalmente Papa, Eneas Silvio Piccolomini, en *De ortu et auctoritate Romani Imperii* habría todavía de ensalzar al Sacro Imperio (y a su amo Federico III). Pero no cabe engañarse. No sería ya el *Imperator mundi*, sino el mero garante de la paz y del estado de la república. Los Estados habían comenzado ya a entenderse sobre la base de otros principios y, por ende, también a relacionarse inaugurando otras maneras.

Pero también en ese siglo XIV controvertido, rico y precursor, época de intranquilidad espiritual, de longeva guerra, de mutaciones políticas, de cismas religiosos y de devastadoras pandemias, pero también de alborear cultural, se asomó ya el brillante fenómeno que puede tenerse como el inseparable acompañante intelectual del Renacimiento europeo o incluso como su verdadero impulsor: es el Humanismo. Fue su indudable capacidad motriz la que abrió caminos e iluminó rutas con la antorcha de una instigadora sabiduría, que era ricamente antigua y a la vez repentinamente innovadora.

---

1 II, 28, 15.

Porque el vigor y la savia de la Cultura que por entonces se supo recuperar no sólo sirvió para recrear obras de Arte o de pensamiento. No es que la Humanidad de entonces fomentara los estudios, sino que los estudios propiciaron un nuevo tipo de humanidad. Y ésta se insinuó en el modo de pensar, de sentir y también de obrar. No se enuncia con ello nada que no se sepa. Pero no estará de más observar el hecho de cómo el redescubrimiento de una rica y antigua cultura despertó raramente nuevos modos de obrar y de concebir.<sup>2</sup>

En ese mundo prima y dirige las mentes el Humanismo, no sólo fenómeno meramente cultural. Con razón se ha visto convivir en él varias corrientes diferentes aunque simultáneas y no incomunicadas entre sí.<sup>3</sup>

De tal suerte, ese elemento puramente intelectual, el Humanismo, trazó también una impronta en el oficio de los legados, que hoy llamamos Diplomacia. Y fue precisamente un excelso hombre de letras, que ha dejado su obra y su nombre por siempre ligados a la lírica, quien en el curso de sus viajes, muchos de ellos en actividad de embajadas, descubrió, en un discurso de Cicerón, la raíz y denominación de lo que hoy llamamos precisamente humanidades. Fue Francesco Petrarca.<sup>4</sup>

Esa denominación obtuvo más tarde una decisiva acuñación. El término de los “studia humanitatis” en los años del Renacimiento europeo viene dada por la pluma de un hombre político: Coluccio Salutati, Canciller de la República florentina, quien aludió a la formulación del concepto en una carta datada en tan temprana edad como 1401; en ella menciona los “humanitatis, hoc est eruditio-nis moralis studia”.<sup>5</sup>

La Política, pues, aliada a la erudición. Es decir, la vida de acción, la participación en la vida civil, viene no sólo explicada, sino exigida por el haz de sabiduría que acarrearán los estudios de la remota humanidad. La vida de acción no es una circunstancia, es un deber, en cuanto que el servicio a la cosa pública debe ser inherente a la actividad humana. La *República de Platón* ya requería la participación de los filósofos en su gobernación.

El Embajador no forma desde luego parte del engranaje de esa gobernación, pero depende de sus movimientos y rotaciones. El embajador es un servidor del Estado y como tal, es un actor de la vida civil. No es un adalid, no es un

---

2 Una llamativa contradicción. Acaso ninguna época tan innovadora como el Renacimiento y, sin embargo, ninguna que de tal modo se haya basado en un renacer del pasado.

3 Según Antonio Fontán hay tres corrientes del Humanismo, técnica, espiritual y política, pero “no deben concebirse como aisladas ni incomunicadas entre sí” (*Humanismo Romano*, Barcelona, 1974, p. 279).

4 *Vid.* en este libro el capítulo dedicado a “Petrarca, Embajador”.

5 *Vide* sobre ello oportunamente FERNÁNDEZ GALLARDO, Luis, *El humanismo renacentista. De Petrarca a Erasmo*, Madrid, Arco/Libros, 2000, p. 15.

estadista, no es un mentor espiritual, no es un filósofo, aun cuando esto último acaso sea lo que más se le aproxime. ¿Y es un pensador?

**En aquel tiempo, sí.** Y ello es tan relevante, que no puede darse de lado la sorpresa que ese descubrimiento causa y la iluminación que a la par produce. Y también las ponderosas consideraciones a las que puede encaminar.

La Diplomacia no es una rama del pensar. Sino del actuar. El Embajador representa, cumple, obra. Ni es autor de sus instrucciones ni está facultado sino para aplicarlas. ¿De dónde, pues, a qué camino hay que atribuir esa vinculación entre Diplomacia y pensamiento renacentista?

¿Cómo se produjo y por qué esa llamativa e innegable irrupción de los humanistas en el escenario de las legaciones entre los Estados? Aclaremos: no es simplemente que los hombres de cultura se apropiasen de las embajadas de los Príncipes, por ser más aptos, más duchos, más estimables. Lo es, ciertamente, y bien se sabe. Pero hay algo más.

No es desde luego extraño que la antigüedad grecolatina esté presente en cada onda de transmisión de la cultura de aquellos días precoces del Renacimiento. Pero tampoco debe olvidarse que fueron a menudo los embajadores sus transmisores.<sup>6</sup>

A mediados del siglo XIV, el monje Barlaam, un calabrés educado en Bizancio, llevó en nombre de Roberto I de Nápoles una embajada a Aviñón, ávida de difundir enseñanzas griegas a un público ávido de recibirlas. Por entonces, Nicolás Sigero, embajador bizantino en Roma, trajo en su bagaje manuscritos griegos. A fines del mismo siglo, Manuel Chrisolorás, embajador de Manuel II de Bizancio para recabar ayudas a Constantinopla, trajo consigo la chispa de la cultura griega, que prendió inmediatamente en el bien predisuesto campo de Italia. Al Concilio de Florencia fue enviado desde Bizancio nada menos que el insigne teólogo neoplatónico Jorge Gemistós Plethon<sup>7</sup>, que quedaría desde 1438 en la Corte médica.

Fue ello un aluvión de gentes, una turbonada de recién llegados, envueltos entre sí filósofos, eruditos, embajadores. Bizancio enviaba a la Europa Occidental un regalo de ideas y de gentes. Se mezclaba la misión a la cosa pública con el servicio al intelecto. No estaban entonces tan separados, felizmente para ellos.

Se acaban de mencionar dos palabras que precisamente se han escogido aquí como título. Misión y servicio. Son palabras que cualquier diplomático de cualquier tiempo reconoce sin más como cosa que lo afecta. Misión viene

---

6 Se busca incluso una continuidad terminológica; se evocan para la función de los embajadores los antiguos nombres: *feciales*, *heraldos*. “Ea de re feciale, quem Araldum vocat, Barcellonam mittit”, dice Valla de una embajada en su *Historiarum Ferdinandi Regis Aragoniae*. (Edición de 1521, p. 122).

7 Γεώργιος Γεμιστός Πληθων.

de enviar y servicio de servir. Si existiera un frontispicio de la Diplomacia, allí campearían esos dos conceptos.

Sería afirmación presuntuosa e infundada decir que entonces, en los tiempos de las letras renovadas, aparecieron ambos conceptos ya unidos al desempeño de la Diplomacia. Pero sí hay algo que indudablemente aparece con caracteres visibles: “el oficio”. Es la institucionalización del quehacer diplomático. Eso sí puede advertirse en el siglo XV, junto al surgimiento de formas inéditas de representación exterior. Ahí se dieron a la luz textos doctrinales que, bajo un título expresivo y bien puesto, *De officio legati*, aspiraron a catalogar preceptos y fijar normas. Es decir, no es la función, que ya existía, ni el envío, que es consubstancial a la Diplomacia, sino el oficio. En él se unen Misión y Servicio.

Al nacer la Edad Moderna, los monarcas europeos se hallaron con tres cosas: un Estado moderno, mejor trabado y organizado; una política exterior ducha en juegos de alianzas; y una diplomacia que había estrenado rasgos de permanencia y residencia, frente a la itinerancia y ocasionalidad medievales. Esa Diplomacia<sup>8</sup>, a la que bien calificarse de Moderna, ofrece, por supuesto, mil facetas. Algunos caracteres son muy visibles y sugestivos. Tales son las ideas de saberse en el cumplimiento de una **misión** y en aplicar los modos de su **servicio**. A eso se aplicaron los sujetos, titulares, protagonistas del desempeño de tales cometidos.

Y quizá podría distribuirse la tarea diplomática de aquellos tiempos en cuatro sujetos protagonistas, cuya actividad resulta hoy, al juzgarla con perspectiva histórica, igualmente sugestiva: son el **Secretario** del Príncipe o de la República, el **Embajador** en tierras ajenas, el **Tratadista** que analiza su oficio y el **Cronista** que lo refiere. Todos ellos comparten su **misión** y la ejecutan en diversos **servicios**. La **misión** consiste en la sumisión al ente político en el que se hallan encardinados. Los **servicios** son respectivamente el Gobierno, la Representación, la Teoría y el Relato. El Secretario o Canciller orienta, dirige y expone la gestión exterior de su Estado, imparte instrucciones y cuida de su ejecución. El Embajador cumple esas instrucciones y actúa como la sombra de su amo ante otros soberanos. El tratadista convierte todo ello en un estudio del arte o de la ciencia de tal ejercicio. El Cronista cuenta su embajada y de paso engrandece los anales de los sucesos externos propios.

Todos ellos militan en el campo del Humanismo. No sólo eso. Suelen estar entre sus figuras principales. Y ello independientemente o por mejor decir

---

<sup>8</sup> Ha de releerse siempre el clásico libro de Garret MATTINGLY, *Renaissance Diplomacy*, Londres, Jonathan Cape, 1955. Traducción española del diplomático Conde de Campo Rey, Madrid, Inst. de Est. Pol., 1970. También OCHOA BRUN, M.A., *Historia de la Diplomacia española*, especialmente vol. IV, 1995, así como *eiusdem* “La Diplomacia española y el Renacimiento”, *Diplomacia y Humanismo*, Madrid, Fundación Pastor de Estudios Clásicos, 1989, pp. 26-63.

simultáneamente con sus cometidos. Ermolao Barbaro es el más influyente de los tratadistas de Diplomacia (su *De officio legati* es una obra paradigmática) y a la vez es cumplido Embajador de Venecia. Lorenzo Valla es un prohombre de la literatura humanística y a la vez Embajador de su amo el Rey Alfonso el Magnánimo y biógrafo de su padre Fernando *el de Antequera*. Gioviano Pontano, Canciller en la Corte, actuó como plenipotenciario<sup>9</sup>, a la vez que dirigió la Academia napolitana como intelectual distinguido<sup>10</sup>. Son sólo unos ejemplos.

Ahora bien: aquello nació en aquel preciso tiempo y de la pluma de hombres que reunían los dos caracteres, hombres de letras y embajadores. El más conocido y difundido de tales tratados es obra de Ermolao Barbaro, preclaro para la posteridad como humanista famoso, lo que no empaña su desempeño de embajadas. He ahí, pues, la Diplomacia moderna, que por entonces da sus pasos; no es sólo una evolución política, lo es también, inadvertidamente intelectual.

Esa Diplomacia humanística sucede a la que podría llamarse Diplomacia gótica. Ésta es la que se había ejercido, con gran profusión, movilidad y eficacia en el Bajo Medievo: la de la Guerra de los Cien Años, la del Papado de Aviñón, la de los Duques de Borgoña o los Reyes de Castilla y de Aragón.<sup>11</sup>

Pero la novedad es que el embajador del Renacimiento se debe a su Estado. En la Edad Media todavía Guillaume Durand (siglo XIII) escribía simplemente: “legatus dicitur vicarius muneris alieni”. Mattingly vio ahí con razón la diferencia con la Diplomacia moderna, donde ya sólo los Estados importantes soberanos tienen derecho a mandar embajadores<sup>12</sup>. Así lo enunciaron los nuevos tratadistas del siglo XV: Ermolao Barbaro, Bernard du Rosier, Gonzalo de Villadiego. La Diplomacia gótica, abigarrada, compleja, más generosa quizá, iba entonces a ser sucedida por la renacentista, más rigurosa, conceptual y excluyente. Y lo que ahí debe subrayarse no es el mero hecho de los cambios, que de por sí no suelen significar en la Diplomacia más que signos externos, mutables con los tiempos, pero no esenciales. En el Renacimiento hay algo más que eso. Y ese “algo más” acaso sea lícito atribuirlo precisamente a los humanistas, que, valiéndose del ingente prestigio intelectual de que gozaban, elaboraron (o acaso sólo inspiraron, que aun así no es poco) una diferente construcción del oficio de los embajadores. Téngase presente que, de los tres tratadistas que acaban de citarse, el más importante y conocido, Ermolao Barbaro, fue las dos cosas que

---

9 Negoció la paz de Bagnolo y el tratado entre Ferrante de Nápoles y el Papa Inocencio VIII tras la conjura de los Barones.

10 En la que sucedió al Panormita, también literato y Embajador.

11 Algo de ella puede advertirse aquí en el capítulo sobre Juana de Arco, personaje preclaro de aquella época.

12 *La Diplomacia del Renacimiento*, p.66.

se reputan fundamentales: fue un humanista famoso en sus días y un embajador experimentado.<sup>13</sup>

Nada de eso, por supuesto, fue causado por un movimiento súbito, por un cambio repentino. Ya se ha indicado. Fue producto de los tiempos. También lo fue el Humanismo.

Se podría construir una cadena, una ilación de pensamientos y su correlación en obras: la literatura jurídica desde el siglo XIV tiende a sustituir la estructura del Imperio por la de los Estados; el Humanismo instaura un culto paganzante al Estado que a su vez sustituye al culto sacro al Imperio y al Papado del Medievo. Ese culto al Estado se traduce en la exigencia del servicio a la cosa pública y por ende al Príncipe, que se contagia de la cuasi divinización pagana. Pero no es nacionalista.

Alguien escribió muy certeramente que “la literatura humanística, de filiación virgiliana, sacó a las literaturas nacionales de sus nacionalismos”<sup>14</sup>. Hay en el fondo, como bien se sabe, una sustitución de la grandiosa y sacra institución medieval, que trasciende a toda concepción terrena, por una directa referencia al hombre, de cuya dignidad escribió páginas tan excelsas Juan Pico de la Mirándola, luego Bartolomé Fazio o Gianozzo Manetti, y que en España siguió tardíamente y con menores vuelos Pérez de Oliva. “El hombre es el vicario de Dios”, escribió Marsilio Ficino<sup>15</sup>. De esa dignificación del hombre no es raro se pasase a la dignificación del hombre que encarnaba al Estado. Si el hombre en palabras de Pico llega a colocarse en una posición intermedia entre Dios y el mundo, el Príncipe a su vez es objeto de una cuasi deificación. Según un jurista napolitano del siglo XV, Mateo de Afflitto, el monarca es para sus súbditos “quidam corporalis Deus”<sup>16</sup>. A esa deificación sigue como obvio corolario el deber de una obediencia ilimitada. Se conjugan ahí el servicio al Estado con una indiscutible misión. No es extraño que un embajador español de Fernando el Católico escribiera una vez acerca de instrucciones del monarca: “pongo ese deseo de Su Alteza por encima de mi alma inmortal”.

De esta suerte, el culto a la *humanitas*, trasladado al Príncipe y al Estado, imbuye de su ideario a los enviados del monarca. Y a la inversa: el Embajador y cronista Guicciardini atribuía al Duque de Milán Lodovico Sforza el dicho de que a un Príncipe se le juzgaba, del mismo modo que a una ballesta por las

---

13 Puede verse sobre él, FIGLILOLO, B., *Il diplomatico e il trattatista. Ermolao Barbaro, ambasciatore della Serenissima*, Nápoles.

14 Marcial José BAYO, *Virgilio y la pastoral española del Renacimiento*, p. 282.

15 *Teología platónica*, c.1474.

16 “Ad suos subditos ipse Rex in regno suo est tanquam quidam corporalis Deus”. Mateo de Afflitto, 1489. Cit. en la obra de Francisco ELÍAS DE TEJADA, *Nápoles hispánico*, Madrid, Montejujra, 1958, I, p. 381.



flechas que dispara, por los hombres que enviaba como sus representantes a los Príncipes extranjeros.<sup>17</sup>

Ahí parece que puede insertarse el influjo del Humanismo renacentista en la Diplomacia de su tiempo. No es simplemente la adscripción de personalidades ilustres al servicio de los monarcas. Es que la misma ideología que ellos pregonan los empuja a ser útiles al Estado. Muy importante es —y no siempre se ha recalcado esto lo bastante—, que en el tratado de Ermolao Barbaro sobre los embajadores, diga expresamente que los deberes de un legado son “que hagan, digan, aconsejen y piensen lo que entiendan que pueda convenir al beneficio de su Estado”<sup>18</sup>. Es un gran paso frente a la concepción medieval de la Diplomacia, porque emerge el concepto del “oficio” de los legados, que no es simplemente un exponente del derecho de los Príncipes, sino que es “útil al Estado”. El prelado y teólogo agustino Bernard du Rosier en su *Ambaxiator brevilogus* hace de ello la idea capital de su tratado: “cuánto sea útil a la cosa pública y al orbe entero el oficio de los embajadores (él ya lo llama “Ambaxiatorum officium”) lo demuestra manifiestamente la evidencia de los hechos, eficaz maestra de las cosas”.

Sobre esta tema, Federico Chabod aludió lúcidamente a una “concepción del oficio”, a la que atribuyó fuerza moral<sup>19</sup>. El contraste con el Medievo lo vio en un “absolutismo *que se realiza*”, frente al “absolutismo *doctrinal* de la Edad Media”<sup>20</sup>. Y extrajo la consecuencia de la (ciertamente no casual, puede añadirse) aparición del “fait nouveau” de la Diplomacia moderna al servicio del Estado. “Ce fait nouveau, qu’est l’apparition, au service de l’État, d’une organisation permanente”<sup>21</sup>.

Los hechos, los personajes, lo avalan. Naturalmente, no hay motivos para proclamar que todos los embajadores fueran humanistas, ni menos que todos los humanistas fueran embajadores. Pero incuestionable es la existencia de una pléyade de humanistas —y entre los más conspicuos— que sirvieron a sus monarcas en las tareas internacionales. Pudo, desde luego, no haber sido así. Y parece innegable que ello no fuera una casualidad, sino que deba atribuirse al ideario del propio Humanismo.

Son dos las vías contrapuestas.

De una parte, los humanistas entendieron que una de sus funciones era imbuir sabiduría a los hombres de Estado, naturalmente, la sabiduría que ema-

17 “De la vida política y civil”, II.

18 “Ut ea faciant, dicant, consulant et cogitent, quae ad optimum suae civitatis statum et retinendum et amplificandum pertinere posse iudicare” (*De officio Legati*).

19 “Il y a une conception de l’office, qui constitue une force morale” (CHABOD, *Écrits d’Histoire*, Aosta, 1976, p. 47).

20 *Écrits d’Histoire*, Aosta, 1976, p. 39.

21 *Ibidem*.

naba de sus ideas. Así se convirtieron en mentores políticos, en maestros de sus propios amos<sup>22</sup>. De otra parte, los monarcas, imbuidos de tales ideas, escogieron a su vez a los humanistas como hombres de Estado, rectores e inspiradores de su gobierno y ejecutores insustituibles de sus misiones al extranjero. Bueno será recordar los consejos basados en la influencia de la *Stoa* antigua y la imitación de la Antigüedad grecolatina como espejo de la buena política, que un Embajador de los Trastámara castellanos, Diego de Valera, en su vejez, en el *Doctrinal de Príncipes*, trató de insuflar a Fernando el Católico, reuniendo citas y ejemplos de Grecia y Roma. Tal había hecho el Canciller Ayala en su traducción de las *Décadas* de Tito Livio: “que los Príncipes et los caballeros tomen buen ejemplo et buena experiencia et buen esfuerço en sí, catando cuánto provecho et cuánta honra nace de la buena ordenanza et de la buena disciplina”.

Humanistas distinguidísimos (citar aquí su elenco sería superfluo por conocido, e inviable por su número) sirvieron como embajadores a los aragoneses de Nápoles, a los Reyes Católicos, a los Valois franceses, a los Sforza de Milán, a los Habsburgos, a los Papas renacentistas y bien pudiera decirse que a todos los Estados y Príncipes europeos del momento. Servían esos intelectuales a través de sus ideas, acaso para “subordinar el pensamiento a la forma y, a su vez, la forma a la vida”.<sup>23</sup>

Pero se podría formular a los embajadores, que a la vez son cronistas, un reproche. El relato de los sucesos que atañe a su soberano se diluye casi siempre en una exaltación de logros y hazañas (*De rebus et gestis*). Ahí la Historia se muda en lisonja, el cronista en adulador. Pero ello en realidad es, por lo común, en pluma de escritor sapiente, una entendida convención. Es una deliberada y aceptada *Imago Principis*. El monarca es la encarnación de un ideario político. Alfonso el Magnánimo es un dechado de méritos<sup>24</sup>. Eneas Silvio hace lo propio con su monarca<sup>25</sup>.

---

22 Pude traerse aquí a colación lo que escribió un especialista de la época: según él, antes del siglo XVI, “los humanistas del Renacimiento actuaron en calidad de maestros, diplomáticos, propagandistas políticos, curiales y burócratas”. Añade: “más que en un sistema articulado, el valor de su contribución reside en el clima ideológico que supieron crear”. Todo eso permitió a los humanistas crear una doctrina política, de la que probablemente ni ellos mismos se dieran cuenta. (James HANKINS, “El Humanismo y los orígenes del pensamiento político europeo”, en *Introducción al Humanismo renacentista*, ed. por Jill KRAYE, Cambridge University Press, ed. española, 1998, p. 159).

23 Tal expresó agudamente, en referencia a Gioviano Pontano, Francisco ELÍAS DE TEJADA, *op. cit.* I, p. 95.

24 Ha de utilizarse siempre con gusto y provecho el libro de Andrés SORIA, *Los humanistas de la Corte de Alfonso el Magnánimo*, Granada, Universidad, 1956. O también la obra de Francisco ELIAS DE TEJADA, *Nápoles hispánico*, vol. II. O los libros de PONTIERI sobre Alfonso y Ferrante. O el de RYDER, Alan, *The kingdom of Naples under Alfonso the Magnanimous. The making of a modern state*, Oxford, Clarendon Press, 1976.

25 En su obra *Historia rerum Friderici III Imperatoris*.

El Emperador Carlos V se convierte en un nuevo Justiniano<sup>26</sup>. Juan II de Castilla es un “César novelo”<sup>27</sup>. Lo que se exalta son las virtudes de un programa político, es, una vez más, una **misión** a la que se **sirve**.<sup>28</sup>

Téngase presente, en todo caso, que tales intelectuales de la época son internacionales y modernos: representan el repudio de las ideas medievales y, a la vez se tienen por universalistas, a través del elemento universal de la lengua latina y la base de la Latinidad del Imperio Romano que añoran<sup>29</sup>. Los humanistas son, por razón de sus ideas, universales y por razón de sus movimientos, europeos. Pero por exigencia de su servicio, dependen de las necesidades de su Estado. Lo sirven con sus actos. Tal es la raíz y la meta de su quehacer. Y tales son las coordenadas en las que actúan los embajadores, en virtud de los cometidos que se les ha confiado. Y todo eso es lo que ensalzan a los señores a los que sirven.

Era el servicio al monarca y a la *civitas*, el servicio a la cosa pública, no a nacionalismos inexistentes. Presente estaba, desde luego, el concepto de *nación*, si bien de modo muy diverso al que se configuró siglos después. El término se usó, por ejemplo, en el Concilio de Constanza para dar nombre y entidad a los europeos que en él participaban. Más presente estaba el concepto de la patria, Ahí encaja el vibrante homenaje a la patria veneciana del discurso del dogo Loredan que Guicciardini inserta en su Historia. Los humanistas italianos ensalzan la idea de patria, lo que Burckhardt atribuyó a un localismo itálico. Pero también la Patria se vinculaba expresamente al Estado y al monarca<sup>30</sup>. “Mi Rey, mi Patria, por los que solo vivo” proclamaría el embajador inglés Thomas Wyatt, ya

---

26 Para su poético panegirista Gian Giorgio TRISSINO, que también ejerció embajadas en su nombre. O en un Carlomagno redivivo, como lo fue para Antonio Lenio.

27 Para Juan de MENA, en el fastuoso proemio de su *Laberinto de Fortuna*, que acaso sea el más hermoso panegírico de un Rey escrito nunca.

28 Naturalmente el inevitable riesgo es la falsedad intencionada, el relato se torna en mentira. Lo que es reprochable. Luis Vives, en esa su época, ya un tanto decepcionada y amarga del postrer Renacimiento o umbral del Barroco, censuró con acritud e inteligencia (tal vez no exenta de ingenua apreciación) esa mendacidad del halago de los historiadores lisonjeros. En su obra *De disciplinis* se opone, con razón, a la mentira que suele subyacer al panegírico y que oscurece a la verdad histórica. Se diría que por encomiar virtudes, a la que se desvirtúa es a la Historia. Es el odioso *mendacium* que se opone a la nuda *veritas*.

29 La devoción por Roma los induce a admirar su potencia. El dominio por la victoria militar, por el temor. Flavio Biondo en sus “libri Romae triumphantis” (cit. por el ejemplar manuscrito que se halla en la Biblioteca Nacional de Madrid, BN 8578, pp. 202 ss.), dedicados a Pío II: “non minus eam amaverint quam timuerint”. Pero se celebra aún más la victoria conseguida transformando en éxito una derrota, como fue el celebradísimo caso de Alfonso V en Milán, tras el desastre de Ponza. “Insignem eam victoriam fecerunt duo capti Reges”. Poggio Bracciolini en su *De varietate Fortunae*, dedicado a Nicolás V. *Ibidem*, BN, MS 8578, f 133 vº.

30 “Die Topographie entsteht als eine Parallele der Biographie” opina expresivamente Jakob BURCKHARDT, *Die Kultur der Renaissance in Italien*, Stuttgart, Kröner, 1976, p. 316.

en época de los postreros ecos renacentistas<sup>31</sup>. Y recuérdese alguna página expresiva dedicada por Luis Vives a la idea del amor a la Patria en su Comentario al ciceroniano *Sueño de Scipión*.<sup>32</sup>

¿Era el sueño, la aspiración teórica de ideales inalcanzables, un ingrediente de las esperanzas humanísticas? Uno de esos ideales, acaso el más consecuente sea la idea de la concordia. No hay concordia de los espíritus si no la hay de los pueblos. Hé ahí un concepto que bien puede reputarse muy propio del Renacimiento: la concordia es fruto a la vez de la justicia primero, y de la utilidad, después<sup>33</sup>. Y la utilidad depende de la oportunidad, otro concepto que se antoja muy propio de las ideas de la época<sup>34</sup>. Y para superar la disensión y obtener la necesaria concordia, es necesaria la misión de los embajadores<sup>35</sup>. (Una vez más, misión y servicio).

Se desarrolla por entonces consiguientemente la idea de la paz, como correlato del culto a tal concordia. Admitamos desde luego que es una aspiración teórica, desmentida por las guerras que asolaban Europa: el fin de la Guerra de los Cien Años, luego la Guerra civil en Inglaterra, las guerras de Italia, apenas medicadas por la Paz de Lodi. Paralelamente se busca la paz religiosa de las creencias. La resolución de los Cismas de Occidente y de Oriente en el Concilio de Constanza y de Florencia hace concebir esperanzas: es posible el acuerdo. Nicolás de Cusa predica por entonces la *pax fidei*<sup>36</sup>. Ello lo retoma a su vez Juan Pico de la

31 “My king, my country alone for whom I live”. Thomas Wyatt, en su poema al Río Tajo (“Tagus, farewell”), cuando se despedía de su embajada en España que desempeñó ante Carlos V.

32 VIVES, “In somnum Scipionis”, Obras Completas, ed. de Mayans, V, pp. 160 s.

33 Leonardo Bruni Aretino en su famoso elogio de Florencia ensalza que primaba resolver las disputas mediante la palabra y la *autoritas* y que evitaba supeditar la fe de los tratados a la utilidad.

34 Gioviano Pontano, literato que sucedió al Panormita en la dirección de la Academia napolitana y que, como diplomático, actuó más de una vez en calidad de plenipotenciario, señaló alguna vez (sumiso, pero contundente) ese sentido de la oportunidad. Durante la crisis con Florencia en 1492, reconvinó a su amo el Rey de Nápoles, Ferrante: “non sapete cognoscere il tempo, perdonateme”. Y de la conciencia de sus dotes diplomáticas desperdiciadas: “V.M. me havesse spaciato e remandato in Roma, io averría facto cose che Voi non le pensavate”, (*Vid.* en *L'Umanesimo meridionale*, Francesco Tateo, p. 29).

35 Acabar con la disensión y buscar la concordia. El Arzobispo de Florencia, luego Patriarca de Alejandría, pide a Eugenio IV que lo mande a Nápoles “ut duorum Regum dissensione reguum illud in potestatem suam redigeret”. Poggio Bracciolini en su *De varietate Fortunae*, dedicado a Nicolás V. BN, Ms 8578, ff. 140-1. El envío de un embajador para conseguir la paz: Leonardo Bruni cita su embajada pacificadora al Papa. *Vida de Dante y Petrarca*, versión más española f. 37. Gianfrancesco Pico de la Mirándola en carta a un amigo ansía y reclama la paz y dice: “Hoc ubi effectum fuerit, legati de pace mittentur”, (Obras Completas, ed. de Basilea, Henricus Petri 1557, II, p. 1272).

36 Nicolás de Cusa, después de la Caída de Constantinopla, aspiraba a una reunión de doctos de las distintas fes, en la colina de Jerusalén, para lograr la “pax fidei”. (*De pace fidei, cum epistula ad Ioannem de Segovia*, ed. R.KLIBANSKI & H. BASCOUR, *Medioeval and Renaissance Studies*, suppl. III, Londres, 1956).

Mirándola: a la unidad del saber humano, al reconocimiento universal de la dignidad del hombre, corresponde también una unión de todas las creencias, bajo la verdad que contiene a todas las verdades.

Porque lo que sucede es que la guerra existe. Aún más: la guerra trae éxitos memorables. Por eso, la paz basada en fundamentos clásicos, no excluye el éxito militar, que puede ser una “ejecución de derecho” como decía el Tostado. No es todavía el concepto irenista de la generación de Erasmo, presente en Vives, en Moro, que tienden a rechazar la idea de toda guerra. En el siglo XV, se ensalzan las dotes militares y los “triumfos” de los Príncipes renacentistas. E incluso se recomienda el dicho dominador de Virgilio: “Principis officium est parcere subjectis et debellare superbos”, recomienda Eneas Silvio<sup>37</sup>. Por supuesto ha de ser una guerra inevitable, cuando no hay otro remedio.<sup>38</sup>

La obligada contraposición entre **la paz y las armas** está presente en la ideología renacentista. Podría incluso aventurarse aquí una idea, que radicaría en las novedades del pensar y del hacer que aquella época insinúa, En el capítulo XIII del libro IV de su *Política*, proclamó Aristóteles que el poder lo tienen los que tienen las armas (οι τεκτεμενοι τα οπλα); no puede negarse que la edad del Renacimiento estuvo plena de sucesos que corroborarían en su crudeza la expresión aristotélica. Pero tampoco debiera escapar la idea de que por entonces se insinuó de forma palmaria el poder más sutil e intangible de la negociación, del inerte pero efectivo uso de los tratos en que basa su acción la Diplomacia. Maquiavelo habló como nadie del poder de las armas, pero como nadie también usó de las artes de la Diplomacia y supo ensalzar su utilidad. Artes de la concordia en medio del fragor de las guerras.

Ahora bien, el convencimiento de que con la concordia todo florece, con la discordia todo se derrumba, es indudablemente un principio humanístico; acaso sea un sueño. Precisamente el enunciado (“concordia parva crescunt, discordia vel et magna dilabuntur”) se evoca en el sueño de la “Hypnerotomachia Poliphili”, bella ensoñación de la era renacentista, juego onírico de sus ilusiones y deseos. Pero tal esperanza no menos encaja en la práctica de la pacífica relación de los Estados, que es casi un dogma, o desde luego una meta de la Diplomacia. Pero es que la paz puede provenir de la cultura. De todo ello viene el poder de la diplomacia

---

37 Epist. 81.

38 “No mueva guerra aquel que justo fuere / sino cuando sin guerra paz no oviere”, se traduce un emblema de Alciato: “arma procul iaceant; fas sit tunc sumere bellum, quando aliter pacis non potes arte frui”, embl. CLXXVII). Incluso ser ávido de gloria no es incompatible con el amor de las letras. Pandolfo COLLENUCCIO ensalza en Alfonso V ser “bellicoso e avidissimo di gloria, inimicissimo dell’ozio” y “amicissimo allo studio delle lettere”, *Compendio della historia del regno di Napoli*, VI). Y lo mismo se ensalza de Lorenzo el Magnífico o de Federico de Montefeltro o, por supuesto, de César Borja.

como arma de paz, apoyada en la elocuencia, en la cultura. Eneas Silvio Piccolomini en su elogio de Florencia, dice que las cartas de Filippo María Visconti valían más que la caballería con sus pesadas armaduras. Y principal arma a disposición de los embajadores era la elocuencia de sus discursos<sup>39</sup>:

“Pues aun a los más duros corazones  
doma con buen hablar sabiduría”,

reza una traducción española de un emblema de Alciato.<sup>40</sup>

Necesariamente conjugable, eso sí, con el concreto, ineludible deber de la fidelidad al Estado.

El sentimiento de los deberes hacia el propio Estado se trasluce en algo que es muy propio del modo de hacer de la época: la manifestación viva y retórica del entusiasmo. Casi una leyenda fue el discurso de Alonso de Cartagena, Embajador en el Concilio de Basilea, que se entronca por propia naturaleza entre las “laudes Hispaniae”. En ellas puede también inscribirse una obra literaria, el *Paralipomenon Hispaniae* del Cardenal Margarit. Ambos fueron conspicuos Embajadores de los Trastámara en el siglo XV. Es algo que va más allá de los proverbiales encomios de los Príncipes, que también se dan profusamente, y de los que es incomparable paradigma la persona y el modelo de Alfonso el Magnánimo<sup>41</sup>. Pero el elogio, la vindicación del Estado propio, era un arma obligada de la Diplomacia<sup>42</sup>. Y el medio usado era la *elocuencia*. Se evocaba el famoso panegírico de Plinio a Trajano. Y otras atrayentes muestras de la Antigüedad, en que se mezclaban retórica y oratoria. Ingente fama obtuvo el discurso del Embajador Gianozzo Manetti, rememorado por Vespasiano da Bisticci en sus *Vidas*<sup>43</sup>. Y numerosos discursos de

39 Basada, cómo no, en la tradición clásica.

40 Se lee en la traducción castellana (de Bernardino Daza, Lyon, 1549) de los emblemas renacentistas de Alciato. Parecido se lee en Mathias Holtzwardt, *Emblematum Tyrocinia*, “Ingenium et eloquentiam colendam”, “des Redens Kunst”, embl. VII, Estrasburgo, 1581. Y así en otros. La oratoria, por sus propias raíces clásicas, dejó su eco en la Emblemática de la época.

41 *Vide*, por ej. RYDER, Alan, *The kingdom of Naples under Alfonso the Magnanimous. The making of a modern state*, Oxford, Clarendon Press, 1976. O la obra clásica de Ernesto PONTIERI, *Alfonso il Magnanimo, Re di Napoli*, Nápoles, Ed. scientif. ital., 1975. O Andrés SORIA, *Los humanistas de la Corte de Alfonso el Magnánimo*, Granada, Univ, 1956.

42 Tal es el ejemplar elogio a su tierra (Florencia) de Leonardo Bruni o el de Decembrio a la suya (Milán). Como ya se ha mencionado, probablemente es lo que Jakob BURCKHARDT llamó el “Lokalpatriotismus” (*Die Kultur der Renaissance in Italien*, Stuttgart, Kröner, 1976, p. 316). Más importante, claro está, es el patriotismo de mayor alcance, como el de Petrarca por Italia en su polémica con los franceses, “Contra Galli calumnias”, o el de Margarit por España, en su *Paralipomenon Hispaniae*.

43 *Vite di uomini illustri*, Manetti, XVII, ed. de Milán, Hoepli, 1951, p. 272. “Acquistó messer Gianozzo in questa legazione grandissimo onore e a sè alla patria” (*ib.* p. 269).

embajadores humanistas se hicieron famosos<sup>44</sup>. No es casualidad que el nombre con que se designaba a los embajadores fuese también el de “oradores”<sup>45</sup>. Ni que fuese tenido por principal oficio del Estado.<sup>46</sup>

He ahí otro concepto que une visiblemente los modos de humanistas y embajadores. La elocuencia puede ser puro magisterio escolar, pero también la manera del ejercicio de persuasión, propio de la negociación exterior al menos desde tiempos de Demóstenes; puede ser también una muestra de vanidad facunda; o también una verdadera ciencia, que, ella sí, como tal, se engarza en los postulados humanísticos.

Y por ese camino se llega a otro tipo de polémica que entonces se dio entre los humanistas y a la que la función de los legados no fue ajena: elocuencia *versus* ciencia. La elocuencia era, para los maestros, una manera de saber expresarse, de enseñar, de descollar. Pero para los legados en Cortes extranjeras era un instrumento de su acción. Entre los españoles se citó el famoso discurso de Margarit ante el Senado veneciano, o el de Antonio Geraldino ante la Curia de Inocencio VIII; en el mundo germánico, los casos de Rodolfo Agrícola o de Joaquín Vadiano: recurso retórico del modo de hacer Diplomacia, ciertamente. Pero para los humanistas puros, la elocuencia era más que eso: era una ciencia. Con afanes de pureza, con indudable erudición y no poco de petulancia, lo defendió Lorenzo Valla, el irrefutable autor de las *Elegantiae linguae latinae*. (No se olvide que él fue también embajador y —¿cómo no?— de Alfonso el Magnánimo). Para otros, su exigencia era un exceso de pureza lingüística, así para Nebrija, más castizo e indomable, que proclamaba, entre irritado y desdenoso: “Yo no soy un Poliziano, ni un Pico de la Mirándola, ni un Ermolao Barbaro”.

Pero hay otro binomio que es aquí relevante: elocuencia *versus* prudencia. Sin prudencia, aquélla es mera facundia, sólo voz sin sentido ni objetivo digno. No sirve. Tampoco en el oficio de los legados. En él precisamente, la elocuencia,

44 El discurso del Embajador Margarit en Venecia causó tanta sensación que hubo de imprimirse. Rodolfo Agrícola compuso el de su protector, el Obispo de Worms, cuando fue como embajador del Conde Palatino Felipe al Papa Inocencio VIII en 1485 (*Opera*, pp. 163-170). Para los discursos a los Reyes que acudieron al Congreso de Viena de 1515 se requirieron los servicios del humanista helvético Joachim von Watt, “Vadianus”. El diplomático humanista Alain Chartier, afamado poeta y hombre de varia literatura, siendo embajador de Carlos VII de Francia en Escocia en 1428, pronunció un brillante discurso latino exaltando la relación entre ambos reinos.

45 Y ello desde tiempos de Virgilio que llamaba *oratores* a los embajadores que fueron mandados, con ramas de olivo a las murallas del Rey Latino (Eneida, VII, vº 153 s). Opinaría Torcuato Tasso sobre embajador y orador: “l’uno e l’altro è detto Oratore”. (Diálogo a Vincenzo Gonzaga de Mantua y Monferrato, 1582).

46 “In primis autem omni laudum genere dignissimos sese oratores offerunt, quibus ego quid in republica sanctius, quis utilius, quid postremos admirabilis inveniri possit, non reperio”, escribe Cristoforo Landino (*De nobilitate*), evocando la *Eneida*: “ille regit dictis animos ac pectora mulcet” (I, 153).

incluso si se acomodase a los principios gramaticales más estrictos de Lorenzo Valla, si no fuese acompañada de la prudencia, no cumpliría condiciones ni morales ni políticas. Puede que ahí precisamente se separe lo meramente humanístico de la acción del legado honrado y pundonoroso. Virtudes del embajador de todas las edades fue obrar con prudencia y explicarse con elocuencia. Aquel fue tiempo en que tal fue norma expuesta y reiterada. Es más, se proclamaba su intrínseca unidad. Un humanista tardío, el más insigne de la Reforma, Philipp Melanchton, escribiría que la prudencia y la elocuencia han de ir indisolublemente unidas<sup>47</sup>. Y en esa época más tardía, ya más propensa a la prudencia que a la facundia, advertiría Erasmo de Rotterdam que así como nadie sabe mandar si primero no aprendió a obedecer, así nadie sabe hablar, si primero no aprendió a guardar silencio.<sup>48</sup>

Interesaría, pues, subrayar cómo, al prescribir el servicio al Estado, el Humanismo engarza en su propia ideología la labor de los legados. El carácter humanístico de los embajadores exhibe así una doble faz: de una parte, su idealismo los impulsa a prestar su servicio al Estado. De otra, su cultura humanística, que primaba en la época, los hace prestigiosos y además influyentes, dominadores de las técnicas de persuasión extraídas de los antiguos. Como Cesare Vasoli ha puntualizado<sup>49</sup>, con tales exigencias y con tales instrumentos, forjaron el modelo del diplomático moderno. La formación cultural de los embajadores italianos explica para Vasoli su gran influjo en Europa. Alude a los del Cinquecento. Son gente como Ariosto, Bembo, Guicciardini, Castiglione, Pio de Carpi o Gattinara. Su cultura está basada, según él, en el estudio de los clásicos<sup>50</sup>. Para él no hay duda de que los humanistas italianos del Cinquecento suministraron el ulterior modelo de la diplomacia profesional.<sup>51</sup>

Ello los facultó, desde luego —pero eso sería materia de más amplio divagar— para ser difusores ilustres de la ilustre cultura a que pertenecían. Como

---

47 Werke, ed. Gütersloh, III, 49.

48 “Ut enim nemo recte imperat, nisi prius imperatis parere didicerit, ita nemo recte loquitur nisi prius didicert silere”. ERASMO, en *De linguae usu et abusu*, dedicada a Cristóbal Schydlowietz, Canciller de Polonia, 1525, IV, 719 D.

49 *La cultura delle Corti*, Bologna, Cappelli, 1980, pp. 74 ss

50 “Sullo studio dei classici e il possesso delle tecniche di persuasione elaborate dagli antichi, insomma, sul dominio di strumenti mentali e linguistici estremamente utili a chi, come il diplomatico di questi tempi, deve informare con precisione e chiarezza, descrivere e interpretare situazione politiche estremamente complesse, delineare sviluppi e conclusioni probabili, muoversi con abilità nell’oscuro intrico di diritti, privilegi, antiche e nuove pretese, reso ancora più impervio da continue sovrapposizioni di norme giuridiche e di giurisdizioni diverse. La lettura dei rapporti diplomatici che i maggiori tra loro scrissero... dimostra come la loro preparazione fosse indispensabile per tali compiti”.

51 “Fornirono il modello sul quale si formò la diplomazia professionale, come ufficio permanente e strumento insostituibile dell’organizzazione politica degli stati moderni”. *Ibidem*.



el Cardenal Bessarion, enviado del Papa a Francia en 1472<sup>52</sup> y Chrisoloras, enviado de Manuel II a los Estados europeos, trajeron los aires cultos de Bizancio, así Jean de Montreuil, humanista y teólogo, embajador de Carlos VI a Italia, que auspiciaba el retorno a las Letras humanas. Más tarde el Conde de Tendilla, Embajador de los Reyes Católicos ante el Papa Inocencio VIII e inflamador en España de lumbres italianas o Guillaume Fichet, embajador de Francia ante la Corte sforzesca de Milán (en 1469/70), que difundió las ideas humanísticas luego en su cátedra de la Sorbona.

Pierre de Ronsard, el grandísimo poeta de las letras renacentistas francesas, debió mucho de su formación a haber servido de joven a las órdenes del culto Embajador Lazare de Baïf, a quien acompañó en viajes y con cuyo hijo Antoine compartió estudios de humanidades y tuvo luego provechosa amistad. Joachim du Bellay se formó en la embajada a Roma de su tío el Cardenal Jean du Bellay. Y los nombres serían legión. Rabelais se consideraba alumno e hijo espiritual de Erasmo de Rotterdam.

Mas sucede como sorprendente característica de la Diplomacia de aquellos tiempos que, si bien la ideología de entonces los aúna e identifica, la personal versatilidad de los sujetos los diversifica.

Es un hecho que, no por conocido, debiera prescindir de mención.

En su larga historia, la Diplomacia habrá pasado de ser una circunstancia en la remota Antigüedad o un rito desde que Júpiter nombró a Mercurio su patrono<sup>53</sup>, a ser un oficio de los legados al comienzo de la Edad Moderna y finalmente, desde recientes siglos a una profesión del Estado. Y si puede afirmarse que haya existido desde que se hayan dado relaciones entre grupos humanos<sup>54</sup>, pero si sólo en época moderna o contemporánea pueda atribuírsele carácter profesional, el mero **oficio** de tiempos renacentistas, como tal adscribible a personas de variada actividad o sólo en momentos de ella, permite una muy amplia gama de condiciones, que enriquece el modo de su función. En los tiempos que llamamos del Humanismo europeo, el oficio se dio y fue objeto de descripción en obras de doctrina, pero el tipo del diplomático como tal no existía; podía coincidir con la cualidad de un pulido cortesano, o de un erudito hombre de letras, o de un poeta de líricos

---

52 Como tal embajada, la del Cardenal Bessarion a Francia, para lograr apoyo a una cruzada contra los turcos, fracasó por no obtener tal apoyo. El propio Bessarion murió al regreso, pero el gran influjo cultural de su eminente persona es bien conocido. Con él sirvió en la embajada el humanista saboyano, Guillaume Fichet, también influyente en la retórica del tiempo. Discípulo suyo fue el fraile trinitario humanista y embajador, Robert Gaguin, de quien se trata en otro capítulo de este libro, “Erasmo de Rotterdam y los embajadores europeos”.

53 Ο Διος τ' ἀγγελος Ερμας, Eurípides, *Ifigenia en Aulis*, vº 1302. Hesiodo, *Teogonía*, 939. Plauto, *Amphitruon* 1112, Horacio, *Odas*, I,10, Virgilio, *Eneida*, IV 237. Y tantos otros.

54 Así opinó MAULDE-LA-CLAVIÈRE.

o épicos alientos, o de un militar en reposo o de un eclesiástico ocasionalmente adscrito a deberes laicos. En una carta a su amigo, el literato y Embajador véneto Ermolao Barbaro, enumeró Juan Pico de la Mirándola tres aspectos de la actividad humana: el civil, el contemplativo y el religioso<sup>55</sup>. Precisamente el destinatario, que fue renombrado diplomático de su época y además tratadista de su función, fue sujeto de las tres: hombre público a las órdenes del Senado veneciano, intelectual de profundo estudio de letras humanas y Patriarca de la sede de Aquileya. De otros podría decirse lo mismo. Prelados humanistas, filósofos intérpretes de Platón y Aristóteles, ministros en las cancillerías de Príncipes o ciudades<sup>56</sup>, aristócratas pasados a la Administración ejercieron en embajadas a las órdenes de sus mandantes. Misión y servicio.

En el ámbito del Renacimiento italiano, cuna de la Diplomacia moderna, convergieron en ese servicio al Estado muchos ámbitos sociales. Federico Chabod, buen conocedor del tema, citó una vez el hecho de cómo por entonces lo que había sido la vieja aristocracia de pasados siglos medievales se convirtió en un grupo de altos funcionarios al servicio del soberano<sup>57</sup>. Especialmente en la Diplomacia, pero también en otros aspectos de la Administración pública.<sup>58</sup>

Trasladado a la escena del desempeño de una función real, era pura prestación. En él tenía cabida todo lo que, siendo ante todo misión, revistiera también el carácter de servicio. De ahí, tan variada muestra de personas y aficiones.

Atractiva labor sería enumerar a los poetas diplomáticos de entonces. El elenco, además de grato, sería extenso. Allí estaría, por supuesto, en insigne lugar Francesco Petrarca, Embajador de Reyes, Duques, Papas. Allí ocuparía su lugar el llamado *Panormita*, el siciliano Beccadelli, quien una vez se firmó simplemente: “Antonio: poeta, embajador”. O tal vez el hispano Diego de Valera al que, en oportunas palabras se ha llamado “caballero andante y portador de embajadas

55 “Tria fere vivendi genera: civile, contemplativum, religiosum”. Carta desde Florencia en 1490. (*Opera omnia*, ed. de Basilea, Henricus Petri, 1557, p. 359).

56 Los Cancilleres, consejeros y ejecutores de la Diplomacia son humanistas desde el comienzo de aquella era. Así Collucio Salutati en Florencia ya desde 1375 (“fu il primo e forse il più grande dei cancellieri umanisti”, según Eugenio GARIN) y luego sus sucesores Bartolomeo Scala y Marcello Adriani. Giovanni Gioviano Pontano en el Nápoles de los aragoneses. También en otras Cortes europeas.

57 “L’ancienne aristocratie politique des XIIe-XIIIe siècles s’est transformée en une aristocratie de hauts fonctionnaires, au service du prince”. Y en relación con la Florencia médica: “Ayant perdu le pouvoir politique, qui passe aux mains du Seigneur, l’ancienne aristocratie communale s’empare, en partie, de l’administration”. Los Medici pasan a ocuparse de los jóvenes nobles, “les élever à” “la cortegiana”, aux “costumi cortesani”, aux “modi della Corte” non seulement, mais les fournir d’offices: les uns, à l’armée; d’autres, dans la diplomatie... (Écrits d’Histoire, Aosta, 1976, p. 44).

58 “Ce n’est pas seulement la diplomatie qui excite les ambitions et exerce un attrait sur ces anciennes familles: ce sont bien tous les offices [...] de l’administrations publique” (*Ibidem*).

reales en las Cortes europea, poeta y didáctico palaciego y consejero<sup>59</sup>. O Diego Hurtado de Mendoza, notorio personaje de las letras hispanas<sup>60</sup>. O el portugués Lope Furtado, que aparece mencionado como poeta en la edición del *Cancionero de Garci Sánchez de Badajoz*<sup>61</sup>. O el poeta bilingüe catalán, Pere Torroella, que fuera embajador del Magnánimo, y una vez escribiera de su tarea al Rey:

“Pues servicio vos desplace  
y loar vos descontenta  
si mi fin vos satisface,  
yo no siento quien lo sienta”.<sup>62</sup>

Muy aludida suele ser la mención que hace Hernando del Pulgar del Conde de Tendilla, Embajador famoso de los Reyes Católicos en Roma, que allí fue nombrado porque “allende de caballero esforzado, era versado en letras latinas”.<sup>63</sup>

Vocación intelectual, pues, inspiración poética, misión y servicio. Es puro escenario del Renacimiento europeo. Los diplomáticos sirven al Rey, como siempre había sido, también al Estado, lo que quizá fuese la novedad renacentista<sup>64</sup>, pero no necesariamente a su nación, es decir a la tierra de su nacimiento.<sup>65</sup>

Porque no sólo de variados ámbitos o estamentos sociales se nutría la Diplomacia, sino que procedía de bien distintos, a veces sorprendentes lugares de nacimiento. El hombre de entonces, también el político, no es necesariamente nacional. Ello es bien sabido. Pero afecta en gran manera a la Diplomacia, de por sí internacional. Por ello, se da una curiosa (y en buena parte medieval aún) arbitrariedad de origen. Existe ya lo estatal, pero ello no se compagina necesariamente con lo *nacional*. Los servidores diplomáticos pueden ser reclutados entre gentes foráneas. No sólo a súbditos del monarca de diversa procedencia

59 Así lo califica Mercedes DEXEUS en su introducción al *Doctrinal de Príncipes*, Madrid, Insr.de España y BN, 1995, p. 9.

60 Por no hablar del conocidísimo tema de metros poéticos italianos introducidos por mano de embajadores, ya a cargo de foráneos como Castiglione y Navagiero en España, o nativos como Wyatt en Inglaterra.

61 P. 167, nº 67.

62 *Vid.* también en el mismo *Cancionero de Garci Sánchez de Badajoz*, p. 344.

63 El elogio del intelectual es un rasgo típicamente renacentista. De Fernández de Híjar; “in litteris humanitaris ex omni Hispania nulli secundum”, dice Valla en su *Historiarum Ferdinandi Regis Aragoniae*. Y a la inversa: Juan de Lucena, embajador que fue de Juan II de Castilla y escritor, en su *De vita beata* no escatima censuras a los hombres públicos no duchos en Letras, y entre ellos menciona con befa a los embajadores (“embajadores como tú bien veis; no van ya sino troteros: si supieren hablar latín: si no razónenlo en romance”). (*Vid.* por ej. en *Antología de Humanistas españoles*, ed. de Ana M. ARANCÓN, Madrid, Ed.Nac, 1980, p. 209).

64 Se atribuía a Filippo Maria Visconti que prefería el Estado a la salvación de su alma. Y en sus *Scritti politici e ricordi*, consta que Guicciardini justificaba hasta el suicidio por el Estado.

65 *Vide infra* sobre el elemento plurinacional de la Diplomacia renacentista.

geográfica, sino a verdaderos extranjeros, no sujetos por su nacionalidad al Rey. Maximiliano I utilizó a italianos como Andrea del Burgo o al Cardenal Peraudi, o a un catalán, el rosellonés Gaspar de Lupià. Giovanni de Candida fue embajador de Carlos el Temerario de Borgoña en Venecia y en el Nápoles de los aragoneses y de Carlos VIII de Francia ante el Papa. Michele Riccio fue embajador de Francia en Génova y Florencia. Luis XII empleó también a italianos, como Alberto Pio de Carpi, idem Enrique VII de Inglaterra a Giovanni de Giglis. Alfonso el Magnánimo nombró consejero al humanista Guiniforte Barzizza, que era súbdito del Duque de Milán. Son sólo unos ejemplos.

Sucede probablemente que la misma ideología del Humanismo impulsó, determinó este fenómeno, al fomentar el servicio a la sociedad civil. Pero se impone aquí una indispensable observación, que puede ser una salvedad ineludible.

Dos caminos tuvo el Humanismo, ambos contrapuestos, si bien muy acordes con la aplicación de su ideario. Más que dos caminos, cabría decir que son las dos tentaciones que asaltan al estudioso: de un lado la adhesión a la intervención en la cosa pública precisamente mediante el bagaje de sus ideas. De otro, la entrega al ocio intelectual, logrado por la plena independencia personal. No es infrecuente la desgarradora división del ánimo, que en muchos se ha dado o puede darse. Ello causó una conocida polémica que se muestra sobre todo en el ámbito del Humanismo italiano.

Era la dicotomía entre la vida activa y la contemplativa o, si se prefiere, entre el filósofo y el hombre social. La polémica viene de antiguo: como no podía menos de ser en la ideología del Renacimiento, procede del mundo clásico, se halla en Platón y Aristóteles<sup>66</sup>. La dicotomía se dio personalmente en muchos, acaso en la mayoría de los humanistas. Es el tipo del humanista embajador, diplomático y viajero, pero que se refugiaba gustoso en su soledad intelectual.

Humanistas hubo volcados a la vida civil, activa, decisión que las mismas Letras aconsejaban o exigían. Otros —neoplatónicos, por ejemplo— resueltamente rehusaron tal actividad, y no por eso dejaron de propugnar los ideales del Humanismo.

Toda una polémica culta mantuvieron los humanistas del Renacimiento acerca de la preferencia de la *acción* o de la *especulación*. Difícil polémica, porque ellos privilegiaban el cultivo de las dos. Pero si la soledad y el estudio eran la senda fácil, horaciana, “la de los pocos sabios que en el mundo han sido” de Fray Luis, no puede ignorarse que la otra, el servicio del Estado, tenía sus raíces en la imitada experiencia de la Roma clásica. Abundan los ejemplos de opiniones de humanistas: el Platina alababa a los romanos por su preferencia

---

66 Es la pugna entre el conocimiento espiritual y el práctico.

por la vida pública: “communi hominum utilitati semper consulere”<sup>67</sup> y Matteo Palmieri proclamaba que la verdadera alabanza de la virtud está puesta en el obrar<sup>68</sup>. Y por supuesto Maquiavelo cuidó de apuntar que la verdadera reputación se adquiere, entre otros laudables cometidos, en “desempeñar una embajada con solicitud y con prudencia”.<sup>69</sup>

Si ello era así, se rehusaba la plácida perspectiva de la soledad. La vida activa era la más útil para el sienés Fabricio Petrucci (en su tratado *De regno*), pues excitaba mejor al ejercicio de la virtud, en tanto que la vida contemplativa tan sólo redundaba en beneficio de uno mismo<sup>70</sup>. Pero tampoco pueden desdeñarse las voces contrarias. Conocidos son los textos de Cristoforo Landino en beneficio de la especulación como manifestación de la verdadera sabiduría<sup>71</sup>. También Coluccio Salutati estimó que la vida contemplativa excede “meritis et ratione” a la activa<sup>72</sup>. Y no se olvide: quienes tal proclamaban eran a menudo contradictoriamente paradigmas de la acción política. Collucio Salutati pasó su vida dedicado a las tareas del gobierno y de la Diplomacia, el primer intelectual que ejerció la Cancillería florentina.

Pero atención: el humanista no quiere ser un mero altavoz de los gobernantes, quiere afirmar su autonomía personal del mundo político y para ello aduce y proclama su carácter de cultivador del intelecto, de recuperador y depositario único del espíritu del clasicismo antiguo, capaz de elevarse por encima de la realidad práctica, a lo que le ayuda el neoplatonismo que muchos de ellos propugnan (Ficino, Pico, Plethon). Pero entonces tendría que colocarse en una posición metasocial, y eso tampoco le conviene. En esa dicotomía está su grandeza y su perdición, está en el filo entre la vida real, activa, participadora, y la vida contemplativa, sosegada, personalísima. Algunos llegan a Papas, como Pío II o estuvieron a punto de llegar, como Bessarion. En la liberación de la barbarie (Valla, Nebrija) está la meta de su actividad, pero para ello necesitan del mecenazgo: Petrarca es protegido de Roberto de Nápoles, Nebrija o Anglería de los Reyes Católicos, los florentinos necesitan de los Medici, los romanos del Papa, Piccolomini del Emperador Federico III.

---

67 *De optimo cive*.

68 “La vera lode di ciascuna virtù è posta nell’operare” (Matteo PALMIERI, *Libro della vita civile*, 1430, IV).

69 La reputación se adquiere “vincendo una giornata, acquistando una terra, facendo una legazione con sollecitudine e con prudenza, consigliando la repubblica saviamente e felicemente” (*Istorie florentine*, VII). *Vide* aquí, el capítulo sobre Maquiavelo Embajador.

70 *Vide* sobre ello James Hankins, *op. cit.*, p. 170.

71 *De nobilitate*.

72 *De nobilitate legum et medicinae*, V. Sobre todo ello, *vid. análisis* de James Hankins, *loc. cit.*

Aun más expresamente: el humanista se postula para la vida pública, porque se cree capaz. Un bien conocido personaje castellano de entonces, que —él también— desempeñó misiones diplomáticas, Enrique de Villena, espetó una vez al Rey Juan de Navarra este párrafo que muestra, como pocos pudieran, la querencia del humanista a ser ocupado en materias de gobierno: “quisiera bien así entre otras cosas mandásedes fuese ocupado, en que non solamente intellectual, mas aún corporal sufriese trabajo en vuestra gloria e honra redundantes”. “Porque los del presente tiempo”... tienen por detestable que “los dedicados a la sciencial cultura non entiendan de las mundiales cosas e agibles, tanto como ellos, e por esto los menosprecian desviando de les encomendar acciones activas”. El que Villena escriba esto precisamente en el Prólogo a su traducción de la *Eneida*, añade no poco sabor a sus pretensiones.

Porque, en efecto, lo más frecuente era que se amalgamaran las dos cosas: el humanista político o el embajador que, sin embargo de su actividad, añoró la vida contemplativa del estudioso o al fin se refugió en ella e hizo mohines a las tentaciones políticas. Rodolfo Agrícola, el más importante humanista holandés anterior a Erasmo, ejerció algunas misiones en su patria neerlandesa, a las que alude en sus cartas<sup>73</sup>. Lo requirieron para que pasase al servicio de Maximiliano I, pero él lo rehusó, con la excusa muy propia de los humanistas: “conocéis mi apraxia, es decir mi lentitud y amor de la quietud y me es difícil a mí, que consumí mis días en los estudios, abandonarlos ahora.”<sup>74</sup>

Desde luego, lo lógico y deseable era coordinar, concordar. En tal obra se empeñó, por ejemplo, uno de los verdaderamente más ilustres en ambos campos, en el del Humanismo más rico y fecundo y prestigioso y también en el de la política y la Diplomacia, que ejerció al servicio de Alfonso el Magnánimo. Fue Lorenzo Valla, que se esforzó en compaginar las dos tendencias<sup>75</sup>. También al citado Palmieri se atribuye la expresa preferencia del camino intermedio.<sup>76</sup>

En suma, la existencia de la polémica, en pleno mundo ideológico del Humanismo, y no menos en la práctica, es un hecho. El ideario que a aquellos hombres inspiraba y la vida que ellos escogían, propugnaban algo que aquí resulta definitivo: el deber del servicio al Estado como exigencia del Humanismo cívico,

---

73 *Opera*, ed. de Colonia, 1539, pp. 181, 217.

74 “Nosti apraxiav, hoc est lentitudinem meam, vel amorem quietis, et difficile esse mihi qui totam aetatem in studiis consumpsi, illa nunc relinquere” (*Ibidem*, p. 184).

75 “En su esfuerzo por anular completamente la diferencia entre vida activa y contemplativa a favor de una especie de igualitarismo espiritual”. James HANKINS, *op. cit.*, p. 170.

76 “Prudentissimus vir medium quendam inter utramque viam modum sequitur”. Son palabras de Alamanno Rinuccini en su oración fúnebre por Palmieri.

que por ejemplo proclamaban Coluccio Salutati o Leonardo Bruni Aretino. Este último abogaba por el servicio individual al Estado.<sup>77</sup>

Aquellos hombres laboraban en la tarea del Estado, Y eso los hacía más sabios a través de la experiencia que cada día ganaban. ¿O no? ¿O era más bien, al revés: su ciencia la que los ayudaba a mejor prestar su trabajo? Esa dicotomía (ciencia o experiencia) está también presente en su labor. Anverso y reverso de una actividad humana. El estudioso dedicado al servicio público era también un estadista consagrado a su estudio privado. Esta situación de rica ambigüedad se muestra particularmente en aquellos diplomáticos o enviados o cancilleres renacentistas, puestos a la orden de los poderes públicos. Públicos son ellos desde luego: el tratadista de Diplomacia más conspicuo de aquellos días, Bernard Du Rosier<sup>78</sup>, al enumerar las condiciones del embajador<sup>79</sup>, explica inequívocamente esa cualidad. Dictamina: “Ambaxiatorum officium publicum est”. Y también: “Publice utile est officium ambaxiatorum”. Y los demás principales tratadistas de la materia (Guillaume Durand<sup>80</sup>, Barbaro<sup>81</sup>, Villadiego<sup>82</sup>, Conrado Bruno, Ottaviano Maggi<sup>83</sup>) no le contradicen. Se trata con ello de apuntar a la experiencia de los legados en sus labores públicas; el propio Rosier lo enuncia taxativamente: “experientia, rerum magistra efficax”.

Y sin embargo, esos embajadores son acendrados humanistas, inmersos en las letras humanas, avocados al estudio; es más, a él se dedican en cuanto pueden con el mayor ahínco. La muestra más elocuente está en Maquiavelo cuando cuenta en 1513 que se retira a su estudio todas las tardes a leer Historia clásica y a conversar con los grandes hombres de la Antigüedad y preguntarles las razones de sus acciones<sup>84</sup>. Y otro notorio ejemplo de lo mismo lo da otro eximio diplomático de la época, Philippe de Commines, cuando se atreve a decir que más se aprende en un solo libro en tres meses que en una larga experiencia de vida humana<sup>85</sup>. Son ejemplos preclaros de ocio literario, muy propio de la época.

Pero téngase siempre presente que el ocio no es equivalente a libertad. Sobre *otium y libertas* ya había buscado Virgilio un esotérico enlace en la I de sus Églogas y la IV de sus *Geórgicas*, donde quedó trazado un sutil puente

77 Todo ello, por cierto, no sin una impensada apelación evangélica, basada en San Mateo 20, 25-7.

78 Bernard du Rosier (de Rosergio), teólogo agustino, Arzobispo de Toulouse en 1452. En Roma bajo Eugenio IV y Nicolás V. Muerto en Toulouse 18 de marzo de 1475.

79 “De qualitate et moribus ambaxiatorum”, en su obra *Ambaxiator brevilogus*.

80 Durandus, “Speculum Legatorum”, en sus *Specula Iuris*, rúbrica “De Legato”. Ed. Francfort, 1492.

81 “De officio Legati”.

82 “Tractatus de Legato”.

83 Sobre ellos, *vide* HRABAR, *Tractatus de Legatis*, Dorpat, 1906.

84 *Vide* en este mismo libro el capítulo “Maquiavelo diplomático”.

85 “Plus en voit de choses en un seul livre en trois mois que n’en sçauraient voir à l’oeil et entendre par expérience vingt hommes de rang, vivans l’un après l’autre”. *Mémoires sur Louis XI*, II, VI, p. 149.

entre lo poético y lo político. En la ideología del Renacimiento, son los hombres libres, ciudadanos individuales, los que han de insertarse en el servicio del Estado. Leonardo Bruni d'Arezzo aludió así expresamente a la libertad de que deben gozar los individuos de participar en la tareas políticas y asumir cargos importantes en el gobierno<sup>86</sup>: también al ámbito de libertad que compete a los embajadores en su función aludió Lorenzo Valla en sus *Elegancias de la lengua latina*, basándose en Salustio y en Quintiliano<sup>87</sup>. Sin embargo, y pese a su vinculación a tales tareas, Valla dedica sólo breves alusiones en sus *Elegancias* a los vocablos “legatus”, “nuntius”, “orator”, sinónimos los tres del término embajador que por entonces ya se empleaba.

En todo caso, la libertad de que los humanistas hablaban no elude, antes bien aconseja el servicio a la sociedad, buscando el favor de la fortuna y prevaleciendo del uso de la virtud.

Mas estas dos palabras —fortuna y virtud— son otros tantos signos preclaros del pensamiento renacentista. De la primera se depende, en el azar de las cosas humanas. La segunda se aplica, en un deber interior e inapelable.

A la mente saltan los estupendos versos de Juan de Mena a un Rey renacentista, Don Juan II de Castilla, en la dedicatoria del *Laberinto de Fortuna*:

“al que con **Fortuna** es bien fortunado,  
aquél en quien caben **virtud** e reinado”.

Y de otro monarca renacentista, Alfonso el Magnánimo, escribió Eneas Silvio, el humanista diplomático, cronista y Papa, que “cuantas veces fue vencido, venció, y convirtiô en próspera la adversa **fortuna**” (“Totiens victus, vicit, et adversam in prosperam fortunam convertit”).

También ahí los humanistas que sirvieron a la cosa pública en el terreno de la Diplomacia tuvieron algo que decir y recomendar, siempre en el a la vez ecuánime y deslumbrador lenguaje que les era propio. Para Maquiavelo, la *fortuna* puede ser dueña de la mitad de nuestras acciones. No se la debe culpar de todas; antes bien advierte a los príncipes italianos, sus contemporáneos, que no culpen de los males de Italia a su *fortuna*, sino a su *virtù*<sup>88</sup>. Y de modo parecido, Eneas Silvio, a la par que admite que la fortuna es implacable y no se queda con ningún mortal por mucho tiempo, indica que hay artes por las que se pueden ganar sus favores. Ahí está una vez más, el poder de que ellos se sabían depositarios, el de ser invencibles frente a los males de fuera. Dos de aquellos

---

86 En la *Laudatio Florentini Urbis*, de 1403-4.

87 Lib. IV, cap. XVII.

88 Penúltimo capítulo del *Príncipe*.



diplomáticos humanistas, Gioviano Pontano y el propio Maquiavelo refirieron a ambas, *fortuna* y *virtù*, juntas, la clave del éxito.<sup>89</sup>

Pero incluso cuando trataban de relatar los pasos de la Historia, los humanistas no olvidaban uncirla al carro de la fortuna. Así Poggio Bracciolini en su *De varietate Fortunae*, dedicado al Papa Nicolás V. Ciertamente hay allí una combinación de la Ética, de origen clásico, con la experiencia política del momento. Tanto la fortuna como la virtud tienen su significación, cargada de reminiscencia clásica, romana, ciceroniana, que hace de ellas conceptos intraducibles, a no ser a riesgo de falsearlos. Es más, hay que añadirles otro elemento, en el que el poder político se une a ellas con la fuerza de lo imprescindible: la potencia. “Ridiculosa est sine potentia virtus”, precisó Piccolomini, quien tanto sabía de ello por su acción diplomática<sup>90</sup>. En la ideología política renacentista se pasó del culto de lo providencial a la aplicación humana de lo inmediato.

Además, a esos tres enunciados, cargados de sentido, la *fortuna*, la *virtud*, el *poder*, parece que se puede añadir un cuarto: la *fama*. Nadie dudará de que ésta fue personaje del Renacimiento, recuperado también de la Antigüedad. La fama del guerrero, la fama del gobernante, la del conquistador, la del poeta. Para un embajador, era también la fama de su propio amo la que estaba en juego a través de su acción<sup>91</sup>. Para él mismo, la fama, es asimismo entendible como remuneración de todo quehacer humano.

Pues bien, de los legados que sirvieron a los monarcas del Renacimiento, se sabe que no anduvieron escasos de remuneraciones. De no pocos se conocen las cuantías. La generosidad de los soberanos no anduvo dispar a los servicios. Alfonso V de Aragón hizo honor a su título de magnánimo premiando a Manetti, a Beccadelli, a Valla. Pero recuérdese aquí a modo de ejemplo un caso no desdeñable: Giovanni Gioviano Pontano, activísimo embajador que fue de Alfonso y de su hijo, en una ocasión escribió a este último, Ferrante de Aragón, Rey de Nápoles, estas frases elocuentes: “A un hombre literato, como yo soy, que el Duque de Bari me llama filósofo, basta y debe bastar, sin otros premios, el hecho de haber varias veces ordenado las cosas de Italia. Esta satisfacción de ánimo

---

89 Sobre esto escribió una vez Eugenio d’Ors: “En Florencia, en Roma, en Ferrara, la virtud es la calidad del humanista muy docto, del político muy diestro, del capitán muy valiente, del diplomático excepcionalmente astuto, del artista genial”. Eugenio d’Ors, *Epos de los destinos*, Madrid, 1943, p. 389.

90 De gestis Basiliensis Concilii, lib II.

91 Debe actuar en el extranjero como si la fama de su patria dependiera de él. Sus ideas personales se someten a las de su Estado. Mattingly comenta: “los nuevos Estados egoístas y omnicompetentes empezaban a exigir al menos los signos externos de la lealtad total” (*La Diplomacia del Renacimiento*, ed. española, p. 197).

me basta: la buena y loable fama”<sup>92</sup>. Las proezas de sus legaciones exigían así la fama por lo logrado. Y esa fama era suficiente para un hombre como él, que pregonaba orgullosamente haberse hecho a sí mismo, sin concesiones de nadie. Los humanistas se consideran orgullosamente hechos por sí mismos.<sup>93</sup>

Toparon aquellos hombres, que llevaron el peso de la trama internacional de entonces, con otra más trágica contradicción. ¿Había que impulsar esperanzadamente, desde el rico acervo de las letras renacidas, la transformación de las cosas reales? ¿Había que ensalzar con el *Pro Archia* de Cicerón a los héroes civiles y empujarlos a obrar en consecuencias con las virtudes dignas de favor? ¿O había, por el contrario, que someterse al albur de los tiempos, ceder al compás de los hechos? A esto responde la conocida divisa de Fernando el Católico, “como yunque sufro y callo / por el tiempo en que me hallo”. Pero a veces no había simplemente que esperar, sino que ceder a las exigencias del momento, como en el emblema de Solórzano Pereira, lejano en el tiempo barroco, pero no en la inspiración: “tempori cede”<sup>94</sup>. Porque a aquellos hombres no era dado ignorar que, aun eludiendo lo trascendente, dependían de dos cosas: Una es la capacidad humana del quehacer, la idoneidad del personaje que actúa. Otra, la necesaria adecuación a las circunstancias, a lo que Goethe habría de llamar siglos después el favor del momento.

Más de una vez, en relación con esto, se ha citado (o al menos debido citar) la conversación que Maquiavelo sostuvo con el Cardenal Francesco Soderini, quien, aludiendo a la entronización del Papa Julio II, hizo votos por que éste supiera estar en “consonancia con los tiempos”<sup>95</sup>. Esa fue la duda que asaltó a tantos hombres de entonces. ¿La afirmación de sus ideales humanísticos o la contemporización de un pávido y reprehensible *aggiornamento*? ¿Dónde estaría la equivocación, en la fidelidad o en el cómodo retroceso?

Es harto probable que ahí precisamente gravite la contraposición entre lo ideal y lo real, entre la idolatrada liturgia de las Letras y la arisca realidad de las deslealtades. Acaso esa magna discordia entre lo ideal y lo real sea una dramática disyunción, la mayor quizá del mundo del Renacimiento. ¿Quiénes la advertirían más o la sufrirían de modo más acerbo que aquellos embajadores humanistas, servidores de la utopía clasicizante de su pensamiento y a la vez de las luchas de implacables competidores en la palestra militar y política? “Legati

---

92 “Ad un uomo licterato come ad me, che il Duca de Baro me chiama filosofho, basta e debe bastare, senza altri premii, che doe o tre volte ho tenuto le cose di Italia in expeditione. Questa satisfatione d’animo me basta”: “bona e laudabile fama”. (Carta a Ferrante, 26-IV-1492).

93 “Me son fatto io da me medesimo”, escribe Giovanni Gioviano Pontano en 1490 a Ferrante. (Cit. en ELÍAS DE TEJADA, *op. cit.*, I, p. 85, nota 75).

94 Emblema XLIII de sus *Emblemata centum*.

95 *Legazioni*, 593.

de pace mittentur<sup>96</sup>, clama Juan Francisco Pico de la Mirándola en una de sus cartas en que lamenta los rigores de la guerra<sup>96</sup>. En el resignado Renacimiento tardío se fraguaría esa pugna en el contraste de la utopía de Tomás Moro y el realismo heredado de Maquiavelo. Y no cabría más que el irenismo erasmiano. En ese mundo posterior de inevitable confrontación se nutrirían los embajadores humanistas de tarda época, inteligentes discípulos del prudente Erasmo, desengañados de la paz, desasistidos de la esperanza de los valores renacentistas.

Claro está que lo que aquí se expone no pasa de ser una cadena de variaciones sobre un tema no ya conocido, sino famoso, el del ideario del Humanismo europeo y sus portavoces, de la política del Renacimiento y sus fautores, o de las consecuencias del admirable hecho de las letras renacidas. Sobre todo ello se han escrito libros, elaborado análisis, elucidado tendencias y formas por tratadistas ilustres, cuyas obras merecen por ello admiración. Por eso, no ha de ocultarse que a cuanto viene aquí diciéndose pueda reprocharse —y deplorable si así fuera—, que en esta exposición pueda estar arbitrariamente latente una aventura de construcción artificial. Y podría ciertamente argüirse que la Diplomacia de hoy no es la misma que la de entonces, que ni siquiera se llamaba así. Que no es lícito confundir Diplomacia con servicio a la sociedad civil, lo que implicaría tomar la parte por el todo. Ni es lícito confundir embajadores y humanistas, por mucho que se aduzcan nombres bien preclaros. Es verdad. Precavidamente ha de acatarse la validez de tales objeciones.

Pero no es menos cierto que *el oficio* de los legados, que hoy llamamos Diplomacia, creció bajo la sombra del árbol de la Humanidad renacentista, que de sus frutos supo nutrirse y que coadyuvó a hacer más copioso su ramaje. Y esto se manifiesta en el impulso que aquellas ideas imprimieron, de una parte, a la acción de los legados; de otra, a la normativa que por entonces inauguraron —no podrá negarse— los tratadistas que se ocuparon del “*officium legatorum*”, entre los que primó Ermolao Barbaro, humanista y embajador veneciano.

Lo que se hubiera querido dejar aquí puntualizado es que la recuperación de la humanidad clásica impulsó en los humanistas el servicio, en individualidad y libertad, a la sociedad civil en la cosa pública y que ello se realizó en innumerables adscripciones personales a las embajadas de entonces. Y también que el pensamiento renacentista, emblemático, clásico, resucitó modelos de comportamiento, paradigmas de conducta procedentes de la Antigüedad, que encarnan y expresan rigurosamente los que luego son tenidos como caracteres ejemplares de la Diplomacia: la prudencia en el obrar, la reflexión antes de la acción, la no precipitación, la cautela. Es decir, el pensamiento humanístico brinda a la

---

96 *Opera*, II, p. 1272.

Diplomacia venidera todo un formulario de modelos, que acabarán por ser tópicos de la acción de los embajadores. Y que, por tanto, el ideario humanístico contribuyó al ejercicio de la función de éstos en un momento crucial de su desarrollo. La propia condición peculiarísima de ese ideario facilitó su influencia. Un insigne erudito, admirable conocedor del tema, escribió una vez que la Filosofía humanística es más una actitud que una doctrina, una Cultura más que un sistema<sup>97</sup>. Precisamente esa cualidad de actitud humana, no de lucubración, sino de sabiduría y no de estructura, consintió una tal imbricación provechosa, un tal ensamblaje espiritual e intelectual en una realidad humana.

No es fácil saber si tendrán fuerza estas meditaciones para inducir a la idea de que en aquel renacentista binomio, que no contraposición en modo alguno, entre *fortuna* y *virtud* podría calcarse el que aquí se da como título: *misión* y *servicio*. La primera —la misión— viene dada al embajador. El segundo —el servicio— toca a él ejercerlo. La vaguedad del azar se perfila en el deber estricto. Cuando la misión se consuma en el servicio, la fortuna se corrige con la virtud.

Y así acaba la misión aquí propuesta y el servicio que se ha querido prestar al lector. Una y otro fueron destinados no a provocar descubrimientos, sino meramente a relevar aquellos datos o ideas que pudieran dar un inicial soporte intelectual a la Diplomacia del Renacimiento, instalando misión y servicio de aquellos embajadores en medio del rico acervo cultural del Humanismo. Porque pudieran verse en éste y en los hombres que lo idearon y practicaron, un honroso empuje inaugural de la Diplomacia moderna. Si en tal coyuntura histórica y en tal tarea civil se hallan inconfundiblemente los hombres mencionados en estas páginas, tal vez la relevancia de su vinculación no debiera ignorarse.<sup>98</sup>

Las instituciones que hoy nos dan marco y utilidad tuvieron sus tiempos en el ayer, como lo tendrán en el mañana. Entre ellas está el oficio de los legados, basado entonces afortunadamente en preceptos humanísticos, que, a bien verlo, son simplemente humanos: el acatamiento del deber, el gusto del saber, la elegancia del decir, el uso de la persuasión, la prudencia en el obrar, la concordia como fin.

A tales instituciones los acontecimientos las configuran, pero no las determinan. El actor sigue siendo el ser humano, cuya dignidad resaltaron aquellos hombres que aquí pareció que merecía la pena evocar.

Y puede haber ahí, como en las cosas del pasado suele darse, una lección no fútil ni superflua.

---

97 Miguel Batllori, *Renacimiento y Humanismo*, Barcelona, 1987, p. 3.

98 Sobre aquella época y aquellas gentes escribió una vez Ortega y Gasset: “en cada uno de aquellos hombres del *quattrocento* chocan dos movimientos contrapuestos: el hombre medieval cae como el cohete consumido y ya ceniza. Pero en esa ceniza descendente, inerte, irrumpe un nuevo cohete recién disparado y ascendente, puro vigor cenital, puro fuego, del vivir moderno” (*En torno a Galileo. Obras completas*, V, p. 141).

## ¿DIPLOMACIA CLÁSICA?

Para épocas mucho más modernas, para los tiempos de una Diplomacia ya próxima a lo profesional, a lo estatalmente ordenado, es decir, para los siglos XVIII y XIX, se acuñó en tiempos la expresión que califica a la Diplomacia de *clásica*. Se ha venido haciendo a partir de la famosa obra de Rohden<sup>99</sup>, que así analizó lúcidamente toda una época de las relaciones internacionales europeas. Lo clásico era ahí la norma que regía un tipo de diplomacia y de diplomático, vigente en el tiempo anterior a la Revolución y, luego de ésta, fautor de la posterior Restauración. La expresión se ha revelado oportuna, definidora. Encarna en Choiseul y Kaunitz, luego Metetrnich y Talleyrand. El marchamo de clásica se ha prestado muy bien para esa época en que vivió y para los modos en que se desarrolló la Diplomacia de entonces.

El clasicismo que, sin embargo, podría bien aplicarse a la diplomacia renacentista es otro, más directamente expresivo, más estrictamente vinculado a las fuentes de su ideología, a las matrices de sus orígenes. Clásico es lo que se declara heredero de aquellas épocas de la Antigüedad europea en que florecieron las culturas grecolatinas, manantial del que todo brota en la época de las letras renacidas.

Lo que se ha resuelto llamar clásico es porque ofrece el singular mérito de servir de modelo. Aquellos diplomáticos de la era renacentista, cuyos rasgos (virtudes y defectos) se han perfilado en páginas anteriores, no se han mostrado solamente ejecutores de una política exterior en las rutas de la Diplomacia, sino también a la vez servidores de una ideología que les es común, el Humanismo renacentista. Y aun más, actuando como su consciente transmisora. En eso radicaría, en fin, su **misión y su servicio**. En ser además posible influjo, evocadora tradición, invocable modelo.

Por ello mismo, por esa vocación transmisora de ideas, aquellos enviados, embajadores, nuncios, legados de la época renacentista, pudieron influir, transferir. Así pues, no estará de más considerar lo que aquellas generaciones de servidores de la cosa pública y, al mismo tiempo, cultivadores de la ideología humanística del Renacimiento europeo, pudieron traspasar a generaciones sucesivas de tiempos de oro de la Literatura. Un tema ciertamente bien conocido y estudiado. Diplomáticos como Navagiero introdujeron en España los metros poéticos que serían luego presea de sus letras; Thomas Wyatt hizo lo propio en Inglaterra. Ya se han indicado los casos de Ronsard y de Du Bellay. O los de fomentadores de formas artísticas como el Conde de Tendilla, trayéndose a España influencias de Italia, o Jerónimo de Vich, Embajador de Fernando el Católico en

---

99 ROHDEN, Peter Richard, *Glanz und Untergang der klassischen Diplomatie*, Berlín 1939, traducción española, *Esplendor y ocaso de la Diplomacia clásica*, Madrid, Revista de Occidente, 1942.

Roma, construyéndose luego un palacio romano en Valencia<sup>100</sup>. Y tantos otros casos podrán aducirse.

Quizá pueda afirmarse que eso fue posible porque la ideología que los formaba llevaba en sí un altruista y generoso deber de transmisión. Todos esos personajes que se han citado, coautores de lo que puede llamarse la **misión** y el **servicio** en la Diplomacia de la época, están imbuídos de esencia clásica y todos se esforzaban —y ¡en qué modo!— en adaptar su quehacer a principios requeridos por su ideología humanística.

Tal desde luego acaece a los embajadores renacentistas que por aquí desfilaron. La ideología que ellos ordenaron (los cancilleres), ejecutaron (los embajadores) propusieron (los tratadistas) o describieron (los cronistas) está basada en los diseños del Humanismo.

Así pues, ¿tienen estas previas páginas, por las que ha discurrido la atención y la paciencia del lector algún fundamento, que no sea la reunión de citas o los deliberadamente traídos episodios biográficos de personas a las que anacrónicamente se atribuye un hipotético y tal vez en ocasiones artificial título de embajadores, enviados, legados, es decir —en nuestro actual modo de hablar— diplomáticos? ¿No serán una voluntaria traslación de hechos y realidades dispares al campo teórico de las ideas, al deseado terreno de las coincidencias? ¿No serán ejemplos que nada ejemplifican? Acaso no yerre el escéptico lector que tal juzgue. Pero quizá, a pesar de ello, no le haya sido inútil recorrer una vereda, aunque tortuosa, que lo llevó a metas que al menos inducían a intentar algunas conclusiones. Son conclusiones sobre un oficio antiguo, basado en la realidad de una tarea, cuyos titulares aquí reseñados fueron conscientes de que la encomendada **misión** se traducía en un **servicio**, fundado en el buen hacer y en la prudencia, cuyas normas van allá de lo que pueda preceptuarse.

Lo expuso el principal de sus tratadistas, diplomático él también de norma y de ejercicio, Ermolao Barbaro, cuando bellamente dejó dicho lo que precisamente trasciende a toda expresión y lo que también quisiera expresar el autor de estas páginas sobre la Diplomacia renacentista, a saber que **de este oficio más hay en la prudencia humana de lo que pueda ponerse por escrito.**<sup>101</sup>

100 *Vide* OCHOA BRUN, M.A., “La Diplomacia española y el Renacimiento”, *Diplomacia y Humanismo*, Madrid, Fundación Pastor de Estudios Clásicos, 1989.

101 “Huius officii pracepta quanquam tradi possunt, plus tamen nescio quid in hominis prudentia situm est quam quod mandari scripto queat”. (*De officio Legati*).





FRANCESCO  
PETRARCA  
EMBAJADOR

“Passa la nave mía colma d’oblio  
per aspro mare, a mezza notte,  
il verno”.

*(Petrarca, soneto CLXXXIX  
de las Rime sparse).*

## EL HUMANISMO, REALIDAD Y CULTURA

En una determinada era de los siglos europeos se produjo una eclosión que fue a la vez poderosamente innovadora y al tiempo imitadora del pasado. Esa antinomia, combinada además con el respeto por la dignidad del hombre, produjo lo que llamamos con una expresión feliz, el **Humanismo**. De muchas de sus facetas, de no pocos de sus protagonistas, tratan los capítulos de este volumen, atrayéndolos deliberadamente, al campo de la Diplomacia.

En el umbral de esa época vivió un humanista precursor, que fue también un embajador asiduo. Su nombre despierta emociones, evoca versos, trae recuerdos de Italia y Francia, por entonces convulsas, sugiere avatares de agitación política y plácidos horizontes de reposo intelectual. Es Francesco Petrarca. Dedicó buena parte de su vida a ejercer legaciones en nombre de los Príncipes. La poesía mezclada a la Diplomacia, la Diplomacia ejercida por poetas no es cosa insólita. La Grecia clásica nos dio ejemplos no escasos. El viaje, además, no se lleva mal con la Literatura, y los viajes son inherentes al desempeño de las embajadas en todas las edades. Los viajes atrayentes, sugeridores, enriquecedores; también los viajes penosos, melancólicos, imagen de la vida que incesantemente transcurre, pasa, en un entorno que se hace uno con los afectos. Con la mente llena de versos y el ánimo de sentimientos, Petrarca llevó a menudo en su equipaje actas, diplomas y mandatos. Conoció la inquietud del viajar, el desasosiego espiritual del trasiego de idas y venidas. De una de sus navegaciones escribió lo que bien puede reputarse uno de sus versos más hermosos, que seguramente no se agotaba en la experiencia del mero viaje, sino que era el eco de una abrumadora tribulación interior:

“Pasa mi nave, colmada de olvido, por alta mar, de noche, en el invierno”.

En uno de sus viajes, que lo llevó en 1333 desde Aviñón a París y a Lieja, descubrió Petrarca el discurso *Pro Archia* de Cicerón. Se lo copió íntegro. Le impresionó por lo que en él dice Cicerón del homenaje de los poetas a los héroes<sup>1</sup>, es decir, **de las letras a la actividad humana**. Para Petrarca, el discurso ciceroniano fue una revelación. En una carta a un amigo<sup>2</sup> vertió sobre él elogios, que revelan la conmoción recibida. Es sabido que en ese discurso Cicerón alude a las “artes...

---

1 *Pro Archia*, 24.

2 *Variae*, 45. *Variarum liber. Opera*, II, 1125, Las citas de las obras de Petrarca se hacen aquí, cuando otra cosa no se indique, a partir de la edición de Basilea, Henricus Petri, 1554. Ocasionalmente se utiliza también la edición de Mursia, 5ª edición, a cargo de Emilio Bigi, Milán, 1975.



quae ad humanitatem pertinent” y a los “studia humanitatis”<sup>3</sup>. Hoy las podemos simplemente traducir por las Letras o la Cultura, pero eso lo hacemos por el ingenioso paso semántico que hizo posible el tiempo del Renacimiento. Pero entonces, el culto a las letras fue precisamente el estudio de las cosas humanas.

Nótese, pues: en el curso de un viaje iniciado precisamente en el cometido de sus embajadas, Petrarca encuentra un discurso de Cicerón. En él golpea sus ojos la expresión de los estudios de las *humanidades*. El discurso ensalza la función del literato como heraldo de la tarea civil. Son demasiados datos como para no darlos por lema y aun resumen de estas reflexiones.

## ITALIA, ESCENARIO DIPLOMÁTICO

Durante los años de infancia y juventud de Francesco Petrarca, las rutas de su Italia natal estuvieron surcadas por frecuentes y activas embajadas, propias y foráneas, que crearon a veces una intrincada red diplomática de complejos hilos y variados influjos. Los principados italianos y sus mutuas implicaciones en controversias territoriales o dinásticas, y las ambiciones, más o menos veladas o explícitas, de potencias exteriores jugaron sobre suelo italiano como en una palestra de diversos intereses. Los poderes interiores eran sobre todo el reino angevino de Nápoles, el señorío milanés de los Visconti o los Della Torre, la señoría florentina, disputada por *blancos* y *negros*, y las Repúblicas marineras de Venecia, de Pisa y de Génova, todo ello en el conflictivo ámbito de discordia de güelfos y gibelinos. De fuera de Italia, los Papas, que habían abandonado Roma para asentarse en Aviñón, pero atisbaban cuanto en la Península acaecía, los Emperadores romanogermánicos, siempre animados de ambiciones en tierra itálica, y los monarcas aragoneses, vecinos del Ultramar mediterráneo y establecidos en Sicilia y Cerdeña, debatían sus propósitos, pretendían ganancias o ultimaban alianzas. Por eso, sus embajadores se movían incesantemente, llevando y trayendo mensajes o urdiendo tratos y acuerdos. Para el joven Petrarca hubiera podido ser un escenario de sucesos o una experiencia sugestiva.

Lo es, desde luego, para quien contempla el abigarrado cuadro de acaecimientos en aquellos lugares, en los que de la removida atmósfera del siglo XIV europeo verdaderamente puede decirse que tanto oculta como revela, tanto evoca como promete. Personalidades como Dante Alighieri, Marsilio de Padua, Cola di Rienzo o el Propio Petrarca, ilustrarían aquellos hechos o impulsarían tendencias de consumada política o de suprema intelectualidad, para deleite y asombro de historiadores.

---

3 “... patiamini de studiis humanitatis ac litterarum paulo loqui liberius”.

Pero no lo pudo ser para Francesco Petrarca, al menos conscientemente, siendo niño, en su natal Arezzo, cuando las sendas de Italia se vieron recorridas por importantes embajadas venidas del norte, de tierras del Sacro Imperio. Venían a anunciar, a preparar la venida, el *Romzug*, del Rey de Romanos, Enrique VII de Luxemburgo, con el fin de hacerse coronar Emperador en Roma. Para ello ya se había concordado con el Papa, que no estaba en Roma sino en Aviñón, y que delegaría para la función en tres cardenales que lo representarían en la basílica del Laterano.

Los embajadores de Enrique VII, que actuaban como sus comisarios imperiales, viajaron a lo largo de los años 1309 y 1310, distribuyéndose los caminos. Eran principales obispos de sedes alemanas; a Milán y tierras de la Lombardía iba el Obispo de Chur, Sigfredo, y el de Constanza, Gerardo. Mandaban en Milán los señores De la Torre. Los comisarios hicieron camino por sus dominios. Ivrea, Vercelli, Como, Bergamo, Monza, Crema, Lodi. Luego Cremona, Brescia, Verona, Pavía eran sus etapas. Por un lado llegaron a Venecia, por otro a Parma. A Liguria y Toscana iban otros dos obispos, Gerardo de Basilea y Felipe de Eichstädt. Discursarían en latín para pregonar las ventajas de la soberanía imperial. Les facilitaba la misión un jurista, Bassiano Guasco. No consta que pasaran por Arezzo, sí que los acompañaba un caballero florentino, Ugolino de Vico. Esas comitivas no se unirían a recuerdos de infancia del pequeño Francesco, pero sí tenían que ver con su padre, el notario Petracco, que tenía sus esperanzas puestas en la bajada a Italia del nuevo Emperador, cuya visita se anunciaba con tanto aparato. Un gran poeta albergaba, por entonces, la misma esperanza, se llamaba Dante Alighieri, que fiaba en la restauración del Imperio.

El notario Petracco pasó, pues, a Pisa, adonde llegaron los comisarios imperiales. Llegaban en momento de afanosas gestiones diplomáticas. En Pisa estaban los embajadores del Rey de Aragón, Jaime II, empeñado en la conquista de la isla de Cerdeña que le había correspondido por el Tratado de Anagni y que el propio Papa le había confirmado. Pero tenía que hacerse para ello con apoyos diplomáticos y los buscaba tanto de pisanos como de florentinos. Sus embajadores negociaban en Pisa: eran el mayordomo de la Reina de Aragón, Vidal de Vilanova, y el vicescanciller Bernat de Badía. Pero la llegada de los embajadores imperiales que se opusieron a aquellos tratos, les puso fin. En octubre de 1310, Enrique VII emprendió su viaje a Italia; le aguardaban mil peripecias en un camino pleno de dificultades, de facciones que habían de ser ganadas, de ciudades que habían de ser expugnadas. Bandos rivales se combatían, señores locales se disputaban el poder. Triunfaba la versatilidad en las pugnas de güelfos y gibelinos.

Al fin, llegado a Roma, el 29 de junio de 1312 Enrique VII fue coronado Emperador en San Juan de Letrán.

En ese mismo año, el notario Ser Petracco, perseguido en su tierra y decepcionado de ella, se puso en camino hacia la emigración: de Pisa a Génova, luego por barco a Marsella<sup>4</sup>, de allí a Aviñón, a la sazón sede pontificia, abarrotada de gentes (clérigos peticionarios de prebendas, cortesanos de la Corte papal, embajadores de monarcas y príncipes, mercaderes en busca de lucro, mensajeros de noticias europeas, curiosos), de allí buscando mejor refugio, al vecino Carpentras. Con él iba su hijo Francesco que conocía así las tierras que iban a tener parte importante en su vida. Con Francesco viajaba también la que sería por siempre su nostalgia de la amada tierra italiana.

Dichos manejos diplomáticos internacionales, que probablemente su padre había presenciado en Pisa, no dejarían en el niño ningún eco. El tiempo sí le haría insertarse en ese mundo de los viajes, las Cortes, las misiones extranjeras, que serían coetáneas de su principal *mestiero*, la Poesía<sup>5</sup>. Petrarca, un aretino internacional, pronto hombre avezado al trato en la Curia papal, en los palacios de Nápoles o de Praga, en los ambientes académicos, seguramente sociable y de gustos literarios que pronto (y por su culpa y la de Cicerón) se llamarían humanísticos.

Dos raíces se dieron en la vida del joven Francesco en ese tiempo. El estudio de jurisprudencia en la Universidad de Montpellier, luego de Bolonia le abriría las puertas de su ciencia. Un fortuito encuentro en la iglesia de Santa Clara de Aviñón el 6 de abril de 1327 le haría conocer a la Madonna Laura de Sade que llenaría su vida de sentimientos y la lírica europea de contenido y emoción.<sup>6</sup>

## LOS INTEGRANTES DE LA PERSONA

Porque Francesco Petrarca es tenido por el más eximio poeta lírico de Occidente, después de Horacio. La consideración que de él se hace unánimemente es, ante todo, la de un poeta. Admítase que también lo hacía él mismo. Él se ufanaba de mostrar olímpico desinterés (diríase horaciano) por todo lo no literario. En una epístola al Cardenal Pazzi, (rara epístola, por cierto, compuesta en insólito

---

4 Donde estuvo a perecer en un naufragio. “Marsilia naufragium passus, et parum abfuit, quin cum tota familia submergeretur”, se lee en la biografía de Jerónimo Squarzacchi, que precede a sus obras (ed. citada de Basilea).

5 Petrarca no debía de ser físicamente atractivo, de estatura media, pelirrojo, aunque lujoso y elegante en vestir, peinar y calzar a juicio de Casimir von CHLEDOWSKI, *Neapolitanische Kulturbilder. XIV-XVIII Jahrhunderte*, Berlin, Cassirer, 1920, p. 49.

6 “Captus enim dum sic staret amore Lauretae, quam ipse ampliato nomine Lauram vocat, et ardentem ilam amavit, et multa carmina et rithmos in eius laudem composuit”. (Biografía de Sqrzacfici).

metro rimado), significativamente escribe: “otros otras cosas anhlen, a mí me basta con ser poeta”.<sup>7</sup>

Y sin embargo es evidente que, siendo eso lo más importante, en Petrarca hay mucho más. Es una rica personalidad muy compleja, por cierto llena de contrastes.

Permítase señalar los más visibles:

El primero es la sorprendente dicotomía entre el **reposo intelectual** que él siempre ansió y la **vida viajera** en que se consumió gran parte de sus años.

El segundo es la **vida solitaria** que prefería y el **bullicio en las Cortes** que a menudo hubo voluntariamente de conocer.

El tercero es la **libertad personal** que siempre alegó y la **sumisión a los Príncipes**, que constituyó un reproche que le hizo una vez su amigo Boccaccio.

Pero, prescindiendo de esa enumeración de contrastes, acaso demasiado somera<sup>8</sup>, se advierte en la personalidad de Petrarca y en las concepciones intelectuales que la conformaron, tres elementos: lo ético, lo estético, lo político.

De lo ético da testimonio la emotiva prosa del *Secretum*, el íntimo diálogo del autor con un imaginado San Agustín, ejemplo a su vez de una forma de Confesiones, de sumo (y convincente) valor espiritual. Lo estético impregna toda la obra literaria de Petrarca, su cuidadosa atención a lo bellamente logrado. En lo político, está la comunicación con los demás, el viaje, la acción de los Estados, también el trato personal con los poderosos; y la Diplomacia.

Existe, por supuesto, una voluntaria subordinación de los integrantes:

Primero lo ético; a esto va subordinado lo estético. A lo estético va subordinado lo activo. Lo activo es considerado como una carga. La política, es decir el trato con los poderosos es un hecho en la vida de Petrarca, pero él, que lo estima, que se tiene por envidiable por esa causa, también lo subordina a su vida interior, es decir, a su libertad. Acerca de la política, él mismo dice: “tuve fortuna de gozar de la familiaridad de príncipes y reyes y la amistad de los nobles, tanto como para ser envidiado. Pero tuve siempre enraizado en mí el amor de la libertad, tanto que evité a quienes no la amasen”<sup>9</sup>. Por supuesto esa libertad individual, la del intelecto, nada tiene que ver con la libertad política de un liberalismo romántico, que aquí sería falso y anacrónico.

7 “Quas non insidiae quatiant, nec clamor ad arma,  
divitiae placeant aliis, mihi vita quieta,  
huic rex, illi quies, mihi sufficit esse poëta”.  
*Opera*, III, p. 1336, col.2, vº 10 ss.

8 Más adelante se profundizará sobre ello.

9 “Principum atque Regum familiaritatibus ac nobilium amicitiiis usque ad invidiam fortunatus fui... tantum fuit mihi insitus amor libertatis, ut cuius vel nomen ipsum illi esse contrarium videretur, omni studio declinarem”. Epístola a la posteridad. Mursia, 974.

El paso a lo político equivale al tránsito de lo interior a lo extranjero. Sobre todo la contemplación interior, los laberintos de su alma, que él cuidadosamente analiza. De ellos pasa a contemplar el mundo. El mundo le afecta, como afecta un espejo donde mirar reflejada la propia intimidad. Pero lo conoce, lo analiza también, lo describe. No son muchos los poetas que dominen como él la capacidad de describir, pero lo describe siempre con elementos de interioridad. Y diríase que allí surge la contraposición de lo interior (ánimico) y lo extraño a lo interior, el mundo externo. Pero también —en este último— surge la contraposición, en el campo aplicado de la política, de lo políticamente interno y lo extranjero.

Pragmático y justo, a la vez que teórico, recomendaba Petrarca: antes que criticar lo extranjero, mejor será reparar lo propio.<sup>10</sup>

## PENSAMIENTO Y ACCIÓN

Ya ahí aparece, en la mente de Petrarca, analizada a través de sus escritos, y hecha sólo de sentimientos, tanto los los íntimo-religiosos inspirados por San Agustín, como amoroso-terrenales inspirados por Laura, una presencia de lo inmediato y real. Era hombre de estudio ante todo, pero también de acción. Lo expresó eloquentemente cuando escribió que nada haría, si lo que aprendió leyendo, no lo emprendiese ejerciendo.<sup>11</sup>

En efecto, quien contemple la vida de Petrarca con ojos de mero biógrafo observa el permanente movimiento y la constante y por cierto fructuosa actividad. Nacido en Arezzo, ido luego a Pisa, pronto trasladado a Francia, en el ámbito de la Corte pontificia aviñonesa, educado en la universidad de Montpellier, después en la de Bolonia, tornado a Aviñón, viajero luego por el Norte de Francia y por Flandes, más tarde por la Península itálica de nuevo, nostálgico de Italia y de Roma, llamado a la Corte angevina de Nápoles, vuelto a Roma, a la Umbria y a Provenza, de nuevo a Nápoles, a Parma, Bolonia, Verona y Florencia, retornado a la Curia, otra vez a la Italia septentrional, Milán, Venecia, Padua, con viaje a Basilea, a Praga y a París, para acampar al fin en su casa de Arquà donde se lo apropió la muerte el 18 de julio de 1374, reposada la cabeza sobre un tomo de la *Eneida*.

---

10 “Barbari nostri Transalpini, si de eis quoque quid sentido interdum loquar, veritate suadente non odio, non enim homines odi, sed vitia, eamque non minus, immo equidem multo magis in nostris quam in aliis, sicut proprio in agro, quam in alieno lappas ac tribulos et urticas” De Republica optime administranda liber, en *Opera* Basilea, I, p. 431.

11 “Nihil actum fore putavi si quae legendo didiceram non aggredere exercendo”. *Vide* sobre ello comentario de GREGOROVIVUS en su *Geschichte der Stadt Rom.*, IV, p.117.

Y, en el curso de esos viajes, celebrado como poeta, admirado como personaje, utilizado como negociador, tenido por cosmopolita. Y él a su vez, apasionado amante de las tierras que conoce, amador sobre todo de su refugio de Vaucluse, dudoso entre la Italia añorada y la Provenza acogedora. En enero de 1342 desde Francia confiesa ser requerido por la hospitalaria Corte angevina de Nápoles, regida por un monarca culto y generoso, Roberto el Sabio, casado con Sancha de Mallorca, nieta de Jaime el Conquistador. Describe esa situación Petrarca en carta a Giovanni Barrili, Senesal de Provenza<sup>12</sup>:

“...vocat eminus ambos<sup>13</sup>

Inclita Parthenope; sed adhuc nos Gallia vinclis  
nostra tenet blandis; tandem tamen ibimus et nos”.<sup>14</sup>

Ya precisamente aparecen en su vida elementos diplomáticos. La amistad con un embajador del Rey Roberto tuvo para Petrarca importancia intelectual. En la Corte pontificia aviñonesa, que bullía de clérigos y de funcionarios, también pululaban emisarios y embajadores, que además eran eruditos, como en la época se estilaba. Allí conoció Francesco a uno de ellos que venía del Rey Roberto de Nápoles, quien lo envió a la Curia como su embajador en más de una ocasión. Era el fraile calabrés Barlaam de Seminara, monje que fue del monasterio de San Elías de Copasino y desde octubre de 1342 Obispo de Gerace (sede sufragánea de Reggio de Calabria), de rito bizantino. Había viajado a Constantinopla en 1326 y en 1346, y luego a Aviñón, en misión angevina. En la Curia trabó amistad con Petrarca a quien transmitió sus conocimientos de griego<sup>15</sup>. Una vez más, las misiones diplomáticas de la época, de monarcas dados a la cultura, servían de transmisoras de ésta a quienes habrían de ser sus altos protagonistas.

12 *Opera*, III, 1343, col,2, in fine. Epístola I del libro II.

13 A él y al poema *Africa*.

14 “...di lontan me chiama

Partenope; ma dolce a' lacci suoi

Gallia mi tiene tuttavia. V'andremo

Quando che sia; nè tarderà quel giorno”. (Trad. de Rossetti, en MURSIA, vº 95).

15 Barlaam había nacido en Seminara (Calabria) c. 1290. En Constantinopla intervino en debates con los teólogos (c. 1326), Regresado a Calabria en 1341, fue bibliotecario de Roberto I de Anjou, que lo mandó en misión a Aviñón, donde conoció a Petrarca y fue su maestro en lengua griega. De nuevo en Constantinopla en 1346, regresó a Aviñón, donde murió en 1347. (JUGIE, M. en *Dictionnaire d'Histoire et de Géographie ecclésiastique*, V, pp. 818-834. Da útil bibliografía).

## LA DIPLOMACIA

Se ha escrito aquí más arriba: “utilizado como negociador”. La actividad externa de Petrarca se consume en hechos diplomáticos. Es propio de la época del Humanismo renacentista (o si se prefiere aquí del Humanismo prerrenacentista) que se usase para la selección de los embajadores a personajes duchos en las ciencias humanas: el dominio de las lenguas clásicas, la capacidad oratoria (los embajadores eran llamados “oradores”), la susceptibilidad de moverse a gusto en ámbitos intelectuales que eran por eso mismo internacionales.

He aquí seguidamente los episodios diplomáticos en la biografía de Petrarca.

En 1341 desempeñó una misión a Nápoles por encargo de su protector el Cardenal Colonna y del Papa Benedicto XII (un Papa benévolo y propicio respecto de Petrarca) ante el Rey Roberto I. Tuvo lugar entonces su coronación como poeta en Roma el 8 de abril de ese año. Ha de señalarse sin embargo que no fue propiamente una misión diplomática. Pero sí ha de recordarse al benemérito mandante: Giovanni Colonna, Cardenal diácono de Sant’Angelo por Juan XXII en 1327, habría de morir siete años más tarde (el 3 de julio de 1348) precisamente en el mismo año que la amada Laura (ésta el 6 de abril, sabido por Petrarca en mayo). Sobre ambos sucesos escribiría Petrarca un con razón famosísimo conmovedor soneto, aludiendo bellamente a las dos pérdidas:

“Rotta è l’alta colonna e’l verde lauro”.<sup>16</sup>

En 1342 tuvo lugar la misión encomendada por los romanos en unión de otros enviados a Aviñón, para pedir al Papa Clemente VI que regresara a Roma. Hubo un discurso al Papa, pronunciado por Petrarca, que así se estrenaba en un cometido muy propio de tales menesteres de embajadores.

En octubre de 1343, recibió Petrarca un importante encargo diplomático del Papa Clemente VI en Aviñón. Fue este Pontífice sucesor de Benedicto XII y menos propenso al poeta<sup>17</sup>. El encargo consistió en una misión diplomática a la Reina Juana I de Nápoles para la liberación de prisioneros a instancias del cardenal Colonna (encerrados en Castel Capuano) y también en la protesta del Papa por haber testado el Rey Roberto I la constitución de un consejo de regencia cuando ello competía

---

16 Allí se expresa el doliente pensamiento: “tolto m’ai, morte, il mio doppio tesoro”. *Rerum vulgarium fragmenta*, soneto 269. (*Opere*, MURSIA, p.196). Cabría una evocación de Antonio Machado: “ya me has quitado lo que yo más quería”.

17 Menos santo también: se le atribuyen amoríos con la Condesa Cecilia de Turenne, si bien Mollat lo exculpa, Petrarca lo censura en las Églogas VI y VII.

al Pontífice por ser el Reino feudo suyo<sup>18</sup>. Clemente había enviado ya embajadas a Nápoles: el Cardenal Ayméry de Chatelus y luego Guillermo Lamy, Obispo de Chartres<sup>19</sup>. Petrarca refiere su misión en una bella epístola a Riccardo da Villafranca, alzando su propio cometido diplomático a tenerse por Embajador de Júpiter:

“...Tonantis  
Missus habente vices, dulcem claramque revisi  
Parthenopem celerante gradu”.

Él mismo explicó el encargo del Papa<sup>20</sup>. En aquella ocasión, la Reina Juana lo nombró “Cappellandum seu clericum nostrum domesticum” según reza el diploma. Se alojó en el monasterio de San Lorenzo de frailes menores, es decir, el espléndido monasterio de San Lorenzo Maggiore, en el que, años atrás, en 1334, Boccaccio conoció y se enamoró de Fiammetta, acaso hija natural del rey Roberto.

Es aquella época la de la belleza del Nápoles angevino, la de la maravillosa iglesia de Santa Clara que albergaba los admirables sepulcros de los monarcas<sup>21</sup>. Era la belleza del Gótico, insólitamente instalado a orillas del Mediterráneo. También los resultados artísticos de una dinastía importada, sabiamente gustadora de poesía y de arte. El monarca actuando de mecenas y el poeta ejerciendo de embajador conjugaron sus aficiones: el elogioso epitafio de la tumba de Roberto I “cernite Robertum, rege virtute refertum”, tiénese acaso como dictado por el propio Petrarca en ocasión de aquel viaje.

Pero la embajada acabó mal por otros motivos. Petrarca desconfiaba de la astrología, pero allí conoció a un astrólogo que predijo un cataclismo y a poco, el 24 de noviembre de 1343, sucedió un *nubifragio* horrendo. Petrarca refirió en carta al cardenal Colonna haber visto a la Reina descalza y medio vestida corriendo a la iglesia a rezar en medio del pánico de todos<sup>22</sup>. (Curioso es el hecho de que Petrarca habría de conocer otros terremotos, el de Verona y casi por poco el de Basilea).<sup>23</sup>

Mejor resultado del viaje fue que allí trabajó mucho en el poema *Africa* (escrito de 1337 a 1345) que había de proporcionarle notabilísimo éxito.

18 Epist.X, V,3, *Opere* Mursia, p. 749.

19 LÉONARD, *Gli Angioini*, pp. 431 s.

20 “...nunquam rediturus, nisi me Clementis tunc Romani Pontificis iussus urgeret” (carta a Guido Sette, “Guidoni Septimo” Arzobispo de Génova, (ed. Mursia, 952 y 1228; en *Opera*, II, p.963, y fam, V, 2-6, ep. metr. II, 15).

21 Bárbaramente aniquilados en el culto siglo XX por los bombardeos americanos de la Segunda Guerra Mundial.

22 Carta al Cardenal Giovanni Colonna, *Opera*, II, p.715, *Opere*, Mursia, pp.763 ss y 1187.

23 *Vide infra*. Sobre el tema puede verse en su obra *De remediis utriusque fortunae*, en *Opera*, I, su comentario “de terraemotu” (diálogo XCI, p. 209).

*Rerum familiarium*, X, IV, 3, *Opere*, pp. 745 ss.



En 1347 encomendó Clemente VI otra misión a Petrarca esta vez a Verona, donde gobernaban desde 1260 sucesivas generaciones de la familia gibelina Della Scala, originariamente como *podestà* y capitanes del pueblo, luego como dueños de la Señoría. Era a la sazón Señor de Verona Mastino II della Scala.

En 1348 de nuevo el mismo Papa mandó a Petrarca a Nápoles a la Reina Juana I y a Verona, donde en 1351 falleció el citado Mastino della Scala.

En la Curia papal se sucedían hechos que influían necesariamente en la vida del poeta. El 6 de diciembre del año 1352 murió en Villeneuve des Avignon Clemente VI. El 18 fue elegido Papa el Cardenal Etienne Aubert con el nombre de Inocencio VI, que no sentía simpatía alguna por Petrarca. De donde al aretino afincado en villa papal y francesa no esperaban satisfacciones personales. Sin embargo, allá hubo de volver, por encargos de embajadas.

Una ardua misión le fue encomendada por el Arzobispo y Señor de Milán Giovanni Visconti ante el Papado aviñonés. Salió en diciembre de 1353, cruzando el valle del Adige y atravesando Suiza en el invierno. Se trataba de instar a la paz entre Génova y Venecia. Estaban en guerra ambas repúblicas desde 1351. Pero sucedió que luego Giovanni Visconti cambió de parecer y revocó la embajada<sup>24</sup>. Además él mismo falleció el 5 de octubre de 1354. Las paces eran inminentes y en ellas intervinieron los embajadores<sup>25</sup> de Pedro IV de Aragón, *el Ceremonioso*, que al efecto trataron con el Emperador Carlos IV, que había sido coronado en Pascua de ese año en Roma por cardenales delegados del Papa<sup>26</sup>. Las paces habrían de firmarse el 1 de junio de 1355.

Al año siguiente fueron los Visconti milaneses, sucesores de Giovanni, quienes le encargaron una misión ante el Emperador Carlos IV. Pasó, pues, Petrarca a Suiza, se detuvo en Basilea, donde esperó un mes al Emperador, el cual se demoraba, “lento en todas las cosas”, por lo que por fin dejó la ciudad, justo a tiempo afortunadamente para su incolumidad personal, porque lo hizo la víspera del terrible cataclismo que sacudió la ciudad el 18 de octubre de 1356 y que reproduciría siglos después en un famoso grabado de 1550 Sebastián Münster<sup>27</sup>. Petrarca lo refiere: “tembló la Alemania inferior y todo el valle del

---

24 Sobre ello, *Opere*, Mursia, p. 1192, donde se cita a FORESTI, “Una missione ad Avignone da parte de-ll’ Arcivescovo Giovanni Visconti per la pace tra Genova e Venezia” en *Aneddoti della vita di Francesco Petrarca*, Brescia 1928.

25 Oliveto de Olivet y Pedro de Falchs, como más abajo se refiere

26 Rey de Romanos desde 1347, coronado en Roma por cardenales delegados del Papa el 5 de abril de 1355.

27 Puede verse reproducido en Alfred BERCHTOLD, *Bâle et l’Europe*, Lausanne, Payot, 1990, I, p. 72.

Rhin y Basilea, ciudad no tan grande como hermosa y, a lo que parecía, estable, pero nada lo es contra el ímpetu de la naturaleza.<sup>28</sup>

Petrarca siguió camino a Praga, en tierras bárbaras, para ser recibido al fin por el Emperador; la misión era en favor de Milán que se hallaba en lucha contra la Liga veneciana. Carlos IV lo nombró Conde Palatino. Petrarca aprovechó para hacer al Emperador sugerencias acerca de la renovación del Imperio (seguramente en las ideas revolucionarias de Cola di Rienzo), que no obtuvieron eco en el monarca.

Fue aquélla un paradigma de las embajadas medievales, tan sugestivas por los elementos inherentes a ellas: el cometido, el viaje, a menudo acosado de peripecias por los caminos trabajosos, los encuentros indeseados, las posadas inhóspitas, el tránsito por ciudades y las esperas forzadas, como la que lo detuvo en Basilea, los riesgos de accidentes naturales, como el terremoto, luego la recepción honrosa y solemne, adornada de discursos en buena prosa humanística de lucimiento del orador, en el doble sentido de la palabra “orator”, finalmente el regalo o el nombramiento honorífico. Al fin, la descripción o relato de la embajada por su protagonista, en cartas o crónicas. Todo ello, muy comentado en la Historia de la Literatura, de la que el protagonista es insigne personaje, constituye también una inapreciable fuente para la Historia de la Diplomacia.

En 1360/1 correspondió a Petrarca cumplir una misión en embajada veneciana a París, El motivo era honroso y grato. Se trataba de felicitar al Rey Juan II *el Bueno* por su liberación del cautiverio inglés. Había regresado a Francia, libre del compromiso al que él mismo se había sometido, aceptando voluntariamente el exilio; episodios que le valieron el dictado de Bueno.

El propio Petrarca refirió todas esas misiones en una memorable carta a su amigo Boccaccio. En ella, por una parte se muestra decepcionado de la actividad política y, por el contrario, siempre amante de su ocio literario. Por otra describe sus gestiones en pro de la paz entre Génova y Venecia y finalmente su misión gratulatoria al Rey de Francia en París. El texto es descriptivo y elocuente a la vez, narrando sus tratos con príncipes, pero que no le separaron ni de su libertad, ni de sus caros estudios y libros<sup>29</sup>. Y así refiere su misión

---

28 “Tremuit inferior Germania totaque Rhene vallis, quo tremore Basilea concidit, non tam magna urbs quam pulchra et, ut videbatur, stabilis; sed contra naturae impetum nihil est stabile. Inde ego paucis ante diebus abieram, Cesare ibi hoc nostro, bono quidem mitique principi, sed ad omnia lento, per mensem expectato, qui mihi tandem in extrema barbarie querendus fuit” Carta a Guido Sette, Mursia, 962 y 1228.

29 “Nomine ego cum principibus fui, re autem principes mecum fuerunt, unquam... me illorum consilia, et perraro consilia tenuerunt. Nulla mihi unquam conditio probaretur, quae me vel modicum a libertate a me studiis me is averteret, itaque cum palatium omnes, ego vel nemus petebam, vel inter libros in thalamo quiescebam. Si dicam nullum diem perdidit, falsum dicam, multos perdidit, utinam non omnes, vel inertia quadam, vel morbis corporis vel angoribus animi, quos prorsus evadere nullo contigit ingenio. Quid iussu principum perdiderim iam audes, nam mihi cum Seneca ratio constat impensae”. *Opera*, II, p.1068.

a tierra veneciana por el asunto de la paz, luego al Rey de Francia, tornado de su destierro.<sup>30</sup>

Venecia en guerra, que aquejaba a la Italia del Norte, gestiones de paz, que involucraban a la diplomacia, comprometieron de nuevo a Petrarca, al que nueva misión llevó efectivamente a Venecia en el año 1373 con el usual cometido de gestionar difíciles concordias.

Y a su vez, desde Venecia existe testimonio de otra posible embajada, la que el Dux de Venecia habría despachado a Hungría, ante el Rey Luis I de Anjou. Componían la embajada Andrea Contarini, procurador de San Marcos<sup>31</sup>, y Michele Faledro<sup>32</sup>. La interesante posibilidad estriba en el hecho de que acaso Petrarca fuese incluido en esa embajada, ocasión de ese “propositum factum coram rege Hungariae”. Pero esa exhortación, que aparece en las primeras ediciones de obras de Petrarca, como de la autoría de éste, ya no en otras; así en la de Basilea de 1554, se la incluye, pero dándola sólo por atribuida. El estilo en efecto no es el ciceroniano habitual de Petrarca.<sup>33</sup>

Pero sí es sabido que más tarde Luis I anduvo en activas embajadas; se alió con el Emperador Carlos IV, con Luis de Baviera y Alberto de Austria y con el ban de Croacia, Esteban Kotromanovic, con cuya hija Isabel casó, y que atacó Servia en Bosnia y en Hercegowina, así como la costa dalmata y se enredó otra vez en pelea contra los venecianos en Zara<sup>34</sup>. Era época de pugnas en la región, que a Petrarca no dejarían insensible.

Una síntesis podría hacerse de todas estas misiones diplomáticas del viajero poeta. Son algunas misiones de paz, misiones pontificias a tierra italiana desde el destierro y misiones fuera de Italia (la Corte imperial) en favor de intereses italianos o puramente gratulatorias como la embajada a Juan II en París. Algunas le resultarían honrosas, otras incómodas, todas le daban materia de descriptiva mención y literatura.

Los viajes promocionaron la importancia de los epistolarios. Sustanciosas y elocuentes han sido siempre, desde luego, las cartas escritas por los embajadores durante sus misiones. ¿Y Petrarca? Sí, ciertamente, pero nada menos que en

30 “Semel Venetias missus, pro negotio pacis inter urbem illam ac Januam reformandae, hybernium in hoc mensem integrum exegi, inde ad Romanun Principem in extrema barbariae, heu, collapsi spes Imperii refoventem, dicam rectius deserentem, pro Ligustica pace tres aestivos menses, denique ad gratulandum Ioanni Francorum Regi, Britannico tunc carcere liberato, alios tres hybernos”.

31 Un Giovanni Contarini lo había sido en Aragón ante Pedro *el Ceremonioso*.

32 En estos términos se dirigió Petrarca al Rey Luis: “quibus et mihi licet indigno commiserunt, quod cum omni inclinatione et reverentia debita maiestati vestrae portaremus humiles et devotas cum recommendatione salutes”.

33 *Opera*, II, 1244 ss. Cf. 124s in fine.

34 Sobre ello LÉONARD, *Gli Angioini*, pp.558 s.

epístolas métricas latinas en impecables y sugestivos hexámetros, las “Epistulae familiares”. Modelo son de literatura humanística.

Tuvieron, aparte de los obvios resultados políticos, algunas notables consecuencias personales. Fue honrado por los Papas en Aviñón, por Roberto de Anjou en Nápoles, por Carlos IV en Praga, por Juan II en París. Él se gloria de ello, con una cierta modestia, no exenta de alguna impertinencia: “ellos me estimaron, no sé por qué, allá ellos.”<sup>35</sup>

Importante era, en todo caso, la relación con el Imperio, una sombra que siempre se cernía sobre la Italia del Norte, ya para acapararla, ya para protegerla, ya para revalidar la función soberana o para inquietar a las ciudades o dinastías desafectas. Petrarca tuvo generalmente con el Imperio Alemán una relación ambivalente. Él no era un gibelino, tampoco un opuesto a la seguridad de un gobierno eficiente.

En 1355 se entrevistó con Carlos IV en Mantua ¿O fue acaso en Siena, en el curso del *Romzug* del Emperador para su coronación? Refiere a Lello di Stefano en Pisa el 25 de febrero de 1355: “le regalé algunos retratos de oro y plata de nuestros emperadores con inscripciones en pequeñas letras antiguas, cosas que siempre me causan gran placer. Entre ellas una cabeza del Emperador Augusto, que talmente parecía respirar. Y le dije: míralo, Emperador, tú que eres su sucesor, míralo. Trata de igualarlo y admirarlo, hazte a su forma y a su imagen”.

Es decir, podría colegirse que, por una parte, el Sacro Imperio es para Petrarca un modo de restaurar la vieja idea de la Roma antigua (tal vez vinculada a las ideas revolucionarias y a los actos de Cola di Rienzo, en lo que por cierto no convenció a Carlos IV). Pero, por otra, los alemanes podían ser tenidos por invasores, crueles, y por eso los Alpes eran una frontera frente a la “rabbia tedesca”.

He ahí una visible diferencia con el otro gran coloso de las letras en su época: Dante Alighieri. Apoyó éste al Emperador Enrique VII como salvador de Italia. Lo tuvo por un nuevo Moisés, Cordero de Dios, segundo Héctor, León de Judá<sup>36</sup>. Aspiraba a que el poder imperial ordenase a Italia<sup>37</sup>. Lo mismo había opinado Marsilio de Padua en su famoso *Defensor Pacis* en cuanto al Emperador Luis IV *el Bávvaro*. Petrarca, no. No quiere la paz traída por el Sacro Imperio.

Se inclinaba más a una acción revolucionaria. Error político grave de Petrarca fue confiar en las reformas pretendidas por Rienzo (Nicolaus Laurentius, *Cola di Rienzo*) a quien había juzgado autor de la paz y libertad de Roma<sup>38</sup>. Re-

35 “Maximi reges meae aetatis et amarunt et coluerunt me; cur autem nescio: ipsi viderint” *A la posteridad*, Ed. Mursia, 974 y 1231.

36 *Epist.* V, 2, 6 y VI). *Monarchia*, I, 10.

37 *Epist.* VI, 1 y *Purgatorio*, VI, 85-151 y XVI, 97 s.

38 “Romanae libertatis, Romanae pacis, Romanae tranquillitatis auctor”. Carta de Petrarca a Cola dei Rienzo desde Aviñón en junio de 1347.

cuérdese el trágico *curriculum* de éste. Tras el fracaso de su golpe en Roma (el 15 de diciembre de 1347), Cola huyó a Nápoles buscando le protección de Luis el Grande. Se refugió en un convento de la Maiella, tornó a Roma en el jubileo de 1350 y luego huyó a Praga, aspirando a la protección de Carlos IV, pero éste lo mandó juzgar por hereje y lo mandó a Aviñón al Papa Clemente VI; su juicio allí con intercesión de enviados romanos, no acabó en condena. Muerto el Papa, Inocencio VI pensó en usarlo en Italia para apoyar los planes de su eficaz virrey, el Cardenal Albornoz<sup>39</sup>, pero Rienzo volvió a Roma en 1354 y dio otro golpe, por el que los romanos se alzaron contra él y lo asesinaron.

¿Qué sentimientos, qué aspiraciones pudieron impulsar a Petrarca a confiar en los atrevidos proyectos de Rienzo? ¿Cómo podían estas aspiraciones compaginarse con los ideales pacíficos, humanísticos, clásicos del poeta?

## LAS IDEAS POLÍTICAS

De todo lo hasta aquí expuesto y rememorado, surgiría la búsqueda de un concreto ideario político de Petrarca. No es fácil extraer sus ideas en ese ámbito. No ha legado un *De Monarchia* como el Dante. Se ha opinado con razón que sus ideas son ocasionales y no comprometen<sup>40</sup>. A Dante se le ha llamado “poeta político”<sup>41</sup>. No es el caso de Petrarca.

Hay una singular dicotomía que asalta al posible estudioso del ideario político petrarquiano. Es el dilema renovación *versus* revolución.

Entre las ideas predilectas de Petrarca se halla indudablemente el deseo de renovación del Imperio, hacedero mediante la restauración de los ideales de la Antigüedad. Es la nostalgia del mundo antiguo glorificado:

“..e sarà il mondo intero  
Aureo e ripieno del valore antico”<sup>42</sup>

El afán por el retorno a la Roma clásica es una obsesión para Petrarca, revivida en la afición a las monedas y las viejas inscripciones, a las que confiesa ser

---

39 Como es bien sabido, Albornoz es una personalidad de ingente trascendencia en la gobernación papal de Italia, delegada por el ausente Pontífice de Aviñón.

40 “I suoi commenti alla vita del suo tempo sono occasionali, non impegnativi, e spesso contraddittori” (Rodolfo de MATTEI, *Il sentimento politico del Petrarca*, Florencia, Sansoni, 1944, p. 35). Sobre bibliografía ver LÉONARD, *Gli Angioini*, p. 458.

41 Antony BLACK, *El pensamiento político en Europa*, p. 146.

42 Es trad. de Palesa, al fin del lib.IX.

muy aficionado, como se vio en el obsequio al Emperador Carlos IV en Mantua de monedas con tales inscripciones.

Pero así como en Dante esa aspiración puede lograrse del modo gibelino de una restauración del Sacro Imperio, que el contempló en la bajada a Italia del Emperador Enrique VII, las ideas de Petrarca insinúan otro camino. Este se muestra en su simpatía por las ideas y la obra de Cola di Rienzo, plasmadas en el movimiento revolucionario que llevó a cabo en Roma<sup>43</sup>. O en la coronación romana del Emperador Luis IV a manos de Sciarra Colonna en 1328. La influencia de las ideas de Rienzo en Petrarca es innegable, si bien sería desatinado trasladarlas a los idearios de siglos posteriores o interpretarlas en un sentido “democrático”, propio del siglo XIX o del XX. En la embajada que Petrarca efectuó a Praga en 1356 animó a Carlos IV a la restauración del antiguo Imperio en Roma<sup>44</sup> sobre el fundamento de las ideas de Rienzo, lo que por supuesto no convenció al Emperador, partidario de una política tradicional y pragmática, no apta para ser seducida por tales movimientos, ni encarrilada por tales subversiones.

A Carlos IV le interesaba la amistad con el Papado (al revés que a Luis IV) para su coronación y planes italianos, por eso no sentía simpatía alguna por los planes de Rienzo<sup>45</sup>. Al Papa a su vez le convenía ya entonces el apoyo imperial contra el Milán de los Visconti. Carlos IV combatió a Bernabó Visconti a favor del Papa y del Cardenal Alborno. Carlos IV reiteraría su amistad con el Papado en una segunda visita a Roma, durante la breve estancia de Urbano V en la Urbe, en su intento de retorno de la Curia de Aviñón.

Habría que distinguir en todo caso en las ideas políticas de Petrarca entre una diferencia tan obvia como es la existente entre política de gobierno y relación internacional. Ésta es la que precisa de normas de la Diplomacia que constituye el presente tema. Para la primera, referente a las virtudes del gobernante, suele aducirse un texto petrarquino. Es una carta<sup>46</sup>, escrita al final de sus días, el 28 de noviembre de 1373, en la que describe las cualidades del buen gobernante. Está dirigida a Francesco di Carrara y se refiere al Señor de Padua. La carta se ha impreso alguna vez con el título *De republica optime administranda*. También ha de verse el diálogo XCVI, *de regno et imperio*, en el libro I de los *Remedia*

---

43 *Vide sobre ello supra*.

44 Dedicó a Carlos IV su *De pacificanda Italia exhortatio* (*Opera*, I, ff. 590-3).

45 Aunque tampoco estaba dispuesto a someterse a las exigencias y privilegios pontificios; los omite en la Bula de Oro y en la elección de su hijo Wenceslao. En eso está conforme con las decisiones de Luis IV y de los Electores en la Dieta de Rhense, en favor de la independencia del Imperio.

46 Seniles XIV. *Vide alibi*.

*utriusque fortunae*<sup>47</sup>. Pueden verse allí recomendaciones de buena gobernación, pero no propiamente lecciones de Diplomacia, como aquí desearían verse.

Es verdad que en los tratadistas que son ante todo hombres de letras, existe la posibilidad de desvelar sus ideas por conducto de sus frases vertidas aquí y allá, en forma de máximas y de juicios. Y hay una ubérrima fuente en la literatura europea de su mejor época (el Renacimiento y el Barroco) en que bellamente las ideas se hacen imágenes, éstas interpretan sucesos, el todo se convierte en verdades alegables, y ello en la plasmación de una singular obra artística, capaz de reunir al pensamiento y a su descripción. Es la Emblemática o ciencia de las Empresas, que inmortalizara el italiano Alciato y tantos otros siguieron.

Pues bien, no debe darse de lado la sugerencia que ha sido alguna vez formulada de que Petrarca puede, por la plasticidad admirable de sus expresiones tanto en verso como en prosa, ser tenido por un precedente del posterior género de la Emblemática. Es ésta una afortunadísima conjunción de idea más imagen. Y en la obra de Petrarca tienen gran protagonismo las imágenes: amorosas, descriptivas, simbólicas. Eso lo hizo precedente o modelo de los autores de emblemas<sup>48</sup>.

Así pues, emblemas y máximas, imágenes literarias expuestas con arte, o pensamientos que parecen efigies, diríase que aparecen en las palabras petrarquianas y que autorizarían tal vez a convertirse en axiomas reveladores de propias ideas. Petrarca es amigo de expresar plásticamente sus ideas. No es que sea un escritor de sentencias, sino que sus expresiones son susceptibles de solidificarse en sentencias. Por eso es favorito de los renacentistas y barrocos.

Bien es verdad que muy a menudo, por no decir abiertamente casi siempre, esas máximas reveladoras de ideas están convenientemente extraídas de fuentes de la Antigüedad clásica, inagotable manantial de sabiduría, vivero del que se han replantado tantos arbolados. Valga un ejemplo, que es precisamente aplicable aquí. Consejo y generosa recomendación a caudillos de todos los tiempos es la de Virgilio: perdonar a los que se someten. Indudable decisión de un ideario político medido y contundente a la vez.

---

47 *Opera*, I, pp. 96 ss.

48 Sobre Petrarca como precedente de la Emblemática, Mario Praz ha señalado en el IV libro de las *Rerum senilium* (“de quibusdam fictionibus Vergilii”) y en las epístolas métricas II, (Epístola a Zoilo), referencias a la manera de expresar misterios, que “parece anticipar la agudeza de los escritores del siglo XVII” (*Imágenes del Barroco, Estudios de Emblemática*, Siruela, 1989, p. 16 s). En la Biblioteca Nacional de Madrid hay un manuscrito 6645: “Colección de sentencias sacadas de diversos autores, especialmente antiguos”. Es del s. XVII Entre los autores está Petrarca (ff 34rº a 48vº). *Vid.* BARRIO VEGA, Mª Felisa del, “El manuscrito 6645 de la Biblioteca Nacional de Madrid”, en *Estudios sobre florilegios y emblemas* de Beatriz ANTÓN MARTÍNEZ y Mª José MUÑOZ JIMÉNEZ (ed), Valladolid, Universidad, 2011, pp. 29-38.

El ejemplo es el siguiente: en el canto VIII del poema *Africa*, que tuvo Petrarca como su obra más consumada, y que le valió triunfo y admiración, el que describe los hechos épicos de Escipión, se leen sentencias que reproducen el citado axioma virgiliano. Allí, con escueta elocuencia, se exponen sus versiones: el supremo placer de perdonar, la belleza de la venganza que consiste en perdonar al que lo pide postrado, el consejo a los vencedores de perdonar a los vencidos, a los que suplican.<sup>49</sup>

Sea de ello lo que fuere, una cosa puede alegarse, a la hora de rebuscar en sus obras las alusiones a un escrutable ideario político de Petrarca. La clave está en dos consideraciones que decisivamente introduce en sus pensamientos políticos: el encomio de la paz y la compasión por la contemporánea situación de su querida Italia.

## LOS MALES DE ITALIA

Había estado de tiempo atrás y seguía estando la bella y atormentada península itálica fragmentada en innumerables dominios de señoríos, dinastías, ciudades, gobiernos, pretensiones, pugnas de facciones, poderes contrapuestos y todo ello por el medio nefando de las armas. Guerras feroces oponían a los Colonna y los Orsini. Desde Aviñón, los Papas eran lejanos partícipes: Juan XXII pretendía influir en las cosas de Italia, Benedicto XII intentaba pacificar, Clemente VI atendía a las relaciones con los Anjou de Nápoles, Inocencio VI se sirvió del potente auxilio de su vicario, el cardenal Albornoz. Pero de cualquier modo, carente la región del directo influjo ejercido otrora por la potestad de un Papado que había ido a refugiarse en tierra francesa, quedaban las querellas de las familias poderosas, las rebeliones contra los tiranos, los nuevos afanes revolucionarios, las ambiciones de los *condottieri*, las ligas de ciudades unas contra otras o aliándose con poderes extranjeros, las intervenciones de éstos o la prepotencia de los Reinos angevinos o aragoneses o las búsquedas de lucro de las Repúblicas marineras.

Y, por supuesto, la enconada y secular pendencia entre güelfos y gibelinos. A ésta se refería el habitual reproche de las inevitables versatilidades. Se decía:

“Viva chi vince, ch’eo so di sua parte,  
Guelfo ni Ghibellin, nero ni biancho,  
A chi plaze il color, quel se ne parte”.

---

49 “Parcendi summa voluptas”. “Pulchra est vindicta precanti parcere prostrato”. “Nulla est victoria maior quam vicisse animum”. “Ignoscite victis victores”. “Parcite supplicibus, satis est potuisse nocere”. (*Africa* VIII, p. 1323 in fine).



O también:

“Guelfo fui, Ghibellin m'appello,  
A chi più da, volterò il mantello”.<sup>50</sup>

Para poner en Italia un casi imposible orden, se daba la posibilidad de intervenir por parte del Imperio Romanogermánico: así Enrique VII y Luis IV. Luego en 1330 Juan de Bohemia marchó a Italia con el propósito de hacerse Rey de Lombardía y de Toscana y de que las ciudades se le sometieran<sup>51</sup>. No se sabía si venía por cuenta del Emperador Luis IV, que lo negó, o del Papa Juan XXII que disimulaba pero se aprovechaba desde lejos<sup>52</sup>. En realidad, actuaba de acuerdo con el legado papal, Cardenal Bernardo del Pogetto y con Felipe VI de Francia contra los Visconti de Milán y los Scaligeri de Verona. Juan tomó Lucca en 1331, pero al fin hubo de ceder a la Liga de Castelbaldo<sup>53</sup>. Más tarde, el nuevo Emperador Carlos IV llevaría a cabo su propia expedición en 1354.

Petrarca era testigo de aquellas turbulencias. A veces personal testigo en sus recorridos italianos, a veces epistolar por las noticias que en tierra francesa y papal recibía. Pero los males de Italia eran su pesadilla, los remedios aplicables su preocupación. Le movía siempre, siempre a lo largo de su vida y su obra, el amor a Italia. Ejemplo es su famosa, conmovedora epístola métrica<sup>54</sup> de 1353: “Salve, cara Deo, tellus sanctissima, salve”, “salve, pulchra parens, terrarum gloria, salve”.

Italia, la península fragmentada en tantos entes políticos, de inestables fronteras, de variados gobernantes era, sin embargo, contemplada por Petrarca como una entidad. Una idea que contradice modernas equivocaciones. El concepto de nación no es moderno. Los italianos formaban diversas entidades políticas, pero eran un pueblo, una nación.

No eran aquellas naciones entidades políticas ni conceptos románticos, sino el resultado de identificar a los pueblos de Europa con sus caracteres propios. Así parece haberlos visto Petrarca. En una carta suya a Boccaccio de 1363, diferencia aquél los caracteres de los alemanes y los italianos: los italianos tienden a la suavidad, mientras que los alemanes tienen a la generosidad como debilidad.

---

50 (Emmanuele Romano). Cit. *apud* COGNASSO, *Arrigo VII*, Milán, Dell' Oglío, 1973, p.96. Con el tiempo de las pugnas de españoles y franceses en suelo italiano en los siglos XV y XVI, se diría con cínico (y sabio) realismo: “Con Francia o con Ispagna / Purchè si magna”.

51 Puede aún consultarse: PÖPPELMANN, *Johann von Böhmen in Italien, 1330-1333*. *Archiv für österreichische Geschichte*, XXXV, 2 1866.

52 *Vid.* por ej. GREGOROVIVUS, IV,92.

53 Ver *Opere*, Mursia, pp. 405 y 1181.

54 *Opera*, III, 24.

Pero otra cosa hay para Petrarca. No es sólo el Estado o la Nación, sino algo más sutil y señero: la Patria. El concepto de patria (que no es mero concepto, sino realidad, casi angustia vital y religiosa) está muy expreso en el pensamiento de Petrarca. Procede rigurosamente de Cicerón. “Para los que han conservado, acrecentado, ayudado a la Patria está en el cielo preparado el lugar donde gozarán dichosos por la eternidad. Porque nada hay efectivamente en la tierra que sea más agradable a aquel supremo Dios que gobierna este mundo, que los hombres reunidos en el vínculo social que se llama Estado”<sup>55</sup>. De todas las obras humanas, no hay mayor que la que “se esercita per accrescimento e salute della patria ed optimo stato d’alcuna bene ordinata republica”<sup>56</sup>. “Nulla opera fra gli uomini può essere più optima che provvedere alla salute della patria, conservare le città e mantenere l’unione e concordia delle bene radunate moltitudini”<sup>57</sup>.

De esta forma identifica Petrarca a su amada tierra italiana, su Patria. Sabía que era, desde luego, una entidad dividida en facciones, que constituían un equilibrio precario entre Milán, Venecia, Florencia, Génova, Pisa, Nápoles, pero también entre feudalismo declinante y burguesía comunal. Y dos males: el Papado ausente y la amenaza de invasión extranjera.

Aquél, el Papado aviñonés, era culpa de desdicha y ejemplo de males. Petrarca sirvió a los Papas franceses de Aviñón, varias veces como su Enviado diplomático. Así a Benedicto XII o a Clemente VI. Menos a gusto a Inocencio VI, que no le mostró simpatía. Pero su servicio a la Curia aviñonense no le impidió denunciar sus aspectos más negativos. A veces la rehuyó visiblemente, como ya se ha dicho aquí<sup>58</sup>. O bien la censuró con dureza, llamándola

“fontana di dolore, albergo d’ira,  
scola d’errori e tempio d’eresia”<sup>59</sup>.

Mas los principales males que afligían a Italia eran otros: las discordias interiores, las hordas de bandidos que todo lo ponían en peligro. Esto era fenómeno italiano, pero no sólo allí: en Francia era *la Jaquérie* y Beltrán du Guesclin, las revueltas en Flandes. Todo ello lo condenaba Petrarca: condenaba

---

55 Carta de Petrarca a Marco Portonario, *Opera, Fam.*, III, 12, citado de Cicerón, en boca de Scipión Africano: “omnibus qui patriam conservarint, adiuverint, auxerint, certum esse in coelo definitum locum, ubi beati aevo sempiterno fruuntur. Nihil est enim illi principi deo, qui omnem hunc mundum regit, quod quidem in terris fiat, acceptus quam concilia coetusque hominum iure sociati, quae civitates appellantur (*De rep.*, VI, 13).

56 Matteo PALMIERI, *Libro della vita civile*, 1430.

57 *Ibidem*.

58 Buscando la paz en otros lugares. *Vide supra*.

59 Soneto CXXXVIII.

por igual a Colonnas y Orsinis, a los italianos contumaces y a los bárbaros amenazantes desde el extranjero.

Para estos últimos iban sus frecuentes diatribas. Se burlaba de Francia y de los franceses. Cuando el embajador de Francia quería convencer al Papa Urbano V en 1367 de que renunciase a su proyecto de retornar a Roma, Petrarca se dirige al Pontífice en una carta, verdaderamente diplomática en su contenido, en la que ridiculiza la retórica prepotente francesa y dice que fuera de Italia no hay oratoria ni poesía. Lo que debe primar es Roma, la Roma antigua y perenne, que no depende de los extraños. La caducidad de Roma, no procede de haber sido vencida por nadie, sino sólo por los años. “Vincetur ab annis”<sup>60</sup>. Y por la inevitable rotación de las cosas humanas, del Sur al Norte<sup>61</sup> y del paso de los siglos<sup>62</sup>. Eso es la melancolía de la Historia.

Era indudable que Italia padecía graves males. Petrarca los refiere, dolido, en la canción LIII, dedicada tal vez en 1339 a Rafael da Gubbio, senador de Roma. Alude en ella a tales defectos:

“Italia, che suoi guai non par che senta:  
Vecchia, oziosa e lenta”.

que está “sì gravemente è oppressa” y que quizá Cola di Rienzo pudiese salvar.

Pero los males de la Patria tienen su causa. Está enunciada en carta de Petrarca<sup>63</sup> a Enea de Siena en 1331, el año de la bajada a Italia de Juan de Bohemia. Culpa a la discordia interior: “discordia nostra hostibus hoc animi tribuit”<sup>64</sup>. Pero reclama la defensa armada: “Quis vetet armare manus?”<sup>65</sup>. La Patria “ignavos aegre passura tyrannos”.

## EL REMEDIO DE LA PAZ

La paz es la gran obsesión de Petrarca en el ámbito de la política internacional, de las relaciones entre los Estados. Lo habría de ser, con el tiempo, para los humanistas del Renacimiento<sup>66</sup>, que en tantos aspectos son continuadores del aretino.

---

60 *Africa*, II, vº 301.

61 “Tandem cadet ipsa potestas / in Boream: sic res humanas fata rotabunt” (*ib.*, vº 290 s).

62 “Facili labuntur saecula passu” (vº347).

63 *Opera*, II, I 3.

64 Vº 92 s.

65 Vº 147. *Vide infra* el concepto de guerra en Petrarca.

66 Recuérdese el espíritu de la *Querela pacis* de Erasmo o de los *Europae dissidia* de Vives.

Petrarca propaga ir por doquiera pregonando la paz. Lo dice en la Canción “Italia mía”, que concluye: “I’vo gridando: pace, pace, pace”.<sup>67</sup>

Sí, pero ¿qué paz?

Ha de ser desde luego la inspirada en la buena voluntad. Fue precisamente el no cumplimiento del pacto entre Azzo da Correggio y Lucchino Visconti, cuando aquel vendió Parma a Obizzo d’Este, el tema que daría pie en 1344/5 a la citada canción e la paz.

Se imponen aquí importantes matices.

Para el Dante, la paz había de producirla un gobierno universal<sup>68</sup>, el del Emperador. Es la *pax Imperii*, la de los últimos gibelinos, Dante en su *De Monarchia*, celebra por eso la expedición de Enrique VII, y Marsilio de Padua la de Luis IV en su *Defensor pacis* (1324). Es la paz del Emperador, universal.

No es la de Petrarca. Pero es verdad que la de éste es la paz entre las naciones.

Antes de él, podríamos decir que se buscaba la *concordia civium*. En las ciudades italianas era proverbial la discordia interior, estaban infestadas de forajidos, de embusteros, de bandas de malhechores, de déspotas que no ejercían la justicia. Y la paz es obra de la justicia (Isaías). Hacían falta magistrados buenos, que sirvieran al *buon governo*. Véanse los frescos de Ambrogio Lorenzetti en la sala de los Nueve del Palacio Comunal (“Sala dei Nove del Palazzo Pubblico”) de Siena en 1337/40<sup>69</sup>. Esa paz la promueven en décadas anteriores Giovanni da Viterbo (*De Regimine*)<sup>70</sup>, Brunetto Latini (*Trésor*), Matteo dei Libri (*Arringhe*), Giovanni da Vignano (*Flore*, c.1300), procedentes de máximas de Cicerón (en *De Officiis*), de Salustio y de Séneca (cartas a Lucilio).

Pero acaso sea lícito aventurar que bajo Petrarca ya es más bien la *concordia civitatum*. Petrarca vivió la espantosa conflagración de la Guerra de los Cien Años, la Primera Gran Guerra. Él la vio desde el Sur de Francia, pero conoció los estragos del Norte, la efímera Paz de Brétigny. Describió los horrores de aquella guerra. Y exhortó a la paz. Es la paz entre las Naciones. Podría decirse que la paz de antes era Derecho Civil, ahora es ya Derecho Internacional. Antes, incluso cuando se trataba de alianzas, era sólo de ciudades: un Embajador debe

67 Es la canción CXXVIII, “Italia mia”, que concluye: “I’vo gridando: pace, pace, pace”. ¿Se podría vincular con el discurso del Emperador Carlos V, dos siglos después, en Roma que también reiteraba: “yo quiero la paz, quiero la paz, quiero la paz? OCHOA BRUN, M.A., *Historia de la Diplomacia española*, vol, V, p. 244, n.1163.

68 *Epist.* VI, 1 y VII, 1.

69 *Vide* la sagaz interpretación y comentarios de Quentin SKINNER, *El artista y la filosofía política. El buen gobierno de Ambrogio Lorenzetti*, Madrid, Trotta, 2009.

70 “Pacata et quieta sit provincia”, “ut malis hominibus provincia careat”. Cit. *apud* Quentin SKINNER, *op.cit.*, p. 59.

saber que la alianza es más fuerte cuando más ciudades en ella participan: la cuerda es más fuerte cuando es trenzada (“la fune, quando ella è reduplicata, più forte è”)<sup>71</sup>. Pero para Petrarca ya es la paz entre los Estados la que hay que promover. Es el precedente del irenismo del Renacimiento tardío, mezcla de deseo y de utopía, como habría de ser, en sus días, la paz ansiada por Erasmo, Moro, Vives.<sup>72</sup>

Es decir, la paz de Petrarca no es la paz metafísica de Aristóteles, ni la paz como fundamento del Estado de Casiodoro, ni la paz como objeto de la ley de Marsilio de Padua. Es la paz contrapuesta a los horrores de la Guerra de los Cien Años o de las guerras civiles en Italia, que Petrarca patéticamente describe.<sup>73</sup>

No debe olvidarse que, en la Italia de facciones y permanentes luchas, el grito de “pace” casi era un grito subversivo. Medio siglo más tarde, en 1409, Giovanni Maria Visconti de Milán ordenó a sus soldados reprimir una plebe hambrienta por la guerra que voceaba “pace, pace!” y matar a 200 individuos; prohibió que se pronunciase la palabra e incluso ordenó a los curas que, en el *agnus Dei* de la Misa, en vez de “da nobis pacem” dijese “da nobis tranquillitatem”.<sup>74</sup>

Ahora bien, propugnar la paz requiere también, como obvio correlato, elogiar a quienes la promueven. Petrarca esboza un elogio del Rey Roberto de Nápoles, su protector y mecenas, a causa del laurel de la guerra y los estudios de la paz. (Téngase presente que en las ideas y la obra de Petrarca, en su siempre bella formulación de las cosas, más aparentemente inconexas, se da siempre una interna vinculación poética, de gran fuerza emotiva. Las palabras se tornan emociones. El **laurel** de la paz es siempre figuración de **Laura**).<sup>75</sup>

Sucede, en todo caso, que la guerra no es sólo el fragor de las armas, es también toda la turbación que altere el apacible ocio de las personas, el disfrute de la paz interior. Petrarca que, con su padre, había buscado en tierra francesa

71 Cit. *apud* Quentin SKINNER, *op. cit.* p. 66.

72 *Vide* el capítulo sobre Erasmo de Rotterdam en este volumen.

73 “...grave bellum inter Gallum Britannumque reges oritur, nulla procul dubio tanta res ab avorum nostrorum temporibus certe nec ab atavis proavorum in Europae finibus apparuit”. *Opera*, II, p.680, *Fam.* III) y de las guerras existentes en general (carta a Mastino Scaligero, *Opera*, III, 1340 s).

74 BURCKHARDT, *Die Kultur der Renaissance in Italien*, Stuttgart, Kröner, 1976, p. 14.

75 *Vide* las alusiones en *Africa*, IV, 72 s.

“quid laurea signet

Tam ducibus claris quam vatibus addita sacris”.

O “fronde duces vatesque simul sacra tempora cingant”, IV, 111.

y papal la fuga de las inquietudes italianas, más tarde escaparía de la Babilonia que consideraba Aviñón y se refugió en Padua, buscando la paz.<sup>76</sup>

En todo caso, la paz, sí; la condena a la guerra, también.

Y sin embargo:

Por aquellos días, Nicole Oresme, tratadista servidor de Carlos V de Francia, comentando la *Política* de Aristóteles<sup>77</sup>, había escrito: “Mieux que les controverses et les dissensions soient terminées par jugement et par vie de raison que de fait par guerre”. Eso coincide con la idea, plenamente petraquesca, de que los estudios valen más que las armas. El estudio —opinaba— merece más fama que las armas. En el soneto CIV, dedicado a Pandolfo Malatesta, Señor de Rimini y escrito en 1343, recuerda a éste que las obras de los caudillos de la Antigüedad son frágiles comparadas con el estudio:

“quest’opere son frali  
Al lungo andar, ma ‘l nostro studio è quello  
Che fa per fama gli uomini immortali”<sup>78</sup>.

Pero también Nicole Oresme había advertido contra los falsos profetas que auguraban la paz pero actuaban con perversidad satánica: trata de falsos profetas aquellos que “promettent au monde une paix générale prochaine à venir et disent qu’elle durera mille ans”<sup>79</sup>. Es la idea de Isaías: “y decían paz, paz, pero no era paz”. Es decir, es lo que podríamos llamar un “irenismo condicionado”. Luego vendría el irenismo del segundo Renacimiento, con Erasmo y Vives, también *condicionado* a la idea de *Guerra justa*.

Eso quiere decir que hay excepciones a la propugnación de la paz y a la condena de la guerra. Veamos en Petrarca.<sup>80</sup>

76 Lo comenta Vasari en 1554, que en sus días recomienda a Miguel-Ángel Buonarrotti lo haga en Florencia huyendo de Roma.

77 *Le livre de Politique d’Aristote* en 1370/4.

78 El mismo pensamiento en las *familiares*, VII, 15.

79 Cit.en Françoise AUTRAND y Philippe CONDAMINE, en *Histoire de la Diplomatie française*, Paris, Perrin, 2007, I, p. 94.

80 Al describir las cualidades del buen gobernante en una carta (seniles XIV) al fin de sus días, el 28-XI-1373, a Francesco di Carrara, Señor de Padua, recomienda que use de las armas y de la mala gente (“non cives, sed rebelles atque hostes publici existimandi”, *Op.I*, p. 421) de sus Estados en la lucha contra sus enemigos, luego admite la guerra, aunque sólo sea defensiva. La carta se ha impreso con el título *De republica optime administranda*. Ver BURCKHARDT, *Die Kultur der Renaissance in Italien*, p. 8. Así en *Opera*, ed. Basilea, 1554, I, pp. 419 ss. Incluso en una ocasión, llega a exhortar en una carta a un amigo que vaya a la Guerra de los Cien Años entre Francia e Inglaterra.

## LAS EXCEPCIONES A LA CONDENA DE LA GUERRA

Hay, en efecto en el pensamiento de Petrarca en torno a la guerra, dos excepciones a su taxativa condena.

### Primera excepción: la cruzada

La guerra contra el infiel se configura como una obvia excepción a la idea general de la paz. Así habría de ser en el posterior Renacimiento humanístico.<sup>81</sup>

Es decir, el reverso de la moneda de la idea de la paz en el mundo cristiano es la guerra contra el infiel. También en Petrarca. El soneto XXVII de sus rimas impulsa al Rey de Francia Felipe VI a empeñarse en la Cruzada (“e per Gesù cingete omai la spada”), que el Papa Juan XXII también reclama. La Cruzada fue proclamada el 26 de julio de 1333.

En la siguiente canción nº XXVIII reitera el tema: ya tarda la Cruzada y su demora es nociva (“la vendetta ch’a noi tardata nòce”). Nótese que Felipe VI de Francia había anunciado su proyecto de una expedición contra Granada<sup>82</sup>. El Cardenal Albornoz había ido a París para solicitar el apoyo francés a la Cruzada castellana de Alfonso XI en Algeciras en 1342, en embajada, acompañado por Alonso Ortiz Calderón, Gran Prior de la Orden de San Juan, obteniendo de Felipe VI la suma de 50.000 florines. Se refiere en la *Crónica de Alonso oncenso*<sup>83</sup>. También con los venecianos estaba en tratos para una expedición a Tierra Santa<sup>84</sup>. Juan II de Francia fue hecho prisionero el 19 en septiembre de 1356 en Poitiers. Recién liberado se propone ir a una Cruzada, pero a su muerte su hijo y sucesor Carlos V ya no piensa en eso, sino sólo en incumplir el ominoso Tratado de Brétigny de 1360. En 1351 había caído Gallipoli, primera entrada en Europa. Pierre de Lusignan viene de Chipre a Europa pidiendo ayuda en 1362. Hay afán de Cruzada en la Europa occidental y reproches a quienes la rehúsan: Fazio degli Uberti (c.1360) reprochó al Papa y al Emperador Carlos IV que renunciaran a la Cruzada; lo hace en versos expresivos:

“e tu ti stai, che sei vicar di Cristo  
Cò frati tuoi a ingrassar la carogna?”

81 Recuérdese en Erasmo, la *Querela pacis* y luego la *Vtilissima consultatio* en la que de la paz obligatoria se excluye la guerra contra los turcos, es decir la *Guerra justa*. Vide capítulo sobre Erasmo aquí.

82 Negoció planes de cruzada con el Papa aviñonés en 1336.

83 Vid. sobre ello GAUTIER DALCHÉ, J., “A propos d’une mission en France de Gil de Albornoz: opérations navales et difficultés financières lors du siège d’Algésiras (1341-1344)”, en *El Cardenal Albornoz y el Colegio de España*, I, Bolonia, Studia Albornotiana XI, pp. 247-261, cf. p. 392.

84 En marzo de 1332, los venecianos mandaron a Felipe VI una embajada a cargo de Filippo Belegno, Blagio Zen y Marino Morosini para tratar del envío de naves, armas, vituallas y caballos a Tierra Santa. (Armand BASCHET, *Les Archives de Venise. Histoire de la Chancellerie secrète*, Paris, Henri Plon, 1870, p. 392).

Similmente dissì a quel sofisto  
 Che sta in Buemme<sup>85</sup> a piantar vigne e fichi  
 E che non cura di si caro acquisto”.<sup>86</sup>

Otro caso. Formula Petrarca<sup>87</sup> sus reproches a Pedro I *el Cruel*, Rey de Castilla. Lo hace a causa de: ¿sus crueldades? ¿sus injusticias? ¿su concubinato con María de Padilla como le reprochó Albornoz? No. Lo hace a causa de haber interrumpido su guerra contra los musulmanes a las puertas de la roca de Gibraltar, emprendida otrora por su padre Alfonso XI (1356). “Hispanus ille maior haereticus<sup>88</sup> per ignaviam sinit intra suos fines (proh dolor) angusto in scopulo maiestatem Christi nefarie blasphemari”. Y sigue, refiriéndose ahora al Rey de Aragón, a quien reprocha interese solamente el oro veneciano y la sangre genovesa.<sup>89</sup>

### Segunda excepción: la patria

Es decir: es también justa y por ello escapa a la condena de la guerra, aquella lucha armada que se emprende para evitar los ataques de los extranjeros, la guerra defensiva contra los invasores de la patria.

Mas ¿qué Patria?

A diferencia, de nuevo, con Dante: para Dante, la patria es el mundo. El mundo es nuestra patria<sup>90</sup>. Para Petrarca, la Patria es inequívocamente Italia. Como ya se ha comentado, no había allí un Estado, sino una multiplicidad desconcertante y variable. Los Estados pontificios, el potente Reino angevino de Nápoles al Sur, arriba las repúblicas marineras de Venecia, Génova y Pisa, en medio una serie de señorías, gobernadas por señores hereditarios, podestás nombrados por el Emperador, comunas populares o *condottieri* de fortuna, ligas de ciudades. Y las islas: Sicilia napolitana, Cerdeña en disputa entre Aragón y Génova. Pero Petrarca se siente ante todo italiano.

Por supuesto, él es consciente de la multiplicidad. En una carta a Cenobio de Strada de probablemente 1350<sup>91</sup> enumera las ciudades italianas (“l’*aurea*

85 El Reino de Bohemia, del que el Emperador era Rey y donde habitaba.

86 BURCKHARDT, *Die Kultur der Renaissance in Italien*, p.17.

87 *Vita solitaria*, II, 4, 2, *Opera*, I, p, 305.

88 En algún otro códice figura “haeret et sinit”, en vez de “haereticus” lo que parece menos probable, pero no cambia nada. *Vide* ULLMAN, Berthold Louis, “The composition of Petrarch’s ‘De Vita solitaria’ and the history of the Vatican manuscript”, en *Miscellanea Giovanni Mercati*, Vaticano, Bibl.Apostol.Vat., 1946, IV, pp 105 ss, cf. p. 124.

89 “Hic vero, qui litora nostri maris incolit, nihil praeter aurum Venetorum, ac sanguinem Ianuensium sinit et cogitat, avaritiae imperio illorum satelles, horum hostis, ab illis auro vinctus, ab his ferro victus. Ille autem extremus regum sonoris ac refluxis Oceani fluctibus obsorduit, ut de tam longinquo suspiria nostra non audiat, et in occidente ultimo sepultus, quid agat oriens non curat”. (*Loc.cit.*)

90 *De vulgari eloquentia*, “Nos autem, cui mundus est patria velut piscibus aequor”, I, VI, 3.

91 Ricciardi, pp.166 ss.



Roma”, “dulcisque Marone Parthenope”, “docta Bononia”, Pisa, Venecia, Padua, Mantua, Parma), para decir que todas le son amigas y propicias, menos precisamente Florencia, su tierra. Y proclama con evidente contundencia: “Italicus sum”, “Italicus homo”.<sup>92</sup>

Y ¿qué extranjeros?

Los no italianos son desde luego los bárbaros. Resucita Petrarca la vieja idea de la Antigüedad<sup>93</sup>. Y contra ellos, es justa la guerra<sup>94</sup>. Dice que Italia está defendida por los montes y el mar y, a pesar de ello, abre sus puertas a los invasores: cimbrios, hunos, panonios, galos, teutones, hispanos. Y cita el lamento de Virgilio frente a los bárbaros: “en quo discordia cives perduxit miseris!”<sup>95</sup>

Pero a la hora de concretar quiénes son esos bárbaros, invasores de la Patria italiana, no duda Petrarca en expresarse claramente.

En primer lugar son los emperadores alemanes, cuando acuden con sus huestes, llamados por las ciudades gibelinas: Enrique VII, Luis IV; después en 1330, como ya se dijo, Juan de Bohemia, hijo de Enrique VII, que va a Italia con el propósito de hacerse Rey de Lombardía y de Toscana. En esa ocasión, una epístola poética de Petrarca contribuye a desatar el odio antifrancés, recordando que Julio César había invadido la Galia y ahora era al revés<sup>96</sup>. Después, el invasor es el Emperador Carlos IV en 1354, por más que, como se ha ya sobradamente referido, Petrarca tuvo con él muy buena relación en su embajada a Praga. Pero eso no le retiene cuando celebra la existencia de los Alpes, frontera defensiva contra la “rabia tedesca”.

En segundo lugar, el Rey de Aragón. En 1351, Pedro IV *el Ceremonioso*, empeñado en la empresa de Cerdeña, se opone en guerra a Génova y busca la alianza de Venecia, del Dux Andrea Dandolo<sup>97</sup>, para lo cual le mandó la emba-

92 *Fam.*, 8, a Andrea Dandolo.

93 “Dopo il Petrarca si parlerà sempre più francamente di latinità o italieta contro barbarie” (Rodolfo de MATTEI, *Il sentimento politico del Petrarca*, Florencia, Sansoni, 1944, p. 133). Y piénsese en Leonardo Bruni, *De bello Italico adversus Gothos*.

94 Recuérdese lo dicho más arriba: “quis vetet armare manus?” (Carta a Enea de Siena en 1331, II, 13, vº 147, *Vide supra*).

95 Ver en *Opere*, p. 814 s. carta al Dux Andrea Dandolo.

96 Friedrich BOCK, *Reichsidee und nationalstaaten*, München, Callwey, 1943, p. 339.

97 Dux de 1343 a 1354. “Dandolo fue muy estimado en su tiempo por sus dotes personales. Llamado “el Cortés”. “Questo fù un sapientissimo homo et cortese a tutti comunemente e perciò el vegniva detto il Cortese di soprano”. “Vir probus, et litteris et armis conspicuus, uti testatur F.Petrarcha, qui eodem aevo florebat”. “Uomo di gran senno, amico a Francesco Petrarca, e scrittore di la miglior cronaca veneziana che abbiamo”. Cit. en Armand BASCHET, *Les Archives de Venise. Histoire de la Chancellerie secrète*, Paris, Henri Plon, 1870, p. 238. Sucieron Marino Falier (1354-5) y Giovanni Gradenigo (1355-6). Sobre el procedimiento diplomático en la Venecia de entonces, vide D.E.QUELLER, “Early Venetian legislation concerning Foreign Ambassadors”, *Studies in the Renaissance*, New York, XII, (1965) pp. 7-17, reimpresso en *Variorum reprints*, Londres, 1980.

jada de Alberto Gatell<sup>98</sup> y el secretario (“scriptor”) Beltrán de Pinós<sup>99</sup>. Al año siguiente fue como Embajador Romeo Lull, que colaboró con las negociaciones de paz con Génova<sup>100</sup>. Esa alianza de Venecia con Aragón fue vituperada por Petrarca en carta a Dandolo, considerándola un recurso a los extranjeros para atacar a Italia.<sup>101</sup>

Respondió por cierto el Dux Dandolo con la taimada hipocresía de un político: hizo la guerra, buscando sólo la paz honorable para la amada patria<sup>102</sup>. Lo cierto es que Venecia mantenía una guerra inveterada contra Génova por el dominio de posesiones y rutas del Mediterráneo Oriental. Esa guerra, también en territorio peninsular italiano, implicaba para Venecia dos necesidades diplomáticas: mantener en paz su propia retaguardia oriental y buscarse un aliado occidental.

Para lo primero, necesitaba la paz con su vecino oriental, el Reino de Hungría con el que mantenía pendencias continuas por la posesión de la costa dalmata, especialmente por la ciudad de Zara. A ello correspondió la embajada que el Dux de Venecia habría mandado a Luis I de Hungría, en las personas de Andrea Contarini, procurador de San Marcos, y Michele Faledro, acompañados tal vez de Petrarca, de la que más arriba se hizo mención.<sup>103</sup>

Para ello precisaba asimismo de alianza con el bizantino Juan VI Cantacuzeno.

Para lo segundo necesitaba la alianza con el Reino de Aragón<sup>104</sup>. Más arriba se citaron las diatribas de Petrarca contra Pedro IV por inmiscuirse en la guerra en Italia en vez de unir fuerzas en la Cruzada (“quid agat Oriens non curat”)<sup>105</sup>. El Tratado secreto entre Aragón y Venecia se firma el 16 de febrero de

98 Naçbert Deçgatell (*Memorial histórico español*, II, pp. 276, 288, 358 y 360).

99 Más tarde miembro de una embajada aragonesa al Papa en Aviñón en 1355 con el Infante Ramón Berenguer, ídem a Marruecos en 1358 y a Monferrato en 1359. (CATALINA, pp. 176 y 214 ss y MELONI, *Genova e Aragona all'epoca di Pietro il Cerimonioso*, Padova, CEDAM, 1976, II, pp. 99 y 207 ss).

100 MELONI I, pp. 140 s., II, pp. 197 y 200, ZURITA, *Anales*, lib VIII, L. “Genuam bello claram, pelagique superbam”, llama Petrarca a Génova en unos versos. *Opera*, II, p. 1090.

101 “Quanto autem cum dolore audivisse me putas reciens vobis cum Aragoniae rege foedus ininitum? ergo ne ab Italis ad Italos evertendos barbarorum regum poscuntur auxilia?” Carta a Andrea Dandolo, Epist. variarum, *Opera*, II, p.1073, Mursia, p. 814, Padua, X Cal Aprilis 1351.

102 “Bella ita suscepimus, ut nihil aliud quam pacem honorabilem patriae, quae vita nostra nobis est carior, quaerere videamur”. *Opera*, II, p. 1074, 22-V-1351.

103 *Opera*, II, 1244 ss. Cf. 124s in fine. *Vide supra*.

104 *Vid.* MELONI, *op. cit.*, *passim*.

105 *Vide supra*.

1351, por cuatro años renovables<sup>106</sup>. La alianza determinó la guerra contra los genoveses desde 1351.

A la guerra se opuso Petrarca como guerra entre italianos: “cuánto mejor sería que se uniesen venecianos y genoveses que no lacerar el hermoso cuerpo de Italia”<sup>107</sup>. Y como a toda guerra siguen con el tiempo las iniciativas de paz, tales se produjeron por parte del Papa y de los milaneses; desde Milán encargó Giovanni Visconti a Petrarca una embajada de paz en 1353/54, de la que se trató más arriba.

En esas iniciativas diplomáticas anduvo mezclado Petrarca. El Papa Inocencio VI propuso su mediación en carta a las partes<sup>108</sup>. Pedro IV prefería la mediación del Emperador Carlos IV, para lo que le envió dos embajadores a Italia, en Pisa, en 1355. Eran Oliveto de Olivet y Pere de Falchs. Había fallecido Giovanni Visconti, Señor de Milán, el 5 de octubre de 1354. Sus sucesores fueron Mateo II, Galeazzo II y Bernabó Visconti, que actuaron como mediadores en Milán. Conociendo que Petrarca estaba a la sazón en Milán y disfrutaba del favor de los Visconti (y había ejercido una misión diplomática pacífica por Giovanni Visconti a Venecia en 1353) es de suponer que interviniese en la paz. Dándolo la había intentado y por eso envió a Petrarca como Embajador a Génova, pero sin éxito. La paz separada entre Génova y Venecia fue por fin firmada en Milán el 1 de junio de 1355<sup>109</sup>, como ya se refirió.<sup>110</sup>

Coincidente en todo caso con sus ideas irenistas, las mejores embajadas son las de paz. Es función de las embajadas el ser pacíficas<sup>111</sup>. Como ya consta

106 El Embajador veneciano Giovanni Steno, que estaba en Aviñón, se entrevistó con Pedro IV en Perpiñán y negoció seguidamente con Bernardo de Cabrera. Estaba Aragón reticente, aunque le interesaba el apoyo a su empresa sarda, a causa de la rebelión de Sassari, apoyada por Génova y sofocada por tropas catalanas. (ZURITA, VIII). El 4 de diciembre de 1350 se llegó a un acuerdo véneto-aragonés. Los genoveses se opusieron mediante la embajada de Bonifacio de Camulio, también como Steno destacado en la Curia. El Tratado secreto entre Aragón y Venecia se firmó el 16 de febrero de 1351, por 4 años renovables. Pedro IV siguió manteniendo contactos con los embajadores genoveses, el citado Camulio y Cristoforo de Paolo que visitó a Pedro IV en Gerona en abril de 1351. Sobre todo ello y la importancia de la diplomacia aragonesa en esos momentos y lugares, *vide* MELONI, *op.cit.*, *passim*.

107 “Quanto dignius fuerat, Venetos cum Januensibus unum fieri..., quam formosum corpus Italiae lacerari”.

108 Mediante embajadas a Venecia (Guido Fontanerio), Aragón (Fra Rostagno di Anseduna) y Milán (Pietro di Tommasso). La carta a Pedro IV en ACA, Letras pontificias, leg<sup>o</sup> XLVIII, 14 (F.J. MIQUEL ROSELL, *Regestas de letras pontificias*, Madrid, 1948, n<sup>o</sup> 690, p. 340).

109 Bernardo de Tous y Francisco Roma, embajadores aragoneses en la Curia, dieron cuenta desde Aviñón de la paz véneto-genovesa al Infante Pedro, que acusó recibo (ACA, Canc, reg.1401, f-94, 1<sup>o</sup>) y lo comunicó a Pedro IV en Cerdeña.

110 El Dux, sucesor de Dandolo (+1354), era entretanto Antonio Falier, que por oponerse intransigentemente a la paz había sufrido la destitución y la condena a muerte el 17 de abril de 1355. Sobre todo ello p.ej. Henri Gambier, *Histoire de Venise*, Venecia, Ongania, pp. 119 ss.

111 “Pacis amicos venisse afirman”.

en la Escritura por palabras de Isaías: “¡Qué bellos los pasos del mensajero que anuncia la paz!”

En el poema *Africa*, libro VIII<sup>112</sup>, describe Petrarca una embajada destinada a pedir la paz: de los cartagineses a los romanos. A Escipión la lleva Asdrúbal, anciano.

Ese discurso de Asdrúbal es memorable. No habrá en la literatura europea otro discurso de embajada descrito en ciento veinticinco hexámetros latinos.<sup>113</sup>

## LA ORGANIZACIÓN DE LA DIPLOMACIA

Del texto de ese discurso, ciertamente glorioso, pero puramente literario, que no pretende ser un tratado aleccionador, no se podrán extraer consecuencias para el presente tema. Porque en estas páginas se viene aspirando, si la tolerancia del lector lo consiente, a presentar la imagen del grandísimo personaje que fue Petrarca, revistiéndolo especialmente de los caracteres que lo identificasen como un protagonista de la Diplomacia de sus días.

En la siguiente centuria, la del fecundo siglo XV proliferarían los tratados sobre las tareas de los embajadores, es decir, que es como eso entonces se decía, *De officio legati*<sup>114</sup>. En época de Petrarca todavía no.

Pero hay un texto, que ha de exhumarse aquí, con todos los honores que merece y que no se le han debidamente dispensado. Es una carta de Petrarca a un amigo<sup>115</sup>, iniciada “Solebant Romani”, en la que trata de la Historia de la Diplomacia antigua, mencionando embajadores y embajadas. “Solebant Romani Consules legatos consulares ad exercitum ducere”; pero también: “Regum quoque gentiumque nuncios solennes, legatos dici solitos scimus” Y añade: “horum plena esto omnis historia”. Cita a Fabio Máximo, embajador a Cartago, a Sulpicio y Vilio a los Escitas para aplacarlos, a Tito Flaminio a Bitinia a Aníbal. Comparece el cartaginés Hasdrúbal, embajador a Roma para pedir la paz, que con sólo su aspecto doblegó a los ánimos romanos: “animos solo flexit aspectu”<sup>116</sup>. Y cita también embajadores griegos: Carneades académico, Diógenes estoico y Critolao peripatético. Luego trata de la continuidad de la función en su tiempo con los le-

112 *Opera*, III, 1322 s.

113 Hay una embajada clásica, la de Ulises y Menelao a Príamo en la Odisea, pero se la describe brevemente.

114 *Vide*, en este volumen, el capítulo sobre Misión y servicio.

115 *Epist. variarum*, *Opera*, II, p. 1117, Franciscus Petrarcha amico suo.

116 Evóquese cuanto aquí ya se ha mencionado el poema África los embajadores (entre ellos Asdrúbal) que solicitan la paz de parte de Cartago, libro VIII.

gados pontificios, especialmente los legados *a latere*, reservados a los miembros del Sacro Colegio. La carta constituye una sugestiva y bien provista Historia de la Diplomacia antigua y posterior. Diplomático Petrarca no sólo, sino asimismo historiador de la función. Quede aquí hecha la honrosa mención.

Si todavía no había llegado la época de los tratados sobre diplomacia, a la Diplomacia se dedicaban distinguidos juristas, consejeros regios, personajes dotados en letras humanas. De ellos se sirven las cancillerías regias, que a su vez perfeccionan sus procedimientos.

Las conoció Petrarca, especialmente las que se dieron en suelo francés. Petrarca evoca incluso un texto clásico sobre ello: según Juvenal, la facunda Galia fue maestra de los abogados britanos.<sup>117</sup>

La culta evolución de las cancillerías fue conocida de Petrarca. Es un momento en que las gentes cultas ya desean seguir el ejemplo de Petrarca<sup>118</sup>. Especialmente las cancillerías reales buscan instruir a sus secretarios en las letras latinas.

En la de Aviñón, el Papa Clemente VI quiso ofrecer a Petrarca una Secretaría Apostólica, para que mejorara el estilo de la Curia.<sup>119</sup>

En la de Nápoles, Napoleone Orsini era el logoteta y protonotario de la Reina Juana I. Era favorecedor de Petrarca. Barbato da Sulmona, que fue *secretarius regius* (dimitió tras el asesinato del Rey Andrés)<sup>120</sup> era amigo de Petrarca. A sus influencias no serían insensibles Coluccio Salutati, canciller de Florencia, o Niccolò Acciaiuoli, gran Senescal.

En la de Praga, el Canciller era el humanista Jan de Neumarkt, que se latinizó el nombre en Johannes Noviforensis.

En Francia había tres cancillerías: la citada de los Papas de Aviñón, la de París de Felipe VI<sup>121</sup> y Juan II y la del Rey de Navarra, que fue de Felipe III y Carlos II. Para sus mejoras, buscaron el ejemplo de la pura y ciceroniana latinidad de Petrarca.<sup>122</sup>

117 “Gallia caudicibus docuit facunda Britannos”. Juvenal, *Sat.* XV, 111.

118 Escribe Eneas Silvio Piccolomini, el culto diplomático humanista del XV que llegó a Papa Pío II: “At postquam Franciscus Petrarcha, omisso temporis sui squalore, priscam coepit eloquentiam imitari, plerisque sic lqui placuit ut castior aetas locuta est veterum” (Carta al Duque Segismundo del Tirol, epist. CV, *Opera*, ed. Basilea 1551, f. 600 d).

119 Diana WOOD, pp. 68 s. Cita a WILKINS, E.H., *Studies in the Life and Works of Petrarch*, Cambridge Mass, 1955.

120 El Duque de Calabria, Andrés de Hungría esposo de la Reina Juana I y hermano de Luis de Hungría, fue asesinado en septiembre de 1345.

121 En la que precisamente hasta 1338 y por nombramiento de Felipe VI había sido Canciller Pierre Roger, futuro Papa Clemente VI.

122 “Les diplomates purent trouver les jeunes secrétaires capables de rédiger avec élégance lettres et discours qui les assistèrent efficacement dans leurs négociations” (Françoise AUTRAND y Philippe CON-DAMINE, en *Histoire de la Diplomatie française*, Paris, Perrin, 2007, I, p. 104).

En relación con esa evolución, se ha señalado con razón que “era natural que las clases gobernantes [...] creyesen la fuerza de la palabra comparable a la de la espada. Esta fe de los comerciantes y políticos en la eficacia de la persuasión por medio de la diplomacia o de la oratoria, como auxiliar y aun como sucedáneo de la fuerza militar, se vio sin duda realzada por el revivir de la literatura clásica”. “Ciertamente en las clases educadas, la opinión era sensible, en mayor o menor grado, a la propaganda, y no hay duda de que, desde los tiempos de Petrarca y de Cola de Rienzi, existió una creciente tendencia a procurar manipularla usando de instrumentos literarios”<sup>123</sup>. No era un invento de la época, sino acaso una reminiscencia clásica.

Pero no es sólo que se usase la cultura para la Diplomacia, sino que, a la inversa, la cultura requiriese su influjo en la política. Petrarca había desdeñado a Felipe VI por sus pocas letras. Durante su estancia en Nápoles en 1341, el Rey Roberto le había preguntado por qué no había ido a París a rendir pleitesía a Felipe VI y Petrarca respondió no apreciar a los reyes carentes de cultura<sup>124</sup>. Ese influjo de la cultura en los modos de la Diplomacia, con fundamento en la antigüedad, era no sólo un ornato, sino un instrumento para su acción<sup>125</sup>. Los discursos no sólo eran modelos de latinidad, sino muestras de un género suasorio, bien propio de la diplomacia de todos los tiempos.<sup>126</sup>

Un ejemplo: en 1367 el Papa Urbano V se decidió a abandonar Aviñón y volver a llevar la Sede Apostólica a Roma, atendiendo a voces del pueblo cristiano. El propio Petrarca<sup>127</sup> instaba a Urbano V a su regreso a Roma. Era la época del Cardenal Albornoz, que en realidad (como castellano o bien como habitante de la Curia aviñonesa) nunca fue muy decidido partidario del “grande ritorno”. (En las letras familiares, Petrarca cita a Albornoz confiando verlo en su paso por Florencia en 1353 aunque dudando de que sus negocios se lo permitieran).<sup>128</sup>

Tampoco el Rey de Francia, Carlos V (coronado en 1364), quería comprensiblemente que el Papado se fuese de Aviñón y mandó una embajada al Papa

---

123 MATTINGLY, p. 112.

124 LEONARD, *Gli Angioini*, p.356. RILLO, *Francesco Petrarca alla Corte Angioina*, p. 43

125 “Chez Cicéron comme chez Petrarque, ces humanistes ne trouvaient pas seulement des modèles d'éloquence. Les œuvres latines dont ils se nourrissaient portaient un message qui parlaient de gloire et d'amour de la patrie et qui trouvait un écho dans l'esprit et dans le cœur de ces diplomates en quête d'arguments pour défendre leur pays” (Françoise AUTRAND y Philippe CONDAMINE, en *Histoire de la Diplomatie française*, Paris, Perrin, 2007, I, p. 105).

126 Los embajadores eran *oratores*, *suasores*.

127 Carta del 29 de junio de 1366. *Rerum senilium*, VII: “Vt Romam Ecclesiae sedem repetat, hortatur”, *Opera* II, pp. 897 ss.

128 *Litterae varie*, LVI a Francesco Nelli.

en 1367, a cargo de Anseau Choquart, *maître des requêtes de l'hôtel*, tenido por gran orador. El discurso abundó en citas bíblicas y patrísticas y lógica escolástica para demostrar la superioridad de Francia sobre Italia<sup>129</sup>. Petrarca reaccionó indignado por los menosprecios a Italia. Como ya se ha mencionado, respondió incluso con una admirable epístola alegando lo contrario<sup>130</sup>. La carta se hizo famosa y convenció al Papa. Retornó a Roma, aunque las horrendas circunstancias que en la Urbe reinaban lo hicieron volver a Aviñón.<sup>131</sup>

## EL ESPEJO DEL HOMBRE

De lo referido hasta aquí, ¿podrá deducirse una figura unitaria, un nítido perfil, una silueta uniforme de Francesco Petrarca? Es muy de desear que no. De ningún personaje de la Historia, aun menos de quien ejerce un papel tan rico en la Cultura, debería ser dable colegir de sus rasgos algo así, por amañada que estuviese su biografía. Hasta los espejos suelen dar visiones deformadas o deformantes, y de ellos puede aparecer algo muy fantástico mirando “through the looking glass” en compañía de Alicia. Y no se olvide que “alicia” es sinónimo de verdad.

Es decir, que, si en la obra y la vida de Petrarca y sobre todo en su pensamiento hay congruentes y oportunas coincidencias, que aquí se ha cuidado de señalar, no menos hay contradicciones, asimismo enumeradas<sup>132</sup>. Contradicciones<sup>133</sup> o acaso más bien compensaciones que de uno y otro lado contribuyen a equilibrar (y a enriquecer) al personaje.

Naturalmente, no dependen sólo de él, a menudo son precisamente emanantes de las circunstancias que, en un mundo tan rico como es el del *Trecento* italiano (y europeo), no podían sino marcar sus huellas o dejar oír su eco en su vivir y en su pensar.

Tal sucede en la contraposición libertad / poder. Ya se expuso cómo el amor por la erudición clásica conducía a la aspiración de restitución de la Antigüedad. Pero ello hubiera debido reflejarse en la dictadura a la romana antigua, al modo de la rara experiencia de Cola di Rienzo, coronado tribuno augusto el 15 de

---

129 Françoise AUTRAND y Philippe CONTAMINE, *op. cit.* I, p.103 s.

130 Véase sobre esa polémica: “Galli cuiusdam anonymi In Franciscum Petrarcham invectiva” y “Francisci Petrarchae contra Galli cuiusdam anonymi calumnias” en *Opera*, II, ff. 1169-1177 y 1178-1198 respectivamente.

131 Sólo su sucesor, Gregorio XI retornó definitivamente.

132 *Vide supra*. Los ingredientes de la persona.

133 “Par faticoso oggi a taluno salvarlo dalla contraddizione”. (Rodolfo de MATTEI, *Il sentimento politico del Petrarca*, Florencia, Sansoni, 1944, p. 69).

julio de 1347, para restaurar el orden antiguo en la Roma vacía del poder papal. He ahí uno de los elementos más visiblemente singulares (ya se han comentado aquí) del ideario político de Petrarca.

En su manera de explicar su manera de obrar, se muestra una antítesis: la libertad intelectual personal no es incompatible con el mecenazgo principesco, es decir con la autocracia gobernante. Tal se observa en Petrarca frente al populismo florentino (aunque oligárquicamente médiceo) de Leonardo Bruni<sup>134</sup>. Y ello incide en planteamientos opuestos. Gregorovius, basándose en algunos textos petrarquinos<sup>135</sup>, atribuye ideas democráticas a Petrarca. Es un manifiesto desatino. A una carta de 1366 de Boccaccio, en que éste reprocha a Petrarca estar sometido al tirano de Milán, Galeazzo II Visconti, Petrarca reacciona indignado: “aun cuando pueda parecer que esté sometido a un yugo durísimo, he sido siempre el más libre de los hombres”. Y añade la máxima más antidemocrática que darse pueda: “creo que sea más fácil soportar la tiranía de un hombre que la de un pueblo entero”<sup>136</sup>. Y téngase presente que la imagen del tirano no siempre adopta en esos textos un carácter negativo. Es particularmente ensalzable la figura (rara vez democrática) del héroe: Escipión en el poema *Africa*. En ese mismo orden de contradicciones puede inscribirse su actitud muy crítica a la corrupción aviñonesa, pero no así a las crueles hazañas de sus protectores Visconti milaneses.<sup>137</sup>

Puede observarse ahí la sugerente contraposición entre el intelectual político y el meramente intelectual. Es curioso que ello condujo en cierto momento a una, por lo demás asaz ingenua, contraposición entre Dante y Petrarca. Tal se hizo en la obra de Leonardo Bruni de Arezzo. El delicioso traductor español de sus *Vidas de Dante y Petrarca* del manuscrito de la Biblioteca Nacional de Madrid compara en sabroso decir castellano, cómo Dante se ejercitó “en las armas por la patria y en la gobernación de la República, lo cual no se puede decir del Petrarca, por quanto ni estuvo en ciudad libre que oviese de gobernar civilmente, nin fue jamás en armas por la patria, la qual cosa sabemos ser gran mérito de virtud”. Dante compuso sus obras mientras era perseguido, en tanto Petrarca “compuso las sus obras en sosegada y pacífica vida e suave e honrada e en muy gran buena andança, acerca de lo qual

---

134 “Las repercusiones sobre el discurso y la teoría políticos de estos cambios en la cultura intelectual y espiritual dominante que finalmente afectarían a toda la mentalidad de la *élite* culta y gobernante de toda Europa, se hizo evidente por primera vez entre los florentinos durante su conflicto con el Duque de Milán hacia 1400, especialmente en los discursos y escritos de Coluccio Salutati (1331-1406) y Leonardo Bruni di Arezzo” (Antony BLACK, *Political thought in Europe*, p. 200).

135 *Fam.* XI, 16 y 17.

136 “... animo liber sim, etsi corpore rebusque aliis subesse maioribus sit necesse, sive uni, ut ego, sive multis, ut tu. Quod nescio an gravius molestiusque iugi genus dixerim. Pati hominem credo facilius quam tyrannum populum”. VI, 2. Ed. Mursia, 934 y 1226.

137 KÖRTING, cit. por PASTOR, *Historia de los Papas*, I, p. 192, nota.



se otorga que es más de desear la buena andanza, pero non embargante esto es de mayor virtud poder conservar en la adversidad de la fortuna la mente e voluntad a los estudios”. “En la vida activa “el Petrarca fue más constante en retener la amistad de los Príncipes, ca no se anduvo mudando ni variando, como hizo Dante”<sup>138</sup>. La dedicación a la cosa pública y a los estudios y a la amistad de los Príncipes muestra en ese texto su visible unidad y su variedad a la vez. Para nosotros, desde la perspectiva de nuestras ideas sobre el Renacimiento, es acaso Petrarca quien mejor muestra la figura del legado y a la vez del hombre de letras, del viajero y del ocioso intelectual.<sup>139</sup>

Otras contraposiciones son las del estoicismo frente a acción, o del cosmopolitismo intelectual frente a los localismos, o del irenismo condicionado frente a defensa armada; es decir, como ya se mencionó, la paz sí, pero con dos excepciones: la incitación a la Cruzada y la defensa del suelo patrio italiano.

En el campo de las más personales opciones se halla la que enfrenta la culta erudición individual frente al conjunto colectivo de la comunidad, dicotomía esta procedente de Cicerón. “Como orador amaba la *civitas*, como filósofo la soledad”<sup>140</sup>. Un correlato de ello es la oposición entre los honores y la modestia. Poeta coronado, conde palatino, bienquisto de Papas y monarcas, de lo que blasona, Petrarca se gloría al mismo tiempo de esas vanidades<sup>141</sup>, pero también de lo poco que le ha valido huirlas. Él mismo protesta en el *Secretum*: “¿nada me ha valido?”<sup>142</sup>. Es también la antítesis entre glorias y silencio, es decir, el trabajo glorioso frente a la quietud espiritual. En carta a Cola di Rienzo escribe: “Ad laborem gloriosum nascimur; quid ad quietem inertissimam suspiramus?”<sup>143</sup>

Tal vez se pudiera añadir algo más, que íntimamente se refiere a la persona. Petrarca vivió sufriendo y gozando su amor por Laura desde su furtivo encuentro el 6 de abril de 1327 en Santa Clara de Aviñón, suministrando a la entera posteridad el ejemplo de amor sin recompensa y el ejemplo de un incomparable lirismo. Consta que tuvo sin embargo frecuentes amoríos, que le reportaron un hijo y una hija (Francesca) naturales.<sup>144</sup>

138 Biblioteca Nacional de Madrid, Ms 10171, ff 49 ss.

139 *Vid.* aquí, el capítulo sobre “Misión y servicio”.

140 Anthony BLACK, *Political thought in Europe*. Y *vide De vita solitaria, Opera*, I, pp. 258 ss.

141 En su biografía se le atribuye rehusar la pompa (“nihil magis illi quam pompa displicuit”) o ser amante del ocio poético y de la libertad (“poëtae otii potius et libertatis quam honorum et dignitatum amator”). En *Opera*, I, prefacio.

142 “nihil ergo mihi profuit urbes fugisse, dum licuit, populosque et actus publicos despexisse, silvarum recessus et silentia rura secutum, odium ventosis honoribus indixisse; adhuc ambitionis insimulor!”. II, ed. Obras, Mursia, p. 582.

143 De Aviñón, junio de 1347. *Vide* Garin, *Il Rinascimento italiano*, Firenze, Capelli, 1980, p. 34.

144 Entre tanto Laura tuvo 12 hijos.

## CONVERSACIÓN Y VIAJE

He ahí por fin dos de los instrumentos del hombre de mundo.

### La lengua

Es decir: la lengua, por cierto retornada a sus fuentes clásicas, es susceptible de ser un instrumento de las relaciones internacionales. Y ello incluso aun cuando Petrarca recuerda alguna vez que la palabra no añade valor: “*verba virtutem non addere*”.

Al Enviado diplomático en aquella época y al viajero en general no le hacían falta los idiomas, porque manejaban el latín. Con el latín y el italiano nativo bastaba a Petrarca. Sabía probablemente el francés, por su larga estancia en tierra gala, Vaucluse (*Vallis Clausa*) y Aviñón. Pero el italiano estaba más bien constituido por una serie de lenguas locales. Dante había dignificado la lengua popular en su tratado *De vulgari eloquentia*. Se usaba en las Cortes desde el siglo XIII para las relaciones más oficiales un lenguaje “curiale”. Petrarca manejaría la lengua que se hablase en su Umbria natal y el toscano, el romano, el napolitano y el veneciano. Con el tiempo cuando puristas como el veneciano Bembo o el napolitano Sannazaro escribían en magnífico toscano, lo hacían casi como en una lengua extranjera<sup>145</sup>. Por su parte, el francés era al menos dos: el de *oïl* y el de *oc*. Éste se hablaba en la Provenza donde Petrarca habitó. Alemán no sabía: durante su estancia en Colonia cuenta al Cardenal Giovanni Colonna<sup>146</sup> que se servía de intérpretes y escribe: “*inter linguas incognitas omnes propemodum surdos ac mutos esse*” y cita a Cicerón<sup>147</sup>, cuya lengua era precisamente la usada por Petrarca por doquiera. Con el tiempo se diría en la literatura goliárdica del siglo XV europeo acerca de los ingredientes del viajar: “con chelín, latín y rocín andarás el mundo hasta el fin”.

### Los viajes

¿Qué puede decirse, pues, de los frecuentes viajes de Francesco Petrarca, muchos habidos en función de misiones diplomáticas?

En verdad, la Diplomacia, por supuesto tal como entonces se ejercía, con sus inevitables correlatos de itinerancia y de ocasionalidad, constituyó cometido frecuente de la vida de Francesco Petrarca y condicionante de sus recorridos europeos.

No sería lícito desde luego aquí referirse a Diplomacia, rehuendo las formas de entonces o aplicarlas sin más a nuestro modo de entenderla hoy. Pero no puede negarse que los viajes y el conocimiento de Europa que por ellos en sus

145 BURCKHARDT, *Die Kultur der Renaissance in Italien*, p. 356, vide 351 ss.

146 *Rerum fam., Opere*, p. 687.

147 *Tusculanas*, V, 40.

embajadas adquirió Petrarca influyeron en su manera de concebir ideas. Recuértese nada menos que su hallazgo del *Pro Archia* de Cicerón y la feliz introducción del término “studia humanitatis”. Y no podrá olvidarse que esos viajes fueron en gran medida causados por sus misiones diplomáticas. No es nuevo.<sup>148</sup>

Para ello acompañan como escenario los relatos de sus viajes, por más que su experiencia estuviera penosamente connotada de los inconvenientes, a menudo atroces, que eran entonces inherentes a los caminos y al caminar. No sólo refiere Petrarca los accidentes naturales, los terremotos que le tocó vivir y sufrir: Nápoles, Verona y por poco Basilea, sino que describe las peripecias de sus frecuentes recorridos y las correspondientes incomodidades.<sup>149</sup>

En primer lugar, y por desgracia, el tormento de los caminos malos, trabajosos. Petrarca describe su viaje de Aviñón a Roma en 1343 en carta a Giovanni Colonna<sup>150</sup>. Primero por barco desde Niza a Mónaco. Desembarca en Porto Maurizio y hambriento y fatigado, duerme en un albergue del puerto en un camastro de marinero (“nauticum cubile”). Sigue por tierra, prefiriendo la dureza terrestre a la esclavitud del mar (“statui preferre terrestrem duritiem equoreae servituti”). Pero en el camino había la guerra entre Pisa y Milán y hubo de darse de nuevo a la mar y de nuevo volvió a vía terrestre hasta Roma y luego a Nápoles. No le gustaba viajar por mar: “dejo el aire a los pájaros y el mar a los peces. Yo soy terrestre” (“acrem volucibus, mare piscibus relinquo; terrenum animal, terrestre iter eligo”), escribe a Giovanni Colonna.<sup>151</sup>

Otro viaje horrible sufrió en el invierno de 1353/4 desde Milán atravesando el valle del Adige y parte de Suiza hasta Aviñón por orden del Arzobispo Giovanni Visconti. Se pretendía lograr la paz entre Génova y Venecia. Se trató de ello más arriba: fallida embajada. Una vez citó traduciendo a Homero: “miser in campis errabam alienis”.<sup>152</sup>

De los viajes por mar: viajaría en alguna panzuda coca de dos velas latinas en inclinado trinquete, como la descrita en el *Atlas Catalán* de 1370 (en vida de

---

148 No es nuevo. Ya alguien alguna vez ha oportunamente señalado ejemplos notables en la Antigüedad: Polibio obtuvo impagables informaciones a causa de sus experiencias diplomáticas griegas y de las monarquías helenísticas y Quinto Fabio Pictor escribió la primera Historia romana en lengua griega a base de los conocimientos adquiridos en su misión diplomática a Delfos en 216. M.GELZER, *Kleine Schriften*, Wiesbaden, 1962/64, III, pp 51 y 161, aoud Dietmar KIENAST, *Pesbeia*, München, Druckenmüller, pp. 504 y 596.

149 Es instructivo leer sus sabrosos comentarios generales en su obra *De remediis utriusque fortunae*, en *Opera*, I, por ej. “de gravi naufragio” (diálogo LIV, p. 173) o “de duro itinere” (diálogo LVII, p. 175).

150 *Rerum familiarium*, X, IV, 3, *Opere*, pp. 745 ss.

151 *Opere*, p. 768. ¿Qué diría de “dejar el aire a los pájaros” si conociera el transporte aéreo de nuestros días?

152 *Secretum*, lib.III, Iliada, VI, 201-2.

Petrarca) o en alguna más ligera galera de remos, usada para transporte de mercancías o pasajeros. Describe un viaje marino en los arriba citados versos (precisamente de los más bellos y sobrecogedores, acaso de los más íntimos y sinceros, de su obra poética):

“Passa la nave mía colma d’oblio  
per aspro mare, a mezza notte, il verno”.<sup>153</sup>

Esas hermosísimas palabras (“Pasa mi nave, colmada de olvido, por el áspero mar, de noche, en el invierno”) fueron bellamente traducidas al inglés siglos después por un poeta diplomático, Sir Thomas Wyatt:

“My galley charged with forgetfulness,  
Through sharp seas in winter nights doth pass  
‘tween rock and rock.”<sup>154</sup>

La elegante melancolía del viaje, la despedida de algún lugar, la incertidumbre de la meta, la inseguridad de la ruta fueron también repetidas por Miguel Ángel Buonarroti en otro famosísimo soneto:

“Giunto è già ‘l corso della vita mia  
con tempestoso mar, per fragil barca...”<sup>155</sup>

Porque también en los hermosos y melancólicos versos de Petrarca lo que se describe no es ciertamente un viaje cualquiera, sino el curso, declinante ya, de la propia vida, a bordo de una nave, “cargada de olvido”.

Y ciertamente lo hace, como sólo un poeta lo puede hacer.

Contéplese, pues, la nave de Petrarca, no colmada de olvido, como él melancólicamente la describió, sino cargada de recuerdo. A través del recuerdo habla la Historia, mientras enseña, a la vez que rememora.

---

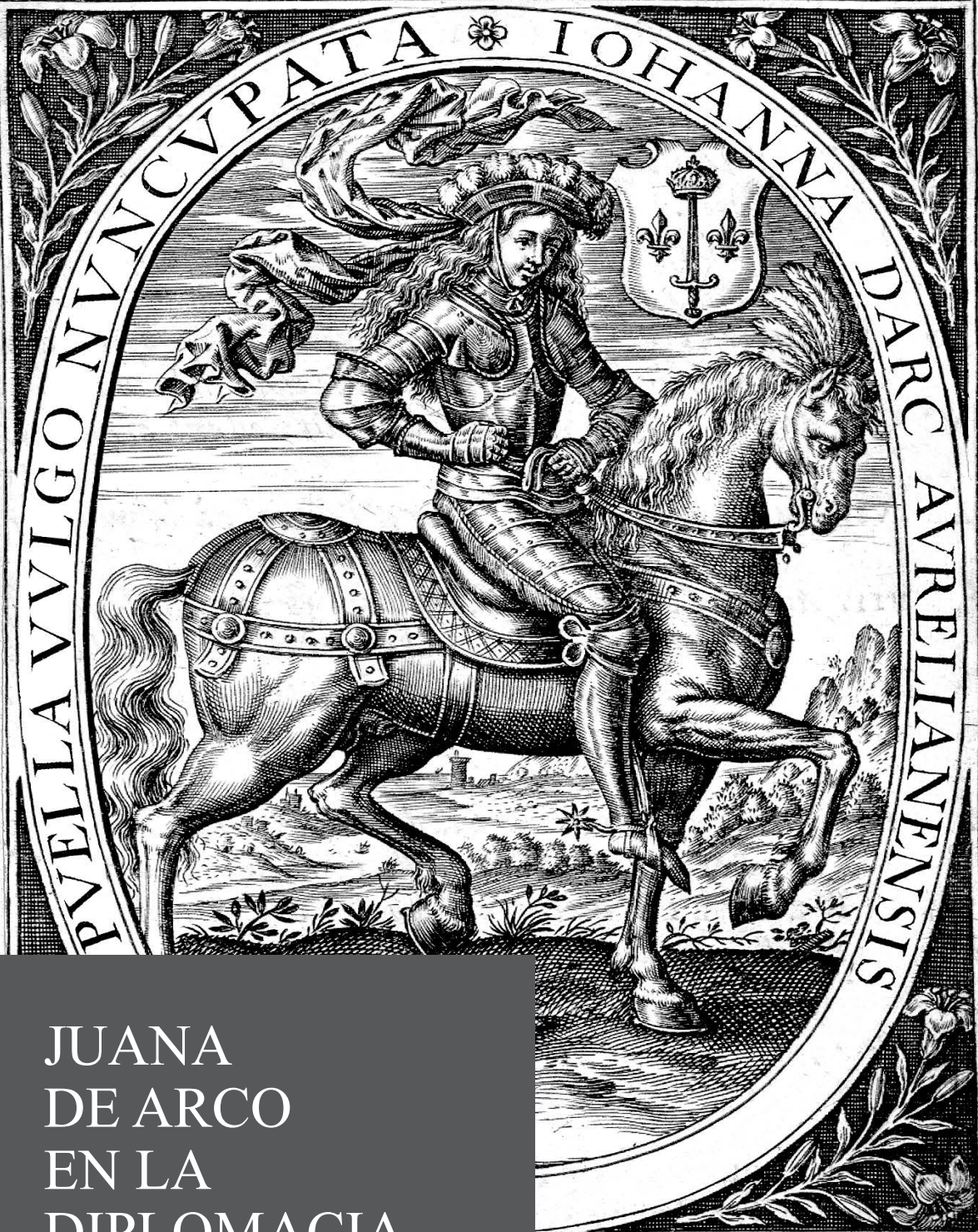
153 Soneto CLXXXIX de las *Rime sparse*.

154 Sir Thomas Wyatt fue Embajador de Enrique VIII de Inglaterra ante Carlos V en España.

155 Soneto CXLVII, Rizzoli, pp. 152.



FALIS IN ARMA RVIT BELLACI SCHEMATE VIRGO.



JUANA  
DE ARCO  
EN LA  
DIPLOMACIA  
DE SU TIEMPO

*Pugnate audentes Galli:  
si tale tenebat  
Palladium titubans Troia,  
perennis erat.*

## LA SITUACIÓN EN FRANCIA DESPUÉS DEL TRATADO DE TROYES

En el sugestivo gozne de las épocas, generalmente revelador y sugerente, entre las luces del crepúsculo vespertino medieval y del matutino moderno, la Historia del siglo XV europeo, tan repleta no sólo de sucesos, sino y muy especialmente de ideas y de imágenes, y con ella las relaciones entre los Estados, que hoy llamamos (con término gravemente aquejado de peligroso anacronismo) Diplomacia, tuvieron una indiscutible relevancia. La perspectiva de la época es no solamente evocadora de extraordinarios sucesos, sino apta para esbozar teorías políticas, diseñar planteamientos históricos y escrutar posibilidades de análisis. Es el final de un tiempo y la puerta abierta a la Europa moderna, con sus ingredientes, sus logros y sus contradicciones.

La Italia del Renacimiento con sus conspiraciones y alianzas, la Guerra de los Cien Años terminando la conflagración entre los Reinos de Francia e Inglaterra, la unidad peninsular española y el final de su Reconquista, los movimientos heréticos de Bohemia, el Papado y los Concilios, los ya evidentes atisbos de descubrimientos extraeuropeos y la magnitud de la eclosión artística e intelectual convivieron con el desarrollo de la idea y la realidad del Estado Moderno y de su mecanismo exterior.

En las primeras décadas del siglo XV, como en un escenario, se representan los movimientos de embajadas y tratos, conferencias, entrevistas y diplomas, configurando redes internacionales y también consolidando modos y formas. (O conviviendo con crueles conflagraciones y ruidosas batallas).

En ese escenario se pueden (acaso arbitrariamente) colocar figuras que encarnen formas o protagonicen acaecimientos. No de otro modo actúan quienes conciben piezas teatrales que a su vez describen comportamientos y acciones. Los personajes dan vida a las escenas y éstas dan contorno a los personajes.

Juana de Arco fue uno de ellos.<sup>1</sup>

---

1 Ha de reconocerse humildemente que, gracias a una extensa y valiosa historiografía sobre todo francesa, seguramente se sabe ya todo cuanto pudiera saberse del estupendo personaje. Por eso es indispensable anunciar desde ya al lector el benéfico propósito de no abrumarlo con las fuentes sobre Juana de Arco, de por sí densas y voluminosas. Son sobre todo las referentes al proceso. Se hallan en los cinco volúmenes de Jules QUICHERAT (*Procès de condamnation et de réhabilitation de Jeanne d'Arc, 1841-1849*). La bibliografía antigua es copiosa: Sin embargo, se ha preferido aducir aquí la bibliografía más reciente y asequible, que ha sido utilizada y que en cada momento se verá citada.

Un historiador británico<sup>2</sup>, aduciendo la advertencia de un su maestro universitario, Stuart Hoyt, el cual enseñaba que sin conocer a San Bernardo no se podía entender la Edad Media, advirtió él por su cuenta que, sin conocer a Juana de Arco, no se puede entender la ulterior relación franco-inglesa de ambos países.<sup>3</sup>

El asombroso fenómeno de Juana se produce en el de por sí fascinante ámbito de la Edad Media, con todo lo que ella implica de riqueza y de mosaico de particularidades, en las que campan los ingredientes de rigor y leyenda, de testimonio y fantasía, como un caleidoscopio, lleno de adalides y héroes, trovadores y cruzados. Pero también de Diplomacia, es decir, de astutos Enviados, Vistas de Reyes, vistosas comitivas de embajadas itinerantes. Abundante Diplomacia, pese al inevitable anacronismo de los términos.

La Guerra de los Cien años, en la que se implicó Juana, ofrece, por lo demás, un amplio y rico espectáculo de Diplomacia. Es un momento —diríase— de esplendor de la Diplomacia europea, aun cuando, desde luego, no se trate de la Diplomacia moderna, que hoy se basa en embajadas permanentes y residentes. Aquéllas eran todavía itinerantes y ocasionales, pero, acaso por ello, brindan una escenografía de movilidad sumamente llamativa, a veces, cegadora, si se quiere advertir aquel incesante movimiento en la escena geográfica tan variada como la de los Estados medievales.

Es aquél un tiempo de disensión europea en todos los ámbitos y, por ende, de gran movimiento internacional y de Diplomacia. Francia e Inglaterra, enfrentadas, aspiraban a atraerse aliados, el Cisma del Papado había provocado intervención de los Reinos sea en Roma, en Aviñón o en Pisa ante los Pontífices en pugna; lo mismo en el Imperio en las discordias habidas en los reinados de los soberanos de las nuevas dinastías (Habsburgo, Wittelsbach y Luxemburgo), sucesoras del Gran Interregno. La Península Ibérica vivió la guerra civil castellana y la eclosión de los Trastámara con intervención de Aragón y Portugal. A Provenza llegaría la guerra por Nápoles entre angevinos y aragoneses: Alfonso V de Aragón, en pugna con Luis III de Anjou, atacó y saqueó Marsella en noviembre de 1423.

La diplomacia entrecruzaba sus variados (rivales) objetivos. Carlos VII de Francia tenía por meta hacerse reconocer como Rey de Francia, mientras la Regencia de Enrique VI (Bedford) buscaba el opuesto reconocimiento. Felipe el

---

2 Charles T. WOOD, *Joan of Arc and Richard III. Sex, Saints and government in the Middle Ages*, New York/Oxford, Univ.-Press, 1988, p. VI.

3 “If I did not understand Joan of Arc and Richard III, I could never hope to grasp the nature of the governments that they sought, respectively, to save or to seize”. (WOOD, *op. cit.*). También Ortega y Gasset, en una de sus obras más inequívocamente filosóficas, dejó escrita esta frase rotunda, comprometedora: “Si no se entiende bien el siglo XV, no se entiende bien nada de lo que ha pasado después”. (*En torno a Galileo. Obras completas*, V, p. 141).

Bueno de Borgoña trataba de sacar partido de la disensión en su provecho. Lo mismo hizo Juan VI de Bretaña en su política versátil (reconoció la validez del Tratado de Troyes en 8 de octubre de 1422, se pasó a Carlos VII en 1425, pero reconoció a Enrique VI en 1427 y luego se mantuvo neutral).

Ello daba lugar a un sin número de embajadas en todas direcciones. Su identificación y cuantía es una apasionante tarea historiográfica. Los borgoñones en su alianza con los ingleses, éstos buscándose reconocimientos europeos para su pretensión a la Corona de Francia, los partidarios del Delfín buscando apoyos en las dinastías francesas o foráneas, el saboyano Amadeo VIII de Saboya actuando de intermediario para favorecer el entendimiento franco-borgoñón, así como Yolanda de Aragón, suegra de Carlos VII.<sup>4</sup>

No sólo embajadas. También se usan con profusión los otros métodos de Diplomacia: las Vistas entre los soberanos<sup>5</sup>, o las Conferencias internacionales para promover alianzas<sup>6</sup>. O también los numerosos armisticios tras períodos de pugnaces asaltos. Todo ello en un entramado de alegaciones de derechos, breves e interesadas treguas, cautelas de neutralidades, recelos de desconfianzas y aspiraciones encontradas.

Ello se da especialmente en las primeras décadas del siglo XV, cuando, tras las fulgurantes victorias de Enrique V (Azincourt, 1415) se abrió a éste la perspectiva triunfadora de obtener el trono de Francia, por el que habían luchado sus predecesores desde Eduardo III. En el mismo año de 1415 se inició el proceso que pondría término al Cisma en el Papado: en ese año se abrió el Concilio de Constanza. Junto a ello, se enredaron los complejos sucesos de las discordias francesas, las encarnizadas entre Armagnacs y Borgoñones. En 1419 Juan *Sin Miedo*, Duque de Borgoña, fue asesinado alevosamente acaso por perversa instigación del Delfín Carlos, en el puente de Montereau<sup>7</sup>. Su hijo y sucesor, Felipe

---

4 Yolanda de Aragón, hija de Juan I de Aragón, casó en 1400 con Luis II de Anjou, pretendiente al trono de Nápoles, como luego serían sus hijos Luis III y Renato. Luis II y su esposa Yolanda fueron padres de María, casada con Carlos, hijo de Carlos VI de Francia en 1422. Yolanda había conseguido prometer la boda cuando María tenía nueve años y Carlos diez, en 1413. La muerte de los dos sucesivos Delfines Luis en 1415 y Juan en 1417, hizo de Carlos el heredero Carlos VII de Francia. Yolanda se había ocupado de Carlos desde su infancia y favoreció eficazmente sus ulteriores pretensiones.

5 Se habían dado en su día: la del Emperador Luis IV con Eduardo III de Inglaterra (1338). La visita a París del Emperador Carlos IV con su hijo Wenceslao a Carlos V de Francia (1378). La de Carlos VI de Francia con Ricardo II de Inglaterra en Ardres (1396), en presencia de Felipe el Atrevido de Borgoña. La visita del Emperador Segismundo a Enrique V de Inglaterra en 1416 por el asunto del Cisma, y también a Fernando I de Aragón, *el de Antequera*, a Perpiñán y Narbona por el mismo motivo.

6 Conferencias de Bourg-en-Bresse (1422), Chambéry (1424), Montuel (1425).

7 Fue culpado un individuo, condenado y ejecutado. Más no convenía saber. “La historia ha sido víctima del cálculo”, comenta Joseph CALMETTE, *Les Grands Ducs de Bourgogne*, París, Albin Michel, 1979, p.186, n.



*el Bueno* culpó efectivamente de ello al Delfín. (Doce años antes, en 1407, había sido asesinado el Duque de Orleans Luis, por instigación de Juan *Sin Miedo*, a quien se decía que aquél había proyectado matar. El juego de sucesivas venganzas estaba servido).

Fue entonces cuando la Diplomacia se mostró notoriamente activa. Enrique V de Inglaterra despachó a Gante, la Corte de Felipe de Borgoña, al Conde de Warwick, Thomas Beauchamp. Felipe a su vez envió a Nantes, donde Enrique se hallaba a la sazón, al mariscal Claude de Chastellux y a Antoine de Toulangeon<sup>8</sup>. Se produjo un triunfo de la Diplomacia inglesa, después de haberse producido la victoria de las armas. En Francia, la mayoría se agruparon en torno del vencedor. La diplomacia de unos y otros, vencedores, vencidos y espectadores, fue colofón de los combates.

La victoria política inglesa, que siguió a las militares, vino dada, en virtud del Tratado de Troyes, por el matrimonio de Enrique con la princesa Catalina, hija del abrumado rival francés Carlos VI. Esto fue seguido del ominoso otorgamiento, por parte de éste, de la sucesión francesa a Enrique; ello en perjuicio de su hijo y heredero, el Delfín Carlos, que se veía así preterido y desposeído de sus derechos. Por dicho Tratado de 21 de mayo de 1420, Carlos VI –incapaz de gobernar y presuntamente aquejado de demencia (Carlos VI *el Loco* lo llama la Historia) concedía en efecto formalmente la sucesión a Enrique y Catalina<sup>9</sup>; por otra, se consumaba la consecución de una alianza entre el Duque de Borgoña y los ingleses. Todo ello conspiraba contra la sucesión del preterido Delfín. Su padre Carlos VI había ordenado ya por cartas patentes del 17 de enero de 1420 a la ciudad de París que no prestasen obediencia a su hijo ni recibiesen sus mensajes.

Sólo dos años después se produjeron dos luctuosos acontecimientos casi coetáneos. El 31 de agosto de 1422 muere Enrique V. El 22 de octubre de ese año muere Carlos VI. Según el Tratado de Troyes, la sucesión de Francia correspondía al también nuevo Rey de Inglaterra, el niño Enrique VI, hijo de Enrique V y Catalina. El nuevo Rey contaba nueve meses de edad.<sup>10</sup>

Con ello se configuraron los dos bandos en Francia: uno el de los hasta entonces triunfadores ingleses unidos a los borgoñones. Otro, el de los hasta entonces perdedores, leales al Delfín Carlos, arrinconado en su pequeña Corte de Bourges, después de haber huido de París en 1418.

---

8 CALMETTE, *op. cit.*, p. 182.

9 Es la primera vez por la que se habría violado la Ley Sálica en Francia. Siglos más tarde, Felipe II de España lo intentó, también en vano, cuando propuso la sucesión francesa de su hija Isabel Clara Eugenia, como hija a su vez de Isabel de Valois.

10 Sobre detalles, validez, fuentes y bibliografía del Tratado de Troyes, John FERGUSON, *English Diplomacy*, Oxford, Clarendon, 1972, pp. 169 ss.

## EL ENTRAMADO DIPLOMÁTICO

No podía ese anómalo proceso dejar insensibles a los Estados europeos. Tendieron a mostrarse cuando menos reticentes a la solicitada adhesión al Tratado de Troyes. El Papa Martín V se negó a sancionarlo. Castilla y Aragón no respondieron. Navarra ponía condiciones. Juan VI de Bretaña oscilaba (su esposa Juana hubiera también podido alegar derechos al trono de Francia, como hija mayor de Carlos VI)<sup>11</sup>. El soberano del Imperio, Segismundo de Luxemburgo, y el Duque de Saboya mostraron adhesión.<sup>12</sup>

Una maraña diplomática entretejía sus redes en aquel complejo panorama bélico y político. Allí se cruzaban las embajadas de los Estados concernidos: la Inglaterra de Enrique VI, regentado por su tío Humphrey, Duque de Gloucester. La Francia dominada por los ingleses, bajo el mismo Enrique VI, regentado allí por el Duque de Bedford. La Francia libre —por así decir— del Delfín Carlos, aspirante a la corona que de derecho hereditario le correspondía. El Ducado de Borgoña, bajo Felipe *el Bueno*, ambicioso y prepotente, aliado a los ingleses. Y los restantes países europeos, interesados o intrigados por el desarrollo de la contienda francesa: el Sacro Imperio, gobernado por el Rey de Romanos Segismundo (desde 1410), Rey también de Hungría (desde 1387) y de Bohemia (desde 1419). Con él buscaban los ingleses negociar acuerdos, para lo que fue enviado (en 1422) el Obispo de Londres William Gray, junto con Peter Partridge, así como Walter de la Pole, John Stoke, abad de St. Albens.

Todos los Estados europeos se implicaban en la turbación general con sus características propias. En la Santa Sede, al Papa Martín V, elegido por el Concilio de Constanza en 1417, se enfrentaba aún en España el terco Papa de Peñíscola Benedicto XIII. Las diversas Cortes comenzaban a borrar con sus embajadas las huellas del anterior Cisma que las tuvo enfrentadas. A la Curia acudieron (en 1428-29) los sucesivos Obispos de Londres, William Gray y Robert Fitzhugh, y de Lincoln Richard Fleming, también Edmund Fleming en 1423, John Forster en 1424, el abad de Glastonbury, Nicolás Frome, en 1423, así como los enviados al Concilio de Pavía y, en la siguiente década, los preladados que habrían de acudir al posterior Concilio de Basilea. En Castilla, el Trastámara Juan II se hallaba vinculado dinásticamente a la dinastía francesa de los Valois, mientras en Aragón, Alfonso *el Magnánimo*, batallaba (finalmente con éxito) por el Reino de Nápoles. Desde Alemania, Segismundo contemplaba con

---

11 Juan VI reconoció el Tratado de Troyes, mediante sus embajadores en 1422; sin embargo luego se pasó a Carlos VII, confiando en influir en su gobierno. Luego se pasó a los ingleses, prestando homenaje a Enrique VI, para, al final, quedarse neutral, como se ha expuesto.

12 *Vid.* sobre ello FERGUSON, *op. cit.*, p. 4-5.

inquietud las ambiciones del Duque de Borgoña, que poseía territorios dependientes del Imperio.

Después del desconcierto del siglo anterior, todavía no se lograba una pacificación. Francia estaba dividida, su herencia regia, controvertida. El Papa, que tampoco contaba todavía con un reconocimiento universal, no había dado aquiescencia al desheredamiento del Delfín. A Castilla, a Juan II habían acudido en petición de ayuda embajadores de Francia<sup>13</sup>. Por ser el Rey Juan menor de edad, se dieron largas a la respuesta en 1418. Pero ello no impidió que, en Castilla, a causa de la toma de Rouen por los ingleses, se proclamara en 1419 haber habido “del Rey grande enojo”<sup>14</sup>. La Península Ibérica se mantuvo casi del todo al margen de la guerra en Francia. Pero ello porque Castilla, pese a la amistad con los Valois, estaba demasiado ocupada en temas hispánicos. Alfonso V de Aragón, que se mostró propenso a los ingleses sólo cuando esto convenía a sus intereses de confrontación con Castilla, ponía además condiciones a la alianza con Inglaterra en la forma de concesiones territoriales<sup>15</sup>. Tampoco la buena relación con Portugal favoreció a los ingleses.<sup>16</sup>

Es decir, planeaba sobre todo el panorama la continuación de la controversia. ¿La guerra? ¿Debía ésta continuar después de la aparente resolución del Tratado de Troyes? El Duque de Bretaña había al fin dado adhesión al Tratado el 8 de octubre de 1422. Pero la situación no era clara. El Papa Martín envió al legado Albergati y luego al Cardenal de Porto, Antonio Correr, para instar a las partes a la paz. Pero ésta no estaba asegurada.

Fue el erudito fraile cartujo Niccolò d'Albergati, obispo de Bolonia<sup>17</sup> y en 1422 Cardenal, seguramente uno de los más relevantes diplomáticos de aquel agitado período de las relaciones internacionales. Por encargo papal se ocupó de intentar la paz en el revuelto teatro anglo-francés-borgoñón, siempre en un cambiante caleidoscopio de paces, guerras, escaramuzas y treguas, en el que la negociación diplomática era un personaje omnipresente. Personaje capital en el escenario en el que se movió Juana de Arco<sup>18</sup>, aparecerá por eso varias veces citado aquí.<sup>19</sup>

En territorio francés, los protagonistas eran el Duque de Bedford y Felipe de Borgoña de un lado, y el Delfín Carlos, de otro. Los ingleses ocupaban

13 Lorenzo Galíndez de Carvajal, *Crónica*, Bibl.de Autores Españoles, 68, p. 375.

14 *Ibidem*, p. 379.

15 FERGUSON, 47 ss.

16 FERGUSON, pp. 176 s.

17 Sucedió en esa sede al citado Correr.

18 En los tratos con Carlos VI de Francia, con Borgoña, luego en la Paz de Arras y finalmente en el Concilio de Basilea.

19 Lo retrató Jan van Eyck y lo beatificó en el siglo XVIII el también ilustrado Papa Benedicto XIV.

ventajosamente gran parte de Francia, incluido París, Sin embargo las disensiones entre ambos hermanos, Gloucester, Regente de Inglaterra, y Bedford, Regente de Francia, habían causado una franca oposición. Motivo eran los Países Bajos, donde Gloucester (consorte de Jacqueline de Holanda) intentó realizar una verdadera invasión en 1423. La diplomacia y las armas de Felipe *el Bueno* le suministraron el triunfo y le consintieron el paulatino y eficaz engrandecimiento de sus dominios al fin de una década tan agitada.

Contemporáneamente se produjeron movimientos en Francia en pro del Delfín para hacerle recuperar el trono legítimo de sus mayores. ¿Legítimo? Había cabida para dudas. No era sólo el asaz ominoso Tratado de Troyes, eran también las dudas sobre la filiación legítima de Carlos, habida cuenta de las liviandades que se atribuían a Isabeau de Baviera, esposa de Carlos VI. Mucho tiempo después, el propio Luis XI parece haber burlescamente haber aludido en conversación con un Embajador a sus dudas sobre la conducta de su abuela.<sup>20</sup>

¿Y la Iglesia de Francia? Todavía en el último momento, un prelado francés, el Obispo de París, Gérard de Montaigu, intentó una reconciliación de la Reina Isabeau con su hijo, el postergado Delfín. No se llevó a efecto<sup>21</sup>. No quedaba más que el general desafío. Luego, una cohorte de prelados franceses se alinearán en 1420 con la decisión del Tratado y con la desheredación del Delfín, posición anglófila, diríamos hoy. Así el Obispo de Amiens, Philibert de Montjeu, el de Thérrouane, Louis de Luxembourg y, especialmente notorio, el de Beauvais, Pierre Cauchon, que había intervenido en la construcción del Tratado de Troyes, tan favorable a los ingleses y que habrá de tener gravísimo papel en ulteriores bien poco edificantes designios<sup>22</sup>. Del lado opuesto, el principal hombre de Iglesia del entorno de Carlos era el citado Regnault de Chartres, Arzobispo de Reims.

Es decir, la situación en el Reino de Francia estaba sujeta a pugnas de hecho y a controversias de derecho. Estaban igualmente patentes las amenazas de lucha armada y los intentos de una enrevesada diplomacia.

---

20 Con el tiempo, el propio Luis XI, nieto de Isabeau, confesaría cínicamente un día al Embajador milanés Gian Andrea Cagnola que, teniendo en cuenta que su abuela (Isabeau de Baviera, esposa de Carlos VI) había sido “una gran putana”, no sabía con certeza quién había sido su abuelo. Era a la sazón Duque de Milán Gian Galeazzo Maria Sforza, regentado por su madre Bona de Saboya hasta el 7-X-1480. Giovannandrea Cagnola fue Embajador ordinario de Milán en Francia de 1478 a 1480.

21 *Vide* sobre el episodio Joseph CALMETTE, 182, nota. Cita allí del propio Calmette, *Chute et relèvement de la France sous Charles VI et Charles VII*. Paris, Hachette, 1945, basado en una investigación de E. DÉPREZ, *Un essai d'union nationale à la veille du Traité de Troyes*, Bibl.de l'école de Chartres, 1938.

22 En Borgoña, un papel muy relevante desempeñaron dos personajes Jean de Thoisy, Obispo de Tournay (por nombramiento de Juan XXIII), y su sucesor en la cancillería ducal, Nicolás Rolin. *Vide infra*.

En ella ocupaba un lugar determinante la política de Felipe *el Bueno* de Borgoña. Ampliados sus dominios de Namur, Holanda, Brabante, Limburgo, y en virtud de ellos por un lado feudatario del Rey de Francia, por el otro del Sacro Imperio, lo que equivalía a poder aspirar a no serlo de ninguno, le consentía ejercer una política independiente, casi como un nuevo Estado europeo. Surgida además la polémica de dos poderes en Francia, el del desheredado Delfín Carlos, y el de los invasores ingleses bajo la corona del Rey niño Enrique y su Regente Bedford, podía el Duque borgoñón equilibrar sus fuerzas a su propio antojo. Aliado de los ingleses, les otorgaba su necesario apoyo con precaución, “con cuentagotas”<sup>23</sup>, a merced de alianzas, treguas y armisticios.

En ese momento, coincidió la pugna en un lugar y en un momento.

Fue el asedio inglés a la ciudad de Orléans.

La alianza entre Bedford y Felipe manifestó fisuras. En ese momento clave, el del asedio de los ingleses a dicha estratégica y populosa ciudad, Felipe ordenó la retirada de sus tropas, dejando solos a los franco-ingleses. Era un asedio crucial para la guerra en territorio francés. Orléans se hallaba en la importante ruta de la Loire.

Tanto lo era, que en 1428, en el momento del asedio, la situación era tan precaria para el delfín Carlos que éste pensaba en retirarse a Castilla o a Escocia, que eran sus Reinos amigos. “Se sauver en Espagne ou en Écosse, qui étaient de toute ancienneté frères d’armes et alliés des rois de France”, según refiere Comynnes. Era, pues, momento de incertidumbre, tanto en las vacilantes alianzas diplomáticas, como en la dudosa suerte de las armas.

En ese momento aparece Juana de Arco.

## LA INSERCIÓN DEL FENÓMENO DE LA DONCELLA EN LA DIPLOMACIA

Las consecuencias del Tratado de Troyes y la muerte de los dos monarcas con la sucesiva entronización en Francia del niño Enrique VI de Inglaterra abrieron paso en el conflictivo escenario francés al fulgurante episodio de Juana.

La niña Juana, en su lejana aldea de Domrémy, apenas educada, alejada de toda cultura y de conocimientos de la realidad francesa, ¿estaría enterada del Tratado de Troyes y de sus consecuencias? Es apenas creíble. Más de un historiador, el citado Wood, entre ellos, opina que no sabía nada del desarrollo de tales sucesos, así como tampoco de la situación de la Iglesia en medio del Gran

---

23 Es la expresión de CALMETTE, 198.

Cisma. Ahí se muestra la extraordinaria paradoja: crasa ignorancia de sucesos y resuelta decisión de hecho, modestia de persona y fulgurante desparpajo de acciones, en medio de la compleja contraposición de intereses.

No puede negarse que Juana protagonizó un episodio meteórico y, como meteórico, espectacular; como meteórico, también breve<sup>24</sup>. Ocasiona entrechoque de armas, polvoriento revuelo de caminos, agitación de Cortes, intrigas de personajes, un proceso injusto.<sup>25</sup>

Y también, eclosión de Diplomacia.

Con connotaciones que se dan casi desde el comienzo. La tradición presenta a Juana descubriendo al Delfín, que se había ocultado y hecho sustituir por otro, en su Corte de Chinon. Acaso se trate de una exageración hagiográfica. En todo caso, comparece un ingrediente diplomático. Conocemos la anécdota en primer lugar por el testimonio de un embajador. Era Simon Charles, que en aquel año había estado desempeñando una embajada del Delfín a Venecia; a su regreso, Jean de Metz, testigo ocular que formaba parte del séquito de Juana, le refirió el episodio. Dice solamente: “le roi se retire à part, en dehors des autres; Jeanne cependant le reconnut bien et lui fit révérence et lui parla un long moment”<sup>26</sup>. Otras descripciones dan más adornos prodigiosos al asunto.

Otro diplomático intervino. Acababa por entonces de regresar de Inglaterra un Enviado secreto del Delfín, el capitán del castillo de Chinon, Guillaume Bélier. Fue a los cuidados de su esposa, Anne de Maillé, a los que por el momento fue confiada Juana. A ésta enseguida se le otorgaron los medios y mandos militares que requería para su empresa: batallar contra los ingleses, vencerlos y restaurar al Delfín en su trono.

Los bien conocidos acontecimientos se precipitaron. No requieren aquí los pormenores de un relato, sobradamente conocido y exaltado. Juana acaudilló las huestes del Delfín en campaña contra los ingleses. El 29 de abril de 1429, tras un asedio victorioso, Juana entró en el Orleáns liberado. Seguirían sus asombrosas victorias.

En todo ello hay acción bélica. Pero hay también inconfundibles hechos diplomáticos. Son los que determinan la acción diplomática de Juana.

Lo más probable es, como arriba se dijo, que Juana ignorase todo acerca de la situación de Europa y aún de Francia. Tal vez más adelante se iría ente-

---

24 “La aparición de Juana de Arco, en aquel momento crítico, tiene algo de excepcional e inexplicable” (Miguel Ángel LADERO QUESADA, *Edad Media*, Barcelona, Historia Universal Vicens Vives, II, 1987, p. 910).

25 “Triple sacrilegio de religión, de patriotismo y de justicia”, lo llama César CANTÚ, *Historia Universal*, ed-española, IV, p. 349.

26 CLIN, Marie-Véronique, *op. cit.*, p. 48.

rando e iría acomodando sus iluminados afanes con la realidad de la guerra. Pero seguramente carecía de información. En una ocasión, Juan IV, Conde de Armagnac desde 1418, que por su adhesión cismática había sido excomulgado por Martín V, envió a Juana un mensajero en agosto de 1429 con una carta en la que le preguntaba acerca de cuál era el verdadero Papa, si Martín V, elegido en el Concilio de Constanza y ya restituido a Roma, o Clemente VIII elegido en Peñíscola a la muerte de Benedicto XIII, o Benedicto XIV elegido secretamente en Peñíscola por el Cardenal de Saint-Etienne. (Hubiera podido añadir a Juan XXIII, de la obediencia pisana, pero éste realmente ya había sido forzado a abdicar). Ella contestó el 22 de agosto, alegando que estaba a la sazón en Compiègne ocupada en la guerra y pidió que, tan pronto como la supiera retornada a París, reiterara su demanda. Efectivamente respondió ella más tarde, diciendo que había que obedecer al Papa de Roma. Éste, Martín V, había por cierto fallecido once días antes. La carta de Juana debió de estar en francés, del llamado “manuscrito de Orléans”, pero existe en latín que más tarde, durante el proceso, habría sido traducido a esa lengua.<sup>27</sup>

Es también harto probable que Juana no menos ignorase cuál era la situación del Pontificado y simplemente recurriese ingenuamente a mostrar adhesión al Santo Padre de Roma<sup>28</sup>. Luego, durante su proceso, preguntada sobre lo mismo, dijo que el legítimo Papa era el de Roma, seguramente ignorando las circunstancias del Cisma<sup>29</sup>. Durante el proceso, cuando, dos meses antes de su ejecución, la instaron a que se sometiese al Concilio de Basilea, preguntó qué era un Concilio<sup>30</sup>. Pero se mostró sumisa a someterse al Papa y al Concilio.<sup>31</sup>

Convendrá acaso mencionar aquí las actuaciones del Papa en sus deseos pacificadores.

Es sabido que el Papa Martín V, que había puesto con su elección fin al Cisma, trató de introducir su mediación para poner fin también a la secular discordia bélica entre Francia e Inglaterra. Y usó para ello medios diplomáticos. En 1418 había utilizado a un legado papal, el Cardenal Filastre, y también al Cardenal Orsini, como Enviado. En 1422 mandó al Cardenal Albergati, que, como se ya ha dicho, se entrevistó con Carlos VI en las postrimerías del reinado. Cuando se produjo la inesperada circunstancia del fallecimiento de ambos mo-

---

27 Ver sobre ello BARRETT, W.P., *The trial of Joan of Arc*, New York, 1932., y también SCOTT, del mismo título, Westport, Conn., 1956. Según WOOD, SCOTT habría usado el primer texto y BARRETT el segundo.

28 Para la adhesión de Juana al Papa de Roma: PernoUD-CLIN, *op.cit.*, p. 181, 193, 207, 384-5.

29 WOOD, *op. cit.*, p.128.

30 Ver sobre ello T. DOUGLAS MURRAY, *Jeanne d'Arc*, New York, 1902, p. 159.

31 *Vide infra* sobre Juana y el Concilio de Basilea.

narcas de Francia, Carlos VI, y de Inglaterra, Enrique V, lo que ponía en trance de ejecución la anómala y discutible solución sucesoria pactada en el Tratado de Troyes, es decir la entronización del niño Enrique VI como soberano también de Francia, el Papa envió un nuevo Legado, al cardenal de Bar.

Pero la diplomacia del tiempo usaba de medios menos convencionales y más sorprendentes; una iniciativa diplomática más peculiar fue la emprendida por el Papa. En ella se mezclan curiosamente dos cosas: la Diplomacia (oficiosa, secreta, todo cuanto se quiera) y la extraña religiosidad del momento (milagrera, inspiradora, todo cuanto se quiera): el Papa dispuso envío de un fraile cartujo como agente secreto. Fue Fray Urbano de Florencia, que acompañaba a Albergati y que era portador de cartas para el Duque de Bedford y para Felipe de Borgoña. En ellas el Papa recomendaba al fraile actuando “por inspiración de Dios, que ilumina, cuando quiere, a los hombres sencillos, aun cuando carezcan de ciencia humana”. No hay duda de que ello responde a la espiritualidad de la época, pero no puede dejar de sorprender un tal enunciado, que parece responder exactamente a lo que iban a ser las visiones de una mujer sencilla, Juana de Arco, que en tal modo habrían de influir en los eventos políticos. Tanto es así que el cartujo florentino ha sido tenido, no sin sentido, por un “precursor de Juana de Arco”.<sup>32</sup>

Nada de esto debió de ser del conocimiento de Juana. Tampoco de la situación real de Francia y de las perversidades de que ésta se componía parece haber estado al tanto. Acerca del avieso suceso del puente de Montereau no debía de tener ideas claras. Se refirió a él simplemente como “una gran tragedia para el Reino de Francia”, sin aparentar al menos ser consciente de la responsabilidad que incumbía a su idolatrado Delfín.

Pero, por sorprendente que fuese ya entonces, la acción de Juana era, ante todo, la de una increíble conductora de ejércitos; ello es indudable. Fue mirada como un milagro por los franceses, como una bruja por los ingleses. Pero su caudillaje era evidente.

## LA DIPLOMACIA DE JUANA

Pero, como quiera que aquí se trata primordialmente de Diplomacia, cabe preguntarse: ¿actuó también Juana en ese campo? Hay varios momentos en que ella adoptó un protagonismo, no sólo en la batalla, que es cosa de guerra, sino en la paz, que es cosa de la Diplomacia. Ella profesaría muchas veces su amor a la

---

32 El Breve de enero de 1423 fue en su día publicado por F. VERNET, “Un précurseur de Jeanne d’Arc, le chartreux Urbain de Florence”, en *L’Université catholique*, 4 (1890), p. 129. Cit *apud Histoire de l’Eglise* de FLICHE-MARTIN, se ha consultado la ed. italiana, Turín, 1967, XIV/1, pp. 297 s.



paz. Sin embargo, ella que odiaba la guerra, mantuvo también siempre que la suya era guerra justa.<sup>33</sup>

Es indiscutible que Juana se movió más en el campo bélico que en el diplomático. Pero una guerra, para ser justa, requiere modos. Y modos diplomáticos. Para empezar cumplidamente necesita previa intimación. (Hoy diríamos declaración). Son las intimaciones, formuladas a los enemigos, antes de la batalla. Se usaban en la época. Enrique V las usó antes de Azincourt. Conservamos de Juana varios textos fidedignos.

En efecto, las acciones de Juana en relación con la paz tuvieron tal carácter de previa intimación dirigida a sus rivales; no parece pueda dudarse que fueran debidas personalmente a ella. Formuladas de modo expreso, han sido conservadas por escrito, caracteres todos de los actos diplomáticos en toda regla.

Hubo en primer lugar una carta de Juana a los ingleses de 22 de marzo de 1429. No se conserva texto original pero sí muchas copias, que difieren en los términos<sup>34</sup>. Según parece, en el mismo día hubo la primera intimación formal a los ingleses. Es un instrumento diplomático, entendido desde antiguo como previo a todo ataque bélico a una ciudad.<sup>35</sup>

Hallándose en Poitiers, en la casa del abogado general Jean Rabateau, antes de acometer la liberación de Orleáns, consta por un testigo del ulterior proceso que Juana dirigió un escrito a los ingleses, concebido en la plena forma de un instrumento internacional. Fue el citado Martes Santo 22 de marzo de 1429. El testigo en el proceso era el caballero real Gobert Thibault, el cual refiere:

“Elle nous demanda si nous avions du papier et de l’encre, disant à maître Jean Érault: écrivez ce que je vous dirai: *Vous Suffort, Clasidas et La Poule, je vous somme, de par le Dieu des Cieux, que vous en alliez en Angleterre*”.

El texto de la carta se conserva en su integridad<sup>36</sup>. Comienza dirigiéndose al Rey de Inglaterra, a su Regente el Duque de Bedford, a William Pole, Conde de Suffolk, llamado también *La Poule*.<sup>37</sup>

El encabezamiento indica el carácter solemne de la misiva: “Roi d’Angleterre et vous duc de Bedford, qui vous êtes Régent du Royaume de France; vous Guillaume Pole, comte de Suffolk, Jean Sire de Talbot, et vous Thomas,

33 Se anticipó con ello a lo que en el siglo XVI sería el ulterior debate sobre el concepto de guerra justa en los humanistas del Renacimiento (Erasmus, Vives).

34 El *livre noir* del Greffier de la Rochelle, las crónicas alemanas de Eberhard Windecke y de Hermann Korner, las crónicas de Orleáns y las actas del proceso.

35 Consta en el *Deuteronomio*, XX, 10: “Cuando te acerques a una ciudad para atacarla, le propondrás la paz”.

36 PERNOD-CLIN, 379.

37 Pudiera ser que el texto transmitido por Gobert Thibault sea un resumen de la primera carta (Colette BEAUNE, *op.cit.*, p. 248).

Sire de Scales, qui vous dites lieutenant dudit de Bedford”. A todos, así como a los gentilhombres y guerreros que estaban ante los muros de Orleáns, insta a que abandonen su empresa y se retiren. Dice que ella, la Doncella enviada por Dios, está dispuesta a hacer la paz si ellos abandonan Francia. A Bedford le intima a no hacerse destruir y le promete “le plus beau fait que jamais fut fait pour la chrétienté”. La carta salió de Blois y fue recibida por Talbot.

Aclárese la identidad de los personajes: El Duque de Bedford era, como ya se ha dicho, Regente de Francia en nombre de su sobrino Enrique VI. Los demás o bien sujetos de diplomacia o bien hombres de guerra. William Pole era un personaje inglés, a la sazón en las huestes en Francia, Conde (Earl) de Suffolk que más adelante se vería implicado en importantes negociaciones diplomáticas<sup>38</sup>. John Talbot, Conde de Shrewsbury (1373-1453), apodado “Aguiles” por los ingleses, Caballero de la Jarretera, habría de comandar el ejército al que Juana infligiría una tremenda derrota en Patay; asimismo es probable que fuese el “caballero John Talbot” que luego desempeñara una misión diplomática en Francia en 1439 y 1442<sup>39</sup>. Thomas, Lord Scales, desempeñaría luego asimismo funciones diplomáticas en Francia en 1438 y 1444.<sup>40</sup>

Hubo una segunda intimación el 30 de abril, ya en pleno asedio de Orleáns, al día siguiente de su llegada, dirigida esta vez a Talbot, en Saint-Laurent. Pero es interesante advertir que aquí el procedimiento de envío de la intimación fue el usado en Diplomacia a menudo en tales casos, a saber, el empleo de heraldos; fueron dos: Guyenne y Ambleville. Merece notarse el título del primero, *Guyenne*. Esa era una de las tierras que el inglés tenía por propias y que los franceses le disputaban. Por ello se ha expresado la opinión<sup>41</sup> de que “c’était en effet une provocation de très mauvais goût que d’envoyer au lieutenant du roi d’Angleterre un héraut dont le nom même rappelait les droits du roi de France sur la Guyenne”. Pero era algo deliberado. (Lo mismo habría de hacer en su tiempo el Emperador Carlos V cuando enviara a Francisco I un heraldo que llevaba el nombre de *Borgoña*, el Ducado que ambos se disputaban).

El texto de esta intimación de Juana nos es conocido por el testimonio de tres burgueses y de Jean Dunois, el llamado Bastardo d’Orleáns. Exigía levantar el asedio y regresar a Inglaterra bajo la amenaza de un gran asalto. Por lo demás es indudable, y ello asevera el carácter diplomático de estas actuaciones de Juana, que el envío de heraldos para una declaración de guerra o para un encuentro

---

38 FERGUSON, *op. cit.*, 161-3, 182.

39 FERGUSON, p. 184. LA CIERVA, 154-5, 181.

40 FERGUSON, *ib.*

41 Colette BEAUNE, *op. cit.*, p. 249.

de caudillos era práctica usual en la Edad Media. Como ya se ha rememorado, Enrique V lo había usado antes de la batalla de Azincourt.

Una tercera intimación se produjo el 5 de mayo. El testimonio es el del capellán Jean Pasquerel, que fue seguramente quien la escribió al dictado de Juana:

“Vous, hommes d’Angleterre, qui n’avez aucun droit au royaume de France, le Roi des Cieux vous avertit et vous mande par moi d’abandonner vos fortins et de rentrer dans votre pays, sinon je vous ferai un grand hahay, dont on se souviendra toujours. Et cela je vous l’écris pour la troisième et dernière fois. Ainsi signé, Jésus, Marie. Jeanne, la pucelle ”.

Y proponía un canje del heraldo por otros prisioneros ingleses capturados en el fuerte Saint-Loup. Esta vez el medio de envío fue más espectacular, concorde a los modos medievales: una flecha de ballesta, portadora del escrito y lanzada al campo inglés.

Déjese apuntado aquí que un homónimo, Walter Pole, fue empleado como Embajador en Roma para urgir la convocatoria del Concilio de Constanza<sup>42</sup>, también a Alemania, al Rey de Romanos Segismundo y al margrave de Baden en 1421<sup>43</sup> y al propio Concilio de Pavía en 1423<sup>44</sup>. Era uno de los prohombres de la Diplomacia inglesa.

El otro citado, el Señor de Glasdale (*Clasidas*) era el capitán inglés que dirigió en Orléans el bastión que asediaba a la ciudad desde *les Tourelles*. Había prometido hacer quemar a la bruja de Lorena en cuanto llegase. Juana, durante el asedio lo intimó a gritos: “¡Clasdas, ríndete al Rey del cielo! (“rends-toi au roi des Cieux”) antes de que descendas a los infiernos!”<sup>45</sup>. La Historia del asedio refiere que seguidamente Glasdale cayó al río Loire y se ahogó; Juana llorando rezó por su alma.<sup>46</sup>

La carta de Juana era un último recurso para salvar la paz. Pero ésta no advino. Los ingleses, como era de prever, no atendieron a la conminación de Juana y ésta ordenó el ataque a los sitiadores de Orleáns. El asedio fue levantado y la ciudad victoriosamente liberada, los ingleses forzados a retirarse. Fue un triunfo de enorme relevancia.

Pero la guerra no había terminado.

No dando entonces por agotada la vía que podríamos llamar diplomática, Juana volvió a intimar a los ingleses por otra carta, fechada el día de la

42 FERGUSON, 16, n 2.

43 *Ib.*, 110, n 3.

44 *Ib.*, 124 n1, también 197, 200, 211 y 217.

45 LA CIERVA, *op. cit.*, 155, 181.

46 CLIN, *op. cit.*, 80.

Ascensión, el 5 de mayo del mismo año de 1429 en la ya liberada ciudad de Orleans. En ella, de texto más breve, pero no menos contundente, escribe: “Vous, Anglais, qui n’avez aucun droit sur ce Royaume de France, le Roi des Cieux vous ordonne et mande par moi, Jeanne la Pucelle, que vous quittiez vos forteresses et retourniez dans votre pays”<sup>47</sup>. Acompañaba a este texto una postdata, que se mencionará más abajo, referente al uso de heraldo, habitual, como ya se ha recordado, en la Diplomacia de la época (*farautes* se llamaban en la España medieval).

El 18 de junio Juana obtuvo un nuevo triunfo en Patay.

Dos días después de esa victoria, hay un nuevo informe, que resulta sustancial, sobre Juana, su persona, sus orígenes y sus proezas. Se debe precisamente de nuevo a un diplomático.

Es Perceval de Boulainvilliers, Consejero y Chambelán del Delfín. Había sido enviado por éste a Milán, al Duque Filippo María Visconti para solicitar su apoyo político<sup>48</sup>. Mencionar al Duque milanés equivale a evocar a un personaje y a una época de la Diplomacia, plena de inquietudes en Italia, manejos sutiles, intrigas inconfesables e indiscutible capacidad maniobrera. Filippo maquinaba proyectos contra Venecia, albergaba rencores con Saboya, negociaba intensamente con Segismundo en vísperas del *Romzug* de éste para su coronación lombarda (la “Corona de Hierro”) en Milán e imperial en Roma<sup>49</sup>. Cuando Bougainvillers, regresado a Francia, escribió al Duque de Milán el 21 de junio de 1429 acerca de los asuntos galos, éstos habían cambiado sustancialmente, gracias a las victoriosas empresas de Juana en aquel año. Y por ello le daba detalles de la *Pucelle*, en parte históricos, en parte también milagreros, sitios en Dom Rémy [sic], lugar del nacimiento de Juana y de sus primeros hechos prodigiosos, que ya se propalaban<sup>50</sup>. Es significativo que ese informe, que tantos datos suministra sobre la vida y la personalidad de Juana sea debido precisamente a un diplomático, excepcional conocedor de las relaciones internacionales de la época, sus usos y hechos.

Y sucedía, en efecto, que los gestos de Juana, conminando a la paz a sus enemigos antes de entrar en batalla contra ellos, encajan sin duda en el lenguaje y en los usos de la Diplomacia. No era simplemente Juana una inspirada guerrera. Se tenía también por autorizada para dirigirse a los monarcas de la época. Así, cuando se aprestaron todos a proceder, bajo los auspicios venturo-

---

47 PERNOUD-CLIN, 380. LA CIERVA, p. 170.

48 Originariamente enviado a Giovanni Maria Visconti, predecesor de Filippo.

49 Lo que tendría efecto dos años más tarde.

50 El texto, en su origen procedente de un archivo de Königsberg, fue publicado por QUICHERAT.

sos de Juana, a la consagración del Delfín Carlos como Rey de Francia en la catedral de Reims, se atrevió ella a dirigirse al principal enemigo, el Duque de Borgoña, Felipe el Bueno, con una carta, remitida en junio de 1429 por medio de un heraldo, para nada menos que convocarlo a asistir al acto en Reims. Por supuesto Felipe no contestó.<sup>51</sup>

El 17 de julio, el Delfín Carlos fue consagrado Rey de Francia en Reims. Era el objetivo de Juana. Ese mismo día Juana escribe una carta importantísima a Felipe el Bueno desde Reims, pidiéndole que haga paces con Carlos.

En ella le pedía que hiciera la paz con el Rey de Francia. El tono es digno, señorial, admirable:

“Hault et redouté Prince, Duc de Bourgogne, Jeanne la Pucelle vous requiert de par le Roi du Ciel, mon droiturier et souverain Seigneur, que le Roi de France et vous fassiez bonne paix ferme, qui dure longuement, pardonnez l’un à l’autre de bon cœur, entièrement, ainsi que doivent faire loyaux chrétiens”.

Y le recordaba su anterior invitación:

“Et a trois semaines que je vous ai envoyé escript et envoyé bonnes lettres par un hérault que fussiez au sacre qui aujourd’hui dimanche XVIIème jour de ce présent mois de juillet ce fait en la cité de Reims, dont je n’ai eu point de réponse ni oui oncques puis nouvelles dudit hérault”.<sup>52</sup>

El texto de la carta se conserva en los archivos de Lille. En la anotación coetánea del fiscal del proceso, Jean Estivet, se comenta lo siguiente: “quant au duc de Bourgogne, elle l’a requis par lettres et par ses ambassadeurs qu’il y eût la paix entre son roi et le duc”. Apréciase, pues, que, incluso teniendo en cuenta que en aquella época se usa del término de embajadores en un sentido amplio, no parece haber duda de que se entendían aquellas gestiones como actos que hoy calificaríamos de diplomáticos.

Su importancia fue grande entonces y en la posteridad. Con razón. Nada menos que Shakespeare, cuya imagen de la Doncella es denigratoria, hace sin embargo, en su drama *Enrique VI* mención de esos gestos, pero, teatralmente los convierte en discursos. Es el que, en boca de la Doncella, dirige ésta al Duque de Borgoña.<sup>53</sup>

---

51 PERNOUD-CLIN, 381

52 PERNOUD-CLIN, 383, CLIN, p. 82-3.

53 Se hace inevitable la tentación de aludir al famoso discurso de Marco Antonio, que Shakespeare colocara en su drama *Julio César* (Julius Caesar, acto III, escena II: discurso de Marco Antonio ante el cadáver de César. Escrito en 1599-1600. Fuente: Plutarco, *Vidas*, trad. por Thomas North, de la traducción francesa de Jacques Amyot. Acaso de otras piezas inglesas sobre el tema).

El discurso del drama *Enrique VI*, puesto en boca de la Doncella y dirigido al Duque de Borgoña es más breve, pero asaz elocuente también<sup>54</sup>. Juana frente a los borgoñones sugiere buenas razones para persuadirlos:

“By fair persuasions, mix’d with sug’red words,  
we will entice the Duke of Burgundy  
to leave the Talbot and to follow us”.<sup>55</sup>

Luego se dirige al Duque en bellos y vibrantes versos (vºs 44 ss):

“Look on thy country, look on fertile France,  
And see the cities and the towns defac’d  
By wasting ruin of the cruel foe”.

Le insta, pues, a mirar su país, la fértil Francia y las ciudades y villas destruidas. “Mira –le dice– las heridas de Francia... Vuelve a otro lado tu espada. Una gota de sangre derramada de tu país, debe moverte más que torrentes de sangre extranjera”. Y en palabras de Shakespeare, el Duque comenta: “O me ha hechizado con sus palabras o la naturaleza me ha enternecido de repente”. En el texto shakespeariano ella continúa: y al final, después de que ella le diga “mira que luchas contra tus compatriotas y te alías con sus verdugos, vuelve a nosotros, Señor, porque Carlos y los demás te estrecharán en sus brazos”, el Duque confiesa: “estoy vencido. Estas palabras son como un cañonazo y casi me hacen caer de rodillas. Perdóneme Patria y compatriotas y aceptad mi abrazo”. Como colofón de todo ello, en la escena, el Duque de Alençon proclama: “La Doncella ha desempeñado bravamente su papel y merece una diadema de oro”.

No habrá sido del todo impropio esta evocación de la versión que el gran dramaturgo inglés hace de aquellos hechos. Si se la desprovee del aparato teatral del diálogo personal, acaso los términos y las consecuencias de aquella carta estén bien reflejados en su patética influencia en los sucesos.

Juana se entrevistó con el Delfín y asistió en Reims a su coronación como Carlos VII de Francia. Como acaba de citarse, quiso contar, en vano, con la presencia en Reims de Felipe de Borgoña. Pero además, resulta que las “voces” que siempre alegó que la inspiraban de lo alto le habían profetizado que tendría una entrevista personal con el monarca inglés, Enrique VI<sup>56</sup>, niño de corta edad a la sazón (había nacido en 1421).

---

54 *King Henry VI*, first part, acto III, escena III: discurso de Juana de Arco ante el Duque de Borgoña. Escrito en 1589-1590. Estrenado en 3-III-1592. Fuentes: Holinshed, *Chronicles*. Algunos aspectos tal vez de Edward Halle, *Chronicles* y de Robert Fabyan, *New Chronicles of England and of France*, y Richard Grafton, *Chronicle*.

55 Acto I, escena II.

56 SCOTT, *op. cit.*, p. 117.

¿Qué decir de todo ello? Está, por supuesto, fuera de duda que las supuestas y alegadas visiones de Juana de Arco y los hechos que las inspiraron influyeron decisivamente en el desarrollo de sucesos tan importantes como las derrotas inglesas de aquel período final de la Guerra de los Cien Años. Hay una vinculación, por sorprendente que hoy nos resulte, entre presuntas visiones espirituales y reales hechos políticos, piénsese lo que se quiera de las primeras.

En cuanto a los segundos, no cabe duda de que hubo un evidente aprovechamiento para obtener tangibles resultados. Una interpretación de ello, por cierto muy sutilmente formulada, es la debida a Eneas Silvio Piccolomini, en su colosal obra descriptiva de Europa; allí no se atreve a pronunciarse acerca del carácter divino o humano de la obra y de la personalidad de Juana y sólo se admira del éxito de sus proezas contra los ingleses.<sup>57</sup>

Eneas Silvio, si bien no había participado personalmente en aquellos trascendentales sucesos, tuvo ocasión de conocer testimonios referentes a ellos. Su innegable perspicacia, añadida a su presencia en el Congreso de paz de Arras con el Cardenal Albergati y más tarde en las deliberaciones del ulterior Concilio de Basilea, cuyos sucesos describió puntualmente en sus famosos Comentarios<sup>58</sup>, le consintió conocer allí a personas, asimismo implicadas primero en la conferencia de paz y luego en la asamblea conciliar y que en su día —recientemente— habían actuado en los interrogatorios de Juana, incluso en su condena, durante el ominoso proceso de Rouan. Eso permitiría al sagaz Eneas Silvio hacerse una idea equilibrada de los hechos. Más tarde se aludirá a aquellas personas.<sup>59</sup>

Por lo demás, las entrevistas con los monarcas, las *Vistas Reales*, como se decía en la España de entonces, eran un frecuente recurso de la Diplomacia<sup>60</sup>. Juana hubiera querido propiciar una entre Carlos VII y el Duque de Borgoña, que no tuvo efecto. No es de extrañar que deseara (o imaginara) su propia entrevista con el monarca inglés. Hubiera sido una de esas Vistas que la Historia de entones gusta de rememorar con notables caracteres.

En ese momento de la guerra, la Diplomacia también anda envuelta en los sucesos.

---

57 “Nostra aetate Ioanna virgo Lothoringensis divinitas (**ut credunt**) admonita, virilibus indumentis et armis induta, Gallicas ducens acies, ex Anglorum manibus magna ex parte (**mirabile dictu**) prima inter primos pugnans victoriam eripuit”. (En *Historiam rerum ubique gestarum locorumque descriptio*, Europa, cap. XLIII, *Opera*, ed. Basilea 1551, f. 440 d).

58 *De Gestis Concilii Basiliensis Commetariorum libri*. (1439-40). En *Opera* cit., ff. 1-61.

59 Tomás de Courcelles, Jean Beaupère, Nicolás Loiseleur. *Vide infra*.

60 *Vide* la referencia a Vistas anteriores *supra*.

Entre los personajes que de ella se ocupaban, es claro que Juana contó para sus increíbles empresas con amigos y enemigos en el entorno de su amo y favorecido Carlos VII. Es, pues, un hecho comprobable que, para lograr sus referidos propósitos, Juana hubo de abrirse paso, en la Francia en guerra, en medio de conspiraciones y conjuras políticas, en medio del entramado diplomático antes aludido. En esa compleja atmósfera, contó con favorecedores y con enemigos de su causa.

Personajes adictos a Juana de Arco fueron Robert de Baudricourt, capitán fiel al Rey de Francia, el ya citado Jean de Metz y Bertrand de Poulengy, que acompañaron a Juana a Chinon, para su primera entrevista con el Delfín. Jean Duque de Alençon, que también apoyó a Juana, estuvo prisionero en Inglaterra. Hay un relato suyo del encuentro con Juana, mientras ésta hablaba con el Rey.

Pero más ponderosos y poderosos fueron sus enemigos. Y ahí precisamente se muestra la opuesta dicotomía entre las ideas de Juana, que propugnaba la guerra, y la Diplomacia francesa, que prefería un acuerdo negociado, en medio de la descrita maraña internacional. De ahí que precisamente fueran enemigos de Juana en la propia Corte de Carlos sobre todo los consejeros políticos y diplomáticos de éste, el Gran Chambelán Georges La Tremoille y Regnault de Chartres, los cuales aconsejaban al Rey negociar treguas con los borgoñones, contra la opinión combativa de Juana.

Coincide la historiografía en identificarlos: “Regnault de Chartres et La Tremoille, défenseurs de la signature de trêves et personnages très influents sur Charles VII, étaient sans doute les pires ennemis de Jeanne”<sup>61</sup>. “La Tremoille, jaloux de Jeanne, n’avait d’autre objectif que de contrecarrer ses projets militaires, à quoi il ne réussit que trop”<sup>62</sup>. De Regnault de Chartres, Arzobispo de Reims, dice Léon Bbloy que no era más “qu’un sceptique envieux et un mauvais prêtre”.<sup>63</sup>

A éstos se unen naturalmente aquellos que eran a la vez enemigos a la causa del Rey de Francia y de Juana. Ahí está por supuesto el Duque de Bedford, quien se dice Regente de Francia y ejerce el poder para su sobrino el joven Enrique, Rey de Inglaterra. Pero también están, como luego se verá, Jean de Luxembourg<sup>64</sup>, el Obispo Pierre Cauchon de Sommièvre, Gran Limosnero de Francia<sup>65</sup>, y Louis de Luxembourg.<sup>66</sup>

---

61 CLIN, p. 60.

62 CALMETTE, p. 200.

63 *Ibidem*, p. 189.

64 *Ibidem*, p. 119, 185 y *passim*.

65 *Ibidem*, pp. 111, 185, 418. 301, 334 FERGUSON, p. 179.

66 FERGUSON, p. 181.



## LA DIPLOMACIA CONTRA JUANA

Mas es preciso señalar otra intromisión de elementos de diplomacia. En medio de aquella vorágine de sucesos constituida por las resonantes victorias de Juana de Arco, actuaba un importante enemigo de sus empresas y propósitos: precisamente la Diplomacia. Antes de acabar el verano de 1429, en septiembre, Juana disponía el asedio de París, frente a cuyos muros fue herida. Nada la hubiera detenido. Sin embargo, Carlos decidió otra cosa. La diplomacia se interpuso con los designios de Juana.

El motivo era que Felipe de Borgoña se había indispuerto con los ingleses y retirado sus tropas de París. En consecuencia, el 10 de septiembre, Carlos dio orden de suspender el asedio de la capital. Ello se hizo con gran disgusto de Juana. Seguidamente se iniciaron tratos entre los borgoñones y los hombres de Carlos en Arras. Las armas cedían a la Diplomacia. Juana seguramente vería en ello una cesión y un lamentable retroceso en sus planes. Las negociaciones de Carlos VII entonces con los borgoñones fueron mal vistas por Juana, pero ella misma confesó a los habitantes de Reims que el honor del Rey residía ante todo en la obediencia de sus súbditos.

Así pues, sucedía que Carlos, una vez obtenido los éxitos, abandonó a Juana, prefiriendo sus tratos políticos<sup>67</sup>. No era un hecho insólito en aquellos días de general ambigüedad.

Por cierto, una muestra de la duplicidad y los manejos bélico-políticos de ese momento, lo ofreció el Obispo de Winchester, Henry Beaufort. Simuló éste reclutar un poderoso ejército para una Cruzada contra los husitas en Bohemia, que se enfrentaban a Segismundo, pero, una vez reclutado en Inglaterra, lo empleó en la guerra en Francia, solicitando a cambio una participación en aquel gobierno. Fue más allá. Junto con Hughes de Lannoy y Juan de Luxemburgo, entró en tratos con los borgoñones y propuso una conferencia de paz para el año siguiente en Auxerre.

Recuérdese cómo, ya después de la victoria de Orléans, Carlos, siguiendo el parecer de sus consejeros, deseaba negociar, y cómo Juana entonces lo había convencido personalmente de que se dirigiera inmediatamente a Reims para hacerse coronar<sup>68</sup>. Pero después de la coronación, Carlos quería entrar en vías de diplomacia y no de guerra<sup>69</sup>. Aspiraba a lograr la ruptura de la alianza

---

67 “Charles ira demander le succès aux menées clandestines, à l'intrigue basse, au lieu de réclamer ses droits à la face du ciel et les armes à la main, appuyé sur l'envoyé de Dieu” BLOY, p. 188 s.

68 CLIN, p. 58.

69 La Crónica de Morosini cita una carta de Carlos VII al Papa Martín V poco antes de su coronación en Reims, (PERNOUD, Régine, *La libération d'Orléans*, p. 177).

entre Bedford y Felipe el Bueno, como le aconsejaban Georges La Tremoille y Regnault de Chartres.

Se sugería en todas partes poner fin a la contienda.

Por doquiera se iban abriendo perspectivas e iniciativas de paz. Como “árbitro de la situación” se presentaba el Duque de Borgoña Felipe el Bueno, cuyo poder se incrementaba a la vez que su capacidad de acción diplomática<sup>70</sup>. Una embajada francesa, encabezada por el Arzobispo de Reims, Regnault de Chartres, consejero del Rey, a quien inclinaba a las treguas, acudió ante Felipe con propuestas de paz. Incluso ofrecía reparaciones por el ya bien pasado asesinato de Juan Sin Miedo. Los ingleses, por su parte, enviaron asimismo a Felipe una embajada, a cuyo frente iba Hughes de Lannoy (borgoñón al servicio del Rey de Inglaterra). Felipe cautamente sugería una conferencia de paz. Se perfilaba la figura de un mediador, el Duque Amadeo VIII de Saboya<sup>71</sup>, quien, en subsiguientes conferencias en Bourg-en-Bresse (1422), Chambéry (1424) y Montuel (1425) ya había gestionado un plan de acuerdo franco-borgoñón.

También desde España había habido movimientos de paz. En 1429, Juan II de Castilla y el Condestable Álvaro de Luna habían mandado a un mercader, Sancho Ezquerro, para la paz con Flandes, la Hansa, Bretaña e Inglaterra<sup>72</sup>. Y en 1430 un Embajador inglés (Maese Juan) Amezcuita, “natural de Guipúzcoa, que tenía asentamiento en Inglaterra e habíase por natural de aquel Reino”, venía proponiendo alianza inglesa. Juan II envió en respuesta a Don Sancho de Rojas, Obispo de Astorga, Don Pero Carrillo de Toledo, copero mayor, y al dominico Fray Juan del Corral<sup>73</sup>. También fue comisionado de nuevo Maese Juan de Amazquita. Los ingleses aspiraban a ampliar el campo de sus aliados en Europa. Por parte borgoñona, Hughes de Lannoy había aconsejado despachar embajadas a los Reyes de Castilla, de Aragón, de Portugal, de Escocia, al Duque de Milán y al de Lorena, para ganarlos como aliados y separarlos de la posible alianza francesa, “des alliéés où les ennemis ont très grande espérance et dont ils se vantent très fort”<sup>74</sup>. Por entonces, actuaba un importante Embajador borgoñón: Juan de Luxemburgo, que había de representar más tarde un funesto papel en la vida de Juana de Arco.<sup>75</sup>

---

70 PERNOUD-CLIN, 118 ss.

71 Cuya importancia era creciente. En 1415 había obtenido el título ducal para el hasta entonces conde de Saboya en ceremonia en el castillo de Chambéry por el Rey de Romanos Segismundo. (En 1439 Amadeo habría de ser elegido Papa —Félix V— por el Cisma promovido en el Concilio de Basilea).

72 SUÁREZ, *Historia de España*, dir. por M. Pidal, vol. XV.

73 Crónica de Lorenzo Galíndez de Carvajal, BAE, p. 481-2, año 1430.

74 PERNOUD-CLIN, 121.

75 “Habille et aventurier capitaine au service de Bourgogne...Un dur ferrailleur, mieux pourvu d’aïeux que de scrupules, vendra un jour la Pucelle”. (CALMETTE, 185). *Vide infra*.

Naturalmente, los planes de paz que se iban urdiendo inquietaban a muchos franceses que veían peligrar las conquistas realizadas. E inquietaban asimismo a Juana quien por entonces escribía a los habitantes de Reims el 5 de agosto de 1429 estas significativas palabras: “Il est vrai que le roi a fait trêve au le duc de Bourgogne quinze jours durant. Combien que des trêves qui sont aussi faites je ne sois pas contente, et ne sais si je les tiendrai. Mais si je les tiens ce sera seulement pour garder l’honneur du roi”<sup>76</sup>. En esas frases se observa como en ningunas otras la posición de Juana, hostil a unas treguas que echaban por tierra su trabajo en la guerra de liberación de Francia contra ingleses y borgoñones. Estimaba que las treguas debían ser observadas, sólo si no iban contra el honor del Rey.

El Duque de Borgoña Felipe el Bueno cuidaba sus acciones, de un lado obteniendo ventajas de la alianza con los ingleses; de otra, propugnando treguas con Francia. Todo ello en un plan diplomático de gran envergadura, con sus tentáculos europeos. Fue por entonces cuando Felipe fundó la Orden del Toisón de Oro, como rival de la Jarretiera inglesa, que Felipe había siempre rehusado recibir<sup>77</sup>. Sus alianzas se extendían al Suroeste europeo: había casado con Isabel, hija de Juan I de Portugal, el 8 de enero de 1429.

En ese contexto se hallan las treguas firmadas por Carlos VII con Felipe. Juana había querido conquistar París, pero Carlos había acabado con sus planes guerrosos, al dar órdenes de levantar el asedio y disolver el ejército. El astuto Felipe el Bueno aspiraba a un acuerdo con Carlos, para lo que sondeó a La Tremoille mediante enviados que le remitió. Juana estaba en contra de eso; quería seguir combatiendo, pero el Rey dio la razón a sus consejeros. Regnault de Chartres firmó nuevas treguas<sup>78</sup>. Es evidente que Juana obstaculizaba con sus proyectos guerrosos los planes de tregua que albergaba su amo el Rey. Y éste, movido por sus consejeros y por las insinuaciones de Felipe el Bueno, representaba una rémora para la actividad bélica que aún propugnaba Juana.

Los planes de ésta iban más allá de cuestiones inmediatas. Aspiraba incluso, en una amplitud de miras que no puede sino sorprender, a implicarse incluso en el conflicto husita. Se conserva una carta suya (aunque desprovista de firma, debida a su secretario y confesor Pasquerel) de 23 de marzo de 1430 en Sully-sur-Loire. Es una carta latina, traducida luego al alemán, en la que conmina a los husitas a abjurar de sus errores heréticos y retornar a la verdadera fe cristiana y manifiesta que, si no estuviera ocupada en la guerra de Francia,

---

76 PERNOUD-CLIN, 119.

77 CALMETTE, 203 s.

78 CLIN, p. 58 s.

iría a Bohemia a poner fin a su herejía<sup>79</sup>. Puede conectarse ese escrito con las gestiones diplomáticas que por entonces estaba manteniendo Carlos VII con Segismundo y con Federico de Austria<sup>80</sup>. Pero esa carta se escribía sólo dos meses antes de la catástrofe que amenazaba a Juana.

Se enfrentaba Juana a una conspiración de la diplomacia cortesana que la repudiaba. Ella era ante todo una exaltada conductora de empresas militares. Parecen haberla repugnado las deliberaciones políticas. Dijo al Delfín: “Ne tenez pas davantage de si interminables conseils, mais venez au plus vite pour prendre votre digne sacre”. Y también: “Vous avez été à votre conseil, j’ai été au mien”<sup>81</sup>. Pero las nuevas circunstancias, las nuevas conveniencias actuaban en su contra.

El 16 de abril de 1430 había expirado la tregua y las tropas borgoñonas volvieron al ataque, escogiendo para ello la ciudad de Compiègne. Es como se ha visto un año de embajadas. Hay la de Regnault de Chartres, Arzobispo de Reims, de Carlos a Felipe el Bueno con propuestas e paz y de reconciliación, y de Hughes de Lannoy de Inglaterra a Felipe. Por parte de Inglaterra se acreditó en Francia a Richard Nevill, Conde de Salisbury. También de Castilla, como se ha mencionado; acudieron a Inglaterra en nombre de Juan II Fernando Manuel de Lando, el Obispo de Astorga, Sancho de Rojas, Alfonso de Burgos y el copero del Rey, Pedro Carrillo, mientras de Inglaterra llegaron a Castilla para negociar treguas el Obispo de Norwich, William Alnwick, junto con Ralph Lord Cromwell y el jurista William Lyndwood<sup>82</sup>. De Aragón fueron a Bayona a negociar con los ingleses tres avezados diplomáticos de Alfonso V: el Vicecanciller Jaume Pellegrí, el camarlengo y tesorero Mateu Pujades y el mayordomo real Luis de Falces<sup>83</sup>. A Bayona para lo mismo llegó de Navarra el heraldo *Bonnefoi*. En ese año negoció con los ingleses en nombre de Navarra Gracián de Montreal. Es por lo demás el año de la boda portuguesa de Felipe el Bueno y la fundación del Toisón de Oro. Año, pues, de actividad diplomática, sobre todo para negociar paces que precisamente a Juana no habrían de complacer.

Pero para ella sucedió en ese año cosa mucho más grave. Es entonces cuando, entre tanto, algo atroz iba a ocurrirle. El 24 de mayo de 1430 Juana cayó prisionera de los borgoñones en una escaramuza ante Compiègne, ciudad que ella había acudido a defender.

---

79 PERNOUD-CLIN, 387.

80 PERNOUD-CLIN, p. 134.

81 Transcrito en BLOY.

82 Estos dos últimos representarían más tarde a Inglaterra en el Congreso de paz de Arras en 1435.

83 Éste, Embajador también que fue a Felipe de Borgoña y a Blanca de Navarra.

## CARACTERES DE LA DIPLOMACIA DE JUANA DE ARCO

De todo lo dicho hasta aquí, debiera desprenderse la actividad diplomática de Juana. Ésta viene aseverada por el citado hecho de sus intimaciones solemnes a los Príncipes (el Rey de Inglaterra, su Regente y el Duque de Borgoña), gestos que eran citados como acciones por “cartas y por embajadas”. La persona de Juana era famosa entre los gobernantes europeos. Menciónese en este contexto que el Condestable Don Álvaro de Luna parece haberse jactado de poseer una carta de Juana dirigida a él<sup>84</sup>. Y otra información viene a interferir con su tentación de improbable certeza. Parece constar que hubo una carta de Juana al Rey de Navarra en 1429, citada en una *Table des Archives du Parlement* guardada en la Biblioteca Nacional que París, que menciona Quicherat, pero que no ha sido nunca hallada. En 8 de septiembre de 1425 murió Carlos III el Noble. Le sucedieron en Navarra su hija Blanca de Evreux y Juan de Aragón. ¿A quién iría dirigida la carta? Ha habido pesquisas.

Consta además que, para todo ello, se sirvió Juana de un medio que, en la época, era usado normalmente en los canales diplomáticos: los heraldos. Como ya se ha referido aquí, Juana disponía de al menos dos heraldos, que el Rey Carlos le dio: Guyenne y Ambleville. El primero fue retenido prisionero de los ingleses, contra todos los usos diplomáticos que hacían a los heraldos inmunes. Eso sucedió después de la batalla del asedio de Orléans. Por eso, Juana protestó: “Moi je vous aurais envoyé mes lettres honnêtement, mais vous, vous détenez mes messagers, car vous avez retenu mon hérault, nommé Guyenne”<sup>85</sup>.

Además, como se ha visto, fue por un heraldo como invitó Juana a Felipe de Borgoña a acudir a Reims, al *sacre* del Delfín.<sup>86</sup>

Dispondría Juana asimismo de su propio equipo, en el que figuraba un activo secretario, un fraile franciscano, *frère* Pasquerel<sup>87</sup>. También conocía un medio usado en la correspondencia secreta, el empleo de signos en las cartas, para disimular mensajes.<sup>88</sup>

Pero además, ella misma recibía mensajeros de los Príncipes (el derecho de legación pasivo que diríamos hoy). Eberhard Windecken, tesorero de Segismundo, cita una embajada del Duque de Bretaña a Juana de Arco<sup>89</sup>. En efecto,

---

84 *Vide infra* sobre ello.

85 PernoUD-CLIN, 380, CLIN, p. 74). (Recuérdese que, con el tiempo, en el siglo XVI, el Emperador Carlos V recibiría un heraldo francés del mismo título).

86 PernoUD-CLIN, 381.

87 CLIN, p. 74.

88 SENZIG/GAY, p. 100.

89 PernoUD, Régine, *La libération d'Orléans*, p. 174, CLIN, 121.

Juan VI de Bretaña se dirigió a Juana de Arco en una embajada, formada, perfectamente al uso medieval, por su confesor, fray Yves Milbeau, y el heraldo Hermine, y que ha sido confirmada por documentos de la Cámara de Cuentas de Nantes. Juan VI, en el llamado “sagaz equilibrio” de su política exterior, que más bien podría llamarse punible versatilidad, jugó a veces la carta favorable a Juana, otras veces dejó simplemente combatir a sus gentes a su favor, pero también jugó negativamente para él la causa de Juana, en cuanto ésta pudo considerarse propugnadora de la unidad de Francia bajo su soberano Carlos VII, lo que evidentemente chocaba con los intereses particularistas de un Estado tan celoso de su identidad como era el Ducado de Bretaña.

En todo este contexto de los movimientos de Juana en el conjunto de los sucesos de Francia, políticos, militares y diplomáticos, una pregunta cabría formular. ¿Cuál es el papel de Juana en las relaciones políticas de Francia y en la propia Francia? Está claro que, en aquel tiempo, no hay idea de Estado. Juana no propugnaba una política del Estado, sino del Reino de Francia. Por supuesto, Juana no podía tener una idea nacional de Francia, que sería anacrónico además atribuirle. Para ella lo que contaba era —como un historiador ha escrito— un “sagrado dinasticismo”<sup>90</sup>. A lo que aspiraba era a defender la causa del heredero legítimo del Reino, el Delfín Carlos. Sí quería ver a Francia liberada de los ingleses, pero la misma “Francia” es un concepto difuso.

Puesto que la acción de Juana se mueve entre la llamada a la paz y la dedicación a la guerra, cabe también preguntarse si ella fue fautora de una o de otra. ¿Fue diplomática creadora de paz o belicosa instigadora de guerra? En el ulterior enjuiciamiento hay cabida para las dos parciales interpretaciones.

En los coetáneos (y ditirámicos) poemas de Christine de Pisan<sup>91</sup> se la tiene por “la mamelle de paix et douce nourriture”. Pero en los capítulos 8 y 46 del proceso se le reprocha la efusión de sangre. Por su parte, en ese proceso Juana declaró que ella “jamais n’avait vu sang des français que les cheveux ne se levassent sur la tête”<sup>92</sup>.

Ahora bien, de lo que nunca dudó en blasonar fue de su presencia guerrera. En un registro de sucesos de París, a cargo de Clément de Fauquembergue, se lee para el 10 de mayo de 1429: “une pucelle seule portant bannière avait levé le siège de la ville d’Orléans”<sup>93</sup>. Y dibuja el primer retrato que tenemos de Juana. Y hay otras menciones parecidas en las fuentes contemporáneas.<sup>94</sup>

90 WOOD, *op. cit.*

91 *Le ditie de Jeanne d’Arc*, CLIN, 119 s.

92 CLIN, p. 81.

93 Cit *apud* Marie-Véronique CLIN, *Jeanne d’Arc*, p.41. Colette BEAUNE, *Jeanne d’Arc*, p. 223.

94 Colette BEAUNE, *Jeanne d’Arc*, p. 223.

Quizá pudiera, sin embargo alegarse que llevar un estandarte no es ser un guerrero. Juana sería solo *vexillifera*<sup>95</sup>, por más que ella proclamase efectivamente “je suis chef de guerre”<sup>96</sup> Por cierto que es sabido que para la Historia de la Heráldica o de la Vexilología es importante el estandarte que llevó Juana en sus campañas y que, si no lo conocemos por ninguna imagen, sí lo podemos deducir de relatos contemporáneos o de las propias declaraciones que ella hizo para describirlo delante de sus jueces.<sup>97</sup>

Pues bien, eso ha dado lugar a una frase de Juana, que podía ser un axioma o expresión de la verdadera Diplomacia. En el interrogatorio del proceso, el día 27 de febrero de 1431, le fue preguntado a Juana si prefería la bandera o la espada. Y respondió:

“Cuarenta veces prefiero la bandera a la espada”.<sup>98</sup>

Sea de ello lo que fuere o se conviniera en deducir, si Juana era deseosa de paz antes que de sus éxitos militares, después deseaba proseguir la guerra, puesto que los enemigos no aceptaron sus intimaciones. Las decisiones sin embargo habían de cambiar entonces, como ya se ha referido en la dirección de la guerra y la política, en contra de lo que se manifestaba ser la voluntad de Juana.

## JUANA DE ARCO Y LA LENGUA DIPLOMÁTICA

Al aludir a Juana de Arco como inmersa en la actividad diplomática de su tiempo y de su obra, convendrá hacer un inciso sobre los modos diplomáticos.

Ya se citó el uso de heraldos por Juana, conforme a los usos diplomáticos de la época.

¿Y la lengua? Es ésta precisamente un instrumento en el uso de la actividad diplomática de todos los tiempos, modo de conversación o de persuasión, en que radica toda negociación.

Juana hablaba un dialecto lorenés, como se aprecia en sus cartas y documentos y en las transcripciones del proceso. Allí decía “en nom Dé”, en vez de “en nom de Dieu”, etc. Pronunciaba como “ch” las “j” y las “y”.

---

95 *Ibidem*, p. 224

96 Carta a los ingleses, 22-III. 1429.

97 Campo sembrado de lises, un mundo con ángel a cada lado, con la expresión “Jesus Maria” a un lado. Existen otras versiones parecidas. *Vide* John R.B. SZALA, “Joan of Arc’s standard”, en *The Flag Bulletin*, (1972), XI, 4, Winchester, Mass., pp. 418-424.

98 “Quarante fois à l’épée”. Colette BEAUNE, *Jeanne d’Arc*, p.224, SZALA, p. 420. DUBY, Georges y André, *Los procesos de Juana de Arco*, p. 44.

Pero ha de tenerse en cuenta que por entonces las lenguas distaban aún de gozar de fijeza. Dese luego no lo estaban en territorio francés. La lengua d'oïl de la Corte y de la Isla de Francia se iba imponiendo, pero subsistían formas regionales. En los documentos diplomáticos franceses era la predominante, así como el latín. Los ingleses también evolucionaban su propia lengua, aunque la nobleza hablaba francés. Enrique V había dispuesto se tradujese al inglés el Tratado de Troyes. El Obispo Cauchon gustaba de expresarse en inglés por adulación hacia los ingleses.<sup>99</sup>

Sirva un ejemplo de Gante, año de 1430. Se refiere a los miembros del país de Flandes y sus conversaciones con los embajadores del Rey de España, cuyos Tratados fueron juzgados por aquéllos “capcieux et deceptifs du coté de l'Espagne”; las credenciales a causa de estar “faites en papier et en langaige de Castille, devoient etre refaites en parchemin en langaige latin ou en franchois”.<sup>100</sup>

Cuando capciosamente, en el curso del proceso, sus jueves preguntaron a Juana en qué lengua le hablaban las santas que se le habían aparecido en sus visiones, ella valerosamente respondió que hablaban mejor que todos los que la juzgaban.

En las actas del proceso, se mezclan numerosas expresiones francesas y latinas. No parece que Juana dejara de entender cuanto allí se la decía.

## EL FIN DE JUANA Y SUS CONSECUENCIAS

En el desastroso final de Juana, es decir, su prendimiento, su incriminación, su proceso ante un tribunal eclesiástico pro-inglés, su condena y ejecución, pueden distinguirse cuatro posibles cauces de comentario, en relación con las implicaciones diplomáticas que aquí se aspira a considerar.

En primer lugar, la ventaja que para los aliados representó la oportuna captura de Juana de Arco.

De otro lado, el ulterior desarrollo diplomático de Carlos VII en relación con los ingleses, una vez desaparecido el obstáculo en que la belicosidad y decisión de Juana se había convertido últimamente.

En tercer lugar, la actuación en la prisión de Juana de un personaje que había ejercido un importante papel en la Diplomacia: el citado Juan de Luxemburgo. Su papel en el suplicio de Juana es bien reprochable. Y también de otros personajes que intervinieron.

---

99 PERNOD-CLIN, p. 330.

100 Eran tratos de comercio “handelsbetrekkingen met Spanje en England”. *Handelingen van de Leden en van den Staten van Vlaanderen. Regering van Philips de Goude, 10-Ix-1419-15-VII-1467*. Bruselas, Académie Royale de Belgique, 1990, I, 488 s.



En cuarto lugar, los ominosos sucesos del fin del proceso y las implicaciones diplomáticas de las personas.

Tal vez, una quinta referencia: a la condena de Juana por un tribunal eclesiástico, siguió (casi coincidente en los días) la apertura de una magna asamblea religiosa en Basilea.

Y por último, la consecuencia. La paz general.

En cuanto a lo primero, el provecho sacado por los borgoñones con la captura de Juana tuvo también sus tintes diplomáticos<sup>101</sup>. Cuando Felipe el Bueno comunicó a Amadeo VIII de Saboya la prisión de Juana, mediante carta desde Venette-lès-Compiègne, que Amadeo recibió en Thonon, daba cuenta entusiasta del hecho de la captura de la Doncella. Es probable que Amadeo celebrase la captura, como un medio de obtener la paz.<sup>102</sup>

En cuanto a lo segundo, en 1431, Felipe ya comprendió que tenía que inclinarse a Francia. Incluso su Canciller, Nicolas Rolin, que había sido muy pro inglés, lo impulsaba a ello. El camino hacia la paz era ya viable. Desembocaría en los acuerdos de Arras<sup>103</sup>. La Crónica castellana de Galíndez de Carvajal se hace eco en 1433, “De las paces entre Carlos VII y Felipe de Borgoña, hechas bajo los auspicios de Isabel, Duquesa de Borgoña, hija del Rey de Portugal, y de cómo el Rey de Inglaterra protestó por medio de la embajada del Conde de Suffolk.”<sup>104</sup>

En cuanto a lo tercero: Juana se había rendido entregando su espada al bastardo Lionel de Wamdonne, quien la encerró en el castillo de Beaurevoir y la entregó seguidamente a su jefe militar, Juan de Luxemburgo, el cual, satisfecho de lo conseguido, cuando tuvo en sus manos a la prisionera, se apresuró a comunicarlo primero al Duque Felipe en Coudon y luego en todas direcciones, mediante cartas y mensajeros, pregonando así a los cuatro vientos el hecho. De la entrevista que hubo lugar entre el Duque y la cautiva no se conservan datos, aunque el cronista Monstrelet estuvo presente. Hubieran podido ser de ingente interés y trascendencia. Sería la Vista que Juana hubiera querido tener en Reims, en ocasión de la consagración del delfín.

---

101 “En el puente de Compiègne cayó en manos de los ingleses y los *Te Deum* que se cantaron y las luminarias que se encendieron demostraron cuán temible les era Juana y cuán llenos estaban de ira y de humillación” (César CANTÚ, *Historia Universal*, ed-española, IV, p. 347).

102 Maria José di SAVOIA, *Amedeo VIII di Savoia*, Verona, Mondadori, 1965, I, p. 386-7.

103 *Vide infra*.

104 Puede verse sobre todo ello la Crónica de Lorenzo Galíndez de Carvajal, pp. 513-4. Para las embajadas de Castilla a Borgoña, Inglaterra y Francia puede verse asimismo OCHOA BRUN, *Historia de la Diplomacia Española*, I, pp. 253-4. Fue por cierto la época del famoso Paso de Quiñones.

Se sabe también que Juana fue después visitada por la tía de Juan, Juana de Luxemburgo, madrina que había sido de Carlos VII, y su propia esposa, Jeanne de Béthune, movidas seguramente por una mezcla de curiosidad, compasión y admiración. Parece incluso que Juana de Luxemburgo había instado a su sobrino a no entregar la Doncella a los ingleses. En todo caso, los tratos que siguieron fueron los postreros en que la Diplomacia tuvo que ver con la vida de Juana de Arco. Un acuerdo ominoso entre Juan de Luxemburgo, Felipe el Bueno y Bedford acabó por entregar a Juana a los ingleses, mediante la suma de diez mil escudos de oro.

A ello siguió el calvario de Juana, sometida a un proceso inicuo. El siniestro personaje que fue el presidente del tribunal inquisitorial que la juzgó y que dejó para siempre ligado su nombre a aquella ignominia fue el Obispo Pierre Cauchon (*nomen est omen*), expulsado de su sede de Beauvais, luego vanamente pretendiente al arzobispado de Rouen y confinado en la más modesta sede episcopal de Lisieux<sup>105</sup>. A él parece haber increpado Juana: “évêque, je meurs pour vous”. Cauchon había estado vinculado a la Diplomacia, en cuanto que fue Embajador en 1407 en las negociaciones para poner fin al Cisma de Avignon, y lo volvió a estar más tarde, cuando fue Embajador de Enrique VI ante los franceses en 1433 y luego ante el Concilio de Basilea en 1435<sup>106</sup>. Asistiría a la coronación de Enrique VI en París el 16 de diciembre de 1431.

Otro diplomático de la época tuvo que ver con el final de Juana, pero éste en manera positiva, fue Jacques Gélú, Arzobispo de Tours. Carlos VI lo había enviado como su Embajador al Concilio de Constanza donde había cooperado en los tratos para hacer renunciar a Benedicto XIII a la tiara y para ello actuó también en las negociaciones diplomáticas de Perpiñán con Fernando de Aragón y el Rey de Romanos Segismundo. En el Concilio fue candidato a la tiara, si bien fue el cardenal Colonna el elegido como Papa Martín V. Gélú fue Arzobispo d’Embrun en 1427 y fue un eximio eclesiástico erudito que, si bien al comienzo había mostrado poca confianza en Juana, luego quedó admirado de ella y recomendó vivamente a Carlos VII que le diera crédito. Escribió un tratado en su defensa. Infructuosamente. Gélú murió pocos meses después que Juana.<sup>107</sup>

Al fin del proceso, como es sabido y queda fuera del lugar de estas consideraciones, relajada al brazo secular por el tribunal eclesiástico que la juzgó, Juana fue quemada viva en Rouen, en la plaza del Vieux Marché el 30 de mayo de 1431.

---

105 Por bula de 29-I-1432.

106 PERNOUD-CLIN, 299-301.

107 *Ibidem*, 305-7. *Vide infra* sobre él. Un resumen biográfico en PERNOUD-CLIN, 299-305 y en PERNOUD, *La reconquête de la France*, pp. 33 ss.

Pocos días después, el 7 de junio, se adoptó por parte inglesa y en relación con la difunta Juana de Arco una decisión diplomática de amplio espectro y con carácter vergonzantemente auto-exculpatorio y vanamente justificativo. En nombre del Rey de Inglaterra Enrique VI, se mandó al Rey de Romanos Segismundo, a los Reyes, Duques y demás Príncipes de la Cristiandad una carta en latín. En ella se explicaba el caso de la ejecución de Juana, caída en sus manos por la divina clemencia, y cómo, reconocida culpable de numerosos crímenes contra la fe, fue relajada al brazo secular, después de haber abjurado, lo que no era cierto. Días después, el 28, el Rey se dirigía en francés, en parecidos términos a la Nobleza y Villas de Francia.

En quinto lugar, la incidencia casi ominosamente coetánea de un acontecimiento religioso internacional: nada menos que un Concilio de la Iglesia. Mientras tenía lugar la postrera fase del juicio en Rouen, ya el cabildo de aquella catedral, insensible a ello, estaba preparando la participación de la archidiócesis en el Concilio que se anunciaba como inminente.<sup>108</sup>

Juana es ejecutada el 30 de mayo de 1431 en Rouen. El Concilio de Basilea abre sus sesiones el 21 de julio de ese año. Varios elementos confluyen en vincular ambos sucesos. Ante todo, no se olvide que, como ya se refirió, a Juana se propuso en su prisión, el 28 de marzo, someterse explícitamente a la autoridad del futuro Concilio, lo que ella aceptó, incluso mostrándose dispuesta a acudir a él. Además, sobre la resolución del proceso no podría dejar de pesar el pensamiento de una próxima asamblea de la Cristiandad, en cuyo seno se debatirían todas las cuestiones religiosas que se removían en la Iglesia (las herejías, sobre todo la controversia religiosa y política husita en Bohemia, la relación con el Cisma Oriental de Constantinopla, el tratamiento de los judíos, la condena de las prácticas de brujería<sup>109</sup> los límites de la soberanía papal), a las que no debería ser ajena la propia materia del proceso; finalmente, al ingente evento de Basilea tendrían que acudir como padres conciliares o como representantes diplomáticos no pocos de los prelados que tuvieron que ver con aquel proceso.

Entre éstos que estarían presentes en Basilea<sup>110</sup> habría quienes había sido acusadores de Juana como Tomás de Courcelles o, sobre todo, el Obispo Cauchon, su implacable censor<sup>111</sup>. Pues bien, Cauchon, devotamente fiel, servil más

---

108 VALOIS, Noël, *La crise religieuse du XVe siècle*, I, p. 200, cit. *apud* BERCHTOLD, *Bâle et l'Europe*, Lausanne, Payot, 1991, I, p. 78.

109 El dominico Nider escribiría en Basilea un tratado sobre ese tema.

110 Algunos había participado en el anterior Concilio ecuménico de Constanza.

111 Como ya se ha visto. Juana le reprochó morir por su causa. "La aparición de Juana de Arco, en aquel momento crítico, tiene algo de excepcional e inexplicable" (Miguel Ángel LADERO QUESADA, *Edad Media*, Barcelona, Historia Universal Vicens Vives, II, 1987, p. 910).

bien a la causa inglesa que había determinado el suplicio de Juana, ostentaría un cargo diplomático, como Embajador precisamente del Rey de Inglaterra ante el Concilio. Otro muy destacado incriminador de Juana en el proceso fue un clérigo normando, Nicolas, llamado Loiseleur<sup>112</sup>, preboste de Chartres, que, acusando a Juana, llegó a pedir perdón a ingleses y borgoñones, por los males que ella les había infligido en la guerra<sup>113</sup>. Después ese personaje desempeñaría un papel en el Concilio basiliense<sup>114</sup>. Otro participante en el proceso de Rouen fue Jean Beaupère, uno de los encargados del interrogatorio. Fue luego extraído del tribunal para ser nombrado Embajador de Inglaterra al Concilio de Basilea en 1431<sup>115</sup>, más tarde Embajador del Concilio ante el Papa en Roma<sup>116</sup>. Courcelles, Beaupère y Loiseleur bien pueden ser tenidos por cómplices de Cauchon en su acusación a Juana.<sup>117</sup>

En cierto modo, pues, Juana, recientemente sacrificada, estuvo presente en Basilea. Seguramente el siniestro fin del juicio de Juana pesaría en las mentes y en las conciencias de no pocos participantes en la asamblea conciliar. Da la impresión, incluso, de que, una vez emitida la sentencia de muerte de Juana en Rouen (leída por el Obispo Cauchon), varios de los participantes en el proceso, quisieran obviar su presencia, escurriéndose de los hechos<sup>118</sup>. Jean Beaupère que había sido uno de los implacables interrogadores de Juana no halló tiempo para marchar a Basilea con el citado encargo diplomático sin esperar a la ejecución de la condena<sup>119</sup>. Y el versátil Tomás de Courcelles<sup>120</sup> marchó también al Concilio donde ocuparía relevantes menesteres<sup>121</sup>, hasta ser nombrado cardenal por el Antipapa Felix V. Con el tiempo llegaría a disimular o negar sus recuerdos del fin del inicuo proceso, en el que él había participado.<sup>122</sup>

---

112 *El pajarero*, correctamente latinizado en *Aucupis*.

113 PERNOUD-CLIN, p. 222.

114 Eneas Silvio PICCOLOMINI en sus comentarios *de Gestis Concilii Basiliensis* (ed. de Oxord, Clarendon, p. 22) lo menciona.

115 PERNOUD-CLIN, p. 173. También BERCHTOLD, Alfred, *op. cit.*, p. 78.

116 BERCHTOLD, Alfred, *op. cit.*, I, p. 78 s.

117 Así se manifiesta expresamente en PERNOUD-CLIN, 301.

118 “Chacun était pressé d’en finir”, comenta Régine PERNOUD, *La reconquête de la France*, p. 13.

119 “Il n’a pas attendu le jour du supplice pour prendre la route de Bâle”, *ibidem*.

120 “Il survivra à toutes les fluctuations de l’Histoire”, *ibidem*, p. 52.

121 Eneas Silvio PICCOLOMINI en sus comentarios *de Gestis Concilii Basiliensis* (ed. de Oxord, Clarendon, p. 30) lo menciona con elogios: “Thomas de Corsellis, inter sacrarum litterarum doctor insignis, quo nemo plura ex decretis sacri Concilii dicitavit, vir iuxta doctrinam mirabilis et amabilis, sed modesta quadam verecundia semper intuens terram et velut latenti similis”. Parece irrecognoscible si se piensa en el agrío interrogador que fue de Juana en el proceso.

122 “Je ne la vis pas brûler”, llegaría a declarar (*vid.* en *L’affaire Jeanne d’Arc* de ENZIG/GAY, p. 87).

El sexto y último punto se refiere a la importante consecuencia de todo el proceso: fue la paz. A ejemplo de Jesús de Nazaret que con su prisión dice el Evangelista Lucas haber reconciliado a Antipas y a Pilatos, también la desaparición de Juana de la palestra, forzó la paz entre Felipe el Bueno y Carlos VII. Uno de los fautores fue el Canciller de Felipe, Nicolás Rolin, famoso como Mecenas del conocido cuadro de Jan van Eyck en el Louvre. Naturalmente a Inglaterra no agradó el acuerdo y manifestó su desagrado por una embajada de agravios.

El resultado habría de ser los acuerdos de Arras<sup>123</sup>. Por lo que al desarrollo de la pugna por el suelo de Francia, en 1434, distanciados Felipe el Bueno y el Duque de Bedford, se reconstruyeron los tratos entre Borgoña y la Francia de Carlos VII, que llegaron a un acuerdo en la conferencia de Arras, de la que se apartaron, decepcionados, los ingleses.<sup>124</sup>

Pues bien, una pléyade de embajadores franceses, ingleses y borgoñones acudieron al gran acontecimiento diplomático que fue dicha conferencia internacional.

El hostil predicador del proceso, el canónigo de Rouen Guillaume Érard, estaría luego entre los representantes diplomáticos de Inglaterra en la conferencia de paz de Arras<sup>125</sup>. Y John Kempe, Arzobispo de York y Henry de Beaufort, Obispo de Winchester. También lo fue William Alnwick, obispo de Norwich, que había sido negociador con Castilla y Borgoña. Por su parte, Raoul Roussel, que entre los jueces de Juana, se opuso a la tortura para no dañar la limpieza del proceso, fue luego negociador diplomático en Arras<sup>126</sup>. Parece como si el inicuo proceso fuese cantera de embajadores.

No será, pues, desacertado decir que aquel gran suceso diplomático del siglo, fue en gran parte posible gracias a gentes que tuvieron parte en el prendimiento y ejecución de Juana. Eco negativo de su martirio.

Después los franceses fueron poco a poco recuperando el resto de la Francia ocupada, en campañas coronadas por el éxito. En 1436 los franceses recuperaron París (13-IV); en 1449, Rouen (10-XII). En 1453, los ingleses fueron definitivamente vencidos en la batalla de Castillon (17-VII) y Carlos VII podría verdaderamente ser llamado “el Victorioso”. Su entrada triunfante en París se produjo el 12 de noviembre de 1437.

---

123 Puede verse OCHOA BRUN *op. cit.*, III, p. 418. Sobre Juan Carrillo I, p. 253-4.

124 La negociación de la Paz de Arras fue iniciada en la abadía de Saint-Vaast el 5 de agosto de 1435, allí mismo jurada 21 de septiembre de 1435 y ratificada por Carlos VII en Tours el 10 de diciembre.

125 *Ibidem*, p. 206-7.

126 *Ibidem*, p. 203. FERGUSON, p. 183.

El suplicio de Juana fue, pues, coetáneo de la gloria de Carlos, aunque, en las obras que de ello se ocuparon, ya Shakespeare dictaminó bellamente:

“Glory is like a circle in the water  
which never ceaseth to enlarge itself  
till by broad spreading it disperse to nought”.<sup>127</sup>

A su vez, la gloria de Juana empezó más tarde. La revisión y anulación del proceso se efectuó bajo el primer Papa Borja, el español Calixto III, por *rescriptum* emitido el 7 de noviembre de 1455<sup>128</sup>. Consecuencia fue la sentencia de anulación del proceso de Juana el 7 de julio de 1456. Luego hubo que esperar hasta fines del siglo XIX para que el 2 de enero de 1894 León XIII la declarara Venerable y más tarde, en 1903, abriera el proceso de beatificación. Su sucesor, Pío X la beatificó el 11 de abril de 1909, y el siguiente Pontífice, Benedicto XV, la canonizó finalmente el 16 de mayo de 1920.

En Inglaterra se conservó una curiosa costumbre. En el día en que, en la catedral de San Pablo de Londres, se proclamaba públicamente la titulación del Rey de Inglaterra, cuando se enunciaba el título de “Rey de Francia”, se arrojaba un guante que recogía el Embajador francés. Así parece haberse hecho hasta el Tratado de Amiens en 1803.

## JUANA REDIVIVA

Que para la ulterior Historia de Francia y para los sentimientos de los franceses Juana de Arco haya sido un símbolo, presente desde entonces en lo que ahora suele llamarse su imaginario colectivo, también el acicate de su patriotismo o la plasmación de sus ideales es cosa bien conocida. En ese orden de sentimientos, Juana ha revivido a través de los tiempos.

También ha sobrevivido felizmente en la literatura y en el arte, como no podía menos de ser, tratándose de personaje tan capaz de ilusionar y de despertar todo género de admiraciones y sin duda también de simpatías. Shakespeare en sus dramas históricos, Schiller en su *Jungfrau von Orléans* o Charles Péguy o Bernard Shaw o Jean Anouilh o Paul Claudel y las versiones filmicas (a partir de Dreyer) u operísticas (Verdi, Tchaikowsky, Honegger) han preservado su imagen y la han evocado artísticamente de mil maneras.

---

127 Enrique VI, 1ª parte, acto I, escena II.

128 Entre los partícipes del proceso de rehabilitación estaba el Arzobispo de Reims, Jean Juvenal des Ursins, que en tiempos había sucedido a Cauchon en su sede de Beauvais.

Pero no es a esa pervivencia a la que ahora se quiere aquí aludir, sino a otra, quizá más banal y menos solemne en la posteridad, pero más tangible en su tiempo, aunque su realidad sea paradójicamente más discutible. Al estudiar por sus biógrafos la historia de Juana se ha precisado prolongar raramente sus hechos y construir unos capítulos a los que se ha dado alguna vez el oportuno y sugeridor título de *Jeanne après Jeanne*.<sup>129</sup>

Se trata de lo siguiente. Juana fue en vida un personaje famoso. Tan famoso, que no cabía conformarse con su desaparición. Por eso aparecieron nuevas Doncellas de Orléans, que reivindicaron su personalidad. Primero, una Jeanne des Armoises, luego una Jeanmarie la Féronne, luego La Pucelle de Sermaize atrajeron popularidad y simularon la resurrección de la primigenia. Ciertamente la peripecia no es nueva en la Historia: piénsese en el Rey Don Sebastián, el Emperador Federico, los falsos Demetrios, la Gran Duquesa Anastasia y otros casos.

Pero como quiera que Juana de Arco hubiera sido famosa para los franceses, como su adalid militar, y lo fuera también para los ingleses, que la temieron, aborrecieron y condenaron, fue también famosa internacionalmente, como un personaje carismático. Prueba de ello es un episodio que no se puede omitir, por tener que ver con España.

Ya se ha expuesto que en 1429, Juan II y Álvaro de Luna habían mandado a un mercader, Sancho Ezquerro de Angulo, para la paz con Flandes, la Hansa, Bretaña e Inglaterra. Y también se mencionaron las gestiones de Maese Juan Amezcuita en 1430, así como los intercambios de embajadores que se citan en la Crónica de Lorenzo Galíndez de Carvajal. Se ha indicado asimismo que los Reinos ibéricos se mantuvieron relativamente al margen de aquellas contiendas.

Un hecho hay sin embargo y ciertamente no poco llamativo.

Por evidentes motivos propagandísticos y de autoprestigio, alegó el Condestable Don Álvaro de Luna hallarse en posesión de una carta de Juana de Arco, a él dirigida. Ello hubiera aseverado una relación con Castilla, no imposible dadas las buenas relaciones existentes entre los Valois y los Trastámara.

Sin duda, eso justificaría de pleno el tema aquí escogido acerca de la presunta Diplomacia de Juana de Arco y merecería desarrollar especialmente este episodio. Por desgracia no responde a la verdad histórica demostrable. ¿Cómo es posible este fraude? No es fraude del todo. Veamos.

En la *Crónica de Don Álvaro de Luna, Condestable de Castilla, Maestre de Santiago*, de Gonzalo Chacón<sup>130</sup>, consta que, mientras Juana estaba asedian-

129 BEAUNE, Colette, *op. cit.*, pp. 440 ss.

130 Edición de Juan de Mata CARRIAZO. *Vie infra*.

do La Rochelle, escribió al Rey de Castilla con embajadores, para pedirle que enviase barcos de guerra, como era su deber por la “confederación y hermandad” existente entre él y el Rey de Francia, su Señor. Añade que la embajada fue recibida en Valladolid con magnificencia y que allí Don Álvaro de Luna mostró a los Grandes la firma de Juana como “una reliquia muy reverenciada”<sup>131</sup>. He aquí el texto de la Crónica:

“Estando la Poucella de França sobre La Rochela, una cibdad de las fuertes del mundo e de grand importancia, escribió al Rey e le envió sus embajadores, sin los que el Rey de Francia por su parte enviara, suplicándole mucho le enviase alguna nao de armada, segund que Su Señoría era tenuto de lo fazer, conforme a la confederación y hermandad que entre Su Señoría y el Rey de Francia, su señor, había. E llegados los embaxadores a Valladolid, donde el Rey era, en ese dicho año de 1436, les fizieron grandes rescibimientos e muchas fiestas e honras. E dada la carta que de la Pouçella traían, la firma de la cual el Condestable la mostraba por la Corte a los Grandes, como si fuera una reliquia muy reverenciada; ca como era animoso e esforçado en gran manera, amaba a los que así lo eran, y por esto era mucho aficionado a los fechos de la Poucela.

A cuya causa el Condestable que juntamente con el Rey su señor e por su mandado los Reynos de Castilla gobernaba, trabajó mucho y acabó con el Rey que se enviase a la Poçuela armada y tal con que ella y el Rey de Francia pudiesen ser bien socorridos, porque aquello cumplía a su serviçio. El Rey lo puso luego en la voluntad y querer del Condestable para que se ficiese así como a él bien visto le fuese. E luego el Condestable envió a la costa de la mar en Vizcaya e Lepuzca y otros lugares e fizo armar 25 naos e 15 carabelas, las mejores que fallarse pudieron, bastecidas de armas e de la mejor gente que se pudo haber. E con esta respuesta los embaxadores se fueron de la Corte del Rey muy contentos y alegres. Con el cual socorro, la Pouçela ganó la dicha cibdad e ovo otros vençimientos y vitorias, a donde la armada de Castilla ganó por aquellas partes mucha honra, como en la Corónica de la Puzela, cuando sea salida a luz, se podrá bien ver”.<sup>132</sup>

Comenta Carriazo: “Chacón se equivoca poniendo la embajada de Santa Juana de Arco en el año 1436”<sup>133</sup>. Y sugiere: “Archiveros e investigadores de España, custodios de Simancas, ¿Vamos a buscar entre todos la carta de Santa Juana de Arco?”

---

131 Carriazo opina que quizás esa carta esté en Simancas.

132 Crónica de Don Álvaro de Luna, Condestable de Castilla y Maestre de Santiago. Editada por Juan de Mata CARRIAZO, Madrid, Espasa Calpe, 1940, pp. 150-1. Según Carriazo, era el autor Gonzalo Chacón el Viejo, Contador Mayor de los Reyes Católicos.

133 P. LVII.



Pero ¿es posible que Carriazo no advirtiera que el año 1436 es precisamente el del apogeo de aquella supuesta Juana ya mencionada aquí, casada con Roberto des Armoises, que usurpó el nombre de Juana de Arco y se movió, rediviva, por Francia, Borgoña, Luxemburgo y Alemania?

Sobre ello opina Enklaar<sup>134</sup> que el episodio es inversosímil por lo siguiente:

En cuanto a lo primero: Juana murió en 1431, luego la fecha de 1436 es falsa. Según Carriazo, Chacón (p. LVII) erró la fecha, como se ha apuntado.

En cuanto a lo segundo: No consta que Juana estuviese nunca en La Rochelle. Pero sí es cierto que la *Crónica* del monje de Dunfermling cuenta que el Delfín Carlos tenía el propósito de embarcar en La Rochelle, para pedir ayuda del Rey de Escocia: “et sic appropinquando se ad Rupellam, ubi ipse intendebat ascendere navem, in civitate fortissima totius Franciae”.

Consta también el hecho de haberse empleado entonces en La Rochelle el sistema que Fernando III usó en Sevilla, serrar las cadenas que defendían la boca del puerto. La supuesta Juana subió en el barco español que tal hizo.

Quicherat juzga que Chacón puso fecha 1436 porque en ese año Margarita de Escocia fue a Francia para casar con el Delfín Luis [XI] y fue salvada de caer en manos de los ingleses por ayuda de una flota castellana. De ahí tal vez el relato de Chacón.

Entonces, ¿se trata verdaderamente de un fraude contenido en la *Crónica* de Gonzalo Chacón?

Comparecen aquí una serie de hechos que abundan en leyendas, evocan misterios, sugieren supercherías, corroboran el dictado de enigma que aquí se atribuyó a la vida de Juana y rondan muy peligrosamente las lindes de la Historia.

En 1436 apareció dicha falsa Juana, que peleaba en el Poitou y pudo escribir a Juan II de Castilla. Quicherat opina que acaso Chacón tuvo en sus manos esa carta. Esa falsa Juana fue la mencionada Jeanne Claude des Armoises que hizo acto de presencia en dicho año, haciéndose llamar la Pucelle de France y algunos la reconocieron. Estaba casada con Robert des Armoises, señor de Tirchemont. Se la vio en muchos lugares y se la cita en varios documentos hasta 1440<sup>135</sup>. Uno de sus testigos es un heraldo mensajero, Fleur de Lys, que era su “pursuivant”, personal<sup>136</sup>. Tenía, pues, como la primitiva Juana, tal privilegio a su servicio.

Pero no es eso sólo lo que viene a conturbar la memoria de la gran heroína y la tarea de los perplejos historiadores: hubo otras aventureras que intentaron lo mismo.

Lo que sucede es que en este caso, la peripecia viene a coincidir con todas las raras circunstancias y las posibles conjeturas que tiñen al personaje de Juana

---

134 ENKLAAR, D.Th., “Un chapitre espagnol sur Jeanne d’Arc”, *Nieuwe Reeks*, Ámsterdam, (1958).

135 Pueden verse documentos varios transcritos en SENZIG/GAY, *L’affaire Jeanne d’Arc*, pp. 290 ss.

136 Título que ostentaban los aspirantes a heraldos o, al fin, a reyes de armas.

de una amenazadora inverosimilitud. Es difícil, al enjuiciar los estupendos acaecimientos vitales de Juana y las noticias que los transmiten, no hallarse confundido en un nebuloso campo de sospecha.

## CONCLUSIÓN

### ¿JUANA DE ARCO EN LA DIPLOMACIA DE SUS DÍAS?

Se ha aspirado a exhibir aquí un panorama diplomático de la época en torno a Juana de Arco. ¿Fue ella un personaje diplomático? Probablemente, no. “Je suis chef de guerre” escribió a los ingleses en 1429 (si bien ella en el proceso negó haberlo dicho). ¿Lo puede ser de la Historia de la Diplomacia? En cierto modo, sí, por al menos tres motivos: uno por ella misma: usó indudablemente de los modos diplomáticos de la época, intimaciones bélicas, empleo de heraldos, cartas, enviados. Otro, pese a ella: tras su prendimiento, siguió un despliegue de comunicaciones internacionales; después de su desaparición, se produjo una eclosión de embajadas y un acontecimiento ciertamente diplomático, el Congreso de paz de Arras. Y finalmente porque su acción tuvo su influencia en momentos de decisión e indecisión, en la política exterior de Carlos VII y en su relación con Borgoña.

Por ello parece en todo caso posible colocar a Juana de Arco en lugar destacado en el enredado escenario internacional del que fue desgraciada víctima, pero también en gran parte protagonista. O acaso sea lícito contemplar ese escenario desde su propia perspectiva, en medio del juego de guerras y embajadas, tratos y desconfianzas, alianzas y hostilidades, con que se abre la Edad Moderna europea.

Hasta aquí se ha tratado de ubicar al fulgurante personaje histórico de Juana de Arco dentro del intrincado enredo de las relaciones internacionales de su tiempo y de sus lugares. Los avatares de su biografía, los sitios de sus sucesos y los caracteres humanos que allí comparecen y actúan parecen dar pie a que ello pueda hacerse. De ser así, acaso haya sido posible apreciar de cerca y bajo otra luz los movimientos de su quehacer y también comprobar cómo a ello se acomodan las particulares costumbres de la época.

Pero otra cosa será la licitud de mostrar los propios perfiles reales de la persona. Juana de Arco es un personaje, pero también un fenómeno e incluso, y esto es lo más decisivo para su enjuiciamiento, Juana es para la época un enigma y para la posteridad un mito.

Sus propias actitudes, lo que constituye el recorrido diríase anecdótico de sus momentos, sus dichos y sus hechos son a la vez susceptibles de admiración y de duda. Colocar esos dichos y esos hechos en el puntual entramado de

la Historia real es posible, como aquí se ha procurado. Pero dar fe de la asombrosa resolución de cada circunstancia en medio de las aparentes y demasiado frecuentes contradicciones es cosa diferente, donde el historiador está en su derecho de someter sus descripciones a indagaciones arriesgadas, de difícil, acaso imposible esclarecimiento.

Es comprensible, seguramente necesario, admirar a Juana de Arco, es acaso plausible otorgar crédito a sus perfiles, pero también es preciso no ignorar —ya arriba se acaba de advertir— que, al ubicarse en su compañía, uno se halla peligrosamente colocado en los límites del enigma y de la leyenda, acaso del mito. La humilde aldeana de Domrémy, presumiblemente medrosa, se codeará con la nobleza de Francia. La muchachita de tiernos miembros vestirá pesadas armaduras, cabalgará gloriosamente a la cabeza de ejércitos, esgrimirá fuertemente espadas y tremolará estandartes. Ajena que fuera a la alta política, asesorará a un monarca, se escribirá con Príncipes y expedirá heraldos. La ignorante catecúmena debatirá cuestiones teológicas ante tribunales de perversos jueces de alta Iglesia que cuestionarán las visiones que declara haber tenido de dos santas<sup>137</sup> que un Papa del siglo XX ha eliminado del santoral por legendarias. De lo increíble de sus inspiraciones y de lo asombroso de sus hechos daría fe en pocas palabras un distinguidísimo humanista y diplomático del siglo XV al historiar la época.<sup>138</sup>

Ante todo eso, perplejidad es poco para calificar el sentimiento de cualquier historiador que examine su figura. Figura inabarcable, a veces demasiado real y contundente, a veces evanescente y hasta imposible. Claro está que ahí radica gran parte de su atractivo o de la fascinación que ella siempre está presta a ofrecer. Ella y su época, el no menos fascinante Medievo.<sup>139</sup>

Lo que aquí se ha deseado exhibir al lector no es un veredicto de legitimidad histórica de todos los sucesos que conforman (y en buena parte adornan) o aseveran su biografía, al tiempo que la trasladan al campo de lo improbable e imaginativo, sino situar la persona y la actividad de Juana, tal como sus fuentes nos la refieren, en el ámbito, muy rico y revelador en esa época, de las relaciones entre los Estados, por las que circulan relevantes figuras de lo que hoy llamaríamos Diplomacia. Y ello porque precisamente la Diplomacia, es decir la acción y comportamientos de aquellos embajadores de los príncipes,

---

137 Santa Catalina de Alejandría y Santa Margarita de Antioquía.

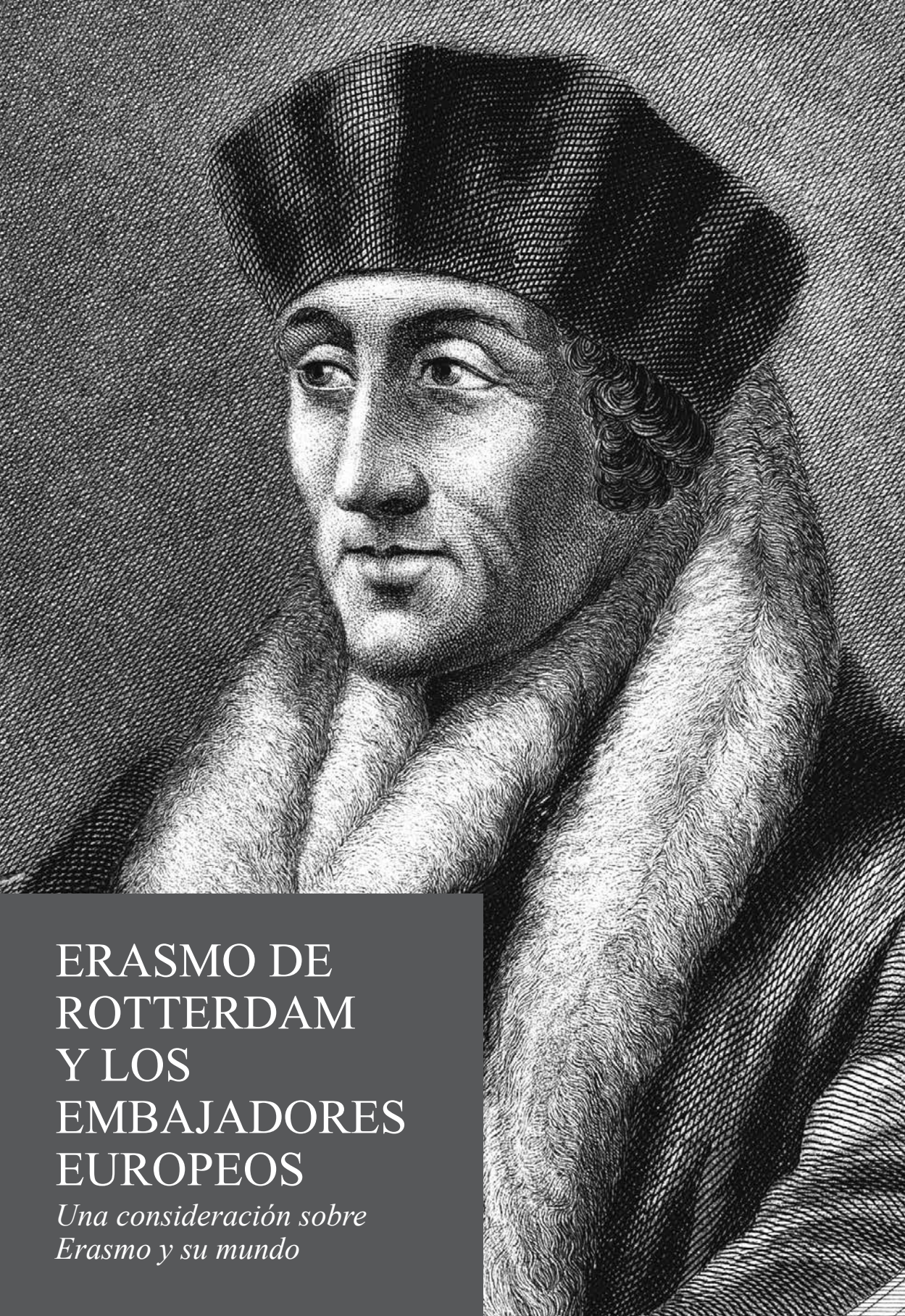
138 Lo escribe años después Eneas Silvio Piccolomini, el culto diplomático humanista del XV que llegó a Papa Pío II. *Vide infra*.

139 “Nous sommes au Moyen Age, dans un monde irrationnel, fait d’un mélange de symboles, de magie, de religion, de secrets, de sorcellerie, ponctué de fêtes sacrées et de rites profanes”, advierte precisamente un indagador de Juana de Arco, Marcel GAY, *L’affaire de Jeanne d’Arc*, p. 149.

las tareas a ellos encomendadas y los modos como se ejercían sirven precisamente para encuadrar sucesos muy determinantes del desarrollo internacional de aquel tiempo. Colocar a Juana de Arco en aquel escenario, que además se beneficia de los coloridos y esencias medievales, siempre atractivos, tal vez ha servido para evocar maneras, personajes y circunstancias del siglo XV europeo. Que así haya sido.

Si ha sido lícito, las precedentes páginas habrán merecido interés. Si no, al menos habrán intentado evocar caracteres de una época, en torno a una figura que ciertamente sí lo merece.





ERASMO DE  
ROTTERDAM  
Y LOS  
EMBAJADORES  
EUROPEOS

*Una consideración sobre  
Erasmus y su mundo*

## DIPLOMACIA Y HUMANISMO

El sugestivo binomio de Humanismo y Diplomacia ofrece elementos de siempre variada consideración, de los que el presente volumen aspira a plantear algunos<sup>1</sup>. No en vano la eclosión del Humanismo renacentista se produce en el siglo XV europeo, coincidiendo con el bien conocido fenómeno de las embajadas permanentes y residentes que, frente a la itinerancia y ocasionalidad de las medievales, abren la época de la Diplomacia moderna. Y el conjunto de aquellos fenómenos continúa en el siglo XVI.

Es bien sabido y comentado que, por mucho que la época sea asombrosamente innovadora también en el terreno de la Política, en su etapa anterior, previa a la eclosión del Renacimiento europeo, ya habían sentado las bases de éste plumas eminentes como las de Dante Alighieri en su tratado *De Monarchia* o de Marsilio de Padua en su *Defensor Pacis*, que hicieron alta ciencia política. Mas advenida ya la época que con razón llamamos el Renacimiento, es decir a partir del *Quattrocento* italiano, podría acaso aventurarse la idea de que los humanistas de entonces no expusieron por lo general una teoría del Estado o de sus relaciones exteriores; simplemente ejercieron sus funciones ocasionalmente en calidad de gobernantes o de diplomáticos, cohonestando tal ocupación con sus creaciones intelectuales<sup>2</sup>. Sin embargo, décadas más tarde, adentrado ya el siglo XVI, ocurrirá lo contrario: los humanistas escribirán doctrina, sí, pero ya no serán requeridos para llevar a cabo funciones de ministros o de embajadores. Para el primer caso sirven nombres como los de Collucio Salutati, Pier Candido Decembrio, Leonardo Bruni, Poggio Bracciolini o tantos otros, mientras que para lo segundo Erasmo de Rotterdam, o Luis Vives, Melancthon, Budeo o Reuchlin ofrecen correspondientes ejemplos. La excepción entre estos últimos sería tal vez Tomás Moro, a la vez político de ejercicio, diplomático ocasional y además tratadista, si bien utópico, de pluma.

1 *Vid.* en este volumen “Misión y servicio en los embajadores del Renacimiento” o también “Maquiavelo diplomático”. *Vid.* tal vez también por ej. OCHOA BRUN, M.A., “La Diplomacia española y el Renacimiento”, en *Diplomacia y Humanismo*, Madrid, Fundación Pastor de Estudios Clásicos, 1989, pp. 26-63.

2 Comenta lúcidamente, James HANKINS: “A diferencia de quienes hoy estudian ciencias políticas o de los filósofos escolásticos medievales, los humanistas del Renacimiento no se ocuparon de la ciencia política como tal. Profesionalmente actuaron en calidad de maestros, de diplomáticos, propagandistas políticos, curiales y burócratas” (“el Humanismo y los orígenes del pensamiento político moderno”, en *Introducción al Humanismo renacentista*, ed. Jill KRAYE, edición española, Cambridge, Univ. Press, 1998, p. 159).

Otra diferencia se daría en el siguiente hecho. Los humanistas del XV destilan en sus obras un matiz localista, son a menudo *laudatores* —eximios *laudatores*— por supuesto— de su tierra natal. Piénsese en Leonardo Bruni para Florencia<sup>3</sup> o en Decembrio para Milán<sup>4</sup>. O tal vez el Cardenal Joan de Margarit en su elogio de las tradiciones españolas<sup>5</sup>. Pero sus sucesores de la siguiente centuria se han tornado, por así decir, más universalistas, y escriben o aconsejan a los monarcas de los distintos reinos europeos para mejor encauzar su política exterior continental. Aquí también habría una excepción: Eneas Silvio Piccolomini que en el siglo XV escribe su monumental tratado geográfico-político sobre Europa. O tal vez también Bruni en similar crónica de su tiempo.<sup>6</sup>

Una distinción más aguda y comprometida. No es infrecuente que en el siglo XV se advierta una versatilidad política, por lo menos llamativa. Se ha señalado, en efecto, “la falta de compromiso ideológico, la sorprendente destreza para pasar de un bando político a otro”<sup>7</sup>, para lo que se alegan los casos de Coluccio Salutati, Decembrio o Bruni (sin citar momentos de la asendereada trayectoria de Maquiavelo). Sin embargo, los humanistas de la siguiente era (otra vez Erasmo, Vives o Moro) son leales a una posición y a un amo.

Pero en algo coinciden todos los que destinan sus escritos a los Príncipes. Aspiran a ser una especie de conciencia de Estado, para insuflar a sus señores el mejor modo de gobernar. Cualquiera de sus obras podría llamarse *De Regimine principis*. Ese espíritu aleccionador los inspira tanto a unos como a otros. Y además tienen de común el culto a la paz entre los Reinos cristianos y la advertencia acerca de los peligros que amenazaban ya a Europa desde fuera, el de los turcos otomanos: así el discurso del Cardenal Bessarion<sup>8</sup> que, como venido de Grecia, bien conocía los riesgos, o las posteriores llamadas a la paz y contra los turcos de Erasmo o de Vives.

En suma, no se dirá nada nuevo si se enuncia que, en la base de pensamiento de todos ello está la ideal identificación de gobierno y sabiduría, es decir, la doctrina contenida en la *República* de Platón<sup>9</sup>, donde se requiere para la felicidad de un Estado que lo gobiernen los filósofos.

Pero —¡ay!— ellos mismos sabían que esto de hecho no era así. Que ni los monarcas ni sus ministros eran filósofos y —lo que era peor— que no sólo era

3 *Laudatio Florentini Urbis*, de 1404.

4 *De laudibus Mediolanensium urbis panegyricus* de 1436.

5 El *Paralipomenon Hispaniae*.

6 *Rerum suo tempore gestarum commentarius* de 1441.

7 James HANKINS, *loc. cit.*, p. 162.

8 *Oratio ad Principes Italiae de periculis imminentibus* de 1471.

9 473 C-E.

imposible, sino ni siquiera sería bueno que lo fuesen. De ahí sus cuidadosas y bien medidas recomendaciones.

Hay épocas, por lo demás, en la Historia de Europa que parecen ser un marco en cuyo interior se producen especialmente las relaciones entre los Estados, hasta convertirse en una red apta para ser estudiada, como si las naciones estuviesen destinadas a entablar permanentes lazos, en el vaivén de tratos y de contratos, susceptibles de análisis por obra de historiadores dedicados a entender y explicar el escenario de aquellos sucesos. Naturalmente son épocas propicias al desarrollo de lo que hoy llamamos Diplomacia. En ellas, las embajadas se suceden y se entrelazan con frecuencia, tejiendo lo que llamamos “relaciones internacionales”. Precisamente en la obra de un historiador en que se acuñó la expresión, Pierre Renouvin, autor de una famosa *Histoire des Relations internationales*, se califica el año 1520 como “el año de los embajadores”<sup>10</sup>. Y es que aquella centuria, el siglo XVI, es una de dichas épocas, en que la Diplomacia prolifera. (Otra de tales épocas es seguramente el siglo XVIII europeo, pero ello sería cuestión de otro tema).

En el siglo XVI, los fenómenos que le son propios, sus alteraciones políticas, intelectuales y religiosas, produjeron personalidades que ejercieron su influjo en muchos ámbitos o simplemente comparecen en campos significativamente diversos y que, por ello, contribuyen a hacer más rica y sugerente su figura, a la vez que más compleja de entender. Tal vez el gozne entre un siglo XV teórico y un pragmático XVI sea Maquiavelo, diplomático de acción e innovador también en el campo de la doctrina política y personaje de enrevesada biografía<sup>11</sup>, es decir político, escritor y diplomático. En el siglo XVI, aquellos personajes aparecen en varios terrenos a la vez. Al referirse a un notorio humanista del siglo XVI, Johannes Cuspinian, Embajador imperial que fue a las órdenes de Maximiliano I y de Carlos V, escribe un su biógrafo que Cuspinian se diferenció de un exaltado violento, animado de móviles religiosos como Hutten, o de un erudito fantasioso como Conrad Celtis, o de un puro pensador como Erasmo, en que él, Cuspinian, fue un político realista, si bien sin perder el sentido ideal de los más altos bienes de la vida<sup>12</sup>. Todos esos caracteres se dan en aquellos días. Efectivamente tales personajes del siglo XVI responden a muy variadas semblanzas, como lo exigía tal vez el ajetreado siglo, a la vez apegado a venerables tradiciones, pero además ya agitado por dramáticas innovaciones. En

---

10 Gaston ZELLER, “Les temps modernes”, en la *Histoire des relations internationales* de Pierre RENOUVIN, ed. española, I, I, p. 341.

11 Como otros, desde Savonarola al Buonarrotti, o César Borja o su propio padre el Papa Alejandro.

12 “Weder ein Himmelsstürmer und Neuerer wie Hutten und Luther, noch ein gelehrter Phnatist wie Celtis, aber auch kein blosser Gedankenmensch wie Erasmus, war er ein allen Situationen gewachsener Realpolitiker, der dennoch den idealen Sinn für die höchsten Güter des Lebens niemals verlor” (Hans ANK-WICZ-KLEEHOVEN, *Der Wiener Humanist Johannes Cuspinian*, Graz-Köln, Böhlau, 1959, p. 260 s).



ese sentido, acaso más particularmente representativa sea la figura de Tomás Moro, erudito humanista, tratadista inventivo, político activo, Embajador ocasional y finalmente mártir de sus ideas en el patíbulo del conflicto religioso.

En todo caso, el siglo XVI, en continuación de su precedente, el siglo XV, es desde luego también era de humanistas. La cultura de las Humanidades y la dedicación a ellas de hombres eminentes y eruditos, impregnó de tal manera el ámbito de los estudios, que ha merecido dar materia y título a todo el período. Tales personajes, protagonistas señeros del mundo de las letras y de la sabiduría, dominan el terreno del intelecto en todas partes, como si fueran producto de todos los suelos. Los Príncipes los miman, las universidades los admiran, los monasterios los cobijan, las bibliotecas almacenan sus libros, las Cortes los adulan, las ciudades se honran en tenerlos por ciudadanos y los caminos los conocen como perpetuos viandantes.

Entre aquellos europeos insignes descuella uno, nacido en tierras *bajas* en cuanto al mar pero *altas* por Arte y por recursos. Por nombre llevaba la mención del *deseo*, al que en latín se tiene por Desiderio y en griego por Ερασιμος, y porque él la escogió como supuesta ciudad de su origen, es conocido por Desiderio Erasmo de Rotterdam<sup>13</sup>.

¿Habrán un posible enlace entre estos dos enunciados que acaban de formularse?, ¿Entre la Diplomacia de la época y la persona de Erasmo? Si lo hubiere, sería válido el tema que aquí se propone.<sup>14</sup>

---

13 Desiderius Erasmus Roterodamus. A juicio de HUIZINGA (*Erasmus of Rotterdam*, trad. inglesa, New York, Phaidon, 1952, p.6) acaso pronunciase él su apellido como un proparoxítono. "He altered the barbaric Roterodamensis to Roterdamus, later Roterodamus, which he perhaps accentuated as a proparaxytone". Esto último no parece probable, si se juzga por los metros de los varios poemas que se le dedicaron, en los que es de esperar se atendiera a la cantidad silábica de la pronunciación que él hubiera usualmente empleado en su propio nombre. Y en esos casos, el término aparece como paroxítono. He aquí unos ejemplos: "Ille inquam Erasmus, cui Roterodamica tellus tam debet, docto sua quam Verona Catullo".

(*Hermann Buschi Pasiphili in Erasmum Coloniam recens ingressum*,

Cit. en Erasmi Op.Omn, Leyden, I, [22]).

"Heu ubi Palladium divini nomen Erasmi?"

Heu ubi nunc Pallas, Roterodamus ubi?"

Heu ubi nunc latitat potuit qui scribere tanta?"

Heu ubi nunc vivit Musa colenda tua?"

(*Ditii Ferdinandi fratris Hispani in mortem Erasmi lamentatio*. Op.Omn. I. *Epitaphia in laudem Erasmi*).

"Corpus humo, superis animam, dat nomen in aevum lex, pietas, virtus, Roterodame, tua".

(*Joannis Morelli Ebrudunensi*, Op.Omn., I).

14 Cuando otra cosa no se indique, las obras de Erasmo se citan aquí por lo general por la edición *Opera Omnia* de Leyden. A veces se hace por la edición española prologada por Lorenzo RIBER, *Obras escogidas de Erasmo*, Madris, Aguilar, 1956, o bien por la edición de las cartas de ALLEN, *Opus epistolarum Desiderii Erasmi Roterodami denuo recognitum et auctum*, Oxford, 1906-47, 11 vols., o bien por la trad.francesa en la *Correspondance d'Érasme*, Textes traduits et annotés par. Marie DELCOURT.

## ERASMO DE ROTTERDAM Y EL MUNDO DIPLOMÁTICO

### El primer entorno

El entorno de los amigos de Erasmo estuvo compuesto, a lo largo de toda su vida por los eruditos como él. Estudiosos de la tradición grecolatina y de la cristiana, exegetas de los textos bíblicos o de los Santos Padres, veneradores del Santo de Hipona, finos utilizadores de viejos adagios de sabroso contenido, o de apotegmas plenos de acendrado saber. Eran hombres temerosos de los sucesos del tiempo y aleccionadores de útiles verdades, más ideales que realizables. Fieles a su Iglesia y a su Escritura. Es decir, hombres de tradición y de fe y de doctrina cristianas.

Éstos fueron sus amigos. ¿Y sus enemigos? Curiosamente, también los hombres de tradición y de fe y de doctrina cristianas. Porque el enorme trastorno que por entonces vivió la Cristiandad europea a causa de la reforma luterana enfrentó a Erasmo con quienes se tenían por sus seguidores y acabaron siendo, como él, irritado, diría, sus *sicofantes*. Eso fue seguramente la gran tragedia, la gran gloria y la gran frustración del Erasmismo.

Pero no es de eso, no es de esos numerosísimos fieles amigos o ásperos polemizadores rivales, no es de esa controversia de la que aquí habría ha de tratarse. Porque hay **otro mundo**, que también constituye el entorno de Erasmo.

Otro es el mundo, en efecto, no el de la Teología, el que aquí corresponde, sino el de la sociedad internacional, que conviene al enunciado tema, el de Erasmo en la Diplomacia de su tiempo.

En ese otro entorno Erasmo tuvo igualmente sus amigos.

Erasmo de Rotterdam ciertamente nació en el centro de una intensa actividad. Su tierra natal era rica por finanzas y comercio, esplendorosa por las Bellas Artes, lugar de cruce de rutas europeas, pero también sumamente influyente en la Política. Desde 1482, Duque de Borgoña y Conde de Flandes era el hijo del Rey de Romanos, es decir del Soberano del Imperio, Maximiliano, y había de casar con quien iba a ser la heredera del Reino de Castilla. A él lo llamaron *el Hermoso*, como a su homónimo bisabuelo lo habían llamado *el Bueno*. Felipe era el nombre de los dos.

Si aquella tierra era cruce de importantes rutas y aquel emporio comercial recibía mercaderías por vía terrestre, marítima y fluvial, aquella Corte era encuentro de altos mandatarios. Procedían del Imperio Alemán, de las vecinas Francia e Inglaterra, del Papa de Roma, de los monarcas que regían la Península Ibérica. Lugar, pues, de magnates y señores, es decir de mecenas y cortesanos.

### Mecenazgos cortesanos

Pero Erasmo no era por nacimiento o familia hombre de Corte. Si algo iba a aproximarle a ella no era linaje ni riqueza, sino precisamente aquello que Cicerón en sus días había descubierto precisamente en viaje por aquellas regiones y denominado

“studia humanitatis”. Desde joven, Erasmo se había dedicado a tales estudios con rigor y pasión. Ciertamente no por ansia de medro ni de ambiciones terrenas, sino antes bien por devoción propia de su condición eclesiástica, de la regla de San Agustín.

Los latines, sin embargo, servían entonces a muchos eruditos para suplir a los políticos en aquello en que éstos eran supinos ignorantes, en el arte de discursar. Los humanistas italianos celebraban en bellas oraciones latinas a los príncipes de su país, el Cardenal gerundense Joan de Margarit pronunció en Venecia como Embajador de sus Católicos Reyes un discurso que se hizo célebre, además de haber escrito un tratado vindicatorio de su Reino, con el pomposo título de *Paralipomenon Hispaniae*. Y al propio Rey de Romanos Maximiliano lo había ensalzado y deleitado un humanista suizo, Vadian, que le procuró memorables discursos áulicos.

Con todo, y habida cuenta de su maestría en elaborar dedicatorias a los Grandes, plenas de encomios y laudatorias expresiones, y de saber usar de los elogios y brillantes, sólo hay un verdadero discurso erasmiano, para ser pronunciado en público, y ante qué público. Es el *Panegírico Gratulatorio*, dirigido a Felipe *el Hermoso*, a la vuelta de su viaje a España. Aun así, difiere, por razón de su ponderoso contenido, de los meros discursos meramente encomiásticos<sup>15</sup> o bien diplomáticamente orientados a algún fin político<sup>16</sup>, como abundaron en la época, que de ellos da sugestivos o memorables ejemplos. Frente al riesgo de la grandilocuencia, se inclinaba más bien Erasmo a recomendar sobriedad, para huir de excesos verbales.<sup>17</sup>

Muy lejos de la vida cortesana había transcurrido Erasmo su adolescencia y juventud. No le gustaron los claustros, ni la cogulla agustiniana, ni los maestros adocenados. Pero tampoco había en él nada que hubiera parecido acercarlo a las costumbres de los magnates ni a las relaciones entre Estados. Y sin embargo, pronto las cosas comenzaron a cambiar. Desde joven, ya ordenado *in sacris*, hay un elemento que consiente pensar que la fama de Erasmo como brillante escritor de cuidado latín había traspasado los límites de la alta sociedad. Una famosa ulterior carta de Beato Renano al Emperador Carlos V, en la que se detallan hechos de la biografía del humanista roterodamo, rememora un hecho decisivo de los comienzos de la carrera de Erasmo. Se refiere allí cómo el joven humanista se adscribió al séquito de un alto personaje, quien, sabedor de su prestigio<sup>18</sup>, lo había requerido a su servicio. Se trata de Enrique de Berghen<sup>19</sup>, Obispo de Cambray<sup>20</sup>, Canciller del Toisón.

---

15 Como los de Vadian, por ejemplo.

16 Como en el caso de Margarit en Venecia.

17 “Ad vitandam multiloquentiam”. *Adagiorum Opus*, Op. omn, II, 106 A-B.

18 “Audita Erasmi fama”.

19 O Berghes. Nacido en 1449, Obispo de Cambray en 1480, falleció el 7 de octubre de 1502.

20 “Cameracensis antistes, Henricus, ex Bergensium Regulorum familia prognatus, iuvenem iam sacris initiatum ad se vocat”. (Op. omn., I, prefacio)

Fue éste uno de los más relevantes diplomáticos de Felipe *el Hermoso* y sobre todo intervino en el matrimonio de éste con Doña Juana. Fue quien ofició sus fastuosas bodas en la iglesia de San Grommaire en Lierre, cerca de Amberes, el 20 de octubre de 1496. Fue además precisamente uno de los distinguidos embajadores de Felipe en sus importantes tratos con Inglaterra. Allí Berghen negoció el acuerdo mercantil de 1496 y allí volvió a ser Embajador en 1499 y al término de su vida, en 1501-2. Necesitaba el andariego Obispo a alguien que manejara un buen latín, según el propio Erasmo refiere<sup>21</sup>. Andaba ocupado en aspirar a un capelo, lo que según Erasmo hubiera logrado si no anduviera tan escaso de dinero.<sup>22</sup>

Fue, pues, Henri de Berghen<sup>23</sup> un notable Embajador de Felipe *el Hermoso* en Inglaterra ante Enrique VII. Allí por cierto buscó el asesoramiento de un muy notorio Embajador extranjero, muy experto en el país. Era don Rodrigo González de Puebla, que ocupaba el puesto en nombre de los Reyes Católicos de España desde 1485. Berghen trató de los efectos del *Magnus Intercursus* entre Inglaterra y Borgoña. Su hijo Juan VI, Sr. de Wallhain, también diplomático, juró ante Carlos VIII de Francia el Tratado de Senlis, junto con Eitelfried con Zellern. Era época de fructuosos tratos entre Londres y Bruselas.

A la vez que Enrique de Berghen, cuéntase también entre los protectores de Erasmo su hermano Antonio, abad de Saint-Bertin y consejero de Felipe *el Hermoso*. Acompañó a Margarita de Austria a Dôle cuando fue a casar con Filiberto de Saboya en 1501. Más tarde intervino en las negociaciones de Cambray en 1517. En el círculo de esos iniciales protectores se halló también otro importante prelado, Nicolas Ruistre, Obispo de Arras<sup>24</sup> e igualmente conspicuo personaje en la Diplomacia borgoñona desde tiempos de Felipe el Bueno, ejecutor de varias embajadas<sup>25</sup>, *audiencier* y *maître des requêtes*, además de Canciller

---

21 En apéndice a la carta a Abstemio, de Basilea de 2 de abril de 1524.

22 *Ibidem*. Con el tiempo, Erasmo se vería ofrecido un capelo y lo rehusaría alegando falta de los necesarios recursos. *Vide infra*.

23 1450-+7-X-1502, Sr.de Olmes, hermano de Cornelio de Berghen, y como se ha dicho Obispo de Cambray desde 17-V-1480 y Canciller del Toisón de Oro desde 1493.

24 Preboste de Lovaina. Obispo de Arras en 1502, Nicolas Ruyter, Nicolas Ruiterus en la correspondiente e inevitable latinización; para sus gestiones diplomáticas *vide Tratados Internacionales de España, Carlos V*; CSIC, III, I, pp. XXXIV, 4 y 19. Falleció en noviembre de 1509.

25 Formó parte con Jean de Courteville de la embajada borgoñona a Francia de 25 de marzo de 1500, seguida meses después, en noviembre de ese año, de la embajada de Guillermo de Croÿ y Engelberto de Nassau, el Mecenas del Bosco. Engelberto II de Nassau-Dillenburg. Príncipe del Imperio, del Consejo del Archiduque. Chambelán también fue de Maximiliano. Fue figura clave del gobierno de los Países Bajos, donde ejerció la lugartenencia en ausencias de Don Felipe. CAUCHIS lo tiene por "militaire et diplomate actif" (CAUCHIES, Jean-Marie, *Philippe le Beau, le dernier Duc de Bourgogne*, Turnhout-Bélgica, Brepols, 2003, pp. 59 s).

de la Universidad de Lovaina. Erasmo le dedicó opúsculos<sup>26</sup>. Se halló asimismo entre ellos Adolfo de Veere, que con el tiempo haría carrera política y diplomática bajo Carlos V, como Embajador en Inglaterra en 1525<sup>27</sup>. Erasmo le dedicó en sus primeros años una *epistola exhortatoria*<sup>28</sup>. Y en el ámbito de la Diplomacia, ha de situarse su relación con Filiberto Naturelli, preboste de Utrecht, Canciller de la Orden del Toisón, Embajador de Felipe I y luego de Carlos V en la Santa Sede<sup>29</sup>. En carta de Erasmo a Willem Hermansz (Guillermo de Gouda) escribe desde Lovaina a 27 de noviembre de 1503 que su vecino, el preboste de Utrecht, le ha hablado de él con gusto y a menudo.<sup>30</sup>

De todo lo anterior se deduce, pues, una temprana relación de Erasmo, aun cuando algo arbitrariamente rebuscada, cierto es, con el mundo de la Diplomacia, o, por decirlo más justamente, con el elenco de los personajes que en momentos de su vida, se ocuparon dignamente de ella.

Sin embargo, y pese a esos destellos de progresos en el campo de la vida mundana, su primero y luego famoso tratado lo dedicó Erasmo a una tarea precisamente opuesta a los atractivos del mundo y encaminada a enseñar las virtudes cristianas; fue el *Enchiridion* o *Manual* del soldado cristiano, escrito en 1501.

Pero verdad es, en todo caso, que Erasmo estaba siempre al tanto de los sucesos cortesanos. Es sabido que la rica biografía de Erasmo, sin duda por razón del tiempo en que vivió, es la de un erudito humanista y cristiano pero, a la vez, también la de un personaje que nunca fue ajeno a los sucesos de la época, bienquisto de los Grandes. Un acontecimiento importante de la relación de Felipe *el Hermoso* con el Papa fue el honroso envío que éste le hizo de la preciada Rosa de Oro. Erasmo no anduvo lejos ni fue insensinle al hecho. El envío tuvo lugar en julio de 1498 y Erasmo lo menciona en cartas al Obispo Martín y a Nicolás Werner desde Bruselas.

Por eso no puede olvidarse que tres años después, treinta y siete años tenía él ya, fue cuando Erasmo entró vistosamente en el mundo de esos Grandes. En 1504 le fue encargado escribir y pronunciar un solemne discurso. Era en honor de

26 *Vide* carta de Erasmo a Ruistre de Lovaina 17 de noviembre de 1503. Hay trad. francesa en *Correspondance d'Érasme*, Textes traduits et annotés par. Marie DELCOURT, Bruxelles, Gallimard, 1967, I, pp. 365 ss.

27 *Vide alibi*. BATAILLON, *op. cit.*, p. 79.

28 *Vide* asimismo carta dirigida a él por Erasmo desde París en 1499. *Vid* en la citada *Correspondance*, I, p. 201.

29 *Correspondance*, I, p. 370. *Vide* sobre él OCHOA BRUN, M.A., *Historia de la Diplomacia española*, volúmenes IV y V, *passim*. *Vide* también OCHOA BRUN, M.A., “La Diplomacia de Felipe *el Hermoso*”, en *Miscelánea diplomática*. Madrid. Real Academia de la Historia. Clave historial. 2012.

30 P.S. ALLEN, *Opus epistolarum Desiderii Erasmi Roterodami denuo recognitum et auctum*, Oxford, 1906-47, 11 vols. Hay trad. francesa en la citada *Correspondance d'Érasme*, Textes traduits et annotés par Marie DELCOURT, I, p. 370.

su amo, el Duque Felipe, que había regresado de un viaje a España con su esposa, la Infanta Juana. Se trataba de dedicarle un voto de felicitaciones y Erasmo le puso por título *Panegírico Gratulatorio*. Erasmo lo leyó, en presencia del soberano, el día de la Epifanía del Señor de 1504. Si no lo era ya<sup>31</sup>, Erasmo se hizo conocido de la Corte con ese motivo. Entraba con pleno derecho en el ámbito de los políticos, al honroso y honrado servicio de los poderosos. El soberano mostró a Erasmo su gratitud con un regalo de cincuenta libras y además le otorgó el 21 de octubre de 1504 una pensión que ascendía a la suma de diez libras<sup>32</sup> de a 40 gros de Flandes para ayuda de sus estudios en Lovaina<sup>33</sup>. Una libra de moneda de Flandes vendría a equivaler a 3 ducados y 1/3 de España, ergo 10 libras eran 33 ducados y 1/3, suma no desdeñable para el erudito al que sus estudios tenían retraído en Lovaina. Andando los años recordaría Erasmo con gratitud aquella pensión de Felipe *el Hermoso*<sup>34</sup>. Gracias a ella, según Bataillon, Erasmo por entonces rehuyó la Corte y se refugió en Lovaina, al amparo de su biblioteca.<sup>35</sup>

A la búsqueda de curiosidades, aquí se muestra una. Notorio es en efecto el hecho de que en el documento de concesión de esa pensión figure la firma del Secretario del soberano, cargo que ostentaba Philippe Haneton. Este conspicuo personaje fue un destacado miembro de la administración pero también de la Diplomacia de Felipe *el Hermoso*<sup>36</sup>. Era Señor de Linth, Primer Secretario y *audien-cier* del Archiduque, en cuyo nombre había ejercido embajadas a Francia en 1498. Acerca de esa relación con Francia, redactó Haneton, en su calidad de Secretario de Don Felipe, un extensísimo informe sobre la base de recopilados documentos, que se conserva en el Archivo de Viena. Contiene documentación de los años de 1499 a 1505, relativa a Tratados, alianzas, declaraciones y otros actos<sup>37</sup>. Todos ellos son referentes a las relaciones diplomáticas de Felipe *el Hermoso* con Francia, que ocupaba por entonces una parte muy relevante de su política exterior.

---

31 *Vide supra*.

32 Cincuenta *felipes* refiere el propio Erasmo en su carta a Botzemio Abstemio.

33 El documento está transcrito por ROERSCH, Alphonse, *L'Humanisme belge à l'époque de la Renaissance*, Bruxelles, Van Oest, 1910, p. 25. *Vide* asimismo en *Correspondance*, I, p. 378.

34 “Me annuo salario benignissime invitavit”, escribió a León X, Londres, 9-VIII-1515. Op. Omn. III, 158 E y F.

35 Marcel BATAILLON, *Erasmus y España*, México/Buenos Aires, FCE, 1950, p. 81 s.

36 Sobre los embajadores de Don Felipe, puede consultarse OCHOA BRUN, M.A., “La Diplomacia de Felipe *el Hermoso*”, en *Miscelánea diplomática*. Madrid. Real Academia de la Historia. Clave historial. 2012.

37 En el Archivo de Estado de Viena se halla un voluminoso documento titulado “Collecta per magistrum Philippum Haneton, primum Secretarium regis Castellae, ex literis memorabilibus et documentis tractatum, confederationum, protestationum et aliorum actuum transactionum, factorum et concordatorum inter Regem Franciae, Ludovicum XII, et Philippum, Regem Castellae”; cubre los años de 1499 a 1505. (Haus=, Hof= und Staatsarchiv, Spanien, Varia, Karton 1).

Acaso sea éste otro de los primeros contactos comprobables de Erasmo con uno de los prohombres diplomáticos de Felipe *el Hermoso*. Pero ello naturalmente no pasará de ser tal vez una simple casualidad.

Por lo demás, también se ha apuntado ya aquí al hecho de que en la Corte y entorno de Felipe *el Hermoso*, Archiduque de Austria y Duque de Borgoña, pululaban muchos personajes: consejeros áulicos, prelados de alta sede, embajadores de otros monarcas, secretarios y chambelanes. Entre ellos encontraría Erasmo los futuros protectores.

Al tratar precisamente del primero de ellos, el citado Enrique de Berghes que lo llevó a Inglaterra, no hubiera sido descaminado pensar (y es una tentación sugestiva) que Erasmo cooperara como valioso escriba en las labores del Embajador-Obispo, en esos últimos años de su actividad diplomática. Téngase presente que por entonces viajó Erasmo a Francia y a Inglaterra. Pero no parece haber sido la tarea diplomática al servicio del Embajador-Obispo, la que llevara a Erasmo a Francia ni al otro lado del Canal.

En Inglaterra, en todo caso, estuvo bien atento a los elementos que experimentaban por entonces una reseñable actividad, digna de atención para este tema: la Cultura humanística y la Diplomacia. En cuanto a lo primero, hallándose Erasmo en Londres en 1505, en carta a Servasio Roger, de Londres, escribe que en aquella capital hay cinco o seis hombres instruidos en latín y griego, como no los hay en Italia, y que todos ellos lo estiman mucho, a él y su saber.

Escudriñando las personas, parece que uno de ellos bien pudiera ser Cuthbert Tunstall<sup>38</sup>. Era éste un humanista erudito, que había estudiado en Oxford, Cambridge y Pavía, además de ejercer como diplomático de relieve; en su condición de canciller de Warham, el arzobispo de Canterbury, éste le encargó diversas embajadas<sup>39</sup>, algunas de las cuales lo acreditarían ante Margarita de Austria, el Emperador Maximiliano I y Carlos I, Rey de España. Como hombre de Estado, fue alto funcionario de la administración real inglesa en el importante cargo de *Master of the Rolls*.

Para entonces probablemente Erasmo iba ya a contarse en la Corte del Archiduque Carlos, Rey de España desde 1516. Él mismo refiere que lo estaba gracias al favor del Canciller Le Sauvage.<sup>40</sup>

Pues bien, en 1515 se planteó por Enrique VIII el envío de una notable embajada al continente. Se trataba de aclarar puntos de disensión entre el monarca británico y el gobierno del Archiduque Carlos en los Países Bajos. Como

38 *Vide Correspondance d'Erasmus*, I, p. 390. *Vid.* también carta de Erasmo a Aldo Manucio en 1507.

39 Warham, William, Master of the Rolls de 1494 a 1502. Arzobispo de Canterbury desde 29-XI-1503. Fue Embajador de Inglaterra a los Países Bajos y ante Maximiliano en 1493.

40 *Vide* carta de 24 de febrero de 1516, Op. Omn., III, I, 186 E. "Cancellarius Burgundiae, cuius opera primum adscitus sum in famulitium Catholici Regis Caroli".

Embajador se nombró al acaso más importante hombre de la Corte inglesa y persona de particular aprecio del Rey: Tomás Moro. En esa su embajada a Brujas lo acompañaba el citado Cuthbert Tunstall.

Él mismo Moro lo describe.

“Hallándose en discordia en asuntos de no poca importancia el Rey Enrique de Inglaterra y el Príncipe de Castilla Carlos<sup>41</sup>, fui enviado en embajada a Flandes, para resolver el litigio, y me acompañó el incomparable Cuthbert Tunstall, a quien el Rey acababa de nombrar Master of the Rolls, con gran aplauso de todos. No haré aquí su elogio, por miedo de que mi amistad haga dudar de la veracidad, sino porque su virtud y su ciencia superan lo que yo pueda alabar y sus méritos son tales y tan brillantes que sería como iluminar al sol con una linterna”.<sup>42</sup>

Tunstall en efecto era el paradigma de diplomático y a la vez de erudito humanista. Como tal lo ensalzo el propio Moro en sus cartas a Erasmo. Y, como no podría ser de otro modo, el propio Erasmo lo conoció y trató y sobre él se mostró admirativo. “Tonstallus, Britannus regius istic orator, homo singulari doctrina ut audio”, escribe de él.<sup>43</sup>

El principal tema de la embajada era completar los acuerdos de intercambios económicos anglo-flamencos del llamado *Magnus Intercursus*. Mas sucede que ese viaje de la embajada británica a Brujas acabó teniendo una inesperada e ingente influencia en la literatura europea. Fue en su curso, cuando Tomás Moro escribió la que sería su más famosa obra, la *Utopía*.

Para subrayar aún más el carácter intelectual de esta selecta misión diplomática, debe añadirse que en ella iba como miembro John Clement, un erudito antaño estudiante oxoniense, luego a las órdenes del Cardenal Wolsey y que ejerció de tutor de los hijos de Moro y acompañante de éste en sus tareas internacionales. También vinculado a Erasmo y Vives por amistad.<sup>44</sup>

Por cierto que si esa notoria embajada de Moro a Brujas debiera de resultar no sólo vistosa por el suceso, sino también destacada por mor de la cultura de

41 El futuro Carlos V era a la sazón soberano de los Países Bajos y a la vez tenía la expectativa sucesoria de Castilla, que se realizaría al año siguiente, en 1516, a la muerte de Fernando el Católico.

42 “Quum non exigui momenti megotia quaedam invictissimus Angliae Rex Henricus, eius nominis Octavus, omnibus egregii Principatibus ornatissimus, cum Serenissimo Castellae Principe Carolo controversa nuper habuisset, ad ea tractanda, componendaque Oratorem me legavit in Flandriam, Comitem et collegam viri incomparabilis Cuthberti Tunstali, quem sacris scriniis [*Master of the Rolls*] nuper ingentium gratulatione praefecit. De cuius sane laudibus nihil a me dicitur, non quod verear ne partim sinceræ fidei testris habenda sit amicitia, sed quod virtus eius ac doctrina major est, quam ut a me praedicari possit, tum notior ubique atque illustrior, quam ut debeat, nisi videri velim Solem lucerna, quod ajunt, ostendere”. Inicio de la *Utopía*.

43 Op.Omn., III/I 168 D.

44 *Vid.* en GARCÍA HERNÁN, *op. cit.*, p. 80.



sus participantes, lo fue también por los del lado opuesto. Y desde luego alguien merece ahí ser destacado. Se trata de Georg van Theimsecke.

Era éste un eclesiástico y jurista que ejercía como preboste de Kassel desde 1505, antes deán de Brujas y luego de Courtray. Pero sus especiales condiciones lo hicieron llamativo a la Corte de Maximiliano I, quien lo envió como Embajador a Inglaterra en 1508. Allí quedaría más tarde como Embajador de los Países Bajos, sucediendo a Johann Jonglet, ya en nombre de Carlos V. En 1515 Theimsecke negoció en Brujas con los embajadores ingleses, como el propio Moro refiere, con elogio a su persona.<sup>45</sup>

Pues bien, también Theimsecke habría de contarse entre las amistades de Erasmo, quien tampoco le regateó adjetivos encomiásticos.

Las negociaciones de Brujas fueron muy transcendentales en el terreno de la Diplomacia. Había acudido a ellas como Embajador de Enrique VIII de Inglaterra nada menos que el Cardenal Wolsey, y en su embajada figuraban distinguidísimos personajes de la diplomacia británica, por cierto amigos todos de Erasmo: Cuthbert Tunstall, Mountjoy o sobre todo Tomás Moro. Precisamente en junio de 1516, al referir un acontecimiento social, una comida en el curso de la cual pudo cumplimentar al Canciller Le Sauvage, cuenta Erasmo que se hallaba también el preboste de Kassel, el citado Embajador erudito, Georg Theimsecke<sup>46</sup>. Y añade otros encuentros: así el Nuncio Carafa, Obispo por entonces de Teati<sup>47</sup>, el citado Tunstall, Mountjoy y Enrique de Berghen. Son la flor y nata de la Diplomacia del momento. Y Erasmo los cultiva. Refiere expresamente: “Me reuní con el Obispo de Teati y cené con él”. Va a acompañar al Príncipe Carlos a España<sup>48</sup>. Y también: “hoy cené en casa de Tunstall”.<sup>49</sup>

Tales fueron algunos encuentros diplomáticos, en los que brillaron distinguidos hombres de humanidades. (Por lo que a Cuthbert Tunstall se refiere, con el tiempo le esperaba una brillante carrera<sup>50</sup> en la Corte londinense y en

45 Cuando Moro menciona a las personas que participaron en la negociación de Brujas en nombre de Carlos, cita al prefecto de aquella ciudad y a Theimsecke, preboste de Kassel, a éste con particular elogio. “Occurrerunt nobis Brugis (sic enim convenerat) hi quibus a Principe negotium demandabatur, egregii viri omnes. In his praefectus Brugensis, vir magnificus, Princeps et caput erat; caeterum os et pectus Georgius Tlemsicus, Cassiletanus Praepositus, non arte solum, verum etiam natura facundus, ad haec Jureconsultissimus, tratandi vero negotii cum ingenio, tum assiduo rerum usu eximius artifex”. (*Ibidem*).

46 Escribe Erasmo: “Cancellarium salutavi. Aderat forte fortuna tum in caena praepositus ille Cassiletanus, vir iuxta doctus atque humanus”. MORO, Op. Omn., p. 335, RIBER, p. 1346. Theimsecke habría de fallecer en 1535.

47 Fundador de los teatinos junto con Cayetano di Tiene. Carafa sería con el tiempo Cardenal y finalmente papa Pablo IV, por cierto uno de los mayores enemigos que ha tenido España en el solio pontificio.

48 Carlos iba a tomar posesión de sus Reinos españoles, tras la muerte de su abuelo Fernando el Católico.

49 Todo ello en la carta de Erasmo a Moro, desde Bruselas, a 3 de junio de 1516. RIBER, 1346.

50 Había nacido en 1474 y moriría en 1559.

la Iglesia, en la que fue Obispo de Londres en 1522 y de Durham en 1538<sup>51</sup>, sucediendo al Cardenal Wolsey. Le cupo la honorosa tarea de intervenir en las negociaciones de la Paz de Cambray o de las Damas<sup>52</sup> en 1527. Menos grato fue que le correspondiese formar parte del tribunal que interrogó a la Reina Catalina, de lo que informó en su día Iñigo de Mendoza, Embajador de Carlos V en Inglaterra<sup>53</sup>. Luego le correspondió sufrir en propia persona los avatares de la forzosa anglicanización de la Iglesia en Inglaterra).<sup>54</sup>

Erasmus, pues, se vio inmerso en los tratos de los Príncipes, y también favorecido por éstos. Y por ello también en medio de tratos y con personas involucradas en acaecimientos diplomáticos, abundantes en el momento.

### La pedagogía de la Paz

¿Qué podían ver aquellos personajes de atractivo para dispensar a Erasmo una protección que, junto con admiración, podía basarse en interés? Un motivo era evidentemente pedagógico. Erasmo ofrecía la enorme erudición del eventual maestro. Eran aquellas casas nobles aficionadas a las letras clásicas. Erasmo brindaba enseñanzas de latín y griego, necesarias para brillar doquiera, pero también para servir en cargos públicos. Su docencia era bienvenida y bien remunerada. Igualmente su compañía, que respaldaba con su saber a aquellos altos personajes en sus viajes y en sus cometidos. Ello permitió a Erasmo viajar por Francia, Inglaterra e Italia. Consecuencia de ello era el deseo de los Príncipes de tener a Erasmo entre sus inmediatos servidores. En 1515, Erasmo fue elevado a la categoría de Consejero, por instigación del Canciller Le Sauvage.

El siguiente motivo era ideológico. Los escritos de Erasmo, que gozaban de gran difusión en Europa, servían para respaldar las ideas políticas, por las que los Príncipes reclamaban pomposamente una paz que no precisamente acreditaban con sus frecuentes campañas. La paz era verdaderamente la meta de sus aspiraciones a través de la teoría de sus escritos. Tal era también el objetivo de la mayoría de los humanistas en sus vibrantes alegatos irenistas, bien conocidos. Pero resulta significativo que uno de esos importantes alegatos erasmianos, la

51 Op.Om., III, 288 D. Fallecería en 1559.

52 Margarita de Habsburgo, tía de Carlos V (y espléndida Gobernadora y diplomática) y Luisa de Saboya, madre de Francisco I.

53 Vid. documentación en el Archivo de Viena (Haus-, Hof- und Staatsarchiv, Spanien fasc 224 n° 15. 18-XI-1528, y *Calendar of State Papers*, Spanish, vol. III, parte II, I, Londres, 1877, años 1527-29, p. 845.

54 De ambas sedes, Londres y Durham, fue aún Obispo católico. De Durham fue depuesto el 14 de octubre de 1552 bajo Eduardo VI, repuesto el 1554 bajo María I y definitivamente depuesto el 25 de septiembre de 1559 bajo Isabel I, con lo que cesa el episcopado católico de aquella sede y también la vida de Tunstall el 18 de noviembre de ese año (EUBEL, *Hierarchia Catholica*, III, pp. 228 y 189).

famosa *Querela Pacis*<sup>55</sup> escrita por el roterodamense en 1517, le fuera solicitado por uno de los personajes a que se viene aludiendo en estas páginas. Fue el Canciller Le Sauvage, interesado sin duda en propagar una ideología pacifista. Era un resuelto favorecedor de Erasmo. Éste, en alguna de sus cartas, se dirige a él como “vir incomparabilis et patrone summe”.<sup>56</sup>

El mecenazgo político desembocó en suceso cultural. Los avatares del hecho merecen atención. La época era de movimiento diplomático. Corría el año 1516. En ese año se produjo un evento de ingentes consecuencias. En Madrigalejo había fallecido Fernando el Católico, el monarca diplomático del siglo, cuya herencia se desplazaba al Norte. En su testamento quedaba el Archiduque Carlos, como nuevo soberano de las Españas en corregencia con su madre, Juana. Era época de discordias internacionales. De guerra para los guerreros. Pero por lo mismo época de búsqueda de paz para los diplomáticos. Erasmo acababa de ser invitado a la Corte de Borgoña, según él mismo refirió siete años después en carta autobiográfica a Botzhemio Abstemio (Jan Botzheim)<sup>57</sup>. Se había por ello de verse implicado en los manejos diplomáticos para la solución pacífica. Se trataba por entonces de convocar en Cambrey una asamblea de paz que hubiera reunido al Emperador Maximiliano, a Francisco I de Francia, a Enrique VIII de Inglaterra y a Carlos, Duque de Borgoña y desde hacía bien poco Rey de España. “Nuestro Carlos”, lo llama Erasmo.

La conferencia de plenipotenciarios fue preparada para marzo de 1517 por dos importantísimos ministros de la Corte de Bruselas, Guillaume de Chièvres, ya ministro principal de Carlos, y Jean Le Sauvage, su Gran Canciller. Según palabras del propio Erasmo, había muchos que querían una paz que no fuese paz y una guerra que no fuese guerra, y cita —erudito hasta el fin— una mención de un personaje de Plutarco que proclamaba que las mejores carnes son las que son poco carnes y los mejores pescados son los que tienen menos de pescados<sup>58</sup>. En todo caso, parece haber habido quienes efectivamente deseaban y a la vez no deseaban una paz verdadera.

Finalmente se firmó el 11 de marzo la paz entre Carlos y Francisco de Francia. Para promover el espíritu de paz, el Gran Canciller Le Sauvage encomendó a Erasmo que escribiese una obra sobre el tema y de ahí salió una de las relevantes producciones del roterodamo, la citada *Querela Pacis*, o *Pacis quaerimonia*, en la que se proclama el verdadero credo pacifista que acompañaría a

---

55 Op. Omn., IV, 626.

56 Op. Om., III, 155-6.

57 Escrita en Basilea 30 de enero de 1523.

58 Atribuido al poeta Filoxeno de Citerea. Plutarco.

Erasmus en toda su vida como un *Leitmotiv* de su ideología. Apareció editada por Frobenius en 1517.

Erasmus declara explícitamente que la *Querela* le fue solicitada por Le Sauvage: “itaque iussu Ioannis Sylvagii scripsi Pacis Querelam”, escribe en carta autobiográfica a Botzhemio Abstemio. Le Sauvage habría de fallecer durante su estancia en España, en Zaragoza, el 7 de junio de 1518, lo que afligiría grandemente a Erasmo: “Meus Cancellarius periit in Hispaniis: unde spei nostræ summa pendeat”<sup>59</sup>. Hubiera fiado mucho, pues, Erasmo para su popia vida, de la protección del Canciller.

Añádase que en las negociaciones de Cambray intervino asimismo Arn-tonio de Berghes, hermano del Obispo Enrique y también protector de Erasmo, como ya se ha dicho.

De ese modo, ya la coincidencia entre las ideas erasmianas y la teoría política de los Príncipes se muestra en el Irenismo del autor, que constituye la base de toda su manera de concebir la deseable relación de los Reinos en una República cristiana, basada en la concordia, en la condena y repulsa de toda guerra, tema bien conocido en la Historia de las Ideas Políticas.

### **El ascenso del amo**

En 1517, Carlos de Habsburgo, o de Borgoña, había de emprender viaje a España. Lo acompañaban sus consejeros y cortesanos que lo habían rodeado en Bruselas. Eran patronos y fautores de Erasmo, que irían en el cortejo de quien era ya nuevo Rey de Castilla.

Proclamado éste como tal en Bruselas, el 14 de marzo de 1517, no partiría para España hasta el 8 de septiembre. Pero ya estaba tomando decisiones referentes a la gobernación de sus Reinos; tal fue su participación en las citadas negociaciones de Cambray; también los nombramientos de sus inmediatos servidores y futuros acompañantes a España. Además de los mencionados Chièvres y Le Sauvage, figuraba entre ellos con carácter muy conspicuo Jerónimo Busleyden, ya vinculado a la incipiente Diplomacia carolina. Nombres todos unidos luego al de Erasmo.

¿Diplomacia? En ese momento se cuenta precisamente con Busleyden como Embajador de Carlos I a Inglaterra. De tal propósito se enteró en Inglaterra Tomás Moro, quien lo comunicó a Erasmo<sup>60</sup>. En febrero de 1516 escribía Tomás Moro a Erasmo desde Inglaterra que probablemente se nombraría a Jerónimo Bus-

59 Y añade significativamente: “si tres menses adhuc superfuisset, ampliter prospectum erat Erasmo”. *Vide* sobre ello BATAILLON, *op. cit.*, pp. 80 ss.

60 “Eum audio iam nunc ad Principem nostrum legatione functurum”. Elogia su biblioteca. *Op. Om.*, III, 222 C, 378 E, 1836 E.

leyden como Embajador de Carlos en la Corte inglesa. Era Busleyden arcediano de Cambrai, hombre bienquisto de ambos humanistas, como erudito, propietario de rica biblioteca<sup>61</sup> y hombre versado en ambas lenguas, hermano del Arzobispo Francisco Busleyden<sup>62</sup>. Confiaba mucho Erasmo en su protección, como le había prometido si su hermano el Arzobispo regresaba sano y salvo<sup>63</sup>. Pero el futuro de Francisco Busleyden había de ser el de acompañar seguidamente a Carlos y a su cortejo a España y desgraciadamente el de fallecer en el camino, un suceso del que también los humanistas se hacen eco. Erasmo lo cuenta al Cardenal Wolsey, aludiendo también a aquella primera embajada a Inglaterra.<sup>64</sup>

Erasmo, bienquisto de la Corte propia de los Habsburgo, también de las Cortes ajenas de Francia, de Inglaterra. Erasmo, Consejero y asesor de Príncipes. Diríase que era un hombre de Estado. Sin embargo, ello contrasta con su permanente ocupación de hombre de estudio, de erudito, de humanista, que lo hizo famoso y admirado en toda Europa. Fue ante todo un hombre de libros, de gabinete de trabajo intelectual.

Es decir, la actividad de hombre de Estado, en la medida en que como consejero lo fuese, desde luego no interfirió con su fundamental dedicación intelectual. No hay motivo para pensarlo, aunque en cierto momento alguno lo sospechara o lamentara. En 1520, Andrea Alciato escribe quejoso que desde que Carlos V ha nombrado a Erasmo Consejero, no parecen libros ni noticias del roterodamo. “Nullum de Erasmo librum nec nuntium habuisse, eumque postquam Carolo Imperatori a consilio factus est, a studiis semotum agere”<sup>65</sup>. El título (más bien honorífico pero vinculado a una remuneración de 200 florines anuales) le fue conferido a principios de 1516.

Mas esa actitud de reserva, congruente con su propia afición y sus tareas intelectuales, no impidió que Erasmo mantuviese, a lo largo de su existencia, relaciones frecuentes, amistosas e intensas con numerosas personalidades en el ámbito de la Diplomacia europea. Precisamente, inquirir y buscar tales personalidades y relacionarlas con su propia biografía es un ejercicio de sumo interés

61 *Ibidem*.

62 François de Busleiden, Arzobispo de Besançon de 14-III-1499, tesorero de Santa Gúdula, tutor de Felipe el Hermoso, fue Embajador de éste ante Fernando e Isabel, en 1500, junto con Philippe de Veyre.

63 *Vid.* carta de Erasmo a Willem Hermansz (Guillermo de Gouda) escribe desde Lovaina a 27 de noviembre de 1503.

64 “Periit et Hieronymus Buslidio, qui quidem apud vos legatione functus est”, Erasmo a Wolsey (Amberes, 9-IX-1517). Cita también la muerte en Vasconia en 2-XI-1517, Op. Omn., III, 270 F. (“Hieronymus Buslidio, Cancellarii nostri [de Sauvage] in Hispaniam comes, apud Vascones periit”, Lovaina, 26-X-1517, III, 1637 F; “in itinere Hispanico periit”, III, 1654 F). Ver también *ib.* 1629 B. Y RIBER, p. 1343.

65 Alciato a Francesco Calvo, 19-XII-1520, Gian Luigi BARNI, *Le lettere di Andrea Alciato, giureconsulto*, Firenze, Le Monnier, 1953, carta 5, 7, p. 11.

histórico a través de una tan sugestiva red de tratos entre personas que revela también un fértil intercambio, que precisamente en aquella época era una feliz manera de crear vínculos entre personas e ideas, por encima de lenguas y fronteras. El momento y lugar se hacían propicios.

En efecto, las sucesivas entronizaciones de Carlos en el ámbito de las monarquías europeas fueron acompañadas de gran movimiento diplomático. Porque, a poco de tomar posesión de sus reinos hispánicos, tocó al nuevo monarca aspirar (y conseguir) el más alto objetivo, la corona imperial. Ese revuelo y la elección tuvieron lugar en la proximidad del humanista roterodamo, que conoció, por lo tanto, las personas y los sucesos que removieron al mundo diplomático.

Esos grandes movimientos que alteraron las coordenadas de la realidad política e intelectual brindaron nuevos elementos en la vida de relación de Erasmo. Fueron el relevo en la cúspide, las pugnas en el suelo y la discordia en las conciencias. Todos tuvieron sus ecos diplomáticos y Erasmo los vivió.

El relevo fue la elección imperial de Carlos, ya Rey de España. La pugna fue la enseguida renovada guerra en varios lugares de Europa entre el nuevo Emperador y el Rey de Francia. La discordia en las conciencias fue el influjo en ellas de la Reforma luterana. Los embajadores, amigos de Erasmo, dieron a éste conocimiento directo de los sucesos y facilitaron por ello la presencia del humanista en aquellos eventos.

En relación con esos tres eventos se produjo el comprensible movimiento diplomático y, a su vez en relación con éste, cabe advertir de un modo u otro, la presencia de Erasmo, no física, desde luego, porque por entonces, Erasmo pasó el año de 1519 entre Amberes y Lovaina.

En primer lugar, la elección imperial. Porque de pronto, un poderoso acontecimiento esclarecía y ensombrecía a la vez el panorama europeo.

El Emperador Maximiliano había muerto en Wels el 12 de enero de 1519 y vertiginosamente se removieron por doquiera las apetencias con vistas a la próxima elección imperial. Y las apetencias de los Príncipes se tradujeron en el frenético y urgente envío de embajadores. Como las abejas cundo hay alarma en la colmena. Erasmo tuvo ocasión de conocer no pocas de aquellas embajadas y trabar contacto con embajadores. Muchos eran o llegaron a ser personajes relevantes de la Diplomacia del momento, como relevante era la misión que los acercaba al suceso de la elección imperial de 1519.

No era sólo un asunto alemán, sino europeo por la implicación de candidatos foráneos. Posibles candidatos a la corona real romana eran el Elector de Sajonia Federico *el Sabio*<sup>66</sup> y los Reyes de Francia y de Inglaterra. El menos

---

66 Seguidamente protector de Erasmo.

foráneo era el joven Rey de España, puesto que era nieto de su predecesor en el solio imperial y además era Príncipe del Imperio, en su calidad de Duque de Borgoña. Pero aspiraban además a la elección de otros dos soberanos europeos, los Reyes de Francia, Francisco I, y de Inglaterra, Enrique VIII. Ello causó la intervención de su diplomacia, que fue conocida personalmente del humanista holandés, para quien naturalmente, el candidato deseable era su príncipe, el Rey Católico, Carlos de Borgoña, “nuestro Carlos”, como él escribía. En Roma, el veleidoso León X, de quien con razón no se había fiado Fernando el Católico en su tiempo, propiciaba la candidatura francesa, receloso del excesivo poder de los Habsburgo, ya asentado en España, los Países Bajos y media Italia (peninsular e insular), más la exótica perspectiva oceánica de las “Islas y Tierra Firme”.

De los siete Príncipes Electores<sup>67</sup>, la mayor capacidad de decisión recaía sobre dos especialmente influyentes, el Duque de Sajonia, Federico *el Sabio*, y el Arzobispo de Maguncia, el Cardenal Alberto de Brandenburgo. En torno al Cardenal Alberto especialmente giraba el debate. Erasmo, que mantenía una afectuosa y deferente relación con el Cardenal, reconocía el peso que sobre éste recaía y agradecía que, en medio de tantas responsabilidades, hallara ocasión de atender sus cartas. Algo más. Se ocupó Erasmo de hacer de intermediario diplomático. Veamos cómo.

Durante su etapa en Inglaterra, que, como se vio, fue fecunda en la adquisición de importantes tratos de personas vinculadas a las Humanidades, pero también no pocas relacionadas con la Diplomacia, había establecido Erasmo una amistad que tendría duradera vigencia con un individuo de aquella Corte. Fue Richard Pace<sup>68</sup>, Ricardus Pacaeus, en la habitual latinización, “el más sincero de los amigos”, escribe Erasmo en la carta autobiográfica a Bothemio Abstemio. Pace era hombre político y diplomático. En esta calidad, Enrique VIII de Inglaterra lo había enviado a los Cantones suizos y al Emperador Maximiliano, como el propio Erasmo refiere<sup>69</sup>; pero, sobre todo, finalmente lo mandó en una importante misión a Alemania ya en tan temprana fecha como 1518, a los Príncipes Electores, con el cometido de sondear o en su caso de favorecer su elección imperial. Vista la inutilidad de la pretensión, Enrique VIII habría de reclamar pronto su regreso, ya en 1518, según Erasmo relata.<sup>70</sup>

67 Con arreglo a la *Bula de Oro* promulgada en el siglo XIV por el Emperador Carlos IV, Electores eran el Rey de Bohemia, los tres arzobispos de Maguncia, Colonia y Tréveris, el Duque de Sajonia, el Conde Palatino del Rin y el Margrave de Brandenburgo.

68 Nacido en 1482, muerto en 1532.

69 “Qui sui Regis nomine apud Helvetios et Maximilianum legatione fungitur”, carta a Enrique Bovilio, desde Rochester, a 31 de agosto de 1513, Op. Omn., III/I, 106 B.

70 En carta a Pablo Bombasio de 26 de julio de 1518. Op. Om, ep 377, Froude, p. 225. Según él ni el Rey ni el Cardenal Wolsey sabían prescindir de él. *Vid.* correspondencia de Erasmo, Op. Om., III, 105 B, 129 E, 220 A, 239 B, 441 C, 470 D, 237 B, 309 C, 321 A, 381 F, 477 E, 482 E.

Erasmus tenía de él una alta opinión. “Nihil est eo viro nec amantius nec integrius”, escribiría sobre él a su correspondiente Amonio en 1510<sup>71</sup>. Lo conocía ya de años atrás y sabía de sus misiones diplomáticas en Suiza y en el Imperio<sup>72</sup>. También lo cita Moro en carta a Erasmo.<sup>73</sup>

La embajada de Pace, en nombre de Enrique VIII para favorecer su elección imperial no pasó, naturalmente, inadvertida a su amigo Erasmo. Pero lo significativo es, por razón del presente tema, que Erasmo recomendó a Pace al más influyente Elector del momento en las importantes fechas de 1519, el cardenal de Maguncia, con el que Erasmo tenía tan buena relación. Previno a éste de la llegada de Pace y, a la vez no dejó de ensalzar sus dotes para mejor recomendar la embajada.<sup>74</sup>

Alberto respondió complacido el 13 de junio de 1519 desde Frankfurt, donde se hallaba por la elección imperial<sup>75</sup>. El Embajador le ha agradado por sus dotes y Erasmo a su vez contesta: “non dubitabam, quin tibi modis omnibus esse placiturus”<sup>76</sup>. Erasmo más tarde alude al regreso de Pace, cumplida su embajada en el Imperio.<sup>77</sup>

Por cierto que Erasmo escribe al Arzobispo maguntino agradecido de que, en tales circunstancias, éste se haya dignado mantener con él tal intercambio epistolar: “in tam immensis studiorum laboribus lassescenti nonnunquam non modo calcar...”, “gratias agerem celsitudini tuae pro tam singulari in hunc homuncionem civilitate”. Al mismo tiempo hace voto por que “Carolus noster” suceda a Maximiliano. “unus hac tempestate merito visus idolneus, qui cum tantam Imperii molem sustineat tum Maximiliano succedat”.<sup>78</sup>

No contento con la presentación de su amigo Pace al influyente Cardenal de Maguncia, también lo había recomendado a Antonio de Berghes, deseándole lo conociese: “Hunc Ricardum Paceum, serenissimi Regis Anglorum

71 Op. Om, III/I, 105 B, Ep. CXI, De Erasmo a Ammonio, Cambridge, 21-XII-1510.

72 Op. Om, III, 129 E, ep. CXLVIII a Henrico Bovilio, 31-VIII-1513 desde Inglaterra, de Rochester, desde la casa del Obispo Fisher. *Vid supra*, nota 69.

73 “Paceus noster isthic legatione [in Italia?] fungitur. [...] Ita enim abest a nobis, ut tamen non absit tibi” III/I, 220 A, ep. CCXXVII, de Londres año 1516.

74 Le escribe: “Richardus Paccaeus, qui Regis sui nomine Legatus ad vos venit, praeter alias innumeras dotes, vir est insigni utriusque literaturae peritia praeditus, apud Regiam Majestatem multis nominibus gratiosissimus, fide sincerissima, moribus plusquam niveis, totus ad gratiam et amicitiam natus: quem si dignaberis propius nosse, scio, gaudebis te a nobis admonitum fuisse” Op. Om, III/I, 441. C, E, ep. CCCXXIX, de Erasmo al Arzobispo Alberto de Maguncia, Amberes, 20-V-1519

75 Op. Omn., III/I, 451, BCD.

76 Op. Omn., III/I, 495, D.

77 “Ricardus Paccaeus, vir in utraque literatura praecellens, qui in electione Imperatoris, nomine serenissimi Angliae Regis legatione fungebatur”. A Jorge Spalatino, III/I, 482 D, de Amberes 7-VIII-19. ep-CCCCL.

78 III/I, 494 F, ep. CCCCLVI, de Amberes, 16-VIII-1519.



Oratorem, eique gratiosissimum, si propius complecteris, gaudebis hominis consuetudine”<sup>79</sup>.

Por lo demás, son copiosas las referencias en la correspondencia erasmiana a la embajada de Pace. Así en carta al Cardenal-Legado Campeggi alude a la embajada de Pace, “qui serenissimo Regi primus est a secretis”. y dice de él que es “homo nimirum non minus facundus quam eruditus”<sup>80</sup>. Y en otra carta a Egidio Busleyden, de Bruselas, llama a Pace “Orator Regis Angliae Ricardo Pacaeo, viro utriusque literaturae calendissimo”<sup>81</sup>. Las cartas abundan en elogios a Pace. Erasmo a Moro cita a Pace, ya regresado de la embajada a Alemania y lo llama “pacificus ille Pacaeus”. Con ese obvio juego de palabras en carta de Erasmo a su amigo Moro, se cita a Pace.<sup>82</sup>

Lo notable, y un poco descarado, fue que, cuando se supo el resultado de la elección, todo el mundo se deshizo en felicitaciones al otro candidato, Carlos V. El propio Erasmo lo comenta. Cuando escribe, como se ha referido, a Jorge Spalatino acerca de Ricardo Pace, se permite añadir: “ad primum rumorem, qui Carolo destinatum imperium nunciabat, tota haec regio sese in gratulationem et gaudium effundebat pene immodice”<sup>83</sup>.

La relación de Erasmo con Richard Pace<sup>84</sup> fue muy cordial, larga e intensa como lo acredita su correspondencia<sup>85</sup>. Mas no sólo fue en el ámbito político. Su relación intelectual fue mucho más importante, Pace se ocupó nada menos que de la edición de la traducción erasmiana del Nuevo Testamento<sup>86</sup>. Para esta importante obra, a la que Erasmo concedió gran importancia, fue valioso el impulso que recibió de un diplomático pontificio, Juan Pedro Carafa, Nuncio que fue en Inglaterra. Según carta de Erasmo al Papa León X (a quien dedicaría la obra) Carafa fue quien le animó a dicha versión de la Vulgata de San Jerónimo. “La palabra del reverendo Padre en Cristo Juan Pero Carafa, en la actualidad

79 Carta de Amberes, a 20 de mayo de 1519, Op. Omn., III/I, 442 A.

80 Op. Omn., III/I, 470 D, ep. CCCCXLV, de Erasmo al Cardenal Campegio, Lovaina, 14-VII-1519.

81 Año 1518, ep. CCCXLVI, (Op.Om., III/I, 381 F).

82 De Amberes, V-1519, III/I, 551 F.

83 Op. Omn., III/I, 482 D-E, de Erasmo a Jorge Spalatino, ep. CCCL, Amberes 7-VIII-1519

84 No debe confundirse con su casi homónimo Richard Pate, también humanista y diplomático, escolar que fue en Lovaina y en Oxford. Fue Embajador inglés ante Carlos V en 1533-37. Acendrado católico, se opuso a las reformas anglicanas y apoyó siempre a María Tudor. Era sobrino de John Longland, que fuera Obispo de Lincoln dese 1521 hasta su muerte en 1547 y por algún tiempo confesor real. Pate a su vez fue Obispo de Worcester en 1541, apresado más tarde por su catolicismo y desterrado, emigró a los Países Bajos, donde moriría en 1565. *Vid.* p.ej. David LOADES, *The Reign of Mary Tudor, Politics, Government and Religion in England*, Lonres, Longman, 1979, 1991, 1995, pp. 294, 299, 369-70.

85 Op. Om., III, 105 B, 129 E, 220 A, 239 B, 441 C, 470 D, 237 B, 309 C, 321 A, 381 F, 477 E, 482 E. Pace mantuvo asimismo correspondencia con el Emperador (RAH, Colección Salazar, A 28, f. 535).

86 *Vide* Op. Om., III, 237 B. Ep. 241, FROUDE, p. 198

Embajador de tu Santidad en Inglaterra, con su estímulo y con su aplauso me devolvió el coraje y me lanzó de nuevo a la liza”. Ensalza su singular elocuencia, su autoridad su piedad, su “pericia nada vulgar de las tres lenguas”, su “perfecto conocimiento de todas las disciplinas y señaladamente de la Teología”.<sup>87</sup>

Por su parte, la Corte francesa no había descuidado la relación diplomática. Su principal gestor había sido un importantísimo individuo de la política gala, el Obispo de París, Etienne Poncher. Acaso su biografía sea la más cumplida y sugerente de las de todos los servidores exteriores de la Corte francesa de Luis XII y Francisco I. Nacido en Tours en 1446, como jurista llegó a profesor de ambos Derechos en la Universidad de Tours, luego canciller de la misma como eclesiástico, rigió la sede de París en 1502. Como diplomático, fue Embajador de Luis XII ante Maximiliano en 1505 y, en ese mismo año formó parte de la embajada francesa a Felipe *el Hermoso*, en Bruselas, acompañado de Engelberto von Kleve, Conde de Nevers, Radulphe de Lannoy, Pierre de Saint-André, Jacques Olivier y Etienne Petit.

Negociador más tarde de la coalición de Cambray, se manifestó opuesto a la liga contra Venecia. Acompañó a Luis XII a Italia y pronunció por él los grandes discursos, respondiendo a los augurios de Pavía y Milán. Negociador en 1509 en Lyon y en Blois con los plenipotenciarios habsburgueses y más tarde con el Cardenal Lang. En París llegó a ser nombrado *Garde des Sceaux* de Francia, sucediendo a Jean de Ganay; luego traspasó el cargo a Antoine du Prat. Fue miembro de la misión francesa para la paz de Noyon en 1516. Regresado a Francia después de esa misión ante Maximiliano, aparece en la correspondencia erasmiana. Germán Brixio cuenta a Erasmo que Poncher ya ha vuelto a París: “rediit a vobis ad nos nuperrime Stephanus Poncherius, Parisiensis Episcopus, legatione apud Caesrem sua feliciter functus”<sup>88</sup>. Fue entonces cuando Poncher intentó atraer a Erasmo a la Corte de París. Deseaba fundar en París una especie de seminario de sabios, para el que proponía la presencia de Erasmo del que también formaría parte el humanista francés Guillaume Budé, amigo y asiduo corresponsal del roterodamo. El plan no se llevó a efecto.

A partir de entonces, Poncher mantuvo un regular trato con Erasmo; unían a ambos sus comunes aficiones de letras sacras y humanas<sup>89</sup>. Se manifiestan esas dotes de Poncher en la carta que Germanus Brixius dirige a Erasmo, en

---

87 De Londres, a 21-V-1515, RIBER, p. 157.

88 París, 6-IV-1516, O. Om., III/I, 191 D-E, ep. CCXII). En RIBER, pp. 1466 ss.

89 Comenta RIBER, (p. 146), del prelado parisiense que, “en el ejercicio de sus funciones diplomáticas, tuvo hartas ocasiones, luego de conocerlo personalmente, de tratarle, amarle, oírle y embelesarse de su dulce facundia y de su inmensa erudición”.

la que alude a Poncher y derrama sobre él toda suerte de encomios<sup>90</sup>. Le atribuye honestidad, amabilidad, gravedad, sencillez e infinidad de conocimientos de varia religión y cultura.<sup>91</sup>

En esos años tan pródigos en misiones diplomáticas, Poncher fue designado Embajador de Francia ante Enrique VIII de Inglaterra y Carlos de España en 1517, cuando se negociaba el que sería Tratado de 1518. A Erasmo inspiraba temores la suerte de su amigo el prelado parisiense en su embajada a Inglaterra, en invierno y con riesgos de enfermedades. Así lo confía en carta a Budeo, lamentando los riesgos de un molesto negocio y del invierno y la epidemia que acaso le esperen en Inglaterra.<sup>92</sup>

La embajada a Carlos tenía lugar en Bruselas. Carlos todavía no había sido elegido en el Imperio. Erasmo seguía con atención esa embajada, de la que ofrece referencia en carta a su también amigo Jean Carondelet, entonces Arzobispo de Palermo, en la Sicilia española: “legatum ageret Bruxellae apud Carolem Regem nondum Caesarem”.<sup>93</sup>

Más tarde Poncher participaría en las conferencias hispano-francesas de Montpellier sobre Navarra en 1519. Fue luego Arzobispo de Sens en 1519, donde sucedió a Tristán de Salazar<sup>94</sup>. Y fue siendo Arzobispo de Sens cuando fue enviado a España, en tiempo en que su edad inspiraba temores: “is nunc mittitur legatus in Hispaniam, homo senex, cuius incolumitati male metuo; ita me Deus bene amet. Dignus erat qui quam diutissime Reipublicae servaretur, consiliis suis Regnoque profuturus», escribe Fisher a Erasmo<sup>95</sup>. Sobrevivió Poncher a aquella embajada y falleció harto tiempo después, el 24 de febrero

90 “Antistitem hunc nostrum , difficile adeo dictu, quantopere Gallia hac demiretur, quantopere observet, quantopere etiam revereatur”.

91 Dice de él “tum morum hoestate, comitate, gravitate, tum vitae simplicitate, continentia, integritate, simul ingenii facilitate, candore, bonitate, simul juris utriusque, Theologiae, Philosophiae, disciplinarumque pene omnium cognitione quadam incomparabili, sine controversia antecellit, et longo post se intervallo relinquit”. Op. Omn., III/I, 191 E, ep. CCXII.

92 “Nondum statui utrum deplem Episcopi sortem, an pietatem in patriam admirer, qui tot nominibus difficilem legationem obierit: primum in negotio molesto, ad haec apud Anglos, deinde hyeme, postremo quod apud illos omnia novo pestilentiae genere conflagrarent” A Budeo, de Lovaina, 22-II-1518. p. Omn., III/I, 300 BC, ep. CCCV.

93 *Vid.* Cartas sobre Poncher en Op.Omn, III, desde Amberes a 14 de febrero de 1517, III/I 231 D, ep. CCXXXV, como Embajador al Rey Católico) y luego a Inglaterra para el Tratado de Londres de 1518 y ante Carlos ya en Bruselas, pero todavía no Emperador Electo. Escribe Erasmo a Juan Carondelet, Arzobispo de Palermo, III/I 794 , ep. DCLXXV. Se lo describe Budeo a Erasmo, Op. Omn., III,I.,129 E.

94 *Vid.* cartas de Budeo a Erasmo (III/I 422 C, ep. CCCXLVI de Paris, 1519), y de éste al propio Poncher (III/I 500-1, ep. CCCCLX, de Lovaina 2-X-1519.

95 III/I, 427 B ep. CCCIII, de Amberes, 3-IV-1519.

de 1525. Guillaume Budée escribió de él a Erasmo, haciéndole un estupendo elogio, tanto de sus embajadas como de ingenio y cultura.<sup>96</sup>

En el importante año de 1516 había reaparecido un amigo de Erasmo que éste había conocido a través de la misión diplomática de Giglis en Inglaterra, era Ammonio. Ya se trató de él, cuando recomendó a Erasmo su viaje a Italia. Pero su influencia se torna de nuevo muy relevante. Es él quien, a causa de sus buenas relaciones en Roma, se hace remitente a la Curia, en septiembre de ese año, de una petición de Erasmo que contenía dos solicitudes: una dispensa de la irregularidad de su nacimiento para poder recibir prebendas, una segunda que lo eximiese de deberes religiosos. La benévola respuesta de León X consiste en dos breves de 26 de enero de 1517. Contienen la solicitada licencia papal de desligarlo de deberes religiosos y de concederle permiso para poseer beneficios eclesiásticos pese a su nacimiento irregular.<sup>97</sup>

Entretanto se desarrollaban los sucesos referentes a la elección de Carlos V<sup>98</sup> como Rey de Romanos en Frankfurt. Entre los viajes y cruces de misiones con este motivo, irradiadas en buena arte desde Frankfurt y no pocas en torno al citado e influyente Elector maguntino, figura una particularmente original. Estuvo a cargo de un individuo que reúne en su rica y en buena medida desconcertante persona, muchas de las facetas contradictorias de la Alemania de la época. Es Ulrich von Hutten. Cortesano, pero ante todo guerrero (en Italia hubiera podido ser el paradigma del *condottiero*), participativo en el clamoroso asunto de la expansión de la Reforma luterana y al mismo tiempo servidor y bienquisto del Cardenal de Maguncia y, por si esto fuera poco, sorprendentemente también, exquisito poeta renacentista e indiscutido humanista.

Para completar la contradicción, Hutten, que era conocido francófono, que aborrecía todo cuanto sonara a francés, fue enviado como emisario por Alberto de Maguncia al Rey de Francia en 1517. El suceso es raro de por sí, aunque tal vez encaje en la singular biografía de aquel famoso adalid del humanismo protestante y fogoso personaje, aparentemente alejado de las formas diplomáticas. Ulrich de Hutten iba para negociar la candidatura francesa en la elección imperial. “Hutten, el humanista y antes y después patriota alemán y enemigo el

96 “Antistes Parisiensis Stephanus, vir summa doctrina ac moribus compositis et emendatis, ut si quis alius antistitum, ingenio atque industria singulari, cis Alpes, ultra Alpes, nusquam non obeundis legationibus per omnes vitæ gradus auctus, per omnia reipublicæ munia exercitatus, litteratorum hominum evocator et amplexator, eoque nomine et alias in Italia nobilis et celebratus: quicum mihi cognationem intercedere predicandam esse duco, legatus nunc agere Bruxellæ, imperatoremque aperiri dicitatur”. Le Glay, I, ps. XII-XIV y *vid.* también Op. Omn., III, p.170, 181 B, 170 B, 191 E y F, 192 B, 427 B, 231 E, 422 D, 500-1, 794 A.

97 Th. QUONIAM, *Erasmus*, ed.española, Buenos Aires, Desclée, 1945, pp. 92 s. Septiembre de 1516, Ammonio a León X y respuesta de dos breves de éste de 26 de enero de 1517.

98 Francisco I de Francia renunció a su candidatura el 26 de junio de 1519.

más ruidoso de los franceses, se prestó sin embargo a desempeñar semejante misión<sup>99</sup>. En esa ocasión le escribe Erasmo y por cierto le menciona la embajada inglesa de Pace<sup>100</sup>. Hutten aparece a menudo en la correspondencia de Erasmo y del Cardenal Alberto<sup>101</sup>. De Erasmo fue buen amigo, hasta que dejó de serlo<sup>102</sup>, porque lo alejó la controversia protestante, y Erasmo se quejó, dolido por aquel desvío en la anterior cordial relación.<sup>103</sup>

A 28 de junio de 1519, tuvo lugar la elección de Carlos V como Rey de Romanos.

La elección requirió, por supuesto, gestión diplomática. Uno de los hombres de la diplomacia carolina fue entonces el Conde Enrique de Nassau, que en 1519 fue enviado a los Príncipes Electores para favorecer la elección imperial (Brandenburgo, Colonia, Palatinado y Sajonia). Nassau fue luego un atento fautor de Erasmo.

Finalmente, la influencia y dotes de persuasión del Elector de Maguncia, Cardenal Alberto, y la no menos persuasiva influencia de los 800.000 florines largos que Don Carlos invirtió en convencer a los Electores obtuvieron el apetecido resultado. La elección de Carlos tuvo lugar el 28 de junio de 1519 en el coro de la iglesia de San Bartolomé de Frankfurt. El 6 de julio recibió Carlos la noticia en Barcelona. Tras concluir sus asuntos españoles, embarcó en La Coruña el 20 de mayo de 1520. El 26 estaba en Dover y se entrevistó con Enrique VIII y Catalina, allí y en Canterbury. El 31 de mayo embarcó Carlos en Sandwich rumbo a Flandes, a la vez que Enrique lo hacía rumbo a Calais (puerto inglés a la sazón) para verse con Francisco I.

Pisó de nuevo Carlos tierra continental al desembarcar en Flesinga el 2 de junio. El 6 en Gante lo recibía su tía Margarita, Gobernadora de los Países Bajos en su nombre. En esos días de su corta estancia gantesa, recibió Carlos V una misión procedente de la ciudad de Estrasburgo. No por la importancia de la

---

99 Así comenta BEZOLD, Friedrich von, "Historia de la Reforma religiosa en Alemania", en la *Historia Universal*, dirigida por Guillermo ONCKEN, vol. VIII, trad. española, Barcelona, Montaner y Simón, 1894, p. 73.

100 Op. Om., III/I, 477 E, ep. CCCXLVII. De Erasmo a Hutten, Amberes, 23-VII-1519. Menciona a Pace: "Angliae Regis Orator".

101 Hutten era buen amigo tanto de Erasmo como de Budeo. Op. Omn., III/I, 300 C y 309 D.

102 "Vlricus Huttenus, ex amico repente versus in hostem" de la carta a Juan Botzhemo Abstemio, Op. Omn., I, Basilea, III Kal febr., (30 de enero) de 1524.

103 Carta a Hutten de Erasmo, Op. Om. III/I, 790, Ep. DCLXXII, de Basilea, 25-III-1524. Se lamenta Erasmo de que, siendo amigos, parece estar tramando algo contra él, según le dicen. "Henricus Ephen-dorpius, nostri non instudiosus, certe tui amantissimus, subindicavit mihi te non satis amico me animo esse, adeo it nescio quis mordacioris scripti mediteris". "Utinam, mi Huttene, non haberes alios hostes quam Erasmum" (791 C). Pero Hutten había muerto ya, en el año anterior, el 23 de agosto de 1523 en la Isla de Ufenau en el lago de Zürich.

misión, pero sí por la del personaje que la portaba, merecería aquí alguna mención. El portador era Sebastian Brant, el ya famoso autor del *Barco de los locos*, el *Narrenschiff*, que fue traducido a varias lenguas y muy difundido desde que vio la luz en 1494. Brant, amén de autor afamado, era también hombre político; había sido nombrado secretario y conde palatino por Maximiliano I y gozaba de prestigio en su ciudad natal. Por ello fue comisionado por las autoridades de ésta a Gante para resolver ciertos litigios con el nuevo soberano del Imperio, lo que parece haberse logrado a satisfacción. Él mismo lo refirió en la crónica de la ciudad: "[fui] missus Gandam ad Caesaream Majestatem. Redii sanus et incolumis, gratiam Caesaris adeptus". La fecha es la vigilia de S. Pedro y S. Pablo<sup>104</sup>. Pero ¿cuál es la vinculación con Erasmo? En primer lugar no de entonces, ni de diplomacia, sino de lejano influjo literario. Consiéntase mencionar la conjetura. No es improbable que la obra de Brant, tan ampliamente difundida, sirviese en su día de inspiración para el *Elogio de la Locura* del roterodamo<sup>105</sup>. Pero no es eso sólo. Brant y Erasmo también fueron amigos e incluso el holandés mostró admiración por Brant como está reflejado en un poema que le dedicó, un falecio, en el que viene a decir que a algunos hicieron famosos las Musas, pero que él las ha hecho famosas y a ellas, y a su ciudad, a su patria y a las letras.<sup>106</sup>

El 13 de junio de 1520 estaba Carlos V en Bruselas. Mientras tanto, del 7 al 24 de junio tuvieron lugar las celebérrimas y suntuosas entrevistas del Campo del Paño de Oro entre Francisco I y Enrique VIII, un celebrado hito de la Diplomacia de su tiempo. Para no ser menos en aquel juego de Vistas reales, Carlos viajó a Dunquerque y Gravelinas, donde el 10 de julio se vio con Enrique VIII, Éste, hospitalario, invitó a Carlos a su propia tierra, en Calais, del 11 al 13 de julio.

---

104 JIMÉNEZ DELADO, José, C.M.F. "De Sebastiano Brant, nobili scriptore Argentoratensi", en *Palaestra latina*, 207 (1969), pp.97-108. Recogido en *Latine scripta, disquisitiones ad humaniorum litterarum cultum*, del mismo autor, Madrid, 1978, pp. 285-295.

105 Así lo apunta Bataillon (p. 37) que sugiere que tal vez el popularísimo *Barco de los locos* inspirara a Erasmo la idea del *Elogio de la Locura*.

106 El poema, que está recogido en Op. Omn, I, 1223 EF, dice así:

"Ornarunt alios suae Camoenae

Ornas ipse tuas Camoenas.

Multos patria reddidit celebres.

Vrbem tu celebrem, celebriorem

Multo constituis, Sebastiane:

Lingua, moribus, eruditione,

Libris, consilio, severitate.

Sic cum foenore plurimo rependis

Acceptum decus, e tuo vicissim

Illustras, patriamque, litterasque".

("Ad Sebastianum Brant Archigrammaticum urbis Argentinensis, Phalecium Desiderii Erasmi Roterodami").

Allí estaban Erasmo y Moro, éste negociando como representante diplomático de Inglaterra con las ciudades de la Liga Hanseática.

Comparece ahí otro Embajador, eximio personaje éste, tanto de la época (por Literatura, por Política y aun por Martirologio), como de la biografía de Erasmo, de quien fue amigo íntimo. Se trata de Tomás Moro, el humanista y Canciller y hombre de confianza de Enrique VIII<sup>107</sup>. En calidad de Embajador, acompañó a su soberano a Calais y escribió a Erasmo desde Canterbury a 26 de mayo de 1520: “Espero abrazarte pronto en Calais, cuando me halle en esa reunión de reyes”<sup>108</sup>. También Erasmo confiaba ir a Calais a aquella reunión de embajadores que se anunciaba. “Adero Caleti, si valetudo suppetet, ut amicos omnes extremum complectar ac valedicam”, escribía a Moro<sup>109</sup>. No era la primera embajada de éste a Calais, ni su primera mención a ella en el epistolario de Erasmo. En 1517 ya había habido anteriores menciones<sup>110</sup>. Desde luego, más que Pace o Tunstall u otros, evidentemente, el principal amigo inglés de Erasmo fue ese relevante personaje de la Historia del Humanismo y de la política y a la vez de la vida intelectual de Inglaterra y de la época en general, es decir, Tomás Moro. Su correspondencia brinda datos de ambos insignes amigos, pero también de otros muchos sujetos y desde luego también de personas o elementos vinculados a la Diplomacia de aquellos días. También en la carta en la que Erasmo cita a uno de ellos, Cuthbert Tunstall<sup>111</sup>, hace la ingrata mención “non placet Hispania”<sup>112</sup>.

En ese año 1520, plétórico ya de sucesos, prosiguió Carlos V su viaje por Gravelinas, Saint Omer, Brujas, Gante, Bruselas, Malinas, Lovaina, Maestricht, Aquisgrán. En esta última ciudad, la vetusta y noble capital de Carlomagno, tuvo lugar el 23 de octubre de 1520, la coronación como Rey de Romanos, efectuada por el Arzobispo de Colonia, Hermann V Conde de Wied-Runkel. El 26 se recibió la conformidad de León X para la admisión del título de Emperador Electo<sup>113</sup>. El 26 de octubre de 1520 tuvo lugar la coronación de Carlos V en Aquisgrán.

---

107 Hombre de la total confianza regia, hasta que la perdió y terminó en el patíbulo.

108 Jiménez Delgado, ed. del *Epistolario* de Vives, Madrid, Ed. Nac., 1978, p. 184.

109 *Thomae Mori Opera*, Frankfurt, 1689, p. 335,

110 *Vid.* referencias en el epistolario erasmiano Op. Om., III, 1637 F. Carta de Erasmo a Budeo, Lovaina, 26-X-1517. III/II, 1637 F, ep. CXCIV, “Morus Regis sui nomine legatum agit Caleti”. En la misma carta da cuenta de la muerte en España, en Vasconia, del Canciller Jerónimo Busleiden. Y hay cartas de Moro a Erasmo desde Calais, ep. CCIV, Op. Omn., III/II, 1641-2, y de 25-X-1520. III/I, 589, D, ep. DXL.

111 Con el que trabajó las pruebas de la edición del Nuevo Testamento y del que recibió el obsequio de cincuenta *écus* de France.

112 Carta de Erasmo a Moro de 10 de julio de 1517, RIBER, 1355 s. Reproducida fotográficamente en el catálogo de la exposición *Erasmo en España*, Salamanca, 2002.

113 La habían solicitado, por cierto, en Roma, como embajadores de Carlos V, Lope de Soria y Luis Carroz, procedentes ambos de la diplomacia de Fernando el Católico.

Tuvo lugar entonces, en 1521, un importante encuentro internacional en Brujas, adonde acudió el Cardenal Wolsey como Enviado de Enrique VIII para llegar a acuerdos con Carlos V. Fue ocasión para una reunión diplomática y también humanística de altos vuelos. Erasmo no estaba al margen de tales sucesos, tampoco Luis Vives.<sup>114</sup>

Para aquel tiempo, estuvieron acreditados ante Carlos V como embajadores de Francia varios importantes personajes. Acaso el más notable fuera un prelado, Étienne Poncher, Arzobispo de París, que acudió a Bruselas en 1516. Fue respetado amigo de Erasmo, como habrá de mencionarse varias veces aquí. Otro fue un noble, Jean de la Rupe, Señor de la Roche Beaucourt, que cumplimentó a Carlos primero en Flandes y luego en España entre los años 1517 y 1520. En ese año también el Señor de Lansart, de quien recordaría Carlos V que tuvo para con él “palabras altivas e insolentes, que le diese rehenes para el cumplimiento de los tratados”<sup>115</sup>. Pero luego fue un suceso de relevancia el que concitó de nuevo a enviados en el Imperio. Fue la Dieta de Worms, presidida por el joven Emperador.

### **Religión y Diplomacia: la Reforma luterana**

Un acontecimiento político: la elección al Imperio. Un acontecimiento religioso: la Reforma de la Iglesia. Uno tras otro, tuvieron carácter más que nacional. Diplomacia hubo en ambos. Y Erasmo de Rotterdam los vivió en su mismo centro. Embajadores acudieron al suceso de la Dieta de Worms. En nombre de Francia estuvo allí Louis de Barres, de quien con el tiempo recordaría con disgusto Carlos V que hizo “pláticas muy violentas” contra él “y en su gran injuria y menosprecio”<sup>116</sup>. La Santa Sede estuvo allí representada, como se verá, de modo muy destacado y actuante. Parece que, como en similares ocasiones de aglomeraciones en ciudades agobiadas de visitantes, no faltaron epidemias. Erasmo escribió algún tiempo después, en 1524, a un amigo italiano, Embajador que fue de Milán, Agostino Scapinelli, cómo recordaba sus penalidades de salud durante su estancia en la dieta

---

114 “Vives hizo por verse con Moro cuando éste fue a Brujas en 1521 en el acompañamiento del cardenal Thomas Wolsey, que se reunió con Carlos V; esta entrevista de ambos políticos, si bien fracasó en sus propósitos diplomáticos, valió para que en agosto de dicho año se reuniese en Brujas lo más florido del Humanismo europeo” (Francisco LÓPEZ ESTRADA, *Tomás Moro y España*, Madrid, Univ. Complutense, 1980, p. 18).

115 Así lo rememoró Carlos V en su discurso en Roma ante el Papa y Cardenales en Roma en 1536, entre los muchos agravios que tenía de Francisco I. *Vide* en Vicente de CADENAS Y VICENT, *El discurso de Carlos V en Roma en 1536*, Madrid, Hidalguía, Inst. Salazar y Castro, 1982, p. 42.

116 También en el citado discurso en Roma entre los agravios que tenía de Francia. *Vide* en Vicente de CADENAS Y VICENT, *op. cit.*, p. 42.



de Worms<sup>117</sup>. Le escribe sobre él y otros enviados: “Wormaciense Concilium, ut memini conciliarat tibi nonnihil adversae valetudinis, et video multos Principum legationibus dum nimium immorantur immori”. Scapinelli marchó luego a Inglaterra como Embajador de Milán, lo que causó la sorpresa de Erasmo: “Sed quis te genius adegit in Britanniam?”, le pregunta.

Scapinelli fue uno de los diplomáticos italianos que gozó del afecto de Erasmo. Escribió éste también en carta a Pedro Merbelio y Juan Bta. Laurentio para informarse de su amigo, que le había escrito desde Ferrara, y transmitirle sus saludos; y colma a su persona de gratos elogios: “Si adest Augustinus Scapinellus, qui nuper ad me scripsit Ferrara, quaeso ut homini meo nomine salutem dicatis, et quidem de meliore nota: nihil enim nunquam pectore illo vidi candidius”.<sup>118</sup>

Pero la asamblea wormatiense fue más que una habitual Dieta del Imperio o una reunión de enviados extranjeros. Fue un acontecimiento religioso.

La presentación de las ideas reformadoras que el fraile agustino alemán Martín Lutero hizo al exhibir sus noventa y cinco tesis en Wittenberg tuvo lugar en el reinado anterior, el del Emperador Maximiliano I. Pero su transformador influjo estaba reservado al siguiente, al del Emperador Carlos V. Ya al comienzo de éste se evidenció la futura transcendencia política de aquel hecho religioso. Y también diplomática. El Embajador imperial en Roma, Juan Manuel, habría de sugerir a su soberano la conveniencia de utilizar la rebelión religiosa en Alemania como un argumento frente a la Santa Sede. No se atendió su consejo. La autoridad imperial tomó postura inmediata contra la Reforma y en defensa de la unidad de la tradición católica romana.

Para la Santa Sede el instrumento fue la condena contenida en la Bula *Exsurge Domine*, fulminada por el Papa León X el 15 de junio de 1520. Para el Imperio, el momento fue la comparecencia de Lutero ante Emperador y Príncipes en la Dieta de Worms el 17 de abril. Dos días después, Carlos V reiteró en la Dieta su confesión de fe católica. El 26 se exilió a Lutero.

La intervención diplomática se configura en la presencia de los Enviados pontificios a Alemania con motivo de la manifestación luterana. Eran el Nuncio Caracciolo, el Enviado especial Girolamo Aleandro, que acompañaron al nuevo Emperador e hicieron valer ante él y ante los Príncipes, los principios pontificios. Más tarde, el Legado Cardenal Campeggi.

No es éste el lugar de exponer la actitud de Erasmo ante el hecho de la Reforma luterana, ni ante la persona e ideas de Martín Lutero, tema archiconocido y de sobra estudiado. Sólo la implicación del roterodamo.

---

117 Carta de Erasmo desde Basilea, 30-VIII-1524, Op. Omn., III/I, 895-6, ep. DCLXXXVIII.

118 Op. Omn., III/I, 1499 B.

Cierto es que Erasmo había sido invitado a acudir a la Dieta de Worms y no lo hizo. No porque se hubiese muerto, como algunos maliciosamente propalaron, sino porque no que no quería verse envuelto en el pleito luterano y porque además tenía miedo a que la aglomeración trajera la peste. Todo esto en la larguísima carta a Laurino de 1 de febrero de 1523 de Basilea. Lo de la peste era más que una amenaza, como acaba de referirse acerca de la carta de Erasmo al Embajador Scapinelli.

En todo caso, lo más notable de la relación de Erasmo con los protagonistas del debate en la Dieta de Worms fue su trato con los diplomáticos papales.

Al menos dos de ellos, los citados Caracciolo y Aleandro, tuvieron parte acaso no mediocre en favorecer a Erasmo en la consecución de los comentarios a la obra a la que éste tanto empeño, trabajo e ilusión había dedicado, su nueva traducción latina del Nuevo Testamento. A ello ambos lo animaron.<sup>119</sup>

No poco hay que decir del Nuncio Aleandro<sup>120</sup>. Cuando llegó a Alemania era ya persona conocida de Erasmo, que lo había tratado durante la estancia de éste en Roma. Seguidamente, Aleandro había tenido su propio *curriculum* a la vez diplomático y humanístico o profesoral. El Papa Alejandro VI lo nombró Nuncio en Hungría, pero una dolencia impidió el proyecto. Después marchó a Francia y enseñó en la Sorbona de París, de la que fue rector, a las órdenes del prelado, el ya citado Poncher, tan distinguido en la Diplomacia francesa. Surgido el tema luterano, el Papa León X lo nombró a Alemania, donde acudió a la Dieta de Worms, en la que tomó a su cargo la refutación de la alegación de Lutero.

Su relación con Erasmo parece haber comenzado bajo los mejores auspicios. No sólo, como se ha dicho, se habían conocido en Roma, sino que Erasmo lo había apoyado con consejos y recomendaciones en épocas de escasos favores, antes de su etapa francesa<sup>121</sup>. Durante su estancia en Alemania, constan los elogios que le dispensó Erasmo: “cuius consilio —decía de él— in rebus gerendis non minus tribuo quam iudicio in litteris”<sup>122</sup>. Pero ya por entonces parece que había gentes interesadas en indisponerlos, acaso porque las ideas de Erasmo lo hicieran sospechoso a algunos. El propio Erasmo lo advirtió; escribe a Mountjoy en 1521: “Idem Hieronymum Aleandrum, Nuncium Apostolicum, hominem apprime doctum, mihi que vetere ac iucudissima necessitudine coniuctum, miris menaciis in me conati sunt irritare”<sup>123</sup>.

---

119 RIBER, p. 129 in fine, carta a Botzemio Abstemio. También en carta a Marco Laurino de Basilea, 1-II-1523 en RIBER 156 y 1585.

120 Nacido en La Mothe (Friul) en 1480.

121 *Vid.* sobre ello RIBER, p. 1511.

122 Carta a Pablo Bombasio, de Anderlach, 23-IX-1521 (Op.Om.,III/I, 666 C. Epístola DXCIV).

123 Op. Om., III/I, 681 B. epístola DCVI, a Guillermo Mountjoy, Anderlach 1521. También ALLEN, vol. V., ep. 1342.

El paso del tiempo no parece haber suavizado la situación<sup>124</sup>. En la década de 1530, corrieron rumores de que Aleandro, junto con Alberto Pío de Carpi<sup>125</sup>, andaban conspirando contra el roterodamo. Aunque el propio Aleandro lo desmintiera vehementemente, persistieron las opiniones que achacaban a Aleandro profesar enemistad a Erasmo.<sup>126</sup>

Para intentar dar alguna solución al enconado tema luterano, decidió la Santa Sede enviar a Alemania a un Cardenal Legado. Fue Lorenzo Campeggi, quien para ejercer tal cometido acudió a Nuremberg. Desde Basilea, Erasmo se hace eco del suceso en carta a Juan Carondelet, Arzobispo de Palermo, en marzo de 1524; escribe: “Cardinalis Campeggius adest Nurembergae, destinatus componendo Lutherano dissidio”<sup>127</sup>. Del Cardenal consta asimismo la buena relación con Erasmo, de la que hay abundante eco en el epistolario. Erasmo no le escatimó personalmente los elogios: “virtutum tuarum insignium et eruditions rarissimae fama inflammatus”. Le hizo además envío de su edición de la traducción del Nuevo Testamento que en su día dedicó al Papa León X, “magnis sudoribus denuo a me recognitum, quod Pontifici Leoni dicatum ipsius hortatu in lucem emisi”. Y en carta a Jacobo Banisio de Bruselas, aludiendo al éxito del Nuevo Testamento, se refiere al Cardenal Campeggi, “vir omnium et optimus et doctissimus”.<sup>128</sup>

De la buena relación entre Erasmo y Campeggi da también testimonio el hecho de que, cuando en 1524, el Papa Clemente VII, en carta preparada por Sadoletto, acusara recibo del volumen erasmiano sobre los *Hechos de los Apóstoles*, comunicó a Erasmo haber encomendado a Campeggio que pusiera en sus manos un modesto don, mirando por su tranquilidad material, a la vez que prometía proponerse más tarde también mirar por su dignidad<sup>129</sup>. Aludiría tal vez al propósito, más tarde urdido, de otorgar a Erasmo una mitra, incluso un capelo.<sup>130</sup>

Bien sabido es que la reforma luterana, la persona del propio Lutero, el valor de sus doctrinas y la posición de Erasmo sobre ese tan colosal suceso religioso ocuparon un amplísimo lugar en las ideas y las obras del insigne

124 Andando los años, Aleandro fue Arzobispo de Brindisi en 1524 y luego cardenal en 1536, fue de nuevo legado en Alemania en 1531 y 1538.

125 *Vid* sobre él *infra*.

126 *Vid*. sobre ello RIBER, pp. 1523 ss y una carta de Rabelais a Erasmo de 30 de noviembre de 1532, *ib.* p. 1847.

127 Op. Om., III/I, 794 F, ep. DCLXXV., de Basilea, a 30-III-1524.

128 Op. om., III/I, 463 A, ep. CCCCXXXVII, de 21-VI-1519. También en Op. Om., III/I, 468 ss.

129 Roma, 3-IV-1524, RIBER, p.188 s. El don consistió en 200 florines. *Vid.* también sobre ello Th. QUONIAM, p. 166.

130 *Vid. infra*.

roterodamo. Es tema que desborda las noticias de que tratan estas páginas, limitadas sólo a sus experiencias en el campo concreto de embajadas y embajadores. Pero precisamente en éste tienen lógicamente especial cabida los altos eclesiásticos que, como se ha visto en los casos de Caracciolo, de Aleandro y de Campeggi, estaban inmersos en la cuestión en calidad de representantes diplomáticos pontificios. Otro personaje diplomático, laico éste, Embajador y —claro está— amigo de Erasmo, merece ser citado en este contexto. Se trata de Jaroslav Laski, un diplomático polaco que figura en el epistolario erasmiano.<sup>131</sup>

El Barón Laski era un aristócrata que sirvió como Embajador a Segismundo I de Polonia<sup>132</sup>. Lo menciona Erasmo en carta desde Basilea a un prelado amigo, el Obispo de Olmütz, Estanislao de Turzo, en noviembre de 1521<sup>133</sup>. Por tres condiciones aparece Laski citado por Erasmo: por la bondad de su carácter, por su gran afecto a él mismo y, como buen polaco y súbdito de su Rey, por su vehemente aborrecimiento respecto de Lutero: "Hieroslaus Baro, Regis Poloniae Orator, homo candidus, et nostri amantissimus; sed Luthero vehementer infensus, quemadmodum et Rex ipse".<sup>134</sup>

La Corte de Polonia bajo Segismundo I estuvo en frecuente relación con las de los más importantes monarcas europeos. Su diplomacia fue particularmente activa. Bien conocido es el notable papel desempeñado por su Embajador Dantisco<sup>135</sup>. Pero fue Laski el que tuvo relación amistosa con Erasmo; éste lo tenía por ejemplo de prelados<sup>136</sup>. Él le elogió las condiciones vigentes en el Reino de Polonia y ello animó a Erasmo<sup>137</sup> para dirigirse a quien por aquellos

131 Op. Omn., III, 668 F, 1704 A. "Poloniae legatus".

132 Fue Embajador polaco ante Carlos V. Puede verse a su nombre una credencial de Segismundo I a Carlos V de 30 de julio de 1530 en *Cartas latinas en la época de los Jagellones. Años 1519-1572*, Madrid, Bibl. dipl. española, 2019, pp. 79 ss.

133 *Ib.*, ep. DXCVII. III/I, 668 F.

134 *Ib* III/II, 1704 A, ep. CCCXXVII; es carta a Bilibaldo Pirkheimer de 3 de junio de 1524. *Vid.* también RIBER, p. 127.

135 Jan Dantisek. Relevante personaje entre los embajadores europeos en la Corte imperial. *Vid.* sobre él y sobre el tema en general Antonio PAZ y MELIÁ, "El Embajador polaco Juan Dantisco en la Corte de Carlos V (1524-27)", *Boletín de la Real Academia de la Historia*, XI (1924), Felipe RUIZ MARTÍN, "Carlos V y la Confederación polaco-lituana", *Boletín de la Real Academia de la Historia*, XXX (1953), Antonio FONTÁN y Azer JERZY, (eds), *Españoles y polacos en la Corte de Carlos V. Cartas del Embajador Juan Dantisco*, Madrid, Alianza editorial, 1994, M.A. OCHOA BRUN, *Historia de la Diplomacia Española*, Madrid, Bibl. dipl. esp., vol. V, 1991, La Diplomacia de Carlos V, *passim*. De varios coordinadores, *Cartas latinas en la época de los Jagellones. Años 1519-1572*, Madrid, Bibl. dipl. esp., 2019.

136 Bajo el cual florecía el Reino polaco: "Ex ornatissimo viro Johanne a Lascio cognovi plutrum priscae integritatis apud vestram gentem residere" (Op. omn. IV. 656)

137 "... integerrimo vigilantissimoque praesule Johanne a Lascio Archiepiscopo, qui priscorum praesulum exemplum in hanc corruptissimam aetatem refert" (Ibidem).

años ejercía la dirección de la diplomacia polaca: el omnipotente Canciller de Segismundo I, que era Cristóbal Schydlovietz<sup>138</sup>. Había éste intervenido en los más decisivos actos de la política exterior jaguellónica especialmente en las relaciones de amistad con los Habsburgo, a partir del Congreso de Viena de 1505 en que se decidió el grandioso futuro dinástico de la familia. A este conspicuo ministro de Segismundo I y fautor de su política exterior, dedicó respetuosamente Erasmo su tratado “De linguae usu atque abusu” desde Basilea el 14 de agosto de 1525.<sup>139</sup>

No se olvide, por otra parte, que Erasmo era un eclesiástico y, como tal, escribió no sólo libros de devoción, que tal hizo, sino también incluso de profesión sacerdotal, por así decir. Uno de esos libros fue una especie de manual para predicadores, *De ratione concionandi*, que anunció proponerse completar con unos diálogos de doctrina cristiana en que se opondría al Luteranismo<sup>140</sup>. Precisamente le animó a ello, según él mismo refiere<sup>141</sup>, el Nuncio Apostólico ante Carlos V, Marino Caracciolo. Este fue un notabilísimo personaje de las relaciones del Emperador con el Papa. Nuncio desde 1517. Tomó, pues, parte en las circunstancias de la elección de Carlos V y luego en la ponderosa Dieta de Worms, en la que compareció Lutero. Para obtener del Emperador la proscripción de Lutero apoyó la gestión del Legado Alejandro. Fue Nuncio hasta 1533. Con el tiempo recibió el capelo de Pablo III y acabó nombrado por Carlos V Gobernador de Milán de 15 de septiembre de 1536 a febrero de 1538.

## ERASMO Y LOS EMBAJADORES EUROPEOS

### Viajes y amistades

Impertinente, por obvio, será decir que las amistades internacionales se consiguen viajando. Y no será menos superfluo decir que Erasmo transcurrió su vida de modo itinerante. Los natales Países Bajos, las vecinas Alemania, Inglaterra y Francia, las más lejanas Suiza e Italia, fueron tierras de recorrido o de corta o larga estancia. A lo largo de tales viajes o estancias, Erasmo conoció ambientes internacionales de suma influencia y también personajes que se movían por el extranjero, provistos de misiones diplomáticas. Y de ello da cuenta una copiosísima y valiosa corres-

---

138 O Kryzstof Szydlowiecki.

139 Op. omn, IV, 653 ss. Un sabroso tratado acerca de las lenguas, la elegante facundia y la vana garrulidad, que se lee con agrado. De allí procede la anécdota que más abajo se cita acerca de una embajada papal en Inglaterra. (Op. omn, IV, 684).

140 Así en la carta a Abstemio.

141 *Ibidem*.

pondencia que de modo detallado ilustra caminos y relaciones<sup>142</sup>. Se ha dicho que el influjo universal de su correspondencia es comparable al ejercido en tiempos respectivamente anteriores y posteriores por Petrarca y Voltaire.<sup>143</sup>

Los embajadores implicados de un modo u otro en la vida y en la obra y escritos de Erasmo muestran los caracteres de los diplomáticos de la época. Muchos son eruditos como él, bien juristas, teólogos, cronistas, comentaristas, hombres de letras clásicas, humanistas en suma. Por ello no gente rica, ciertamente, siguiendo aquel dicho de Petronio en su *Satiricón*, “Amor ingenii neminem unquam divitem fecit”<sup>144</sup>. Algunos sí lo fueron, no por sabios, sino por nobles de sangre. Otros, los más, fueron eclesiásticos, otros laicos, incluso políticos es decir hombres de Corte y de Estado. Se han de ver seguidamente.

Por nación, la mayoría proceden de los Países Bajos, ya fueran holandeses, flamencos o walones. No pocos son de las naciones vecinas, por mar o por tierra, es decir franceses o ingleses, algún alemán, algún italiano.

## A Roma

Era Italia, por entonces, tierra de movimientos guerreros, eclesiásticos, intelectuales y diplomáticos. Con razón se ha escrito que en Italia se asiste a “un continuo trasiego de diplomáticos y también de humanistas, que participan en multitud de Tratados internacionales”<sup>145</sup>. Por lo demás, ciertamente el viaje a Italia era indispensable por amor a las letras y, por ende, a su cuna. Alguna implicación diplomática tuvo su iniciación, como propia de quienes andaban siempre en camino. Hallándose en Inglaterra, había trabado Erasmo en 1504 ocasional conocimiento con un notable eclesiástico de la Curia que se movía por suelo inglés como Enviado pontificio al Rey. Su misión era entre diplomática y eclesiástica, procedente de Roma. Se trataba de traer a Enrique VII una capa y espada benditas de parte del Papa Julio II. La misión estaba encomendada a Silvestro dei Gigli<sup>146</sup> y a éste acompañaba Andrea de Harena, llamado asimismo Andrea Ammonius. En Inglaterra conoció éste a

---

142 La correspondencia se halla en el vol III, 1º y 2º de sus aquí siempre citadas *Opera Omnia*, ed. de Leyden, Leleerc, 1703. Publicada y ampliada después por P.S. ALLEN, *Opus epistolarum Desiderii Erasmi Roterodami denuo recognitum et auctum*, Oxford, 1906-47, 11 vols. Traducida al francés en *Correspondance d'Érasme*, Textes traduits et annotés par. Marie DELCOURT, Bruxelles, Gallimard, 1967. Y comentada por Léon E. HALKIN como Erasmo editor de su propias cartas, *Erasmus ex Erasmo. Érasme éditeur de sa correspondance*. Liège, Aubel, 1983, que da abundante bibliografía.

143 Th. QUONIAM, *Erasmus*, ed. española, Buenos Aires, Desclée, 1945, p. 21.

144 *Satiricón*, 83.

145 Enrique GARCÍA HERNÁN, *Vives y Moro. La amistad en tiempos difíciles*, Madrid, Cátedra, 2016, p. 60.

146 Silvestro Giglio, o de Liliis. Un eclesiástico italiano de la Curia romana, utilizado por Enrique VII como su Embajador en Roma. *Vid. Infra*.

Erasmus, que precisamente por entonces preparaba su viaje a Italia y establecieron amistad, de la que queda abundante constancia epistolar<sup>147</sup>. Silvestro era sobrino y sucesor de Giovanni dei Gigli, Obispo de Worcester<sup>148</sup>, que lo precediera también como Embajador de Inglaterra en Roma.

Era en Italia la turbulenta época del Conciliábulo de Pisa movido por el Cardenal español Bernardino de Carvajal y varios colegas, rebeldes todos al Papa Julio II; Luis XII de Francia los apoyaba y contra ellos movió guerra Fernando el Católico a favor del Papa<sup>149</sup>. Ammonio había ya antes recomendó a Erasmo que, si iba a Roma, visitase allí al Embajador de Inglaterra, obispo Wigorniese. Era éste Giovanni dei Gigli, tío del citado Silvestre (que acabaría sucediéndolo a su muerte acaecida el 25 de octubre de 1498, en la sede de Worcester). Giovanni había sido Obispo de aquella sede sólo de 1497 a 1498. Silvestro sería también Embajador inglés ante el Papa y conservaría amistad y relación epistolar con Erasmo.<sup>150</sup>

Viajes, pues, y sucesos. En cuanto a los sucesos vividos, parece no del todo incongruente mencionar un hecho. Los absortos ojos de Erasmo tuvieron ocasión de contemplar un acontecimiento que a los propios italianos suscitó pasmo y maravilla. El 11 de noviembre de 1506 hizo su entrada en Bolonia el Papa Julio II, no como piadoso Pontífice, ni siquiera como enérgico gobernante, sino como guerrero, como adalid victorioso, revestido de casco y armadura. El espectáculo resultaría asombroso.

Por esas fechas se encontraba Erasmo en Florencia y acudió a Bolonia para presenciar el suceso. Al acendrado pacifista la visión lo asustaría. Al riguroso cristiano lo escandalizaría. En carta a Jerónimo Busleyden comenta: “El Papa

147 *Correspondance*, I, 429 y ss para los años 1511 a 1514. *Vide* James Anthony FROUDE, *Life and letters of Erasmus, lectures delivered at Oxford 1893-4*, Londres, Longmans, 1894, p. 119. RIBER, p. 166.

148 Nombrado el 30 de agosto y consagrado el 10 de septiembre de 1497 en aquella sede, sufragánea de Canterbury, Giovanni dei Gigli fue Embajador de Inglaterra ante el Papa hasta su muerte en 25 de agosto de 1498. Su sobrino Silvestro le sucedió en ambos cometidos, y Ammonio, que fuera su antiguo subordinado, se lo recomendaría siempre a Erasmo. “Interim tamen si Romam petiisses, veteri meo patrono Episcopo Wigorniesi, nostri Regis Oratori, studioso te commendavi” (Londres 17-II-1517, III/I 233, Op.Omn.,III/I, ep. CCXXXVI) Ammonio quedó en Inglaterra; lo cita Erasmo; “apud Anglos Andream Ammonium Lucensem, omnibus egregiis dotibus cumulatum”. (Carta de Erasmo a Pedro Barbirio, de Lovaina, 6-III-1518, Op.Omn.,III/I, 307 D, ep. CCCVII). En Inglaterra moriría Ammonio en 1517. Erasmo sostuvo amistad epistolar con el Obispo-Embajador Silvestro. Op.Om., III/I, 167 E y 168 A-C, *vid.* cartas de él a Erasmo y de Erasmo a él. De éste, de Bruselas año 1516. “D. Sylvestro, Episcopo Wigorniesi, serenissimi Britanniae Regis apud Summum Pontificem Oratori”, ep. CXCVI. Silvestro fue bienquisto tanto de Enrique VII como del VIII. Moriría en Roma el 16 de abril de 1521.

149 Sobre el episodio, *vide* DOUSSINAGUE, *Fernando el Católico y el Cisma de Pisa*, Madrid, Espasa Calpe, 1946 Acerca de ello informó Ammonio a Erasmo por carta de 27 de octubre de 1511 (*Corr*, I, p. 429).

150 Op. Om., III/I, 167 E y 168 A-C, *vid.* cartas de él a Erasmo y de Erasmo a él. De éste, de Bruselas año 1516. “D. Sylvestro, Episcopo Wigorniesi, serenissimi Britanniae Regis apud Summum Pontificem Oratori”, ep. CXCVI. Que fue bienquisto tanto de Enrique VII como del VIII. Moriría en Roma en 1521.

Julio lucha, vence, triunfa y por doquiera se agita”. Pero lo atractivo del histórico paralelismo es que, por aquellos mismos días, por allí, entre Florencia y Bolonia se movía quien seguramente puede ser considerado no sólo un relevante diplomático, sino acaso el que más lo era del tiempo: Nicolás Maquiavelo. Se admiró éste entonces de que Bolonia se hubiese rendido ante el belicoso Papa “postrándose sus embajadores a sus pies para entregarle la ciudad”.<sup>151</sup>

En ese raro momento estelar, uno se siente invitado a vincular en tiempo y lugar a aquellos dos eximios representantes de su tiempo, el roterodamo y el florentino<sup>152</sup>. ¿Se encontrarían?

En Italia, Erasmo trabó conocimiento con diversos embajadores que allí coincidieron.

Uno muy notorio fue el conocido como Pison. Era Jacobo Borsody, llamado Piso, natural de Transilvania, Embajador de Hungría ante el Papa Julio II. Luego alcanzó prestigio en la Curia, tanto como que León X le encomendó misiones diplomáticas. En Roma conoció a Erasmo en 1509<sup>153</sup>, quien alguna vez le escribe inquiriendo “ubi terrarum agas”<sup>154</sup>. A Erasmo complació su conocimiento en Roma, que recordaba siempre con agrado. Lo mencionó a Juan Thurzon, Obispo de Bratislava, desde Lovaina<sup>155</sup>. Y también desde Lovaina a Beato Renano evocando cuando vio a Pison en Siena de Embajador ante el Papa Julio.<sup>156</sup>

Pison tuvo además que ver con la publicación de las cartas de Erasmo. Él había encontrado en un librero de Roma un paquete manuscrito de cartas del propio Erasmo; las compró y se las regaló a Erasmo, que primero pensó en hacerlas publicar, finalmente desistió de ello y las dio al fuego<sup>157</sup>. Se deduce de ello un primer propósito de Erasmo de publicar su epistolario en 1521, como luego haría.<sup>158</sup>

151 *Vid.* SKINNER, Quentin, *Maquiavelo*, Madrid, Alianza, 1998, p. 23.

152 “Daarentegen moet in de tijd dat Erasmus Florence bezocht, Machiavelli er naar allee waarschijnlijkheid nog gewoon hebben” (Daniel van DAMME, *Erasmus*, Utrecht/Antwerpen, Pictura, 1960, p. 101).

153 *Correspondance*, I, p. 427, Op. Omn., III, 430 A.

154 Op. Omn., III, p. 54-5, 553 B, 1724 C, *vid.* también 430 A.

155 Le escribí una vez: “Jacobi Pisonis, cuius memoriam mihi refricas, tam jucunda est recordatio, quam olim Romae jucunda fuit consuetudo: quid enim illo doctius, aut quid festivius?” *Ib.*, 20-IV-1519, ep. CCCCVII.

156 “Nam Senae cum essem, humanissimus ille Piso, qui tum Regis sui nomine Oratorem agebat apud Julium Pontificem...” *Ib.*, III/I, 553 B-C, ep. DVII, de Erasmo a Beato Renano, de Lovaina, 27-V-1520. ALLEN, IV, p. 499, n° 1206.

157 “Nam Senae cum essem, humanissimus ille Pius, qui tum Regis suo nomine oratorem agebat apud Iulium Pontificem, reperit apud bibliopolam quendam prostantem codicem epistularum Erasmi, sed manu descriptum: emit ac mihi misit. In hoc tametsi erant multa quae fortasse non indigna videri poterant quae servarentur, tamen offensus casu tam inopinato, totum quantus erat, Vulcano dicavi”. Op. Om., *ib.*

158 Sobre este notable suceso ver Léon E. HALKIN, *Erasmus ex Erasmo. Erasme éditeur de sa correspondance*, Aubel, Gason, 1983, p. 24.



Por desgracia, el infortunado Pison habría de acabar sus días en su propia tierra, pero abrumado por desdichas que lo llevaron a la pobreza. Erasmo lo supo por carta de su amigo Ursino Velio, desde Strigonio in Pannonia, de 10 de diciembre de 1527, en la que se condeue de la muerte de Pison<sup>159</sup>. En ese mismo año de 1527 falleció en Presburgo<sup>160</sup>, según parece, en la miseria.<sup>161</sup>

En la importante tarea de publicar sus cartas, no fue sólo Pison el Embajador que le ayudó. Es comprensible que entre los amigos viajeros hallase Erasmo quien le ayudase en la labor<sup>162</sup>. Otro de ellos fue un personaje de la Diplomacia, François Bonvalot, a quien dio Erasmo noticia de haber recuperado para eventual publicación cartas de España<sup>163</sup>. Bonvalot pertenecía a la familia del Franco Condados que ocupó tanto espacio en la política exterior y en las embajadas extranjeras en tiempos del Emperador Carlos V, la familia Perrenot de Granvelle.

### **Diplomacia imperial**

Naturalmente, los diplomáticos que Erasmo especialmente conoció y trató fueron los de su propio monarca. Aquella fue, durante la mayor parte del tiempo, a la vez, Diplomacia imperial, borgoñona y española, en tanto que propia de Felipe *el Hermoso* al comienzo, como Duque de Borgoña y Rey de Castilla, y luego de su hijo Carlos V, Rey de España y además Emperador.

Los primeros de esos embajadores venían de antiguo.

Uno de los más eminentes personajes de la época en que se dio la doble condición de distinguido humanista y prestigioso Embajador fue Christophe Longueil. Como humanista disfrutó abundantemente de la amistad de Erasmo, en cuya correspondencia su nombre aparece muy a menudo, latinizado, eso sí, en la forma de Christophorus Longolius. Ha de señalarse en primer lugar que los primeros servicios de Longolio como diplomático los cumplió en España, adonde había acudido en el séquito de la embajada de los Países Bajos que, a cargo de Andrea del Burgo, compareció ante Fernando el Católico en 1505, en nombre y comisión de su yerno Felipe *el Hermoso*.

---

159 "Piso mense Martio spoliatus bonis omnibus, credo, animi dolore, Posonii diem suum obiit. Difficile et acerbum est homini in Italia et inter elegantes homines versato hic praesertim tam tempore alieno et in regione exusta vivere. Sed reddit hanc vitam dulcem importuna religio Germanorum". *Ib.* III/II, 1724 C, ep. CCCXLIV, del 10-XII-1527.

160 Capital de la Hungría liberada de los turcos. Es la actual Bratislava, antiguamente Poson, en Hungría.

161 *Vid.* también RIBER, pp. 1550 ss.

162 *Vid.* HALKIN, *op. cit.*

163 Carta de 10-XII-1529, ALLEN, VIII, p. 307, HALKIN, p. 165, n.

En España dos cosas le advinieron. Una, en la ciudad de Burgos recibió las órdenes sagradas. Otra, en los medios cultos se expandió su fama como cultivador de las letras sacras y humanas. Así fue antes de que el Archiduque Felipe lo nombrara secretario y lo adscribiera a su servicio en la Corte. Corroborar esto el humanista español Juan de Maldonado que se expresó así, comparándolo con quien ya era cuspide de las letras hispanas, Antonio de Nebrija: “duos modo referam mihi familiarissimos, et quibus sum usus aliquando praeceptoribus, Antonium Nebrissensem et Christophorum Longolium”. Y eso desde su primera relación de adolescentes, antes de ser un hombre del servicio diplomático del ya Rey Felipe<sup>164</sup>.

Erasmus fue su amigo y con admiración lo cita: “disfruté tres años de la famosa familiaridad de Cristóbal Longolio<sup>165</sup>. No se sabe bien si era de su tierra. Erasmus lo tiene por brabantino (“de Brabante, pues es fama que nació en Malinas”). Pero el propio Erasmus, en carta al humanista portugués Damían de Goes lo tiene por francés.

Lo elogia como ciceroniano en carta de Basilea a Damián de Goes. Dice: “a este Longolio las Galias lo vindican para sí<sup>166</sup>, mientras que Malinas por otra parte lo reclama, siendo así que era un natural holandés, nacido de padre holandés en una famosa villa de Holanda, a la que la hermosura y amenidad del sitio le valió el nombre de Schoen.<sup>167</sup>

Longueil había nacido en 1488, probablemente, pues, en Tierras Bajas, y habría de morir en 1522 en Venecia, adonde lo llevarían precisamente sus tareas diplomáticas, pero esta vez francesas. El Papa León X lo había recomendado al Rey de Francia por propia carta de 6 de abril de 1521 y a través de la gestión de sus embajadores en Roma<sup>168</sup>. Y el propio Longolio cita en una carta al Papa haber sido enviado por el Rey de Francia como embajador a Venecia<sup>169</sup>. La “vida inquieta e infeliz” de Longolio y su carácter de “caballero

164 “Longolius tanto flagrabat studio litterarum ut mihi, qui cum eo adulescenti in Hispania familiariter, antequam decretis Philippi regis adscriberetur, vixi, eundem ardorem immiterat”. *Vid.* en BATAILLON, p. 215.

165 “Illic triduum frui sum consuetudine Christophori Longolii Brabanti; nam Mechliniae natum ajunt. Is nuper perii Patavii, natus annos plus minus triginta. Juvenis ad litteras natus, et in his mature feliciterque institutus, iter nobiles futurus, si licuisset vivere”. de Basilea, 1-III-1524, ep. DCLXXII, III/I, 789 C.

166 También en el diálogo Ciceroniano dice: “Christophorus Longolius, homo Brabantus, tum apud Gallos educatus” (Op. omn. I, 1016 A). pero una nota de los editores añade: “Erasmus postea melius edoctus ait eum in Hollandiae urbe Schonovia natum. *Vide ep.* ad Damianum Goës, datam 18. Augusti 1535, ubi de Longolii patria”. *Vide* efectivamente nota siguiente.

167 Carta de 18-VIII-1535, RIBER, p. 1742.

168 “Quemadmodum ab Oratoribus apud nos tuis, quibus cum hac de re locuti sumus, latius intelliges”. Christophori Longolii orationes..., Florencia, 1524, p. 86.

169 “Christianissimi Francorum Regis, a quo huc ad S.P.Q. Venetum legati missi sumus...” *Ibidem*, p. 158.

errante del ciceronianismo” lo adscriben al elenco de biografías de viajeros humanistas y diplomáticos de aquel tiempo.<sup>170</sup>

Erasmus lamenta la muerte de su amigo: “Éste poco ha falleció en Venecia, apenas cumplidos treinta años. Adolescente nacido para las letras y en ellas formado, precoz y felizmente, hubiera figurado entre los grandes, sólo con que las Parcas no hilaran para él tan breves estambres”.<sup>171</sup>

Sin embargo, parece que en algún momento los sentimientos no fueron recíprocos, y que Longueil escribiera algo en contra de Erasmo. En carta al Cardenal Pole<sup>172</sup> escribe Erasmo: “Doleo Longolium immatura morte praeerptum studiis, quanquam in me videtur iniquior, idque sine causa, lo que él no tomó a mal. Supo de ello por el Embajador de Francia, que le envió aquella carta y él la hubiera incluso publicado, “tantum abest ut me offenderit”.

Inglaterra y Países Bajos, dos puntos de convergencia. Inglaterra fue lugar de estancia y de arraigo de Erasmo, los vecinos Países Bajos eran su tierra. Flamenco fue Luis de Flandes, Señor de Praet, y ejerció precisamente como Embajador en Londres de 1522 a 1525. Era un aristócrata de cuna y un fiel y distinguido servidor del Emperador.

Este noble flamenco, Señor de Praet y de Elverdinghe, había servido en la administración de los Países Bajos y en tal calidad lo conoció Erasmo. Había sido Bailío de Brujas y magistrado de la Corte de Gante.

Se ganó la confianza de Carlos V, a cuyo servicio fue primer chambelán de su Corte y miembro de su *Conseil privé*. Cuando Carlos V emprendió viaje a España en 1522, se lo llevó consigo en su viaje. Al hacer escala en Inglaterra, Carlos se entrevistó con Enrique VIII y allí decidió el joven Emperador que quedase Praet como Embajador para acompañar primero y relevar después en ese cargo al Obispo Bernardino de Mesa.<sup>173</sup>

Como se ha dicho, lo trató Erasmo cuando Praet (Pratensis vel a Prato) ejercía de Gobernador en Gante. Como tal se correspondía epistolariamente con él<sup>174</sup>. Y en 1522 supo la noticia de su nombramiento como Embajador per-

170 Tenía Longolio treinta y cuatro años cuando murió en Padua en 1522, “dopo tanto errare e tanto soffrire”. Décadas más tarde, Paolo Manucio, en una carta a Sauli en 1553, se refiere a Longolio como “nuovo cavaliere errante del ciceronianismo”. Sobre esa alusión de Paolo Manucio a Longolio, “irrequieto e infelice straniero”, *vid.* el ensayo sobre el Ciceronianismo de Concetto MACHESI, “Paulo Manutio e talune polemiche sullo stile e sulla lingua nel Cinquecento”, *Nuovo Archivio Veneto*, V, 1905, pp. 240-266, *cf.* p. 242, *reprod.* en sus *Scritti minore*, por la Univ. de Padua, 1978, I, p. 219.

171 Carta de Erasmo a Luis Gavero, desde Basilea, I-III-1524. RIBER, p. 1595.

172 Basilea, 8-III-1526, III/I, 918 D, ep. DCCXCIX.

173 *Vide* OCHOA BRUN, M.A., *Historia de la Diplomacia Española*, vol. V, “La Diplomacia de Carlos V”, p. 109.

174 Op. Om., III/I, 683-4. Op.Omn., 717 A, epist. DCXXV.

manente de Carlos V en Inglaterra, acaso primeramente a través de carta de Luis Vives<sup>175</sup>: “Pratensis hodie aut cras profecturus est in Britanniam Legatus perpetuus”. Praet tuvo una importante embajada carolina en Londres; le tocó concertar el Tratado de 1524 de alianza antifrancesa; luego todo degeneró en momentos en que se acabó agudizando la tensión recíproca.

En la Corte británica, Praet no tuvo tarea fácil. Había de mantener la alianza con Inglaterra contra Francia, lo que, a la postre, se evidenció poco viable, tras haber sustituido al hábil Obispo Bernardino de Mesa, su predecesor en Londres. “Es posible que su gestión en Londres no transcurriera —pese a su inteligencia, decisión y bravura (o acaso precisamente por esas cualidades)— por los cauces apropiados<sup>176</sup>; su antipatía hacia el Cardenal Wolsey, de cuyas versatilidades e infidelidades había muy bien advertido y de las que daba puntual y leal información a Carlos V, acabó por ser conocida de los ingleses; sus papeles secretos, de los que los ingleses sospechaban, fueron descubiertos en una trampa que se tendió a sus correos; confiscados, abiertos y entregados al rey Enrique VIII, el Embajador fue retenido bajo custodia y no llegó a ser recibido más en audiencia real.<sup>177</sup>

Según parece, después de su cese, siguió manteniendo relación con Luis Vives, a la sazón residente en Brujas, porque en alguna ocasión, escribe Vives a Erasmo que Praet le contará lo que él omite en sus cartas<sup>178</sup>. En una de las cartas de Vives a Praet, aquél alude a la embajada de Praet en Francia, que se prolonga más de lo previsto, “como es costumbre en los embajadores”.<sup>179</sup>

Más tarde, durante la negociación que conduciría al Tratado de Madrid, Praet formuló consejos que bien pueden considerarse más acertados que los que al fin prevalecieron. Entendía Praet que cabían dos opciones: o remachar la victoria contra Francisco I inutilizándolo como enemigo para el futuro, o ganarse con generosidad su amistad, entendiendo que lo peor era lo que precisamente se

175 Desde Brujas a 20 de mayo de 1522,

176 Tal opina MATTINGLY: “Louis de Praet was not a fool, but a poor choice to succeed the subtle De Mesa. He had a soldier’s impatience with the guile of the clergy and an aristocrat’s contempt for Wolsey’s lowly origins” (MATTINGLY, Garret, *Catherine of Aragon*, Boston, Little, Brown and Co., 1941, p. 223).

177 OCHOA BRUN, *op.cit.*, p. 135 s. y 143.

178 “Nolo ergo ad te longius esse; nam abunde tibi omnia narrabit D. Ludovicus Pratensis”. Vives a Erasmo, de Brujas, 13-VII-1527, Op. Omn. 989 F, ep. DCCCLXXVI:

179 “Nunc dicunt te diutius opinione nostra moraturum in Francia, quod facile suspicor, quando eum video morem esse legatorum”. Joannis VIVIS, *Opera Omnia*, ed. de Majans, Valencia, 1788, vol. VII, p. 137. Traducida en Jiménez Delgado, ed del *Epistolario* de Vives (Madrid, Ed. Nac., 1978, p. 553), que le atribuye la fecha de febrero-marzo de 1531. Para las obras de Vives, *vid.* también la edición española, prologada por Lorenzo RIBER, *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1947, 2 vols.

hizo: dejarlo libre y enojado<sup>180</sup>. Praet desempeñó luego otros cometidos diplomáticos: en la Santa Sede en 1529<sup>181</sup>, luego en Francia de 1529 a 1530, cuando tuvo lugar el tránsito de Carlos V por aquel Reino, invitado por su exrival Francisco I, casado ya con su hermana Leonor<sup>182</sup>; después fue enviado a Francesco Sforza de Milán en 1533 para acompañar a su desposada, la princesa Cristina de Dinamarca, sobrina del Emperador. Praet fue Consejero de Estado y Caballero del Toisón de Oro desde 1531<sup>183</sup>. Que fue erasmista convencido lo muestra asimismo la defensa que hizo del *Diálogo de Lactancio y el Arcediano* de Alfonso de Valdés en la Corte carolina<sup>184</sup>. Praet había de morir en las postrimerías del reinado de su señor, en 1555.

En punto a permanencia y a talento diplomático ocupa un puesto notorio en la diplomacia de Carlos V otro Embajador en Inglaterra, ante la Corte de Enrique VIII, donde lo fue casi ininterrumpidamente durante tres lustros. Fue Eustace Chapuys. Era un saboyano, es decir no era oriundo de los Estados propios del Emperador, pero fue un eficiente y leal servidor. Le tocó hacerlo en Londres, donde fue Reina la tía del Emperador, Catalina de Aragón, Reina tan digna como infortunada, consorte de un hombre de carácter versátil y cruel. Correspondió a Chapuys mantener a la Reina su lealtad y respeto, protegerla en lo que pudo de la vesania de su esposo el Rey Enrique VIII y casi acompañarla en sus últimos días, cuando la visitó en su encierro de Kimbolton<sup>185</sup>. Shakespeare lo citó (diríase que con simpatía) en su drama *Henry the Eighth*, en visita a la Reina.<sup>186</sup>

Erasmus cultivó con él amistad y mantuvo correspondencia. En una de sus cartas, en la que Erasmo define bellamente el valor de la amistad (“nulla possessio charior aut preciosior sincero amico”), le expresa un verdadero afecto (más de amigo que de sacerdote) en términos casi sacrílegos: “falleris, mihi crede, si putas mihi sacerdotium opimum futurum fuisse gratius quam Eustathium amicum”<sup>187</sup>. Y fue Chapuys quien hubo de dar cuenta por carta a Erasmo de la muerte de la Reina Catalina.

---

180 OCHOA BRUN, M.A., p. 154.

181 *Ibidem*, p. 206.

182 *Ibidem*, p. 260.

183 En el XX capítulo de la Orden, en Tournai, en el que también recibieron el Toisón el príncipe Felipe (futuro Felipe II), los Reyes Juan III de Portugal y Jacobo V de Escocia y el Duque de Calabria.

184 *Vide* BATAILLON, pp. 140 Y 386.

185 Sobre su importante gestión en Inglaterra, favoreciendo a la Reina Catalina, *vid.* OCHOA BRUN, *Historia de la Diplomacia Española*, vol. V. “La Diplomacia de Carlos V”, pp. 362 ss y *passim*.

186 Puede verse sobre ello *ibidem*, p. 375.

187 Op. Om., III, 1466. Carta de Erasmo a Eustace Chapuys (“Erasmus Rot.Eustathio Chapusio, Oratori Caesaris in Anglia”), III/II, 1466-67, Ep. MCCXLVII, de Friburgo en Brisgovia, 23-IV-1533. Con el tiempo, Chapuys, retirado de Londres, fundaría a sus expensas un Colegio en Lovaina.

Otro Embajador cesáreo amigo de Erasmo y presente en su epistolario fue el Obispo de Viena<sup>188</sup>, Juan Faber. Se llamaba en realidad Johann Heigerlein, pero como quiera que su padre fuera herrero, latinizó su nombre en Johannes Fabri. Humanista del círculo erasmiano, Carlos V le dispensó su confianza, lo nombró Consejero y lo unió a una comisión para oponerse a la Confesión de Augsburgo, en su nombre y en el de su hermano Fernando I<sup>189</sup>. Acompañó al Emperador a la Dieta de Spira de 1526; se ha sugerido incluso que fuera Erasmo quien sugiriera a Faber se usase en la Dieta la fórmula del *Cuius regio, eius et religio*<sup>190</sup>; Carlos V lo mandó luego a España y a Inglaterra para el tema de la guerra contra los turcos. Precisamente en carta a Erasmo de 1531 alude a una embajada del Sultán de Turquía y del voivoda de Hungría Juan Zapolya.<sup>191</sup>

Perseverante en el servicio político de Carlos V fue la Casa de Nassau-Dillenburg. Uno de sus miembros más distinguidos, servidor que fue del Emperador Maximiliano y de su hijo Felipe el Hermoso, fue Engelberto II.<sup>192</sup>

Pero aunque Engelberto II de Nassau fue persona importantísima en la Corte de Felipe el Hermoso, como gobernante, como militar<sup>193</sup> y como diplomático<sup>194</sup>, no consta que Erasmo tuviese tratos con él. Amante de las Artes (fue comitente de obras del Bosco, probablemente del *Jardín de las Delicias*, hoy en el Museo del Prado) y seguramente de las Letras, como era propio de los políticos y cortesanos de entonces, no hubiera sido extraño ver su nombre en el epistolario erasmiano. No es así. Sin embargo, otra cosa fue su sobrino Enrique III de Nassau, el fiel y relevante Consejero y Embajador de Maximiliano<sup>195</sup> y de su nieto Carlos V. De Enrique de Nassau sí consta la relación con Erasmo. Curiosamente, Erasmo a la vez le brinda los consabidos elogios y también algún reproche.

---

188 De 1530 a 1541. Su sucesor en la sede vienesa, Federico Nausea, sería gran admirador de Erasmo, cuyo elogio fúnebre redactó (*vide infra*).

189 LOIDL, Franz y KREXNER, MARTIN, *Wiens Bischöfe und Erzbischöfe*. Viena, Schendl, 1983, pp. 32 ss con bibliografía.

190 Así en Paula SUTTER-FICHTNER, *Ferdinand I. Wider Türkennot und Glaubensspaltung*, Graz, Styria, 1986, p. 241.

191 RIBER, pp 1312, 1533 y 1838.

192 Como diplomático, fue miembro de la misión que ratificó en Francia ante Carlos VIII en nombre de Felipe el Hermoso el Tratado de Senlis en 1492/3 y de nuevo Embajador en Francia ante Luis XII en 1498, junto con Philippe Haneton y Jean de Courteville, acompañados formalmente por el heraldo "Hainaut". De Haneton ya se ha citado la casual y extemporánea vinculación somera con Erasmo, *Vide supra*.

193 Participó en la batalla de Guinegate en 1479 y fue hecho prisionero en junio de 1487 en la de Béthune, siendo rescatado por 80.000 libras.

194 Más de una vez Embajador en Francia ante Carlos VIII (Tratado de Senlis, 1493) y Luis XII (1498).

195 En su nombre firmaría la ratificación del Tratado de Cambray con Fernando el Católico en 1508, junto con insignes diplomáticos que serían de Carlos V: Mercurino Gattinara y Lorenzo Gorrevod. *Vide Tratados Internacionales de España, Carlos V*, CSIC, III, I, p. 224.

No lo hace sin humor. El motivo es su parsimonia. Estos Príncipes nuestros, dice Erasmo, saben ensalzar, pero no remunerar<sup>196</sup>. A Enrique de Nassau, aparte su tarea en el Consejo del Emperador, lo mandó éste en misiones diplomáticas sobre todo a Príncipes del Imperio, sin duda por su propia calidad de ser uno de ellos<sup>197</sup> y ciertamente leal a la causa carolina<sup>198</sup>. Fue Caballero del Toisón por Felipe el Hermoso en el capítulo de Middelburg de 1505.

Los diplomáticos de Carlos V resultan paradigmáticos por su movilidad, propia ciertamente de los avatares de la función, que los llevaba a las Cortes europeas. Al Emperador viajero, como fue Carlos V, se corresponden sus prohombres viajeros también. Precisamente a esa cualidad alude Erasmo en más de una ocasión. Lo hace concretamente en referencia a dos de tales embajadores. Son Claude Chansonette y Cornelio Schepper.

El primero vio su nombre objeto de una divertida latinización, traducido en Claudius Cantiuncula. Erasmo lo cita con especial simpatía, como diplomático particularmente viajero. Claude Chansonette, natural de Metz, mencionado también Claudius Metensis, era un jurista que estudió en Leipzig y en Basilea donde fue profesor. Publicó varios tratados jurídicos en Basilea<sup>199</sup> y una traducción alemana de la *Utopía* de Moro, de quien fue amigo, como de Vives y de Erasmo. Ejerció misiones diplomáticas de Carlos V en Suiza. Murió en 1560.

El segundo de los mencionados diplomáticos de Carlos V fue otro incansable viajero por las Cortes de Europa, Cornelio Schepper, natural de Nieuport. Schepper fue verdaderamente paradigma del diplomático siempre itinerante y portador de importantes misiones, un auténtico neerlandés errante<sup>200</sup>, además de

196 Escribe de Enrique de Nassau: "Favet ille bonis litteris et, harum gratia, mihi quoque; sed nostri principes laudare norunt, numerare non norunt". Carta a Ecbano Hess, de Lovaina, a 30 de mayo de 1519. Op.Omn., III/I, 446 C. En su obra citada lo comenta asimismo LE GLAY, I, p. XXVII. Protector de las artes y coleccionista de pinturas. En 1520 lo visitó Alberto Durer en su palacio de Bruselas.

197 *Vide supra* a los Electores en tiempo de la elección imperial.

198 La lealtad se mantuvo en su familia con un notorio giro postrero. Enrique de Nassau casó tres veces, la 1ª en 1503 con Francisca de Saboya-Vaud, la 2ª en 1515 con Claudia, hija de Juan II de Chalons y Orange, la 3ª en 1524 con Mencía de Mendoza, hija del Marqués de Cenete. (Éste, a su vez, era hijo de Rodrigo, hijo del Cardenal Pedro de Mendoza, el poderoso magnate del reinado de los Reyes Católicos). Un hijo del segundo matrimonio de Enrique de Nassau fue Renato, (1519-1544), que heredó Chalons y Orange y murió combatiendo en servicio de Carlos V en 1544. Al dejar sólo una hija, el Principado de Orange pasó en 1545 a su primo Guillermo el Taciturno, hijo de Guillermo el Rico. El Taciturno acabaría por ser encarnizado rival de la soberanía española en los Países Bajos. Enrique de Nassau murió en Breda en 1538. Su viuda, Doña Mencía, casó en segundas nupcias en 1540 con el Duque de Calabria, Fernando de Aragón, Virrey de Valencia, viudo de Dª Germana de Foix, exReina de Aragón. Dª Mencía fue convencida erasmista. Parece haber sido discípula del citado escritor humanista Juan de Maldonado en Guadalajara en 1534. (BATAILLON, p. 487).

199 Luis Vives dice de él que era un gramático que escribió sobre Derecho (*Las Disciplinas*, parte 1ª, lib. I, cap. IX, en la traducción de Riber, II, p. 389).

200 *Vide* OCHOA BRUN, *Embajadas y Embajadores en la Historia de España*. Madrid, Aguilar, 2002, p. 141 ss.

preclaro humanista<sup>201</sup>. Erasmo asocia a ambos en alguna ocasión con simpáticos elogios. De Chansonnette elogia bellamente que, ocupado de embajadas, tiene siempre en sus viajes como compañera a las Musas.<sup>202</sup>

Como se ve, la asociación de ambos los vincula a su movilidad. Escribe Erasmo: “Scepperus praeterquam quod in omni disciplinarum genere versatus est, pari facultate et solutam orationem texit et carmen, quanquam et hic jam diu fabulam agit motoriam”<sup>203</sup>. Esa *fabula motoria* es efectivamente la movilidad a que a ambos forzó el menester diplomático<sup>204</sup>. Pero Erasmo lo combina bellamente diciendo aquello de portar consigo a las Musas en sus viajes por tierras y mares. (El más hermoso encomio pensable para un culto diplomático viajero).

Schepper había primeramente servido y acompañado a Isabel de Austria, la hermana de Carlos V, esposa (y víctima) de Cristián II de Dinamarca. Más tarde, fallecida ésta en enero de 1525, se incorporó a la Corte de Carlos V en Granada en 1527, y se dedicó desde entonces, en las décadas de 1520, 1530 y 1540, a ejercer misiones diplomáticas del Emperador en casi todos los lugares imaginables: Rusia, Polonia, Lituania, Dinamarca, los Cantones Suizos, numerosas veces en Estados del Imperio Alemán (Sajonia, Colonia, Bremen, Oldenburgo), en Francia, Inglaterra y Escocia, en la Hungría del voivoda Zapolya y en el Imperio Otomano.

Erasmista declarado y amigo del roterodamo, lo fue también de Alfonso Valdés, a quien acompañó en sus últimos días y a quien aspiró a suceder como Secretario de cartas latinas del Emperador. En los Países Bajos fue Consejero, protegido de Gattinara, y siempre hombre de confianza del soberano. Su vida se extinguió contemporánea al definitivo eclipse del reinado de éste. Falleció el 28 de marzo de 1555.

Además de diplomático y de humanista de corte erasmista, fue autor de obras de diverso género, contra los astrólogos y como cronista de las campañas africanas del Emperador.

201 “Clarissimus et doctissimus vir Dominus Cornelius Scheperius, in omni varietate linguarum princeps et coriphaeus”. (*Idem*).

202 “Nosti Claudium Cantiuinculam Metensem et Cornelium Sceperum [...]. Cantiuincula ut est ingenio festivo in quovis argumento tractando suavissime canit, praesertim oratione prosa, quantum valeat carmine nescio, nec infeliciter properat ad exemplar Ciceronis. Fluxum, perspicuitatem, copiam ac jucunditatem M.Tulli propemodum assequutus est, sed jampridem in Principum legationibus fabulam agit motoriam, quum hoc negotium altissimam quietem desideret, et tamen ita quotidie seipsum vincit, quasi per terras mariaque volitans, Musas omnes secum ducat comites”. *Dialogus Ciceronianus*, Op.Omn. I, 1012 B. RIBER, 1179.

203 *Ibidem*.

204 Riber traduce con exactitud y gracejo lo de la “fabula motoria” como “andar volteando en la noria diplomática”. RIBER, 1179.



Un eficiente y también volandero emisario diplomático fue Maximiliano Transilvano, frecuentemente presente en las relaciones internacionales de la época<sup>205</sup> y en los contactos de Erasmo con sus amigos en diversos lugares de Europa. Cornelio Agripa<sup>206</sup>, por ejemplo, le mandaba correo a Erasmo por intermedio de Transilvano.<sup>207</sup>

El hecho de que Erasmo estuviese involucrado en tareas de personajes vinculados a la Diplomacia, se halla bien probado en las recomendaciones que él hizo en varias ocasiones de tales personajes. Aquí se menciona concretamente tal recomendación hecha a favor del Embajador inglés Pace al Elector de Maguncia<sup>208</sup>. Otro caso es el Hector Oxivir, enviado a misiones diplomáticas por Carlos V. Murió en 1547. Erasmo lo recomendó a Alciato, según éste escribe en carta a Bonifacio Amerbach desde Pavía a 7 de marzo de 1535<sup>209</sup>, “A domino Erasmo litteras accepi bene longas, aliasque post paucos dies, scriptas kalendis novembribus, quibus Hectorem Oxivirium mihi commendabat”.<sup>210</sup>

Entre los personajes influyentes en la Corte de Carlos V es bien sabido poder incluir con frecuencia a erasmistas distinguidos. La influencia fue ingente, como no podía menos de ser, dado el eco que el roteradamo y sus adeptos tuvieron en los círculos notables de la Europa del momento. También en el campo del contacto entre Política y Religión, a causa del peso del erasmismo en la Reforma luterana. Así cuando se elaboró el *Interim* de Augsburgo, en el que se quiso lograr una aproximación, si bien provisional como indicó su nombre, entre las confesiones, Carlos V escogió una persona apta para la tarea. Fue el clérigo jurista sajón Juius Pflug, procedente de noble familia y destacado hombre de Iglesia<sup>211</sup>. Intervino, pues, Pflug en

205 *Vid.* en BATAILLON, ps. 104, 231, *passim*, RIBER, 1570.

206 Extraordinario personaje éste, que tuvo —¡cómo no!— relación amistosa con Erasmo. Enrique Cornelio Agripa de Nettesheim (humanista, teólogo, filósofo escéptico, astrólogo, alquimista, médico, viajero, hombre de mundo y en tantos aspectos paradigma de su época) se correspondió epistolarmente con Erasmo. (Op. Omn. III/II, 1751, C-E). Agripa, que, por cierto, fue cronista de la coronación de Carlos V en Bolonia, llegó a tener por amigo a quien lo era de Erasmo, el humanista y poeta Hilaire Bertholf de Lede, discípulo y secretario que fue del roterodamo. Bertholf tuvo ocasión de viajar, en calidad también de secretario de Claude Chansonnette, acompañándolo en sus misiones diplomáticas por Europa (*vide alibi* sobre Chansonnette/Cantiuncula). También de este último era amigo Agripa, así como de otro diplomático imperial, el saboyano Eustace Chapuys, Embajador de Carlos V en Inglaterra (*vide alibi* sobre él). Acerca de Agripa puede verse Antonio BERNÁRDEZ, *Enrique Cornelio Agripa, filósofo, astrólogo y cronista de Carlos V. Historia de la doble coronación del Emperador en Bolonia*, Madrid, Espasa Calpe, 1834.

207 Carta desde Colonia, 17-III-1532, Op. Omn., III/II 1751 D, ep. CCCLXV.

208 *Vide alibi*.

209 Alciato, *op.cit.*, p. 157, carta 94, 6.

210 También carta *idem* de 6-IV-1536, p. 161, carta 97, 5.

211 Preboste de Zeitz y deán del cabildo de Misnia. Luego, en 1542 Obispo de Naumburg, siendo el último prelado católico de aquella sede.

la elaboración del *Interim*, pero ya de atrás era hombre fin al erasmismo y como tal tiene su puesto en el epistolario del roterodamo, que le prodigó los elogios<sup>212</sup>. Carlos V utilizó sus servicios para negociar con los luteranos y andando los años, y siendo ya Pflug septuagenario, quiso el Emperador nombrarlo su Embajador en la Corte de Polonia, ante el Rey Segismundo Augusto II, en 1550. Pero el para aquella época anciano Obispo se excusó<sup>213</sup>. Ya hacía muchos años fallecido, Erasmo no llegó pues, a conocer este último —si bien fallido— encargo diplomático de su amigo.<sup>214</sup>

Así pues, diplomáticos humanistas, no sólo eso, diplomáticos erasmistas, partidarios de su ideología irenista e incluso servidores de ella en la práctica de su profesión, tuvieron su puesto en el equipo de los embajadores de Carlos V o estuvieron acreditados ante él en su Corte. Un ramillete de sus nombres aparece precisamente en un alegato por la paz, la famosa obra de Andrés Laguna (erasmista él también) que llevó por título *Europa*<sup>215</sup> y el apelativo “la que se atormenta a sí misma”, *εαυτην τιμωρουμένη*, remedando un dicho de Terencio. Ese grupo de embajadores que elogiosamente cita Laguna se compone de varios nombres distinguidos. Son Nicolás Perrenot, Embajador en París y luego principal ejecutor de la Diplomacia carolina<sup>216</sup>, Cornelis Schepper, el ubicuo flamenco, lustrador de Cortes extranjeras, desde el París de los Valois a la lejana Constantinopla de Solimán, o Luis de Flandes, Señor de Praet<sup>217</sup>, fiel Embajador del César en Inglaterra, amigos estos dos últimos de Erasmo y bien presentes en su correspondencia, así como varios embajadores foráneos en la Corte de Carlos V, el inglés Tomas Wyatt, su sucesor Tat<sup>218</sup> y el portugués Francisco Lope<sup>219</sup> o el francés Antoine de Castelnau, Obispo de Tarbes, que contribuyó a las paces entre ambos belicosos soberanos.<sup>220</sup>

---

212 “Si inter nos suceptum esset eloquentiae certamen, Juli praeclarum Germaniae decus, profecto literarum tuarum erudita facilitas et decora jucunditas, ac felicissimus quidam perpetuusque Tulliana dictionis luxus, me a rescribendo deterruisset”, le escribe desde Friburgo el 14 de marzo de 1531. (Op. Omn., III, II, 1370 C). *Vide* también *ib.*, 1324, 1409 y 1452.

213 Pero no moriría en Zeitz hasta 1564.

214 Sobre Pflug, *vide* OCHOA BRUN, M.A., *Historia de la Diplomacia española*, vol. V, La Diplomacia de Carlos V, pp. 294, 310, 329, 332 y 423.

215 *Europa*, *εαυτην τιμωρουμένη*, *hoc est miser se discrucians, suamque calamitatem deplorans*. Colonia, 1543. Hay una reciente traducción española y comentario bajo el título *Europa Heautimorume-ne, es decir, que miserablemente a sí misma se atormenta y lamenta su propia desgracia*, a cargo de Miguel Ángel González Manjarrés, VALLADOLID, Junta de Castilla y León, 2001.

216 “Clarissimus et prudentissimus vir, Dominus Nicolaus Perenotus a Granvela, Caesariae Maiestatis cancellarius, optime meritus”, según LAGUNA.

217 “Magnifico et sapientissimo”. (*Idem*).

218 “Etiam ornatissimus et consultissimus vir Dominus Richardus Tat, Orator similiter Anglus” (*idem*).

219 “...Oratoris Lusitanorum apud Caesarem sapientissimi, nobilissimique”. (*Idem*).

220 Todos mencionados en la citada obra de Laguna, V, 66 ss.

## Diplomacia francesa

El Reino europeo que más tuvo que ver, para bien y para mal, con el Imperio, fue la Francia de Francisco I, el permanente rival de Carlos V. Sus relaciones oscilaron siempre entre una guerra reiterada y unas paces trabajosamente concertadas y sin mucho tardar quebrantadas. Ello naturalmente dio lugar a un frecuente movimiento de embajadas. Que no pocos de esos embajadores fueran conocidos de Erasmo es comprensible, tanto más cuanto que él mismo fue bienquisto de la Corte francesa y de sus prohombres principales.

En efecto, consta suficientemente que Francisco I, sin duda amante de las letras y mecenas de sus cultivadores<sup>221</sup>, invitó varias veces a Erasmo a acudir a Francia<sup>222</sup>, y ello lo hizo por vía diplomática. En una ocasión, usó para ello a un diplomático, Claude Chansonnette, más arriba citado, y cuyo nombre se había prestado a la latinización de *Claudius Cantiuuncula*. El propio Francisco I escribió a Erasmo el 7 de julio de 1523 una carta desde Saint-Germain-en-Laye en el estilo de una verdadera credencial a favor de Chansonnette (“notre cher bien amé messire Claude Cantiuuncula, present porteur”) para que crea todo lo que de su parte le diga. Y además le dice será bien venido si acude a su Corte (“je vous advertys que sy vous voules venyr, que vous seres le bien venu”).<sup>223</sup>

De la hospitalidad ofrecida a Erasmo por la Corte francesa, a través de sus conductos diplomáticos, da asimismo fe la relación de otro relevante diplomático francés, admirador de Erasmo. Fue Jean Odet de Selve, Sr. de Cromyères, un jurista que fue Primer presidente del Parlamento de Burdeos, hasta que Francisco I lo nombró en el mismo cargo en la conquistada Milán, para más tarde ejercerlo (1519) en París.<sup>224</sup>

Jean Odet de Selve<sup>225</sup> había acudido a Bruselas ante Carlos I en embajada francesa en 1516. En una carta a su amigo Budeo, Erasmo alude a esa embajada de Selve en nombre de la Corte francesa ante la española, con elogios a su titular, a quien menciona como “omnibus virtutibus Praesul Parisiensis, qui nunc vestri Regis nomine apud nostrum legatione fungitur”.<sup>226</sup>

Pero años después, en 1525, correspondió a Selve viajar a España con un grave y dificultoso cometido diplomático, solicitar la liberación del Rey

221 Lo fue de Leonardo de Vinci, hasta su muerte, como es bien sabido.

222 Ofreciéndole un salario de mil florines al año. Op. Omn., II, I, 191 C.

223 ALCIATO, p. 17, nota. RIBER, p. 1196.

224 Siéndolo de Milán *vid* carta de Alciato a él, (p.232 ss).

225 No ha de confundirse con Georges de Selve, el que figura en el famoso cuadro de los dos embajadores de Hans Holbein el Joven en la *National Gallery* de Londres. Esos dos embajadores son Jean de Dinteville y Georges de Selve, Obispo de Lavaur, pintados en 1533.

226 Carta de 15 de febrero de 1516, Op. Omn., III/I, 182 B, ep. CC.

Francisco I, preso en Madrid, tras su captura en Pavía<sup>227</sup>. Desempeñó la embajada junto con François de Tournon, Arzobispo de Embrun, en el Delfinado. Ambos miembros de esa misión diplomática, importantes personajes de la Corte francesa, tuvieron con Erasmo relación de amistad. Al regreso de esa enjundiosa misión, Erasmo escribió a Selve una carta, que acredita la confianza en él depositada por el humanista.<sup>228</sup>

Por lo que se refiere al Arzobispo Tournon, se sabe haber conocido a Erasmo en Basilea, haberlo visitado allí más de una vez y haberle prometido un salvoconducto para que acudiese a Francia. Más adelante, Tournon, en presencia del Rey Francisco I y hallándose en su real mesa, se felicitó de haber conocido a Erasmo en Basilea y haberle efectivamente ofrecido un pasaporte real, a lo que el Rey accedió. Erasmo da detalles de todo esto en una carta a Marco Laurino, decano del Colegio de San Donatiano en Brujas, desde Basilea. En ella menciona Erasmo al Arzobispo Tournon, “que estaba aquí en embajada y varias veces se dignó visitarme y me prometió un salvoconducto. Este joven prelado, se felicitó en la mesa real de haber conocido a Erasmo en Basilea”.<sup>229</sup>

Esperaba a François de Tournon una suntuosa carrera eclesiástica. Fue arzobispo de Bourges, de Auch y de Lyon. Cardenal por Clemente VII en el consistorio de 1530, luego obispo de Ostia y, como tal, decano del Sacro Colegio. Parece haber sido<sup>230</sup> especialmente bienquisto de la Reina Margarita de Valois.

Otro ilustre prelado francés, también empleado en misiones diplomáticas fue Jorge de Armagnac<sup>231</sup>. Fue Obispo de Rodez, luego Arzobispo de Toulouse y Legado en Aviñón. Como Embajador lo fue de Francia en Venecia y en Roma, donde el Papa Pablo III lo hizo Cardenal. Erasmo le pidió un códice de la *Guerra Judaica* de Flavio Josefo que poseía y que le prometió devolver in-

---

227 Erasmo menciona —con dolor— esa prisión en carta a Budeo, en la que menciona la infausta suerte de los reyes, Cristián II de Dinamarca exiliado y Francisco de Francia preso. “Saltarunt et Reges suam portionem. Rex Danorum exsulat, vester, heu dolor, Hispaniarum est hospes”. Erasmo a Budeo, Basilea, 25-VIII-1525, III/I, 885 C, ep. DCCLV.

228 Se queja éste en ella de los libelos aparecidos contra él: “Plura scripturus eram, sed incertum erat an iam redisses ex Hispaniensi legatione. Commendo tibi causam bonarum litterarum et meam, si quid videor hisce studiis profuisse”. Op. Om, III/I, pp. 884-5. Carta desde Basilea a 25 de Julio de 1525, ep. DCCLIV.

229 Carta desde Basilea, a 1-II-1523, Op.Omn, III/I, 757E, ep. DCL y 1-II-1523, III/I, 749 E-759 A, ep. DCL: “Hac de re quum mentionem fecissem apud R.P. Franciscum Archiepiscopum Ebrodunensem, qui tum hic legatione fungens, nos semel atque iterum inuisit; ultro pollicitus est, se curaturum a Rege suo diploma, quo tutius eo liceret proficisci, si ita visum fuisset. Juvenis humanissimus gestiens, ac sibi gratulans, apud mensam regiam, quod Basileae vidisset Erasmum, egit de diplomate; aderat autem id temporis R.D. Cardinalis Lotharingiae. Rex laetus etiam indulsit quod petebatur”.

230 *Vid.* RIBER, p. 1577.

231 1500-1585.

cólume. Erasmo se excusaba de que un desconocido tan sin importancia se atreviese a dirigirse a tal prelado<sup>232</sup>. Intervino en ello nada menos que Rabelais.<sup>233</sup>

Mas acaso el Embajador francés que mayor influjo ejerció sobre Erasmo fuera Robert Gaguin. Había éste nacido en 1433 en Calonne, un lugar del Artois próximo a Douay; se hizo monje trinitario, en cuya orden llegó a general. Fue profesor de Derecho Canónico en la Sorbona, donde tuvo nada menos que a Erasmo y a Reuchlin por discípulos. Había sido discípulo del humanista y retórico Guillaume Fichet, que a su vez había participado en la embajada del cardenal Bessarion a Francia para instar a la cruzada contra los turcos.<sup>234</sup>

Desempeñó luego Gaguin misiones diplomáticas en el Imperio, España, Inglaterra e Italia. Fecundo escritor sacro y profano, Gaguin es autor de numerosas obras latinas sobre Teología, Retórica e Historia. Erasmo lo tenía en gran estima, requirió su apoyo cuando llegó a París en 1495 y le dedicó un poema que se publicó anejo a la “Casa natalicia de Jesús”<sup>235</sup>. Le prodigó Erasmo muchos, seguramente muy merecidos encomios a causa de su erudición y sabiduría. Elogia su rica biblioteca y a él mismo<sup>236</sup>. Lo tenía por “viro undequaque doctissimo”. Y añade Erasmo en su honor, que posee fe y erudición<sup>237</sup>. Tantos elogios le propinó Erasmo que Gaguin, seguramente modesto, como fraile, protestó pidiéndole se los escatimara.<sup>238</sup>

No solamente alabó Erasmo las dotes intelectuales de Gaguin, sino también su influencia política. En carta que le dirigió en octubre de 1495 le decía ser cosa sabida que los reyes de Francia le habían confiado secretos de Estado, lo habían sentado en sus consejos y lo habían enviado como embajador a diferentes países, especialmente en Italia<sup>239</sup>. Gaguin había estado en España y Erasmo elogió sus condiciones de todo orden<sup>240</sup>. En Inglaterra como Embajador

232 Carta de Friburgo de Brisgovia a 19-XI-1531. RIBER, pp.1520 y 1847.

233 *Vid.* carta desde Lyon a 30-XI.1532. *Ibidem*.

234 *Vid.* BERCHTOLD, Alfred, *Bâle et l'Europe*, Lausanne, Payot, 1991, I, p. 241 y 266. El humanista italiano Beroaldo había sido el maestro de Fichet y éste a su vez de Gaguin, quien fue luego admirado de Erasmo.

235 *Vid.* sobre ese poema *infra*.

236 “Singularis tua humanitas, qua non minore cum laude vincis omnes quam eruditione”. Op. Omn. III, 76 C, 1818 A. Carta de Erasmo a él, de París, año 1499, ep. LXXXIV. También *ib*, 78 B, ep. LXXXVI.

237 “Duo sunt enim praecipua, quae in Historico probato quaeri solent, nempe fides et eruditio: utraque tanta in te sunt quanta in alio nemine”. Op. Omn, III/II, ep. CCCCXXXVII, *vid.* 1817 F-1818 A.

238 *Vid.* carta en RIBER, p. 1749 s.

239 “Adde quod cum omnes norint, te Francos Reges tuo merito semper fecisse plurimi, seriis in rebus opera tua persaepe usus, te regiis arcanis consiliisque saepenumero accitum, te regio nomine cum apud diversas gentes, tum apud Italos crebro legatione functum esse”, carta de Erasmo a Gaguin, octubre 1495, III/II, 1818 B, ep. CCCCXXXVII, y *Correspondance*, I, p.122.

240 BATAILLON, p. 11. *Vid.* Correspondencia recíproca y datos en *Correspondance*, I, pp. 117 ss.

francés a fines de 1490, junto con Valérien de Sains, Sr. de Marigny, propugnó los derechos de Carlos VIII a Nápoles. Defendió asimismo en una polémica con el humanista y dramaturgo Jakob Wimpfeling la justicia de la boda de Carlos VIII con Ana de Bretaña<sup>241</sup>. Gaguin murió en Préavin en 1501.

Con los embajadores franceses tuvo, pues, Erasmo una relación frecuente y abundante. De pasada cita también a un heraldo francés de tiempos de Carlos VIII a causa de un cómico incidente de peleas<sup>242</sup>. Ignoramos el papel que tal heraldo desempeñase. Es sabido que los heraldos acompañaban o a veces suplían a los Enviados diplomáticos, valiéndose de la calidad que los hacía inmunes.

### Diplomacia inglesa

En Inglaterra disfrutó Erasmo de protección, de tiempos felices y de amigos diplomáticos. En carta a él del comisario del omnipotente Cardenal Wolsey, se cita a varios: Mountjoy, Pace, Moro.<sup>243</sup>

Un importante político de gran presencia en la vida de Erasmo fue efectivamente Lord Mountjoy. (Erasmo dice que su nombre se pronuncia como “gran alegría” en francés, “Gallis sonat meum gaudium”). Era éste William Blount (c.1480-1534), V Barón de Mountjoy (1495). Su principal misión diplomática fue la de acompañar a Enrique VIII a la entrevista del Campo del Paño de Oro en 1520 y a la de dicho monarca con Carlos V en 1522. Su relación con Erasmo comenzó mucho antes, en 1499, cuando lo invitó a su casa en París y más tarde al ir a Inglaterra. Con el tiempo, Mountjoy fue continuo Mecenaz de Erasmo, que le dedicó la primera edición de los *Adagios*. Mountjoy fue encargado de la ingrata tarea de dar cuenta a la Reina Catalina del propósito de divorcio de su esposo, así como de suscribir la carta al Papa amenazando con el cisma.

Pero evidentemente, el principal amigo inglés de Erasmo fue un relevante personaje de la Historia del Humanismo y de la política y a la vez de la

241 HÖFLEICHNER, Walter, *Die Gesandten der europäischen Mächte, vornehmlich des Kaisers und des Reiches, 1490-1500*, Viena, Böhlau, 1972, p. 185.

242 En carta a Christian Northoff desde París, 1497, Erasmo cita a un heraldo de Carlos VIII, Gentil Gerson, en una escena de peleas de mujeres, Op. Omn., III, 17 y *Correspondance*, p. 143 s.

243 “Est enim singulari in me benevolentia Baro illustris Montjoius, et tibi, ut scis, toto pectore deditus. Praeterea Tonstallum, et comi gravitate et rara doctrina virum. De Pacaeo nihil quidem est quod ego referam: cum praeter excellentem eius eruditionem, tanta sit etiam in omnes humanitate, ut homini nihil possit optari suavius aut mellitius: quem ego praeter alios (ut nunc est etiam et apud Regiam Maiestatem, et apud reverendissimum Cardinalem auctoritatis maxime) amicum, patronum et advocatum habeo. Non par est autem praeterire Morum nostrum, vel potius omnium, qui quantum valeant, vel eruditione, vel ingenii festivitate, neminem fugere potest”. Carta a Erasmo de Richard Samson, comisario del Cardenal Wolsey a 2-III-1518, desde Tournay, III/I, 305-6, ep. CCCVI.

vida intelectual de Inglaterra y de la época en general. Acaba de citársele. Fue Tomás Moro. Además de escritor de agudas intenciones, de gobernante y político de la confianza de Enrique VIII y de humanista distinguido en su tiempo (y finalmente de merecido miembro del martirologio católico), Moro fue, como es sabido, varias veces empleado en misiones diplomáticas inglesas. En ellas coincidió con Erasmo y en ellas fue acompañado con diplomáticos amigos de Erasmo, como Cuthbert Tunstall.

En la Corte de Carlos V fue eminente Embajador inglés el ya citado Tomas Wyatt<sup>244</sup>, renombrado poeta, autor de una famosa Oda al Río Tajo.<sup>245</sup>

### **Embajadores hispanos**

No hace falta insistir en el notorio hecho de la particularidad de la Diplomacia de Carlos V, que es germano-imperial y española a la vez. Es el fenómeno de la *Doble Representación*<sup>246</sup>, que el autor de estas páginas acuñó en relación con la Historia de la época y la política carolina, como una característica de la política exterior del Emperador.

Por ello, hablar de embajadores españoles de Carlos V como una singularidad contiene signos de contradicción. Los embajadores de España lo eran también del monarca del Imperio. Así también lo entendería Erasmo, que fue amigo de tantos de ellos. Sin embargo, no estará de más agrupar aquí a algunos, propiamente oriundos de la península Ibérica, aunque sea sólo por mor de pura temática.

Los cronológicamente primeros servidores de Carlos V fueron los que él heredó de la magnífica pléyade de embajadores que constituyeron el brillante equipo de su abuelo aragonés, Fernando el Católico. No fue uno de ellos, sin embargo, el inteligente Embajador de Carlos V en Roma, Don Juan Manuel, que sí era un hombre de pasados tiempos, pero no precisamente leal a Don Fernando, cuya política claramente en su tiempo contradujo. Don Juan Manuel había servido fielmente a Felipe el Hermoso, pero no a su suegro que por ello lo persiguió. Lo salvó ser Caballero del Toisón, poderoso valladar para toda represalia política. Pero si no fue leal al abuelo Fernando y sí lo fue al propio padre Felipe, Carlos V lo empleó y con provecho, dado el talento del individuo.<sup>247</sup>

---

244 “Dominus Thomas Huuyatus, summae auctoritatis apud Anglorum regem, eiusdemque Maiestatis apud Caesarem Orator clarissimus”. (*Idem*).

245 Tradujo en un soneto bellamente el famoso soneto de Petrarca “passa la nave mia, colma d’oblio”, que se cita en este volumen.

246 O *Doppelvertretung*.

247 Puede verse OCHOA BRUN, M.A., “Don Juan Manuel, ambassadeur espagnol”, *Château-fort de Fallaix. Une alliance européenne du XVe siècle. Baudoin Bâtard de Bourgogne et Marina Manuel*, Bruxelles, 2008.

El personaje no fue ajeno al interés de Erasmo, que lo expresó claramente en carta a Diego Gracián de Alderete, desde Basilea<sup>248</sup>. Buscaba, pues, Erasmo no sin razón las conveniencias del favor del influyente personaje que fue Don Juan Manuel, bien conocido en Flandes, donde residió en tiempos a las órdenes de Felipe *el Hermoso* y como Embajador (aunque desleal) de Don Fernando.

De otro sujeto cabría intentar la colocación en este contexto. En carta a Juan de Vergara desde Friburgo de Brisgovia, Erasmo escribe en postdata: “escribí pocos días antes, por mediación de cierto comendador, Embajador del César, persona al parecer sincera y que me tiene afición; me explicaba muchas cosas placentes de oír, del continuo afecto y favor del prelado de Toledo para conmigo”. Riber interpreta que el comendador debe de ser Fernando de Silva, conde de Cifuentes, embajador de Carlos V en Roma.<sup>249</sup>

En Roma fue también Embajador de Carlos V un activo personaje, Miguel Mai, un jurista catalán, a quien le tocó lidiar el tormentoso asunto del pretendido divorcio de Enrique VIII de Inglaterra, cuando para ello fue mandado como Embajador a Roma con instrucciones de 1 de octubre de 1528<sup>250</sup>. Con tales instrucciones del Emperador, Mai laboró en defensa de los derechos de la Reina Catalina y su recurso a la decisión del Papa Clemente. Mai era además un fino cultivador de las letras, por lo que no es extraño que entrara en el ámbito humanístico de Erasmo. Por erasmista se le tiene desde luego con razón en la historiografía<sup>251</sup>. Miguel Mai favoreció la reimpresión de las obras de Nebrija.

---

248 En la que Erasmo escribe: “Clarissimum virum D.Joannem Emmanuelem jam pridem fama mihi commendavit, prudentia singulari praeditum, suoque merito tum gratia, tum auctoritate, plurimum in aula Caesarea valentem: cuius in me favorem animumque propensum libenter amplector; si quid erit in quo putabis me posse illi quicquam gratum facere, non gravaberis submonere, senties voluntatem certe paratam”. Op. Omn., III/I 1067, de Erasmo a Gracián Hispano, Basilea 15-III-1528, ep. DCCC-CXLIII. *Vide* también BATAILLON, p. 268-9. RIBER, 1685. RIBER, 1695. No estará de más gustar de la sabrosa traducción en la prosa de Lorenzo Riber: “Tiempo ha que la pregonera fama me cantó las excelencias del muy esclarecido Don Juan Manuel, varón dotado de prudencia excepcional; que por sus méritos, por su influencia y por su autoridad, goza de poderoso valimiento en la Corte del César y cuyo favor y estimación yo acepto con pecho reconocido. Si hubiere cosa en la que pensares que un servicio mío pueda resultarle grato, no te causará molestia avisármelo; me hallarás con voluntad siempre apercebida”.

249 19-XI-1533, RIBER, p. 1725. En realidad, Cifuentes había sustituido como Embajador de Carlos V en Roma a un verdadero erasmista, Miguel Mai. (*Vide* sobre ello BATAILLON, p. 431).

250 OCHOA BRUN, M.A., *Historia de la Diplomacia Española*, vol. V, pp. 356 ss.

251 BATAILLON, pp. 317 s, 405, 431.



Seguramente sería justo mencionar al Cardenal Esteban Gabriel Merino<sup>252</sup>, ilustre entre los hombres de confianza de Carlos V, que lo empleó también en una misión diplomática en Roma cuando se trataba de preparar su viaje e Italia en 1529. Figura también entre los abundantes prelados erasmistas españoles.<sup>253</sup>

También entre los portugueses aparecen embajadores amigos de Erasmo. Uno parece haber sido su importante favorecedor en Roma. Fue Martín de Portugal, bastardo del Rey lusitano y Embajador de éste en la Roma papal. Erasmo lo conocía desde su tiempo de estudiante en París<sup>254</sup>. Vives lo menciona en carta a Erasmo, en la que encarece su persona, cuya merecida mención —dice— requeriría una carta entera<sup>255</sup>. Don Martín fue por muchos años Embajador portugués en Roma, donde por cierto hubo de sufrir los horrores del *Sacco* en 1527; su vivienda fue saqueada por la soldadesca y él mismo hubo de pagar por su persona un cuantioso rescate<sup>256</sup>. De ello se quejó con harta razón a Carlos V.<sup>257</sup>

Más adelante se mencionarán sus gestiones romanas en pro de Erasmo.

Conoció y sin duda apreció Erasmo a otro diplomático portugués, Fernando Velasco, un jurista que ejerció una embajada de Juan II en Roma al Papa Inocencio VIII en 1484 y otra a Felipe *el Hermoso* en 1503. Erasmo lo llama “nuestro Velasco” en carta a Jean Desmarez (Paludanus)<sup>258</sup> desde Amberes, en febrero de 1504.<sup>259</sup>

Aun otro diplomático de Portugal conoció Erasmo, fue Pedro Mascarenhas, al que Erasmo cita en carta a su amigo y tocayo Erasmo Schets<sup>260</sup>, con gratitud por sus regalos<sup>261</sup>. Mascarenhas representaba a Juan III de Portugal en Bruselas y

252 Arzobispo de Bari en 1513, Obispo de Jaén en 1523, Patriarca de las Indias Occidentales en 1530 y Cardenal en 1533.

253 BATAILLON, pp. 431 y 540.

254 BATAILLON, p. 101

255 “Dixerunt multa, vidi ipse plura in Martino Lusitano, propinquo sui Regis, cuius merita mentio totam sibi epistolam postularet”. Carta de Vives a Erasmo, desde Brujas, año 1521, Op. Omn., III/I, 685 E. también en Joannis Vivis, *Opera Omnia*, ed. de Mayans, Valencia, 1788, vol. VII, p. 152. Traducida en Jiménez Delgado, ed del *Epistolario* de Vives (Madrid, Ed. Nac., 1978, p. 187), que da la fecha de 4 de junio de 1520.

256 En su palacio se habían refugiado muchas personas con sus tesoros y valiosas pertenencias: todo lo perdieron y el Embajador fue hecho prisionero “en calzas y jubón”. Vide OCHOA BRUN, M.A. *Historia de la Diplomacia española*, vol. V, p. 181 s. y también E.R. CHAMBERLAIN, *The Sack of Rome*, Londres, Batsford, 1979, p. 170.

257 Vide *Colección Salazar y Castro*, Real Academia de la Historia, A-41, p. 11s.

258 Johannes Paludanus, rector de la Academia de Lovaina.

259 *Correspondance*, I, p. 373.

260 Carta desde Friburgo de 27 de agosto de 1533, RIBER, 1844.

261 Un pote de azúcar le mandó el Embajador. Erasmo dice que hubiera preferido lienzos de Holanda. *Ibidem*.

pertenecía a la corriente intelectual de la época, porque Erasmo lo menciona como discípulo del humanista portugués Andrés de Resende<sup>262</sup>, lo que explica también, por afinidad, su amistad con el roterodamo. Mascarenhas debía de gustar de las irreverencias satíricas en boga, según la representación que escogió (el *Jubileo de Amores* de Gil Vicente)<sup>263</sup> para los festejos con que celebró en su embajada en 1531 el nacimiento del Príncipe de Portugal<sup>264</sup>, Don Manuel, venido al mundo en ese año.<sup>265</sup>

### Embajadores hostiles

Muchas fueron, pues, y bien profundas las amistades trabadas entre Erasmo de Rotterdam y los embajadores que, en sus días, ejercieron misiones que hoy llamaríamos diplomáticas, entre los monarcas europeos. Sobre todo, su correspondencia lo atestigua.

Y dos pueden ser aducidos como los pilares en que tales amistades se basaron.

El primero tiene que ver con las funciones y su escenario. Erasmo, a causa de su nombramiento como consejero en la Corte de sus soberanos (Felipe *el Hermoso* y luego su hijo el Emperador Carlos V), no era ajeno a la política exterior, en la que estaban enmarcados los eminentes personajes con los que él colaboró (Chièvres, Le Sauvage, Gattinara, Busleyden) y con la que se efectuaban las relaciones europeas de las que Erasmo fue testigo de primera línea.

El segundo tiene que ver con la primordial actividad y eximia vocación de Erasmo: el Humanismo, en el que él fue señor y principal protagonista en su época. Los embajadores cuya amistad profesó eran también hombres afines a su dedicación predilecta: las letras, ya sacras, ya profanas. Por eso en el trato de Erasmo con ellos destaca constantemente su enjuiciamiento, traducido en encomios, acerca de las cualidades de erudición, sabiduría y literatura de todos y cada uno de ellos. Claro está que eso tiñe de elogiabile carácter intelectual a la Diplomacia de aquella época que —sin duda en su honor— puede calificarse de humanística, como ya más arriba se ha propuesto aquí.<sup>266</sup>

Pero, como toda regla tiene su excepción y todo enunciado conoce su antinomia, también aquí pueden alegarse contradicciones. Los embajadores humanistas que aquí se han ido reseñando eran admiradores de Erasmo, que también

---

262 Era, en efecto, su profesor de lenguas clásicas.

263 Con críticas al tráfico papal de indulgencias.

264 Lo refiere y comenta con fundadas fuentes BATAILLON, pp. 415 y 613.

265 Fallecería en 1537. Los derechos sucesorios pasarían, por premoriencia también de su hermano Felipe, a su otro hermano Juan, casado con Juana, hija de Carlos V. Muerto también Juan en 1554, la corona pasaría al hijo de éste, Don Sebastián.

266 Puede verse por ejemplo OCHOA BRUN, M.A., “La Diplomacia española y el Renacimiento”, *Diplomacia y Humanismo*, Madrid, Fundación Pastor de Estudios Clásicos, 1989, pp. 26-63, especialmente pp. 55 ss.

correspondía con parejos sentimientos. Mas no todos. Algunos hubo que se opusieron a su personalidad ya fuera en el seno la sociedad política de su tiempo o ya en el campo intelectual de sus ideas.

Podrían, a guisa de pura conveniencia meramente expositiva, escudriñar cuatro ambientes.

Uno fue italiano. El Rey de Francia Luis XII envió a Roma como su Embajador ante el Papa a un aristócrata de linajuda familia itálica y de notables dotes humanísticas, que había ya destacado en la Diplomacia, sirviendo anteriormente como Embajador al Emperador Maximiliano. Era Alberto Pío Conde de Carpi. Además de esa condición y de esas dotes, Alberto Pío era hombre de enérgicos comportamientos. Con ellos causó un duro enfrentamiento con el de por sí violento Papa Julio II en julio de 1510, lo que causó la ruptura entre ambas potencias. Era la época en la que, por el contrario, Fernando el Católico obtenía hábilmente tras largas negociaciones con el Papado a través del Embajador Jerónimo de Vich la investidura del Reino de Nápoles<sup>267</sup>. El nombramiento de Carpi por parte de Francia no debió de ser acertado. Comenta Jerónimo de Vich a Don Fernando: “Dios se lo perdone al Rey de Francia, que quiso enviar aquí embajador italiano, porque no hay italiano que no desee ver franceses y españoles enemigos y fuera de Italia”<sup>268</sup>.

Carpi que, como se ha dicho, era un paradigma de Embajador humanista<sup>269</sup>, mantuvo una comprensible relación de amistad con Erasmo. Pero esa relación no sólo se enturbió, sino que se convirtió en una de las mayores hostilidades que tocó soportar al roterodamo. Carpi confeccionó una especie de libelo antierasmiano, al que éste dudaba en responder con pareja contundencia. Le escribió Erasmo una carta que, según algún autor, es una obra de arte de diplomacia<sup>270</sup>. Comenta allí su libelo y lamenta que, pese a su espíritu de justicia, le haya atacado con tanta crueldad y obstinación. Pensaba haberle contestado, pero lo impidió el estrépito producido por el suceso del *Sacco* de Roma, que había sacudido todos los espíritus<sup>271</sup>. En carta a Johann Heckel, de Basilea, se queja Erasmo: “Albertus Pius Carporum Comes, dudum Caesaris Orator, ac Pontifici vehementer charus, nunc ad Galliarum Regem dilapsus, edidit volumen annis aliquot elaboratum, in quo duas res agit: persuadere conatur universum hunc orbis tumultum, me auctore natum esse”<sup>272</sup>. Se multiplicaron los escritos de ambos en una interminable controversia.

267 OCHOA BRUN, M.A. *Historia de la Diplomacia española*, vol. IV, pp. 334 ss.

268 *Ibidem*.

269 Según VASOLI, *La cultura delle Corti*. Florencia, Cappelli, 1980. Es el más exacto paradigma de diplomático-humanista de su época.

270 “Un chef d’oeuvre de diplomatie”, HALKIN, *op. cit.*, p. 172.

271 Carta de 23-XII-1828, ALLEN, VII, p. 544. HALKIN, p. 172.

272 Carta de 26-II-1529, Op. Omn., III/II, 1160 B, ep. MXIX

El otro ámbito fue francés, aunque con origen italiano. Lo encarna un muy afamado autor de Diplomacia. La literatura sobre el oficio de los embajadores, que ya para entonces comenzaba a despuntar, a partir sobre todo de la obra del diplomático y tratadista Ermolao Barbaro<sup>273</sup>, conoció entonces un cultivador que se haría famoso en la materia. Fue el francés Etienne Dolet. Había nacido en 1509 en Orléans. Estudió humanidades en París y en Padua y prontamente se dedicó al oficio diplomático. Fue Secretario de la embajada de Francia en Venecia que desempeñaba Juan de Langeac, Obispo de Limoges. En esa función escribió Dolet un tratado sobre Diplomacia, que se ha hecho paradigmático en su tema, bajo el título (por entonces habitual para el asunto) *De officio legati*, que se publicaría más tarde en Lyon en 1541.<sup>274</sup>

Dolet regresó a París hacia 1530. Como humanista fue tenido por un verdadero ciceroniano; estudió y enseñó jurisprudencia en Toulouse, donde comenzaron sus desdichas: un discurso suyo levantó protestas que le condujeron a la cárcel y al destierro a Lyon y luego a París. Regresado al fin, libre, a Lyon, imprimió allí sus *Commentariorum linguae latinae libri* en 1536-8 en 2 vols. El 6 de marzo de 1537 Francisco I le concedió permiso para imprimir sus libros de autoría propia o de comentarios suyos, en latín, griego, italiano o francés, cosa que hizo cumplidamente en los años siguientes; pero acusado de imprimir libros heréticos, fue primero apresado en 1542, más tarde encarcelado de nuevo, fugado al Piamonte y, una vez regresado, fue al fin condenado por ateísmo relapso a muerte, fue torturado y quemado vivo en París el 3 de agosto de 1549.

Ese desastroso final es causa de que para un historiador diplomático, Etienne Dolet sea “el primer escritor mártir de la Diplomacia”. Concluye dicho historiador: “En su libro *De officio legati*, publicado en Lyon en 1541, escribe en favor de los enviados. Sus ideas dan origen a debates tan apasionados, que su autor muere en París, quemado vivo ocho años más tarde”.<sup>275</sup>

Pero es el caso que Dolet, como se ve temperamento conflictivo y discutidor, polemizó asimismo contra Erasmo. En efecto, militó de forma contundente en las filas de los diplomáticos enemigos de Erasmo, contra el cual escribió un libelo en 1498, al que Erasmo manifestó no querer responder. Erasmo se hizo

---

273 También, por cierto, admirado por Erasmo.

274 La literatura sobre Diplomacia había conocido ya a Ermolao Barbaro y a Bernard du Rosier, arzobispo de Toulouse, en 1436 con su famoso *Ambaxiator brevilogus*, Martin Garat, *Tractatus de legato*, Gonzalo García de Villadiego, *Tractatus de legato*, 1485, Etienne Dolet, *De officio legati*, 1541, Conrado Bruno, *Opera tria de legationibus*, Maguncia, 1548. Seguirían Marino Cavalli, *Informatione dell'offitio dell'ambasciatore*, 1573, Félix de La Mothe Le Vayer, *Legatus seu de legationibus*, París, 1579, Alberico Gentili, *de Legationibus*, Lodres, 1585, Christoph Warszewicky, *de Legato et legatione*, Danzig, 1591, Carlos Pasquale, *Legatus*, Rouen, 1598, Juan Homann de Villiers, *The Ambassador*: para proseguir abundantemente en tiempos posteriores.

275 Pedro UGARTECHE, *Educación diplomática antigua y moderna*, Buenos Aires, EMECÉ, s.f.

eco de ello en una carta<sup>276</sup>. Del libelo también resultó dolido Tomás Moro, según el propio Erasmo manifiesta.<sup>277</sup>

Dolet vertió sus denuestos contra Erasmo en un capítulo de sus citados *Comentarios*, dedicado al término “acrimonia”. Lorenzo Riber los tradujo en contundente prosa<sup>278</sup>, que era ciertamente agresiva y violenta.

Un tercer ámbito afecta a Inglaterra. Ya se han mencionado con todos los honores los diplomáticos ingleses afectos y aun verdaderamente amigos predilectos de Erasmo. Fueron Tomás Moro, Robert Pace y Cuthbert Tunstall. Sin embargo, hubo también un caso opuesto, el de un personaje francamente hostil a Erasmo, en su persona y sobre todo en sus escritos polémicos. Fue Edward Lee, “uno de los principales instrumentos del cisma anglicano y del antiesrasmismo español”.<sup>279</sup>

En todo el tiempo de la larga vigencia del ideario erasmiano aparece Lee como un constante y resuelto opositor. A los propios ingleses, afectos como eran al roterodamo, habían de molestar especialmente las diatribas de su compatriota contra el admirado maestro. Y éste, desde luego lo hizo saber a su amigo el Obispo de Winchester, Richard Fox con doloridas palabras<sup>280</sup>:

La polémica duró, fue difundida y tiene un amplio eco en las obras de Erasmo. El personaje de Lee alcanzó con ello una fama que nunca hubiera obtenido de otro modo.

En efecto, ese diplomático inglés había de interferir en la vida de Erasmo. Fue Edward Lee (c.1480-1544) Embajador de Enrique VIII, a quien apoyaría en su conflicto con el Papa y con el Emperador a causa de su divorcio. A partir de 1519, Lee se enfrentó doctrinalmente a Erasmo y mantuvo con él una aguda controversia. “Un amigo que se convirtió en enemigo y me atacó, no como si quisiera hacerme prisionero, sino acabar conmigo todo”, escribió Erasmo en la citada carta autobiográfica a Bothemo Abstemio.<sup>281</sup>

El Embajador Lee mantuvo una agria polémica con Erasmo en Lovaina<sup>282</sup>. Alegó haber hallado trescientos errores en la traducción erasmiana del nuevo

276 “Nunc narrant Lugduni excussum librum acidum in me, auctore Stephano Doletto, cujus extant orationes et epistolae stomachis magis cavendi, quam movendi. Eum nondum vidi, et si videro, non est animus respondere” Carta de Erasmo a P. Merbelio y Juan Bautista Laurentio, 18-III-1535, III/I, p. 1498 F.

277 En carta a Conrado Goclenio, de Basilea, a 28 de junio de 1536, III/II 1522 A, ep. MCCXCIX, escribe Erasmo: “in furioso Dialogo Doleti vexatur Morus”.

278 RIBER, p. 1184, *vid.* también pp. 1858 s.

279 GARCÍA HERNÁN, *op. cit.*, p.121.

280 “Quod Eduardus Leus tam manifestis convitiis debacchatus sit in famam meam, dici non potest quam displiceat probis omnibus” Op. Omn., III/I, 552, epist. DVI, carta de Lovaina, 5-III-1520.

281 “Eduardus Leus, ex amico subito factus hostis”, de la carta a Juan Botzhemo Abstemio, Op. Omn., I, Basilea, III Kal febr. (30 de enero), de 1524.

282 Donde éste se encontraba por encargo de Carlos V.

Testamento<sup>283</sup>. Erasmo resintió sus ataques y, resentido, contraatacó, teniéndolo, desde su infancia por criatura envidiosa y maligna, que deseaba ser siempre el primero, ansioso de admiración y obstinado en sus opiniones.<sup>284</sup>

Lee fue nombrado Embajador de Inglaterra en España y en tal calidad se entrevistó con Carlos V en su etapa granadina en 1526/27. A causa de ello, el movimiento de los antierasmistas españoles en torno a 1527 contó con la obra del Embajador Lee; en efecto, los enemigos de Erasmo estaban “espoleados en sus sentimientos por el Embajador de Inglaterra, Edward Lee<sup>285</sup>. Lee fue, con el tiempo, Arzobispo de York.

En un cuarto ámbito, que pudiera llamarse español, tuvo precisamente eco la obra antierasmiana de Edward Lee. Está bien comprobado que el movimiento español contra Erasmo en torno a 1527 contó con la animación de Lee; los enemigos de Erasmo estaban “animados por Edward Lee, que poco tiempo antes había polemizado con el holandés en la Universidad de Lovaina”<sup>286</sup>. Pero ese *movimiento español* contó precisamente con un por lo demás brillante elenco de diplomáticos, a la sazón ubicados en suelo español. Los acaudillan dos nombres prestigiosos precisamente a la vez de las Letras y de la Diplomacia: Baltasar Castiglione y Andrea Navagiero.

Marcel Bataillon en su magistral y clásica obra sobre *Erasmus en España* cita “la ironía desdeñosa de los italianos del Cuerpo Diplomático, Baldassare Castiglione, nuncio del Papa, Andrea Navagiero, Embajador de Venecia, Alessandro Andrea de Nápoles [que] no pierden ocasión de mofarse de ese Erasmo a quien los españoles han convertido en su ídolo”<sup>287</sup>. No extraña que un gran amigo español de Erasmo, Alfonso Valdés, denunciara indignado en carta al roterodamo que el Nuncio Castiglione lo acusara a él de hereje ante Carlos V, el cual no se dejó convencer.<sup>288</sup>

Aparece el asunto en carta del español Pedro Juan Olivares dirigida a Erasmo en la que se refiere a los tres personajes citados.<sup>289</sup>

---

283 Op.omn., ep. 537. FROUDE, p. 294.

284 Op.omn., ep. 527. FROUDE, p. 268

285 *Vid.* por ejemplo GONZÁLEZ NOVALÍN, José Luis, “La Inquisición Española”, en *Historia de la Iglesia en España*, Madrid, BAC, 1980, vol. III, 2ª, p. 168.

286 *Vid.* GONZÁLEZ NOVALÍN, José Luis, *Loc. cit.*

287 *Op. cit.*, p 232.

288 Barcelona 15-V-1529, es una extensa carta que Riber llama “esencial y sensacional” (RIBER, p. 1283).

289 “Balthasar Comes Castilioni, Orator Pontificis, vir utcunque eruditus, Navagerus Venetus, vir utriusque linguae eruditissimus, et Andreas Neapolitanus in dies debacchantur in stylum tuum. Non potest ferre haec natio, quod unus Germanus ostentationem Italorum depresserit. Nunquam sum apud eos, quin illico faciant mentionem de stylo Erasmi. Erasmus, inquit, tum ex Latino factus est barbarus”. Op.Omn., III/II, 1858 F, ep. CCCCLXIX de Valladolid, 13-III-1527, RIBER, pp. 1643 s. *Vide* también Vittorio CIAN, *Un illustre nunzio pontificio del Rinascimento, Baldassar Castiglione*, Città del Vaticano, Bibl. Apst., 1951, p. 117.

Los dos personajes principales, Castiglione y Navagiero son, por muchos conceptos, dignos de muy alta estima y es deplorable que se pronunciaran tan en contra de Erasmo de Rotterdam, que gozaba de tanto predicamento en la Corte del César. Castiglione fue un Nuncio muy partidario de éste en momentos tan aciagos para la relación con el Papa como fueron los días del *Sacco* de Roma. Castiglione manifestó entonces sentirse tan español como italiano. Y por lo que a la Diplomacia se refiere, pocos libros habrá tan representativos en su época como *Il Cortigiano*, del que fue autor. Y Andrea Navagiero, Embajador de Venecia ante Carlos V<sup>290</sup>, alcanzó un trascendental papel en la Literatura española como oportuno introductor de los metros renacentistas italianos en la Lirica castellana. Juan Boscán, amigo del segundo y traductor del primero es un testigo de la importancia de ambos y de su influjo benéfico en la Cultura.

La cuestión era a menudo (¡feliz época en que tales eran los argumentos que se usaban!) si se era más o menos *ciceroniano*. El propio Erasmo, en el diálogo que con ese título compuso, distribuyó títulos de tal mérito a unos y los negó a otros. De los que a él se lo negaban respondió con contundencia. Escribe Erasmo desde Friburgo en Brisgovia, aludiendo a los ciceronianos amigos: Bembo, Sadoletto y Alciato<sup>291</sup>. Era cierto, basta leer las cartas de esos tres eximios testigos.

Erasmo expuso sus ideas acerca del tema en su famoso diálogo *Ciceroniano*, en el que se contiene un elenco de citas de los humanistas de su tiempo. Allí formula muchos reproches a Longueil (Christophorus Longolius), pese a ensalzar algo su estilo epistolar. De esos reproches defendió Dolet a Longueil, en un diálogo en el que propugnaba su ciceronianismo, atacando duramente a Erasmo, con los epítetos más ofensivos, hallados por Lorenzo Riber como ya se ha dicho y traducidos por él como siempre con su habitual garbo<sup>292</sup>, en su *Commentariorum linguae latinae tomus secundus*, publicado por Griphio en Lyon en 1538. Es el extenso párrafo acerca de la voz *acrimonia*, en el que ya se indicó cómo Dolet vierte toda suerte de denuestos contra Erasmo.

---

290 Andrea Navagiero fue luego Embajador en Francia donde murió, en Blois, en 1529.

291 “Si me faciunt Ciceronis hostem, tota errant via. Qui soli titulum hunc promerentur hoc seculo, mihi sunt amicissimi, Petrus Bembus, Jacobus Sadoletus et Andreas Alciatus. Id quod multis illorum epistolis amantissime scriptis declarare possim”. En carta a Pedro Merbelio y Juan Bta. Laurentio, 18-III-1535, ep. MCCLXXVII, III/II, 1498 F.

292 RIBER, pp.1184 ss.

## EL HOMBRE COSMOPOLITA

### **Patria o Humanidad**

Es sabido que Erasmo profesó ser un ciudadano del mundo. “Ego mundi cives esse cupio”, expresó<sup>293</sup>. Eso ciertamente ayuda a quien ha de moverse con libertad por las rutas del extranjero; es decir, poseer una concepción universal de las cosas le será sin duda útil; pero si ha de tenerla también de los deberes, ahí es donde esa concepción puede interferir negativamente con el ejercicio de una función estatal. Al hombre cosmopolita nada humano debe serle ajeno, como al personaje de Terencio. Pero si ha de ejercer una representación, ha de saber dónde se halla la razón de su servicio. Ha de conocer el límite entre el cosmopolita y el patriota<sup>294</sup>. Al Embajador de un Estado, igual entonces que hoy, ha de reputársele ecuanimidad de criterio y conocimiento universal, pero no puede permitírsele ser neutral.

Y en Erasmo, el propósito de no tomar posición se muestra a menudo como una tentación que, si no siempre es asumida, suele aparecer para al menos aminorar enfrentamientos, lo que ciertamente no debe reprochársele, antes bien dárselo por bueno. Un ejemplo bien conocido es lo que el propio Erasmo escribió, cuando la pugna del divorcio de Enrique VIII y Catalina: no inmiscuirse en las disputas entre Júpiter y Juno.<sup>295</sup>

En el caso preciso de Erasmo, su declaración de ser ciudadano del mundo tiene una raíz cristiana; para el servidor de Cristo, ciertamente no hay fronteras que cierren su profesión universal. Pero no por ello dejó de ser consciente de sus raíces o de sus obligaciones. Él se supo —y así lo declaró— holandés. Y como tal, súbdito de sus señores. Sirvió a Felipe el Hermoso, Duque de Borgoña y amo de sus tierras, luego a su hijo el Emperador Carlos V, “nuestro Carlos”, como lo llamaba.

En esa calidad de súbdito, Erasmo fue, como ya se ha dicho, alto funcionario de la Corte, borgoñona primero, imperial después, en la que ostentó el cargo, por puramente teórico o nominal que fuera, de Consejero.

### **Política e Irenismo**

El carácter de ciudadano universal, base de toda forma de bien entendido Humanismo, se cifra, si a la política se refiere, en el servicio de la paz. Eso sí es ciertamente compatible con los servicios del Estado. Evitar la guerra, promover la paz, es en las obras de Erasmo una constante. Por ello se ha aludido siempre a su

---

293 *Vide*, por ej. ALLEN, ap. *Erasmo y Loyola*, p. 287 nota.

294 Puede verse sobre ello ENTHOVEN, “Erasmus, Weltbürger oder Patriot”, *Neue Jahrbücher für das klassische Altertum*, (1912), pp. 205 ss.

295 Carta de Erasmo a Vives, 2-IX-1528, “en las discordias conyugales de Júpiter y de Juno, libreme Dios de mezclarne, y más siéndome desconocidas las razones”. (RIBER, p. 1444).



*Irenismo*. Con particular énfasis cita Erasmo en carta a Conrado Peutinger el dicho de Cicerón “pacem vel iniquam, bello aequissimo potiolem esse”.<sup>296</sup>

No hay efectivamente, para los humanistas (Erasmo, Vives) una guerra que pueda ser tenida por justa. El mismo concepto es en sí contradictorio. Se han derramado sobre esa contradicción y también sobre sus posibles y ocasionales incoherencias, ríos de tinta. No es éste momento de incidir sobre ese tema. El indudable pacifismo erasmiano se vio sólo condicionado o comprensiblemente mitigado por la amenaza de los turcos, que ponían en riesgo a la Cristiandad<sup>297</sup>. Precisamente esa ineludible defensa requería la necesaria concordia entre los príncipes.<sup>298</sup>

La cuestión está en la “guerra inevitable”. A la guerra hay que acudir cuando no queda otro recurso<sup>299</sup>. Entonces es preciso evitar todos los excesos. En esa guerra es donde se conoce a los cristianos<sup>300</sup>. La guerra no es condenable cuando se emprende por un motivo justo, como la defensa de la Cristiandad, en circunstancias que la hacen inexcusable.<sup>301</sup>

Y ello sí encaja con el concepto y deberes de la Diplomacia, que desde luego Erasmo define y propugna. Sus elogios van particularmente dirigidos a los gobernantes y embajadores que laboran por defender o restaurar la paz, tareas bien necesaria en sus tiempos. Sería demasiado largo exponer ejemplos. He aquí uno: cuando tienen lugar las negociaciones de Brujas, que trajeron a esa ciudad, para negociar con plenipotenciarios de Carlos V, una nutrida y amistosa embajada de Enrique VIII de Inglaterra, acaudillada por el cardenal Wolsey y compuesta por varios amigos de Erasmo<sup>302</sup>, se congratula éste de pensar que los cometidos de estos tratos son asegurar la paz entre los príncipes. Fue uno de los más notorios casos de Diplomacia vividos por el humanista holandés.

El Príncipe ha de intentarlo todo antes de ir a la guerra, recuerda Erasmo en su *Institutio Principis christiani*<sup>303</sup>, y en eso radica precisamente la función y

296 Op. Om., III/I, 590, E. También a Carlos V felicitó una vez por haber preferido una paz injusta a una guerra justa.

297 “Auch in der Zeit des lautesten Pazifismus hat Erasmus den Verteidigungskrieg gegen die Türken ausgenommen; als die Türkengefahr immer drohender wurde, hat er einen Aufruf zum Türkenkriege geschrieben; die Vorrede dazu stammt vom 11. März 1530“ (Ferdinand GELDNER, Ferdinand: *Die Staatsauffassung und Fürstenlehre des Erasmus von Rotterdam*, Berlin, Emil Ebering, 1930, p. 120). *Vide* Op. Omn., V, 352 A.

298 Sobre Paz y Diplomacia *vide* por ejemplo NUMELIN, Ragnar, *Les origines de la Diplomatie*, trad. francesa, Paris, Flammarion, 1945, p. 170. *Irenismo* mitigado por la amenaza de los turcos. *Vide* de Erasmo la *Vtilissima consultatio*. Concordia necesaria entre los príncipes. (*Vide* BATAILLON, p. 80, 87, 90, 91, 128 y 228). Los diplomáticos como *irenóforos* (OCHOA BRUN, M.A.). *Vide* El Príncipe de la paz, BATAILLON, p. 87. Entusiasmo por la paz, BATAILLON, p. 91. Optimismo por la paz entre los Príncipes, Op. Omn., III, 187 y 289 D.

299 *Vide* Op. Omn., V, 354 A.

300 *Vide* Op. Omn., IV, 620 D.

301 *Vide* GELDNER, p. 125 S.

302 *Vide supra*.

303 Op. Omn., IV, 607-8.

oficio de la Diplomacia. De ello trató, como en su lugar se apuntó, la “Querela pacis” incentivada en su día por el Canciller Le Sauvage, donde Erasmo requiere que la paz sea sólida, “ut non stupeis, sed solidis atque adamantinis vinculis coeat, numquam dirumpenda”.<sup>304</sup>

Con ocasión de hallarse Francisco I prisionero de Carlos V en Madrid, Erasmo imagina un coloquio del Emperador proponiendo la paz al monarca francés, que la fortuna ha hecho su cautivo, de suerte que en lo sucesivo rivalicen sólo en deberes y benevolencia y no en ver quién agranda más sus posesiones, sino quién administra mejor las propias.<sup>305</sup>

### Política e Iglesia

Erasmo era, lo fue siempre, un hombre de Iglesia. Sirvió a la Iglesia con permanente dedicación, mediante su pluma, sus obras sacras, sus comentarios escriturísticos y sus versiones. Puso al servicio del Catolicismo sus colosales dotes intelectuales y también su universal prestigio personal. Mantuvo con los Pontífices de su tiempo una relación de humilde respeto a su dignidad y de afecto a sus personas, a través de un elocuente intercambio epistolar o de la dedicatoria de varias de sus obras.

Bien es verdad que requirió y obtuvo licencias pontificias para rehuir la cogulla frailuna o algunos deberes del sacerdocio, pero nunca renunció a ser lo que era desde el principio: un eclesiástico devoto.

Se contentó Erasmo con la prebenda del prebostazgo de Deventer, en su tierra. Pero su ingente renombre en el mundo católico, hubiera debido conducirle al culmen de su carrera de Iglesia, no ya una mitra, como acaso estuvo a punto de obtener, sino algo más acorde con su encumbrada posición en la sociedad y consideración de los Príncipes: el capelo cardenalicio, que ilustraron distinguidos humanistas de su tiempo, como Bembo o Sadoletto, que fueron sus amigos. Ciertamente no era Erasmo hombre que apeteciese relumbrones humanos ni cargos brillantes. Consejero fue de la Corte borgoñona e imperial<sup>306</sup>, pero apenas hizo uso del prestigio o autoridad del cargo, que prácticamente quedó en nominal. Y el capelo rondó efectivamente su cabeza.

Es harto posible que el Papa Clemente VII meditase otorgar a Erasmo alguna dignidad eclesiástica, como parece desprenderse de una carta de 1524 transmitida a través del Cardenal Campegi y elaborada por el Cardenal Sadoletto, a la que ya se ha hecho referencia<sup>307</sup>. Pero en todo caso fue su sucesor, el Papa Farnese, Pablo III, quien lo planeó decididamente. El proyecto fue favorecido por altos

304 *Querela pacis*, Op. Omn, IV, 641.

305 Coloquio la ichtyofagia. Op. Omn, I, 794 A-B.

306 *Vide* BATAILLON, “Érasme et la chancellerie impériale”, *Bulletin hispanique*,

307 *Vide supra*.

dignatarios de la Curia Romana. Y también, y ello tiene que ver con el presente tema, por alguien del Cuerpo Diplomático<sup>308</sup> acreditado ante el Pontífice. Consta en efecto que el Embajador de Portugal en Roma, se ocupó de fomentar el proyecto. Le informó de ello por carta<sup>309</sup> Ambrosio de Gumpenberg, que le describió el plan del Papa y le recomendó escribiera para ello a dicho Embajador.

Representaba en Roma al Rey Juan III de Portugal ante el Papa un destacado individuo cercano a la Casa Real lusitana. Era Don Martín de Portugal, así apellidado con motivo. Era en efecto hijo bastardo del monarca. Amigo además y promotor de Erasmo<sup>310</sup>. Ya se citó más arriba a Don Martín, como favorecedor de Erasmo y como hombre de cultura humanística<sup>311</sup>. Pues bien, por lo que se ve, favorecía especialmente la concesión del capelo a Erasmo.

De carta de Erasmo a Bartolomé Latomio se infiere que cuando Pablo III había decidido para el próximo consistorio conceder la púrpura a algunos eruditos, pensó en él. Pero oponíanse algunos inconvenientes: la edad y la escasa renta, porque parecía requisito disfrutar de una renta superior a los 3.000 ducados; escribe por ello en dicha carta que lo quieren abrumar con preposiciones para reunir esa renta. Que en Roma hay persona que lo favorece, avisado en vano de que él no aspira a nada de eso, que no desea beneficios ni pensiones y que es hombre *emerobion* (de un solo día), que no espera sino la muerte y a veces la desea. Que dada su condición de salud (apenas puede sacar el pie de su cuarto), es absurdo llevarlo a pretender preposiciones y capelos. Pero añade que le es muy grato el error en que se halla a ese respecto el Sumo Pontífice.<sup>312</sup>

Es probable que los amigos de Erasmo esperasen con agrado la promoción, aunque acaso temieran que su salud la impidiera. Así parece constar de uno, que además ya ocupaba honroso lugar en el Sacro Colegio. Era el Cardenal Pietro Bembo. Escribió éste a Erasmo expresivamente que “confío que su salud no le sea un obstáculo”<sup>313</sup>. También otro buen amigo de Erasmo y hombre de Estado, Pedro Tomicki, Arzobispo de Cracovia y Canciller del Rey de Polonia, le escribe aconsejándole no renuncie al capelo; aceptándolo haría mucho bien a la república cristiana<sup>314</sup>. Era desde luego cierto.

308 Permítase la anacrónica pero no incoherente terminología.

309 Desde Roma a 21 de agosto de 1535. *Vide* en RIBER, p. 1863.

310 BATAILLON lo tiene por “ferviente erasmista”, p. 359.

311 *Vide supra*.

312 Carta de Basilea, 24-VIII-1535. RIBER, 196.

313 “Modo recte valeas, neque te imbecillitas impediatur tua, mihi spes est, te ab eo omnia summa honoris et dignitatis insignia brevi consequuturum”. Bembo a Erasmo. Op. Omn. I, (9) in fine.

314 *Vid.* sobre ello Antonio FONTÁN, *Erasmo, Moro, Vives. El Humanismo cristiano europeo*. Madrid, ediciones Nueva Revista, Navidad, 2002, p. 27.

El proyecto, como es sabido, no se llevó a buen término. Como se ve, el propio Erasmo declinó el honor. No se hallaba él en condición de asumir los ingentes gastos inherentes a la instalación de un cardenal en la Curia. Su posición económica nunca pasó de razonablemente acomodada, incapaz de codearse con los opulentos príncipes de la Iglesia Romana, que ocupaban el Sacro Colegio.

Pero a quien sí concedió el Papa el capelo cardenalicio fue a un amigo inglés de Erasmo, John Fisher, Obispo de Rochester. Parece incluso hartamente verosímil que en el consistorio de Fisher estuviese prevista asimismo la inclusión de Erasmo en la promoción al Sacro Colegio. En una nueva carta a Latomo, en que da cuenta de haber recibido honrosísima carta de Pablo III, menciona la triste nueva de la ejecución de Fisher. Tan pronto supo Enrique VIII que el Papa había concedido el capelo a Fisher, lo sacó de la cárcel y lo mandó decapitar. Así Enrique VIII le dio el capelo rojo.<sup>315</sup>

De la condena a muerte de Moro ya había Erasmo oído rumores, confirmados cuando el 31 de Agosto de 1535 escribe a Pedro Tomicki, que conocerá lo que ha sucedido en Inglaterra a Fisher y a Moro, nobilísimos varones como nunca antes los tuvo Inglaterra. Dice estar muerto con Moro, porque una era el alma para los dos, como se dijo de Pitágoras. Que ambos están inscritos en el catálogo de los mártires por Cristo<sup>316</sup>. Es muy probable que la noticia la haya recibido Erasmo probablemente por el Embajador imperial en Londres, Eustace Chapuys, su buen amigo y corresponsal.

La otra posibilidad, la que podía ofrecerle la carrera política al servicio de la Casa de Austria, de la que era particularmente bienquisto, hubiera sido la designación al frente de alguna embajada. Ya se dijo que los humanistas eran apropiados y bien vistos para ejercer tal misión. Desde la anterior centuria eran especialmente deseados para esos cometidos. Y no otra cosa podía decirse de los eclesiásticos. Hay sobre ello un párrafo sumamente revelador, por la alusión directa que contiene a este tema y por provenir nada menos que del excepcional humanista y además hombre de Gobierno, que fue Tomás Moro, el fraternal amigo de Erasmo.

Escribió Moro a su amigo el roterodamo acerca de la especial aptitud de los hombres de Iglesia para ejercer embajadas, libres de cargas y deberes familiares.<sup>317</sup>

Manifiesta allí Tomás Moro a su amigo Erasmo su opinión de que las embajadas convienen más a los sacerdotes que a los seglares. “Los sacerdotes —escribe— no tenéis esposas ni hijos, ni casa, porque la encontráis en cualquier sitio. Nosotros, por poco que nos ausentemos, nos llama el deseo de la mujer y la prole. Por lo demás, el sacerdote, cuando se le envía, puede acompañarse de toda su com-

315 Nueva carta de Basilea, 24-VIII-1535. RIBER, 199.

316 *Ibidem*, p.200.

317 Acerca del asunto “Legati munus cur sacerdotibus melius convenire dicitur”, como reza en el índice de las obras de Erasmo.

pañía adonde quiera y por cuenta del Estado, que en su casa era a su cuenta. Mientras que yo tengo que pagarme doble gasto, en casa y en el extranjero”. Y refiere su caso personal, aludiendo a que el Rey le paga generosamente por las gentes que lleva consigo al extranjero, pero no por las que deja en casa. Y alega que por mucho que sea, como su a su amigo consta, “un clemente marido, un padre indulgente y un amo blando”, no le es permitido solicitar nada de suerte que por su causa, hasta tanto regrese a casa, a los suyos no quedará otro recurso que persistir en el ayuno.<sup>318</sup>

Sin embargo de ello, Erasmo, siendo como fue hombre de Iglesia no llegó a Cardenal y siendo como fue estimado Consejero de Príncipes, no fue empleado como Embajador.

Hay, en todo caso un interesantísimo testimonio, según el cual estuvo a punto Erasmo de ocupar un lugar en la Diplomacia imperial. El propio Erasmo da cuenta, en carta al Cardenal Campeggi de cómo el Emperador y su tía la Regente Margarita lo llamaron una vez a Brabante, con el propósito de hacerlo formar parte de la embajada que se deseaba enviar a Roma a cumplimentar al Papa en nombre de los Países Bajos. “Nam Caesar et illustrissima Margareta revocant in Brabantiam, ut adsim in legatione, quam adornant Romam, ad exhibendam oboedientiam novo Pontifici”.<sup>319</sup>

El que no se llevara a efecto el plan, no resta importancia al notable hecho, que hubiera consentido contar con Erasmo en la ilustre pléyade de los servidores de Carlos V en la Curia Papal donde desempeñaron probablemente el primer lugar de su eficientísima diplomacia europea.

Es sabido asimismo que Carlos V proyectó enviar a Erasmo a la Dieta de Augsburgo en 1530. Erasmo se excusó alegando una dolencia.<sup>320</sup>

Los prelados desempeñaban, como ya se ha dicho y se dirá, a menudo misiones diplomáticas. Y, ya fuese por razón de su erudición humanística, ya por razón de su patria, Erasmo los trató muy frecuentemente y se gozó de los

318 “Neque videtur perinde nobis laicis quam sacerdotibus convenire vobis, qui primum uxores aut liberos, aut domi non habetis, aut ubique reperitis. Nos sicubi paulum absumus, conjugum protinus ac sobolis desiderio revocamur. Deinde sacerdos quum emittitur, totam familiam potest ubi velit circumducere, et regiis interim expensis pascere, quos domi pasturus erat suis: at mihi absenti duplex alenda familia: altera domi, altera peregre. Commeatus mihi satis benigne donatur a Rege, pro eorum numero, quos eduxi mecum: verum eorum quos interim necesse fuit domi relinquere, nulla est habita ratio: a quibus ego, quanquam scis, quam clemens maritus, quam indulgens pater, quam mitis dominus, tamen ne tantulum quidem quivi impetrare, ut mea causa tantisper quoad domum redirem, jejuni persisterent”. Carta de Tomás Moro a Erasmo, Londres, 1516, ep. CCXXVII, en Op.Omn., III/I, 221 E-222 A). También en *Tomae Mori Angliae quondam Cellarii Opera Omnia*. Frankfurt a.M. y Leipzig, Christian Gensh, 1689, p. 309.

319 Basilea, 21-II-1526, Op.Omn., III/I 913 A. Pudiera haber aquí algún error en las fechas, por cuanto en ese momento no había ningún “nuevo Pontifice” al que transmitir obediencia. Gobernaba la Iglesia el Papa Clemente VII desde 1523.

320 Op. Omn., III, 1267 C

progresos en sus carreras. Así fue el caso de los Carondelet, ya citados. Eran dos hermanos, del Franco Condado. En su catedral de Besançon fueron ambos dignidades capitulares. De ellos, Juan, era deán y Erasmo se alegró de verle nombrado arzobispo de Palermo<sup>321</sup>. Pero el otro hermano, Ferry, que no llegó al episcopado, sí ejerció como Embajador. En tal calidad lo envió la Regente de los Países Bajos, la inteligente tía de Carlos V, en las fuentes españolas honrosamente llamada *Madama Margarita*<sup>322</sup>. Mandó ésta a Ferry Carondelet a Roma, ante el Papa. Luego prosiguió en Besançon, donde era arcediano, además de abad de Montbenoit. Ambos hermanos eran amigos de Erasmo, y Ferry lo invitó a visitarlo en Besançon e incluso a trasladar allí su residencia. Así lo refiere el propio Erasmo en una de sus cartas.<sup>323</sup>

### La condición del diplomático

Tema muy a menudo tratado en obras sobre el oficio del Legado, la idoneidad, fue entonces y después objeto de cuidadosas consideraciones. No abunda en las de Erasmo, pero tampoco se carece allí de ellas.

Notable es advertir que Erasmo vincula la función del Enviado con la del apóstol. Tiene ello un innegable fundamento bíblico. En la Escritura se efectúa en conspicuos lugares esa vinculación. Incluso tiene un fundamento onomástico, el propio término del “apóstol”, como “enviado”<sup>324</sup>. Erasmo apunta con razón el carácter de legado del Apóstol Pablo y también de los cristianos como legados de Cristo<sup>325</sup>. Para ello, cuando Jesús los dispersa a la predicación, Erasmo los llama “oradores”, término usual para los embajadores.<sup>326</sup>

Además de esa por así decir advertencia genérica, Erasmo se entretiene en apuntar algunas exigencias de la función diplomática, cuyo valor ciertamente no ha decaído con el tiempo. En tres vicios puede pecar el Embajador,

321 “Johanni Carondileto Decano Bezontino gratulor pontificii Panormitani dignitatem additam: et hoc magis gratulor, quod is semper honestis studiis impense favit atque hoc nomine mihi quoque cumprimis amicus ac patronus”. Carta de Erasmo a Pedro Barbirio, de Lovaina, 6-III-1518, III/I, 307 E, ep. CCCVII.

322 Princesa de Asturias que fue, como esposa del malogrado Príncipe Don Juan, hijo de los Reyes católicos. Margarita fue fiel y eficiente servidora de la política de los intereses de la Casa española y borgoñona en los Países Bajos, hasta su muerte, de que tanto se condolió Carlos V, que lo supo cuando venía de Bolonia, tras ser coronado Emperador en 1530.

323 “Fericus Carondiletus, frater archiepiscopi Panormitani et achidiaconus Ecclesiae Bezontinae, crebro suis litteris invitarat, ut ipsum inviserem, imo si videretur, ut totus ad ipsum commigrarem”. Carta a Natalio Beda, de Basilea 1525, Op.Omn., III/I, 902 D, ep.DCCLXXXIV, Con el tiempo habría de dar cuenta de su muerte a Gattinara en 27-VII-1528, *ibidem* 1090 E.

324 “Apostolus enim sonat missum seu legatum”, Op.Omn., V, 940 F.

325 Op. Omn., VI 768 F; VII 925 C, 971 F, 1005 B, 1033-4, 1057 A.

326 *Elogio de la locura*, cap. LXIV. Y alude al hecho de mandarlos o no debidamente provistos, “βασιλικως instructos”.

indica Erasmo: en no cumplir con lo que se le haya mandado, en exceder su cumplimiento o en desprestigiar con su conducta a quien lo haya nombrado.<sup>327</sup>

Inculpa asimismo Erasmo del reproche de la παραπρεσβεία<sup>328</sup> a los embajadores que desempeñen mal su cometido, es decir, que algo omitan o que algo añadan, o que obren indignidad o acepten regalos<sup>329</sup>. Tales sobornos dañan la intergridad del legado laico (“quod si in humanis legationibus tanta requiritur integritas, ut in crimen vocetur accepisse munus amplum ab his ad quos mittuntur”), ¿qué no se diría en similar circunstancia del orador sacrado?<sup>330</sup>

Extiende Erasmo la comparación entre el legado laico y el predicador sacro y recrimina también el lujo y el aparato en unos y otros, el número de sus corceles, el aparato de sus servidores, todo ello propio de los embajadores mundanos.<sup>331</sup>

Un buen Embajador que bien cumpla se ilustra a sí mismo. Y cita Erasmo el ejemplo de su protector y amigo el prelado y ministro británico Warham, Arzobispo de Canterbury y Primado de Inglaterra, el cual “legationibus aliquot feliciter obeundis inclaruit”, en nombre de Enrique VII.<sup>332</sup>

Para todo ello, se advierte en sus recomendaciones un criterio pedagógico teleológico. Es preciso no solamente bien educar, sino bien educar para la función, ya sea ésta sacra o profana, educar según para qué hayan los educandos de ser destinados.<sup>333</sup>

Pero no todo es aptitud, hacen falta también los medios.

---

327 “Trifariam autem peccat Legatus, si vel non peragit ea quae accepit in mandatis, vel obiter aliud agit, quod commissum non erat, vel alioqui in moribus aliquid ostendit, quod leganti pariat ignominiam, qui tali Oratori negotium suum commiserit”. Op.Omn., V, 802 D.

328 Recuérdese que el término aparece acuñado en una obra de Demóstenes (Περι της παραπρεσβείας, en la que censura los vicios de una embajada en el año 323 a.C.

329 “Secundae classis sunt in quos competit actio παραπρεσβείας, id est, secus quam oportet obitae legationis [...]. Primum, si qua pars ex mandatis praetermittitur: dein, si quid legatus praeter mandata de suo addit: praeterea, si recepta legatione Principis, obiter aliquid agit, sive quod sit indignum eo qui Regis personam sustinet, sive quod alienum sit, et curando eo, quod legatum est, avocet. Inter παραπρεσβείας crimina commemoratur et illud, si munus ab his ad quos missus est acceperit, praeter illa mediocria, quae honoris gratia solita sunt dari legatis; veluti si acceperit ditionem aliquam, vel opimum Sacerdotium, aut census annuus non exiles” *Ibidem*, 803 B.

330 *Ibidem*, 804 C. O también: “Postremo inter mundanos si qui prius parum frugi fuerant, et dissolutius vixerant, suscepta legatione componunt sese, omnes ingenii vires advocant, ac velut aliam sumunt personam, quo munere delegato respondeant: quanto magis oportet...” *Ibidem*, 804 E.

331 “Non numero equorum, non strepitu apparatuque famulorum, quod solent huius mundi legati” *Ibidem*, 805 BC.

332 *Ibidem*, 810 F.

333 “Profuerit tamen has disciplinas a primis statim annis sobrie didicisse, et exercitationem adhibuisse ad eam functionem, ad quam destinatus est adolescens. Neque enim in eadem licet disciplina eodem modo exercendus est, qui destinaus est agendis causis forensibus, aut obeundis Principum legationibus, et qui praeparatur sacris concionibus”. *Ibidem*, 849 F.

### Los instrumentos de la Diplomacia

Naturalmente, el primer instrumento de la Diplomacia es la garantía de su inviolabilidad. Así lo recuerda Erasmo en sus *Adagios*. Entre ellos figura el que de siempre ha sido la regla de oro del seguro y respetado ejercicio de la Diplomacia en todos los tiempos: **“legatus non caeditur nec violatur”**.<sup>334</sup>

El legado ha de ser inmune y como tal reconocido por todas las naciones. Es una exigencia universal. Pero cada uno ha de responder a exigencias propias. Básica es la sinceridad, los juramentos de los Tratados, que corresponden a los Príncipes, pero no menos a los que por mandato de ellos actúan.<sup>335</sup>

Esos son, por así decir, el instrumento externo de la función, que por ella misma vienen impuestos. Pero hay otros requisitos o medios para la función, que dependen del propio interesado.

Diríase con razón que, por cuanto está llamado a conocer otras tierras y otras gentes, el legado depende de dos necesidades: su aptitud para los viajes y su aptitud para las lenguas.

Nadie dudará de lo primero en el caso del roterodamo. Sentó residencia en muchas ciudades: París, Londres, Cambridge, Oxford, Roma, Bruselas, Basilea, Lovaina. Recorrió sus natales Países Bajos, los Estados del Imperio, Francia, Inglaterra, Suiza, Italia<sup>336</sup>, por todos los medios del tiempo, “partim pedestri itinere, partim vehiculo, partim equo, partim navigio”<sup>337</sup>; lustrando caminos a lomo de caballerías<sup>338</sup>. Tuvo una vez un grave accidente cayéndose de un caballo (“spinam dorsi fregit Erasmus”, escribió uno de sus amigos a otro<sup>339</sup>, pero afortunadamente no fue la cosa tan grave). En Inglaterra según él cuenta, se cayó del caballo y en la ocasión perdió una joya que le había regalado el bastardo de Escocia, Alejandro Estuardo<sup>340</sup>. O en otro viaje él mismo rememora a su amigo Moro que hizo camino con unos embajadores italianos que encontró en ruta a Colonia en 1518<sup>341</sup>. De viajes con barco parece que no gustase, porque en uno de sus apotegmas rememora el dicho

334 Op.Omn., II, 1102 C

335 Respecto de los juramentos de los Príncipes, *vide* Op.Omn., I, 108 C.

336 No así España, como es sabido, que no le apeteció. “Non placet Hispania”, escribió con inusual sinceridad.

337 Como él gusta decir en sus *Coloquios*.

338 Le gustaba disponer de buenos caballos. Moro le escribe una vez haberse ocupado de proveerle de un caballo, lo que no es fácil si ha de ser tan bueno como se desea (RIBER, 1348).

339 La frase figura manuscrita por alguien al margen de una carta de Erasmo. *Vid.* en G.S. FACER, *Erasmus and his times*, Londres, Bell & Sons, 1951, p.29. Se trata de un viaje de Erasmo a caballo desde Basilea en Julio de 1514.

340 Arzobispo de St Andrews, hijo natural de Jacobo IV. Lo refiere Erasmo en carta a Willibald Pirckheimer, de Basilea 14-III-1525. Huizinga, p. 239.

341 “Coloniae nactus sum Oratores Italos, quibus adiuncti, confecimus fere equites octoginta”. (*Thomae Mori Opera*, Frankfurt, 1689, p. 334).



de Anacarsis de Scitia, que, preguntado cuáles son las naves más seguras, respondió: las que están varadas. Sufrían entonces los viajeros oficiales, según sus propios abundantes relatos, muchos sinsabores en los viajes y también en las forzadas estancias en lugares atiborrados de gentes que acudían atraídos por los mismos sucesos. El Embajador inglés Cuthbert Tunstall, de quien aquí se citan muchos testimonios, refirió en carta a Erasmo que se encontró tan a disgusto en Zelanda, que no dudó en compararla próxima a la Estigia (“Stygem arbitror non longe illinc abesse”)<sup>342</sup>. Y daba cuenta de que allí casi todos enfermaban. Algo parecido sucedió en la Dieta de Worms, como aquí se relata.<sup>343</sup>

Hubo, pues, Erasmo de padecer recorridos largos e incómodos, pisar caminos horribles y evitar ciénagas<sup>344</sup> y terraplenes, parar en posadas infectas; también fue invitado a alojamientos ilustres por ricos anfitriones. Nada de eso lo esclavizó. No le impidió su principal tarea: el estudio, el manejo de libros sacros y profanos, la escritura de los propios. Tanto puede decirse que así fuera, que en el curso de uno de esos viajes, contó haber compuesto nada menos que su obra más divulgada, el *Elogio de la Locura*. Recuérdese cómo, refiriéndose a algunos diplomáticos viajeros amigos, Schepper y Chansonnette, celebró con afortunadísima expresión que, pese a sus viajes, cuidaran de llevar siempre consigo a las Musas.

El otro medio consiste en las lenguas, entiéndase las lenguas extranjeras. La lengua natal de Erasmo era el holandés, por supuesto. Pero en aquellos tiempos la lengua de uso culto que era única en toda Europa, era el latín, el latín humanístico, renovado sobre el antiguo, clásico, por lograda imitación y adaptación. Lengua no sólo escrita en documentos, libros y diplomas, sino también hablada, en la esfera de las gentes cultivadas.

Pero ese latín era precisamente el principal atributo de Erasmo y su medio básico de conocimiento y de relación. Y sus interlocutores, los humanistas europeos de todas las naciones, lo practicaban igualmente. No necesitaba, pues, Erasmo, de otros medios de expresión, no precisaba de dominio de *linguas extranjas*.

Por razón de sus estudios le interesaban las lenguas antiguas, bíblicas y literarias. En el *Elogio de la Locura* ensalza a Jerónimo como poseedor de cinco lenguas, πενταγλωττος<sup>345</sup>. Sus estudios se basaban en las “tres lenguas” (latín, griego y hebreo)<sup>346</sup>, pero él mismo dice que el griego lo aprendió a los treinta años. Lo pronunciaría a la moderna, a pesar de dar normas de pronunciación restituida.

---

342 Se hallaba en embajada al Archiduque Carlos en 1515.

343 *Vide alibi*.

344 Aquí acaso le complaciese rememorar su adagio (I, 1,64), que él cita, en bien diferente contexto, en el *Elogio* (LIII).

345 Cap. LXIV. Eran el latín, el griego, el hebreo, el caldeo y el dálmata.

346 RIBER, p. 1766.

(Por entonces, el humanista alemán Reuchlin propugnaba una *Pronuntiatio Reuchliniana* del griego, opuesta a la restituída *Erasmiana*).

Entonces, pese a sus muchos viajes ¿ignoraría las lenguas de los países en los que vivía? Parece improbable. Seguramente sabría algo, pero tal vez sólo lo imprescindible de ellas. No dominaría el alemán<sup>347</sup>. Se excusó una vez ante Jorge de Sajonia de no haber leído unos libros de Lutero que le había enviado por ignorancia del alemán. Le escribe: “Tu Alteza me ha enviado dos opúsculos de Lutero. En vano, porque soy lerdo en esa lengua en que están escritos”<sup>348</sup>. “De esa lengua no sé nada, lo que lamento”, escribe otra vez del alemán<sup>349</sup>. Y llega a confesar acerca de las obras de Lutero y de Hus “que están en lengua sajona que no me admite a mí por lector”<sup>350</sup>. ¿No sería una disculpa para no tomar posición? Al propio Lutero escribe, en una amable carta: “Testatus sum, te mihi ignotissimum ese, libros tuos nondum ese lectos; proinde nec improbare quicquam, nec probare”<sup>351</sup>. Es raro para un holandés no ser capaz de leer en alemán, especialmente en aquella época en que las lenguas no estaban aún tan diferenciadas.

Al parecer tampoco sabía italiano<sup>352</sup>. “Surdo loqueris”, dice a alguien que le habla en esa lengua. O de otro dice: “tandem dixit nescioquid Italice”. ¿Sería así? ¿No entendería el italiano, a pesar de dominar soberbiamente el latín, su lengua madre? Tampoco sabía inglés. El Arzobispo Warham le concedió un curato en Aldington cubierto con su prebenda en 1511. Al fin, cuando Erasmo renunció, Warham le aceptó la renuncia por alegar su ignorancia del inglés<sup>353</sup>. Sin embargo, es difícil pensar que en la vida cotidiana de sus estancias en Inglaterra no supiera manejarse en lo diario y habitual. En el *Elogio de la locura* menciona una vez<sup>354</sup> que la letra *syn* de los hebreos, en lengua escocesa significa “pecado”. Algo, pues, sabía aunque llamase escocés al inglés.

En todo caso, de las varias menciones que se contienen en su tan interesante obra *De recta pronuntiatione*, se advierte que conocía modos de pronunciar o incluso dichos en las lenguas vulgares. De donde se deduce que en los países extranjeros se debía hacer entender en el coloquio normal con las gentes,

347 RIBER, p.1582.

348 “Duos Lutheri libellos ad me sane frustra misit tua celsitudo, rudem eius lingue qua scripti sunt”. Carta de 3 de septiembre de 1522, Op. Omn., III/I 732 E, ep. DCXXXV.

349 Carta de 21 de septiembre de 1524.

350 RIBER, p.1852.

351 De Lovaina, a 30 de Mayo de 1519, Op. Om., III/I, 444 F.

352 RIBER, p.1744.

353 *Correspondance d'Érasme*, Textes traduits et annotés par Marie DELCOURT, Bruxelles, Gallimard, 1967, I, p. 476.

354 Cap. LIV.

aunque no se juzgaba capaz de predicar o escribir en aquellas lenguas. “Ut grex pastorem requireret, quem ego linguae ignarus praestare non poteram”. Y consta desde luego haber usado de traductores y de intérpretes. Había tenido un secretario, Hilario Bertulph de Lede, que fue también su mensajero a otros con sus correos.<sup>355</sup>

Mas la lengua de Erasmo fue el latín. Es la de todas sus obras<sup>356</sup>. Y es un latín cuya riqueza traspasa el mero ciceronianismo a que aspiraban todos en su época<sup>357</sup>. El latín de Erasmo (y ello constituye su ingente atractivo) es rigurosísimamente ciceroniano, por supuesto, pero, en contraste con otros humanistas de lenguaje seco, rígido y ponderoso, el suyo es fluido, libre, vívido, rápido, pleno de dos caracteres: confianza y libertad. Tiene eso en común con el estilo que fue de Petrarca. Se ha dicho con harta razón que el latín de Erasmo “est un visage sans ride”<sup>358</sup>. En esa limpidez radica su siempre y por todos encomiada riqueza. Esa riqueza es la que él desde luego quería y de la que con razón se sentía capaz<sup>359</sup>. Eso es lo que le hace precisamente apto para ser un pedagogo de la lengua latina, como se muestra en sus *Coloquios*, en las impagables lecciones *de conscribendis epistulis*, en todos sus propósitos de enseñar el latín a sus lectores. Y sus lectores se convierten inmediatamente en sus discípulos.

Pero esta digresión ha venido traída por la conveniencia del uso de las lenguas para el ejercicio de los Enviados a otras naciones, que constituía entonces y después, el uso de la Diplomacia. Curioso es que Erasmo recomiende a los embajadores que eviten la excesiva locuacidad. Así, alude una vez al vicio de la locuacidad inútil, citando a los espartanos dirigiéndose a los embajadores samiotas: “Samiorum legatis prolixiore utentibus oratione dixerunt Spartani: *prima sumus obliti, postrema non intelleximus, quia prima non meminimus*”.<sup>360</sup>

No sólo la lengua, incluso considera también superflua la superabundancia de documentos, aunque indica la necesidad de conocer las naciones extranjeras y

355 RIBER, p. 1563. Figura también en su epistolario. ¿Sería él el amanuense que aparece en algún grabado mientras Erasmo le dicta?

356 Si bien en el momento de su muerte, no invocó “Deus meus”, sino “meein God”, en holandés.

357 Sobre ello *vide* D.F.S. THOMSON, “The latinity of Erasmus”, en *Erasmus*, ed. T.A.DOREY, London. Routledge & Kegan, 1970, pp. 115 ss.

358 Edmond LACOSTE, *Essais et réflexions d'Humanisme*, Lille, Giard, 1961, p. 183.

359 De Eduard Norden (*Antike Kunstprosa*, Leipzig, 1909, II, 778, citado por THOMSON, p. 124) es la audaz expresión de que hubiera preferido charlar con Apuleyo (“rebuzmar”, dice, aludiendo al *Asno de Oro*), que hablar con Cicerón.

360 *Apophthegmata, liber ssecundus*, Op. Omn., IV, 135 C, nº I. Lo cita en el tratado “De linguae usu atque abusu: “Quae principio dixisti non memini, eoque nec medio intellexi, caeterum postrema mihi non placent”. (*Ibidem*, 666 C).

sus costumbres<sup>361</sup>. Seguramente también sus leyes, por más que en el *Elogio de la Locura* soltase tales invectivas contra los vanidosos jurisconsultos.<sup>362</sup>

### La sociedad de las Cortes, la sociedad de las Letras

No cabe duda de que para Erasmo, acaso para todo el mundo en la época, la principal condición de un hombre distinguido era el sabio amor por las Letras, su cultivo, el conocimiento de la sabiduría clásica. Era lo que se llamaba las letras humanas. Se llamaban así desde que Francesco Petrarca, en uno de sus viajes, que lo llevó en 1333 desde Aviñón a París y a Lieja, descubrió el discurso *Pro Archia* de Cicerón. En ese discurso Cicerón aludió a los que él llama “studia humanitatis”<sup>363</sup>; hoy lo podemos simplemente traducir por las Letras o la Cultura. Ésas son las *letras humanas* de que constantemente habla Erasmo y cuyo cultivo atribuye honrosamente a sus amigos embajadores, como una feliz conjunción de estudio y actividad.

Por esto último se comprende con cuánta frecuencia e insistencia se repiten las frases de encomio referentes a los saberes, a la erudición, a las letras clásicas, en las semblanzas, a veces extensas, a veces de simple pincelada, con que Erasmo describe las cualidades de sus amigos. Y desde luego, de sus amigos mientras desempeñan alguna embajada. La aptitud para ejecutar la misión de los Príncipes se asocia en sus palabras a la excelencia en el campo de la cultura. Los embajadores sus amigos son doctos en ambas lenguas, sapiencia, conocimiento, noción de letras humanas.

Lo cual había necesariamente de combinarse con la sociabilidad, con la suavidad del trato. Refiriéndose una vez a su amigo Theimsecke, preboste de Kasel y fino Embajador de Carlos V en Inglaterra, lo tiene por “vir iuxta doctus atque humanus”<sup>364</sup>. En su antología erasmiana, Lorenzo Riber traduce la expresión con bellas palabras, que harían honor a cualquier destinatario, diplomático o no: dice de él ser varón “en quien el saber anda aliado con la cortesanía”.<sup>365</sup>

Erasmo se movió muy a menudo en medio de la sociedad cortesana. Sin embargo, es evidente que mostró hacia ella un cierto rechazo, o acaso mejor una cierta reserva. Podía ser su entorno, pero no su meta. Rechaza las “fatigas de las cosas de las Cortes”, lo que él llama “aestus rerum aulicarum”<sup>366</sup>. Cuando escribe una vez a su secretario Hilario Bertulfo, le recomienda que cambie el género de vida. “Yendo a la zaga de la Corte, tu hacienda no crece y decrece tu edad”<sup>367</sup>. Y en

361 *Institutio Principis christiani*, Op. Omn., IV, 603-4.

362 Cap. LI.

363 *Pro Archia*, 24.

364 *Vide supra*.

365 RIBER, p. 1346.

366 Op. Omn. III/I, 26 B. Sin duda en el sentido que a la expresión daba Plinio: “magno curarum fluctuat aestu”.

367 Desde Friburgo a 10-XII-1531. (RIBER, p.1841).

el *Elogio de la Locura* prorrumpe en una diatriba contra las gentes de Corte: “nihil sit addictius, servilius, insulsius, abjectius”.<sup>368</sup>

Ahora bien no fue, por supuesto, Erasmo un solitario. Recorrió las ciudades europeas, se codeó con los personajes de su tiempo, su correspondencia es un centón de valiosas informaciones de sucesos y de personas<sup>369</sup>, le rodeó un aura de fama y renombre, no eludió intervenir en ásperas controversias ideológicas y religiosas.

Su sociabilidad es una fuente de conocimiento. Él sabía que los cortesanos (y en buena medida los diplomáticos) se movían por afán de ambiciones, pero también por afán de noticias, de conocimientos. Esto último no le era ajeno. En una ocasión comenta que algunos amigos se han mezclado en la Corte para ver si se hacían con noticias de los hechos del Emperador, pero que no han obtenido noticias de ellos, que son más secretos que nunca<sup>370</sup>.

Lo que sucede es que en su sociabilidad se muestra una sugestiva dicotomía: disfruta Erasmo a la vez de la sociedad de las Cortes y de la sociedad de las Letras. Tan pronto se le advierte (las más de las veces, hay que admitirlo, sin duda alguna) enfrascado en el estudio fértil y profundo, como también viajando o relacionándose con prohombres de su tiempo.

Su manera de ser ofrece, pues, una grata sugestión.

Es efectivamente seductor imaginarlo como lo retrató Durero, como figura en innumerables cuadros o grabados en museos europeos y bibliotecas: en su gabinete de trabajo, abrigados del agresivo frío nortenoño<sup>371</sup> su cuerpo y su cabeza, encajado en ésta su bonete; fijos, concentrados los ojos en su escritura, agarrotados los dedos sarmentosos en la pluma, densos libros en su torno, de acogedora madera revestidos los muros<sup>372</sup> y una modesta macetilla como todo adorno. Y —eso sí— una inscripción grecolatina bajo el grabado: “he aquí la imagen delineada de Erasmo de Rotterdam; la mejor imagen la dan sus obras”. Ésta es, a no dudarlo, la visión que él mismo querría que tuviéramos de su recuerdo. Él proclamó que para él lo mejor era la vida de estudio.

Pero también podríamos dejar que la fantasía lo imaginara en otros menesteres de su vida. Por ejemplo viajando, como ya arriba se ha mencionado que fue

368 Cap. LVI.

369 Si bien, como señala Ana VIAN, “son sobre todo [las de Erasmo, Vives, Moro, Sadoletto, etc] cartas útiles para definir la propia posición de estos intelectuales, más que por su volumen informativo sobre los hechos” (Ana VIAN HERRERO, “Una literatura para la Historia. La prosa noticiosa española y europea del Saqueo de Roma”, en *Studi Ispanici*, Pisa-Roma, Ist. Edit. e poligrafici intenzazionali, 2005, p16).

370 En la citada carta a Juan Botzhemo Abstemio de 5-VIII-1531, HALKIN, p. 181. ALLEN, IX, p. 309.

371 Friolero sí era. Eso le hace honor.

372 “Te convendría una habitación con pavimento de madera y con paredes revestidas igualmente de madera. Los ladrillos y la cal exhalan un no sé qué vaho nocivo”. RIBER, 1532, Basilea, 4-IX-1534, carta a John Fisher.

una frecuente actividad de su vida. Y ello aun cuando alguna vez menciona, con ironía ciertamente no exenta de alguna secreta simpatía, las andanzas de sus amigos humanistas diplomáticos, Schepper, Chansonnette, Longueil, dedicados a los fatigosos viajes en servicio de “las historietas de los príncipes”<sup>373</sup>, pero llevando en su bagaje los consejos de las Musas.

O tal vez, en otro ejercicio de fantasía, cabría imaginárselo en una estancia distinta de su gabinete de trabajo, en un comedor de rica mansión, con altos ventanales góticos que revelaran un paisaje flamenco, con una chimenea de chisporroteante llama, y distinguidos personajes en torno a la mesa. No sería una rareza. Él mismo escribe en una carta: hoy he comido a la mesa del Canciller del Emperador<sup>374</sup>, se hallaba allí el preboste de Kassel, que iba de Embajador a Inglaterra<sup>375</sup>. Esta noche cenaré con el Nuncio Carafa<sup>376</sup>; he sabido que vendrá de Inglaterra el Embajador Tunstall, a quien confío ver. Si sabéis dónde para el Embajador Pacey<sup>377</sup>, hacédmelo saber. Y en otra ocasión, residente él en Anderlecht, escribe que cabalga casi todos los días a Bruselas, que visita allí a los embajadores, cuando ellos no vienen a visitarlo en su casa. En la ocasión de los resonantes tratos habidos en Brujas, acude él, en el cortejo de Carlos V a recibir la embajada inglesa: la presiden su protector el Cardenal Wolsey y la componen tres embajadores, sus amigos: Tomás Moro, Cuthbert Tunstall y Lord Mountjoy<sup>378</sup>. Y escribe Moro a su colega el humanista francés Budeo que Moro creyó que lo vería formando parte de la embajada francesa. Otra vez es François de Tournon, Embajador de Francisco I de Francia, quien se enorgullecía de haber conocido a Erasmo y haberlo visitado en su casa en Basilea más de una vez y haberle prometido un salvoconducto para que acudiese a Francia, a lo que el propio Francisco accedería gustoso. Episodio que ya se ha referido aquí más arriba.<sup>379</sup>

---

373 “Principum fabulae motoriae”.

374 Le Sauvage, su amigo y protector.

375 *Vide* sobre ello *supra*.

376 Obispo de Teati, fudador de los teatinos con Cayetano de Tiene. Carafa luego fue Cardenal y Papa Pablo IV, furibundo enemigo de los españoles, aunque no lo era por entonces, cuando se preparaba a acompañar a Carlos I a España.

377 Robert Pace, Embajador de Enrique VIII al Imperio. *Vide supra* sobre él y su amistad con Erasmo.

378 Porque ese ha sido momento precisamente de presumir de sociabilidad cortesana. Reside en Anderlecht y casi diariamente cabalga hasta Bruselas. Lo cuenta en interesantísima carta a Marco Laurino. Come en casa del Cardenal Schinner, trata a los nuncios Caracciolo y Alejandro. Acude a visitar a embajadores o los acoge en su casa de Anderlecht. En agosto la Corte está en Brujas y allí viene precisamente Wolsey en embajada de Enrique VIII a Carlos V para negociar alianza antifrancesa y allí va también Erasmo a encontrarse con viejos amigos de la Diplomacia inglesa, Moro, Cuthbert Tunstall y Mountjoy. El abad de Saint Donatien lo invita a su mesa con importantes personajes.

379 *Vide supra* al mencionar la carta en que el propio Erasmo lo describe desde Basilea, a 1-II-1523, Op. Omn., III/I, 757E, ep. DCL y 1-II-1523, III/I, 749 E-759 A, ep. DCL: “Hac de re quum mentionem fecissem...” (*vide supra*) .

Bien se advierte, pues, que Erasmo no olvidaba hacerse cortésmente recomendar de personajes influyentes. Así en carta a Ricardo Bartolino desde Amberes<sup>380</sup> escribe: “Eruditissimo eruditorum omnium Maecenati Cardinali Gurcensui facito me commendatum”. Se refiere al Cardenal Mateo Lang, Obispo de Gurk y gran Ministro de Maximiliano I. También Obispo de Cartagena y por cierto puntual cobrador de sus rentas episcopales, obtenidas por concesión de Fernando el Católico.

Cortés era Erasmo, y ello se asevera hasta la saciedad en las expresiones lisonjeras, amables, respetuosas, de su correspondencia con protectores, magnates o simplemente amigos. No hay carta desprovista de expresiones de cortesanía. O no se diga de las dedicatorias de sus obras, enderezadas a señores laicos o eclesiásticos. Y eso que él no ignoraba que a veces la cortesanía consiste precisamente en hacer caso omiso de la cortesanía<sup>381</sup>. Y entonces él la sustituía por un seductor tono familiar, coloquial.<sup>382</sup>

Y no se olvide, Erasmo era un alto funcionario de la Corte. Ya en 1515 consejero, a propuesta de Le Sauvage. Podía alegrarlo, envanecerse.

Presumiría, pues, Erasmo, no sólo de ser el humanista magno de Europa, sino también de ser Consejero del César. Desde luego no cabe duda de que Marcel Bataillon opina justamente que “Erasmo no podía ser consejero, sino con la pluma en la mano, en el recogimiento de su gabinete de trabajo. No sería ya él mismo, si interviniese en el detalle de los negocios”<sup>383</sup>. Pero tampoco es desalentado pensar que, por más que fuese enemigo de pompas y ceremonias<sup>384</sup>, no le encantase vanagloriarse de ser requerido por la sociedad de los Grandes (y precisamente de los embajadores).

Desde luego, lo primero es lo más importante. Lo fue en el ingente quehacer de Erasmo. Él mismo se cuida de decirlo: la atención a sus libros y sus estudios es aquello en lo que su vida consiste. Pero a menudo lo confiesa con una cierta coquetería, no exenta de envanecimiento, con que alude a lo profano y mundano. Es una dicotomía que suele agradecerle citar. En una carta cuenta que la Reina de Hungría<sup>385</sup> le ha llamado a Brabante, pero que a él le basta con consumir su vida en sus estudios y no en los compromisos de la Corte<sup>386</sup>. Estos compromisos de orden político no eran ciertamente la meta a la que aspiraba<sup>387</sup>. Y en carta a Juan

380 A 10-III-1516, Op. Omn., III/I, 191 B, ep. CCX,

381 Ver carta al Cardenal Riario. Londres, 1-V-1515. RIBER, p. 1453.

382 Y no se olvide que la literatura de los *coloquios familiares* fue una admirable especialidad erasmiana.

383 BATAILLON, p. 80.

384 Así lo asevera en la famosa carta a Servasio Rogerio.

385 María de Habsburgo, Reina Viuda de Hungría, hermana de Carlos V y en su nombre Gobernadora de los Países Bajos.

386 A 3 de mayo de 1532 a Josse Sabout, HALKIN, p. 182. ALLEN, X, p. 19.

387 “Contact with the world of politics and ambition had probably unsettled Erasmus. He never had any aptitude for it. The hard realities of life frightened and distressed him” (opina certeramente HUIZINGA, *op.cit.*, p.17).

Botzheim dice que no podría pedir al Rey Fernando<sup>388</sup>, más de lo que en su extrema bondad le ofrece. Y dice que, aparte de sus estudios, en los que quiere vivir y morir, no se estima bueno para ninguna función en la vida y que una dignidad sería para él como un fardo para un viejo caballo que falla.<sup>389</sup>

Así pues, sin embargo de referir con más o menos velada satisfacción los agasajos de los Grandes, insiste cuando puede en el hecho de que era con tal frecuencia invitado, que de puro hastío dejaba de ir. “Yo soy muy casero y es éste el género de vida que demandan mis estudios”<sup>390</sup>. O también, tras un almuerzo muy largo, dice que para él es insufrible estar sentado en tal circunstancia más de media hora.<sup>391</sup>

Sin embargo, a lo que no podría renunciar es a saberse reclamado y ensalzado por toda clase de jerifaltes de la vida política, eclesiástica y social<sup>392</sup>. Pero a veces se queja de que los Príncipes alaban pero no pagan.<sup>393</sup>

## LAS IDEAS

### La idea política internacional

No es éste el lugar de analizar, ni siquiera de exponer, cuál haya sido el ideario político de Erasmo en cuanto a las relaciones entre las naciones, que es el propio entramado de toda Diplomacia. Se ha intentado entresacar aquí la personal relación que Erasmo tuviera con los embajadores de los distintos Reinos en su época o bien con el ejercicio de sus funciones. Ahora bien, el conjunto de ideas que Erasmo albergara acerca de los fundamentos de la política exterior escapa a

---

388 Fernando I, Rey de Romanos, de Hungría y Bohemia, hermano de Carlos V y su vicario en el Imperio. Más tarde, su sucesor.

389 Carta de 5 de agosto de 1531. HALKIN, p. 181, ALLEN, IX, p. 309.

390 La carta figura en el catálogo de sus obras completas de 1523 y luego en las de Leyden (Carta a Marco Laurino, RIBER, p. 1566).

391 RIBER, p. 1803). 13-III-1526 a Natal Beda.

392 Los publicistas de su tiempo bien lo sabían. Curiosa es la referencia de uno de los autores de los ditirambos que proliferaron a su muerte, quien dice que los Grandes lo visitaban y honraban, bien por ellos o, cuando no podían, a través de sus **embajadores**. Rara exageración contemplar a Erasmo como receptor de embajadas, como si de un Príncipe se tratase. Fue la *Monodia* in Magnum Erasmum Roterodamum, nuper vita functum, a cargo de Federico Nausea, Consejero de Fernando, Rey de Romanos, de Hungría y de Bohemia, hermano del Emperador. Allí se lee: “Principes, Proceres, Magnates et Satrapae variae professionis, qui plerique omnes, aut per seipsos coram, si quoquo modo commode potuerunt, aut per excellentes Oratores ad eum non modo venerunt, sed et ipsam religiose propemodum salutaverunt, nec solum salutarunt, sed et uti regem quempiam maximum ita sane muneribus amplissimis venerati sunt”. Está en Op.Omn., I. Friedrich Graue, que latinizó su apellido en *Nausea* (poco afortunadamente, a decir verdad) fue luego Obispo de Viena de 1541 a 1552.

393 *Vide alibi* en relación con Enrique de Nassau, Consejero y Embajador de Carlos V.



las presentes consideraciones. Por otra parte, el tema ha sido tratado por otros con el necesario detenimiento<sup>394</sup>. Por lo demás, no pocas de esas ideas han salido ya aquí a la luz en el curso de esta exposición. Una de esas ideas es el obvio culto a la paz, omnímodamente presente en los criterios erasmianos, especialmente a partir de la famosa *Querela pacis* aquí citada con ocasión de haberle sido requerida por el Canciller Jean Le Sauvage<sup>395</sup>. La exigencia de la paz, perfectamente enraizada en el ideario humanístico, se refleja permanentemente en el llamado *irenismo* de Erasmo<sup>396</sup>. Su idea de la paz se traduce concretamente en una llamada a la concordia que perpetuamente hace a los Príncipes<sup>397</sup>. Tal vez a Erasmo le hubiera gustado ser un *εφορος της ομονοιας*, un ministro o inspector de la concordia, cargo que había en algunos Estados griegos de la Antigüedad, como recuerda Ortega y Gasset.<sup>398</sup>

Pese a su puramente nominal cargo de Consejero, no fue ciertamente Erasmo un político, pero sí un filósofo, teorizador sincero del Gobierno más puro, dentro del marco de la teoría cristiana de las relaciones internacionales<sup>399</sup>. Cristiano sí, seguramente no demócrata, a la moderna. Probablemente abundaba en las ideas de su amigo Luis Vives, respecto del gobierno del pueblo.<sup>400</sup>

La prudente actitud de Erasmo en las contiendas de su época complacería a Carlos V, que, al menos durante un tiempo, confió en la posibilidad de una conciliación religiosa, que manifestó le aconsejaba el erasmista Arzobispo de Sevilla. Luego, sin embargo, definitivamente enconadas las partes, Carlos V celebró que Erasmo se opusiese contundentemente a la confesión luterana.<sup>401</sup>

---

394 Vide por ejemplo GELDNER, Ferdinand: *Die Staatsauffassung und Fürstenlehre des Erasmus von Rotterdam*, Berlin, Emil Ebering, 1930.

395 En el *Panegírico gratulatorio* a Felipe el Hermoso hay una elocuente comparación de los males de la guerra y los bienes de la paz. Op. Omn., IV, 536 ss

396 *Vide supra*.

397 *Vide* por ej. en la *Institutio Principis christiani*, Op.Omn., IV, 603-4.

398 Confiesa Ortega: “Yo he dejado muchas veces vagar la mente en torno a ese título oficial tan sugestivo y, aunque detesto todo cargo público, sólo ése me hubiera complacido ejercer”. (“Del Imperio Romano”, *Obras Completas*, Madrid, Rev. de Occidente, VI, p. 59).

399 BATAILLON, p. 80.

400 Opinaba éste: “Es antigua la cuestión de si el pueblo debe ser señor de sus destinos o si debe uno solo cuidar de la comunidad. [...] Conviene el gobierno de uno solo”. Carta de Vives al Cardenal Wolsey. “Soporta al pueblo, pero no lo sigas. No peles con la muchedumbre, bestia de cien cabezas; menos aún asentir a sus caprichos”. (VIVES, *Satellitium*, 160). Que para ellos es, por supuesto, la opinión heredada de Homero (*Iliada*, 2, 204), Aristóteles (*Metafísica*, XII), (Cicerón, *De legibus*, I, XV), o tal vez Marsilio de Padua (*Defensor pacis*, VIII).

401 Hay una minuta de carta de Carlos V a Erasmo, felicitándolo por profesarse enemigo de Lutero, Granada, 9 de noviembre de 1526, Archivo General de Simancas, Patr.Real,1554, f. 553, Cit. en *Calendar of State Papers*, III, I, p. 999.

### La Diplomacia en las obras erasmianas

Ya se ha expuesto aquí cómo las personas de los embajadores que Erasmo conoció y tuvo por amigos, y sus caracteres propios, hallan su cabida en el extenso y sapidísimo epistolario del gran humanista neerlandés. De allí pueden espigarse datos y apreciaciones que consienten trazar el entramado personal y amistoso que los unía, así como no poco de los quehaceres y menesteres de todos ellos.

Pero también es cierto que, en las obras que Erasmo escribió, aparecen aquí y allá menciones sobre embajadas ficticias o referidas, que entran desde luego más en el orden de lo anecdótico, que en el de lo personal e históricamente biográfico. Son las cosas que Erasmo cuenta de episodios de Diplomacia.

Ahí Erasmo es más bien cuentista que otra cosa. No es un género que le sea ajeno, ni mucho menos. Aún más: no ciertamente la fama de Erasmo, pero sí su grandísima popularidad se la han dado obras como el *Elogio de la Locura* o los *Coloquios familiares*, en que dio rienda suelta a su capacidad de descripción, a sus dotes innegables de literato, casi —repetamos— de *cuentista*. No se ha olvidado este aspecto en el análisis historiográfico.<sup>402</sup>

También aquí hay materia para el tema, es decir hay referencias a embajadas, citadas por Erasmo como elemento de relato literario.

En su tratado *De lingua*<sup>403</sup> refiere un episodio anecdótico referente a una embajada. Cita a un Embajador del Papa Julio II a Enrique VIII de Inglaterra, que el belicoso Pontífice destinó a éste a fin de moverlo a intervenir en la contienda contra Francia, ocasionada por el apoyo que Luis XII daba a los cardenales rebeldes, fautores del Conciliábulo de Pisa. Acaudillaba esta rebelión el Cardenal español Bernardino de Carvajal, Cardenal de Santa Croce. Al Papa apoyaba enérgicamente Fernando el Católico. Tanto éste como el Papa hubieran visto con agrado que Inglaterra se uniese a ellos y a sus aliados para combatir al cismático Conciliábulo.

La embajada papal que Erasmo refiere no tuvo éxito. Tras exponer su cometido el Embajador pontificio y advertir que el Rey Enrique no parecía dispuesto a acceder, cometió la torpeza de dar a entender que él ya imaginaba el resultado o lo había hecho saber al Papa. Ello dio lugar a que se sospechase que el Embajador protegía a Francia e incluso se hallaba en tratos secretos con los franceses; en consecuencia se le depuso, se confiscaron sus bienes y se le encarceló. Erasmo parece querer exculpar al Embajador, que habría hablado “*magis incaute quam scelerate*”.

402 *Vide* por ej. BATAILLON, “Érasme conteur. Folklore et invention narrative”, en *Mélanges de langue et de littérature médiévale offerts à Pierre Le Gentil*, Paris, 1973, pp. 85-104, trad. al español con otros ensayos en BATAILLON, *Erasmo y el erasmismo*, Barcelona, Crítica, 2000, pp. 80-109.

403 Op. Omn., IV, 684 CD.

No hay por qué dudar de la historicidad del relato. El humanista francés Henri Etienne, que cita esta anécdota erasmiana, le atribuyó veracidad, por proceder de la época en que Erasmo estaba en Inglaterra y por lo tanto estaría bien informado. El propio Erasmo así lo dice: “Quid dicam accidit apud Anglos Londini, in aedibus, in quibus tum agebam”.<sup>404</sup>

El relato posee la acostumbrada vivacidad de la pluma de su autor:

“Estábamos por entonces en Inglaterra, cuando un italiano, hombre de fino ingenio pero poco afortunado, llegó como embajador en nombre del Papa Julio, a fin de convencer al Rey a que moviese guerra contra los franceses. Después de haber discursado ante el Consejo como era costumbre y de que se le hubiera dado respuesta en nombre del Rey, siendo el Rey vehementemente partidario de defender la dignidad pontificia, pero por lo demás hallándose el Reino de Inglaterra, tras tan larga paz, deshabituado a toda guerra y ello contra un Rey tan poderoso, no podía tan de repente hacerse lo que se solicitaba, sino que fuese preciso un cierto tiempo para un aparato de tal guerra. Entonces él, más incauto que perverso, como quiera que no fuese necesario añadir nada más, refirió todo ello al Papa Julio. De donde surgió la sospecha a los magnates de que con la embajada se favoreciese a los franceses y como se le hubiese observado en conversaciones nocturnas con el embajador de Francia, lo pusieron en cárcel, le fue confiscada su fortuna y no hubiera salvado la vida si hubiera caído en manos de Julio”.<sup>405</sup>

Efectivamente, el relato es verídico. El interesante episodio se inserta en la que fue hábil negociación de 1511 para atraerse a Enrique VIII a la Liga contra el Conciliábulo promovido por los rebeldes cardenales y su protector Luis XII de Francia. La negociación fue dirigida por la sutil diplomacia de Fernando el Católico y ejecutada por medio de su inteligente Embajador en Londres, Luis Carroz de Vilaragut. A esas actuaciones “habrá que atribuir el ingreso de Enrique VIII en la Liga Santísima, que tuvo lugar el 13 de noviembre de 1511”<sup>406</sup>. La llamada “Liga Santísima” estaba por ese preciso tiempo formada por el Papa Julio II, el

---

404 Op. Omn, IV, 687 E.

405 “Agebamus id temporis in Anglia, cum Italus quidam homo mire dextri igenii, sed parum felix, eo legatus veniret Iulii nomine, quo regem ad bellum in Gallos acenderet. Is posteaquam in concilio perarasset ex more, eique in regis nomine responsum esset; regis quidem animum vehementer prospensum ad propugnationem dignitatis pontificiae, caeterum Britanniae regnum iam diuturna pace desuevisse bello, et rem fore cum rege potentissimo, itaque non posse repente fieri quod peteretur, sed opus esset temporis spatium ad tanti belli apparatus; ille magis incaute quam scelerate, cum nihil esset necesse quicquam addere, subiecit sese eadem praedicasse Iulio. Ea vox excepta suspicionem injecit magnatibus, quod Pontificis oratorem professus, nonnihil faveret Gallo. Deinde cum observatus, deprehenderetur cum oratore Gallorum nocturnis horis miscere colloquium, adductus est in carcerem, omnibusque fortunis exutus est, ne vita quidem incolumi, si venisset in manus Iulii”.

406 José María DOUSSINAGUE, *Fernando el Católico y el Cisma de Pisa* Madrid, Espasa Calpe, 1946, p. 245 s.

Emperador Maximiliano, la República de Venecia y el monarca español; a ella se adhirió el inglés en dicha fecha.<sup>407</sup>

Meses antes, en febrero de 1511, estando en efecto Erasmo en Inglaterra, pensó Enrique VIII enviar embajador al Concilio que se preparaba. Pero el Papa Julio lo desconvocó, y Erasmo comenta que la embajada también fue anulada<sup>408</sup>.

En otro sugestivo lugar de la obra erasmiana cabe espigar otros alegados episodios de embajadas, provistos éstos de un fondo ejemplificador o moralizante. Es en su colección de *Apotegmas*, extraída de relatos de la Antigüedad, o bien modernos.<sup>409</sup>

Pueden en efecto espigarse allí numerosas sabrosas anécdotas referidas a embajadas notables, en el estilo de la moralizadora literatura antigua.<sup>410</sup>

Por referir algunas: cuenta Diógenes que Alejandro Magno envió a Antípatro un Embajador que se llamaba Athlio. Y como eso en griego significa mísero o desgraciado<sup>411</sup>, comentó Diógenes: “de mísero a mísero”, teniendo a los Reyes y Príncipes que por codicia mueven guerras, por míseros y desventurados. Y que a Jenócrates mandó Alejandro embajadores con muchos dineros, y él los convidó a una pobre cena en su casa para darles a entender que quien con poco se contenta, dineros no necesita.<sup>412</sup>

Y también podría aducirse la monumental obra que Erasmo consagró a los adagios, el con razón famosísimo *Adagiorum Opus*<sup>413</sup>, verdadero soberbio tesoro de sabiduría clásica. Allí aparece —¿cómo no?— el bien conocido lema de la Diplomacia de todos los tiempos: “*Legatus non cæditur nec violatur*”.<sup>414</sup>

407 Documento latino de adhesión de Enrique VIII, Westminster, 13-XI-[1511] en AGS, E, Patr.Real, leg<sup>o</sup> 16, f. 114, trad.española en DOUSSINAGUE, *op.cit.*, ap.35, p. 504. En el catálogo V del AGS, Patr. Real, I, n<sup>o</sup> 1481, p. 213.

408 “*Nam cum Londinio discedebam, audiebam oratorem ex itinere revocatum regiis litteris, quod Pontifex denunciasset ante Novembrem non fuurum Generale Concilium*”. Carta a Ammonio, de 16 de febrero de 1511, Op. Omn., III/I, 106 B.

409 *Apophthegmatum libri octo*.

410 Así, de los Dercillidas (IV 114 D), Tisafermes (IV 95 D, 96 C), Agesilao (IV A, 99 F, 106 F, 107 C y D), Theopompo (IV 117 E), Panthoidas (IV 131 E), Espartanos (IV 135 C, 137 D, 141 E), Partos (IV 217 D), Demóstenes, embajador, (IV 327 D), Embajadores de Filipo (IV 233 E), Idem de Corinto y regalos (IV 235-6), Idem de Demetrio (IV 239 B), Idem a Aníbal (IV 256 B), Idem a Escipión (IV 257 E), a los Partos (IV 171 C), Alejandro, sofista embajador, (IV 354 C) y Embajador bárbaro en Roma (IV 372 F).

411 Αθλιος, infortunado, digno de lástima, desgraciado.

412 *Vide* otras citas aquí en otras páginas, *alibi*

413 Op. Omn, II.

414 Op. Omn, II, 1102 C. También aparece allí otro adagio de bien contraria significación, el de matar al mensajero: “*Bellerophonthes litteras, Bellerpfontης τα γραμματα*, donde se encomienda matar al portador de las cartas. “*Quis litteras velut commendatitias perfert, quae contra ipsum sint descriptae*”. *Ibidem*, II, 608 B.

## INFLUJO O DESPEGO: *HOMO PRO SE*

### Un juego de contrastes

Evidente es, ¿quién lo negaría?, el influjo de Erasmo de Rotterdam en la cultura europea y en las de las naciones que individualmente la componen. Particularmente en el caso de España se han estudiado muy bien los matices y caracteres de tal ingente presencia.<sup>415</sup>

Cabrían, en todo caso, dos campos de influencia, el puramente especulativo, en el pensamiento tanto laico como profano, y el práctico, en el desarrollo de la política de su tiempo, ejercida por los monarcas y los ministros, que fueron sus amigos y protectores.

Lo primero escapa por supuesto a la consideración que se intenta en estas páginas, lo segundo recae de lleno en ellas.

¿Influyó Erasmo en la diplomacia carolina? Parece evidente que sí, en algún punto al menos, a través de su personal ascendiente sobre Gattinara<sup>416</sup>, el Canciller que sucedió al difunto Le Sauvage. La idea de Gattinara era que, entre la condena ciega a las ideas de Lutero y su aceptación herética, cabía una tercera vía, el rechazo de sus ideas pero a la vez la aceptación de la necesidad de una reforma de la Iglesia. Y esa idea de Gattinara procede de Erasmo. Así Carl Brandi y quienes lo siguen<sup>417</sup>. Y ello continuó en la Corte del César incluso después de la muerte de Gattinara<sup>418</sup>. Se ha advertido con harta razón<sup>419</sup> una visible coincidencia. En las instrucciones de Augsburgo del Emperador a su hijo el Príncipe Felipe se aconseja a éste no entrar nunca en guerra, si no es a la fuerza, de suerte “que Dios y el mundo sepan y vean que no podéis hacer menos”. Exactamente eso se exige en la *Institutio Prin-*

415 La bibliografía sobre el tema es abundantísima. Paradigmáticas son las tantas veces aquí citadas obras de Marcel BATAILLON, *Erasmo y España, estudios sobre la Historia espiritual del siglo XVI*, México, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2ª ed. española, 1956, y del mismo, *Erasmo y el erasmismo*, Barcelona, Crítica, 2000. También A. BONILLA y SAN MARTÍN, “Erasmo en España, episodio de la Historia del Renacimiento”, *Revue hispanique*, XVII, (1907). Antonio VILANOVA, *Erasmo y Cervantes*, Barcelona, CSIC, 1949. La Sociedad Estatal para la Acción Cultural promovió en septiembre de 2002 a enero de 2003 una exposición en Salamanca precisamente bajo el título *Erasmo en España*. Comisaria de la exposición Paloma Martínez-Burgos García.

416 Gattinara parece que decía: “Quien habla mal de Erasmo o no ha visto sus libros o no los entiende”. BATAILLON, p. 317-8.

417 Por ej. Albrecht P. LUTTENBERGER, “Die Religionspolitik Karls V. im Reich”, en *Karl V. Neue Perspektiven seiner Herrschaft in Europa und Übersee*, ed. Alfred KÖHLER et alii, Viena, Akademie, 2002, p. 308 s. Ed. española Madrid, 2001, p. 57.

418 Por ej, vide BATAILLON, p. 413

419 Antonio FONTÁN, *1516, el año de los tres libros. Erasmo, Maquiavelo, Moro escriben de política*, Madrid, ediciones Nueva Revista, Navidad, 2004, p. 11.

*cipis christiani* de Erasmo, en su capítulo “de suscipiendo bello”, como ya anteriormente se ha indicado.

Esa evidente influencia de Erasmo en el ideario imperial es obvio que se introdujo a través de los hombres políticos (ministros, consejeros, embajadores) que lealmente sirvieron a Carlos V en España y en el extranjero. Duró tal vez esa influencia directa hasta la primera década de 1530, tras la muerte de Gattinara. Escribe Bataillon: “Cuando Carlos V regresa a Barcelona en abril de 1533, después de poco menos de cuatro años de ausencia, no queda a su lado ninguno de los ministros y secretarios que habían ligado a la idea imperial el sueño de una reforma religiosa inspirada en Erasmo”<sup>420</sup>. Así también de la aspiración a la paz, que Carlos V buscó, en contra de las exigencias de guerra que hubo de asumir en su reinado.

La paz, como ya se ha dicho, instrumento cristiano de la convivencia justa entre las naciones, el entendimiento entre los Príncipes como deseable sustituto de la execrable violencia, el repudio de ésta y el empleo de medios para ello, todos son principios del humanismo erasmiano, que sin duda se insinuaron en la teoría política, aunque por desgracia la práctica impusiera bien a menudo sus contrarias exigencias.

En todo caso, cabría preguntarse, y no es éste el único lugar en que la pregunta se ha formulado: ¿fue Erasmo un político? Una característica esencial del político es la toma de posición. Un político, ya sea gobernante o aspire a serlo, aduce sus propias ideas y las propugna y defiende, con beligerancia. Y ello no parece ser ingrediente del carácter de Erasmo. Ya más arriba se habló de la neutralidad como característica de la concepción erasmiana de las controversias profanas.<sup>421</sup>

Pero hay otra pregunta, más cercana a lo que aquí se trata: ¿Fue Erasmo lo que usualmente se entiende por un diplomático? ¿Poseía los habituales rasgos que de un modo, aun acaso tópico y artificioso se le suelen atribuir? Tales son la táctica frialdad, la postura ambigua, la independencia en los criterios, la cortesía de la indefinición. Ahí la cercanía empieza a ser visible.

Esos elementos sí pueden rastrearse en el modo de ser erasmiano. Interpretables, por supuesto, tanto como censura o como elogio. Hé aquí dos ejemplos:

Lo que opinó un político español: Castelar. Refiriéndose a Erasmo, Emilio Castelar le achaca: “era el término medio, incoloro, la vaguedad ecléc-

---

420 BATAILLON, p. 431.

421 No así de las sacras. Es conocida su toma de postura contra Lutero.

tica, la cortesía diplomática <sup>422</sup>, la erudición clásica, la doblez completa: no era la fe, no era la abnegación, no era el sacrificio”.<sup>423</sup>

Mucho más sagaz y mejor intencionado el novelista inglés Aldous Huxley: “Alas for Erasmus! I should like to be like him! And how sadly I realize that his sweet reasonableness made him abhorrent to both parties, who went on with their wars and agreed only in denouncing the apostle of good will, intelligence and compromise”.<sup>424</sup>

Algún otro autor ha expresado esa misma identificación. “Nos felicitamos de que el polemista nunca llegara a ser gladiador. Esta firmeza dúctil explica las fluctuaciones de su actitud, cuya incoherencia aparente vela la lógica secreta que se encuentra en él”. Y añade: “el hombre público fracasó porque no quiso consentir en despojarse de la mayor riqueza del hombre interior: la libertad”.<sup>425</sup>

La libertad de uno puede mostrarse hacia fuera en modo de indiferencia, acaso de frialdad. La **frialdad de hombre de Sabiduría** que se achaca a Erasmo tiene naturalmente su expresión directa en el rechazo de un **fogoso hombre de Religión**. Viene indefectiblemente a la mente la recomendación que el P. Rivadeneira cuenta que hizo San Ignacio de Loyola, aconsejando a los jesuitas no leer a Erasmo, porque producía una cierta frialdad, que advenía al leer un libro precisamente de evidente tono cristiano. Leyendo el *Enchiridion militis christiani*, “comenzando a leer en él, juntamente se le comenzaba a entibiar su fervor y a enfriársele la vocación y cuanto más iba leyendo, iba más creciendo esta mudanza. De suerte que, cuando acababa la lición, le parecía que se le había acabado y helado todo el fervor que antes tenía y apagado su espíritu y trocado su corazón y que no era el mismo después de la lición que antes della. Y como echase de ver esto algunas veces, a la fin echó el libro de sí y cobró con él y con las demás obras deste autor tan grande ojeriza y aborrecimiento, que después jamás no quiso leerlas, ni consintió que en nuestra compañía se leyesen, sino con mucho delecto y mucha cautela”.<sup>426</sup>

---

422 Es decir, lo diplomático como negativo. Interesante el juicio de un político, de un gobernante como fue Castelar.

423 Cito de AZORÍN, *El oasis de los clásicos*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1952, p. 117, procede de un artículo de AZORÍN, en ABC, 26-XII-1951.

424 Carta a Mrs Claire White, 17-XI-1962, *Letters of Aldous Huxley*, ed. Grover SMITH, Londres, Chatto & Windus, 1969, p.941

425 Th. QUONIAM, *Erasmus*, ed.española, Buenos Aires, Desclee, 1945, p. 171.

426 RIBADENEIRA, *Vida del P.Ignacio de Loyola*, Madrid, 1583, lib. I, cap. 13. “observavit [Ignatius] illius libelli lectione refrigescere in se spiritum Dei et devotionis sensim ardorem restingui. Qua re animadversa, librum de manibus omnino abjecit. et ita es aversatus, ut nec ipse amplius legerit illius auctoris libros, et passim in Societate nostra legi vetuerit” (*Vita Ignatii Lojolae*, Nápoles, 1572, lib.I, cap.13). *Vide* Ricardo GARCÍA VILLOSLADA, *Loyola y Erasmo*, Madrid, Taurus, 1965, p. 26 s.

Erasmus, pues, cauce entre torrentes, mediando entre polemistas, admirado primero por todos, luego recusado por ambas partes. Fulminado por Lutero y mal visto por la Inquisición. Tal vez la violenta época en que vivió necesitaba más la fuerza del roble de Lutero, el acerado filo de Calvino o el fuego vivo de Loyola que la aterciopelada suavidad de Erasmo.<sup>427</sup>

Es paradigmático lo que Stefan Zweig opinó en 1938 en su brillante obra *Triumph und Tragik des Erasmus von Rotterdam*.

“así Erasmo, como inmovible solitario, no querrá ser fiel a nadie que no sea él mismo. Instintivamente rechaza toda toma de decisiones, porque ocasionan obligaciones, y probablemente aquel apasionado amor que fue el Dante, lo hubiera lanzado, a causa de su tibieza, al atrio de los neutrales, aquellos ángeles que, en la lucha entre Dios y Lucifer, tampoco quisieron tomar partido,

*quel cattivo coro  
degli angeli che non furono rebelli  
ne' fur fedeli a Dio, ma per se foro*<sup>428</sup>

Tal vez el propio Zweig no advirtiera la fantástica coincidencia. La expresión del Dante sobre los ángeles, *per se foro*, calca al pie de la letra la expresión que de Erasmo circuló en su época: “Erasmus est homo pro se”.

Influjo, pues, o despego. ¿También en relación con el puro hecho diplomático?

Consíentase aquí, en la consideración de ambos humanistas, Moro y Erasmo, hacia la función diplomática, esbozar la siguiente comparación.

Erasmus de Rotterdam, que nunca figuró al frente de embajada alguna, se manifestó siempre respetuoso con el cometido de las relaciones entre los príncipes y especialmente elogioso respecto de quienes las ejercían. Él, que nunca fue Embajador, escribe siempre de los embajadores y de las embajadas con elogio y consideración. Tomás Moro, que fue varias veces Embajador, escribe de ellas con crítica y sorna, a decir verdad no muy ingeniosas, “avec de l'esprit mal placé”, como dicen los franceses.

427 Es puntual y justa idea de HUIZINGA, *op. cit.*, p.189: “In that robust sixteenth century it seems as if the oaken strength of Luther was necessary, the steely edge of Calvin, the white heat of Loyola; not the velvet softness of Erasmus”.

428 “Denn Erasmus als unerschütterlicher Einzelgänger will niemandem treu bleiben als sich selber. Er verabscheut instinktiv jede Art von Entscheidungen, weil sie Bindungen sind, und wahrscheinlich hätte ihn Dante, dieser leidenschaftliche Liebende, um seiner Lauheit willen in die Vorhölle geworfen zu den Neutralen, zu jenen Engeln, die im Kampf zwischen Gott und Lucifer gleichfalls nicht Partei nehmen wollen“. (Frankfurt a. M., Fischer, 1981, p. 57.



Se trata de un pasaje de su famosa *Utopía*, en el que ridiculiza a unos imaginarios embajadores, que acaso representasen otros por él conocidos en alguna vivida experiencia. Dícese allí:

“Llegaron a Utopía tres embajadores extranjeros, más soberbios que prudentes, con magnífico aparato para maravillar a aquellos miserables utópicos con el esplendor de sus vestidos. Llevaban cien acompañantes con vestidos de seda multicolor. Los embajadores llevaban vestidos recamados de oro y collares de oro y anillos de plata y cadenas con perlas y piedras preciosas. Y el pueblo que los veía pasar, lejos de admirar su suntuosidad, se burlaba. Muchos saludaban con reverencia a los criados por creer que ellos eran los embajadores, mientras a éstos los tomaban por esclavos al ver sus cadenas. Y algunos niños decían a sus madres: ‘mira a aquél que lleva abalorios en el vestido como si fuera un niño pequeño’. Y la madre respondía: ‘calla, debe de ser algún bufón en el cortejo’”.<sup>429</sup>

Pese a lo dicho, también ha de admitirse que también Erasmo se dejó llevar de algunos tópicos frecuentes contra las embajadas que presumían de suntuoso y numeroso cortejo. Lo hace citando en sus *Apotegmas* una oportuna historia de Agesilao, que fue a Filipo como Embajador único y solitario, lo que en realidad debiera bastar para desempeñar bien su función.<sup>430</sup>

### Los favores de Mercurio

Erasmo fue un profundo teólogo, un fino escriturista, comentador de los Padres de la Iglesia y de los textos bíblicos, traductor neotestamentario, también un agudo crítico de las costumbres, un cuidadoso gramático grecolatino, un pedagogo. Pero además, si bien sólo circunstancialmente, fue un poeta. Aunque a sus poemas se dé usualmente mera consideración de ejercicios métricos, ya es

---

429 Itaque ingressi sunt legati tres cum comitibus centum, omnes vestitu versicolori, plerique serico; legati ipsi (nam domi nobiles erant), amictu aureo, magnis torquibus et in auribus aureis, ad haec annulis aureis in manibus, monilibus insuper apensis in pileo, quae margaritis ac gemmis affulgebant, omnibus postremo rebus ornati, quae apud Utopienses aut servorum supplicia, aut infamium dedecora, aut puerorum nugamenta fuere. [...]. Infimum quemque pro domino salutantes, Legatos ipsos ex aurearum usu catenarum pro servis habitos, sine ullo prorsus honore praetermiserunt. Quin pueros quoque vidisses, qui gemmas ac margaritas abjecerant, ubi in legatorum pileis affixas conspexerunt, compellere matrem ac laute fodere: en mater, quam magnus nebulo margaritis adhuc et gemmulis utitur ac si esset parvulus? At parens serio illa, Tace, inquit, fili, est opinor quispiam e morionibus Legatorum” (“De peregrinatione Utopensium”).

430 “Cum legationem suscepisset, solum ad Philippum profectus est. Is ubi admiratus dixisset, *quid hoc rei est? Unus venisti?* Agis, quid ni, inquit, *ad unum?* Graviter taxavit aliorum Principum ambitionem, qui sumptuosis ac splendidis legationibus exhauriunt aerarium, quum unus vir cordatus possit totum hoc praestare quos Reipublicae interest”. Op. Omn., IV 107 D, n° CII.

admirable poder contarlo entre los poetas grecolatinos del Renacimiento, de las letras renovadas.<sup>431</sup>

Pues bien, en la temprana fecha de 1496, a sus 27 años, escribió Erasmo un poema latino en versos asclepiadeos, precisamente dedicados a Roberto Gaguin<sup>432</sup>, citado en estas páginas como un notable diplomático francés, amigo del roterodamo. En ese poema alude Erasmo, en un ejercicio evidentemente retórico, a la protección que los dioses paganos le otorgan. Y no cita, como podría pensarse, a Minerva, diosa de la sabiduría, sino a Mercurio. En ese poema, Erasmo se queja de su destino: ni Júpiter lo miró benéfico, ni le sonrió Venus, sólo Mercurio le fue propicio

Nec mitis rutilo sidere Iuppiter  
aspexit, neque prospera  
arrisit radiis mi Venus aureis.  
Tantum Mercurius celer  
adfulgens nitidis eminus ignibus  
adflarat sua munera”.

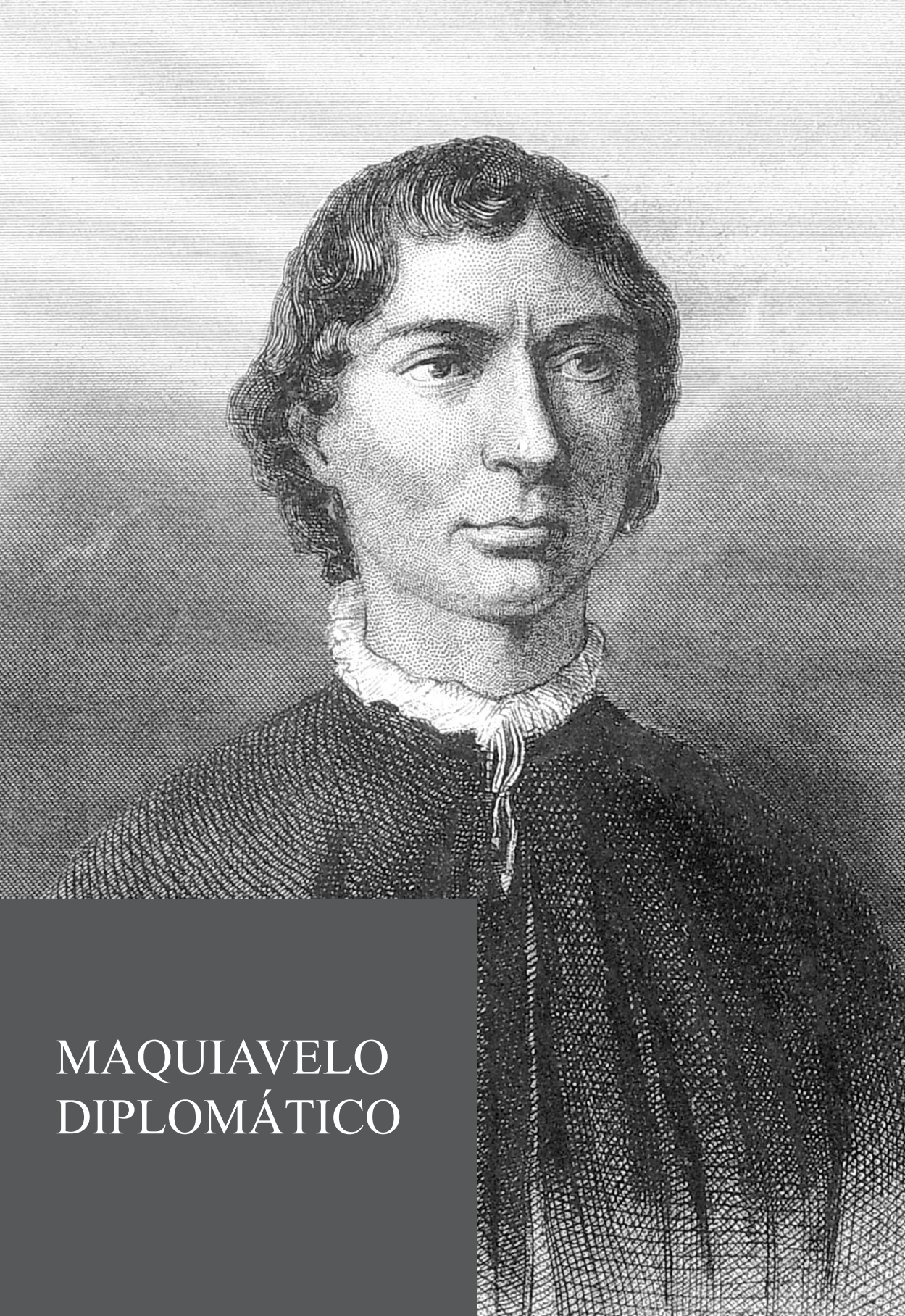
Téngase presente que Mercurio fue tenido por el patrono de los embajadores, con alas en los pies y con el caduceo de la paz en la mano. Enviado de Júpiter.

---

431 *Vid.* por ej. la sugestiva antología bilingüe en la selección y admirable traducción poética de Harry SCHNUR. *Lateinische Gedichte deutscher Humanisten*. Stuttgart, Reclam, 1967.

432 *In Annales Gaguini, et Eclogas Faustinas, eiusdem carmen rure scriptum, et Autumnno. Eiusdem in morbo de fatis suis querela. Ad Robertum Gaguinum Carmen de suis fatis*. Está en las Op. Omn., I, 1218 D. Puede verse también en texto y traducción en la citada antología *Lateinische Gedichte deutscher Humanisten*, ed. por Harry Schnur, p. 108.





MAQUIAVELO  
DIPLOMÁTICO

## EL HOMBRE Y SU VOCACIÓN

Al Estado moderno, que Burckhardt consideró una de las creaciones del Renacimiento italiano<sup>1</sup>, cupo disponer de un valioso instrumento en su relación internacional, que a su vez fue una invención de la época: el hallazgo de las embajadas permanentes y residentes, frente a las ocasionales e itinerantes del Medievo. También ese hallazgo se efectuó en suelo italiano durante el siglo XV<sup>2</sup>, tan rico en soluciones y no menos en conflictos en la Península. Su ha debatido en conjeturas, acaso no definitivamente necesarias, acerca de cuáles fueron la ocasión y la persona a las que atribuir el inicio de ese fenómeno que marcó una nueva era de la Diplomacia europea. Pero un hecho es indudable: la agilidad y la profusión de los contactos de los Estados (Reinos, principados, señorías, ciudades) que conformaban el entramado de los entes políticos de aquella región y de aquel siglo fueron lugar y momento propicios para una tal innovación. Y fueran los milaneses o los venecianos u otros los pioneros<sup>3</sup>, tampoco cabe duda de que la Señoría de Florencia no anduvo a la zaga en el empleo de agentes a los que fuese lícito otorgar carácter de permanencia en el ejercicio de su activa representación exterior en aquellos años decisivos para tal nueva función, anteriores a 1500. Precisamente por el juego de esas fechas, fuera lícito llamar a las embajadas permanente a 1500 los **incunables** de la Diplomacia<sup>4</sup>, en comparación con los textos previos al descubrimiento de la imprenta. En aquellos años de la década de 1490, desempeñó Francesco di Lorenzo Gualterotti la embajada permanente de Florencia en Milán durante los años de 1495 a 1497<sup>5</sup> y justo antes del fin del siglo hizo lo propio en Roma el embajador florentino Antonio Malegonelle, acreditado ante el Papa Alejandro VI en 1499.

1 Jakob BURCKHARDT, *Die Kultur der Renaissance in Italien*, Stuttgart, Kröner, 1976, cap. I, "Der Staat als Kunstwerk", p. 1.

2 Probablemente con obvios precedentes anteriores. Vid. sobre ello MATTINGLY, Garret, *Renaissance Diplomacy*, London, 1945, 1973. Trad. Española *La Diplomacia del Renacimiento*, Madrid, Inst. de Est. Pol., 1970, pp. 125 ss.

3 Fuera de Italia, es sabido que fue la España de Fernando el Católico la inauguradora del sistema de la residencia en sus representaciones diplomáticas, mediante Gonzalo Fernández de Heredia o Gonzalo de Beteta en Roma.

4 OCHOA BRUN, Miguel-Ángel, *Historia de la Diplomacia española*, Vol. IV, *Los Reyes Católicos*. Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores, 1995, p. 21.

5 Le siguió Antonio Guidotti, despachado por la Señoría florentina a Ludovico el Moro en 1499, mientras recíprocamente Taddeo Vimercati, jurista y diplomático milanés, había representado a Milán en Florencia desde el año anterior y en 1496, 1497 y 1498. Puede verse CERIONE, Lydia, *La Diplomazia sforzesca nella seconda metà del Quattrocento e i suoi cifrari segreti*, Roma, Centro di Ricerca, 1970, pp. 94 y 251.

Se abría por entonces para Florencia, como para los demás Estados de Italia una época de singular acción exterior. Las crisis milanesas en torno a Ludovico Sforza, *il Moro*, las aspiraciones territoriales de Venecia, las intervenciones papales en sus feudos, las alteraciones internas de Florencia y su repercusión internacional y los avatares napolitanos, fueron escenario de movimiento de embajadas y legaciones, en las que descollaron personalidades relevantes de unos y otros. No es extraño, pues, que junto a tal movimiento fáctico, surgiese asimismo el intento de elaboración de una ciencia política, basada en la acción a la vez que asimismo en la elucubración teórica. Su gran maestro fue Nicolás Maquiavelo.

Por ello, cuando el 10 de diciembre de 1513, en una pequeña localidad del bello paisaje de la Toscana, se escribió, firmó, dató y selló una carta, en la que el autor anunciaba estar componiendo un librito *De Principatibus*, pueda pensarse en el inicio de una obra de trascendental repercusión en el ámbito de la ciencia de gobierno. El librito acabaría llamándose *Il Principe* y su autor sería *messer Niccolò di Bernardo Machiavelli*, industrioso agente que fue de la Diplomacia florentina durante más de un decenio, pero por entonces ya desengañado y recluso en su villa, el *Albergaccio*, de la aldea de Sant Andrea in Percussina, cerca de San Casciano, al Sur de Florencia, donde entretenía sus ocios cazando pájaros con liga, jugando durante el día con los lugareños en una hostería y, por la tarde<sup>6</sup>, deleitándose con los clásicos y, como se ve, escribiendo libritos como el que menciona. El destinatario de la carta era Francesco Vettori, a la sazón representante de la Señoría florentina de Juliano II de Medici ante su tío, un Papa también médico en Roma, León X. El contorno del hecho en el ámbito de la Diplomacia es, pues, evidente.

El remitente de la carta y autor del librito en cuestión, convertido pronto en famoso, es, pues, el insigne tratadista que llamamos Nicolás Maquiavelo. Otros libros y discursos escribió el autor: sobre la Guerra, sobre Tito Livio, sobre la historia de Florencia, incluso divertidas comedias. Y muchas cartas.

Y ¿quién fue? ¿Un historiador? ¿Un escritor? ¿Un estadista? Quizás un político ante todo.

Pero es que precisamente Maquiavelo es más que un político, es un teórico de la Ciencia Política<sup>7</sup>, ése ha sido su marchamo y el motivo de su pervivencia. Mas aclaremos: si Maquiavelo es un teorizador de la Política *ideal* es porque

6 “Venuta la sera, mi ritorno in casa e entro nel mio scrittoio”.

7 Sin embargo, para Maquiavelo la noción de “Estado” es terminológicamente aún difusa: trata a veces de *stato* o bien de *dominio*, *nazione* o *provincia*. Vide CHABOD, Frédéric, *Écrits d'Histoire*, VII, Aosta, 1976, p. 46. Del Mismo, *Niccolò Machiavelli*, Roma, 1953.

fue un ejecutor de la política *real* y eso precisamente de modo especial a través de su función como diplomático. De ahí la evidente importancia de esa faceta de su quehacer vital. Precisamente en eso estriba el valor de su mensaje: ser él mismo uno de los que *hacen* y no de los que simplemente *piensan* o elaboran pura teoría<sup>8</sup>. Maquiavelo consiguió unir su experiencia práctica a la elaboración teórica, lo que da una notoria cohesión a sus obras: éstas son de un lado las *Legazioni*, que son un eco o trasunto de su actividad diplomática; de otro lado, los tratados sobre la Guerra, sobre Tito Livio o sobre la Historia de Florencia o el resumen de sus pensamientos, condensados en el famoso *Príncipe*. Es decir, la práctica fue en Maquiavelo un indiscutible fundamento de su teoría<sup>9</sup>, lo que otorga a ambas una evidente congruencia.

Así pues, su obra, su mensaje, parte de algo personal, empírico, experimental en su biografía. Fue un diplomático. ¿Se le puede llamar así? El uso del término para aquel tiempo es anacrónico. Pero no lo es la función, es decir la representación de un Estado con acreditación para otro. Y en ese orden de acepciones, sí fue Maquiavelo un emisario encargado de funciones representativas, es decir, un *diplomático*, como diríamos hoy. La prueba es el título de esta conferencia, que seguramente a nadie sorprenderá.

Pero, aunque no sorprenda, si se exigirá acerca del binomio persona y función, o bien Maquiavelo y su ejercicio en la Diplomacia, una explicación que puede revestir tres indagaciones, a saber: cómo Maquiavelo entró en la Diplomacia, **cuáles** fueron las etapas y lugares de su ejercicio y finalmente **qué** puede sondearse en su avatar teórico en relación con el hecho diplomático.

## LAS BASES DE UNA CARRERA

Lo primero, pues, será aclarar los orígenes de su carrera. Debe comenzarse por afirmar que, efectivamente, Maquiavelo fue lo que hoy llamaríamos un “diplomático”, aun cuando deba asumirse el citado carácter anacrónico del uso del

---

8 “Nel *Principe* l'autore si rivela un uomo di prassi, che conosce il mondo così com'è, senza le teorizzazioni a priori degli scienziati puri, i quali non vogliono riconoscere che coloro che *fanno* acquisiscono un sapere superiore e più solido del loro”. (Luigi FIRPO, “I tratatisti italiani (riasunto)”, en *Doce consideraciones sobre el mundo hispano-italiano en tiempos de Alfonso y Juan de Valdés*, Roma, Anejos de *Pliegos de cordel*, I, Instituto español de Lengua y Literatura, 1979, p. 75).

9 “Poteva conservare la sua azione pratica, sempre prossima ai suoi ideali di storico e teorico politico”, estima con razón Aldo BORLENGHI, en su prólogo a las comedias de Maquiavelo *La Mandragola y Clizia*, Milán, B.U.Rizzoli, 1959, p. 8.

término. Los vocablos *Diplomacia* y *diplomático*, como hoy se aplican a la función y a los funcionarios, datan del siglo XVIII y no corresponden a épocas anteriores, salvo en un sentido traslaticio y alegada la oportuna reserva. Diríase que aquellos hombres del siglo XV, contemplados desde la perspectiva del siglo XXI, eran diplomáticos sin saberlo, como aquel personaje de Molière que hablaba en prosa sin darse cuenta.

Admitido, pues, que Maquiavelo fuese un “diplomático”, lo que no puede afirmarse es que fuese un “Embajador”<sup>10</sup>. El término sí existía ya (*ambaxiator*, *ambasciator*) y era sinónimo de otros vocablos más antiguos, procedentes del mundo clásico romano (*legatus*, *nuntius*, *orator*) o simplemente usados en el medieval (*mandatarius*, de donde el castizo título castellano de *mandadero*, también usado entonces en España para los enviados). Pero se trata en este caso de la necesaria aclaración de que a Maquiavelo no se le concedió prácticamente el carácter de jefe de misión diplomática, como hoy se dice, aplicado a quienes ostentasen el título de *Embajador*. Ese título se daba sólo a quienes procediesen de la alta Política o bien de un alto linaje nobiliario.

Deberá precisarse que si la cantera de extracción de un Embajador era entonces o bien la alta Política, la alta Iglesia o bien la alta Nobleza, aquéllos que careciesen de ubicación en tales estamentos tenían otra vía, muy frecuentada para los menesteres de la representación exterior: era la vía del Derecho. Sin ser un aristócrata, un diplomático de entonces podía surgir del campo práctico de la Política, trasladado a ésta desde el teórico del Derecho. Es el caso de Maquiavelo. Su vinculación a la Nobleza no era de la más encumbrada calidad, aunque ciertamente pudiera vanagloriarse de origen procedente del margraviato de Toscana. El camino para su futura adscripción a lo público habría de ser el de las Leyes.

Ya de familia: Maquiavelo nació el 3 de mayo de 1469, hijo de un jurista. Siguió él también una formación jurídica. En 1494 se ilustró en la escuela del erudito Marcello di Virgilio, profesor de letras clásicas (griegas y romanas), a las que siguieron enseñanzas de Derecho. En consecuencia se produjo su entrada en la Política. Tras la caída de Savonarola, en 1498 (es decir antes de cumplir

---

10 Maquiavelo fue “mandatario, tuttavia, e non ‘oratore’, ché tale qualifica il Machiavelli non la raggiunge mai, e in tutte le lettere credenziali della Sigoria, al Re di Francia come a Cesare Borgia, all’imperatore come alla Curia Romana, sempre egli era presentato come ‘Secretarius Reipublicae’. Il che non sminuisce affatto gli incarichi che via via gli vennero affidati, anzi li mostra più delicati, nel senso che ogni sua missione ebbe carattere interlocutorio, consisté più nel indagare e riferire, nel trattare e non nel concludere”. MACHIAVELLI, Niccolò, *Legazioni e Commissarie*, ed. Sergio BERTELLI, Milán, Feltrinelli, 1964, 3 vols, I, p. 65.

los 30 años), Maquiavelo fue nombrado Secretario de los Diez y puesto al frente de la segunda cancillería del *Comune* de Florencia.<sup>11</sup>

Cabría preguntarse qué era tal “segunda cancillería” del gobierno de la Señoría florentina. Dígase en primer lugar que ese órgano, que existía desde 1437, estaba encargado tanto de la administración interna como de la guerra y, a través de ese cometido, tenía la adscripción a misiones diplomáticas en el extranjero, en calidad de secretario, e incluso la propia redacción de las pertinentes instrucciones. Aparecen, pues, allí dos caracteres de su pensamiento ulterior: la doctrina de la gobernación y la de la guerra, a las que estaba vinculado el tercero de sus caracteres: la personal experiencia de la Diplomacia, que se inició de hecho dos años más tarde.

La vida y la obra de Maquiavelo son bien conocidas; más, son famosas. Su carrera al servicio de la política exterior de Florencia y su teoría política para consejo de todos han sido fuente de conocimiento histórico y de Ciencia del Estado. Pues bien, su manera de concebir sus propios propósitos están admirablemente plasmados en la siguiente exposición que él mismo hace: para Maquiavelo uno de los medios de adquirir reputación en la vida pública es “haciendo una embajada con solicitud y con prudencia” y “aconsejando a la república sabiamente y felizmente”. Ahí está todo, simplemente todo. Hacer una embajada, es decir desempeñar tareas diplomáticas, como él hizo, y aconsejar ciencia política de dos modos: *sabiamente*, es decir, con docta e ilustrada profundidad; y además *felizmente*, es decir, buscando buenos y oportunos resultados. Surge de ello la imagen del Enviado diplomático, del teórico político y del asesor de buena fortuna. Eso fue Maquiavelo.

Y en efecto, al diplomático que fue Maquiavelo se le advierte en tres aspectos: en las **instrucciones** que él mismo compuso, en las **negociaciones** que mantuvo en el curso de sus misiones y en los **despachos** con los que informaba de ellas a la Señoría.

Téngase presente que la Señoría de Florencia mantenía en esas décadas una activísima política exterior, a cargo de numerosos experimentados agentes diplomáticos que se movían no sólo por las Cortes italianas, es decir la Roma papal, el Reino de Nápoles, la República de Venecia y la de Génova, el Ducado de Milán mientras existió independiente, y los menores pero políticamente no insignificantes Estados de Ferrara, Bolonia, Urbino), sino también por algunas

---

11 Maquiavelo sucedía en el puesto a Marcello Adriani, el cual pasó a desempeñar la primera cancillería como sucesor, a su vez, de un distinguido humanista e historiador, Bartolomeo Scala. Antes de ellos, la Primera Cancillería había tenido a su frente a distinguidísimos representantes del Humanismo político, como Collucio Salutati, Leonardo Bruni, Poggio Bracciolini o Christoforo Landino. Nombres eximios de la Cultura.



naciones Europeas (el Imperio, Francia, España e incluso la Puerta Otomana)<sup>12</sup>. Y recíprocamente, aunque en mucho menor medida, acudían a Florencia los embajadores de otros Estados.<sup>13</sup>

## LAS LEGACIONES DE MAQUIAVELO

Importa indicar que, si bien Maquiavelo, como se ha dicho, no ostentara el título o el nivel de *Embajador*, ello no quita para el hecho de que le fueran encomendadas misiones diplomáticas de suma importancia entre 1498 y 1512 como Enviado de la República de Florencia, con el mero título de “Secretarius Reipu-

---

12 Tales embajadores fueron algunos políticos de relieve en la Señoría, como Gianbattista Ridolfi (a Venecia y a Milán), otros juristas como Guidantonio Vespucci (al Papa, a Ferrara y a Venecia) Francesco Gualterotti (al Papa, a Francia, a Milán y a España), o Antonio Malegonelle (al Papa y a Ferrara), o bien humanistas distinguidos, como Gentile Becchi (al Papa, a Milán y a Francia), Giovanni Cavalcanti (a Milán y Francia) o Niccolò Michelozzi (a Nápoles), altos eclesiásticos como el obispo Cosimo de' Pazzi (al Imperio, a Francia y a Milán) o el cardenal Francesco Soderini, o bien comerciantes o banqueros como Cosimo Sassetti o Neri Capponi (a Francia). Algunos directamente acreditados a un soberano durante su campaña a Italia, como Lorenzo Morelli (a Carlos VIII de Francia durante su expedición a Nápoles en 1495). Otros destacados embajadores o enviados fueron Filippo Valori (al Papa y a Nápoles), Francesco Vettori, Francesco della Casa (a Francia), Bernardo y Pandolfo Rucellai (al Imperio y Francia), Pierfrancesco Tosinghi (a Francia), Piero Soderini (a Francia, a Saboya y al Imperio, Agnolo Nicolini (a Nápoles y Milán), Giovacchino Guasconi (a Francia), Antonio Colla (a Urbino), Piero Alamanni, Domenico Bonsi, Corrado da Castello, Lorenzo de' Lenzi (a Francia), Braccio Martelli (a Francia y a Milán). Francesco y Niccolò dal Nero (a España), Francesco Nori (a Francia), Francesco y Pierfilippo Pandolfini (al Papa, a Milán y a Nápoles), Antonio de' Pazzi (al Papa y a Francia), Francesco Peppi (al Imperio y a Milán), Dionisio Pucci (a Nápoles), Puccio Pucci (a Roma), Andrea Quarantesi (a España), Antonio Strozzi (a Ferrara), Raniero Tosinghi y Pierfrancesco Tosinghi (a Francia), Luca di Antonio degli Albizzi (a Francia). Francesco Pandolfini (a Francia). Antonio Guidotti (a Milán y a Siena), Donato Acciaiuoli (a Inglaterra). El propio Piero de Medici lideró una embajada de obediencia al Papa Alejandro VI en 1492. Algunos eran meros secretarios como Ricciardo Becchi o el propio Maquiavelo. Alguno ejerció como embajador residente, como el citado Antonio Malegonelle en Roma en 1499, Niccolò Valori en Francia en 1504, Roberto di Donato Acciaiuoli también en Francia desde 1510 a 1514, o Francesco di Lorenzo Gualterotti en Milán en 1495-7. Varios de ellos fueron acompañados de Maquiavelo o relacionados con sus misiones, como Della Casa, Tosinghi y otros. (Para todos esos nombres y misiones pueden verse las menciones del propio Maquiavelo o de Marino SANUTO, *Diarii*, especialmente vols. II y III. También los datos y relaciones de HÖFLEICHNER, Walter, *Die Gesandten der europäischen Mächte, vornehmlich des Kaisers und des Reiches, 1490-1500*, Viena, Böhlau, 1972, pp. 132-158).

13 De los Reyes Católicos pasaron por allí, más bien con carácter itinerante, Antonio Gherardino, enviado en 1480, el cardenal Joan Margarit en 1481, Francisco Vidal de Noya en 1483, Iñigo López de Mendoza, Conde de Tendilla en 1486 y el contino Alonso Cabezas, enviado en 1510 para medir en el conflicto con Siena. Del Imperio (de Federico III y de Maximiliano), Ludovico de Brun, Walter von Stadion, el canónigo Pierre de Bontemps, Niccolò di Cesare y Agostino Somenzo. De Francia (de Carlos VIII y de Luis XII), Perron de' Baschi, el maître d'hotel Gérard d'Ancezune, Philippe d'Ausonvilliers y Antoine de Gemel. De Nápoles (de Alfonso II), Marino Tomacelli en 1494. Del Papado, los nuncios y legados.

blicae”, o “mandatarius”. Así figura en las credenciales o, por ejemplo, “Niccolò Machiavelli, cittadino e commissario”, o bien con su apellido paterno: “Niccolò di messer Bernardo Machiavegli, nostro cittadino e segretario”, u otras formas similares, o simplemente, en sorprendente simplificación, “qui pro nobis agit isthic”.<sup>14</sup>

La primera legación, con propias credenciales, y cuya instrucción le fue impartida el 24 de marzo de 1498, lo fue al Señor de Piombino, en Pontedera, en pleno inveterado conflicto entre florentinos y pisanos. Ese conflicto, y la conveniente relación con el Reino de Francia, como punto de apoyo de la propia política, fueron ejes, para bien o para mal, de la actividad internacional de la república de Florencia. En esta legación se apunta asimismo uno de los menos confesables propósitos de sus modos diplomáticos, los de no comprometerse definitivamente: es decir, el obrar “con termini larghi e molto generali, e’ quali non ci oblighino a cosa alguna”.<sup>15</sup>

Efectivamente, como acaba de indicarse, las líneas maestras, deberes, éxitos y frustraciones de la Diplomacia florentina eran los lazos de amistad o de conflicto con los demás Estados italianos, pero sin dejar de avizorar las actitudes de las grandes potencias europeas. Podría bien decirse que ello se muestra en tres actitudes de la política exterior florentina, bien presentes desde luego en la diplomacia de Maquiavelo: **Retención** respecto de las ambiciones del Sacro Imperio, Búsqueda del **apoyo** francés y vigilante **atención** a las empresas españolas. Retener las versátiles aspiraciones de Maximiliano de Austria, solicitar siempre el imprescindible apoyo de Luis XII y de Francia y no perder de vista las miras de Fernando el Católico en el Sur de la península.

Es evidente que, por obvias razones prácticas, todo ello estaba sobrepasado y condicionado por una necesidad inmediata y decisiva: la relación con Francia.

Radica ahí una de las más visibles antinomias del pensamiento y contrariamente de la práctica de la política italiana. Es sabido que ésta se basaba en un principio, reiteradamente manifiesto hasta la saciedad en la teoría política italiana, que se expresaba en el repudio a los invasores extranjeros. Es el conocido y mil veces enunciado grito “fuori i barbari!”, que está desde luego patente en los escritos y en las ideas de Maquiavelo y en las de las gentes de su época. Sí, pero habría que matizar el deseo: “Fuera los extranjeros, mientras no hagan falta”, porque lo cierto es que, si de un lado a los italianos comprensiblemente repug-

14 *Legazioni* I, p. 167, de la Señoría a Luis XII.

15 MACHIAVELLI, Niccolò, *Legazioni e Commissarie*, ed. Sergio BERTELLI, Milán, Feltrinelli, 1964, 3 vols. cf. I, p. 11. En adelante *Legazioni*.

naba la ominosa presencia de franceses, alemanes o españoles en la Península, no dejaron nunca de recurrir a ella cuando las circunstancias la aconsejaban o cuando convenía a patrios intereses.

Y, por lo que se refiere a la relación entre Francia y Florencia, en que repetidamente se implicó la obra diplomática de Maquiavelo, justo es admitir que los intereses eran recíprocos. Florencia giraba en torno a la amistad o la protección de Francia. Y a su vez, para Francia, Florencia era el camino hacia las empresas italianas, camino territorial (por allí habían de pasar sus ejércitos), económico (de allí fluyeron interesantes préstamos) y diplomático (numerosas fueron las misiones florentinas a Francia o en conexión con sus intereses). La política internacional de los monarcas franceses Carlos VIII y Luis XII se dirigió siempre hacia la Península italiana, buscando expansión o poder europeo por medios militares, pero también diplomáticos (alianzas con Florencia, con Bolonia, con Venecia, con España, con el Papa o precisamente conflictos con unos u otros)<sup>16</sup>. Sobre todo, era sabido que los Estados italianos se hallaban siempre en pugnas recíprocas, buscando o bien eludiendo ganancias o pérdidas territoriales en sus difusos límites. Con cínica pero realista perspicacia lo diagnosticó el político y ministro francés Philippe de Commines al referirse a los Estados italianos; de ellos escribe: “chacun a l’oeil que son compaignon ne s’accroisse”<sup>17</sup>

Tal sucedía en la compleja interdependencia de Principados y Repúblicas, dominios de Señores dinásticos u ocasionales sobre territorios de cambiantes fronteras y relaciones enrevesadas, donde se mezclaban pretensiones pequeñas, ambiciones desmesuradas, indulgencias papales, incursiones militares, apelaciones a potentes soberanos extranjeros, acción de osados *condottieri* y, a veces, influencia de ricas e inteligentes mujeres, las grandes damas del Renacimiento italiano: el paradigma cultural y poético de Vittoria Colonna, las Reinas napolitanas, o Lucrecia Borja, Isabel de Este, Caterina Sforza.

Precisamente a estas dos últimas habría de acudir Maquiavelo. A Caterina, Regente en Forlì de su hijo Ottaviano en julio de 1499, tuvo lugar la segunda legación de Maquiavelo. Caterina buscaba el apoyo de Florencia contra los Borja, toda vez que el Papa Alejandro VI buscaba crear una Señoría en el centro de Italia para su hijo el Duque de Gandía. A la segunda, Isabel de Este, acudió en 1509, como se verá.

En efecto, en esos complicados manejos que afectaban a circunstancias florentinas, necesariamente se implicaba la presencia de Francia, bien como ve-

---

16 Puede consultarse siempre MAULDE-LA-CLAVIÈRE, René Alphonse de, *Histoire de Louis XII. 2: La Diplomatie au temps de Machiavelli*, 3 vols., París, 1892-3. También *Histoire de la Diplomatie Française. I. Le Moyen Âge*, de Françoise AUTRAND y Philippe CONTAMINE, París, Perrin, 2005, pp. 160-171.

17 *Mémoires sur Louis XI*, París, Gallimard, 1979, p. 423.

cina amenazadora e invasora, bien como aliada y coadyuvante, según los momentos. Causa de inesperada mudanza fue la producida por el peculiar desarrollo de los sucesos en Milán.

Hasta entonces, esa región lombarda, es decir el Ducado de Milán regido por Ludovico Maria Sforza, *il Moro*<sup>18</sup>, había constituido una importante meta de la Diplomacia florentina. Mantenía allí Florencia una relevante representación diplomática<sup>19</sup>. Pero los sucesos adquirieron un diverso curso desde que el 2 de septiembre de 1499 Ludovico el Moro, fallidos sus intentos diplomáticos<sup>20</sup>, se vio obligado a abandonar Milán a los franceses, quienes instalaron allí al milanés Gian Giacomo Trivulzio, primero como lugarteniente, luego como virrey. Ello obligó a los florentinos a justificarse ante el poderoso invasor. Lo hicieron mediante las misiones diplomáticas de Cosimo de' Pazzi y las embajadas de Francesco Gualterotti y Lorenzo Lenzi que, desde Milán pasaron a la propia Francia. Se trataba de ganarse o por lo menos apaciguar a Luis XII, resuelto a intervenir en la península italiana, siguiendo los pasos, poco afortunados, de su antecesor Carlos VIII. Ello dio lugar a una nueva misión de Maquiavelo. En ese año de 1499, el Secretario florentino fue despachado a Milán. Había de negociar con el lugarteniente Trivulzio y con el Obispo de Luçon, Pierre de Sacierges, que ejercía como *alter ego* de Luis XII en Italia.

Había intereses recíprocos, aunque no siempre coincidentes. Dependían, como casi todo entonces, de la variabilidad de las versátiles circunstancias. Florencia obtuvo entonces la alianza con Francia, lograda el 14 de octubre de 1499. Por su parte, a Luis XII interesaba no perder la amistad con Florencia, que era fuente de recursos pecuniarios. Tomó, pues, una iniciativa que resultó fallida y condicionó ulteriores pasos. Fue el envío, para congraciarse con los florentinos, de una expedición contra la rival Pisa, que, sin embargo, fracasó estrepitosamente. Ello empeoró las relaciones. Era un momento de audaces empresas. Luis XII se hallaba preparando la expedición contra Nápoles y planeaba, si resultase preciso, enemistarse con Florencia y concordarse con los Borja que tenían entre sus propósitos devolver a los Medici el poder en la Señoría.

---

18 Duque de 1494 a 1499, depuesto por los franceses, repuesto y definitivamente depuesto en 1500.

19 Tenía incluso un Embajador residente en la persona de Francesco di Lorenzo Gualterotti durante los años de 1495 a 1497. Le siguió Antonio Guidotti, despachado por la Señoría florentina a Ludovico el Moro en 1499, mientras recíprocamente Taddeo Vimercati, jurista y diplomático milanés, había representado a Milán en Florencia desde el año anterior y en 1496, 1497 y 1498. Puede verse CERIONE, Lydia, *op. cit.*, pp. 94 y 251.

20 Intentados con Maximiliano, mediante la embajada de Erasmo Brasca. Éste es quien había negociado en 1492/3 la boda de aquél con Bianca María Sforza.

Eran instantes y amenazas que requerían la atención de una mente despierta. El Gobierno de Florencia recurrió en 1500 para acudir en misión a Francia como Enviado a un político, que ya había desempeñado anteriormente<sup>21</sup> tal cometido. Era Francesco della Casa. A esa misión iba adscrito Maquiavelo, del que hay fundamento para pensar que corrió con la mayor parte de las gestiones e informaciones y escritos. En efecto, desde esa su momentánea atalaya francesa, desde julio de 1500 hasta enero del año siguiente<sup>22</sup>, Maquiavelo tuvo ocasión de advertir los peligros y previno a la Señoría. Luis XII estaba receloso de los florentinos, como consecuencia de la desgraciada expedición a Pisa y su incumplida financiación<sup>23</sup>. Es probable incluso que Maquiavelo atisbara entonces algo de las secretas negociaciones que españoles y franceses mantenían<sup>24</sup> y que habrían de desembocar en el ulterior tratado de Granada, para una conjunta intervención en el reino de Nápoles.

La misión era necesaria para tranquilizar al monarca francés, después del descalabro sufrido por los florentinos frente a la rebelión de los pisanos. Los franceses habían sacado la penosa impresión del ineficaz Gobierno de la Señoría; había que desagraviarlos. Y había que asegurar futuras alianzas de la endeble Señoría florentina con el ingente y poderoso aparato político y militar de la Monarquía francesa. Ésta a su vez había visto despertado su interés por las posibilidades ofrecidas por las discrepancias de los Estados italianos, movezidos, suspicaces y enfrentados sobre el suelo de la rica y apetitosa Península.

Uno de los inconvenientes de las embajadas de entonces era la forzada itinerancia. Los Reinos carecían de capital y los monarcas de residencia fija. A los embajadores, si querían cumplir satisfactoriamente su misión, tocaba localizar la residencia ocasional de la Corte y a menudo seguir a ésta en sus desplazamientos. El 25 de julio los embajadores florentinos estaban en Lyon. En busca del Rey, salieron cinco días después por Nevers hacia Montargis, donde al fin encontraron a Luis XII. Tuvieron luego, como era la referida costumbre, que acompañar al Rey en su viaje a Blois, en septiembre. Acaeció entonces un imprevisto inconveniente. El Embajador Della Casa enfermó, y fue solo Maquiavelo, quien siguió viaje a Nantes y a Tours, sumado a la comitiva regia.

---

21 En 1493.

22 *Vide Legazioni*, I, pp. 59 ss. Credenciales expedidas el 17 de julio de 1500, Instrucciones *ibidem*, I, pp. 70 ss.

23 Luis XII estaba muy disgustado con Florencia: “questa Maestà era malissimo contenta di voi” (*Legazioni*, I, 139). Había una discusión sobre el dinero que se debía en virtud de anteriores convenios, si bien ligados a la recuperación de Pisa.

24 Eran a la sazón embajadores de los Reyes Católicos en Francia en 1499 Juan Gralla, a quien acompañó más tarde Diego Pérez de San Esteban. Luego lo sería Lorenzo Suárez de Figueroa en 1500.

Allí coincidió con la embajada imperial de Maximiliano, encabezada por Adolfo de Nassau<sup>25</sup>. Esa embajada pretendía, además de convencer a Luis XII a una Cruzada contra los turcos, reclamarle el abandono de Milán y la liberación de Ludovico Moro, persuadirle a que renunciara a proceder contra Nápoles, porque ello podría provocar a los turcos en el Mediterráneo Oriental<sup>26</sup>. Maximiliano seguramente no sabía nada de las negociaciones en curso entre Luis XII y Fernando el Católico que desembocarían pronto (el 11 de noviembre de 1500) en el citado Tratado de Granada para reparto de Nápoles, de las que la perspicacia de Maquiavelo, como se ha indicado, sí parece haber tenido alguna información. La misión de Maquiavelo duró hasta el 14 de enero de 1501, fecha de su regreso a Florencia.

Durante esa legación en Francia de 1500, se advierte precisamente el carácter de su posición, como diplomático; era negociador, de quien precisamente se esperaba mucho, pero no *Embajador*, que estuviese capacitado para tomar decisiones. Los franceses deseaban entonces que se les enviase pronto un personaje con la condición de Embajador, que pudiese comprometerse en los tratos pendientes<sup>27</sup>. Y requerían que el Embajador que se enviase fuese un hombre de relevante condición en la República. El Secretario Robertet había reclamado que el futuro Embajador fuese “il primo della terra”. Acabó siendo en efecto Pier Francesco Tosinghi, que era persona muy importante en el Gobierno de Florencia por su calidad de *gonfaloniere di giustizia*<sup>28</sup>. Querían incluso los franceses acudiera pronto: “scrivi all’ oratore tuo che venga presto”, dijo a Maquiavelo el Cardenal de Amboise<sup>29</sup>. O también: “que vengan los embajadores”<sup>30</sup>. No bastaba un mero mandatario para los acuerdos que se preparaba.

La embajada de Maquiavelo en Francia ocupó, pues, todo el segundo semestre de 1500. Regresado a su cargo florentino, ocurrió el estallido de un fenómeno, casi un fenómeno natural. Fue la personal y espectacular eclosión de un personaje de acciones fulminantes: César Borja, hijo del Papa Alejandro VI. Empujado por las ambiciones de su padre que lo había nombrado Duque de Romagna, César protagonizó una fulmínea pretensión de dominio sobre los bulliciosos pero frágiles Estados italianos. En 1501, emprendió una fulgurante campaña sobre Faenza, Piombino y finalmente contra el Ducado de Urbino.

---

25 *Vide* Walter HÖFLECHNER, *op. cit.*, pp. 59 ss.

26 Precisamente, esos reprochables contactos del Rey Fadrique con la Puerta Otomana, fue causa aducida para la invasión hispano-francesa del Reame.

27 Anteriores embajadores habían sido Lorenzo Lenzi y Francesco Gualterotti.

28 *Legazioni*, I, pp. 176 s.

29 *Ibidem*, I, p. 186. Luego fue Luca degli Albizzi julio de 1502, *ibidem*, I, p. 320.

30 “Ut oratores veniant”, pedía Amboise a Maquiavelo. *Ibidem*, I, p. 168.

Flotaba en el aire una alianza con Florencia, auspiciada por el propio César. De gestionarla se encargó a Maquiavelo, que se entrevistó con César en Ímola el 7 de octubre de 1502. El hecho golpea la evocación de Maquiavelo historiador, que no era solamente un perceptor y narrador de los sucesos, sino también, lo quisiera o no, un intérprete de ellos en su propia capacidad imaginativa. La escena es sugestiva. El insaciable caudillo, ávido de poder y enfatuado de sus triunfos, aunque frío calculador, frente al secretario florentino, cauto, por el momento seguramente silencioso, atento a entender y a percibir los signos de los tiempos y a la vez los movimientos de las humanas acciones, cuidadoso exegeta para sí y para su Gobierno de los acaecimientos que observaba y de las personas cuyo carácter aspiraba a escudriñar. Tal vez nadie como él supo en su época cubrir esos objetivos. Desde luego la personalidad de César Borja causó, según parece, a Maquiavelo asombro, admiración, inquietud. Advertiría que César era un meteoro, capaz de crear y de hundir, amenaza y esperanza al tiempo. Acaso intuyó la razón de sus éxitos y presintió la de sus fracasos.

El propio suelo de Italia se hallaba entonces sacudido por una audaz empresa. El más influyente hijo del Papa Alejandro VI, el belicoso César Borja, estaba empeñado en redondear sus territorios, animado por las propias ambiciones y las de su padre para crearse en el centro de Italia un Estado propio, que agrupase para su dominio los pequeños principados de la Umbria y la Romagna. Ello convulsionó los movimientos de Diplomacia y de Guerra. E implicó a Maquiavelo en aquellas complejas y arriesgadas misiones. Tal fue la que le fue encomendada en Siena ante Pandolfo Petrucci, moderador de aquella República<sup>31</sup>. Era la época de las expediciones belicosas y exitosas de César Borja, que había emprendido desde octubre de 1500 una campaña en la Romagna en nombre de su padre el Papa con un poderoso ejército de mercenarios. Esa campaña rozaba la frontera florentina. Al norte de Florencia se hallaban Faenza, Ímola, Forlì, Cesena. También Pésaro, Rímìni y Sinigaglia en el Adriático, Perugia en la Umbria y el Ducado de Urbino, todo ello en los Estados de la Iglesia; más al Norte, más allá del Reno estaba el Ducado de Ferrara, al Este, el de Módena. Lo que hacía César con su ejército era introducirse en la ancha franja de territorio pontificio que era la Romagna, entre Florencia al Oeste y el Adriático al Este.

Florentinos y venecianos se habían venido oponiendo en la región, disputando su zona de influencia sobre los pequeños señores locales<sup>32</sup>. Pero a eso ponía

---

31 Credencial de 17-VIII-1501, "per alcune nostre occurrenzie". *Legazioni*, I, 235.

32 Mientras César asediaba Piombino. Florencia se inclinaba hacia Francia, con la que firmó un acuerdo el 16 de abril de 1502, a fin de proseguir sus planes contra Pisa. Para informar de ello al Señor de Bolonia, Giovanni Bentivoglio, la Señoría recurrió de nuevo a los servicios de Maquiavelo, a quien encomendó una misión a aquél en 1502, (Credencial de mayo de 1502, *Legazioni*, I, p. 239).

bruscamente fin la irrupción de César, que ponía en peligro la propia integridad toscana. César aspiraba a imponerse a los feudos de la región, que lo eran del Papa<sup>33</sup>. Pero con todo ello, la situación de Florencia peligraba. Sobre todo cuando el impulso de César cesó en el Norte, en Bolonia, por el presumible freno de una intervención francesa en apoyo de Giovanni Bentivoglio (con el que César hubo de conciliarse) y se volvió amenazadoramente hacia el Sur, es decir hacia la República florentina.

De ahí el envío de sucesivas embajadas de los angustiados florentinos al caudillo Borja<sup>34</sup>. Cuando César logró el gran triunfo de apoderarse del Ducado de Urbino, los florentinos, cada vez más circundados de la potencia de los Borja, se consideraron obligados a nuevas gestiones diplomáticas. Ahí se sitúa el nuevo encargo a Maquiavelo. Fue éste enviado a César en Urbino con credenciales de 22 de junio de 1502<sup>35</sup>. Iba en unión del Obispo de Volterra, Francesco Soderini<sup>36</sup>. Maquiavelo hubo de dar cuenta, no sabemos con qué disimulados terrores, de “la celere e felice vittoria di quel Signore dello Stato di Urbino”<sup>37</sup>, cuyo Duque se había refugiado precisamente en Florencia, otro agravio que César albergaría contra Florencia. En consecuencia, Maquiavelo y Soderini tuvieron que hacer frente a las intemperancias de César. Maquiavelo tuvo ocasión de ejercitar sus dotes diplomáticas en dos líneas: la obligada contemporización con el triunfador Valentino, y la rigurosa información de los hechos al Gobierno de la Señoría. De ello dan cuenta sus despachos. Especialmente el redactado el 26 de junio de 1502 de madrugada (“ante lucem”), largo, detenido y acaso angustioso despacho<sup>38</sup>, en el que Maquiavelo y su colega dan cuenta a la Señoría de las agresivas palabras de César envueltas en aparente simpatía (podría hablarse de una amable impertinencia de César), y donde bien se advierte el carácter de éste, cuando les dice a bocajarro con brutal sinceridad que no le gusta su gobierno y que deben mutarlo<sup>39</sup>. Y de ahí no pudieron hacerle cambiar<sup>40</sup>, pese a sus expresiones de amistad. Los diplomáticos frente al guerrero, se diría. De Florencia les llegaban sumisas instrucciones, para que tratase de suavizar al irreductible caudillo Valentino<sup>41</sup>.

---

33 La pugna por Ferrara se resolvió por el matrimonio el 30 de diciembre de 1501 de Lucrecia Borja, hija del Papa, con Alfonso, hijo de Hércules de Este. Señor de Ferrara, lo que aseguraba este feudo septentrional.

34 Fueron Piero Soderino, Alamanno Salviati y Jacopo Nerli, luego el Obispo Cosimo de' Pazzi, Francesco Nerli y Alessandro di Donato Acciaiuoli.

35 *Legazioni*, I, p. 255.

36 Anteriormente embajador en Francia donde había sucedido a Albizi.

37 *Legazioni*, p. 256.

38 *Ibidem*, I, pp. 260 ss.

39 “Questo governo non mi piace e non mi posso fidare di lui. Bisogna lo mutiate” (*ibidem*, I, p. 262).

40 “Disse non era per mutarsi, che ci aveva pensato assai” (*ibidem*, I, p. 264).

41 “Vorremmo che voi parlassi a cotesto illustrissimo Signore et facessi prova di ridurre queste sue chieste a una forma più tollerabile” (*ibidem* I, p. 303).



En aquel momento de confusión general, diferentes vectores convergían en la enrevesada palestra italiana. Las grandes familias, Montefeltro, Bentivoglio, della Rovere, Malatesta, con sus inseguros soportes territoriales y su permanente afán de rebelión, la dominadora presencia del Papa Alejandro en Roma, aliado o promotor de las empresas de su hijo, la desmedida ambición de éste, la atenta y hostil presencia de los venecianos al Norte, el permanente riesgo de una letal restauración médica en la Señoría y, sobre todo, la amenaza de una expedición de Luis XII en camino de Nápoles, y cuya alianza unos y otros o deseaban o temían, eran los componentes del escenario y, a la vez, los personajes que en él actuaban. Luis XII necesitaba expedito el camino al Sur para repartirse el *Reame* con Fernando el Católico como ambos habían convenido. Todo ello era un ramillete de peligros para Florencia, también un conjunto de posibilidades diplomáticas. Ahí estaba Maquiavelo que, en sus despachos abundaba en aprensiones justas, en sugerencias a menudo desoidas, en fundadas apreciaciones de la compleja situación. Acaso el juicio más puntual y el reproche más certero sería el que había de expresar, años después, en el *Príncipe*: si los franceses hubieran podido hacerse con el Reino de Nápoles, que lo hubieran hecho; si no, que no hubiesen tratado de compartirlo con nadie.<sup>42</sup>

Cuando tuvo lugar la legación de Maquiavelo en la Romagna<sup>43</sup>, ante César, especulaba Maquiavelo con dos posibilidades opuestas pero, en fin de cuentas, decisorias de la acción que debiera emprenderse, a saber, que la Señoría florentina fuese víctima de las ambiciosas campañas del Valentino o que concertase alianza con él. Es decir, **botín o alianza**.

Mas inesperadamente, el año 1503 abrió, como una caja de Pandora, un cúmulo de novedades. El 20 de enero inició Maquiavelo su retorno a Florencia. Seguidamente, sucedió un movido evento que, como una colosal irrupción, parecía capaz de trastocarlo todo. Un poderoso ejército francés descendió por tierras italianas, asombrando y atemorizando a quienes lo vieran pasar. Eran 2.400 hombres de armas, 4.600 caballos ligeros, 5.000 piqueros suizos, 12.000 infantes y una cincuentena de piezas de artillería pesada. El ejército iba a Nápoles, a discutir con los españoles el reparto del Reino. Iba en dos ingentes comitivas. El 8 de agosto de 1503, Luis XII pidió a la Señoría el paso y avituallamiento de sus tropas<sup>44</sup>: una parte al mando de Louis d'Hendoville, Señor de Sandricourt, por Fivizzano, la otra, al mando del bailío de Caen, maestro de artillería, Jacques de Sully, por Pontremoli. Se comisionó a Maquiavelo para atender las peticiones

42 "Se Francia posseva con le forza sue assaltare Napoli, doveva farlo. Se non poteva, non doveva dividerlo" (*Il Principe*, III, 12)

43 A 5 de octubre de 1502, (*Legazioni*, I, pp. 335 ss).

44 "Per secourir de victuailles, de pouldres et autres choses dont ils auron besoing" (*Ibidem*, II, 563).

del Rey. Acaudillaría el conjunto de las tropas francesas Luis de La Trémouille, vizconde de Thouars, chambelán y lugarteniente del Reino de Francia. (Por cierto que habrían de morir en sendos enfrentamientos, los dos primeros en el Garigliano en 1503, el último en Pavía en 1525). Para negociar con los militares franceses, Maquiavelo fue comisionado por la República.

Aquellas cosas alteraban sustancialmente el suelo italiano. El Sur de la Península ardía en guerra. Había llegado a Nápoles el ingente bloque de las tropas francesas. Se diría un remedo de los poderosos encuentros bélicos de la Edad Media. El pesado ejército francés, mandado por el Duque de Nemours, se componía de las tropas al estilo de las que pelearon en la Guerra de los Cien Años en tierra francesa. Infantería pesada, artillería inamovible. Los españoles, acaudillados por el Gran Capitán, se valían de nuevas tácticas, ensayadas hacía poco y con éxito en la Guerra de Granada. Usaban más caballería ligera (a la gineta) que pesada. Mostraban un contraste con las lanzas francesas, con los antiguos famosos arqueros ingleses. Los hombres de armas españoles, más ágiles, menos acorazados, participaban en combates a pie, junto a cuadrillas de espingarderos, portadores de más manejables armas portátiles. Primaba más el tiro que el choque, más la agilidad que la geografía. Podría acaso decirse que era el fin de la lanza francesa y el inicio de la infantería ligera con gran potencia de tiro (fuego y ballesta). Sobre ello, cuando Maquiavelo pensaba en la pesada caballería, opinaba: “aquellos reinos que estiman en más la caballería que la infantería serán débiles y expuestos a sufrir reveses”.

A Maquiavelo llegaban del Sur tales noticias, preñadas de consecuencias muy ponderosas. La primera: en abril fueron derrotados los franceses en Seminara (el 21) y en Cerignola (el 28)<sup>45</sup>. Entretanto se produjo la sensación de la segunda noticia; fue ésta debida a causa natural. Era un verano caluroso, aquel julio de 1503, emponzoñado, como no era infrecuente, en las lagunas Pontinas por la malaria. Ésta se cobró víctimas. Enfermaron el Cardenal Juan Borja, su tío el Papa Alejandro, el hijo de éste, César, el Duque de La Trémouille, el Embajador florentino Soderini. Los tres últimos resistieron, pero no los dos primeros: el cardenal y el Papa, el cual falleció el 18 de agosto.

El suceso creó gran conmoción. Las consecuencias para la Señoría florentina eran de suma gravedad. Luis XII de Francia estaba perdiendo poder en Italia, tanto en calidad de posible enemigo como de fiable aliado Y César Borja lo había perdido del todo<sup>46</sup>. Ahora, desaparecido como se auguraba el poder de Cesar en el centro de Italia, los enemigos de Florencia podían ser los venecianos en el Norte.

---

45 En ese mes de abril, Maquiavelo fue por segunda vez enviado a Siena, a Pandolfo Petrucci. (credenciales de 26-IV-1503, *Legazioni*, I, pp 549 ss). Ante los siempre dudosos planes de César, Florencia quería tranquilizar a Siena de su alianza y de la de los franceses.

46 En mayo, Florencia rompió con César.

Pero el futuro estaba pendiente de resolverse en la Urbe. Desaparecido el Papa Borja Alejandro VI, toda una constelación se desvanecía. Se hundía su colosal edificio y lo hacía en medio de la polvareda que se preveía surgir de un nuevo Pontificado, acaso encarnado en persona rival e inspirado en principios opuestos. Para circunstancia tan llamativa, se expidió a Maquiavelo a Roma con fecha de 28 de agosto, con instrucciones para el conclave, datadas el 23 de octubre de 1503<sup>47</sup>, pero llegadas con retraso: el 22 de septiembre había sido elegido Papa el cardenal Todeschini Piccolomini, que, en homenaje a la memoria de su insigne tío Pío II, resolvió llamarse Pío III. Era hombre conciliador, que parecía llamado a restañar las heridas antiguas y a no causar heridas nuevas. Conciliador, pero valetudinario. Precisamente por esto último, se temía que su pontificado duraría poco. El embajador veneciano Giustinian vaticinaba: “è a judicar che in poco tempo abi a dar luogo ad un altro”<sup>48</sup>. Fue así, seguramente por desgracia. El 18 de octubre fallecía Pío III, llevándose consigo las esperanzas de un apaciguamiento de las rencillas en Italia<sup>49</sup>. La noticia llegó a Florencia con cuatro días de retraso. Maquiavelo que había sido instruido primero para el conclave, luego para dar al nuevo Papa el oportuno pláceme, quedó superado por los acontecimientos. Éstos adoptaron seguidamente un cariz mucho más alarmante. El Pontífice finalmente elegido fue el Cardenal Giuliano della Rovere, encarnizado y resentido enemigo de los Borja. Se auguraba un cataclismo que arrastrara consigo todo el gran emporio de poder en Roma y en los territorios que César estaba conquistando para sí.

En cuanto a Florencia, según el propio Maquiavelo pudo escudriñar e informar, la elección del nuevo Papa Julio II ofrecía dos consecuencias: ya no había miedo a las empresas de César Borja, pero sí inquietud por los consiguientes avances de los venecianos sobre los territorios de la Iglesia. Se advertía, sin embargo, que ese riesgo no era inmediato, por las circunstancias en los dominios vénetos en el Oriente europeo, donde acababan de sufrir una derrota ante los Turcos en el Peloponeso el 10 de agosto de ese mismo año de 1503.

Pero más inmediatas eran las cosas en el Sur de Italia. Maquiavelo fue dando en sus despachos a la Señoría información sobre los sucesos del enfrentamiento hispano-francés sito ahora en el puente del Garigliano. Atento no sólo a las noticias, sino también a los rumores, dio cuenta de las instancias del alarmado Papa, del que decía haber mandado un emisario a Gonzalo de Córdoba

---

47 *Legazioni*, II, pp. 571 ss.

48 Cit.en *Legazioni*, II, p. 563.

49 Había sido elegido, como se ha dicho, el 22 de septiembre, coronado el 8 de octubre y muerto el 28.

para sugerir una tregua, en cuya oportuna consecución se confiaba<sup>50</sup>. Mas los sucesos se fueron agudizando. El fin del año 1503 confirmó el descalabro de los franceses, que fueron derrotados en el puente del Garigliano el 27 de diciembre. Gaeta seguidamente cayó el 1 de enero de 1504.

La nueva situación requería tomar otra vez contacto con Francia, y ello a través de una misión diplomática bien escogida. Se decidió entonces el envío de un Embajador florentino a Francia en la persona de Niccolò Valori<sup>51</sup>. El propio Maquiavelo le puso al corriente, pero finalmente fue el mismo Maquiavelo enviado, con instrucción redactada por él. Valori quedó como Embajador residente en Francia, y allí permaneció cuando Maquiavelo se marchó<sup>52</sup>. (Por cierto que Valori luego sería luego Embajador florentino a Fernando el Católico en 1507).

La credencial florentina para Francia llevaba fecha de 17 de enero de 1504<sup>53</sup>. Daba inicio un año también pleno de consecuencias. La situación en Italia parecía haberse hecho muy grave y había que hacerle ver al aliado francés, que Florencia no podría resistir un eventual avance de los españoles. Sin embargo, la realidad no era tan inquietante. O bien Maquiavelo exageraba el peligro creyendo equivocadamente que a los españoles interesase seguir hacia el Norte o bien quería alarmar a los franceses para obtener su apoyo. De hecho seguidamente se firmó una tregua hispano-francesa por tres meses.

Los franceses entonces creían poder manejarse sobre una nueva inédita constelación diplomática que les favorecería contra España. Insinuaron así a Maquiavelo que, si el Rey de España no se contentaba con sus exigencias, a los tres meses tendría al Emperador Maximiliano y a su hijo el Archiduque por sus enemigos<sup>54</sup>. El Archiduque no era otro que Felipe *el Hermoso*, a la sazón casado con la heredera de Castilla, Juana. Jugaba en efecto la dudosa carta de una propia política en España, contraria a la de su suegro. Confiaba en un torticero juego futuro, cuyos rumbos adquirieron pronto un cauce inesperado y pleno de contradicciones en la Historia de España, cuando, el 26 de noviembre de 1504, falleció en Medina del Campo la Reina Isabel la Católica.

Ese luctuoso suceso desencadenó toda una serie de acaecimientos de extrema gravedad. La sucesión castellana de la pareja de Felipe y Juana estuvo acompañada de peligros para la unidad española y para el hábil entramado de relaciones internacionales urdido por el excepcional talento diplomático de Fernando el Católico. Fue éste quien finalmente supo desbaratar los planes de

---

50 “Se n’ està con buona speranza”, insinúa el 6 de diciembre de 1503. (*Legazioni* II, p. 713).

51 *Vid.* sobre ello, *Legazioni*, II, pp. 743 ss.

52 Luego sería Embajador florentino en Francia Francesco Pandolfini.

53 *Ibidem*, II, p. 749.

54 A 13-II-1504, *Ibidem*, II, p. 805.

Felipe *el Hermoso* y de su padre Maximiliano mediante exitosas maniobras en el curso del año 1505. Pero ellos son sucesos de la Historia de España y no implican actuaciones de Maquiavelo.

Éste sí pudo verse involucrado en una nueva ocasión italiana<sup>55</sup>. En 1505, siempre en relación con el endémico problema que Florencia mantenía con Pisa, corrió el rumor de que Fernando el Católico deseaba proteger a esta República, contra la que Florencia tenía permanentes reivindicaciones. Por este temor, los florentinos estimaron conveniente sondear las siempre temidas intenciones de Gonzalo de Córdoba, para lo cual se plantearon enviarle a Maquiavelo<sup>56</sup>. Ello despertó oposiciones y al fin se mandó a Roberto di Donato Acciaiuoli, pese a que se confiaba más en Maquiavelo. Éste fue enviado entonces a Siena, a Pandolfo Petrucci, en julio de 1505. Fue una ocasión históricamente desperdiciada, la de contemplar a Maquiavelo cara a cara con el Gran Capitán, el diplomático frente al guerrero, como en tiempos de César Borja.

A fines de ese año le cupo realizar nuevas misiones a lugares y potentados italianos.<sup>57</sup>

Más importante fue la decisión de enviarlo por segunda vez a la Santa Sede con una misión, ante el Papa Julio II en 1506<sup>58</sup>. Se respondía a la nunciatura del protonotario apostólico Esteban Gabriel Merino<sup>59</sup>. La estancia de Maquiavelo en la Curia del Papa Rovere fue muy indicativa para las observaciones que expresó tanto en *Il Principe* como en los *Discorsi* acerca de aquel Papa belicoso y de las condiciones de su gobierno. Presenció Maquiavelo el 13 de septiembre la impresionante entrada del Papa Julio en la ciudad de Perugia, con su séquito y con 2.000 hombres de armas<sup>60</sup> que dejó eco de su trascendencia también en los comentarios de Guicciardini y del ceremoniero pontificio Paris de Grassis. La entrada del Papa fue presenciada por Maquiavelo como representante de Floren-

55 Desempeñó entre tanto sendas misiones a Jacopo d'Appiano en Piombino en abril de 1504, a Gianpaolo Baglioni en Perugia en abril de 1505 y a Francesco Gonzaga, Marqués de Mantua en mayo de 1505.

56 *Legazioni*, II, p. 885.

57 Al vicario de Scarperia, Mariotto di Piero Rucellai, al podestá del Borgo San Lorenzo y al podestá de Vicchio, Gismondo y Antonio di Migliori di Cresci. (*Legazioni*, II, pp. 925 ss).

58 Credenciales de 25 de agosto de 1506. *Vide* sobre ello, *Legazioni*, II, pp. 937 ss.

59 Fue éste un distinguido prelado español que desempeñó un papel notable en los menesteres eclesiásticos y diplomáticos. Nacido en San Esteban del Puerto (Jaén) en 1462, fue arcediano de Baeza, luego en Italia Arzobispo de Bari en 1513, Obispo de Jaén en 1523, Patriarca de las Indias occidentales en 1530, Cardenal en 1533, administrador apostólico de Gaeta y de Bovino en 1535. Carlos V le confirió una misión ante el Papa Clemente VII en 1529 para preparar su viaje a Italia y su coronación imperial. Habría de morir en Roma el 28 de julio de 1535. Fue sepultado en Santiago de los españoles en la Urbe.

60 Tal vez también por la Guardia Suiza, de reciente creación. "Svevi" los llama Paris de Grassis. *Vide* sobre ello las consideraciones de Sergio BERTELLI, en su nota introductoria a las *Legazioni*, II, pp. 942 ss. y el relato de PASTOR en su *Historia de los Papas*.

cia, por Francesco Cubello, que lo era del Duque de Ferrara y por el Embajador de Venecia, Antonio Giustinian<sup>61</sup>. En realidad, Las iniciativas guerreras de Julio II, manifestadas en su triunfal entrada en Perugia, daban de nuevo razón de alarma a los florentinos (a Soderini, su gonfaloniere por entonces). No quedaba otra vez más que contemporizar, ante posibles pero todavía no visibles amenazas.

En aquellos días se esperaba la posible llegada a Italia de dos eximios viajeros, dos soberanos europeos. Uno era Fernando el Católico. El otro era el Rey de Romanos, soberano romano-germánico, Maximiliano de Austria. La presencia de ambos monarcas en suelo italiano prometía ser de trascendental relevancia para aquellas circunstancias.

El primero, Fernando el Católico, acudía a su Reino napolitano, tras haber logrado la concordia en Castilla con su yerno Felipe *el Hermoso*. Esa concordia y el acuerdo obtenido por la sagacidad del monarca español con su rival francés Luis XII, que, convirtiendo los frustrados enemigos en amigos forzosos, había desbaratado los planes que en su contra se habían tramado de forma asaz temeraria y efímera por Habsburgos y Valois.

El segundo, Maximiliano, aspiraba siempre a efectuar su viaje a Roma (el *Romzug* de los monarcas del Sacro Imperio) para ser coronado Emperador, como lo fuera en su día su padre Federico III. Era una aspiración constantemente dificultada por las circunstancias italianas y por su endémica carencia de medios (“Massimiliano senza danaro” lo llamaban burlescamente los italianos)<sup>62</sup>.

Ambas cosas interesaban, clero está, a la perspicacia de Maquiavelo, que de ellas dio cuenta a su Gobierno. En realidad, las dos tenían alguna relación. Cuando Maquiavelo refiere los proyectos de Maximiliano los implica en la nueva relación de ambos consuegros. Lo cierto era que, al haberse hábilmente reconciliado Fernando con Felipe, los franceses habían quedado frustrados<sup>63</sup>. Al haberse igualmente reconciliado con Luis XII, eran los Habsburgos los que salían defraudados<sup>64</sup>. Por su parte. Maximiliano, a la vez que seguía albergando

61 Embajador de Francia era Alphonse de Gimel. Francisco de Rojas lo era de España, de Fernando el Católico, mientras Filiberto Naturelli lo era por entonces de Felipe *el Hermoso*. Sobre los embajadores de Felipe *el Hermoso*, puede verse OCHOA BRUN, “La Diplomacia de Felipe el Hermoso”. *Miscelánea diplomática*. Madrid. Real Academia de la Historia. Clave historial. 2012.

62 También Maquiavelo era de esa opinión y la historiografía se ha hecho eco. Por ejemplo: “Maximilien, dont Machiavel dit qu’il jetait l’argent par les fenêtres” (Francis RAPP, *Maximilien d’Autriche*, Paris, Tallandier, 2007, p. 266).

63 Maquiavelo constata que, tras el inteligente acomodo de Fernando el Católico con su yerno, para así frenar a los franceses, suegro y yerno se han puesto de acuerdo, lo que descontenta a aquéllos: “fra loro si vede unione grandissima, il che é contro alla expectatione de’ francesi, che se ne mostrano male contenti” (12-VI. carta a Giovanni Ridolfi, *Legazioni*, II, 939).

64 Y Don Fernando, como siglos después encomiase Baltasar Gracián, “alzose al cabo con la ganancia”.

planes para su imposible viaje a Italia, había decepcionado a los franceses al romper el Tratado de Hagenau con Luis XII.<sup>65</sup>

En cuanto al otro soberano esperado, Fernando el Católico, se anunciaba por aquellos días su venida a Nápoles, lo que no se ocultaba a Maquiavelo que podría dar lugar “a algún movimiento” de quienes no la deseasen<sup>66</sup>. Había embarcado el 3 de septiembre en Barcelona con cincuenta navíos y mucha tropa, según se informó de Florencia a Maquiavelo<sup>67</sup>. La Señoría mandó para recibirlo en Livorno o en Piombino sus embajadores de bienvenida. Fueron Giovan Vettorico Soderini, Niccolò del Nero, Giovan Battista Ridolfi y Alamanno Salviati.<sup>68</sup>

Una vez el monarca español en su capital napolitana, advertían en Florencia la importancia de su encuentro con su servidor y caudillo de sus tropas, Gonzalo de Córdoba, que le había ganado el Reino. La primera impresión, que de Florencia informaron a Maquiavelo es acerca de la buena relación de ambos: “mostrano la Cattolica Maestà e Consalvo convenire bene insieme”, informan los Diez a Maquiavelo<sup>69</sup>. Pero aquí se pone de manifiesto la desconfiada suspicacia de Maquiavelo que comenta: “ho sentito ragionare di questo accordo fra Consalvo e il Re: e maraviglisi ciascuno che Consalvo se ne fidi: e quanto quel Re é stato più liberale verso di lui, tanto più ne insospettisce la brigata, pensando che’ l Re abbi fatto per assicurarlo”<sup>70</sup>. Los florentinos mandaron entonces a Fernando un Embajador, Francesco Gualterotti<sup>71</sup>, en 1506.

Pero un nuevo imprevisto y luctuoso suceso vino a sorprender a todos. El Embajador de Felipe el Hermoso, Rey de Castilla, dio cuenta de la muerte de Don Felipe en Burgos el 25 de septiembre. Don Fernando lo había sabido ya a su paso por Portofino el 2 de octubre. Escribe Maquiavelo el día 6: “e perché questa morte potria causare o la ritornata del Re Fernando in Spagna, o altri moti, ne scrivo súbito”<sup>72</sup>.

Dando tiempo al tiempo, el 4 de junio de 1507<sup>73</sup>, Fernando se embarcó en Nápoles y retornó efectivamente a España para retomar allí la regencia. En la navegación de vuelta a lo largo de la costa, rehusó dos encuentros o *Vistas* como entonces aún se decía, y aceptó otro, en sendas significativas decisiones de sagaz

65 Que preveía el matrimonio de Claudia de Francia con el Archiduque Carlos (futuro Carlos V). Al romper Maximiliano su compromiso, Luis XII cual casó a Claudia con Francisco de Angulema.

66 “E pure potrebbe questa sua venuta, rispetto a chi non se ne contentassi, fare qualche movimento” (despacho de 28-VIII, *Legazioni*, II, p. 951).

67 *Ibidem*, II, p. 974.

68 *Ibidem*, II, p. 976 y 1026 s.

69 A 24 de septiembre de 1506, en *Legazioni*, II, p. 994.

70 Despacho de 28 de septiembre, *ibidem*, II, p. 1001.

71 Francesco di Lorenzo Gualterotti, Embajador que había sido en Francia en 1502.

72 Despacho del 6 de octubre, *Legazioni*, II, p. 1013.

73 Para las fechas véase la meritoria obra de Antonio RUMEU DE ARMAS, *Itinerario de los Reyes Católicos, 1474-1516*, Madrid, CSIC, 1974.

discriminación. No aceptó la propuesta de encuentro con el Papa Julio II, con el que le separaba la demora en concederle la investidura napolitana<sup>74</sup>, ni tampoco el que le proponía el Emperador Maximiliano, con el que había tenido importantes diferencias en el próximo pasado y de cuyo plan de viaje a Italia seguramente con razón desconfiaba. Resignó cortésmente ambos encuentros, pero aceptó verse en Saona con Luis XII<sup>75</sup>, su antiguo rival y nuevo aliado.<sup>76</sup>

Entre tanto, Maximiliano seguía planeando su viaje a Italia, que se reveló al fin puramente quimérico. Por creer a medias en su viabilidad, el Papa mandó a Maximiliano una distinguida embajada, en la persona del influyente, activo y listo Cardenal español Bernardino de Carvajal. Había sido diligente y eficaz Embajador de los Reyes Católicos en Roma<sup>77</sup>. Carvajal fue luego poco leal a Don Fernando en la grave encrucijada de la sucesión de Isabel la Católica, cuando más bien trató de favorecer los intereses de Felipe el Hermoso. En la correspondencia de las legaciones de Maquiavelo se alude a la disensión en la embajada española en Roma: “l’oratore d’Aragona... non la ha intesa bene ad non fermare con el suo Re”<sup>78</sup>. Estaban allí como embajadores el Obispo Antonio Acuña, rebelde a Don Fernando, y Francisco de Rojas que le era fiel.<sup>79</sup>

La embajada del Cardenal al Imperio determinó una nueva intervención de Maquiavelo, enviado de la Señoría en agosto de 1507 a la ciudad de Siena, para enterarse de qué protocolo pensaban allí usar en la recepción del legado pontificio<sup>80</sup>. Reunió allí cuantos datos se le requerían del alojamiento, regalos<sup>81</sup> y distinciones que se

74 La concedería por fin el 3 de julio de 1510.

75 El 29 de junio de 1507.

76 Desembarcó con confiada gentileza, sin escolta, acompañado de Gonzalo de Córdoba, a quien Luis XII hizo caballerizas atenciones de reconocimiento de vencido a vencedor .

77 Donde obtuvo del Papa Alejandro nada menos que las Bulas de justos títulos en Indias. Carvajal era Cardenal titular de la basílica romana de Santa Cruz de Jerusalén en Roma, en cuyo ábside se halla retratado al pie de la Cruz, tal vez por Pinturicchio.

78 Despacho de Francesco Vettori, (*Legazioni*, II, p. 1111).

79 Sin embargo de esas sospechas de Maquiavelo, acaso no del todo infundadas, el Rey Católico había dado a su Embajador Rojas expresas instrucciones de mantener la concordia con los embajadores de su hija y yerno: “si antes de agora vos havia yo mandado que estuviessedes en mucha unión y concordia con los embaxadores del Rey mi fijo, de aquí adelante ha de ser esto con muy mayor unión y conformidad de manera que ellos os han de ayudar en todos sus negocios quanto pudieren y vos les haveis de ayudar a ellos en todos los negocios del Rey e de la Reyna mis fijos quanto pudieredes como si los suyos e los mios fuesen todos unos mismos negocios como lo son”. Y el propio Embajador anota al margen: “que yo tenga unión con los embaxadores de sus fijos”. La carta del Rey Católico de 1 de julio de 1506 “a Don Francisco de Rojas del su Consejo e su embaxador en Corte de Roma” se halla en la Real Academia de la Historia (Bibl.9/7118, leg<sup>o</sup> n<sup>o</sup> 40), véase publicada en *Isabel la Católica en la Real Academia de la Historia*, Madrid, RAH, 2004, pp. 295-7.

80 *Legazioni*, II, pp. 1039 ss.

81 Casi todos de carácter alimenticio : “li hanno fatto uno presente in nome della Signorie, tutto di cose da mangiare, secono che si usa fare allí ambasciatori, ma copioso”. (Maquiavelo a la Señoría florentina, 14-VIII-1507. Especifica en apéndice todos los regalos de manjares. *Legazioni*, II, pp. 1045-7)



pensaba ofrecer al Cardenal, siempre dentro de la atmósfera de escepticismo respecto a la credibilidad del viaje imperial. Ya se preveía, y de ello da oportuna cuenta Maquiavelo, que el Papa dispondría algún tipo de coronación sin haber traslado a Roma.

En vista de todo ello, y teniendo muy presente la eventual importancia de la presencia de Maximiliano en suelo italiano, incluso florentino, la Señoría dispuso una nueva misión diplomática de obvia importancia, encargada a Maquiavelo. Se trataba de enviar a éste a la Corte de Maximiliano, a la sazón en Constanza.

Del interés de los florentinos había dado ya testimonio el envío de dos misiones a cargo de sendos embajadores, Bernardo de Ricci en 1506 y Francesco di Piero Vettori en 1507-8. Estando este último aún ya nombrado, se decidió el envío de Maquiavelo. De ambos es la descripción del viaje por tierra helvética y germánica<sup>82</sup>. Maquiavelo por su parte enumeró los cantones que cruzó<sup>83</sup>. Esto le daría pie para su ulterior descripción de Suiza y luego “della Magna”.

La embajada florentina se halló con la del Cardenal Carvajal en el camino. A ambas llegaron instrucciones de Maximiliano, quien los hizo detenerse en Meran, para esperarlo mientras él viajaba desde Innsbruck hacia aquel lugar del Tirol del Sur: “l’Imperadore ha ordinato al cardinale e a me, e a tutti gli altri oratori, andiamo a stare a Marano”<sup>84</sup>. Más tarde, Carvajal pronunciaría ante Maximiliano un notorio discurso.

El 3 de febrero de 1508. Maximiliano entró en Trento. Allí adoptó con ulterior consentimiento pontificio, el título de Emperador electo. Estaban presentes los Duques de Württemberg, Mecklemburg, Braunschweig y Liegnitz, así como el propio Maquiavelo.

En los años siguientes, 1508 y 1509, le tocó a Maquiavelo desempeñar misiones diplomáticas sólo en tierra italiana. Una fue a Piombino en marzo de 1508<sup>85</sup>. Otra lo llevó a Mantua en noviembre del año siguiente<sup>86</sup>. Gobernaba allí una de esas excepcionales mujeres que por entonces produjo la Historia política de los Estados italianos, Isabel de Este<sup>87</sup>, Regente en nombre de su marido el Duque Giovan Francesco II, que estaba en prisión de los venecianos. Maquiavelo llevaba una credencial a “quella illustrissima Marchesana” del 10 de noviembre. Se trataba de liquidar compromisos pecuniarios pendientes con Maximiliano. A fines del año, Maquiavelo marchó en misión a Siena.<sup>88</sup>

---

82 De Vettori: *Viaggio di Alemagna di Francesco Vettori, Ambasciatore della Repubblica Fiorentina a Massimiliano I*, editado en París en 1837.

83 Despacho de 17-I-07, *Legazioni*, II, 1062 ss.

84 Despacho de Francesco Vettori, *ibidem*, II, p. 1102

85 *Legazioni*, II, pp. 1156 ss.

86 *Ibidem*, pp. 1171 ss.

87 Hija de Ercole I.

88 El 5 de diciembre, *Legazioni*, II, pp. 1215 ss.

El año 1510 trajo nuevas perspectivas diplomáticas. En junio, Maquiavelo fue enviado de nuevo a Francia<sup>89</sup>, al Rey Luis XII<sup>90</sup>. Primaban los halagos de nuevo. En sus instrucciones a Maquiavelo, el gonfaloniero Soderini proclamaba que sólo buscaba tres cosas: el honor de Dios, el bien de la patria y el del Rey de Francia.<sup>91</sup>

Particularmente interesante es la respuesta de Luis XII a Maquiavelo; en ella se revela el hartazgo del Rey acerca de la política versátil y voluble de los florentinos. Luis XII recibió a Maquiavelo afablemente pero, seguramente cansado de tantas vaguedades, le intimó a que Florencia le dijese claramente por boca o por escrito si se declaraba a su favor en caso de que él fuese atacado<sup>92</sup>. Es un paradigma de lo que era la política internacional del siglo, especialmente en Italia y de las versatilidades florentinas. Tendrían ahí Maquiavelo y Florencia seguramente lo merecido por sus versatilidades. ¿Fue eso la taxativa respuesta al *maquiavelismo* florentino?

Naturalmente, pese a esa abrupta respuesta del monarca, la Señoría siguió por entonces cuidando de su relación con Francia<sup>93</sup>. La posición de ésta en Italia se vio comprometida cuando en 1511<sup>94</sup> nuevos, inesperados y sorprendentes sucesos vinieron a involucrar a las potencias con el Papado. En mayo de ese año, se produjo un súbito cisma en el Sacro Colegio, movido por cardenales opuestos a Julio II y rebeldes a su autoridad, los cuales convocaron un Concilio en la ciudad de Pisa, para deponer al Papa. Cabecilla de la rebelión era el cardenal español Bernardino de Carvajal, ya citado en estas páginas como Embajador de los Reyes Católicos en Roma y luego como legado del Papa a Maximiliano

89 Había habido una previa misión florentina a Francia, la del Embajador Alessandro Nasi (1508-09), tratando de conseguir que Francia y España abandonasen a Pisa. Se ofreció a cambio una suma de dinero que serviría a Luis XII para su campaña contra Venecia.

90 *Ibidem*, III, p 1219. Credencial de 20 de junio.

91 *Ibidem*, III, p.1227.

92 Dijo el Rey a Maquiavelo: “Secretario, io non ho nimicizia né con el Papa, né con alcuno; ma per che ogni dí nasce delle amicizie e nimicizie nove, io voglio ch’è’ tuoi signori, senza dimorare punto, si dichiarino di quello e di quanto vogliono fare in mio favore, quando egli occorressi che il Papa o alcuno altro molestassi o volesse molestare i stati miei che io tengo in Italia; e manda uno apposta subito, perché io ne abbia risposta presto e me lo faccino intendere o ad boca o per lettere, come pare loro; perché io voglio sapere chi è mio amico o mio inimico”. (Despacho de Maquiavelo de 18-VII-1510, *Legazioni*, III, p. 1242).

93 En 1510 llegó allí un embajador florentino, Roberto di Donato Acciaiuoli, que quedó como embajador residente hasta 1514. Había sido antes Enviado a Gonzalo de Córdoba en 1505 y a Inglaterra en 1507.

94 En ese año se produjo una misión ocasional de Maquiavelo a Mónaco, a Luciano Grimaldi (mayo de 1511, *Legazioni*, III, 1355 ss). Un barco monegasco había actuado en la costa florentina de modo que se estimaba de piratería. Para protestar se mandó a Maquiavelo a Mentone, esta vez en calidad de embajador (“ambasiatore communitatis Florencie”). También se protestó a través de Luis XII que no se juzgó competente, por cuanto Mónaco tenía privilegios del Emperador. Fue más tarde puesto bajo Protectorado español de Carlos V en 1524, siendo Príncipe de Mónaco Agostino Grimaldi, Obispo de Grasse. Se llegó a un convenio el 27-V-1511. Por lo demás, parece ser la única referencia al hecho de haberse otorgado a Maquiavelo excepcionalmente el título de Embajador.

de Austria<sup>95</sup>. El que la sede del ya tenido por *conciliábulo* fuese la siempre rebelde Pisa no convenía a la Señoría de Florencia. Bernardino de Carvajal conferenció sobre ello con Maquiavelo el 6 de noviembre de 1511<sup>96</sup>. Por su parte, el Papa Julio II opuso la convocatoria de un Concilio ecuménico en Roma (V de Letrán) por Bula de 18 de julio de 1511 para el 19 de abril de 1512.

La grave cuestión afectaba a los Reinos cristianos en una rara controversia que evocaba sabores medievales de renovado conflicto conciliarista. Para sondear la actitud francesa, que era resueltamente antipapal, acudió de nuevo Maquiavelo a Francia<sup>97</sup>. Llevaba instrucciones expresas contra el Conciliábulo<sup>98</sup>, que había concitado ya la contundente y enérgica repulsa de España. Fernando el Católico se manifestaba decididamente en apoyo del Papa Julio<sup>99</sup>. Contrariamente, Luis XII se enfrentaba al Pontífice. Era de pronto una época de locura, de empresas fantásticas<sup>100</sup>. La Iglesia galicana apoyaba a Luis para oponerse al Papa y convocar un Concilio. Maquiavelo parece haberse dejado alarmar más de la cuenta: opinaba que si el Emperador e Inglaterra accediesen a estos planes, crearían ellos un nuevo Papa y Luis bajaría en un ejército a Italia en paseo militar sin resistencia: “creeranno un nuovo Papa, e a tempo nuovo scenderá con tanta gente in Italia che la sua non fia guerra, ma fia uno viaggio infino a Roma”.

La absurda reunión del conciliábulo en Pisa determinó una nueva misión de Maquiavelo a aquella misma ciudad con expresa credencial<sup>101</sup>. Ciertamente era que la elección de Pisa como sede no podía dejar insensibles a los suspicaces florentinos.

La situación degeneró en una contienda. De nuevo el suelo italiano se veía convertido en palestra de las potencias. Y de nuevo esa contienda enfrentaría a franceses y españoles. Una sangrienta batalla en Ravenna en 1512 dio la victoria a los franceses y la resignación a los españoles<sup>102</sup>. El 11 de abril de 1512 (Pascua de Resurrección) sufrieron los españoles y sus aliados aquella derrota,

95 Carvajal fue desposeído por Julio II de sus dignidades, que más tarde recobraría bajo León X.

96 *Legazioni*, III, p. 1372.

97 *Ibidem*, III, p. 1367.

98 “Di fare ogni diligenza e opera che questo Concilio, perché da un principio sí debile e sí pericoloso non può avere fin onorevole e sicuro, si annulli in quelli modi che ci si possono trovare; e quando questo non si possa, che almeno si transferisca altrove” (instrucciones a Maquiavelo de 10-IX-1511, en *Legazioni*, III, 1380).

99 *Vid.* sobre ello DOUSSINAGUE, José María, *Fernando el Católico y el Cisma de Pisa*, Madrid, Espasa Calpe, 1946.

100 La otra locura era la de Maximiliano que revelaba a su hija por entonces sus propósitos de hacerse elegir Papa y Emperador de Constantinopla.

101 A 2-XI-1511 credencial al Concilio, *Legazioni*, III, 1447 ss.

102 El prudente Fernando el Católico reaccionó con calma. Escribió a su Embajador en Roma, Jerónimo de Vich: “entre caballeros, faciéndose lo que se debe, no se tiene en mucho perderse una batalla, que todas no se pueden acertar, y si una se pierde, muchas se ganan” (A Vich, 7-V-1512, Archivo Histórico Nacional). Uno tiende a recordar su vieja divisa: “Como yunque sufro y callo, por el tiempo en que me hallo”.

donde murió Gastón de Foix, comandante de los franceses vencedores y por cierto hermano de la Reina de Aragón, Doña Germana. Resignado pero siempre resuelto y hábil, Fernando se repuso. Maquiavelo le reprochó su imprevisión en relación con el combate<sup>103</sup>. Opinaba de él que era más astuto y afortunado que prudente, pero en aquella circunstancia, Fernando supo sobreponerse a una fortuna adversa y resultó siendo más prudente que afortunado. La Fortuna le sonrió luego premiando su serenidad ante el inicial infortunio. Maquiavelo comentó: “fue un suceso que él de ningún modo pudiera prever”. Lo cierto es que Fernando recuperó la “reputación”<sup>104</sup>, pero no por casualidad ni de modo fortuito, sino por hábiles negociaciones<sup>105</sup>. Es decir, Maquiavelo culpó entonces al monarca español de impremeditación en aquella campaña, pero, como quiera que la proverbial habilidad del monarca convertiría pronto la derrota en un resultado positivo para su política, acabó admitiendo Maquiavelo, si no la prudencia causante del éxito, sí la fortuna que se lo regaló.

Las sucesivas contiendas fueron ya determinantes para el propio destino del Secretario Florentino. En 1512, la derrota florentina contra los españoles ante Prato puso fin a la carrera política de Maquiavelo. Se consumaba la temida restauración de los Medici en el gobierno de Florencia. Una fracasada conjuración condujo a Maquiavelo en 1513 incluso a la prisión y a la tortura. La elección del Papa médico León X le procuró la libertad, pero no la actividad política. A partir de esa fecha su primordial actividad sería la literaria. A ella se dedicaría hasta su muerte en 22 de junio de 1527, tras el fatídico *Sacco di Roma*, perpetrado por las tropas de Carlos V.

## SEMBLANZAS Y LUGARES

Si se preguntara qué caracteres impulsaban el quehacer de un diplomático de entonces, podría responderse que eran fundamentalmente dos: el servicio a su Patria y la puntual información. La vida y la obra de Maquiavelo ejemplarizan perfectamente ese doble ejercicio. Cada legación responde a una época de la intensa Diplomacia de entonces. De sus enredos, que describe, aprendió sin duda y extrajo ideas y noticias el sagaz Enviado florentino.

---

103 Carta de 21-IV-1513 a Vettori, emb.florentino en Roma, *vid.* sobre ello DOUSSINAGUE, *op.cit.*, p. 320.

104 Comenta DOUSSINAGUE : era “Fernando V mucho más hábil y prudente y un político mucho más sagaz de lo que le juzgaron sus contemporáneos, incluso aquéllos que no estaban, como el escritor florentino, fuertemente influidos contra él por su afición a Luis XII”. (*ibidem*, p. 321).

105 A través de sus embajadores con Maximiliano (Pedro de Urrea), Julio II (Jerónimo de Vich) y los suizos (Conde de Cariati y Juan Bautisya Spinelo).

Una consecuencia de tales misiones fue la posibilidad, siempre aprovechada por las singulares dotes de observación y análisis de Maquiavelo, de conocer directamente a las personalidades más relevantes de la constelación internacional del siglo y poder retratarlas magistralmente en sus obras.

En su encuentro con César Borja tuvo materiales para trazar el perfil de aquel vistoso personaje, encarnación de las virtudes y vicios del *condottiero*, caudillo valiente y gobernante cruel, negociador duro e imperioso.

En la siguiente de sus misiones diplomáticas, en 1503, cuando la Señoría lo mandó a Roma, era un momento de enorme perturbación por haberse producido la muerte del Papa Alejandro VI, contradictorio paradigma de vida reprochable, de condiciones excepcionales de estadista, de ambiciones propias de un individuo sanguíneo, violento, perspicaz, hombre de excesos, atento a las ofertas del destino pero también capaz de sobrepasar todos los límites. Sobre todo, único en crearse enemigos. El principal fue el Cardenal Della Rovere. Y resultó que, tras el efímero Pontificado de Pío III, que hubiera traído consigo esperanzas de pacificación, fue —como ya se ha relatado— elegido precisamente Della Rovere, con su bagaje de proyectos de venganza. El nuevo Papa Julio II, provisto de dotes de inteligente político, pero también belicoso y resuelto a emprender distintas vías pero igualmente turbulentas, prometió desde el comienzo todos los arrebatos políticos que iba a provocar. Allí tocó a Maquiavelo conocer de cerca al nuevo Papa y ser testigo del duelo entre los dos temperamentos, el del potente y rencoroso Papa y el del osado *Condottiero*. Su pluma los describió con precisión y a la vez con enjuiciamientos personales. Sobre todo, con la autenticidad de un testigo. En 1506, en su nueva misión diplomática en Roma, pudo profundizar su conocimiento del Papa Julio y admirar, tal vez con asombrado terror, la contundencia de sus empresas guerras. A un abogado de Italia y valedor de su incolumidad como Maquiavelo era, había de aterrar tanto la desmesura de un Alejandro como la belicosidad de un Julio.

Como en un escenario en el que comparecieran uno tras otro los personajes dotados de relevantes caracteres propios, al tiempo que las tareas diplomáticas de Maquiavelo iban jalonando nuevas rutas, constituían otras tantas provechosas innovaciones para el enriquecimiento de sus experiencias. Así fue cuando se trató de acudir a la Corte del Soberano del Imperio Alemán, el Rey de Romanos Maximiliano de Austria. Ello permitió a Maquiavelo conocer de cerca la personalidad de Maximiliano, con sus llamativas cualidades de hombre versátil y voluble, capaz de grandes proyectos y de consiguientes fracasos, culto y señorial, inconstante en sus propósitos e impenitente viajero, y que, a la postre, en medio de fallidas empresas, acabó creando, por su habilidosa y muy exitosa destreza de casamentero, la ulterior colosal ampliación universal de la Casa de Austria por las bodas de sus hijos en Occidente (España) y en Oriente (Hungria y Bohemia). Maquia-

velo describe su interesante y algo desconcertante personalidad con tintes exactos aunque no muy favorables: inteligente, pero crédulo, imprevisible, poco fiable, porque deshace un día lo que la víspera proyectó.

Así pues, el conocimiento que Maquiavelo tuvo de los hombres políticos que su tarea diplomática le presentó, como en un panorama de perfiles singulares, constituye una galería de semblanzas, que revelan buena parte de los rasgos de los retratados y, aún más, la voluntad (acaso los simplificadores prejuicios) del retratante. A algunos conoció efectivamente de modo directo (Luis XII de Francia, Maximiliano de Austria, César Borja, el Papa Julio II), de otros supo la fama y la gloria, o la fortuna o la *virtù*, elementos bien renacentistas. Para unos, sirvió, pues, el conocimiento personal por sus misiones, para otros sólo la reputación. Luis XII fue para Maquiavelo un príncipe prudente, Maximiliano versátil y pródigo, César admirable amigo de lo útil, disimulador y frío. El Papa Julio, “impetuoso en sus empresas”<sup>106</sup>, Fernando, astuto y afortunado, cuidadoso de su reputación<sup>107</sup>. Acaso una condición buena o mala de las semblanzas que Maquiavelo dibuja es que nunca se despojan del juicio del autor. Pero éste suele ser también ilustrativo, como son siempre, aunque no acierten, las opiniones de un contemporáneo de talento.

Mas esas figuras cuyas semblanzas exhibe Maquiavelo no aparecen como figuras sin contorno, desprovistas del panorama que las rodea, antes bien forman parte de él y de él no se evaden. Maquiavelo las describe a ellas pero también a su mundo. Es sabido que un deber de los diplomáticos es el de informar a su Gobierno sobre el país en que se hallan. Ello movió también ya por entonces a algunos a ir más allá y plasmar esos conocimientos en obras extensas de Historia y de Geografía de los países visitados y de la idiosincrasia de sus gentes. Es el caso conspicuo de Eneas Silvio Piccolomini, autor de una ingente descripción de Europa. Maquiavelo no fue tan lejos, pero dejó descripciones de sumo interés sobre los países visitados y sus personajes.

Fuente de valiosísimo conocimiento es considerar la idea que los humanistas tuvieron de Europa. Sería de suma utilidad saber cómo aquellos eximios intelectos, aquellos prodigiosos y sagaces hombres de talento, que desde la atalaya de su sabiduría manejaban el pensamiento, la tradición y la cultura y no los juegos de partidistas intereses, expusiesen su concepto de Europa. Así, Piccolomini, o Valla, o Bembo o Erasmo. Es probable que Maquiavelo difiera en aspectos, por ser más pragmático, donde algunos de aquéllos eran más teóricos. Maquiavelo estaba más cerca de la realidad. Y si lo estaba —ello es importante para este tema— era

---

106 *Il Principe*, cap. XXV.

107 *Vide* sobre ello Santiago MUÑOZ MACHADO, Santiago, “Anotaciones al mito de Fernando el Católico como Príncipe modélico”, en *El Príncipe de Maquiavelo en el quinto centenario de su composición*, Madrid, RRAA, 2014, pp. 143-179.

precisamente porque lo hacía desde su cometido diplomático, que le permitía el análisis basado en la experiencia directa de sus viajes y misiones. La Diplomacia, en su caso, como lo fuera también desde luego en el caso de Piccolomini en el siglo XV o de Petrarca en el anterior, fue la base de sus ideas sobre los países del continente. Por ello trata con más extensión aquéllos que directamente conoció en sus tareas como Enviado: Francia, Alemania, Suiza, los Estados italianos. Por lo que se refiere a Francia y a Alemania, dos obras dan testimonio: los *Ritratti di cose di Francia* y los parejos *Ritratti delle cose della Magna*.

Efectivamente, por lo referente al Imperio Alemán, analiza Maquiavelo con precisión el principal carácter de *la Magna*, como él dice, es decir de Alemania: la multiplicidad de los Estados miembros de la compleja estructura del Sacro Imperio, que en parte potenciaba y en parte obstaculizaba su acción internacional, pretendida por el Emperador y dificultada por la pluralidad de sus principados, pero siempre imponente por su capacidad de poder. Recuérdese que Luis Vives había de escribir: “Alemania es la parte más fuerte de Europa”.<sup>108</sup>

En cuanto a Francia, encomia Maquiavelo el carácter unitario que ha sabido imprimir a sus partes (Borgoña, Bretaña, Picardía) y cómo la Corona había sabido eliminar el laberinto feudal del pasado y crear además un enérgico poder militar, a diferencia de la todavía feudal Inglaterra, sumida en divisiones. (Y ello a pesar del poco halagador retrato que hace de los franceses, tacaños, versátiles, infiables).

De España celebra Maquiavelo sobre todo los éxitos de su excepcional monarca, Fernando el Católico, de quien elogia sus sin duda admirables logros.

Conoció Maquiavelo tierra suiza en 1507, en camino de Ginebra a Constanza, para su misión ante Maximiliano. Como para los contemporáneos en general, Suiza es para Maquiavelo sobre todo una fuente de capacidad militar. Se nutrían de ella los potentados de su tiempo y era atribuible a condiciones de aquel país, como también del Imperio germánico.

Conjunto de todos esos Estados, la propia Europa tuvo su papel en el pensamiento político de Maquiavelo. Significativo resulta que en su Tratado sobre la Guerra, Maquiavelo señaló precisamente motivos y límites de una Europa unida, que excluían al Imperio Otomano, no sólo por no cristiano, sino también por “despótico”<sup>109</sup>. Ideas en que coincide con tantos humanistas de sus días, alarmados por el horrendo suceso de la caída de Constantinopla. Atendiendo a la peculiar estructura de aquel Imperio, que él por supuesto no conoció, alude sin embargo al hecho de que el Gran Turco no tenga Príncipes vasallos, sino sólo ejércitos. Con-

---

108 *De Europae dissidiis et de bello Turcico, in fine.*

109 En *Dell'Arte della Guerra*, 1520. Vide HASSIOTIS, I.K., “Eastern Europe in the early plans for European unification”, en *The idea of European community in History*, Conference proceedings, I Atenas, Univ., 2003, pp. 179-189.

quistado su Estado, no será difícil conservarlo, opina. Viene a ser lo que Fernando el Católico expresó en 1509, según transcriben Zurita y Abarca.<sup>110</sup>

¿Y lo más importante, Italia? Dolorosamente experimenta y enumera sus males. La conoció bien desde dentro en su gobierno florentino y en sus misiones a Príncipes y personajes italianos y desde fuera en comparación con los otros Estados que visitó: Francia, el Imperio, Suiza. Y las consecuencias que extrae son dos: Italia padece por estar dividida dentro. Italia padece por estar agredida desde fuera. Recuerda su pensamiento al de otro insigne italiano, Francesco Petrarca, que, desde el excelso ámbito de su poesía, pero también desde su ideario político, basado no menos en experiencias diplomáticas, lamentó patéticamente las divisiones internas italianas y las incursiones armadas de extranjeros tenidos por *bárbaros*. Para ambos, no está ya vigente la idea medieval del Sacro Imperio, cuyos soberanos podrían traer a Italia paz y unidad. Para ambos, los tudescos cuando bajan a Italia son agresores, como los franceses o los españoles. Éstos son para Maquiavelo aún más peligrosos. El indiscutible poderío de Fernando el Católico, que Maquiavelo bien conoce y describe, es precisamente la mayor amenaza, si bien la exagera y tal vez la desconoce, porque el monarca español, en sus instrucciones a sus hombres en Italia, estaba por entonces reiterando instrucciones de paz, unión y seguridad de Italia, que insiste desear y salvaguardar en bien de la Península <sup>111</sup>. Maquiavelo advertía sin duda la evolución peligrosa de los sucesos en su Patria, pero seguramente conocía menos la realidad de la Diplomacia de España, país en que nunca había ejercido la suya personal. De su patria italiana advirtió, pues, Maquiavelo con rigor, con exactitud y también con dolor sus caracteres de desunión, de sometimiento al extranjero y la dificultad de una deseable empresa de liberación, tarea de cuya imposibilidad fue consciente.

## LOS DEBERES DEL ENVIADO

En la época no existía lo que luego se llamaría “Derecho Diplomático”, una rama del Derecho Internacional o de Gentes, que regula, en el uso de su ejercicio, las condiciones, las atribuciones, los modos, los privilegios del Embajador. Y también sus deberes. El término latino para los deberes es “officia”. De ahí que los tratados, precedentes del Derecho Diplomático, en los que en aquella época se descri-

---

110 *Vid.* sobre ello DOUSSINAGUE, *La política internacional de Fernando el Católico*, pp. 236 s. y 241.

111 “Por reducir las cosas a términos de paz y unión y seguridad de Italia hemos gastado un pozo de oro” se lee en las Instrucciones del Rey Católico a Ramón de Cardona, de fines de 1513, Arch.Gen. de Simancas, E, leg<sup>o</sup> 1554, publ. por DOUSSINAGUE, José María, *Fernando el Católico y el Cisma de Pisa*, Madrid, Espasa Calpe, 1946 p. 693.



bieran los elementos de la Diplomacia, se denominaran bajo títulos que aludieran a los “deberes”. Se llamaban usualmente *De officio legati*.

Por haberlos practicado, Maquiavelo conocía muy bien cuáles son tales. Y los expone especialmente en la obra que da noticia de sus legaciones. De las consideraciones que allí hace pueden deducirse aquéllos que él considera tales deberes.<sup>112</sup>

Se ha aludido aquí ya a los básicos e imprescindibles deberes: la fidelidad patriótica y la tarea informativa. No difieren de conceptos actuales. A ellos hay que añadir desde luego la representatividad, es decir el vínculo que une al que envía y al enviado. Ya se mencionó cómo en la literatura de la época, al Embajador se le llamaba a veces con la voz latina *mandatarius*, que en lengua castellana se transcribía en el término *mandadero*. En esa relación mandante/mandadero se basa ni más ni menos que el ejercicio de la función diplomática. Pues bien, a la eficacia de esa representación se presta cuidadosa atención en la época que aquí se menciona.

En efecto, en los tiempos cuyos diplomáticos usos y costumbres aquí se alude, en torno a la figura y a la obra de Nicolás Maquiavelo, ciertamente no se inventa, pero sí se contribuye a configurar el carácter *representativo* de los Enviados. En otros tiempos, más remotos, desde la Antigüedad bíblica o profana se insistía en las ventajas, en los beneficios del buen Enviado. Se ensalzan en Isaías los pasos del emisario que anuncia la paz, se declaran más gratos que la nieve en estío los servicios del mensajero fiel para su amo en los *Proverbios*, en la Mitología se magnifican las funciones de Mercurio, Enviado de Júpiter.

Ahora bien, en la época en la que en Italia las actuaciones del Embajador adquieren mayor visibilidad, pasa a destacarse ante todo su eficiencia. En la *Monarchia*<sup>113</sup> del Dante se expresa plásticamente que el Enviado es como el martillo en la mano de quien lo actúa. Y de los Enviados de los Sforza milaneses evoca Guicciardini que decían ser como los dardos cuya fuerza reflejaban la de la mano que los enviaba.

Pues bien, aquella fidelidad y esta eficiencia aparecen en las nociones paradigmáticas de Maquiavelo sobre sus legaciones. Y a ellas se añade la información<sup>114</sup> y la negociación, es decir el deber de dar cuenta de lo que ve y es digno, por útil, de ser referido, y el hecho de tratar o “praticare” con el gobierno al que es destinado. Es decir, Maquiavelo no sólo ejerció sus cometidos diplo-

---

112 Francisco Javier CONDE hizo una lúcida exposición de la idea de Maquiavelo sobre los deberes del oficio diplomático en su obra *El saber político en Maquiavelo*, Madrid, CSIC, 1948.

113 III, VI.

114 Sobre los deberes y modos de la información en las legaciones de Maquiavelo véanse las lúcidas descripciones y observaciones de Francisco Javier CONDE, *op. cit.*, pp. 259 ss.

máticos por cuenta y mandato de la República Florentina, sino que expuso sus normas por medio de su correspondencia durante sus legaciones o por medio de las instrucciones que emitió. Ellas acreditan, pues, tanto al diplomático en ejercicio como al tratadista de Diplomacia, y tal es el doble mérito que la posteridad le ha reconocido.

Lealtad al propio gobierno, buen tino y discreción en los tratos, atención a los datos reales y, acaso, subordinación de los principios teóricos a las necesidades prácticas. A ello ayudaba el culto renacentista a una cualidad ubicua y conspicua: la reputación. Ello tiene, desde luego, una interpretación **negativa**: más vale aparentar que ser, más que valer cuenta ser considerado. Y una **positiva**: uno ha de hacer estimar la propia imagen, para lo que debe proveerla de los necesarios méritos. Es algo que Maquiavelo encomia y admira precisamente en Fernando el Católico, el haber sido capaz de crearse en el exterior una alta reputación. La reputación en Maquiavelo viene a identificarse con otros dos ingredientes del prestigio renacentista: la fama y la gloria. Y también, por supuesto sus dos orígenes; la fortuna y la *Virtù*. Maquiavelo usa precisamente de esos términos cuando recuerda con encomio la obra del Cardenal español Gil de Albornoz en Italia: quien con su *virtù* devolvió la *reputación* a la Iglesia.<sup>115</sup>

## LOS FUNDAMENTOS DEL IDEARIO

Es bien sabido que precisamente tales recomendaciones teóricas, más que sus cometidos prácticos, han hecho pesar sobre Maquiavelo no pocos sambenitos, especialmente el de hacer primar la conveniencia sobre la moral en el uso de la Política.

Ya se señaló más arriba que la obra teórica de Maquiavelo en que se expone su ideario sobre la Política, por teórica que sea, no nació de puras enlequias, sino que brotó paso a paso de sus propias experiencias en el campo práctico de la Diplomacia, que le tocó ejercer por mandato de sus gobernantes florentinos. De ahí que no sea descaminado indagar en qué medida su concepto de la función diplomática pueda verse también enriquecido o contaminado de su concepto de la Política.

Que Maquiavelo basó en su experiencia diplomática los saberes políticos que luego plasmaría en sus famosos escritos es algo que aquí ya se ha dicho y que es precisamente fundamento de la importancia que para su obra tuvo su carácter

---

115 “Egidio cardinale, di nazione spagnuolo, il quale con la sua virtù non solamente in Romagna e in Roma, ma per tutta Italia, aveva renduta la reputazione alla Chiesa” (*Istorie Fiorentine*, I, 32).

de enviado de la Señoría a otros Estados. Por ello, existe la tentación de espigar en la literatura de sus *Legazioni* ideas que susciten ecos de su doctrina política. Sin embargo, sus cartas a los *Diez* del Gobierno de Florencia son ante todo informes relativos a sus encargos, sus negociaciones y sus tratos. Naturalmente Maquiavelo no deja nunca de ser el hombre de letras que evoca las enseñanzas de los clásicos políticos. Conversando en una ocasión con el Cardenal de Amboise, Ministro de Luis XII, le recordó una sugestiva práctica de los antiguos romanos, cuando querían apoderarse de una provincia exterior: “Diminuire e’ potente, vezeggiare li sudditi, mantenere li amici, e guardarsi da’ compagni, cioè da coloro che vogliono in tale luogo avere eguale autorità”<sup>116</sup>. Y de sus intereses da cuenta la petición que hizo a su amigo Buonacorsi de que le enviase una edición de las *Vidas paralelas* de Plutarco; lo solicitó mientras negociaba con César Borja en 1502.<sup>117</sup>

Precisamente, el retrato que por entonces hizo de César en su correspondencia destaca desde luego las sorprendentes cualidades de éste (“molto splendido e magnifico”, “per la gloria et per acquistare stato mai si riposa né conosce fatica o pericolo”), pero su descripción, más realista e informativa, difiere de la glorificación que de aquel personaje hizo en el *Principe*. Bien es verdad, sin embargo, que su directa relación con aquellos hombres de Estado no podía sino brindarle los rasgos de las prodigiosas imágenes que de ellos habría de dar. Fue así la legación que desempeñó ante el belicoso y espectacular Papa Julio II en Roma en 1506 la que permitió a Maquiavelo enjuiciar de cerca el Papado, del que expresa el puntual pensamiento de ser aquél un puesto que se adquiere “per virtù o per fortuna”, pero que se mantiene “sanza l’una e l’altra”. Y asimismo las legaciones en Francia y en Alemania le consintieron sus opiniones sobre Luis XII y Maximiliano I. Concretamente, según comenta Sergio Bertelli, en los despachos de la legación a Francia Francesco con Della Casa, pero redactados por Maquiavelo, se nota ya su estilo y los comentarios sobre los franceses de sus obras doctrinales.<sup>118</sup>

Cierto es que la memoria y la obra escrita y vivida de Maquiavelo bascula sobre algunas dicotomías que a veces aclaran, a veces enturbian su pensamiento. Una es la dicotomía entre política interior y exterior. La otra, entre los conceptos de guerra y de paz. Y finalmente, la más grave, entre lo que se narra *como lo hecho*, es decir como Historia, y lo que se describe *como aquello que debería hacerse*, es decir como recomendación.

Sobre lo primero:

---

116 *Legazioni*, I, I, p. 205, carta de 21-XI-1500.

117 *Ibidem*, I, p. 328.

118 “Anticipano sin d’ora quanto egli scriverà nel *De natura Gallorum* en el *Ritratto delle cose di Francia*”. *Legazioni*, I, p. 66.

Su doctrina política se mueve sobre sus propias ideas acerca de la gobernación, *il buon governo*, es decir cómo debe actuar el Príncipe para gobernar con eficacia sus Estados. Ahí radica precisamente de una parte la posible originalidad, de otra la base de los reproches en que incurre. Nótese, la *eficacia*, no la *justicia*. Maquiavelo confunde, deliberadamente por supuesto, no faltaría más, ambos conceptos. Y además, los ensambla admirablemente en su idea, plenamente renacentista, de la *virtù*. Ésta no es desde luego, como ya se ha dicho y como es bien notorio, la virtud cristiana, ni moral, sino esa estupenda fusión de eficacia hábil y de conveniente justicia<sup>119</sup>.

Pero ese ideario acerca de la **política interior** no se disgrega del que corresponde a la **política exterior**, donde actúa su instrumento, que es la Diplomacia. Y ahí interviene la mezcla de las virtudes del gobernante *dentro* con las del negociador *fuera*. Es cierto que, en buena lógica del ejercicio de la política de gobierno, no debieran ser disociables ambas tareas, pero tampoco es posible manejarlas como idénticas. No es lo mismo tratar con los demás países, como imponerse a sus propios súbditos o administrar sus necesidades. Y eso afecta desde luego a la Diplomacia, Lo dijo muy bien Saavedra Fajardo en su época posterior: “en las embajadas se intercede, no se manda; se negocia, no se ordena”<sup>120</sup>. Si se aplican las normas del “orden y mando” de la Gobernación a las necesariamente más sutiles actuaciones de la Diplomacia, se estarán usando los contundentes criterios que Virgilio recomendara al Imperio Romano (“*parcere subjectis et debellare superbos*”), pero se falsearán los veros principios y aun las reales posibilidades de la Diplomacia, cuyos modos —por pura necesidad— consisten —repetamos a Saavedra— en interceder y no en ordenar. En política interior se debe mandar, en la exterior no hay más remedio que tratar. Maquiavelo, como buen diplomático que fue, conoció desde luego esa diversidad de funciones: una cosa en gobernar, otra negociar<sup>121</sup>. Hasta aquí esa alegada dicotomía entre política interior y exterior, es decir entre disponer y negociar, o entre legislar y concertar, o entre imponer y convivir.

La segunda dicotomía que bien se advierte en el ideario de Maquiavelo versa sobre los opuestos conceptos y realidades de *guerra* y *paz*. Para un diplomático, la paz debe ser la meta; la guerra es el obstáculo mayor de la Diplomacia.

---

119 Para SKINNER, Maquiavelo “suscribía la acepción convencional de que *virtù* es el nombre de aquel conjunto de cualidades que hacen capaz a un Príncipe de aliarse con la fortuna y obtener honor, gloria y fama” (*Maquiavelo*, Madrid, Alianza Editorial, 1981, p. 54).

120 *Idea de un Príncipe político y christiano representada en cien empresas*, (cit. por le ed. de Valencia, Cabrera, 1695, p. 362. Empresa “A se pendet”).

121 *Vide* sobre ello CONDE, *op. cit.*, pp. 253 ss.

Pero para Maquiavelo se produce una extraña mezcla, parece como si la paz fuese un ingrediente de la guerra y ésta un ingrediente del gobierno.

Los humanistas buscan la paz. Giovanni da Viterbo escribió que tarea del gobernante es evitar la guerra<sup>122</sup>. Y la paz es un personaje, diríase un protagonista de la ideología política renacentista, hasta desembocar en el irenismo erasmiano. Pero la paz tiene diferentes matices. Es un cometido gibelino del Sacro Imperio de Enrique VII según Dante o de Luis IV según Marsilio de Padua; es una exigencia, que conoce sólo las excepciones de la Cruzada contra el infiel o la defensa de la Patria, según Petrarca. Pero Maquiavelo la concibe dentro del binomio paz-guerra como un instrumento de la política y como tal la contempla en el ejercicio de su Diplomacia. “Amare la pace e saper fare la guerra”, enuncia en su obra sobre ésta.

La relación entre la guerra y la política de Estado dio precisamente lugar a una discusión que Maquiavelo blasona haber tenido con el Cardenal de Amboise en Nantes durante su legación en Francia, según refiere años después en *Il Principe*. Cuenta haberle reprochado entonces el Cardenal que los italianos no entendían de guerra y haber él respondido (asaz poco diplomáticamente, a decir verdad) que los franceses no entendían de Estado<sup>123</sup>. Guerra, pues, y Estado. Pero como teórico enlace entre ambas, la Paz, la Diplomacia, las alianzas.

Porque sucede que la paz, en buena Diplomacia, puede reposar cómodamente en la base de las alianzas, que son su necesario utensilio, el artificial y artificioso tejido de la red en que consisten las relaciones internacionales; en ellas la época fue ciertamente maestra<sup>124</sup>. Él las conocía. Conoció la inteligente inversión de alianzas que Fernando el Católico movió con Luis XII. Incluso se inquirió su opinión en el caso de la tregua que se decía que pretender Fernando con el francés en 1513<sup>125</sup>. Y claro está que entonces, la pura concepción benéfica de la paz se contamina de las maniobras políticas que se trató condujeran a ella. Renunciar a la guerra suele ser, a juicio de Maquiavelo, una forma de dar ventaja al adversario.<sup>126</sup>

No olvidemos la tercera dicotomía. Lo que sucede es que, en el puro ámbito de la Diplomacia tal como Maquiavelo la ejerció, le era preciso distinguir entre lo que él contaba que *se hacía* y lo que, a su juicio, *hubiera debido hacerse*. Es la dicotomía entre “la narración” y la “norma”. Es decir, la permanente característica

122 En su tratado *de Regimine*. Véase sobre ello SKINNER, Quentin, *El artista y la filosofía política. El buen gobierno de Ambrogio Lorenzetti*, Madrid, Trotta, 2009.

123 “Dicendomi il cardinale di Roan che gli italiani non si intendevano nella guerra, io gli risposi che i francesi non s’intendevano dello stato” (*Principe*, III, 14).

124 Mateo dei Libri compara la Diplomacia con una sogá que, cuando es trenzada, se hace más fuerte: “la fune, quando ella è reduplicata, più forte è”. Vide SKINNER, Quentin, *op.cit.*, *El artista y la filosofía política*, p. 66.

125 Carta a Francesco Vettori a 9-IV-1513.

126 “La guerra non si leva, ma si differisce a vantaggio di altri”. (*Il Principe*, III, 8).

de la obra de Maquiavelo, en la que se muestra siempre a la vez como el historiador y el tratadista. Por ambas cosas ha merecido el aprecio de la posteridad. Y ahí entra desde luego la peculiar manera de recomendar la acción política, con la supuesta divergencia entre lo factual y lo moral<sup>127</sup>. Allí también cuenta la Diplomacia, porque ella no es sino la traducción a lo fáctico de las ideas políticas que desde lejos, por así decir, la inspiraron.

Tantas posibles antinomias serían otras tantas reservas formulables al pensamiento de Maquiavelo. Sin embargo, la indeseada consecuencia de los planteamientos teóricos de Maquiavelo contenidos en sus obras políticas, acabó por producir una Leyenda Negra que aqueja en la posteridad al Secretario Florentino. En un drama de Shakespeare, el Rey Ricardo III lo llama el criminal Maquiavelo. El Rey de Prusia Federico II escribió, ayudado de Voltaire, un libro titulado *Antimaquiavelo*, en el que fieramente condena las prácticas aconsejadas por aquél. También Napoleón Bonaparte comentó negativamente la obra de Maquiavelo. Son referencias bien conocidas. Por no hablar de las condenas formuladas desde el campo inquisitorial y eclesiástico.

Pero es que resulta que esa Leyenda negra viene a fundirse con la que afecta a la Diplomacia y a los diplomáticos. Es curioso que al auge de la Diplomacia moderna vaya acompañada la desconfianza de sus funciones. Ya en las *Constitutiones Aegidianae* del siglo anterior, con las que el Cardenal Albornoz trató de regular en beneficio del Papado el caos italiano de su tiempo, al tratar de los embajadores en Italia se recomienda que no los manden más que en caso de necesidad (“se non in li casi chi *evidentemente bexognano*”).<sup>128</sup>

Y si la propia política exterior ha sido a menudo tenida por falaz y a sus ejecutores por insinceros, también Maquiavelo pudo ser víctima de ese reproche. No parece justo. Sucede que de las imágenes que él esboza parece deducirse que promueva un escaso servicio a la verdad o un encubrimiento deliberado. Pero no sólo él. Así dos monarcas de su tiempo, Luis XI de Francia y el Emperador Federico III fueron denominados *arañas*, a causa de las fraudulentas redes que tramaban. De Fernando el Católico refirió Guicciardini alguna anécdota famosa, en su relación con Luis XII y que falsamente describe sus engaños. Son paradigmas, o exageraciones.

Sí hubo desde luego por entonces una desconfianza de los Reyes respecto de los embajadores extranjeros. De Adriano de Utrecht dicen que opinó

---

127 Es lo que James HANKINS oportunamente llama “lo descriptivo” y “lo preceptivo”, *Vide* “El Humanismo y los orígenes del pensamiento político moderno”, en *Introducción al Humanismo renacentista*, ed. por Jill KRAYE, Cambridge Univ. Press, 1996, p. 183.

128 *Constitutiones de 1357*, cap. 22: “de li ambaxadori e de le ambaxiate chi si mandano a la corte e de loro salario”, en Paolo COLLIVA, *Il Cardinale Albornoz. Llo Stato della Chiesa. Le “Constitutiones Aegidianae” (1353-2357)*, Bolonia, Real Colegio de España, 1977, p. 584.

moribundo Fernando el Católico: “éste ha venido a verme morir”. Es decir, los embajadores, de puro necesarios, hábiles e importantes, son objeto de sospecha para los propios monarcas receptores de sus misiones. Se los trataba entonces de insinceros. También Maquiavelo pudo ser blanco de ese reproche. Sucede que de las imágenes que él esboza parece deducirse que promueve un escaso servicio a la verdad o un encubrimiento deliberado.

Sin embargo, es imprescindible señalar que, en todo caso; si las obras de Maquiavelo han sido motejadas de descarada invitación a la práctica desprovista de la moral, justo es señalar que, en las funciones diplomáticas de Maquiavelo no se detecta nada perverso ni falaz.

Hay algo más. Lo que Maquiavelo predica es la “razón de Estado” y su primacía. Si es harto probable que se basara para su “Príncipe” en César Borja, justo será reconocer que éste, o bien su padre el Papa, o bien las costumbres de su tiempo serían los responsables. Lo que sucede es que Maquiavelo supo expresar muy bien ese permanente duelo, todavía no resuelto, entre la moral y la política.

En todo caso, si como teorizador de la Política, Maquiavelo fue “maquiavélico”, al menos no hay razón para decir que lo fuera en el ejercicio de sus funciones como diplomático.

Se ha sugerido más arriba que se advierte al diplomático Maquiavelo en tres cosas: en las instrucciones que él mismo redactó, en las negociaciones que mantuvo con los demás Estados en el curso de sus misiones y en los despachos con los que daba cuenta a la Señoría. Pues bien, en esos escritos no se revela el supuesto maquiavelismo, sino simplemente la prudencia en los consejos, las informaciones que comunica, los secretos que ha atisbado o las consideraciones que le sugieren los acontecimientos. No se muestra, pues un “diplomático maquiavélico”.

Por lo demás, es importante admitir lo siguiente. Muchas ideas que han valido a Maquiavelo la fama de ser “maquiavélico” estaban ya flotando en lo que podríamos llamar la literatura diplomática o bien las prácticas diplomáticas de la época. O incluso de todas las edades. En las Decretales de Graciano, a pesar de condenarse la mentira, ya se prevé que todas las mentiras no son punibles en el mismo grado. En el siglo XV, el diplomático y político francés Comynes recomendaba la negociación “sous quelque couleur et un peu apparente”.

Es decir, algunas de las ideas de Maquiavelo se exponen como sus recomendaciones, pero otras son fruto de la observación y constatación de las costumbres de su tiempo. El arte del disimulo era universalmente aconsejado. Opinaba Guicciardini de Fernando el Católico que sabía disimular más que todos los hombres. El propio Maquiavelo tenía a César Borja como un “grandissimo simulatore”<sup>129</sup>. Pero

---

129 De su padre el Papa escribió que no pensaba más que en engañar a los hombres, *Principe*, XVIII, 4.

por muy “maquiavélica” que pareciese esa práctica, no lo es si se quiere hallarla rastreando la correspondencia diplomática del Secretario Florentino. En un lugar de lo que pueden estimarse sus recomendaciones diplomáticas, alude sí al disimulo, pero enmascarándolo con el mero ocultamiento: “qualche volta è necessario nascondere con le parole una cosa”<sup>130</sup>. Ello resulta casi inocente si se tiene presente que por entonces el disimulo era reconocido arte de gobernar. “Qui nescit dissimulare nescit regnare” era máxima atribuida a Luis XI de Francia y al Emperador Segismundo. Y del hecho de que en la época estaban vigentes las ideas de Maquiavelo sin que éste hubiera llegado a formularlas explícitamente, da testimonio el consejo que se atribuye a Francesco Sforza de Milán: “quien tenga tres enemigos debe hacer la paz con el primero, lograr un armisticio con el segundo y atacar al tercero”.

¿Maquiavelismo *avant la lettre*? ¿Bien atestiguada presencia en la literatura renacentista de propias ideas y expresiones tan frecuentes en las obras de Maquiavelo? De todo hay ciertamente y no es malo tenerlo en cuenta.

Más significativo y revelador, para Maquiavelo y para su tiempo, es que en sus obras teóricas de ciencia de la gobernación, aquéllas que le han valido fama, abundan las alusiones a términos que se han hecho con el tiempo casi de propiedad del Secretario Florentino, a veces como explicación de éxitos, a veces como recomendación para obtenerlos: pueden aducirse tres: el **gobierno, la fortuna y la virtù**.

Lo primero es la habilidad para mandar. Ello es propio o aun necesario a quien rige la república, es decir, el político; que aquello se tenía por verdadero *arte* lo podría corroborar Burckhardt, que juzgó al Estado moderno como una de las creaciones *artísticas* del Renacimiento. La Fortuna es también un personaje del ideario renacentista, heredado del Paganismo, frecuente en la emblemática<sup>131</sup>. La fortuna era un sustituto de la prudencia; recuérdese como Maquiavelo, incapaz de explicarse los éxitos de la sagacidad política de Fernando el Católico, quiso restarles importancia escribiendo una vez que eran atribuibles más a la fortuna que a la prudencia. Y la *virtù*, concepto clave en la ideología y en los escritos de Maquiavelo, es sabido que era precisamente una mezcla de habilidad, buen tino y valentía, que nada tenía que ver con las virtudes morales de la Religión, bien poco apreciada por cierto por Maquiavelo. Pues recuérdese que de Filippo Maria Visconti dicen haber manifestado que por encima de su cuerpo estimaba a su alma, pero por encima de ésta ponía al Estado. Y un Embajador de Fernando el Católico,

---

130 *Istruzione a Raffaello Girolami*.

131 El ingenioso y bello emblema personal de Margarita de Austria, la inteligente hija del Emperador Maximiliano y en su tiempo Princesa de Asturias rezaba: “Fortune, infortune, fort une”. Generalmente mal interpretado. Su obvio y bello significado no puede ser sino: “La fortuna y el infortunio acaso sean una sola cosa”.



aseguró una vez que colocaba el servicio a su monarca por encima de la salvación de su alma inmortal; y quien tal decía, Juan Rodríguez de Fonseca, era un Obispo de la Iglesia católica. Dígase si estos conceptos no podrían ser atribuibles al propio Maquiavelo. Y estaban sin embargo en el ideario general de aquellas gentes, estadistas y diplomáticos. Podríase acuñar para estas ideas la expresión de *politolatría*, refiriéndolas al culto al Estado, propio del imaginario renacentista<sup>132</sup>. En realidad, Maquiavelo no iba tan lejos, cuando opina que al buen ministro se le conoce en que debe pensar siempre más en el Príncipe que en sí mismo: “non debbe pensare mai a sé, ma al Principe”<sup>133</sup>.

Consíentase no dejar sin mención un bello y expresivo texto del siglo XV. Los tres básicos conceptos citados, gobierno, fortuna y virtud, tan presentes en los escritos de Maquiavelo, destacan su brillantez literaria en un anterior documento poético-político español. Es la dedicatoria al Rey Juan II de Castilla, contenida en la magistral, bellísima primera octava del también espléndido *Laberinto de Fortuna* de Juan de Mena, seguramente la más hermosa dedicatoria poética que se haya jamás compuesto para un monarca en la literatura castellana. Allí se apela al Rey: “al que con fortuna es bien fortunado / aquél en quien caben virtud e reinado”. No se pueden reunir mejor los tres conceptos vigentes, como se ve y se sabe, en la tan rica literatura política renacentista.

Por lo demás, se ha aludido aquí a la “habilidad para mandar”. A quien quisiera ejercerla, recomienda Maquiavelo sus máximas, sus ideas. Pero, puesto que aquí se trata de Maquiavelo simplemente diplomático (lo que no es poco tratar, puesto que sin duda fue la Diplomacia el terreno de aprendizaje para las concepciones teóricas que lo han hecho famoso), será bueno recordar (como ya se ha hecho aquí) que una cosa es la Gobernación y otra la Diplomacia. Ya se ha dicho: en la ciencia entendida para el Gobierno del Estado, efectivamente interesa saber mandar. En la Diplomacia sin embargo, entendida como arte de conducirse en la trama de los intereses de las naciones foráneas, interesa saber negociar<sup>134</sup>. Si lo primero lo analizó Maquiavelo en sus obras, lo segundo lo practicó en el quehacer de sus misiones. Y en éstas, a quien lea y considere sus relaciones, admirará su prudencia, su puntualidad, sus informaciones, sus consejos. Son efectivamente la obra de un diplomático. A ellas podrá remitirse.

---

132 OCHOA BRUN, *Historia de la Diplomacia Española*, vol. IV, p. 15.

133 En un capítulo, el vigésimo segundo, del *Principe*, se refiere Maquiavelo a los funcionarios que sirven a éste en las tareas de Gobierno. Se refiere a los que tiene a su lado, “I Secretari ch’e Principi hanno appresso di loro”. Seguramente pensaría también en quienes, como él, sirvieron asimismo en tareas lejanas, en misiones en el extranjero.

134 Ya se aludió más arriba a la expresión de Saavedra Fajardo.

Cabría sobre ello una postrera reflexión. Maquiavelo como diplomático estaba inmerso en el complejo mundo de sus días. E hizo dos cosas: actuar y reflexionar. Es decir, obró según consideraciones de los hechos que él mismo interpretaba. Puede entonces pensarse que sus recomendaciones se basaban en el consejo de acomodarse a las exigencias de la época, es decir, de “contemporizar”, o, como en el siglo XX se usó decir, de *aggiornarsi*. Es una interpretación que se ha aventurado para explicar el mensaje de Maquiavelo. Él mismo la haría válida con sus propias palabras. “Los tiempos —escribió una vez— son más poderosos que nuestras cabezas”. Y otra vez citó al Cardenal Francesco Soderini cuando éste, opinando del Papa Julio, apreció las capacidades de éste, “si es que sabe —dijo— estar a la altura de los tiempos”<sup>135</sup>. Pero una tal interpretación, aun con apariencias de correcta, tendería a minimizar los consejos de Maquiavelo, si se reducen a insinuar acoplarse a lo puramente coetáneo. No debiera hacerse tal reducción. Lo que Maquiavelo propone, acéptense o no sus consejos, es algo más que eso, es toda una concepción del obrar político, no una mera imitación de lo que los demás hagan, según la época y sus circunstancias.

Probablemente tampoco proceda preguntarse si Maquiavelo como diplomático acertó en sus misiones. Seguramente sí. Otra cosa es si acertó en sus predicciones. No acertó cuando, tras la elección de Julio II no creyó en sus éxitos de recuperación de los territorios pontificios. No acertó al alarmar sobre supuestos proyectos invasores de los españoles de Gonzalo de Córdoba tras su victoria napolitana. No acertó al predecir el descalabro español tras la derrota de Ravenna.

Lo que sí resulta convincente es el escalonamiento de sus pasos en la práctica y en la teoría, que lo sitúan en el desarrollo de una acción propia de la Diplomacia, en su sentido más eximio, en el cumplimiento de una vocación literaria que corrió parejas con su aptitud para la acción. Seguramente en esa combinación de actividad externa, capacidad de reflejarla en sus informes y fundir ambas cosas después en una teoría, que es a la vez un ideario, propio de su tiempo y válido para la posteridad, radica el mérito de Maquiavelo. Su *curriculum* vital transcurre como en un pautado recorrido: preparación en las Letras y en las Leyes, su ingreso en la Administración de su Patria y el desempeño de misiones en el exterior. Luego la plasmación de su quehacer y de sus observaciones en la correspondencia de sus *Legaciones*. Interpretación ulterior de todo ello finalmente en su obra teórica, el *Principe*, los *Discorsi*, la Década de Tito Livio, los prodigiosos análisis del Arte de la Guerra. Toda una ingente construcción de ideas, procedentes de los pasos de una vida de acción. Com-

---

135 Véanse sobre ello las ideas de SKINNER, Quentin, *Maquiavelo, op. cit.*, p. 26 s.

binación de cotidiana opinión sobre los sucesos y las personas, enunciado de juicios, correlatos teóricos de la experiencia práctica. Es el impagable legado de biografía y de ideario, que dejó sus huellas, seguramente mucho más de lo imaginado por él, hasta una época muy lejana de la configuración de sus sucesos, pero capaz de interpretar sus sugerencias.

La tarea oficial de Maquiavelo concluyó relativamente pronto en su vida. En 1512, como se ha dicho, la campaña de Prato puso fin a su actividad política y al año siguiente se vio puesto en prisión y sometido a tortura, después del fracaso de una conspiración. Quedó luego libre pero no restituido a su función en el Gobierno florentino. Era la conflictiva época de la Liga de Cognac, de la pugna con Carlos V, la época del *Sacco di Roma*. Los consejos de Maquiavelo ya no tenían eco ni ante el indeciso Papa Clemente VII ni ante el Presidente de la Romagna, Guicciardini, A partir de entonces, única actividad de Maquiavelo sería la literaria. En el prólogo de su comedia *La Mandragola* dio rienda suelta en verso a su decepción para dedicarse a esta obra

“perch’altrove non have  
dove voltar il viso;  
ché gli è stato interciso  
monstrar con altre imprese altra virtúe,  
non sendo premio alle fatiche sue”.

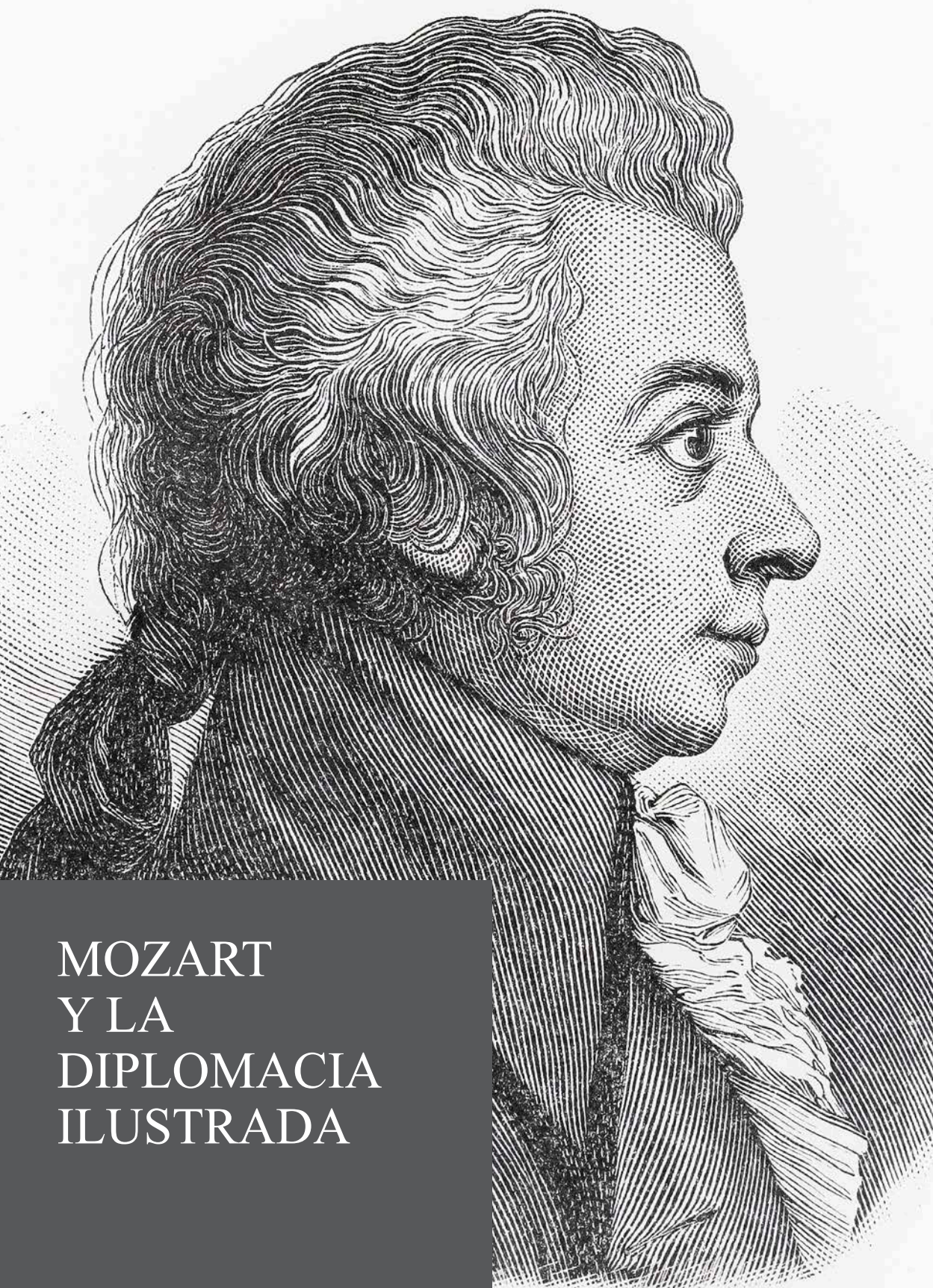
A la producción de sus obras se dedicaría hasta su muerte en 22 de junio de 1527.

La vida de Maquiavelo se desarrolla, pues, en los decenios finales del XV e iniciales del XVI, por así decir en el gozne que gira el interior del curso del Renacimiento. Para la Historia de España, país que él no llegó a conocer personalmente, pero cuyo Gobierno le inspiró páginas y comentarios, sus fechas son significativas. Nació en 1469, año del matrimonio de Fernando e Isabel. Murió el 21 de junio de 1527, días después del *Sacco di Roma*, que acometieron las tropas de Carlos V, en el año del nacimiento de Felipe II.

Conoció y juzgó la contundente acción española en suelo italiano, pero no pisó suelo español, lo que sí hicieron, como diplomáticos, sus compatriotas Guicciardini, Navagiero y Castiglione. Como lo fuera este último o como lo fuera Gian Giorgio Trissino, Maquiavelo no fue un defensor de las ideas imperiales de Carlos V. Al abuelo de éste, Fernando el Católico, insigne personaje del escenario europeo, lo conoció por sus efectos, por así decir, y lo valoró por ellos, a través de la Diplomacia. Valoró sus éxitos, su reputación, su habilidad. Acaso diese pie para que se censurasen sus modos. Sin decirlo expresamente, alabó su capacidad de decidir sobre la realidad, sin detenerse, como luego diría Baltasar Gracián, “en fantásticas quimeras”. Es decir, usando el emblema que

el mismo monarca escogió, sacado de Alejandro Magno. Ante un problema enrevesado, a la hora de desatar o de cortar, tanto da una cosa como la otra, tanto monta resolver cuidadosamente como cortar resueltamente. Maquiavelo no habló de eso, y sin embargo podría ser su lema para solventar difíciles nudos. *Tanto monta* fue el emblema de Fernando el Católico. Y en él se compaginan los dos comportamientos: el de desenredar nudos complejos, propio del diplomático, y el de zanjarlos, propio del guerrero. De ambas cosas escribió Maquiavelo páginas memorables.





MOZART  
Y LA  
DIPLOMACIA  
ILUSTRADA

## UN SIGLO CLÁSICO

En la Historia de la Cultura europea, no es fácil (ni siquiera bueno) prescindir de la clasificación, por convencional que a veces aparezca, de épocas y estilos. Ello es así no solamente en la periodización de las edades artísticas, sino también en general para cuanto concierne a la Historia del quehacer humano, la de las Ideas o incluso la de las realizaciones políticas o sociales. No sólo los periodos, también los nombres con los que se acostumbra a calificar las épocas dominadas por determinada tendencia, son susceptibles de utilización para mejor denominar y explicar todo un conjunto de acontecimientos enmarcados en una fase temporal. Se habla así, de modo omnicompreensivo, de la época del Renacimiento, del Barroco o del Rococó, de la Ilustración, del Clasicismo o del Romanticismo. Cada uno de esos nombres va más allá de ser una mera etiqueta de la Historia de las maneras estéticas o de las vías del pensamiento; sirve para suministrar un encuadramiento común, un modo de referencia y de cohesión para los sucesos ocurridos o engendrados en un concreto período.

Uno de los más expresivos de esos títulos es el de *Clasicismo*. Pero también uno de los más equívocos. Ha dado y dará lugar a polémicas y apreciaciones diversas acerca de qué es lo que verdaderamente denomina. Pero en todo caso podrá alegarse como nota común, que se cifra bajo tal expresión, un modo especial de concebir el mundo en un esquema de *equilibrio*, de *armonía*, de deseo de conjugación de extremos, de *proporción* y de *rigor* en el contenido y en la forma.

Hay también unanimidad en colocar el título de *Clasicismo* a la época que coincide, en la Historia de Europa, con el siglo XVIII, aun cuando pueda no hallarse tan unánimemente instalar con precisión sus exactas delimitaciones temporales. Pero en cualquier modo, el Clasicismo es un título que conviene a las Artes plásticas y a la Música, a la Literatura y a la Filosofía e incluso a las construcciones de la política que se manifiestan a lo largo del siglo XVIII europeo.

De modo particular, a la Música. Es usual aplicar el calificativo de *clásico* a cuanto haga referencia a una época que se encaja especialmente en la segunda mitad del siglo y que alude sobre todo a un *estilo*, que manifiesta poseer los caracteres más arriba señalados como propios del concepto de lo clásico<sup>1</sup>. Es la época que, por la ubicación en el lugar, suele llamarse *el Clasicismo vienés*. Sus promotores y protagonistas son Haydn y Mozart, seguidos de un nombre

---

1 Para Charles Rosen (*The classical style. Haydn, Mozart, Beethoven*, New York, 1971, introducción, 3, el origen del estilo), la creación del estilo clásico (se refiere al musical) no representó tanto la obtención de un ideal, como la reconciliación del ideales opuestos, o la consecución de un increíble equilibrio entre éstos.

que (muy difícilmente encasillable por su genialidad) servirá de gozne para el ulterior Romanticismo: Ludwig van Beethoven.

Pero dentro del campo de la Historia política, se ha usado con éxito del término *clásico* también en esa época (la segunda mitad del siglo XVIII) para calificar la manera de ser de uno de los instrumentos de la acción de los Estados, que precisamente por entonces se reviste de caracteres singulares: la Diplomacia. Un libro básico sobre la materia, el de Rhoden<sup>2</sup> ha dejado ya definitivamente acuñados expresión y concepto: la *diplomacia clásica* se ha configurado ya como uno de los elementos de la Historia política del siglo XVIII y de parte de la siguiente centuria. Ejercida por los gobiernos de los monarcas ilustrados de Europa, en su modo de ser y hacer muestra los caracteres de racionalidad, formalismo, rigor, adecuación de medios y fines, que concuerdan bien con sus dos coordenadas básicas, una de orden interno, otra exterior: a saber, la aparición de una diplomacia ya profesionalizada y la búsqueda del *equilibrio* internacional, que fue la meta de los políticos de entonces.

El equilibrio fue seguramente uno de los móviles del más sorprendente de los hechos diplomáticos del siglo: la consecución de la alianza austro-francesa, es decir entre la Casa de Habsburgo y la de Borbón, tradicionalmente enemigas. Este suceso, que transformaba el mapa internacional de Europa, fue llamado *renversement des alliances*, y tuvo lugar en 1756, en la época, pues, de la denominada *diplomacia clásica*.

En ese mismo año, el 27 de enero, en la ciudad archiepiscopal de Salzburg, nacía Wolfgang Amadeus Mozart.

La magia de las fechas, con la fascinación que su azar es capaz de producir, une así el singular acontecimiento político europeo surgido en los días de la llamada *diplomacia clásica*, con el nacimiento de quien sería no sólo el más grande genio musical del siglo, sino también el representante más caracterizado de los que se llamaría luego el *clasicismo* vienés.

Las propias condiciones de la diplomacia de entonces, es decir su profesionalización ya en buena parte alcanzada, y que da una mayor consistencia a sus filas, y la omnipresencia que por su propia naturaleza le es inherente por la función esencialmente viajera que la caracteriza, hace que, sea cualquiera la materia que se entresaque del conjunto de hechos o del entramado vital de biografías que se seleccione, resulte muy frecuente hallar conexiones con hechos de la diplomacia europea o con las trayectorias humanas (y geográficas) de los hombres que la servían, quienes, por su propio cometido, son universales y casi ubicuos. Por otra parte, los Embajadores de aquella época (que es la de la Ilustración, no se olvide) suelen figurar, y con prestigio, en las huestes de los cultivadores o amantes de las Artes, los Estudios, las *Luces* propias del siglo.

---

2 *Glanz und Untergang der klassischen Diplomatie.*

Por ello, con afán más de curiosidad que de ciencia, se pretenderá en estas páginas seguir el hilo de una relación posible: la de Wolfgang Amadeus Mozart con los hombres que ejercieron en aquellas décadas la diplomacia en Europa. Da pie para ello el propio modo de la vida de Mozart, impenitentemente viajero como los diplomáticos y frecuentador de Cortes, como ellos también.

El resultado acaso pueda, no ciertamente descubrir inéditos panoramas mozartianos, pero sí perseguir el entrecruzamiento de biografías y tareas que siempre sirven para mejor ilustrar vidas y actuaciones.

## MOZART Y LOS GRANDES

La vida de un artista de la época de las Monarquías absolutas estaba naturalmente unida al recorrido de las Cortes; no es solamente por el interesado señuelo de atraerse generosos mecenazgos; también porque las Cortes eran lugares donde florecía, por la universal adicción al *buen gusto*, cuanto fuese cultivo de la belleza, del esplendor y de las formas: campo propicio para el Arte. Los soberanos europeos lo buscaban y lo fomentaban. La posteridad les debe por ello ingente gratitud.

La biografía de Mozart ofrece un bien conocido periplo de las Cortes de su época: Viena, Munich, Mannheim, París, Londres, Venecia, Roma, Nápoles, Berlín, Praga. Y naturalmente también ofrece reflejos de los caracteres, a veces gratos y amables, a veces hoscos e ingratos, de sus gobernantes. Para bien y para mal, les debió mucho Mozart. Al patrocinio de algunos se debieron obras insignes del genio, a la incomprensión o arisquez de otros se debieron sinsabores y disgustos del hombre. María Teresa de Austria y su esposo el Emperador Francisco; sus hijos los Emperadores José y Leopoldo y el arzobispo Maximiliano Francisco; los monarcas prusianos Federico el Grande y su sobrino y sucesor Federico Guillermo II; los versallescos Borbones de Francia o los de Nápoles; Jorge III de Inglaterra; los Electores de Baviera y del Palatinado; el Elector de Sajonia, los arzobispos salzburgueses Schrattenbach y Colloredo y hasta la romana Curia papal dejaron su huella en la biografía mozartiana; a los que lo protegieron y apoyaron les devolvió él con creces recuerdo y fama; a los que no le apreciaron, los recordamos ahora con reproche.

Un biógrafo ha dicho que ante los artistas como Mozart “los Grandes abandonan su pedestal”<sup>3</sup>. Es así porque él ciertamente los supera, pero también porque, frente a la aparición sorprendente del niño-prodigio, se deponían muchas altanerías y se creaban atractivas situaciones de candorosa sinceridad; el niño Mozart encaramado a las rodillas de la Emperatriz María Teresa o prometiéndose en matrimonio

---

3 Georges Piroué, en el cap. IV de *Mozart*, Collection “Genies et Réalités”, Paris, Hachette, 1964, pág. 95.



a María Antonieta<sup>4</sup>, mereciendo los simpáticos parabienes de Jorge III de Inglaterra o de Carolina de Nápoles o hechizando a la Corte y a la sociedad de París, ilustran esta situación de afable trato que tanto complace encontrar en los relatos de su vida. Por el contrario, la insensibilidad de otros magnates, la incomprensión de su valía o la orgullosa prepotencia con que algunos<sup>5</sup> lo trataron, deja un mal sabor que apenas compensan los útiles y buenos mecenazgos de los que lo conocieron y admiraron.<sup>6</sup>

Pero en las Cortes de los monarcas no estaban sólo ellos. A su alrededor hormigueaban cientos de personas: príncipes, nobles y cortesanos, altos funcionarios, hombres de letras, artistas, viajeros, y *diplomáticos*. Estos últimos son los que merecerán atención en estas páginas.

## LOS VIAJES DEL JOVEN MOZART

No ya la juventud, la extrema niñez de Mozart (puesto que todo en su vida lleva la impronta del prodigio de su precocidad) está marcada por los viajes. Para medrar, para conocer y darse a conocer, para seguir aprendiendo, era conveniente salir del estrecho entorno de Salzburgo. El primer viaje se produjo en 1762, a las cercanas y muy musicales capitales de Munich y de Viena. En la primera gobernaba el Elector de Baviera, Maximiliano III José de Wittelsbach, buen cultivador y degustador de la buena música, en el que Mozart encontró siempre favor. En Viena, tenían su sede los soberanos del Sacro Imperio, a la sazón Francisco I Esteban de Lorena y su esposa María Teresa de Habsburgo, en una de las Cortes más esplendorosas de Europa. Allí y en aquella ocasión se produjeron las conocidas anécdotas del cariñoso recibimiento al niño-prodigio por parte de la pareja imperial y sus hijos.

---

4 En premio por haberlo levantado del encerado *parquet* en el que había resbalado en Palacio.

5 El ejemplo más conocido es el Príncipe-Arzbispo Jerónimo de Colloredo, su amo en Salzburgo.

6 Por desgracia para la buena fama de algunos, han pesado a veces más los comentarios ingratos que se les atribuyeron (tal vez apócrifos en muchos casos) que la protección que de hecho le dispensaron. (Dicen que Federico el Grande, que, sin embargo, es sabido que fue no sólo un amante de la Música, sino un excelente compositor, no le gustaba la Música “moderna” de Mozart. A la Emperatriz M<sup>a</sup> Luisa, esposa de Leopoldo II, se adjudica un desdenoso comentario –una porchería tedesca– sobre una obra mozartiana, estrenada en honor de su marido. (*Vide infra*). No hay certeza de esa expresión (vid. J. Heinz EILB: “Una porchería Tedesca?”, en *Oesterreichische Musik Zeitschrift*, Wien, 31, 1976, págs. 329 s.), pero sí parece haber indicios de su escasa apreciación de la obra, que fue *La Clemenza di Tito*. Y al Emperador José II se atribuye también haber dicho a Mozart, tras una representación, que su obra tenía “gewaltig viel Noten”. Por su parte, también Mozart dedicó comentarios y opiniones cruelmente mordaces a algunos personajes, ya lo mereciesen como Colloredo, ya no como el Archiduque Arzbispo-Elector de Colonia, Max Franz, que fue luego el primer Mecenazgos de Beethoven).

Con motivo de esta estancia, y a causa de la admirada estupefacción que produjo el niño Mozart, hay ya constancia de una primera presencia de la diplomacia en su aún tan corta vida. Su padre Leopoldo da orgullosamente cuenta en una carta (de 19 de octubre de 1762) de que han sido invitados a una velada en casa del Embajador de Francia y al día siguiente lo fueron en casa del Conde Harrach, diplomático austriaco<sup>7</sup>. El Embajador francés debió de entrar con ellos en una relación de afecto; cuando infortunadamente, Wolfgang cayó enfermo de cuidado en Viena por aquellos días, el Embajador fue uno de los que manifestaron su interés e hicieron votos por su mejoría.

También por aquellos días, el 11 de octubre, Mozart actuó en una suntuosa “academia” ofrecida por el Príncipe Francisco de Paula Gundacker Colloredo. Este aristócrata (1731-1807) había pronto de obtener un puesto muy distinguido en la diplomacia imperial. En 1767 y hasta 1770 sería Embajador de María Teresa en Madrid, ante Carlos III, y luego ocuparía en Viena en 1788 el puesto de Vicecanciller.

Precisamente fue dado también por entonces a la familia Mozart conocer al propio Canciller. Fueron efectivamente introducidos ante un personaje que no sólo era el principal responsable de la diplomacia imperial, sino que además puede ser tenido por uno de los hombres más ilustres (si no el más) de la diplomacia europea del siglo XVIII, hábil protagonista de las relaciones internacionales y fautor de la arriba citada “inversión de alianzas” con Francia. Era Wenceslao Antonio, Conde de Kaunitz (1711-1794), Ministro principal de María Teresa. Siendo Embajador en Francia había impulsado el mencionado insólito acercamiento de ambos estados, en una política que siguió fomentando como Ministro. El pequeño Wolfgang con su padre estuvo en casa del conspicuo diplomático el 15 de octubre de 1762, según se cuidó de referir en una carta su satisfecho progenitor. Parece ser que Kaunitz habría de comentar, andando el tiempo, que seres como Mozart aparecen en el mundo sólo una vez cada cien años<sup>8</sup>.

---

7 “... Heut waren wir bei dem Franz: Botschafter. Morgen sind wir von 4. bis 6. Uhr zum Graf Harrach bestelt” (carta de Leopold Mozart a Lorenz Hagenauer, Viena, 19 de octubre de 1792). En carta de 6 de noviembre consta la mención del interés del Embajador. El Embajador francés era Florent-Louis-Marie, Conde du Châtelet-Lomond (1727-1794), que fue Embajador de Francia en Viena entre 1761 y 1766. El Conde Ferdinand Bonaventura II de Harrach (1708-1778) merece también ser citado aquí, por haber hecho carrera diplomática al servicio del Emperador: en 1744 fue Comisario imperial para la elección del Arzobispo de Salzburgo y en 1746 fue Ministro plenipotenciario en el Congreso de Paz de Breda. Después fue Gobernador general de Lombardía.

8 Lo cuenta el propio Mozart en carta a su padre, desde Viena, a 17 de agosto de 1782, refiriendo que Kaunitz lo dijo, hablando de Mozart, al Archiduque Maximiliano Francisco: “letzterer Kaunitz sagte jüngsthin zum Erzherzog Maximilian als die Rede von mir war, dass solche Leute nur alle 100 Jahre auf die Welt kämten, und solche Leute müsse man nicht aus Deutschland treiben - besonders wenn man so glücklich ist, sie wirklich in der Residenz Stadt zu besitzen”. La misma sería la opinión expresada por Josef Haydn: “die Nachwelt bekommt nicht in hundert Jahren wieder ein solch Talent” (carta de 20 de diciembre de 1791, después de la muerte de su amigo Mozart, a Marianne von Genzinger).

Durante esa estancia de los Mozart en Viena fueron conocidos por un curioso aristócrata viajero, que también merece citarse aquí, por no ser ajeno a la diplomacia: el Conde Karl von Zinzendorf<sup>9</sup>. Este personaje, del que sabemos muchas opiniones por el Diario que escribía y que por ello será aquí varias veces objeto de mención, reseñó encomiásticamente el 17 de octubre de 1762 haber escuchado al pequeño artista<sup>10</sup>. El Conde y su esposa admiraron y atendieron a Wolfgang en aquellos días en Viena; pero, andando los años, el Conde habría de cambiar de opinión y expresar juicios muy adversos; en el mismo Diario en el que elogió a Mozart en 1762, escribió veinte años después sobre el *Rapto en el Serrallo* que era un amasijo de plagios y en 1786 anotó que las *Bodas de Fígaro* lo aburrieron y luego que la música de Mozart era “manos sin cabeza”<sup>11</sup>.

Los propósitos ambiciosos de Leopold Mozart, que buscaba ansiosamente nuevos escenarios más brillantes para la carrera y la fama de su hijo, lo llevaron a acometer después con él, como es bien sabido, un largo y prometedor viaje; era preciso darse a conocer en París. En compañía de sus padres y su hermana, emprendió, pues, el pequeño Wolfgang un extenso periplo que los haría recorrer de camino muchas ciudades alemanas. En él coincidieron con un ministro de Tréveris, y en Maguncia fueron presentados al Príncipe Elector de manos de un diplomático: el Conde Pergen, Ministro plenipotenciario imperial, según refiere Leopoldo en carta de 21 de septiembre de 1763. Tras un largo viaje, llegaron finalmente a la capital francesa el 11 de noviembre de 1763. Sus contactos diplomáticos se producen nada más llegar. Iban recomendados al Ministro de Baviera en Francia, que era el Conde Van Eyck, por su suegro el conde Arco, amigo de Salzburgo. Así pues, el diplomático bávaro les ofreció hospedaje en su propia casa, en su residencia de Beauvais<sup>12</sup>, donde encontraron, por parte del conde y la Condesa, una acogida muy hospitalaria. Se sabe que la Condesa hizo trasladar su propio clavecín al cuarto de Wolfgang para su comodidad<sup>13</sup>. Ingreso diplomático, pues, de Mozart en París.

---

9 El Conde Johann Karl von Zinzendorf (Dresden, 1739-Viena, 1813) fue durante muchos años funcionario imperial y permanente viajero por Europa. Adscrito también a funciones diplomáticas, realizó numerosos viajes de carácter comercial por Europa, en uno de los cuales ejerció como Encargado de Negocios imperial en Lisboa en 1768; no ha de confundirse con un diplomático homónimo, su hermano del Conde Friedrich August von Zinzendorf und Pottendorf (1733-1804), que fue Ministro plenipotenciario de Sajonia en Berlín de 1777 a 1799.

10 Vid. Jean et Brigitte Massin: *Wolfgang Amadeus Mozart*, Fayad, 1970, pág. 16

11 *Ibidem*, págs. 388 y 449.

12 Hoy 68, rue François Miron, V arr. (según Massin, op. cit., pág. 32). El ministro era Maximilian Emanuel Franz von Eyck (1711-1777). Su segunda esposa Maria Anna Felicitas (1741-1764), hija del Conde Arco, Camarlengo del Príncipe-Arzbispo de Salzburgo.

13 *Ibidem*

Leopoldo Mozart, hombre concienzudo y poco propenso a dejar las cosas al azar, debía de ir lo mejor pertrechado que le fuera posible. Consta que llevaba cartas de útiles recomendaciones. No es de extrañar que fuesen sobre todo de quienes más podían convenirles en el extranjero, es decir, de diplomáticos. Entre los personajes que figuran en las recomendaciones de que pudieron servirse los Mozart a su llegada a París están efectivamente varios diplomáticos. Uno era el Embajador francés en Viena, que allí había conocido, agasajado y admirado al pequeño gran artista; otro era el Embajador imperial en París, un linajudo aristócrata, el Conde Georg Adam von Starhemberg (1724-1807), que precisamente por entonces (1765) iba a ser elevado al rango de Príncipe, y que tenía ya a sus espaldas una importante carrera diplomática que lo había traído precisamente a España donde había sido Embajador imperial ante Fernando VI en 1751-1752; era Embajador en París desde 1754 y lo sería hasta 1766<sup>14</sup>. También había sido implicado en este juego de recomendaciones el Ministro austríaco con residencia en Bruselas, Conde de Cobenzl, que era bien conocido como amante y protector de las Artes<sup>15</sup>.

Parece ser que todas estas recomendaciones no le valieron a Leopold Mozart lo que efectivamente le valió la de una señora comerciante de Frankfurt, que le había dado una carta para otro personaje que terminó por serles de ingente apoyo en París<sup>16</sup>. Ese personaje fue Friedrich Melchior Grimm.

Este nombre trae, pues, aquí a colación a un conspicuo hombre de la Ilustración europea, por mitad alemán y francés. Grimm, nacido en Ratisbona en

---

14 Fue seguidamente nombrado, en Viena, *Staats = und Konferenzminister* en 1767. Después fue nombrado para desempeñar el cargo de Ministro en los Países Bajos austríacos en 1780 y más tarde, de nuevo en Viena, sería *Obersthofmeister* en 1783. Caballero del Toisón de oro en 1759. Era hijo de diplomático (el Emperador imperial en Inglaterra Konrad Sigmund Starhemberg). Había nacido por ello en Londres, en 10 de agosto de 1724

15 Johann Karl Philipp Graf Cobenzl (1712-1770). Había sido Gran Chamberlán del Emperador Carlos VI y luego fue Comisario imperial en las negociaciones de Maguncia (1743) y ejercicio misiones diplomáticas austríacas en Franconia, Suabia y Westfalia. Era desde 1753 Ministro plenipotenciario imperial ante el propio Gobierno austríaco de Carlos de Lorena en los Países Bajos, en Bruselas, y lo fue hasta 1770. Allí y entonces fundó (1769) la “Sociedad literaria”, de donde surgiría, tres años después, la Academia Belga de Ciencias. Caballero del Toisón de Oro en 1759. Un hijo de Cobenzl, Johann Ludwig Joseph, nacido en Bruselas en 1753, sería también diplomático y llegaría a Embajador en San Petersburgo en 1770. Por cierto que, entre funcionarios de la administración imperial en los Países Bajos austríacos, los Mozart hicieron amistad con un personaje de origen catalán. Ramón de Figuerola (“Vigarolo”, en la correspondencia mozartiana), que les fue muy amigo.

16 Sabemos de estas recomendaciones por una carta de Leopoldo Mozart, escrita el 1 de abril de 1764. Leopoldo describe burlescamente el nulo éxito de las cartas de los diplomáticos y personajes: “Alle meine übrigen Briefe waren Nichts. Jawohl, der französ. Botschafter in Wien! Ja wohl, der kaiserliche Gesandte in Paris und alle Empfehlungsschreiben vom Minister zu Brüssel, Grafen Cobenzl! Ja wohl, Prinz Conti, Herzogin von Aiguillon und die Anderen, deren ich eine Litaneey hersetzen könnte. Der einzige Mr. Grimm, an den ich von einer Kaufmannsfrau in Frankfurt einen Brief hatte, hat Alles gethan”.

1723, se había trasladado a París, en compañía del Duque Ernesto de Sajonia-Coburgo-Gotha, en 1748, y se había enseguida vinculado al movimiento enciclopedista, del que fue enérgico propagador con sus propias obras, además de hacerse amigo de sus principales cabezas, Diderot y Rousseau. Crítico lúcido, aunque también duro y áspero, sus obras (y especialmente su *Correspondencia*) le dieron grandísima fama. En esa calidad, el peso intelectual de Grimm en París era muy grande y su eventual protección muy útil. Su posición social, además, estaba favorecida por aspectos sentimentales: Grimm era conocido amante de la Marquesa de Epinay<sup>17</sup>, (lo que, por cierto, lo indispuso con Rousseau en 1757) y regularmente admitido a la alta sociedad parisina. Pero lo que da derecho a hacer comparecer aquí a Melchor Friedrich Grimm es que su nombre figura también en los anales diplomáticos de la época: la Ciudad libre de Franckfurt lo nombró su Encargado de Negocios en París y, más tarde, en 1775, fue nombrado Ministro plenipotenciario de Sajonia Gotha en la misma capital.

Para Mozart, la protección de Grimm fue decisiva al comienzo. Fue él quien lo introdujo en los ambientes en París, quien hizo activa propaganda de sus méritos y le dio acceso a la Corte de Versalles, donde pudo conocer y hacerse admirar de la familia real francesa, más puntillosa y etiquetera desde luego que la austriaca que lo había recibido con tanta llaneza en Schönbrunn. Leopoldo Mozart, que en sus cartas cita el gran favor que le representó el apoyo de Grimm, menciona la altivez de Madame Pompadour, la afabilidad de la Reina, de la Delfina (la alemana María Josefa de Sajonia) y de las princesas y la protección del Duque de Chartres<sup>18</sup>. Para el presente tema tiene especial relevancia una expresa mención que también se contiene en las cartas del padre de Wolfgang; el 1 de abril de 1764 escribe que sus hijos y él son conocidos en París “de todos los Embajadores de las potencias extranjeras”.

Es, pues, harto posible que el pequeño genio luciese su maestría ante la crema de la diplomacia extranjera en París. En aquellos años ejercían allí el citado Conde de Starhemberg, Embajador imperial<sup>19</sup> y el Príncipe Gallitzin, Ministro del Zar de Rusia<sup>20</sup>. Pero ha de tenerse en cuenta que, en aquel año, París era la capital donde se urdía la negociación diplomática más importante de Europa. Se trataba

---

17 Louise-Florence-Pétrouille Tardieu d'Esclavelles (1726-1783).

18 Fue luego Duque de Orléans, tristemente célebre como Philippe-Egalité en los negros días de la Revolución. También protegió precisamente a Grimm, contratándolo como secretario.

19 Vid. nota 14.

20 Tres príncipes de la familia fueron Embajadores rusos en aquellos años: Dimitri Mikhailovich, Ministro en París (1760-61), Dimitri (III) Alexievich Gallitzin (1738-1803), Ministro en París y en La Haya, autor de varios libros (*Description de la Tauride*, 1788, y *L'esprit des économistes*, 1796), amigo de Voltaire, y Dimitri (II) Mikhailovich (1720-1793), Embajador en Viena (vid. *infra*, nota 52).

de poner término a la guerra que enfrentaba a Francia y España de un lado e Inglaterra del otro; de ella, salía Inglaterra vencedora, Francia derrotada y España asaz malparada. Por aquellos meses negociaban laboriosamente en París los plenipotenciarios de las potencias implicadas; representaba a Francia el Secretario de Estado Duque de Choiseul, uno de los grandes diplomáticos del siglo; a España, el Marqués de Grimaldi, hombre de la confianza de Carlos III, de quien sería luego responsable en Madrid de la política exterior; a Inglaterra, el Duque de Bedford<sup>21</sup>, notable hombre político y negociador de gran dureza<sup>22</sup>, que manejó enérgicamente sus poderosas bazas para obtener un resultado beneficioso para su Reino, que cristalizó en la paz obtenida precisamente entonces en París el 10 de febrero de 1763.

Es harto probable que todos esos diplomáticos tuviesen ocasión de admirar al niño Mozart, pero al menos de dos de ellos consta efectivamente; Leopoldo Mozart los cita expresamente en una carta como especiales amigos: “Mylord Bedford y su hijo nos son muy afectos y el Príncipe Gallitzin nos ama como a sus hijos”<sup>23</sup>. Muy probable es, además, que, entre los diplomáticos extranjeros sitos en París, Mozart se hiciera conocer del Marqués de Cantillana, Embajador de Nápoles, porque a las órdenes de éste fungía un interesante personaje, llamativo corifeo de la sociedad ilustrada, el abate Ferdinando Galiani<sup>24</sup>, muy amigo de Melchior Grimm.

Era Galiani un hombre singular<sup>25</sup> que, apenas adolescente, se había ganado en Nápoles fama de listo, cultísimo, avieso, burlón, lleno de malas intenciones y de humor sardónico. Bienquisto del Ministro Tanucci, fue enviado a París como secretario de Embajada, cuando contaba poco más de treinta años. Durante su estancia diplomática en Francia, conoció a los grandes enciclopedistas y se labró fama de

21 John Russell, [V *Earl* de Bedford (1710-1771), varias veces Ministro (*Lord* del Almirantazgo en 1744, de Justicia en 1745 y 1748, Secretario del Exterior en 1748, *Lord* del Sello Privado en 1762). Embajador en París para las negociaciones de paz en 1762.

22 El Embajador imperial en Madrid informa por entonces que Bedford negociaba en París con “unerträglichen diktatorischen Art” (despacho núm. 85 de San Ildefonso, 27 de septiembre de 1762, vid. *Berichte der diplomatischen Vertreter des Wiener Hofes aus Spanien in der Regierungszeit Karls III*, Madrid, ed. por Hans Juretschke, vol. IV, pág. 204). Por cierto que ese Embajador imperial en Madrid era entonces el Conde Orsini-Rosenberg, que también aparecerá, por otro motivo –vaivén y coincidencia de la vida diplomática– en estas páginas más adelante (vid. nota 33).

23 “Nun sind wir mit allen hiesigen Gesandten der auswärtigen Potentaten bekannt. Mylord Bedford und sein Sohn sind uns sehr gewogen. Fürst Gallizin liebt uns wie seine Kinder”, escribe Leopoldo en carta del 1 de abril de 1764. También consta entre sus conocidos diplomáticos de entonces en París el Introdutor de Embajadores, M. de la Livé, el Marqués de Bussy (ex-Embajador en La Haya, Londres y Viena) y el secretario holandés Weiler. Según la lista de las notas de viaje de Leopoldo, y su carta, escrita años después, el 5 de febrero de 1778, al preparar el segundo viaje a París de su hijo.

24 Nacido en Chieti en 1728, hijo del Marqués Matteo Galiani, auditor real; muerto en Nápoles en 1787.

25 Puede verse la sugestiva semblanza que de Galiani hace Casimir von Chledowski, *Neapolitanische Kulturbilder, XIV-XVIII. Jahrhunderte*. Berlín, 1920, págs. 561-582.

ilustrado. Es más, se hizo estimar y admirar por la sociedad parisina, también acaso temer de ella por la mordacidad crítica de sus expresiones y, desde luego los divirtió a todos por sus excentricidades y ocurrencias, que llenarían un vasto y por lo general maligno anecdotario. Su figurilla fea y desgarbada de jorobado, su ingenio satírico<sup>26</sup>, su juventud raramente conciliable con su erudición (Grimm dijo de él que era la única persona en París que de verdad conocía el latín) y con la importancia de las tareas diplomáticas que le estaban confiadas, lo hicieron popular en la Corte de Luis XV, tan ávida de notoriedades. Allí intimó con la crema de la Ilustración, con Diderot, D'Alembert, Hollbach y desde luego con Grimm (ya bien conocido del lector) y con su amante, la Marquesa de Epinay, a la que profesó grandísimo afecto. En esos años de su misión diplomática, como secretario de la legación napolitana en París, conoció al Mozart niño, que le debió de dejar la mera idea de un anómalo prodigio de precocidad como ejecutante musical.

La tarea en París de la Diplomacia napolitana en aquel decenio en que la sirvió Galiani en Francia (1759-69) tenía no poca importancia; la embajada de Su Majestad Siciliana Fernando IV disfrutaba (como la de Su Majestad Católica Carlos III) del carácter de “embajada de familia” (por pertenecer Luis XV de Francia, Carlos III de España y el hijo de éste Fernando IV de Nápoles y de Sicilia a la común dinastía Borbón) y los tratos políticos internacionales eran por entonces complejos y relevantes. El jefe de la misión napolitana, Marqués de Cantillana, ministro plenipotenciario, estaba en estrecha relación con la embajada de España, por comunes intereses; su relación personal con su subordinado Galiani (que lo hizo alguna vez blanco despiadado de sus bromas) no era buena y ello unido a una in discreción que el abate tuvo con el Ministro danés en París que molestó en Madrid<sup>27</sup>, acabó provocando la intervención española ante las Cortes francesa y napolitana para obtener que fuese relevado<sup>28</sup>, lo que en efecto sucedió a requerimientos del propio Secretario de Estado francés, duque de Choiseul, que no lo estimaba. La misión de Galiani terminó, pues, abruptamente en 1769, con su forzado retorno a Nápoles. Allí se tendrá ocasión de verlo reaparecer.

---

26 “Die Gestalt des kleinen, witzigen Buckligen im Abbémäntelchen, den man den zweiten Voltaire zu nennen pflegte” (*ibidem*, pág. 561).

27 Una actuación inoportuna que contradecía el espíritu del Pacto de Familia, que vinculaba a las Coronas española y francesa. Tal frivolidad era achacable al carácter esencialmente indiscreto de Galiani, según comentaba por entonces el Embajador imperial en Madrid, Colloredo, al opinar que el hecho fue debido seguramente a la natural charlatanería de Galiani; añade Colloredo: “Ich kenne ihn persönlich; er hat einen überaus aufgeweckten und munteren Geist nebst ziemlicher Wissenschaft, ich habe aber in meinem Leben keinen so erstaunlichen Schwätzer gekannt” (despacho a Kaunitz núm. 35 de 31 de julio de 1769, vid. *Berichte*, cit., IV, pág. 224). En pocas líneas, el diplomático austriaco esboza un retrato de Galiani, probablemente justo.

28 Archivo General de Simancas, Estado, leg. 6.102, año 1769.

En París compuso Wolfgang-niño de ocho años (!)-las Sonatas (publicadas allí en 1764) que constituyen el opus 1 y el 2 (KV 6 y 8), dedicadas respectivamente a Madame Victoire, hija de Luis XV y a la Condesa de Tessé, dama de la Delfina. Las dedicatorias en francés, solemnes y aduladoras, no son naturalmente obra del *petit serviteur* que las firma (y que era milagrosa e increíblemente capaz de escribir música, pero no ciertamente de redactar un texto aúlico), sino de la pluma del diplomático amigo, Grimm.

En la segunda de esas dedicatorias, se expresa ya “le regret de quitter la France”. En efecto, seguidamente a su estancia en París, la familia Mozart partió para Londres. La acogida que allí recibieron fue todavía más espléndida; la Corte fue más cariñosa en su trato que la francesa, los Reyes extremaron sus muestras de afecto. Es de suponer que allí también disfrutaran de éxito ante el cuerpo diplomático. Consta que conocieron en Londres a los embajadores de Dinamarca (Barón de Bøthmar), de Francia (Conde de Guerchy), del Imperio (Conde de Seilern), de Baviera (Conde de Haslang) y de Nápoles (Conde de Carriacciolo de Villa Marina) y que cenaron en casa del Ministro de Sajonia, Conde de Brühl. Es sabido, en todo caso, que la subsiguiente decisión de emprender luego viaje a Holanda en 1765 fue debida precisamente a la sugerencia del Ministro holandés en Londres que les dio cuenta del deseo expresado por la Princesa de Weilburg, hermana de del *Stadhouder* Príncipe de Orange, de escuchar al artista-niño<sup>29</sup>. Es, pues, otra iniciativa en la que un elemento diplomático interviene en la biografía de Mozart, y esta vez con consecuencias importantes, la determinación del viaje holandés. Allí intervino Wolfgang Amadeus con su participación musical en las fiestas de la entronización de Guillermo V.

Al regreso a París en 1776 la continuada protección del Barón Grimm se muestra en ofrecerles esta vez alojamiento en su propia casa, en la *rue Traversiere*. Tras una conocida etapa de viajes y éxitos, los Mozart retornaron a Salzburg a fines de noviembre de 1776.

Una nueva estancia en Viena en 1768 dio ocasión a que los Mozart fuesen recibidos por un magnate diplomático que tendría luego un papel extraordinario en la vida ulterior de Mozart: el embajador ruso, Príncipe Gallitzin. Un punto de referencia para años posteriores de la biografía mozartiana. Allí hizo también su

---

29 “Der holländische Gesandte in London war uns vielmals angelegen, nach dem Haag zu dem Prinzen von Oranien zu gehen, aber er hatte tauben Ohren gepredigt. Allein, (...) noch am Tage unserer Abreise hatte uns der Gesandte in unserem Quartiere gesucht, fuhr bald darauf zu uns und bat um Alles, nach dem Haag zu gehen, indem die Prinzessin von Weilburg, Schwester des Prinzen von Oranien, eine ausserordentliche Begierde hätte, dieses Kind zu sehen (carta de Leopoldo, 19-IX-1765). En La Haya, la familia Mozart trabó conocimiento también con varios embajadores: el de España (Pablo de Barrenechea), el del Imperio (Barón de Reichschach) y el de Nápoles (Conde Catanti).



presencia otro diplomático extranjero; se hallaba acreditado en la capital austriaca como Embajador de Holanda el Conde Degenfeld, que había conocido a los Mozart en la ocasión de su estancia reciente en La Haya. Degenfeld cooperó en Viena con sus instancias a que se encomendara a Wolfgang la composición de una ópera: fue *La Finta Semplice*, que, compuesta, acabó sin embargo, por no estrenarse en Viena; se haría más tarde en Salzburg en 1769.

Es en el viaje a Italia de 1770 donde pueden volver a señalarse presencias de diplomáticos. El primero es el Conde Firmian, diplomático austriaco que, tras haber desempeñado la jefatura de la legación imperial en Nápoles, era gobernador general de la Lombardía<sup>30</sup>; paisano de Mozart, cono nacido en Salzburg, Firmian dispuso al joven artista una cálida acogida en Milán. Fue él quien introdujo a Mozart en la sociedad aristocrática, artística y literaria de su pequeña Corte, y en su palacio se ofrecieron, para admiración de todos, conciertos del joven maestro y ocasión a éste para lucir además sus cualidades de compositor<sup>31</sup>. Fue también Firmian quien suministró al joven Mozart cartas de recomendación para el Conde Pallavicini en Bolonia, el cual a su vez lo recomendó al Cardenal Lazzaro Opizzio Pallavicini en Roma. Como es sabido, fue a través de este último como meses después Mozart obtuvo, el 8 de julio de 1770, del Papa Clemente XIV el grado de Caballero de la Orden pontificia de la *Escuela de oro*, título que también había obtenido Gluck en 1756. No será impropio ni ajeno al añadir el tema que el Cardenal Opizio Pallavicini, que era Secretario de estado de Clemente XIV desde 1769, tenía tras de sí también una distinguida carrera diplomática: había sido nuncio en Nápoles en 1754 y luego en Madrid de 1760 a 1766, año en que obtuvo la púrpura cardenalicia<sup>32</sup>.

Otro diplomático austriaco aparece durante el viaje de Mozart por Italia y se vincula a su biografía. El 30 de marzo de 1770 llegan Leopoldo Mozart y su hijo Wolfgang a Florencia, que era entonces capital del Gran Ducado de Toscana,

---

30 Karl Jpseph Graf von Firmain (1716-1782), Ministro en Nápoles de 1754 a 1758, Gobernador general de la Lombardía en 1759.

31 Gracias a Firmian, se encargó a Mozart la composición de una “serenata teatral” para las bodas del Archiduque Fernando con María Beatriz de Módena; un “honor inmortal” a juicio del entusiasta Leopoldo Mozart. En Milán se estrenaría en septiembre de 1770 la ópera *Mitridate, re di Ponto*. Quizá no esté totalmente fuera de lugar mencionar aquí que el tema de Racine, sobre el que la obra se basa, había sido levemente modificado por el libretista Cignasanti, que precisamente introdujo un nuevo personaje, el *embajador* romano Marzio (!). Otro *designado* embajador entre los personajes mozartianos es el Conde Almaviva, que en las *Bodas de Fígaro* (I, 6) refiere a Susana haber sido nombrado por el rey (de España) embajador de Londres. Ello procede de la comedia de Beaumarchais (I, 8), que dio argumento a la ópera.

32 Además de tener a su cargo la dirección de la política exterior de la Santa Sede como Cardenal Secretario de Estado, se ocupó posteriormente de alguna concreta comisión diplomática, como la actuación en calidad de plenipotenciario pontificio para el Tratado con Venecia en 1703. En el Cónclave de 1775 fue candidato al Papado, apoyado por el Rey de España, sin éxito. Había nacido en 1719 y murió en 1785.

a cuyo frente se hallaba Leopoldo de Habsburgo, hijo del Emperador Francisco I y de María Teresa y que, andando el tiempo, llegaría él también a Emperador. En Florencia ejercía un importante, benéfico e ilustrado gobierno. Como “Obersthofmeister” y representante del Imperio se hallaba allí un experimentado diplomático, el Conde Orsini-Rosenberg, que había desempeñado ya otros puestos importantes en el servicio diplomático imperial: había sido Ministro de Dinamarca de 1750 a 1756 y luego pasó a España donde fue Ministro de 1756 a 1763 y después Embajador de 1763 a 1765<sup>33</sup>. El Conde Orsini-Rosenberg ya tenía noticia de la venida de la familia Mozart precisamente a través de otro diplomático que hacía el mismo camino y los conocía de Bolonia, el Conde Joseph von Kaunitz, Ministro del Imperio en Nápoles, que habría de hospedarse en Florencia en casa de su colega. Rosenberg recibió el 31 de marzo a los Mozart y los presentó a la Corte granducal. La acogida fue calurosa; los éxitos, como siempre, grandes. Allí también conocieron a otro diplomático, al que se cita en las memorias del viaje, el Ministro de Inglaterra Sir Horace Mann, tío de Horace Mann, a quien los Mozart conocieron en Inglaterra en 1765<sup>34</sup>.

Semanas después, el recorrido los llevó a Roma, donde los Mozart pasaron días gratos y fructíferos. Allí conocieron al Cardenal Pallavicini, Secretario de Estado del Papa Clemente XIV (sobre el que se volverá más adelante) y, en el terreno diplomático, la correspondencia de aquellos días (28 de abril de 1770) menciona haber estado en casa del Embajador de Malta y de haber encontrado allí al Ministro de Suecia, que conocían de la etapa londinense.

Más tarde, también en Nápoles se movió el joven Mozart por los ambientes diplomáticos de la Corte borbónica. (Sus comentarios son cáusticos con el Rey Fernando IV, amables para con la Reina, María Carolina de Habsburgo, hija de los Emperadores). Una de las embajadas extranjeras pareció habersele abierto especialmente: la de Inglaterra; el Embajador era desde 1764 Lord Hamilton, cuya esposa era persona dotada para la música y, según parece, buena clavecinista. Nótese que era la primera esposa del diplomático, nacida Barlow, no la segunda (Emma Hart), que adquirió celebridad por haber sido la amante de Nelson. No es de extrañar que el joven genio fuese requerido con placer en

---

33 Franz Xaver Wolf von Orsini-Rosenberg, Conde y luego (1790) Príncipe del Imperio, había nacido en 1723. Concluida su misión en Toscana, fue nombrado en Viena Camarero Mayor y “Konferenzminister”. Murió en 1796. En Florencia recibió muy bien a los Mozart y los introdujo al Gran Duque Leopoldo, que ya los conocía y recordaba de Viena y fue muy afectuoso con ellos. Fue, pues, un grato encuentro del diplomático Rosenberg con Mozart; ello no podrá, sin embargo, hacer olvidar cara y cruz de este personaje que, años más tarde, será el mismo Príncipe Orsini-Rosenberg, como Director de los teatros de Viena, un acerbo enemigo de Mozart. *Vid* también más abajo.

34 *Vid*. *Reiseaufzeichnungen* y referencia en *Briefe Wolfgang Amadeus Mozarts*, edit. por Erich H. Mueller von Asow, Berlín, 1942, I, págs. 40-41.

aquella casa, en la que sabemos que Mozart dio un concierto el 28 de mayo de 1770 con las habituales connotaciones de sorpresa y admiración. Pero también sabemos (por carta del propio Wolfgang a su hermana) que estuvo invitado a un baile en la embajada de Francia con ocasión de la boda de Luis de Luis XVI con María Antonieta<sup>35</sup>, que fue invitado por el Embajador de Malta y que fue también admitido y protegido por el Ministro del Imperio, Conde Kaunitz y por su esposa, nacida Princesa de Oettingen<sup>36</sup>. Incluso en ocasión de un viaje, Leopoldo Mozart se hizo pasar por el mayordomo del diplomático imperial, “weil die Haushofmeister solcher Herren in diesen Orten in vielem Ansehen stehen”, refiere divertido en carta de 27 de junio de 1770.

Menos simpatía hacia Mozart, antes bien cierta despectiva ironía hacia los caracteres “milagrosos” del niño-prodigio, muestra un comentario, enviado desde Nápoles en carta a Francia por un personaje ya conocido del lector, el abate Ferdinando Galiani, que hacía años que, como secretario de la legación napolitana en París, había conocido al niño Mozart. Galiani mantenía desde Nápoles una copiosa correspondencia con la Marquesa de Epinay (como se recordará, también presente en la biografía mozartiana, en sus primeros años parisinos) y en esa correspondencia figura la mencionada (y desafortunada) referencia del frívolo y charlatán Galiani al Mozart niño-prodigio, en carta de 7 de julio de 1770<sup>37</sup>. No deja de ser sorprendente que Galiani, que precisamente había sido un niño-prodigio espectacular (y que, como tal se había concitado admiraciones, pero también odios, cuando, con catorce años de edad dejaba boquiabiertos a los napolitanos por su erudición, condimentada de intenciones satíricas) sea tan desdeñoso hacia la personalidad de Mozart. Son extrañas sorpresas que brinda siempre la enrevesada condición humana.

---

35“Sontag sind wir auf den Ball eingeladen worden, den der französich gesandte gegeben hat” (carta de Nápoles, 5 de junio de 1770). (Así celebró bailando en Nápoles en la embajada de Francia, el joven Mozart la boda de la Archiduquesa a la que, según la simpática anécdota él habría prometido su mano en Schönbrunn, de niño, en premio por haberlo levantado del escurridizo *parquet*). Es sabido que a Mozart le gustaba mucho bailar, según referencia procedente de su esposa Konstanze, “con toda su genialidad, era un entusiasta de la danza y a menudo prefería este arte al de la música” (vid. Robbins Landon: *Mozart, los años dorados*, pág. 180).

36 Referencias al Embajador de Malta y a los Condes de Kaunitz en cartas de 28 de abril, 22 y 26 de mayo de 1770. El citado Emperador imperial era Ernst Christoph Graf von Kaunitz (1737-1797), primogénito del príncipe de Kaunitz, famoso Ministro de María Teresa. Fue Embajador en Nápoles de 1765 a 1770; luego sería gobernador de Moravia. (Vid. carta de Leopoldo, desde Nápoles, 22 de mayo de 1770). También es sabido que trataron allí al Ministro de Cerdeña, Conde Lascario, y a un alemán de Württemberg, Christian Heigen, que luego fue Cónsul de Dinamarca (Vid. *Briefe...*, cit., Müller von Asow, [, pág. 62).

37 “Il est moins miracle, quoi qu’il soit toujours le même miracle; mais il ne sera jamais qu’un miracle, et puis voilà tout” (cit. *apud* Massin, op. cit. pág. 99).

De regreso, se produjo en Roma la mencionada concesión de la “Espuela de Oro”, la audiencia con el Papa Clemente XIV, los afectuosos tratos con el Cardenal Secretario de Estado Pallavicini y también con el Embajador de Venecia, Niccolò Erizzo y con el Ministro de Toscana, que los invitó a comer en su casa, y que era el Barón de Saint Odile, otro diplomático que aparece por entonces en la correspondencia mozartiana, citado en carta de Leopoldo, escrita en Roma el 4 de julio de 1770 y que les dio cartas para la Corte de Nápoles.

El camino de retorno zigzagueó por la Italia del Norte. De nuevo Milán. Y luego, a comienzos de 1771, una breve escala en Turín. Allí, en la Corte real, las notas de viaje dan prueba de un nuevo conocimiento diplomático, porque en ellas figura (en enero de 1771) la referencia, entre otras personas, de un Jefe de Misión: el Embajador de España. Era ese el Conde de Aguilar, que ocupaba el puesto desde 1767. Aunque la referencia sea escueta, consiente establecer una relación de conocimiento entre este diplomático español y Wolfgang Amadeus, relación que podrá continuarse, por azares del andariego rumbo de la Diplomacia, años después.<sup>38</sup>

Felizmente puede sernos lícito asociar a Mozart por entonces también con un importante personaje de la Diplomacia imperial en aquellos años en Italia. Desde Turín, los Mozart prosiguieron ruta a Venecia, donde era a la sazón Embajador imperial el conde Jacopo Durazzo. Lo era desde 1764 y lo fue hasta 1784. Durante la estancia en la ciudad del Adriático, los Mozart fueron invitados a su casa el domingo día 3 de marzo de 1771, según carta del propio Wolfgang del día 1 de marzo. El Conde Durazzo es un eximio representante de lo que fue la brillante Diplomacia cultural del siglo XVIII: amante de la Música y de las Bellas Artes en general, formó parte del círculo de Gluck y había dirigido el teatro de la Corte de Viena durante una década. Fue además, y en ello estribaba acaso su principal mérito ante la posteridad, el fundador de la “Albertina”, la espléndida galería de Arte de Viena, para el Duque Alberto de Sajonia-Teschen y su esposa, la Archiduquesa María Cristina, hija de María Teresa.

Se advertirá que la atmósfera intelectual de los círculos ilustrados, por una parte, en los que figuraban muchos de los cultos diplomáticos del siglo XVIII, y el mundo de las Cortes europeas, artísticas y festivas, por otra, en las que obviamente siempre estaba presente el influjo de las embajadas, atentas al boato (y en aquella época también a la ostentación), son dos caminos por los que pueden rastrearse las huellas de la Diplomacia en la biografía de Mozart, que también circuló por esos dos derroteros: la cultura del siglo (que le era propia) y

---

38 La referencia figura en las *Reisenotize*. Vid. Mozart, *Briefe und Aufzeichnungen, Gesamtausgabe*, edit. por la *Internationale Stiftung Mozarteum*. Nueva ed. 1990, vol. I, núm. 229. Sobre el Conde de Aguilar, vid. *infra* y nota 77.

el ambiente áulico (en el que buscaba necesaria protección, bien merecida y por desgracia no siempre hallada).

La capital vienesa por aquellos decenios abundaba en tales actos, artísticos y festivos, de esplendor cultural. Los últimos decenios del siglo XVIII parecen haber sido para Viena, en el campo del Arte y la Cultura, una época dorada, que la posteridad habría de echar de menos<sup>39</sup>. Naturalmente, las embajadas extranjeras contribuían a ello. Uno de los Embajadores más esplendorosos de aquellos días en la Corte vienesa era el francés. Louis de Rohan-Guéméné, de una antiquísima y por demás ilustre familia de Francia, descendiente de los Reyes de Bretaña, Príncipe de Rohan y además Cardenal de la Santa Romana Iglesia, fue Embajador de Su Majestad Cristianísima en Viena, ante Francisco I y María Teresa, de 1772 a 1774. Andando los años, la Historia lo habría de hacer famoso (tristemente famoso) en París por el lamentable episodio conocido como el del *Collar de la Reina* en las vísperas de la Revolución Francesa. Siendo Embajador en Viena ya demostró algunas de las cualidades que lo harían desembocar en tal infausta peripécia. Era un hombre amante del fasto, de la esplendorosa vida cortesana, plena de dispendiosas emulaciones y, por lo tanto, derrochador en grupo sumo. Es uno de esos príncipes de Iglesia y de sangre que abundan en el siglo XVIII, que presentan un flanco fácil para la severa (y un tanto puritana) censura de la posteridad, que acarrearón males a sí mismos y a su propio estamento, pero que también (justo es decirlo) incitan no pocas veces a otorgarles el perdón que merece, por lo menos, su despliegue de buen gusto. El Embajador Rohan gustaba de organizar en Viena festejos, bailes, fuegos de artificio. La sociedad vienesa, en reciprocidad, lo agasajaba; el 18 de julio de 1772, el *Wiener Diarium* da cuenta de un concierto que los Príncipes Ezterházy dieron en su honor<sup>40</sup>. Bien sabido es que esta familia de nobleza húngara, procedente del Burgenland, está muy honrosamente vinculada al más exquisito mecenazgo musical: Josef Haydn, Mozart y Beethoven se contaron entre sus amigos y protegidos. El nombre *Ezterházy* reaparecerá en estas páginas, tanto por la Diplomacia, a la que profesionalmente se dedicaron varios de los miembros de tan ilustre familia, como por vinculación a Mozart.

---

39 Vid. sobre ello las consideraciones, noticias y bibliografía que brinda H.C. Robbins Landon: *El último año de Mozart, 1791*, trad. española, Madrid, Siruela, 1989, especialmente págs. 30 y 244.

40 “Anlässlich eines Besuchs des Gesandten S.M. des Königs von Frankreich, des Prinzen Rohan-Guéméné, gab Fürst. Nikolaus Ezterhazy von Galántha ein prunkvolles Fest in seiner Residenz Ezterház, wo der höchste Adel des kaiserlichen Hofes versammelt war” (cit. apud Pierre Barbaud, *Josef Haydn mit Selbstzeugnissen und Bilddokumenten dargestellt*, Reinbeck bei Hamburg, 1989, pág. 57). El conocido musicólogo y viajero inglés Charles Burney, a su paso por Viena en 1772 observa que era en la iglesia y en las salas de baile donde la mayoría del pueblo vienés escuchaba música (cit. apud Robbins Landon: *Mozart, los años dorados*, pág. 52). Le sucedieron consecutivamente como Embajadores de Francia en Viena, durante la vida de Mozart, el Barón de Breteuil de 1774 a 1783 y el Marqués de Noailles de 1783 a 1792.

Pero por desgracia no podemos contar a éste entre los posibles asistentes a aquel fastuoso concierto. Y, sin embargo, probablemente bien le hubiera gustado, porque el dispendioso y seguramente generoso Rohan se había contado entre las personalidades conocidas de los Mozart durante su viaje de París, según conocemos por la lista que el propio Leopoldo, siempre tan minucioso, había confeccionado entonces.<sup>41</sup>

Pero en 1772 Wolfgang Amadeus no estaba en Viena, sino en Salzburgo, a donde había regresado del segundo viaje italiano en diciembre anterior; en Salzburgo había fallecido un arzobispo amigo y benévolo, Sigismund von Schrattenbach, al que sucedía otro hostil e irritable, Hieronymus Colloredo, que causaría al joven Mozart muchos sinsabores. En 1772, padre e hijo emprendieron el tercer viaje a Italia, en donde volvieron a disfrutar del apoyo del Conde Firmian, en cuya casa Wolfgang dio un concierto.

Unos años después, en 1778, emprendió Wolfgang Amadeus su segundo viaje a París, acompañado esta vez de su madre, que habría de fallecer en la capital francesa. El viaje hubo de aumentar sus decepciones. La Corte parisina había cambiado entretanto; era menos acogedora, más displicente. Las ilusiones resultaron fallidas.

Hubo también en ese periplo mozartiano algunos contactos que nos consienten evocar el ambiente diplomático. En primer lugar, la persona de Friedrich Grimm. Su amistad era otra vez necesaria. Leopoldo Mozart, con su característica tenacidad que lindaba la tozudez, recomendaba insistentemente a su hijo que se acogiese a la protección de Grimm, que había sido tan receptivo y generoso en el primer viaje. Le recomienda que acuda a su benevolencia, que le pida consejo en todas las cosas, que nada le oculte, que cuente con él para todo. En dos cartas le envía y repite “setzt abermahl (sic) zur fürsoge” las señas de Grimm en París, para que no las olvide: “Rue de la Chaussée d’Ántin, près le Boulevard”.

---

41 La lista de conocidos fue exhumada de su archivo por Leopoldo, años después, cuando preparaba la llegada de su hijo a París en su segundo viaje (véase anejo a la carta de 5 de febrero de 1778). En la lista figura “le Prince de Rohan, Coadjuteur de Strasbourg”; efectivamente, Rohan había sido nombrado en 1760 Obispo de *Canopo in partibus infidelium* y coadjutor de su tío el Cardenal Constantino de Rohan, Arzobispo de Estrasburgo. En 1770 fue encargado de recibir en Francia a la Archiduquesa María Antonieta, novia del Delfín. Después, en 1772, fue nombrado precisamente Embajador en Viena, en donde llevó una vida llena de lujos, prodigalidades, ostentación y frivolidad. La Emperatriz María Teresa, alarmada y escandalizada por la vida dispendiosa del eclesiástico-Embajador, pidió a su yerno Luis XVI que lo relevara de su cargo, lo que en efecto acaeció en 1774. En 1778 fue elevado a la púrpura cardenalicia por Pío VI. Suspendido de esa dignidad el 1 de junio de 1786, por el escandaloso asunto del “Collar de la Reina”, fue luego reintegrado en ella el 18 de diciembre del mismo año. Moriría en Ettenheim el 16 de febrero de 1803 (véase Ritzler: *Hierarchia Catholica*, VI, págs. 99 y 32).

Y además escribe personalmente al propio Grimm para recomendarle de nuevo a su hijo.<sup>42</sup>

Grimm presentó a Mozart a un gran personaje de la aristocracia francesa; Adrien-Louis de Bonnières de Sonastre. Nacido en Lille en 1735, había llevado a cabo una notable carrera militar (como Conde de Sonastre) en la Guerra de los Siete Años, en el regimiento de granaderos de Francia. Merece engarzarse en este tema, porque luego trocó la Milicia por la Diplomacia: ya como conde de Guines, fue Embajador de Luis XV ante la Prusia de Federico el Grande de 1768 a 1769 y después de Luis XV y seguidamente de su nieto y sucesor Luis XVI ante la Corte inglesa de Jorge III de Hannover desde 1770 a 1776. Concluida su misión en Inglaterra, obtuvo de Luis XVI el Cordón del Espíritu Santo y el título ducal. Sería luego gobernador del Artois en 1778, emigraría a Alemania al estallar la Revolución Francesa y regresaría durante el Consulado, para morir en París en 1806.

Mozart conoció, pues, a este personaje en París en 1778, ya como Duque de Guines y ex Embajador. Este le otorgó su confianza y le encomendó diese lecciones de composición a su hija.<sup>43</sup>

Fue, por lo tanto, ésta una relación útil y distinguida que Grimm facilitó a Wolfgang Amadeus. Pero no le facilitó mucho más esta vez. Porque si Mozart encontró en 1778 a la Corte francesa muy diferente, tampoco Grimm era ya el mismo. El conocido e ilustre diplomático ha vuelto de sus viajes muy cambiado. Se lamenta de que su encargo diplomático como Ministro plenipotenciario del Duque de Sajonia Gotha en París le exija dispendios a los que apenas puede atender<sup>44</sup>.

42 Vid. cartas de 16 de marzo, de 6 de abril, de 11 de mayo de 1778 y Massin, op. cit., págs. 240-241. De la gran importancia que Leopoldo Mozart concedía al apoyo y a las posibles recomendaciones de diplomáticos, da prueba una mención, en carta a su hijo de aquellos meses (de Salzburg, 29 de junio de 1778) en la que, tras escuchar las expresiones de elogio de un personaje sobre su hijo, refiere haber pensado para sí: “¡lástima que este hombre no sea un gran Ministro de Estado o Embajador!” “Schade, dass dieser Mann nicht ein grosser Staats-Minister und Abgesandter ist!”). Recomienda a su hijo que se busque recomendaciones para su llegada a París desde Renania. Escribe: “ist nicht etwa ein französischer Gesandte oder Resident in Mainz oder Coblenz? Ich glaube nein” (carta de Leopoldo a su hijo, desde Salzburg, 24 de noviembre de 1777). Y también, a su esposa, escribe el 9 de febrero de 1778, que vea si puede Wolfgang entrar en contacto con el Enviado de Sajonia en la Corte bávara: “Nun solte der Wolfgang in München seyn, so hätte er mit dem Baron Zehmen sprechen können. Dieser war, und ist vielleicht noch als abgesandter von Sachsen alda”. (Se ocupaba de una reclamación de la herencia sajona del difunto Elector Maximiliano III José en favor de su hermana María Antonieta, viuda del Elector de Sajonia Federico Cristián).

43 “... der Duc de guines, dessen Tochter meine Sclarin in der Composition ist, unvergleichlich die flöte spielt, und sie magnifique die Harfe”, escribe Wolfgang Amadeus, carta de París, 14 de mayo de 1778.

44 Así en carta a Leopoldo Mozart de 21 de febrero (que éste transcribe a su hijo el 2 de marzo desde Salzburg): “je suis accablé d'affaires et d'écritures...”. También véase carta de Grimm a Leopoldo de 27 de julio de 1778. (Massin, *ibidem*, pág. 263). Grimm, que había sido ennoblecido por el Emperador José II con el título de Barón, luego, en 1789, se exiliaría al advenir la Revolución. Fue a Rusia, donde la Zarina Catalina II le dio otro importante encargo diplomático: lo nombró Ministro plenipotenciario de Rusia en Hamburgo. Murió en 1807.

En suma, se despega. Y aunque, a la muerte de su madre, Wolfgang se instala en casa de Madame d'Épinay, amante de Grimm y donde éste también habita, la protección ha desaparecido. Mozart por supuesto lo muestra en su correspondencia con su padre.

Entretanto, en las cartas de Leopoldo Mozart a su hijo sigue constantemente abrumándolo de consejos; le indica cómo debe comportarse, a quién debe ver. No se olvida de nada ni de nadie: comparecen los antiguos nombres, reminiscencia de la primera temporada parisiense, pero también sugiere nombres nuevos, que denotan cuán al tanto estaba, en su recoleto y alejado Salzburg, de las noticias y sucesos de un mundo en sorprendente mutación. En carta de 6 de abril de 1778, Leopoldo escribe a su hijo que tendrá seguramente posibilidad de ver “al Ministro americano Sr. Dr. Franklin”. Nada menos que Benjamín Franklin era en efecto, desde 1776, ministro plenipotenciario en París de los Estados Unidos de América del Norte, recientemente aparecidos en el escenario diplomático europeo, tras su independencia. En la Corte francesa, Franklin fue recibido con enorme simpatía, admiración y “seguramente no en último lugar” curiosidad: científico ilustre, personaje afable, representante de un recién nacido y remoto Estado, enemigo además de los ingleses, que a su vez eran el rival encarnizado de Francia, Franklin tenía asegurado el éxito de su misión en una Corte ávida de sucesos y novedades.

Para preparar su ya inevitable y decepcionante regreso de París a su patria salzburguesa, de nuevo Leopoldo Mozart, inquebrantado por tantos sucesos adversos (el principal el triste fallecimiento de su esposa en París), retorna al consabido tema de las cartas de súplica y recomendación. Naturalmente, reaparecen los diplomáticos. Leopoldo (en carta de 27 de agosto de 1778) aconseja a su hijo que escriba una misiva en francés al Ministro imperial en Munich, Barón Lehrbach<sup>45</sup>, en lo que pueda ayudarle Grimm.

Pero éste ya se ha apartado mucho de su protegido. La disensión entre Mozart y Grimm será ya irreparable. El engréido diplomático le suministró a duras penas el medio “asaz cicateramente” de emprender el viaje de retorno a Alemania.

Otro diplomático también acreditado en París lo había sustituido en la relación amistosa con Mozart. Es el Conde de Sickingen, Ministro en Francia del Elector del Palatinado. Amigo de Wolfgang, aparece citado con afecto en

---

45 Escribe Leopoldo a su hijo: “Man kann nicht wissen, was für Dienste so ein Kaiserlicher Minister manchmal einem thun kann” (carta de Salzburg, 2 de diciembre de 1780). En ella alude también al anterior Ministro imperial en München, Conde Hardeck. Y posteriormente, en carta de 11 de enero de 1781, menciona también al Conde de Trautmanstorf, cuñado del Arzobispo de Salzburg Colloredo, y plenipotenciario imperial (del Electorado de Bohemia) en Ratisbona. (Vid. Müller von Asow, cit. II, págs. 28 y 62).



su correspondencia. Era un buen entendido en música y congenió con Mozart<sup>46</sup>. Junto al él aparece entonces otro diplomático amigo, el Barón de Gemmingen<sup>47</sup>, escritor, dramaturgo, traductor al alemán de Shakespeare, de Diderot y de Voltaire, apreciado luego por Schiller; prototipo del ilustrado alemán y, como era propio de tal esquema, francmasón e iluminado. Es harto probable que en esta relación pueda hallarse el origen de la aproximación de Mozart a la masonería. Gemmingen será, años más tarde (1783), en Viena, el fundador de la logia a la que se afiliará Mozart. En Mannheim, durante el viaje de regreso a Alemania, Mozart se relaciona estrechamente con ese incipiente núcleo masónico donde figuran Gemmingen y otro diplomático, Dalberg<sup>48</sup>, que aspiran a atraerlo a su pensamiento y vincular su música a los ideales de una Ilustración de corte francmasónico. Gemmingen lo apoyó para la composición de una ópera de tales caracteres (e incluso escribió el libreto de una *Semíramis* que no conservamos) y Dalberg, que ejercía el cargo de intendente del Teatro Nacional de Mannheim, lo urgía con insistencia a nuevas composiciones<sup>49</sup>. Da la impresión de que Mozart se dejó asediar por entonces en París y en Mannheim por ese grupo de literatos y diplomáticos alemanes afrancesados, fautores e introductores de las ideas de la Ilustración en Alemania. Con ello, el viaje de regreso de Mozart a su tierra desde Francia cobra un carácter emblemático en un momento de movimiento y trasvase de ideas y corrientes culturales y filosóficas, en el que desempeñan un papel los diplomáticos, precisamente muy imbuidos, en toda Europa, de aquellas corrientes.

---

46 Karl Heinrich Joseph Graf Sickingen zu Sickingen (1737-1791). Desde 1777 a 1791 ejerció en París el puesto de Ministro del Palatinado. Mozart lo juzga “ein grosser kenner und Passionerter liebhaber von der musik” en carta a su padre desde París a 24 de marzo de 1778 (lo repite casi en los mismos términos en carta de 29 de mayo). Wolfgang pasaba muy a su gusto largas veladas en casa del diplomático: en otra carta de París (12 de junio del mismo año) escribe Mozart a su padre: “ich habe nun schon gewiss sechsmal bey Graf Sieckingen, Pfälzischem Gesandten gespeis’t — da bleibt man allezeit von 1 bis 10 Uhr. Die Zeit geht aber bey ihm so geschwind herum, dass man es gar nicht merckt. Er hat mich sehr lieb. Ich bin aber auch sehr gern bey ihm — das ist nein so freundlicher und vernünftiger Herr, und der einer so gesunde Vernunft — und eine wahre Einsicht in die Musik hat“. Sickingen compuso un *Ballo de Castore e Pollux*.

47 Otto Freiherr von Gemmingen-Homburg (1755-1836). Fue autor de la *Mannheimische Dramaturgie* en 1779 y de la obra teatral *Der Deutsche Hausvater* al año siguiente.

48 Wolfgang Heribert Reichsfreiherr von Dalberg (1749-1806), diplomático de Baden, autor dramático ilustrado. Era hermano de Karl Theodor von Dalberg, el importante personaje que fue Elector de Maguncia, Archicanciller del Imperio en 1802, Príncipe-Primado de la Confederación del Rhin en 1806 y promotor de los planes de Napoleón en Alemania.

49 “Dieser lässt mich nicht fort, bis ich ihm nicht ein Duodrama componirt habe”, escribe Mozart a su padre desde Mannheim el 12 de noviembre de 1778.

## LOS AÑOS VIENESES

La estancia de Mozart en Viena, larga para su desgraciadamente tan corta biografía, es no sólo ingentemente fecunda para su obra, sino también muy rica para los datos de su propia vida. Son los llamados años dorados<sup>50</sup>, que transcurren desde 1781 a 1791, es decir la última década de la vida de Wolfgang Amadeus.

Durante esa década comparecen en la vida de Mozart muchos personajes; se entrecruzan con la suya muchas vidas: amigos, rivales, protectores, nobles y músicos, gentes de teatro. Algunos proceden de anteriores etapas de su biografía, otros hacen su primera aparición. Muchos de ellos desempeñan partes importantes en la trayectoria vital y creadora del gran artista salzburgoés, trasladado a suelo vienés. De entre ellos, será cometido de esta páginas rastrear la presencia de diplomáticos. No serán pocos.

Apenas llegado a Viena, en 1781, alojado en el palacio de la Orden Teutónica, donde se volverán a poner de manifiesto las ingratas disensiones con su patrono, el Príncipe-arzobispo de Salzburgo, Colloredo, que también se alojaba allí durante su estancia vienesa, ya hay una mención diplomática en las más gratas actividades de Mozart. Recién llegado, en carta del 17 de marzo de 1781, ya introduce Wolfgang una primera referencia diplomática cuando da cuenta a su padre de los actos musicales: va a acudir en el día a un concierto en casa del Embajador ruso, quien estuvo presente también el día anterior en otro al que Mozart asistió<sup>51</sup>. El embajador, amante de la música y protector del Arte y los artistas, era el Príncipe Gallitzin<sup>52</sup>, de linajuda familia rusa; aparecerá muy frecuentemente en la biografía vienesa de Mozart. Pocos días después, Wolfgang informa a su padre<sup>53</sup> de haber comido en casa del Vicecanciller del Imperio, Conde Cobenzl<sup>54</sup>. La sociedad vienesa ha comenzado a agasajar al joven Mozart y él se ufana de ello en un epistolario, cuyo optimismo se nubla solamente por las tirantes relaciones con el Arzobispo Colloredo, que conduciría a una inevitable y clamorosa ruptura.

---

50 H.C. Robbins Landon: *Mozart, The golden years*, 1898, trad. española, *Mozart, los años dorados*, Destino, Barcelona, 1990.

51 “Gestern um 4 uhr haben wir schon musik gehabt (...), heute müssen wir zum fürst Gallizin —der gestern auch da war”.

52 Dimitri Mikhailovich Gallitzin (1720-1793) fue Ministro plenipotenciario (1762-1784), luego Embajador (1784-1792) del Imperio ruso en Viena, donde murió el 30 de septiembre de 1793.

53 Carta de 24 de marzo de 1781.

54 Johann Karl Phillip Graf Cobenzl (1741-1810), Vize-Hof und Staatskanzler de la Corte imperial desde 1777.

En esos días aparece también en la correspondencia mozartiana una interesante figura de mujer: la Condesa Thun-Hohenstein<sup>55</sup> que ejerció el papel de protectora y benefactora de Mozart. Desde el comienzo, éste sintió gran afecto por ella (“la más encantadora y amable dama que he conocido en mi vida”, escribe).<sup>56</sup>

Esta distinguida señora, que gozó durante mucho tiempo de la amistad del Emperador José II, estaba llamada a desempeñar un atractivo papel en la Historia de la Música: discípula de Haydn, protectora de Mozart y amiga de Beethoven. Además, tampoco es ajena a la Diplomacia de la época; sus tres hijas casaron con personajes de la vida diplomática y musical: la mayor, Elisabeth, casó en 1778 con el Conde Andreas Razumovsky, Embajador de Rusia en Viena, amigo de Mozart y luego Mecenas de Beethoven; la mediana, Christiane, casó con el Príncipe Carl Lichnovsky, también amigo de Mozart y luego benefactor de Beethoven; la menor, María Caroline, casó con Richard Meade, Conde Clanwillian, agregado a la embajada británica en Viena; vinculaciones evidentes con el tema que afecta a estas páginas.

En esa sociedad, surgen en las relaciones con Mozart nuevos nombres de diplomáticos. Uno de ellos hace una reaparición; es el Príncipe Orsini Rosenberg, ya citado más arriba cuando recibió a Mozart en Florencia. Después de su carrera diplomática en el extranjero<sup>57</sup>, había sido nombrado en Viena General-Spektakel-Direktor y, en esa calidad es claro que habría de tener mucho que ver (para bien o para mal) con Mozart. En 1781, en todo caso, éste da cuenta del recibimiento “sumamente cortés” que Rosenberg le dispensó en las dos visitas que le había hecho<sup>58</sup>. Y entonces surge también uno de los más constantes amigos y benefactores de Mozart (y del mundo musical en general), diplomático de carrera: el Barón van Swieten.

Esta personalidad merece una mención más detenida. El Barón Gottfried Bernhard van Swieten<sup>59</sup> había desempeñado puestos diplomáticos en Bruselas, en París y Londres y luego fue Ministro plenipotenciario imperial ante la Corte del rey de Prusia en Berlín entre los años 1770 a 1777; era

55 Maria Wilhelmine Gräfin Thun-Hohenstein, nacida Condesa Ulfeld (1747-1800).

56 “Bey der gräfin Thun habe schon 2 mal gespeist —escribe Mozart a su padre en carta de Viena de 24 de marzo de 1781—, und komme fast alle tage hin — das ist die charmanteste, liebste Damme, die ich in meinen leben gesehen; und ich gelte auch sehr viel bey ihr”.

57 Vid. nota 33.

58 Carta del 26 de mayo: “Graf Rosenberg hat mich, da ich ihm 2 mal visite machte, auf die höflichste art empfangen”.

59 (1733-1803). Había nacido en Holanda y era hijo del médico de la Emperatriz María Teresa, Gerhard van Swieten, que fue un nombre muy conspicuo de la ciencia médica del siglo. A los once años Gotfried fue con su padre a Viena y entró en el servicio diplomático imperial.

hombre cultivado y de letras, con lo que resulta congruente su subsiguiente nombramiento, como prefecto de la biblioteca imperial de Viena y consejero del emperador José II, cuyos criterios de gobierno ilustrado y reformador compartía; había sido nombrado además Jefe de la Comisión de Censura (por la rigurosa Emperatriz María Teresa) y Presidente de la de Educación. Su amistad con Mozart data de 1768 (cuando el frustrado estreno de la *Finta Semplice*) pero es durante su estancia vienesa cuando la presencia del músico en casa de Swieten se convierte en frecuentísima. Swieten organizaba conciertos en la maravillosa sede de la Biblioteca imperial de Viena, que dirigía, y en su propia residencia del mismo edificio de la Josefsplatz. Mozart participaba en los conciertos que se daban allí de forma regular. Además, Swieten impulsó la creación de una asociación de aristócratas (llamada *Gesellschaft der Associierten*) en cuyas casas se daban conciertos de música antigua.

En la vida y hechos de Swieten se mezclan, como en ninguno de los personajes citados hasta aquí, la triple circunstancia de pertenecer profesionalmente a la diplomacia (ejerciendo en ella jefatura de misión), disfrutar de la amistad permanente de Mozart hasta el mismo día de su muerte y ser un verdadero amante y conocedor de la música. Es más, precisamente las tres condiciones se vinculan en su caso estrechamente entre sí. Véase por qué.

Durante su estancia en Berlín, no casual, sino precisamente motivada por el desempeño de su misión diplomática como Ministro imperial ante Federico II el Grande (el más musical de los soberanos del siglo), Swieten tuvo ocasión de conocer y admirar las obras de Bach y de Händel<sup>60</sup>. Entusiasmado comprensiblemente por ellas, fue él quien contribuyó a darlas a conocer cumplidamente a Mozart<sup>61</sup>, a Haydn y a Beethoven. Representa así Swieten un lazo de unión entre dos ubérrimas épocas de apogeo de la música alemana y universal, y ello justamente a causa de sus tareas diplomáticas, que le brindaron ocasión de obtener excepcionales conocimientos.<sup>62</sup>

Mozart, que acudía todos los domingos a las sesiones musicales que van Swieten organizaba en su casa, se hizo prestar por éste los manuscritos de

---

60 Y también de los hijos de Juan Sebastián: Karl Philipp Emmanuel y Wilhelm Friedemann. Durante su estancia diplomática en Berlín, encargó seis sinfonías a Karl Philipp Emmanuel Bach en 1774.

61 Muy oportunamente se dice en la espléndida biografía mozartiana de Massin, aquí ya muchas veces citada: “Si van Swieten n’avait pas été envoyé par Marie Thérèse comme ambassadeur auprès de Frédéric II, il risquait de ne jamais découvrir Jean-Sébastien Bach, dont l’oeuvre presque entière restait manuscrite — à part le Clavecin bien tempéré et quelques morceaux. On comprend mieux dès lors pourquoi Mozart va chercher à “se faire une collection des fugues de Bach”, c’est-à-dire à les copier. Et on comprend mieux le caractère de l’apostolat de van Swieten” (págs. 382 s.).

62 *Vid.* sobre Swieten, Robbins Landon: *Mozart, los años dorados*, especialmente págs. 108-111.

Bach y Händel que poseía<sup>63</sup>. Eran verdaderos tesoros, ciertamente<sup>64</sup>. Y por ello es precisamente a van Swieten a quien se propuso dedicar las fugas que iba a componer (según él decía, a instigación de su esposa Constanze, que le animaba a escribir piezas de ese género musical). La profundización en el conocimiento de la música de Bach y de Händel fue sin duda una revelación para Mozart y una revolución en su proceso creador.

Para el mecenazgo musical de entonces en Viena es indispensable acudir a una familia. la de los Príncipes Esterházy. No habrá biografía importante de un músico de la época en la que no ocupen un puesto principal. Lo ocupaban también en la nobleza del Imperio y asimismo en su Diplomacia<sup>65</sup>. Y, por supuesto, en la biografía de Mozart. Motivos todos, pues, que consienten introducirla aquí.

La primera referencia a la aristocrática familia en la biografía de Mozart data de 1783, cuando alude en una de sus cartas a su padre a la orquesta del Príncipe Esterházy en Viena. A lo largo de su vida, Mozart tuvo que ver con varios miembros de la familia, aunque fue uno de ellos, Johann Baptist, el que más lo influyó, puesto que fue su protector durante bastantes años de la década de los ochenta. Otro fue Nikolaus Joseph, llamado el Magnífico, conde de Esterházy, hermano en masonería de la logia Zur gekrönten Hoffnung, a la que ambos pertenecieron. Pues bien, fueron varios los Esterházy, conocidos por Wolfgang Amadeus<sup>66</sup>, que tuvieron que ver con la diplomacia. Uno, Franz (o Ferencz, a la húngara)<sup>67</sup>, hermano de Johann Baptist, fue Embajador imperial ante Fernando IV de Nápoles y Sicilia; su padre, Nikolaus<sup>68</sup>, había sido Embajador en San Petersburgo, mientras que el citado Nikolaus Joseph<sup>69</sup>, lo había sido en Madrid, ante Felipe V y Fernando VI, de 1741 a 1762. Su hermano Paul Anton (1711-1762) fue Ministro en Nápoles en 1762. El conde Franz había ejercido su carrera primeramente en París, como secretario de embajada a las órdenes del Embajador imperial, conde Florimond von Mercy-Argenteau, que representó a María Teresa y a su hijo José II ante las Cortes de Luis XV y Luis XVI desde 1766 a 1790 y era, por lo tanto, Embajador durante la segunda estancia de Mozart en la

---

63 “Baron van Swieten zu dem ich alle sonntage gehe, hat mir alle Werke des Händls un Sebastian Bach, nachdem ich sie ihm durchgespielt, nach Hause gegeben” (carta de Mozart a su hermana, 20 de abril de 1782).

64 “Am Werthe einen sehr grossen — an der Zahl aber freilich sehr kleinen Schatz von guter Musik hat” (*ibidem*)

65 Ya ha sido mencionada más arriba, al aludir a una gran recepción ofrecida por los Esterházy al Embajador de Francia, cardenal de Rohan en 1772 (*vid.* nota 40).

66 Precisamente a través de la masonería.

67 1746-1811.

68 1711-1764.

69 1714-1790. Fue el primero en tener el título de Príncipe.

capital francesa en 1778. El conde Franz Esterházy tal vez participara en Viena en la logia masónica francesa *Les amis réunis* durante los años ochenta, en la que figuraba otro diplomático, el Barón de Talleyrand, Embajador de Nápoles en Viena.<sup>70</sup>

Durante la etapa vienesa de Mozart, tres fueron, pues, los Mecenas principales de su obra: el Príncipe Gallitzin, el Barón van Swieten y el conde Johann Esterházy. Los dos primeros, diplomáticos. El tercero, perteneciente a una familia en la que la diplomacia era tarea de no pocos de sus miembros.

El Príncipe Gallitzin, Embajador en Viena de la Zarina Catalina II de Rusia<sup>71</sup>, conocía ya a Wlofgang Amadeus y lo había recibido en su casa en 1768; eso explica que Mozart entrase en su palacio sin hacer caso de lacayos y se presentase directamente al Embajador<sup>72</sup> cuando acudió invitado a uno de los actos de éste, que acostumbraba ofrecer en su lujosa y admirada residencia<sup>73</sup> veladas musicales. Mozart sería ya desde entonces asiduo; él mismo refiere que tocaba allí dos veces por semana y se ufana de que el Embajador lo había contratado para todos sus conciertos en su casa, adonde lo hacía llevar en carruaje.<sup>74</sup>

Para completar el cuadro mozartiano en la embajada rusa, podrá añadirse que el consejero “titular” de embajada a las órdenes de Gallitzin, Michael von Ott, se cuenta entre los asiduos interesados por la obra de Mozart y no será, finalmente, inoportuno añadir que el puesto que ocupó Gallitzin como Mecenas musical lo habría luego de llenar el siguiente Embajador ruso en Viena, el Príncipe Razumowsky, amigo y protector de Beethoven.

Así pues, Mozart intervino entonces activamente en la vida musical vienesa y en sus referencias está presente su habitual actuación en las residencias tanto

70 Robbins Landon: *Mozart, los años dorados*, págs. 117-118.

71 Gallitzin gozaba de gran prestigio ante el Emperador José y la Corte vienesa, que se aumentaría con ocasión de la visita del Gran Duque heredero de Rusia, Pablo (futuro Pablo I), en 1781. Más adelante se aludirá a un incidente protocolario originado por el prepotente Embajador Gallitzin en Praga en 1781 en el curso de un banquete con el Embajador Leopoldo II, que también los distinguió mucho (vid. nota 124).

72 “Als wir also letzhin zum fürst gallizin musten, sagte mir Brunetti, nach seiner höflichen art: tu bisogna che sei qui sta sera alle sette, per andare insieme al principe Gallizin. L’Angelbauer ci condurrà, ho risposto: vâ bene - ma - se in caso mai non fossi qui alle sette in punto: ci andate pure; non serve aspettarmi - so bene dove stà, e ci verrò sicuro; Ich gieng also mit fleiss weil ich mich schâme mit ihnen wohi zu gehen, allein hin; - als ich hinauf kamm stund schon H: Angelbauer da den H: bedienten zu sagen, dass er mich hinein führen sollte - ich gab aber weder auf den H: Leibkammerdiener noch H: bedienten acht, sondern gieng gerade die zimmer durch in das Musick-zimmer, den die thûrn warn alle offen - und schnurgerade zum Prinzen hin und machte ihn mein Compliment“ (carta a su padre, de 24 de marzo de 1781).

73 Vid. interesante datos en Robbins Landon: *Mozart, los años dorados*, pág. 113. El Embajador adquirió en 1785 una espléndida finca en el “Predigstuhl” de Ottakring, que luego se llamó el “Gallitzinberg” y que convirtió en un admirado jardín inglés. Allí fue Gallitzin enterrado cuando murió.

74 “Ich bin auf alle seine Concert engagiert; werde allzeit mit seiner Equipage abgeholt und nach haus geführt und dort auf die nobelste Art von der Welt tractiert” (carta a su padre, 21 de diciembre de 1782).

de Gallitzin como de Ezterházy. Son —no se olvide— los llamados *años dorados* del joven maestro.

Su arte y su persona son objeto por entonces de protección, de amistad. Su biografía lo acredita con muchos nombres de personas que lo ayudaron y que así se honraron entonces y para el futuro, uniendo su memoria a la del gran maestro. Convendrá, pues, espigar entre ellos a los diplomáticos. Tampoco aquí faltarán.

En 1782 sabemos, por ejemplo (por carta del propio Wolfgang a su padre, de 5 de octubre), que el Ministro de Prusia en Viena, Barón de Riedesel, a quien tiene por persona encantadora (“welcher ein charmanter Mann ist”), le había pedido una copia de su ópera *El rapto en el Serrallo* para enviarla a Berlín. Era esa una época en la que Mozart forja nuevos planes operísticos; lo acompaña siempre la idea de crear una ópera de estilo alemán, de lengua alemana, que juzgaba tan digna para ser cantada como la italiana, la francesa, la inglesa o la rusa. En 1783 (Mozart da cuenta en carta a su padre el 5 de febrero) piensa en el tema de la comedia de Goldoni *Il Servitore di due padroni*, que había, para ello, que traducir al alemán. Pues bien, el traductor al que se recurre es ni más ni menos que un diplomático austríaco, seguramente bien versado en lengua italiana: el Secretario de Legación Barón Johann Wenzeslaus Binder von Krieglstein.

Por otra parte en el interés que por entonces despiertan en Viena las obras de Mozart puédesse lógicamente rastrear también los nombres de sus favorecedores y admiradores.

En efecto, un importante grupo de favorecedores de Mozart es naturalmente el de los suscriptores de sus partiduras<sup>75</sup>. Era un modo de ayudar, seguramente el más agradecido por el autor de composiciones musicales, porque le aseguraba la remuneración de su trabajo a la vez que su difusión. Entre esos suscriptores se cuentan, por supuesto, los amigos y admiradores de Mozart más arriba citados. Swieten fue incluso el más fiel; fue en cierto momento, en 1789, el *único* (!) suscriptor de alguna obra. Pero también aparecen otros nombres, varios de ellos diplomáticos.

Uno es el Barón Ludwig von Braun<sup>76</sup>, alto funcionario (*Reichshofrat*) de la Corte de Viena, en la que fue luego Embajador extraordinario y Ministro plenipotenciario de Nassau y de Hessen durante treinta años. Otro es Michael von Ott, consejero de la embajada rusa, ya citado. Otro Jefe de Misión extranjera (figura en la lista de suscriptores de 1784) era el representante del Reino sardo, el Ministro Grenieri, que regía la Legación del rey de Cerdeña Víctor Amadeo III ante la Corte vienesa.

Pero aún más importantes personajes en la lista de suscriptores son al menos cuatro distinguido miembros de la sociedad diplomática.

---

75 Véase la lista que ofrece Robbins Landon: *Mozart, los años dorados*, págs. 248-250.

76 Ludwig Reichsfreiherr von Braun (1762-1847).

El primero es nada menos que el Embajador de España. Cuando, el 20 de marzo de 1784, Wolfgang Amadeus transcribe en carta a su padre, con evidente satisfacción, la larga lista de suscriptores de sus conciertos, aparece en ella, entre otros personajes: “L’ambassadeur d’Espagne”.

El Embajador de Carlos III de España ante la Corte Imperial era por entonces don Vicente Manrique de Zúñiga y Moscoso, Conde de Aguilar y Marqués de la Torre. Representaba a España en Viena como Embajador ante María Teresa y su hijo el Emperador José desde 1779. Para el Conde, Mozart era un personaje conocido. Lo había admirado en Turín en enero de 1771, cuando él ejercía aquella embajada y, por lo tanto, verlo de nuevo en su etapa vienesa sería un reencuentro y suscribirse a sus conciertos, una comprensible decisión.<sup>77</sup>

El segundo es el Ministro de Prusia en Viena. Era el Barón Jacoby<sup>78</sup>, al que Mozart conoció en una de las *Academias* a las que asistía y que fue además miembro de su misma logia masónica; el tercero es, a la inversa, el que luego sería Embajador del Imperio en Berlín, el conde Chotek<sup>79</sup>. El cuarto es el Príncipe Joseph Maria Karl Lobkowitz (1765-1802), Embajador imperial en San Petersburgo de 1763 a 1777, de familia bien conocida en el ámbito de la alta aristocracia europea y en el no menos ilustre del mecenazgo musical (Haydn y Beethoven se contaron entre los protegidos de los Lobkowitz), que fue suscriptor de los *Trattnerhofkonzerte* mozartianos de 1784.

Otra, por así decir, vía de acceso a las amistades diplomáticas de Mozart se ofrece a través de un cauce más secreto, pero que, por otra parte, es conocido

---

77 Vid. la mención del Embajador como suscriptor de los conciertos de Mozart en E. H. Müller von Asow: *Briefe W. A. Mozarts*, cit. II, p. 224. El Conde de Aguilar había nacido en Madrid el 8 de diciembre de 1724. Fue gentilhombre de cámara y Camarero del Príncipe de Asturias (futuro Carlos IV) en 1760 y luego Embajador en Turín de 1767 a 1778. Caballero del Toisón de Oro en 1780. El año en el que figura la suscripción (marzo de 1784) fue el último de su estancia vienesa. Meses después, en noviembre, salió para España en uso de licencia y no regresó. Quedó como encargado de Negocios el Secretario de legación, José de Anduaga. En Madrid, Aguilar fue nombrado Consejero de Estado (1785) y allí murió el 1 de abril de 1786. Para su primer encuentro con Mozart, vid. *supra*, y nota 38.

78 Konstanz Philipp Jacoby (1745-1816), Freiherr von Kloest desde 1788, Ministro prusiano en Viena de 1773 a 1792, donde habitaba en la *obere Bäckerstrasse*, 792. Años más tarde, ya muerto Mozart, en 1792, el rey de Prusia, Federico Guillermo II, le encargó adquirir varias obras de Mozart a 100 ducados cada una; la compra ascendió a 800 ducados. “Era una suma enorme, que debió aliviar considerablemente la situación financiera de Constanze”, viuda de Mozart (Robbins Landon: *El último año de Mozart*, 1791, pág. 212).

79 Johann Karl, Reichsgraf Chotek von Chotkowa und Wognin (1705-1787). Entre los suscriptores se encuentra también un Conde Seilern (Robbins Landon: *Mozart, los años dorados*, pág. 250), que puede referirse a uno de dos miembros de la familia, pero ambos diplomáticos: Christian August Seilern und Aspang, Graf von Seilern (1717-1801), Embajador imperial en Londres de 1763 a 1769, luego *Justizpräsident* en Viena, o bien Joseph Johann von Seilern (nac. en 1752), Embajador del Electorado de Bohemia en la Asamblea imperial de Ratisbona en 1789.



en la biografía mozartiana: la masonería; sabido es que Mozart se afilió a ella a fines de 1784, en la logia *Zur Wohltätigkeit*<sup>80</sup>, de la que era maestro su antiguo amigo (más arriba citado para la época de Mannheim), el diplomático Gemmingen. Las listas, hace no mucho publicadas<sup>81</sup>, revelan nombres de diplomáticos. Es de suponer, aunque para algunos casos no puede ello pasar de mera conjetura, que los hermanos de la misma logia tuvieran amistad *fraterna* con Wolfgang Amadeus<sup>82</sup>. Por eso, puede ser también un medio de conocimiento para adscribir a otros diplomáticos al círculo de las probables amistades vienesas de Mozart.

Puede así citarse al consejero de la legación de Sajonia-Coburgo en Viena, Karl Friedrich Barón de Ehrenbach, a Johann Karl Benelle, consejero de la legación de Sajonia Electoral, al Conde L. Anton Spiridion, Ministro de Prusia en Londres, al Barón de Gamera<sup>83</sup>, a Johann Pertersen, diplomático sajón<sup>84</sup>, al secretario de la legación imperial en Malta, Michael Franz Sinstenden, a Heinrich Joseph Watterroth, Ministro Residente de Tréveris<sup>85</sup>, a Joseph Anton von Bianchi d'Adda, un distinguido orientalista que, en esa calidad estuvo adscrito a la legación imperial de Constantinopla<sup>86</sup>. Alguno de ellos fue efectivamente amigo y asiduo colaborador de Mozart: el Barón Anton Tinti, Residente del principado salzburgués en Viena, que (junto con su hermano Bartolomé, que era cellista) solía hacer música con Mozart tocando el violín<sup>87</sup>. Al lado de ellos aparece también un importante diplomático imperial, el Conde Wilczek, Ministro plenipotenciario ante el gobierno de la Lombardía austríaca.<sup>88</sup>

---

80 Procedía de la más importante logia *Zur gekrönten Hoffnung* y se hallaba en relación con la llamada *Zur wahren Eintracht* (vid. sobre ello Robbins Landon: *El último año de Mozart, 1791*, págs. 77 ss.). Las logias vienesas hubieron de agruparse en tres, por la regulación unificadora que impuso el emperador José II en 1785. La de Mozart pasó a llamarse *Zur neugekrönten Hoffnung*, (vid. ibidem, págs. 80 s.). Véase también Harald Strebel: *Der Freimaurer Wolfgang Amadé Mozart*, Wien, Stäfa, 1991.

81 Robbins Landon: *Mozart, los años dorados*, págs. 252 ss.

82 Robbins Landon: *El último año de Mozart, 1791*, pág. 82, dice que era una reunión de hombres realmente distinguidos y Mozart les tenía un gran afecto, individual y colectivamente. De una estadística que se ha elaborado resulta que los diplomáticos y agentes oficiales pertenecientes a la logia constituían el 4% de los miembros de la misma. Vid. Heinz Schuker: *Die Mozart-Loge zur "Neugekrönten Hoffnung" im Orient von Wien. Eine Quellenstudie*, en *Mitteilungen der Internationalen Stiftung Mozarteum*, 37 (1989), págs. 1-44.

83 Ludwig Freiherr von Gamera, Vicecónsul imperial.

84 Ex-Secretario de la legación de Sajonia-Gotha en Viena.

85 (1756-1819). Véase Strebel, *op. cit.* págs. 63 y 229.

86 En 1784-1785. *Ibidem*, pág. 88.

87 (1737-1801). *Ibidem*, págs. 36, 40, 62, 83, 87, 93.

88 Johann Joseph Graf Wilczek (1738-1819) había sido Ministro plenipotenciario en Nápoles entre 1773 y 1778 y luego ejerció el mencionado puesto en Milán de 1782 a 1787.

Cuando se confeccionó la lista de miembros de la logia, algunos de ellos estaban ausentes de Viena y por eso figuran con la mención “abwesende Brüder”; ello es el caso precisamente de varios de estos diplomáticos, que se hallaban en el extranjero. Concretamente es el caso de uno que merece mención especial, de la que nunca parece haber sido objeto en similar contexto.

Con el número 20 de la lista de “hermanos ausentes” figura en ella un diplomático español. Es uno de los nombres más conspicuos del servicio exterior español del siglo XVIII, poseedor de un largo y ajetreado *curriculum*: don Simón de las Casas. En la lista aparece como Ministro plenipotenciario de España en Nápoles<sup>89</sup>, cargo que efectivamente estaba ejerciendo con habilidad, riesgo e infinitas peripecias de 1785 a 1786.

Las Casas<sup>90</sup>, que había ingresado en la Secretaría de Estado española en 1760, fue destinado como secretario de embajada a Viena, donde sirvió a la órdenes del Conde de Mahony de 1772 a 1774 y en cuya ausencia temporal fue Encargado de Negocios a. i. en 1772. Regresó a Madrid y más tarde fue nombrado Ministro en Berlín donde estuvo de 1781 a 1785 acreditado ante la Corte de Federico el Grande, que parece tenido en gran estima<sup>91</sup>. Luego fue, como se ha dicho, Ministro en Nápoles, donde hubo de enfrentarse a la complicada política y a las intrigas de la reina Carolina, consorte de Fernando IV, en una misión que tuvo mucho de anecdótica<sup>92</sup> y donde su vida parece corrió peligro<sup>93</sup>. Más tarde sería Embajador en Venecia y también representante ante los Borbones franceses exiliados por la Revolución y, por fin, Embajador en Inglaterra (1795-98).

Durante su etapa germánica ingresaría en la masonería y esa circunstancia lo hace figurar aquí precisamente en la logia vienesa de Mozart. Simón de las Casas debió de ser hombre de temperamento complejo y de genio, que tuvo ocasión de manifestarse en sus puestos diplomáticos, sobre todo en Nápoles, donde urdió y deshizo conspiraciones palaciega; hombre curioso, suspicaz, puntilloso, suelto de lengua y de pluma, como aseveran sus anécdotas y confirman algunos de sus escritos<sup>94</sup> y, en todo caso, de carácter ciertamente no vulgar, en

---

89 “*De las Casas, k. spanischer Gesandter am k. neapolitanischen Hofe*”. Reproducido en Robbins Landon: *Mozart, los años dorados*, pág. 252.

90 Nació en 1742 y murió en 1798.

91 Él, desde luego, así lo dice: “Federico el Grande, monarca que me honró con su aprecio” (carta a Godoy en la que le expone su carrera y sus muchas quejas en 11 de abril de 1798, AHN, Madrid, Estado, leg. 3.416).

92 Sobre su misión en Nápoles, vid. Rafael Olaechea “relaciones diplomáticas entre España y el Reino de Nápoles a fines del 700”, en *I Borboni di Napoli e i Borboni di Spagna, un bilancio storiográfico*, Nápoles 1985, vol. II, págs. 42 ss.

93 “Se hallaban comprometidos cada día no sólo la vida, mas también el honor” (carta citada a Godoy, en la que dice también que en Nápoles le dieron veneno, donde empezaron sus males orgánicos).

94 Por ejemplo, en el desenfadado tono de la citada carta.

varias cosas típico de su época. Giacomo Casanova, en el curso de sus viajes y andanzas, lo conoció en Viena y da de él una semblanza en la que elogia lo que el propio Casanova estimaba especialmente elogiabile: su ingenio y su libertad de prejuicios.<sup>95</sup>

Si Mozart llegó a conocer —parece bien posible— al señor de Las Casas, sería, pues, a través de la fraternidad masónica, porque en la época anterior, en que el español sirvió dentro del Cuerpo Diplomático extranjero en Viena, Mozart se encontraba ausente de la capital austríaca. Pero a otros miembros de aquel Cuerpo Diplomático<sup>96</sup>, en los años de su más fructífero y largo período vienés sí pudo conocer y tratar, como ya se ha visto; no sólo eso, sino que fue objeto de su amistad y protección; conocemos los casos citados de Gallitzin, Jacoby y otros. Puede añadirse uno más.

En aquellos años, ocupaba el importante puesto de Embajador de la Serenísima República de Venecia ante la Corte Imperial un magnate de ilustre familia de la República del Adriático, el Conde Daniele Andrea Delfino (o Dolphin). Este diplomático veneciano había anteriormente desempeñado el cargo de Ministro plenipotenciario en París, para pasar después a regir la embajada de la Serenísima en Viena, un puesto muy importante a las relaciones exteriores de la vecina y opulenta República. Delfino gozaba de considerable predicamento<sup>97</sup> en Viena, en cuya *Dorotheergasse* tenía su residencia.<sup>98</sup>

Mozart tocó en su casa en un gran concierto dado el 10 de febrero de 1788; debió de ser una ocasión notable, en la que actuaron también cantantes de la ópera vienesa. El aquí ya varias veces citado Conde Zinzendorf estuvo presente.<sup>99</sup>

95 *Memorias*, años de Viena. Por cierto que Casanova también conoció a Mozart; se sabe de una memorable conversación entre Mozart, el libretista Da Ponte (autor del texto del *Don Juan*) y el Don Juan viviente que era Casanova, en una cervecería de Praga, en 1787, para discutir acerca del proyecto de dicha ópera.

96 Por cierto que la expresión *corps diplomatique* había nacido precisamente poco tiempo antes también en Viena, cuando un diplomático prusiano, allí acreditado, escribió en un despacho a Berlín en 1754: “Corps diplomatique, nom qu’une dame donna un jour à ce corps nombreux de ministres étrangers à Vienne” (vid. Pietro gerbore: *Formen und Stile der Diplomatie*, Hamburgo, 1964, pág. 201). Es uno de los hitos importantes en la Historia de la nomenclatura de la Diplomacia.

97 Años más tarde asistiría a la representación de la ópera de Mozart *La Clemenza di Tito* en Praga en 1791, con ocasión de la coronación bohemia del Emperador Leopoldo II en la primera fila de un palco, en compañía del Conde Zinzendorf (vid. *infra*). Consta también su asistencia a uno de los banquetes ofrecidos entonces por los Embajadores del Cuerpo Diplomático en Praga, sentado al lado de la Emperatriz, según refiere el Embajador español Marqués de Llano (vid. *infra*).

98 En el actual núm. 9, según informa Robbins Landon: *Mozart, los años dorados*, pág. 191. Vid. también *ibidem*. pág. 244, núm. 30.

99 *Ibidem*, pág. 191.

Durante la etapa vienesa de Mozart, intervino también en los avatares de su vida artística un personaje que ha sido ya varias veces citado aquí por haber sido diplomático: el Conde Rosenberg. Ya se indicó que había sido nombrado Director de espectáculos en Viena, cargo en el que necesariamente había de afectar la vida artística y musical de la capital del Imperio. Que su inclinación era favorable a Mozart, se ve en las menciones que éste hace de él en sus cartas, en las que cita la buena acogida que le dispensó en Viena<sup>100</sup> y sus incitaciones para que siguiese componiendo.<sup>101</sup>

Sin embargo, las relaciones se agriaron después ¿Incompatibilidades por criterios estético-musicales distintos?<sup>102</sup> ¿Rasgos del carácter de Mozart que lo hicieron chocar con el alto funcionario? ¿Intrigas, rencillas palaciegas? Lo cierto es que, cuando se trató del estreno de *Las Bodas de Figaro*, en 1786<sup>103</sup>, estalló un enfrentamiento por un asunto verdaderamente banal; la anécdota es muy conocida<sup>104</sup>: en la ópera figuraba una escena de *ballet*; el Emperador José II había prohibido tales representaciones bailadas en las óperas cómicas, por lo que Rosenberg se opuso a su ejecución; Mozart y el libretista Da Ponte recurrieron a la estrategia de hacer representar la pantomima del *ballet* sin música alguna; el Emperador, irritado, preguntó qué era aquella escena absurda; se le explicó que se había suprimido la música por su prohibición, a lo que respondió dando orden de que se representara el ballet (era un fandango) tal como estaba escrito y proyectado. Ello, al dar la razón a Mozart, debió de disgustar a Rosenberg y aumentar la inquina que había concebido contra el compositor. Así pues, el Conde Rosenberg, traspasado de la diplomacia en el extranjero a la gestión teatral y musical en Viena, acabó por cambiar en hostilidad e incomprensión el afecto que originariamente había dispensado a Mozart. Era enemigo, además, de la ópera alemana, a la que anteponía tenazmente la italiana<sup>105</sup>. Sus gustos debían de diferir de los del Emperador, al que

---

100 Vid. nota 58, *supra*.

101 “Graf Rosenberg hat mich beym gallitzin selbst angeredet, ich möchte doch eine Welsche opera schreiben” (carta de Mozart a su padre, 21 de diciembre de 1782).

102 Para Rosenberg, la música de Mozart era demasiado difícil para el canto (vid. Massin, op. cit. pág. 480). Vid. también su preferencia por la ópera italiana sobre la alemana, nota 105.

103 Que por cierto tampoco gustó a Zinzendorf (Diario, 1 de mayo de 1786, cit. apud Massin, op. cit. pág. 149).

104 Vid., por ejemplo, Massin, op. cit., pág. 450, nota 2; Robbins Landon: *Mozart, los años dorados*, pág. 243, nota 13.

105 Era el “enemigo confesado de los alemanes, que no escuchará nada que no sea italiano” (así, en el *Berlinische Musikalische Zeitung* en 1793, cit. por Robbins Landon, *ibidem*). Recuérdese que había aconsejado a Mozart escribir precisamente una ópera italiana (vid. *supra*, nota 101). Tal vez el complejo italófilo de Rosenberg le viniera de sus años como diplomático en Toscana, a la vera de los Arquiduques Leopoldo y María Luisa; de ésta es conocido el despectivo comentario antialemán de *La Clemenza di Tito* mozartiana.

hubo de reconocer, con motivo de los ensayos del *Don Giovanni*, que la música —que había complacido mucho al Emperador y le dio ocasión para expresar desdeñ por el gusto de “sus vieneses”<sup>106</sup>— era extraordinaria, a lo que José II le respondió que su gusto estaba mejorando.<sup>107</sup>

Por aquellos años, el jefe de la diplomacia imperial, Conde de Kaunitz, cuya admiración por Mozart ha sido citada más arriba<sup>108</sup>, siguió tributándole simpatía y favor. Abundan las menciones de la presencia del Ministro en los conciertos de Mozart o de la de éste en casa de aquél<sup>109</sup>. En una ocasión en que Mozart estuvo en su casa, Kaunitz se lo agradeció personalmente con palabras verdaderamente afectuosas y amables.<sup>110</sup>

En el Cuerpo Diplomático acreditado en Viena por aquellos años figura también un personaje que tuvo que ver con la biografía musical. A él debe mucho la Historia de la Música por los datos que sobre ella brindó, gracias a amistades y contactos. Fue Georg August Griesinger, Secretario de legación de Sajonia ante la Corte imperial. Era amigo de Joseph Haydn y ello felizmente lo convirtió luego en su biógrafo, a través de sus *biographische Notizen über Joseph Haydn*, que publicaría en Leipzig en 1810 y en las que también aparece comprensiblemente el nombre de Mozart.

Reaparecen por esos años los diplomáticos que Mozart había conocido y tratado como amigos en su temporada de París y Mannheim: el Conde Sickingen y el Barón von Gemmingen<sup>111</sup>. Mozart los vuelve a frecuentar y no será impropio pensar que a este reencuentro pueda atribuirse gran parte de la influencia que por entonces (14 de diciembre de 1784) determinó a Mozart a afiliarse a la masonería; junto a Sickingen y Gemmingen, otro diplomático masón que ya ha obtenido lugar destacado en estas páginas, el Barón von Swieten tendría seguramente no oco que ver con tal iniciación. Ya más arriba se indicó cómo en las filas de la masonería militan varios de los amigos de Wolfgang Amadeus; de igual modo, los ideales de la masonería de entonces, afines a las metas de la ilustración y seguramente muy distintos de los que, en los siglos siguientes, serían sus postulados y sus medios, están presentes en los sentimientos y en muchas de las obras mozartianas. La generosidad, el humanismo y también el sentimiento religioso de Mozart se muestran ciertamente por los más insólitos caminos.

---

106 Opinó que era una única música “divina”, pero no apropiada al paladar de los vieneses.

107 “Votre goût commence à devenir raisonnable” (vid. Robbins Landon, op. cit. pág. 172).

108 Vid. nota 8.

109 Vid. Robbins Landon, op. cit. págs. 79, 108, 127.

110 “Sie können nicht glauben —escribe Mozart a su padre en su carta de Viena, 17 de agosto de 1782— wie gütig und höflich der fürst kaunitz mit mir war als ich bei ihm war, -zuletzt sagte er noch: -ich bin ihnen verbunden, Mein lieber Mozart, dass sie sich die Mühe gegeben haben, mich zu besuchen Etc. (Vid. también carta de 8 de mayo de 1782).

111 Vid. *supra*.

## LOS ÚLTIMOS VIAJES

Los episodios viajeros, que ocupan tantas páginas de la biografía de Mozart, ofrecen en los últimos años de ella un nuevo ingrediente. En Viena, llaman a Mozart otra vez los impulsos de evasión y búsqueda de ambientes y ocasiones distintos. A ello responde el viaje que emprendió a Berlín en 1789, en unión y por iniciativa del Príncipe Carl Lichnowsky, su alumno y amigo, más tarde también amigo y protector de Beethoven. El viaje da comprensible ocasión a contactos y amistades; alguna puede adscribirse al círculo a la sociedad diplomática.

Tras la escala en Praga, se impuso también otra en Dresde. Allí Mozart fue presentado a la Corte del Príncipe Elector de Sajonia, Federico Augusto III, donde dio un concierto el 14 de abril. Al día siguiente surge una invitación diplomática: Mozart acude a comer y a hacer música a la residencia del Embajador ruso<sup>112</sup>. Era éste el Príncipe Beloselsky. Debió, como siempre, de gustar mucho su actuación, y se ha aventurado la hipótesis de que el Embajador lo invitase a ir a Rusia, porque por entonces adquirió Mozart documentos informativos y guías sobre Rusia y Polonia<sup>113</sup>.

El viaje tuvo naturalmente su colofón en la estancia en Berlín, donde Mozart tocó para el Rey de Prusia, Federico Guillermo II, sobrino y sucesor de Federico el Grande, músico también como su tío, y que hizo a Wolfgang Amadeus sugestivas ofertas de quedarse en su Corte.

Pero Mozart no aceptó. No le pareció decoroso abandonar a “su buen Emperador” José, que —en medio de cicaterías y de incomprensiones— le brindaba apoyo, le había concedido un cargo permanente en la Corte de Viena, le testimoniaba frecuentemente afecto y apreciaba su música.

Si cabe alguna duda de esto, la disipará quien la tenga cuando advierta cómo cambiaron las cosas para Mozart y cómo se deterioraron al acaecer, el día 20 de febrero de 1790, el fallecimiento del Emperador José II con el subsiguiente advenimiento al trono imperial de su hermano Leopoldo. Mozart había conocido a éste primero en Viena, de niño, en la Corte imperial, luego en Florencia cuando era sólo Gran Duque de Toscana; entonces había disfrutado de su hospitalidad y simpatía. Pero su interés por la música era inferior al demostrado por su hermano y antecesor, que la conocía bien y la practicaba, como pianista y violinista.

Con todo, Wolfgang pensó que las ceremonias de las coronaciones del nuevo soberano en sus varios Estados habrían de prestarse a acontecimientos musicales en los que él podría tomar parte con honor y beneficio. Para ello, se aprestó de nuevo

---

112 “Wir apeissten dann beim Russischen Gesandten alwo ich viel spielte” (carta de Mozart a su mujer, de Dresde, 16 de abril de 1789).

113 Massin, *op. cit.* pág. 493

a viajar, con abundante bagage de partituras y de esperanzas. El primer viaje lo condujo en 1790 a Frankfurt, donde tuvo lugar, como era usual, la coronación romana. Allí Mozart tocó con éxito (más de fama que de lucro) sus “conciertos de la coronación”<sup>114</sup>. El segundo viaje había de ser mucho más importante: la meta era Praga, para la coronación de Leopoldo II como Rey de Bohemia, a fines de verano de 1791.

Corrían azarosos tiempos de la Revolución Francesa. El Emperador, sobre el que pesaban las grandes responsabilidades de poner orden en las diversas regiones de sus Estados patrimoniales, agitadas por rebeliones contra el gobierno centralista y unificador de José II, y además constreñido a convenir con los soberanos europeos una política común frente a la amenaza de la Francia revolucionaria, marchó por entonces a Pillnitz, para entrevistarse allí con el rey de Prusia, Federico Guillermo II. Después, había de trasladarse a Praga, con toda su Corte, para los fastos de la coronación.

Mozart también. Su presencia en Praga era requerida porque allí, con motivo de los festejos y como uno de los más importantes, iba a estrenarse una ópera suya, *La Clemenza di Tito*. La ocasión era propicia para refrendar y aumentar su ya consolidada fama y para afirmar su posición ante el nuevo monarca, para hacerse escuchar del Emperador y la Emperatriz, de la Corte, de la Nobleza austríaca y bohemia.

Y de los diplomáticos extranjeros, entre los que Mozart tenía buenos amigos. Del Cuerpo Diplomático acreditado en Viena formaban parte, como ya se mencionó, el Príncipe Gallitzin, Embajador de Rusia, el Conde Jacoby, Ministro de Prusia, el Conde Delfino, Embajador de Venecia, los tres amigos e influyentes protectores de Mozart. El Embajador de Francia era el Marqués de Noailles, que se encontraba comprensiblemente en una posición penosa, dados los horribles sucesos de Francia; desde que el Ministro austríaco de Negocios Extranjeros, Príncipe de Kaunitz, le dio noticia de la prisión de Luis XVI, de la Reina y el Delfín, el Marqués “mostró el mayor dolor y le dijo que no saldría más de su casa hasta tener nuevas órdenes”<sup>115</sup>. Otros jefes de misión diplomática extranjera eran el Nuncio apostólico Giambattista Capra (luego Cardenal y Legado en Francia, donde habría de morir en medio de las turbulencias napoleónicas) el Ministro sueco Barón de Nolcken<sup>116</sup> y el Embajador de España, Marqués de Llano.

114 *Krönungskonzerte* KV 459 y 539.

115 Así lo refiere el Embajador español, Marqués de Llano, en despacho de 11 de julio de 1791 al Conde de Floridablanca (Madrid, Archivo Histórico Nacional —en adelante AHN—, Estado, leg. 3.456). El Embajador francés vivía en la *Johannesgasse*, núm. 997.

116 Asistido por cierto por el famoso Conde de Fersen, que había desempeñado tan importante papel en la preparación de la bienintencionada pero desafortunada fuga de la familia real francesa a Varennes. En Viena se suponía que trabajaba para “concurrir al restablecimiento del Rey Cristianísimo en su Corona y dignidad”, comenta el Embajador español (despacho núm. 112 de 8 de agosto de 1791, AHN, Estado, leg. 3.743).

El papel de la embajada española no era irrelevante. Ha de tenerse presente que la nueva Emperatriz, María Luisa de Borbón, era una hija de Carlos III, por tanto hermana del soberano a la sazón reinante en España, Carlos IV<sup>117</sup>. Consiguientemente el Embajador español era tratado con especial muestra de afecto por la Emperatriz, que le entregaba cartas semanales para sus hermanos en España y así también las recibía de ellos regularmente<sup>118</sup>. La Emperatriz acudió incluso alguna vez a la casa de campo que el Embajador español tenía en las afueras de Viena.

Esa relación recomendaba el envío de un Embajador extraordinario de la Corte de Madrid para felicitar a la nueva pareja imperial, y así se decidió en efecto. La elección recayó en el Marqués de Valdecarzana<sup>119</sup>, que salió de Madrid, con su esposa, a primeros de febrero —vía París— y llegó a Viena a mediados de abril de 1791. Supo el Marqués que la coronación de los Emperadores en Praga se celebraría a fines del verano y resolvió no quedarse a ella, sino salir rumbo a Nápoles una vez cumplimentados los soberanos en Viena<sup>120</sup>. Quedó, pues, solo el Embajador ordinario, Marqués de Llano<sup>121</sup>.

Se estimó, sin embargo, en Madrid que convenía con aquel motivo engrosar la misión y se ordenó marchasen en comisión a Viena desde Berlín algunos de los miembros de la legación en Prusia; uno de ellos, el más importante, fue don Pedro García de León Pizarro, a la sazón modesto Secre-

117 Leopoldo y María Luisa llevaban veinticinco años de matrimonio y habían gobernado en Toscana desde 1765.

118 Por el mismo conducto se recibía, por cierto, el importante y confidencial correo que a la Corte imperial mandaba la infortunada Reina de Francia, María Antonieta (hermana del Emperador), a través del Embajador español en París, Conde de Fernán-Núñez, según refiere el Embajador de España en Viena (Vid. AHN, Estado, leg. 3.656).

119 Don Simón Judas Tadeo Fernández de Miranda, sobrino del Duque de Losada y Caballerizo Mayor del Príncipe de Asturias en 1778 y Sumiller de Corps de Carlos III en 1783. Grande de España. Como el “Marqués diplomático” de la primera serie de los Episodios galdosianos, se adhirió luego al bando afrancesado y fue Camarero Mayor de José I para finalmente, también como aquél, pasar al bando nacional y morir en Salamanca en 1810, en plena Guerra de la Independencia.

120 “Para últimos de agosto harán ambos soberanos el <viaje> de Bohemia para la solemnidad de su coronación. Luego que evalúe mi comisión y dé cuenta de ella a V.E., como que aquí no tengo que hacer otra cosa saldré para Nápoles a ver si puedo sistemar los intereses de mi mujer” (carta de Valdecarzana a Floridablanca, de Viena, 11 de junio de 1791, AHN, Estado, leg. 3.743).

121 Agustín de Llano y de la Cuadra, Marqués de Llano en 1772, había nacido en San Julián de Músquez en 15 de septiembre de 1722. Oficial de la Secretaría de Estado, luego Secretario de embajada en París en 1751, de nuevo en Madrid en 1755 como primer oficial de la Secretaría de Estado; Ministro en Parma de 1771 a 1774; Consejero de Estado en 1785; Embajador en Viena desde 1787, donde habría de morir en 1794. Habitaba en la Plaza de los Minoritas, núm. 36, en la *Ullnfeldisches Haus*. Pizarro, en sus citadas *Memorias*, hace de él un retrato harto halagüeño, pero el Embajador imperial en Madrid, Conde Kageneck, da a entender que en la Corte española no se le tenía en mucho aprecio (despacho núm. 17 de 19 de abril de 1789, en *Berichte*, cit. XV, pág. 113).



tario de Legación en Prusia y que, andando el tiempo, desempeñaría un papel notorio y ajetreado en la diplomacia española hasta ocupar la Secretaría de Estado bajo Fernando VII; en sus *Memorias*, que abundan en noticias (sobre todo para subrayar la importancia de su persona y sus hechos), se refiere a su comisión vienesa y a su presencia y la de sus colegas en los actos oficiales, a las superiores órdenes del Embajador Llano.

Pero interesa en el presente contexto saber qué papel desempeñó el Cuerpo Diplomático extranjero en las ceremonias de la coronación en Praga, a las que asistió Mozart y en las que se representó su ópera, compuesta para la ocasión. Será pertinente comenzar alegando decepcionante escasez de noticias. El Embajador español decidió, desde luego, acudir, tanto por cumplir mejor sus deberes con la Emperatriz, como porque ésta personalmente los instó a ello a él y a su esposa.<sup>122</sup>

Tratándose la coronación en Bohemia de un acto de tanta importancia, comprensiblemente era de pensar que los Embajadores acompañasen a la Corte en su proyectado desplazamiento a Praga. Sin embargo, por la información remitida a Madrid por el Embajador Marqués de Llano sabemos que no hubo decisión por parte de la Corte imperial y que los Embajadores que quisieron fueron simplemente por su cuenta.<sup>123</sup>

Acudieron desde luego varios. El Marqués refiere, en sus despachos a Madrid, actos oficiales en los que comparecieron los Embajadores extranjeros: el ruso, el veneciano, el napolitano. En uno de sus actos, un banquete, el Embajador ruso, Príncipe Gallitzin (amigo de Mozart, como se sabe), provocó un accidente, pasando por delante de sus colegas para ocupar un sitio preeminente al lado del Emperador; el Embajador español se quejó de aquél asalto al protocolo y se le dio satisfacción colocándolo a él, en el siguiente banquete, al lado de Leopoldo II, que incluso lo esperó de pie, al haberse demorado el Marqués por la aglomeración de gente<sup>124</sup>; en esa misma ocasión alude a la presencia del Embajador veneciano Delfino.

---

122 “Creo del Rey el deber yo ir a Praga, como van casi todos los embajadores. Con ésta estaré a la mano para informar de todo lo que ocurriere y podré entregar y recibir las cartas de la Emperatriz. Además, Su Majestad Imperial ha tenido la bondad de decir a mi mujer y a mí que esperaba que en esta ocasión no faltaríamos y que lo estimaría como que pertenecemos al rey su hermano” (de Llano a Floridablanca, Viena, 18 de agosto de 1791, AHN, Estado, leg. 3.626).

123 “No nos han convidado a venir a Praga, y así los embajadores y ministros extranjeros que hemos venido a Praga ha sido por nuestra propia voluntad y cada uno por sí ha decidido si su venida podría ser útil a su soberano” (Llano a Floridablanca, despacho del mismo día, *ibidem*).

124 *Ibidem*. El marqués no reclamó en el mismo acto “pour ne pas faire une scène indécente”, según explicó en su nota de protesta a la cancillería austríaca. Luego, el propio Llano lo comunicó también a su colega, el Ministro de España en San Petersburgo, Miguel de Gálvez, por si Gallitzin lo contaba a su Corte a su manera.

De éste sabemos positivamente que estuvo presente en la representación de la ópera mozartiana; ocupaba la primera fila de un palco, junto al inevitable Conde Zinzendorf y a cuatro damas<sup>125</sup>. En otro palco parece que estarían los otros Embajadores. El Marqués de Llano no alude en concreto a la ópera y sí sólo a que se continuaban las funciones de la coronación<sup>126</sup>, a las que es de esperar que asistiera regularmente, porque consta que aprovechaba de ello para conversar largamente con el Emperador sobre los peliagudos asuntos de Francia, incluso en medio de la afluencia de público<sup>127</sup>. También León Pizarro da cuenta en sus citadas *Memorias* de que los diplomáticos (los oficiales Suasnabar y Senra) que con él acudieron en comisión desde Berlín a Praga, para participar en las festividades de la coronación, “lo vieron todo, haciendo un papel brillante y concurriendo en primera línea en todas partes”.<sup>128</sup>

Es lástima, sin embargo, que ni el Marqués de Llano en sus despachos a Madrid<sup>129</sup>, ni León Pizarro en sus memorias hagan alusión a haber asistido, en los festejos de la coronación, al estreno de la ópera de Mozart, *La Clemenza di Tito*, compuesta expresamente para la ocasión. Más raro aún es el caso del segundo, del que conocemos aficiones musicales<sup>130</sup>. Por lo que se refiere al Marqués, que tenía acceso al diálogo con la Emperatriz, o de la Marquesa, que tenía con la soberana gran predicamento, acaso se sintieran obligados a compartir el desdeñoso juicio que según parece, ésta expresó sobre la ópera, “una porchería tedesca”, lo que, de ser cierto, haría poco honor a su sensibilidad musical, demasiado dependiente del gusto italiano. En todo caso, no parece haberse producido allí una relación española concreta con Mozart y su música<sup>131</sup> o

---

125 Robbins Landon: *Mozart, los años dorados*, apéndice, pág. 262.

126 Vid. despachos de 4 y 11 de septiembre.

127 *Ibidem*.

128 *Memorias*, edición de la *Revista de Occidente*, Madrid, I, pág. 25.

129 Minutas y originales en AHN, Estado, legs. 3.626 y 3.743, respectivamente.

130 Él mismo refiere que, en Alemania, durante su estancia en Rathenau, la Condesa de Spa le prestó un piano (*Memorias*, I, pág. 23).

131 Como los contactos habidos entre la música de Haydn y su penetración en España a través de la aristocracia española de la época. Véanse Solar-Quintes: “Las relaciones de Haydn con la Casa Benavente”, en *Anuario Musical*, 1947, o Robbins Landon: *Chronicles and Works, Haydn at Esterháza*, p. 588. No se olvide la conocida presencia diplomática en Viena de otra gran Casa de la Nobleza española, la de los Duques de Osuna; dos fueron por entonces Embajadores extraordinarios ante el Imperio: Pedro Téllez-Girón Claros Pérez de Guzmán en 1764-1765 y Pedro de Alcántara Téllez-Girón y Pacheco en 1799.

una ruta de contactos con España<sup>132</sup>. Y, sin embargo, es más que probable que no carecieran los Embajadores de España de gusto por la Música; de la Embajadora, doña Isabel Parreño, Marquesa de Llano, se sabe (Lorenzo da Ponte alude a ello en sus *Memorias*) que brindó efectiva protección al entonces famosísimo compositor español en la Corte de Viena, Vicente Martín y Soler.

El estreno de la ópera mozartiana tuvo lugar el 6 de septiembre por la tarde (por la mañana se había efectuado la coronación en la Catedral de San Vito), y fue presidido por la pareja imperial; asistió una muchedumbre entre la que se apretujarían los flamantes Embajadores extranjeros<sup>133</sup>, recubiertos de entorchados y condecoraciones, ahogados de bandas y cintas y gorgueras de encaje, enfundados en sus bordadas casacas de ceremonia<sup>134</sup>, tocados de cuidadas y empolvadas pelucas. La representación conoció un apreciable éxito, aunque desde luego inferior al merecimiento de aquella obra, que estaba muy por encima de la capacidad receptiva del público. En el informe oficial se alude a los aplausos al libretista, compositor y cantantes y se atestigua que Sus Majestades abandonaron satisfechos el teatro<sup>135</sup>. Eso fue todo.

El Embajador español, que omite referencia concreta a la ópera, cita algunos otros actos (además de los banquetes comentados más arriba), como la “inauguración del Emperador como Rey de Bohemia”<sup>136</sup>, es decir, la *Erbhuldigung*, que tuvo lugar el día de septiembre en la catedral y en la que es harto probables que se interpretaran obras de Mozart<sup>137</sup>. Alude también a la coronación de la imperial consorte el día 12<sup>138</sup>, ocasión en la que sabemos que

132 Bien es verdad que Mozart no fue un hispanófilo (a pesar de haber regiamente contribuido a la extensión del españolísimo mito de *Don Juan*, aunque más bien a través de Molière o de Goldoni o Gluck). Recuérdese la alegría con la que comentó, en carta a su padre, la derrota infligida a España y a Francia por Inglaterra en Gibraltar en 1792, a la vez que se declaraba “archi-inglés”: “Jawohl habe ich —und zwar zu meiner grossen freude, den sie wissen wohl dass ich ein ErzEngelländer bin— Engellandas Siege gehört” (carta de 19 de octubre de 1782). Intentó incluso componer una oda sobre el tema, que no cuajó.

133 Zizendorf cuenta en su diario que la salida del teatro fue extremadamente dificultosa a causa de los empujones del público (vid. Robbins Landon: *Mozart, los años dorados*, pág. 262).

134 García de León Pizarro cuenta incluso que él se inventó un uniforme para la ocasión y que ello fue precisamente el origen de lo que luego se convertiría en el uniforme diplomático español (*Memorias I*, págs. 25-26).

135 “Das Singspiel ward mit dem Beifalle, den Verfasser, Kompositor und die Singstimmen, besonders die rühmlich bekannte Opersängerin Luiza Todí aus vollem Grunde verdienten, aufgenommen, und es schien, dass Ihre Majestäten das Schauspielhaus mit Zufriedenheit verlassen haben”.

136 AHN, Estado, leg. 3.626.

137 Robbins Landon: *El último año de Mozart*, 1791, pág. 131.

138 “Se celebró la coronación de la Emperatriz en calidad de Reina de Bohemia el 12 como se había destinado” (despacho de Praga a 18 de septiembre de 1791. AHN, Estado, leg. 3.626).

hubo música, probablemente consistente en una de las *Misas de la Coronación* de Mozart (KV 317 o 337).<sup>139</sup>

Aquellos días de septiembre en Praga debieron de estar inundados de la eufónica belleza de la música mozartiana: *Don Giovanni*, *La Clemenza*, Misas, fragmentos sacros, danzas y piezas festivas y circunstanciales. Entre tantos asistentes a los festejos, ¿cuántos se darían cuenta de estar gozando de obras inmortales, de estar acompañando al canto del cisne de un gran artista, cuya vida se estaba ya rápidamente extinguiendo?

## EL FINAL

De Praga retornó Mozart a Viena seguramente con frustradas esperanzas y desde luego con sus fuerzas físicas disminuidas. El gigantesco esfuerzo de la composición de *La Clemenza* en pocos días había de afectar incluso a una naturaleza tan prodigiosamente dotada para la invención musical.

A pesar de ello, los meses que siguieron habrían de ser extraordinariamente fecundos en la obra mozartiana. Fue el glorioso final de una vida gloriosa, que asombra por su grandiosidad (*La Flauta Mágica*, el *Requiem*), tanto como había asombrado la estupenda precocidad de la infancia. El estreno de *La Flauta* fue uno de los más clamorosos éxitos (tal vez el mayor) que Wolfgang Amadeus cosechó en su corta y riquísima existencia mortal. Podía esperarse que ello abriese un nuevo y más esperanzador capítulo en la condiciones prácticas de su vida. Sin embargo, aquéllos son también meses marcados por el dramatismo que precede a la desaparición y que acompaña a los amargos de la muerte.

Por unos u otros motivos, los amigos que ha aparecido por estas páginas se van ausentando de ellas al final. El regreso de Mozart de Praga fue casi inmediatamente acompañado de una crisis en la que figuran elementos políticos y sociales, no ajenos a la época, dominada ya por las sacudidas de la Revolución, ni tampoco ajena al mundo en que Mozart se movía. En octubre de 1791 se descubrió en Viena una conspiración atribuida a elementos de la masonería, denunciada al Emperador. Las sociedades secretas (notoriamente la de los *Iluminados*) habían de ser consideradas como una amenaza a la Corona y a la Sociedad, a la vista, sobre todo, de lo que estaba ocurriendo en una Francia atormentada por inauditos horrores.

---

139 Robbins Landon, *ibidem*, pág. 140

La consecuencia fue la caída en desgracia de personas próximas a Mozart y también —y ello afecta al tema— vinculadas a la diplomacia. Se hallaban complicados en la conjura hombres como Cobenzl, Vicecanciller imperial (antiguo favorecedor de Mozart) o Jakoby, Ministro de Prusia en Viena y amigo de Wolfgang<sup>140</sup>. Fue también el caso del Barón Gottfried van Swieten. Implicado, según parece, con otros amigos iluminados en la trama descubierta, cayó sobre él el peso de la autoridad imperial. El 5 de diciembre de 1791, Swieten fue exonerado de todos sus cargos públicos al frente de la Biblioteca Imperial y de la comisión de Educación. Para él sería un día aciago.

Pero ese día se recuerda hoy en la Historia de Europa como un día aciago por un motivo mucho más triste, que enluta todavía el espíritu de quien lo evoca, cuando relee los sucesos de aquel fin de siglo. En su casa de la *Rauhensteingasse* de Viena, el 5 de diciembre de 1791, expiró Wolfgang Amadeus Mozart.

De los encopetados amigos y protectores que en otros tiempos habían acompañado al artista por los alfombrados corredores de los palacios y las acas señoriales que él había embellecido con su música, poco puede ciertamente decirse en las horas finales. Pero al menos debe reseñarse que, en aquel mismo día que para él era también infausto, el Barón Swieten, recién destituido, compareció personalmente en la casa del amigo fallecido. Dicho sea eso en honor del diplomático filarmónico que se honró con la amistad del gran artista y, que aun amargado por su propia caída, acudió a despedirse de sus despojos. Menos honor le hace que, cicatero y parsimonioso, renunciara a mostrar generosidad y aconsejara la postrer humillación de un sepelio barato<sup>141</sup>.

Cara y cruz del fasto y de la modestia, de la amistad y el despego, del mecenazgo y del olvido, se ha manifestado aquí la presencia de la Diplomacia y de los diplomáticos en la vida de Mozart, a veces para subrayar gratamente capítulos de éxitos, a veces para denotar estima y apoyo, otras para acusar incomprensión o bien sólo aprecio condicionado por el gusto de la época y sus limitaciones. Pero se ha visto, en todo caso, entrecruzarse con la de Mozart otras vidas de personajes de su tiempo, a menudo no desprovistos de interés.

Cabe aún la posibilidad de un epílogo. Es sabido (no es tema de este ensayo) que Constanze Mozart obtuvo algunas ayudas de altos orígenes que la permitieron remontar una situación económicamente apurada, y que el nombre Mozart y su fama resonó después de su muerte en la Viena que le había

---

140 Por cierto que también estaba implicado el General español Príncipe Pignatelli.

141 El entierro costó la módica suma de 11 florines y 36 *Kreuzer*; era un entierro de tercera, simplificado además por las medidas introducidas por la minuciosa legislación del Emperador José, que hacían aún más sórdidas las ya de por sí ruines características del procedimiento para pobres.

tributado aplausos, pero que no siempre lo habían comprendido. El Emperador Leopoldo y, tras su inesperada y temprana muerte al año siguiente, su hijo y sucesor Francisco II otorgaron a la viuda medios para subvenir a sus apuros. El Rey de Prusia, que parece que hubiera querido tenerlo en su Corte en vida, se mostró también favorablemente dispuesto tras su muerte.

Precisamente una de esas ayudas llegó a Constanza por el conducto diplomático. Se sabe que el Ministro plenipotenciario de Prusia en Viena satisfizo a la viuda de Mozart la suma de 450 florines por una copia del *Requiem*, que, por cierto fue cantado en Viena en 1792 por iniciativa del Barón Swieten, ya repuesto en sus cargos.

Ello redundó en la fama inmortal de Mozart, pero no en la veneración de sus restos mortales, como si el destino hubiese querido resaltar más la primera haciendo imposible la segunda. El entierro en fosa común hizo pronto irrecognoscible el lugar donde hallaron reposo los restos de Wolfgang Amadeus. Andando los años, fue —es preciso recoger el dato por insólita, casual pero evidente congruencia con el tema— el diplomático sajón Griesinger, amigo y biógrafo de Haydn, citado ya más arriba, quien propuso a Constanze Mozart hacer algo para fijar el lugar y conservar así un preciado punto de conmemoración. Ella asintió, pero nada se hizo al fin.<sup>142</sup>

Lo más sorprendente y, por otra parte bien conocido, es que el epílogo diplomático mozartiano lleve los derroteros de la vida sentimental de Constanze. Necesitada de allegar fondos y de poner para ello en renta habitaciones de su vivienda, vino la viuda a intimar en 1799 con su inquilino, que era precisamente un diplomático extranjero, el consejero de la legación de Dinamarca, Georg Nikolaus von Nissen<sup>143</sup>. Lo importante no es tanto que la relación de ambos se viese más tarde dignamente legitimada por el sacramento matrimonial, cuando el diplomático, por razón de su carrera, hubo de trasladarse a Copenhague con Constanze en 1809, como el hecho de que Nissen se hubiese de convertir en el cuidadoso, devoto y bien informado biógrafo de Mozart; jubilado en 1820, se fue con su esposa a vivir precisamente a Salzburg y allí evocarían ambos la memoria del gran genio. De ello brotó el libro de Nissen; para él contaba naturalmente con la más directa fuente de datos sobre la vida de Mozart, al que él tributó una respetuosa y afectuosa admiración. La biografía de Mozart que el diplomático danés escribió<sup>144</sup>, con la inestable ayuda de la que fue esposa de ambos, fue y sigue siendo una pieza fundamental en el conocimiento que la

---

142 Vid. Massin, op. cit., pág. 578.

143 (1761-1826)

144 *Biographie W.A. Mozarts nach Originalbriefen*, Leipzig, 1828; 2ª edición, 1849.

posteridad se ha podido formar de la vida del gran músico. Por cierto, no será irrelevante señalar que, en la muy extensa lista de suscriptores del interesante libro, figuran no pocos diplomáticos: homenaje póstumo de la Diplomacia al gran maestro<sup>145</sup>.

Precisamente sobre Constanze Mozart da referencias interesantes para el conocimiento histórico de su persona en aquellos años otro testigo que, por razón de su profesión, tiene indiscutible derecho a figurar en estas páginas. En 1797 tomó posesión de su cargo en Viena, un diplomático sueco, el Encargado de Negocios de Gustavo IV ante la Corte imperial de Francisco II. Se llamaba Fredrick Samuel Silverstolpe y a él debemos agudas observaciones —no siempre halagadoras para los vieneses— sobre la vida musical en la capital austríaca.

Silverstolpe, amante de la música, se hizo pronto amigo tanto de Haydn, aureolado de justo renombre, como de la singular pareja que hacían Nissen y la viuda de Mozart. Cuando en 1803 se marchó de Viena, recordó afectuosamente a Constanze: “es una persona estimable —escribió—. Echaré en falta su compañía mientras viva”<sup>146</sup>.

Pero las vidas humanas y sus recuerdos concluyen. No la fama. Los ecos de Mozart, de su música y de sus hechos, estaban destinados ciertamente a no extinguirse. Como en las palabras del diplomático Kaunitz, hombres como él no nacen en cien años. Doscientos han transcurrido de su muerte, y su obra es fuente de gozo y de admiración permanente. La música que él con-

---

145 Los expresamente citados como diplomáticos son los siguientes:

- Conde de Alopëus, Embajador de Rusia en Berlín.
  - Barón de Brandel, Ministro de Suecia en Berlín.
  - Señor Bunsen, Ministro residente de Prusia en la Santa Sede.
  - Conde de Luxburg, Ministro de Baviera en Berlín.
  - Von Nagler, Ministro de Prusia ante la Dieta de la Confederación Germánica.
  - Barón de Reden, Ministro de Hannover en Berlín.
  - Sir Brook Taylor, Ministro de Gran Bretaña en Berlín.
  - Conde de Trautmannsdorff, Ministro imperial en Berlín.
  - Señor de Watzdorff, Ministro de Sajonia en Berlín.
  - Señor Dehn, agregado a la legación de Suecia en Berlín.
  - Señor de Hänlein, Encargado de Negocios de Prusia en Kassel.
  - Dr. von Olfers, Consejero de legación prusiano.
  - Señor Varnhagen v. Ense, *idem*.
  - Señor Till von Griesinger, Consejero de legación de Sajonia en Viena.
  - Señor C.F. Holm, Plenipotenciario en Copenhague.
  - Señor von Struye, Embajador de Rusia en Hamburgo, ante las Ciudades Hanseáticas.
  - Señor B.A. Tunkel, Secretario consular ruso
- (Georg Nikolaus von Nissen: *Biographie W.A. Mozart's*, págs. XXVI-XLIV).

146 Cit. *apud* Robbins Landon: *El último año de Mozart, 1791*, pág. 217.

cibió, fruto de su espíritu amable y *clásico*, continúa ofreciendo la frescura de su menaje, en el que vive su tiempo, pero palpita también la intemporalidad que es propia de las obras verdaderamente grandes del ser humano; un mensaje que es invariablemente hermoso, muchas veces deliciosamente placentero, otras también pleno de un hondo dramatismo, que no alteraba la tersura de su obra. Es el refinamiento, desde el que nos saludo, noble y digno, el buen gusto del Clasicismo.

La Diplomacia del tiempo tuvo algo que ver, no sólo por coincidencias de época, con la vida de Wolfgang Amadeus Mozart, por trato de personas, por recorrido y frecuentación de lugares, por comunidad a veces de ideas o aspiraciones. Se ha dicho de Mozart que no fue un diplomático: “su sonrisa no es la de un diplomático o la de un actor, sino la de un espíritu puro,, y, sin embargo, de un hombre de mundo”<sup>147</sup>. pero es que en la sonrisa de un diplomático, siempre contenida e imperturbable, suele cobijarse también, como en la música mozartiana, el sentimiento humano, alegre o contristado, optimista o patético, feliz o doliente, pero siempre bajo la inalterable carátula de la nobleza y la cortesía.

---

147 Ferruccio Busoni, en el Sesquicentenario del nacimiento de Mozart, en enero de 1906. Cit. *apud* Kurt Pahlen: *Das Mozart Buch, eine Biographie in Dokumenten*, 1991.







DIPLOMACIA  
VATICANA:  
EL PRIVILEGIO  
DE EXCLUSIÓN  
EN LOS  
CONCLAVES

## DESIGNIOS EUROPEOS Y ELECCIONES ROMANAS

“Todos los caminos llevan a Roma”. Todos quienes ponen rumbo a Roma, romeros son y peregrinos. Mas lo que allí se encuentra, puede a veces ser más de lo que se busca o acaso menos de lo que se aspiraría a hallar. Escribió Quevedo, inspirándose en anteriores fuentes:

“Buscas en Roma a Roma ¡oh peregrino!,  
Y en Roma misma a Roma no la hallas”.<sup>1</sup>

Y eso es así, porque tantos son los caminos. A Roma llevan las rutas del Arte, de la Mitología clásica, de la Religión cristiana, de las guerras y las paces, de la Historia toda de Europa, de patricios y plebeyos, de mártires y dictadores, de ruinas y de vestigios, de césares y de bárbaros, de gladiadores y de poetas, de Papas y de cardenales. En la Edad Media se decía que era “caput mundi”. Y “plaza del mundo” la llamó un Rey de España<sup>2</sup> que nunca la pisó, pero que conoció bien sus designios y en ellos intervino.

No fue nunca Roma ajena a la Política. Ni cuando desde el Capitolio fue dominadora de pueblos, ni cuando desde el Vaticano rigió su culto y su piedad. Los Grandes de Europa dirimieron allí a menudo sus diferencias, cuando mandaron a tierra italiana sus ejércitos o cuando a Roma despacharon embajadores.

Con esto último queda dicho que fue palestra de enfrentamientos de Diplomacia y teatro de ella. Por eso fue Roma cruce de embajadas. Por eso fue escenario de Diplomacia europea, encuentro diplomático a través de los tiempos. Y, por depender del tiempo, el escenario se convierte en recorrido.

Tal sucedió cuando el Pontificado católico se relacionó con los soberanos europeos y cuando a éstos les interesó mucho aquél, y también su modo de obrar. Esa relación obtuvo entonces caracteres de continuidad, de suerte que, en medio de la diversidad de tratos y materias, algún elemento determinado mantuvo durante siglos su propia condición, causando reiteraciones y asimismo permanentes controversias, tanto si se trataba de privilegio o de mera singularidad. Cuando ello requería actuación, no podía ser ajeno a los embajadores,

---

<sup>1</sup> Un famoso soneto en el que Quevedo, remedando o acaso mejorando a Propercio, Du Bellay y Janus Vitalis, utiliza a la decaída y a la vez sempiterna Roma como ejemplo de perennidad y caducidad.

<sup>2</sup> Fernando el Católico.

destinados a aplicar consecuencias o determinar modos o alegar o defender pretensiones.

Siempre en virtud de instrucciones precisas.

Los embajadores a Roma las llevaban precisas y ponderosas. Aquella embajada era clave de tratos y negociaciones. De la de España se escribió una vez<sup>3</sup> que la embajada de Roma era “la más importante de cuantas Su Majestad tiene, por ser la llave de la paz y la guerra”.

El Papado efectivamente era propietario de las llaves de San Pedro, que no en vano figuraban en sus blasones. Con esas llaves se abría la puerta de la Sede Apostólica. Pero la principal puerta es la que se abría al inicio de cada pontificado, una nueva fase de los acontecimientos europeos, no sólo religiosos, sino también de política real y tangible. Ese inicio se realizaba en cada conclave. Destinos europeos se movían encerrados en sus muros.

Muchos de los proyectos de las naciones se urdían o se debatían en aquellos recintos mientras se desvelaban los escrutinios de la elección papal. Y el resultado tenía que ver con movimientos políticos y, a la inversa, éstos podían decidir de aquéllos.

Por eso se advertía que habían de “procurar los príncipes por medio de sus embajadores que la elección fuera acertada y cual conviene”<sup>4</sup>. Cuando se dice *convenir*, quiere decirse venir bien a uno y otro de los Estados de la Cristiandad. Para ellos “era de vital interés que en Roma reinase un Papa propicio”.<sup>5</sup>

## LA INTERVENCIÓN DE LOS PODERES TEMPORALES

La elección del Soberano Pontífice de la Iglesia Cristiana fue desde remotos tiempos del Cristianismo un acto de trascendental relevancia. Su práctica atravesó por diversas etapas que fueron estableciendo los trámites y modos de su procedimiento. En éste participaron originariamente clero y pueblo, hasta que se delimitaron funciones y poderes de lo que finalmente se consolidaría como el cuerpo de cardenales, que acabaría llamándose Sacro Colegio.

También desde época remota se dio inequívocamente en el proceso la intervención del poder laico que ejercía la soberanía política: el Emperador que, desde primitivos tiempos de la Iglesia, hacía valer su capacidad de participación

---

3 Por el Embajador Juan Antonio Vera y Zúñiga en 1620.

4 *Vide infra*.

5 Así Antonio DOMÍNGUEZ ORTIZ, “Regalismo y relaciones Iglesia y Estado (siglo XVII)” en *La Iglesia en la España de los siglos XVII y XVIII*, *Historia de la Iglesia en España*, dir. por Ricardo GARCÍA VILLOSLADA, BAC, vol.IV, 1979,p.74.

en la elección del Papa. Ello se tradujo, durante la Edad Media europea, en la alegada autoridad del Emperador Romano-Germánico, a quien, en su calidad de Abogado y protector de la Iglesia, se reconocía derecho a reclamar participación o consentimiento en la elección papal. Nótese que ello no se entendía como un derecho del gobernante a tomar parte en ella, sino más bien como un deber de éste de garantizar a su vez el beneficio de la Cristiandad en la elevación al solio de persona de adecuados méritos y virtudes, así como la pulcritud del propio proceso. Emperador y Papa, Imperio y Sacerdocio compartían así derechos y deberes para el supremo bien espiritual de la Iglesia cristiana. Erraría, pues, quien pensase que se trata de una controversia entre el poder temporal y el espiritual. Si bien el núcleo de la cuestión parecería ser la capacidad del poder temporal para intervenir en la elección, no es así. El Emperador compartía con el Papa la autoridad de la Iglesia cristiana. Era comprensible, pues, que interviniera en la elección, si no participando en ella, sí al menos dándole su aprobación.

Ello explica, no como una indeseable intromisión, sino como un conveniente saneamiento, la decisión de los emperadores Otón I en el siglo X<sup>6</sup>, Enrique III en el siglo XI durante el sínodo de Sutri<sup>7</sup> o Segismundo en el Concilio de Basilea<sup>8</sup>, para designar las personas que habrían de ostentar la dignidad pontificia en momentos de perniciosa confusión o de prácticas de simonía que envilecían su ejercicio o dificultaban el procedimiento de la elección.

Precisamente para proporcionar a ésta las necesarias garantías se fue perfilando la institución del conclave. Primero fue la decisión de limitar a un reducido

---

6 En el año 963 el Emperador Otón I no sólo efectuó la deposición del recusable Papa Juan XII (que el año anterior lo había coronado) y nombró como sucesor a León VIII, sino que hizo jurar que en lo sucesivo fuese necesario su consentimiento para una elección papal. “Cives fidelitatem repromittunt hoc addentes et firmiter iurantes nunquam se Papam electuros aut ordinaturos praeter consensum atque electionem domini Imperatoris Ottoni Caesaris Augusti filiique ipsius Regis Ottonis” (Liutprando de CREMONA, *Historia Ottonis*, cap. VIII).

7 En el año 1046, ante la penosa situación por que atravesaba el Pontificado, el Emperador Enrique III descendió a Italia y en Sutri y Roma depuso a los tres Papas a la sazón en discordia Silvestre III, Gregorio VI y Benedicto IX y nombró a Clemente II. Los siguientes Papas Dámaso II y León IX fueron también debidos a nombramiento del mismo Emperador. Sobre el tema, A.MICHEL, *Papstwahl und Königsrecht oder das Papstwahlkonkordat vom Jahre 1059*, 1936.

8 Durante la época del Gran Cisma, el Rey de Romanos Segismundo pretendió una vez elegir el Papa por su cuenta ante la carencia de cardenales legítimos. Tuvo una discusión con los preladados castellanos asistentes al Concilio de Basilea y con el obispo de Cuenca, según consta por el curioso testimonio de un informador a Alfonso V de Aragón. Según él, “lo emperador los respos que ell elegiría, e que a ell se pertannya per aquesta volta la eleccio e non a altri. E lo bisbe de Conqua li respos: ‘¿Com, Senyor, se pertanya a vos la eleccio? Car de dret als cardenals se pertany e non a altri’. L'emperador li respos que non havia cardenals, ni aquels no eren cardenals, per que l'Esglesia vacava e, en tal cas, ell, que era Emperador e rey dels romans, devia elegir per aquesta volta”. (Está en las actas del Concilio de Basilea, cit aquí *apud La Chiesa al tempo del Grande Scisma e della crisi conciliare*, Turín, 1967, I, p.268).

grupo de electores la capacidad de escoger al candidato a la Cátedra de Pedro: los cardenales en sus órdenes de Cardenales-Obispos y de Cardenales-Presbíteros fueron los llamados a tal función. Después fue el modo de rodear al proceso de las necesarias cortapisas. La principal fue la de vedar accesos y comunicaciones para asegurar soledad e independencia, incluso mediante el extremo recurso de encerrar a los electores con llave (“cum clavi”), de donde la denominación del lugar y del modo.<sup>9</sup>

Esas peculiares circunstancias forzaron la necesidad de ordenar el proceso mediante decisiones encuadradas en un adecuado marco normativo. Durante el II Concilio de Lyon, se elaboró, “sacro Concilio aprobante”, la Constitución “Ubi Periculum”, promulgada por Gregorio X, de 7 de julio de 1274, que ha sido la base de la legislación de conclaves. Se estableció allí el deber de los cardenales de no dejarse influir ni someterse a acuerdos y de que se mantuviese su libertad. “Cessat electio, dum libertas adimitur eligendi”. La decisión fue confirmada por Clemente V en el Concilio de Viena. La potestad papal y la conciliar se aunaron en tan importantes normas.

La norma así expresada ha sido el fundamento del derecho y obligación de los cardenales electores a conservarse libres de coacciones externas.

Éstas, sin embargo, no han dejado nunca, a través de la Historia, de producirse.

Consta que, en el largo y complejísimo conclave que siguió a la muerte de Clemente V en Rocamora el 20 de abril de 1314 y que duró hasta el 7 de agosto de 1316 (con la elección de Juan XXII en Lyon), se produjo un veto de Francia, ejercido contra el Cardenal Arnaud Fournier por parte del Conde de Forez en nombre del Conde de Poitiers, futuro Felipe V de Francia.

Este suceso habría de ser posteriormente aducido como precedente de una prerrogativa francesa de influir en las elecciones papales. Más tarde, durante las frecuentes turbaciones habidas en la Italia del Renacimiento, de las que no estuvo exenta la Sede Apostólica, en alguna ocasión los representantes de los Duques de Calabria y de Bari y del Regente de Milán excluyeron a algunos cardenales en el conclave que eligió a Inocencio VIII el 26 de agosto de 1484, si bien el documento llegó tarde y no tuvo efecto. Pero se tiene por posible que con el tiempo España tal vez reivindicase esa prerrogativa a partir de la adquisición del Reino de Nápoles.

---

9 Como es hecho bien sabido y divulgado, en 1268, a la muerte de Clemente IV el 29 de noviembre en Viterbo se reunieron para la elección 17 cardenales; se dio la vigilancia por la familia romana de los Savelli, el amurallamiento del palacio, luego la drástica limitación de alimentos a pan y agua, finalmente el derribo del tejado. Aun así el conclave duró dos años, nueve meses y dos días. Fue elegido Teobaldo Visconti, Gregorio X, el 1 de diciembre de 1271, consagrado el 27 de marzo de 1272 en Roma. Es el origen del conclave. Puede verse K.WENCK, “Das erste Konklave der Papstgeschichte”, en *Quellen und Forschungen aus italienischen Archiven und Bibliotheken*, XVIII (1926).

Una cosa queda patente. Con el tiempo se fue confirmando la presunción de que había un privilegio de intervenir en las elecciones papales a cargo de tres soberanos, no en vano los más importantes de la Cristiandad, a saber, el Emperador, el Rey de Francia y el de España. Es el llamado “Privilegio de Exclusión” o también *exclusiva*, vigente hasta el siglo XX y ejercido en numerosas elecciones de Sumos Pontífices.<sup>10</sup>

Para fundamentar esa actuación, se distinguiría entre la posición espiritual del Vicario de Cristo y la del Señor temporal, monarca de territorios en suelo italiano. Si el Papa como señor espiritual podía proceder con sanciones espirituales contra un Rey como soberano temporal (es decir, excomunión, entredicho, liberación del juramento de fidelidad), es evidente que influía en un ámbito político de soberanía terrenal. Se imponía en tales casos la necesidad de diferenciar los dos ámbitos de poder<sup>11</sup>, Esta independencia con relación a la Sede Romana fue cuidadosamente observada en la Monarquía española, siempre celosa de sus derechos frente a la influencia de la Curia<sup>12</sup>. Y otro tanto puede decirse del regalismo enérgicamente propugnado en Francia por la monarquía borbónica y antes por la galicana. Ello implicaba para los monarcas cristianos la alegada conveniencia de protegerse de presuntas perniciosas influencias romanas.

O de prevenirse de ellas, mediante la oportuna evitación de encontrarse con Papas políticamente hostiles. Esto se traducía en el reconocimiento de su capacidad para intervenir en el procedimiento de elección papal por el medio de proponer la inclusión de algún candidato favorable o la exclusión de alguno presumiblemente hostil. De ahí nació la doble prerrogativa de las llamadas “inclusiva” y “exclusiva”, ejercidas ya habitualmente desde el comienzo de la Edad Moderna

---

10 El tema de sus fundamentos, su ejercicio y su evolución ha sido objeto de abundantes menciones en los diferentes momentos de su aplicación histórica, pero el estudio completo sobre su presencia en el tiempo y su utilización es el magistral libro de EISLER, Alexander, *Das Veto der katholischen Staaten bei der Papstwahl seit dem Ende des 16. Jahrhunderts*. Wien, 1907. El lector lo hallará aquí por eso frecuentemente aludido. Todo análisis histórico de este tema le será deudor esa obra, tanto por el omnicompreensivo tratamiento de la materia, como por la ingente utilización de fuentes, especialmente vaticanas, que hacen imprescindible su siempre agradecida consulta. *Vide* también OCHOA BRUN, *Historia de la Diplomacia Española*, para exclusiones interpuestas en diversos conclave por el Rey de España (vol. V, p. 508 s, vol. VI, p. 20, vol. VII, p. 165 s., vol. IX, p.270 y vol. XI, pp.333 ss), como aquí ha de verse.

11 Como en aquella frase atribuida a unas instrucciones de Fernando el Católico a su Virrey en Nápoles: “ellos al Papa y vos a la capa”.

12 Véase como elocuente muestra, entre tantas posibles, esta carta del monarca español Felipe II: “Escribiré a los preladados, grandes, ciudades, universidades y cabezas de las órdenes de esos reinos [escribe desde Bruselas] para que estén informados y les mandaréis que no guarden entredicho, ni cesación, ni otras censuras, porque todas son y serán de ningún valor”. De Felipe II a su hermana Juana, 10-VII-1555. En CABRERA DE CÓRDOBA, I, p. 82, cit. *apud* G<sup>a</sup> VILLOSLADA, BAC, III, 2º, p. 39.

en los conclaves de las elecciones papales por el Emperador, el Rey Cristianísimo y el Rey Católico.<sup>13</sup>

Ello se verificaba por dos medios: el influjo a los cardenales propios o amigos, a menudo pensionados o dotados de bienvenidas prebendas, o la intervención diplomática, si bien ésta se empleaba también, ya fuese para influir a los cardenales, ya fuese para encargar a alguno especialmente designado para intervenir en el mismo conclave.<sup>14</sup>

## LA UTILIDAD POLÍTICA

La intervención de los antedichos monarcas en las decisiones de los conclaves acabó por convertirse en algo habitual y reconocido al menos *de facto*, si no como un derecho, desde luego como una práctica innegable<sup>15</sup>. Los tres príncipes mencionados alegaban intervenir por el bien de la Cristiandad. Naturalmente ello coincidía con sus propios intereses políticos, pero éstos no se aducían.<sup>16</sup>

Lo que sí se manifiesta es la resolución de estar presentes de alguna manera en el proceso de los conclaves. En un memorial autógrafo de Isabel la Católica, presumiblemente de 1491, para sus secretarios, en el que se trata de tareas que han de realizarse, se alude a las instrucciones que deban impartirse a Miguel Juan Gralla, Embajador en Roma para el caso de una eventual elección papal: “procuraremos tener toda la parte que pudiéremos en el Colegio [Cardenalicio]”<sup>17</sup>. Al año siguiente moriría el Papa Inocencio VIII y saldría elegido un español, Alejandro VI, el segundo Papa de la familia Borja, que para España resultó ofrecer, durante su conflictivo Papado, tanto logros<sup>18</sup> como sinsabores.<sup>19</sup>

13 *Vide*, por ejemplo, la explicación del veto en Giancarlo ZIZOLA, *Quale Papa? Analisi delle strutture elettorali e governative del Papato romano*, Roma, Borla, 1977, p. 69.

14 Lo explica, por ejemplo, Antonio DOMÍNGUEZ ORTIZ, en estos términos: “para obtener un Papa favorable, había que intrigar en los conclaves, lo cual se hacía, en lo esencial, de dos maneras: desde fuera, a través del embajador, que transmitía promesas y amenazas; desde dentro del conclave, disponiendo de un grupo de cardenales adictos”. “Regalismo y relaciones Iglesia y Estado (siglo XVII)” en *La Iglesia en la España de los siglos XVII y XVIII*, *Historia de la Iglesia en España*, dir. por Ricardo GARCÍA VILLOSLADA, BAC, vol.IV, 1979, p.74.

15 Para la Santa Sede fue tenida casi siempre como una injerencia no justificada, como se verá seguidamente. Por ejemplo, *vide* FROND, Victor, *Le Sacré Collège*, París, 1869, p. XLIX, que la considera francamente un abuso.

16 Incluso alegaban no tener obligación de manifestar los motivos de la exclusión.

17 El documento pertenece a la Colección San Román de la Real Academia de la Historia, ms, caja 3 nº4. (*Vid.* Catálogo de la exposición *Isabel la Católica en la RAH*, 2004, pp. 268 ss).

18 Las Bulas de Indias o la concesión del título de “Católicos” a los Reyes Fernando e Isabel.

19 Controversias de todo tipo que llegaron al borde de la ruptura.

A partir de entonces, el enfrentamiento entre España y Francia no podía sino influir en el Pontificado y por ello en los procesos de su elección. A la muerte del Papa Alejandro<sup>20</sup>, el monarca francés Luis XII encargó a su Embajador en Roma, el Cardenal d'Amboise, que impidiera la inclusión que propusieran los españoles<sup>21</sup>. Se temía que para deshacer un empate con la candidatura del cardenal Della Rovere, los cardenales españoles intervinieran para imponer un candidato propio. Para evitarlo surgió un candidato de compromiso, que los españoles también consintieron, Francesco Todeschini-Piccolomini, sobrino de Pío II, que, en homenaje a la memoria de su tío<sup>22</sup>, decidió llamarse Pío III. Fue elegido el 22 de septiembre.

Se preveía que su Papado duraría poco<sup>23</sup>. Pío III duró menos de una luna. Murió el 18 de octubre. Nuevo conclave. De nuevo bullían las sombras de rencores y venganzas. Los Reyes Católicos querían borrar los tristes episodios del calamitoso pontificado del Papa Borja que, como ellos escribieron a su embajador, tan “estragadas había dejado las cosas de la Iglesia”.

Fue elegido el 1 de noviembre de 1503 el cardenal Giuliano della Rovere (Julio II), con buenos auspicios, que se demostrarían engañosos con el tiempo, tanto para Francia, como para España. Maquiavelo, que estaba en Roma en misión diplomática, escribe a la Señoría: “il Re di Spagna e quello di Francia hanno scritto al Collegio in suo favore”<sup>24</sup>. Los Reyes Católicos escribieron a su Embajador Francisco de Rojas, para que felicitara al Papa Julio, que más tarde tantas dificultades les había de procurar.<sup>25</sup>

## DEVOCIÓN E INGERENCIA

Para esos años, las resoluciones de intervenir en las elecciones papales ya fuese para mera garantía o para conveniente provecho propio se hicieron habituales. Hé aquí una muestra harto elocuente. A la muerte de Julio, acaecida el 21 de fe-

20 El 18 de agosto de 1503 murió Alejandro VI y el 16 de septiembre se inició el conclave.

21 EISLER, p. 45.

22 El ilustre Papa humanista Pío II, Eneas Silvio Piccolomini.

23 El embajador veneciano Giustiniani escribía. “è a giudicar che in poco tempo abi a dar luogo ad un altro” (cit. en el vol II, de MACHIAVELLI, Niccolò, *Legazione e Commissarie*, ed. Sergio BERTELLI, Milán, Feltrinelli, 1964, 3 vols., II, p. 563).

24 A 1-XI-1503, MACHIAVELLI, Niccolò, *Legazione e Commissarie*, ed. Sergio BERTELLI, *op.cit.* II, p. 591.

25 A 29-II-1504, Bibl.Nacional de Madrid, ms.19204, DOUSSINAGUE, *La política internacional de Fernando el Católico*, p. 539). Las expresiones son de lo más lisonjero: “los ángeles se alegrarán en el cielo y los hombres en la tierra”.



brero de 1513, el Rey Don Fernando el Católico recomienda a su Embajador en Roma, mediante frases que, para este tema, resultan paradigmáticas:

“Si el Papa muriere paréceme que a los cardenales que están absentes de Roma, no se les debe impedir la ida de Roma si allá fueren, por no darles causa de fazer otra elección, pero débese trabajar que los cardenales presentes fagan luego la **elección la mejor y más santa** que se pudiere fazer, **no eligiendo** como dezís **franceses ni adherentes a Francia**” y encomienda al Embajador Jerónimo de Vich “por que la dicha elección se faga sin dilación y que sea la mejor y más santa que se pudiere”.<sup>26</sup>

A partir de esa posición, se esforzó la diplomacia española en Roma en favorecer la candidatura más conveniente a sus intereses en las elecciones papales. A comienzos del reinado del Emperador Carlos V actuaba allí como su Embajador el hábil y enérgico Don Juan Manuel, quien parece haber intervenido en favor del Cardenal Adriano, según informe de Martín de Salinas, acaso, entre otras razones, para impedir la elección de otro exitoso candidato, Bernardino López de Carvajal<sup>27</sup>, tan versátil en sus lealtades.

Pero lo más grave habría de darse poco después, mostrándose ya la importancia de las exclusiones o vetos. El propio Carlos V trató de impedir con su veto la elección del Cardenal Giovanni Pietro Carafa en dos conclaves sucesivos. Era éste un súbdito suyo, como napolitano, pero muy hostil a la Casa de Austria.

En efecto, a la muerte de Pablo III el 10 de noviembre de 1549, se inició un conclave muy reñido<sup>28</sup>. Los candidatos eran Pole por el Imperio y Carafa por Francia. Carlos V encomendó a su Embajador Juan de Toledo, tío del Duque de Alba y hermano del Virrey en Nápoles, que excluyera a los cardenales franceses y a Sacchetti, Ridolfi (pero murió durante el conclave a comienzos de 1550), Cervini (futuro Marcelo II), Capodiferro y Verallo. El 1 de diciembre, Mendoza fue a las puertas del conclave y entregó un documento en nombre de Carlos V, pero no para hacerlo público. El 30 de diciembre, Carlos V excluyó a Carafa y también, más secretamente a Cupis (estuvo encargado de los asuntos de Francia en la Curia), Sacchetti y Ridolfi. También a Monte, pero Mendoza no lo hizo público, felizmente, porque salió elegido el 7 de julio y ascendió al solio con el nombre de Julio III.

---

26 Medina del Campo, 6-III-1513, AGS, E, leg<sup>o</sup> 847, f. 114. DOUSSINAGUE, *Fernando el Católico y el Cisma de Pisa*, ap. 83, p. 598 s.

27 Para los escrutinios de ese conclave, *vide* la copia que hizo Berzosa por orden de Felipe II, en *Calendar of State Papers, Spain*, p. 388, n<sup>o</sup> 375.

28 “Der Wahlkampf war einer der schärfsten, welcher jemals hinter den Mauern eines Konklaves ausgefochten wurde”. EISLER, 48.

A la muerte de éste el 23 de marzo de 1555, escribió desde Bruselas Carlos V a su hijo Felipe (que estaba en Inglaterra) el 5 de abril que instruyera al Embajador Extraordinario en Roma Juan Manrique de Lara y “le aviséis con diligencia de las [personas] que os parecerán más idóneas para el Pontificado”, añadiendo que “es materia tan peligrosa para la conciencia y, con nuestra poca salud, no tener tiempo ni ánimo tan libre como sería menester para tractar cosa de tan gran momento, no queremos entrometernos en dar en esta parte nuestro parescer”. Sin embargo, consultada también la Reina María de Hungría “y los demás que con ella están”, “después de haber hecho examen de las personas, han dado por recuerdo, que son Polo<sup>29</sup>, Carpifano<sup>30</sup> y Morón<sup>31</sup>, los tres de los cuales como sabéis fueron de los sujetos nombrados en la elección pasada juntamente con Esfondrato<sup>32</sup> y Santiago<sup>33</sup>, el cual se dexa de nombrar por parescer quel colegio nunca verná en ninguno que sea ultramontano”. Y finalmente dice: “vos os resolveréis en lo que mejor os parescerá y dareis la orden al dicho don Juan y así cerca desto como en lo tocante a la exclusión”.<sup>34</sup>

Urgentemente respondió Felipe; escribe a Carlos V dese Hampton Court, el mismo 20 de abril de 1555: conformándose en todo y rogando “a Nuestro Señor que tenga la elección tan buen suceso como la Cristiandad ha menester”<sup>35</sup>. Parece que Carlos V quiso además impedir la elección de un profrancés. Tanto franceses como imperiales era sabido que gozaban de gran influencia en la elección, en cuyo poder decíase que estaba ésta<sup>36</sup>. El Cardenal Pole, inglés, favorecido por los imperiales, fue a su vez excluido por los franceses.<sup>37</sup>

El 9 de abril fue elegido Marcelo Cervini, que mantuvo su nombre como Marcelo II. Tras un pontificado muy breve falleció el 30 de abril, reproduciéndose paraje situación.

Carlos V por medio del mismo Embajador Extraordinario Juan Manrique, parece que dio orden de excluir a Carafa, pero sin hacerlo público salvo en

---

29 Reginald Pole.

30 Pío Rodolfo de Carpi.

31 Giovanni Morone.

32 Francesco Sfondrati.

33 Juan Álvarez de Toledo, Obispo de Túscolo y Administrador compostelano.

34 *Corpus documental de Carlos V.*, ed. Manuel FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Salamanca, Univ., 1979, vol. IV, p. 201.

35 *Ibidem*, p. 207.

36 “Caesariani atque Galli penes quos potestas eligendi Pontificem summa erat, pro se suisque sedulo faciebant ut Pontifex eligeretur, qui suis partibus faveret”. *Vid. Epitome, colección de Juan Verzosa*, Biblioteca del Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid, libro XIII (“il quale é il libro primo delli Conclavi o si pure il modo d’eleger li Papi”), ms 131, vol. I, p. 199.

37 “Polum, qui Caesarianus erat, diu [hi] postularunt, Gallorum tamen repulsus fuit”. *Ibidem*.

caso de necesidad, por lo que el Mendoza recomendó a Carafa que renunciara a ser candidato. Él respondió: “L’Imperatore non potrà impediré, che si Dio mi vuole Pontefice, io non lo sia; anzi allora sarò più contento perché non obligato di questa dignità se non che a Dio solo”.<sup>38</sup>

Por entonces fue nombrado Fernando de Castro, IV Conde de Lemos y I Marqués de Sarriá, como nuevo Embajador en Roma, sustituyendo a Juan de Mendoza. Como interino estaba Juan Manrique de Lara.<sup>39</sup>

En la instrucción al Marqués de Sarriá, que llegó a Roma después de la elección, que tuvo lugar el 23 de mayo de 1555, “el Emperador había añadido una cláusula poco habitual, excluyendo específicamente a un candidato, Carafa. La razón no era otra que sus conocidos sentimientos francófilos”. “Carafa no tardó en conocer la cláusula de exclusión y no sirvió para mejorar la opinión del Emperador ni de todo lo que olier a español”.<sup>40</sup>

Por desgracia para Carlos V, el Cardenal Carafa, al que había ya vetado dos veces, resultó elegido el 23 de mayo con el nombre de Pablo IV<sup>41</sup>. Subió al solio, pues, un resentido Papa, tenido con razón por muy favorable a los franceses y hostil a los Habsburgos.<sup>42</sup>

El hecho de que Carafa, vetado por Carlos V no fuera por ello elegido en los conclaves de Julio III ni de Marcelo II, pero sí finalmente en el tercero, podría explicar suficientemente su animadversión, pero ésta era anterior incluso a su elección, como lo muestran testimonios contemporáneos<sup>43</sup>. Había desembocado en odio hacia Carlos V, su hijo Felipe II Rey de España y su hermano el Emperador Fernando. Eso fue causa de un conflicto que amenazó convertirse en una guerra declarada en Italia, con las tropas del Duque de Alba a las puertas de Roma. Éste se cuidó de explicar: “Yo no hago la guerra al Papa como a Vicario de Cristo, sino como a enemigo jurado del Rey Católico”.<sup>44</sup>

38 EISLER, 50, nota.

39 Instrucciones de Bruselas a 13-V-1555. (Vide ENCISO, Isabel, *Nobleza, poder y mecenazgo en tiempos de Felipe III. Nápoles y el Conde de Lemos*, Actas, 2007, p. 179 s).

40 RODRÍGUEZ SALGADO, M.J. *Un Imperio en transición, Carlos V, Felipe II y su mundo*, Barcelona, 1992, p.222. Y ENCISO, Isabel, *op.cit.*, p. 165.

41 “Après de brigues et des disputes terribles parmi les cardinaux enfermés au conclave” (STENDHAL, p. 86).

42 “Galli [...] ita Caesarianorum potentiam frerunt ut eligerent in Papam Cardinalem Chieti, Paulum IV postea dictum, qui Gallis maxime favebat”. (*Epitome*, cit. p. 201).

43 Correspondencia entre Felipe II y su tío el Rey de Romanos Fernando en 1556. Allí se menciona abundantemente su hostilidad hacia los Habsburgo, “la qual havia sido muy notoria desde el principio y un antes de su Pontificado hasta ahora”, de la que dieron “tan evidentes muestras sus acciones, desde que fue creado cardenal y mucho más, después que fue elegido Pontífice”. Colección Salazar y Castro, A-52, ff. 23 y 26. en la Real Academia de la Historia.

44 G<sup>a</sup> VILLOSLADA, BAC, III, 2<sup>o</sup>, p. 43.

Había motivos. Pablo IV llamaba herejes y cismáticos a Carlos V y Felipe II. A los españoles los llamaba marranos, herejes, cismáticos, malditos de Dios, raza de judíos y de moros, hez del mundo, marranos, gente abyecta y vil, dominadora de la patria suya (en esto último está la causa). Lo cuenta Bernardo Navagero, Embajador veneciano en Roma<sup>45</sup>. Carafa había sido legado en España en 1515-20. Carlos V lo había hecho Consejero secreto y Capellán mayor, pero nunca confió en él<sup>46</sup>. Lo cierto es que, por su carácter, Pablo IV no era bienquisto a muchos.<sup>47</sup>

La elección fue, pues, desastrosa para los españoles. El veto aumentó la tensión entre Roma y Madrid, aunque “quizá sin ella el resultado hubiera sido el mismo, dada la animadversión del napolitano Paulo IV ante el dominio hispánico en el *Mezzogiorno*, pero incidentes como éstos servían de excusa para justificar el enfrentamiento de quien los formulaba”<sup>48</sup>. La guerra acabó cuando Pablo IV entró en razón, primero por la convincente amenaza real de las tropas del Duque de Alba a las puertas de Roma y también cuando su propio sobrino el cardenal Carafa, enviado a Francia para obtener ayuda de Enrique II, advirtió la inutilidad de ello, después de la victoria de San Quintín.<sup>49</sup>

Consecuentemente, quedó Carlos V muy dolido de todo lo sucedido en las dos elecciones de Papas hostiles. Escribió así a su hijo, desde Bruselas, a 10 de junio de 1555 encomendándole recibiera al secretario del cardenal de Santa Flor, enviado desde Roma, “que don Juan Manrique escribe que venía con la particularidad de lo que había pasado en estas dos elecciones de Marcelo y Pablo IV”. Y añade: “para que, entendido, nos podamos resolver en lo que más convenga para el bien del negocio, con la brevedad que este lo requiere, para que, sucediendo otra sede vacante, se sepan dar los nuestros mejor maña que en la pasada”.<sup>50</sup>

En realidad, si algo pudiera alegarse<sup>51</sup> en pro del veto a las elecciones papales, fue precisamente el caso de Pablo IV. Si el veto hubiera podido ser efectivo, se hubieran evitado grandes males: una disensión entre Papado y Monarquía, un

45 *Giornale delle lettere di Bernardo Navagero, ambasciatore veneto appresso la Santità di Paolo IV*, en la Colección Salazar y Castro, A-58, ff. 10, 41 y *passim*, en la Real Academia de la Historia.

46 *Ibidem*, p. 40.

47 Cuando San Ignacio de Loyola supo el 23-V-1555 la elección de Pablo IV, “todos los huesos se le revolviéron en el cuerpo” y pasó a la capilla a orar. G<sup>a</sup> VILLOSLADA, *op.cit.*, p. 39. Por lo demás, Carafa fue, junto con San Cayetano di Tiene fundador de la orden de los Teatinos, que así se llamaron porque Carafa fue Obispo de Teati (antes de Chieti, por lo que aquellos se llamaron primero Chietinos).

48 ENCISO, Isabel, *op.cit.*, p. 182.

49 “Después que el Cardenal Carafa volvió de Francia y conoció la poca esperanza que podían tener del socorro del Rey, dio a entender al Cardenal Pacheco que Su Santidad estaba más inclinado a la paz”. (Correspondencia citada, Salazar y Castro, A-52, f. 27).

50 *Corpus documental de Carlos V*, vol., IV, p. 224.

51 Se alegó, en efecto, luego con frecuencia.

conflicto armado en Italia, un peligro de guerra general, un desconcierto entre los fieles y un desprestigio en el Pontificado.<sup>52</sup>

Todo esto no sirve para aprobar, pero sí para explicar las excepcionales medidas adoptadas por los embajadores españoles en las siguientes elecciones papales.

En el conclave de 1559, los embajadores de Carlos V, el Conde Thurn y Francisco de Vargas le informaron de haber abierto un agujero en la pared del conclave para poder comunicar con los cardenales<sup>53</sup>. Durante el largo conclave de 1562, del que salió elegido Pío IV, se vio a los embajadores de España y del Emperador conversando libremente y sin obstáculos con los cardenales de su obediencia a través de un agujero practicado en las paredes del conclave.<sup>54</sup>

La consecuencia fue doble y por ambas partes influyente en el desarrollo normativo e ideológico de la Historia del privilegio de exclusión. De una parte impulsó medidas pontificias para oponerse a aquella evidente intromisión y de otra parte determinó a los soberanos seculares a garantizar que esa su intromisión respondía a la perentoria necesidad (que también les incumbía en conciencia) de procurar un Papa digno y evitar uno indigno para la grey cristiana.

En cuanto a lo primero: la Bula *In eligendis*, promulgada el 9 de octubre de 1562 por el Papa Pío IV, prohibía a los cardenales seguir sugerencias de poderes seculares<sup>55</sup>, si bien autorizaba, en casos urgentes<sup>56</sup>, a los embajadores a entrar en comunicación con los cardenales.<sup>57</sup>

En cuanto a lo segundo; Felipe II escribía a su Embajador en Roma, Luis de Requesens, el 21 de diciembre de 1565: “Mi intención en las elecciones pasadas siempre ha sido y agora también lo que se haga en persona que tenga el celo que se debe al servicio de Dios Nuestro Señor”<sup>58</sup>. O, por ejemplo, el 31 de diciembre de 1591, escribía Felipe II a su Embajador en Roma, el Duque de Sessa: “lo que yo deseo es que se elija y presida en la Iglesia de Dios el que hubiese de ser el mejor de ella”.<sup>59</sup>

52 Sobre las vicisitudes y consecuencias de la elección de Pablo IV, vide PASTOR, *Historia de los Papas* vol. XIV, *passim*, y OCHOA BRUN, *Historia de la Diplomacia Española*, vol. V, pp. 508 ss. y VI, pp. 21 ss.

53 *Apud* EISLER, 53.

54 ZIZOLA, Giancarlo, *Quale papa?, analisi delle strutture elettorali e governative del papato romano*, Roma, Borla, 1977, p. 68.

55 “Principum saecularium intercessionibus, caeterisque mundanis respectibus minime attentis”.

56 “Ex magna et urgenti causa”.

57 EISLER, 71, 72 nota.

58 Luciano SERRANO, *Correspondencia diplomática entre España y la Santa Sede*, Madrid, 1914, vol. I, p. 56, y Quintín ALDEA, “Poder y elites en la España de los siglos XV al XVII”, en *Anuario dell'Istituto storico italiano per l'età moderna e contemporanea*, vol. XXIX-XXX (1977-78), Roma, 1979, p. 438.

59 Ricardo de HINOJOSA, *La Diplomacia pontificia*, I, p 414, nota 1, *apud* Quintín ALDEA, *loc.cit.*

Pero asimismo se entiende el incremento de la contundencia en la postura de la Monarquía española, tanto por el hecho de su innegable poder en la Europa de su tiempo (y en especial precisamente en tierras de Italia), como por su no infundada pretensión de ser la nación más resueltamente adalid de la causa tridentina en la Cristiandad católica.

Tal se mostró visiblemente en la ocasión en que Felipe II usó la exclusión de un modo que en verdad resulta sorprendentemente exigente. Se trataba de excluir al Cardenal Hipólito Aldobrandini en los conclaves de 1590 (Gregorio XIV) y de 1591 (Inocencio IX). En el de 1590, el Embajador Olivares propuso en nombre del Rey siete nombres, indicando que el Rey no aceptaría la elección si se elegía a alguien no comprendido en esa lista. Salió elegido el séptimo, Sfondrati (Gregorio XIV), pero aún así Felipe II no quedó complacido.<sup>60</sup>

Si bien en ese caso se mezclaron la “inclusiva” y la “exclusiva”, es decir la reclamada potestad de proponer algunos nombres y excluir otros, es lo cierto que la exclusiva se fue generalmente manifestando mediante la mención, privadamente efectuada por el cardenal protector de la Corona a sus colegas durante el conclave, que, por estimarse suficiente, sólo en último extremo se exponía públicamente (“exclusio aperta et publica”)<sup>61</sup>. “Cuando se dice que Felipe II puso alguna vez el veto, lo hizo privadamente en carta al Embajador, indicándole qué nombres le agradarían y cuáles no, con objeto de que el diplomático maniobrara hábilmente en el Colegio Cardenalicio”.<sup>62</sup>

Sin embargo, así como se vio en el clamoroso caso de la elección de Carafa, pese a la interposición del veto, éste no siempre no surtía el deseado efecto.

El 30 de febrero de 1592 salió elegido como Clemente VIII el Cardenal Aldobrandini. Era tenido por enemigo de la Casa de Austria a la que desfavoreció en la candidatura del archiduque Maximiliano como pretense Rey de Polonia; la intervención española no logró impedir su elección<sup>63</sup>. Los resultados fueron malos para la causa española y católica en Europa. El Papa acabó aceptando al exhugonote Enrique IV como Rey de Francia, contrariando palmariamente la actuación española y católica en aquel Reino.

---

60 EISLER lo refiere en estos términos: “Es kann daher nicht Wunder nehmen wenn im Konklave Gregors XIV, die Gesandten des katholischen Königs offen dem Kardinalkollegium erklärten, dass ihr König sieben Kandidaten vorgeschlagen habe, aus deren Reihe der Papst zu wählen sei, da die spanische Krone einen anderen Kandidaten anzunehmen, nicht in der Lage wäre”. (*Op. cit.* p. 38).

61 EISLER, 41.

62 G<sup>a</sup> VILLOSLADA, BAC, III, 2<sup>o</sup>, p. 74.

63 “Los ardides y manejos del Conde de Olivares, Embajador de España, no lograron impedir la elevación al Pontificado del Cardenal Hipólito Aldobrandini”. (*Ibidem*). Felipe II excluyó en ese conclave de 1592 al cardenal Palotti, Arzobispo de Cosenza. “Se puede fiar poco [de él] por haberle excluido una vez” (*ibidem*, p.70).

## LOS ESCRÚPULOS

La exclusión por parte de España presupone, desde luego, un poder monárquico efectivo y también una pretensión de índole religiosa. El que ejercía aquella prerrogativa era el *Rey Católico*, que, por entonces era sin duda el protector visible de la Iglesia. Pero como quiera que esa protección iba vinculada a una exigencia y una intromisión, se presentaba en ello una aporía.

Existía, en efecto, una visible e innegable antinomia entre el monarca, devotísimo hasta la exageración (propugnador de las ideas y normas del Concilio de Trento, impulsador de la Inquisición, (incluso cultivador de piadosas reliquias hasta el coleccionismo) y a la vez contradictoriamente entrometido en la sagrada elección del Sumo Pontífice. Tal fue Felipe II.

No es de extrañar, pues, que se albergasen escrúpulos de conciencia que también afectaron a la diplomacia, porque los tuvo él y también su Embajador en Roma.

Así fue que Felipe II quiso en algún momento, hacia el final de su reinado, que se dictaminase por los teólogos el valor moral de la Exclusión. Lo hizo por dos motivos: para garantizarse ese derecho y también para obrar bien en conciencia.

Efectivamente, la cuestión presentaba una alarma moral. Un colegio de teólogos, reunidos en 1593 en Roma, se había pronunciado en principio en contra de la validez del privilegio. “Ni SM podía proceder a las dichas exclusiones o inclusiones en la forma que lo hacía, ni su Embajador ejecutarlas sin gravísimo perjuicio de sus conciencias”.

Tal se supo en España: “Algunos teólogos en Roma han puesto dificultad al embajador de la forma que se tiene en sede vacante de excluir cardenales del Pontificado, procurándose de parte de SM que los cardenales sus confidentes no den su voto a tal o cual cardenal y que le den al tal o al tal”. Dicen que ello “no se puede hacer sin grave daño de las conciencias” y que con ello se impide la libertad y que “se hace agravio a los sujetos excluidos”. Y que, por darle gusto a su príncipe “dejan de elegir al Pontífice que fuera más útil a toda la Iglesia y eligen al que es más agradable a su príncipe”. Y que los cardenales son jueces y por ello no es lícito atraerlos con dádivas y promesas y aquí “se hace lo uno y lo otro” con pensiones y largas mercedes”, “porque no den su voto a los excluidos”, de donde se deduce incluso simonía.

Ello causaría la comprensible irritación en el Rey, en sus consejeros y en su Embajador en Roma.

Para preparar una respuesta, a petición del Embajador Duque de Sessa, el monarca ordenó que se reuniese en el convento de la Minerva de Roma una junta, formada por un teólogo dominico, Juan Vicente, otro el renombrado jesuita José de Acosta, y un canonista auditor de la Rota, Francisco Peña, todos tres españoles, los cuales, examinando los principios de derecho [natural?] y positivo, las varias

opiniones de teólogos, etc., llegaron a la favorable —y deseada— conclusión de que, “ni por sus instrucciones el Rey, ni por sus manejos el Embajador incurrirían en modo alguno en las censuras de la Iglesia”<sup>64</sup>. Pero eran precisas dos condiciones: que la intención fuese el bien de la Cristiandad, sobre cualquier otra intención, y que se dejase libertad de conciencia a los cardenales electores.<sup>65</sup>

En ese dictamen, llamado “el segundo papel”, los teólogos opinaron que “el Embajador podía y debía seguir el orden que tiene de SM cerca de las inclusiones de cardenales en sede vacante” y “que tenía asegurada su conciencia con obedecer sus mandatos”.

En todo caso se precisaba que para ello debieran darse las siguientes motivaciones:

“Que el súbdito debe obedecer a su príncipe en lo que le manda cuando no le consta que sea pecado, como lo enseña San Agustín y Santo Tomás”.

“Que puede lícita y santamente el Rey hacer exclusiones e inclusiones cristianas y prudentes que se deben guardar”.

Y especialmente pueden alegarse hay tres razones para entenderse en las elecciones de papas:

“El bien espiritual que deben los príncipes procurar para la Iglesia y toca a todos que su elección sea buena y acertada.

“La potencia temporal de los Papas, que hace que el príncipe, mirando por el bien de su república, procure que se elija Pontífice que a sus Reinos y Estados no sea dañoso y perjudicial.

“Que [el monarca español] es el príncipe de quien más depende la defensa de la fe contra los infieles”, ”por lo cual el salir el Pontífice que tenga buena correspondencia con el Rey Católico es beneficio de toda la Cristiandad”.

Cuidaba de alegarse la intervención de los embajadores del Emperador en el Medievo. “Es claro argumento que no se ha tenido en la Iglesia de Dios por cosa injusta e ilícita que los príncipes seculares se entrometan en la elección del Sumo Pontífice, guardando su decoro y modo de negociar pío y cristiano”.

De todo lo cual se infería “que es lícito excluir al cardenal o cardenales que se entiende serán perniciosos a Iglesia o dañosos a España, habiendo otros que sean más útiles a la Cristiandad y menos contrarios a la corona de España y que también es lícito incluir y nombrar para el Pontificado el cardenal o cardenales que se entiende serán mejores para la cristiandad y mejores para la corona de España porque, supuesto que el Rey ha de procurar la elección conveniente de Papas y evitar la contraria, es forzoso usar de exclusiones e inclusiones”.

---

64 R.de HINOJOSA, *Los despachos*, p. 412 s., cit. *apud* G<sup>a</sup> VILLOSLADA, *loc.cit.*

65 *Vid.* Quintín ALDEA, “Poder y élites en la España en los siglos XV al XVII”, en *Anuario* cit., p. 438.



Parecía sin embargo que deberían considerarse dos condiciones: la intención (“procurar el bien de la Cristiandad antes que el particular”) y los medios (“que dejen en entera libertad a los electores”, para que éstos sepan que no es deseo del Rey que obren contra su conciencia).

El dictamen de la junta reunida en la Minerva resultaba, por lo tanto, satisfactorio para las tesis españolas. El Embajador, Duque de Sessa, pareció quedar con ello tranquilo pero, por ser “ésta la opinión del P. Acosta”, encargó a éste marchase a España y allí diese cuenta de ello al Rey por ser asunto que tocaba a su Real Conciencia.

No sólo eso, sino que el Embajador Sessa, pidió no obstante al Rey que SM “señalase a hombres de letras, así teólogos como juristas para que viesen si en este negocio hay algo que pueda agravar las conciencias”. El Rey entonces encomendó el asunto a otra junta compuesta por José de Acosta, su propio confesor Diego de Yepes y el confesor de Felipe, su hijo, Gaspar de Córdoba, quienes reunidos el 5 y 10 de junio de 1598, coincidieron con lo anterior.<sup>66</sup>

Eso dio lugar a un tercer papel, en el cual se resolvió lo siguiente:

“Puede SM lícita y santamente poner la mano en las elecciones de Sumo Pontífice procurando que se elija el que conviene”.

“Es lícito para el dicho fin usar de inclusiones, nombrando los cardenales que a SM le pareciere ser más dignos del pontificado, y de exclusiones, desechando los que tiene por indignos”, pero cuidando que en las exclusiones no se usen “ligeras causas o sospechas”.

“Las causas que bastan a excluir son las que bastan a juzgarse por ineptos e indignos del pontificado de cuyo gobierno se entiende que la Iglesia universal recibirá detrimento, y también entenderse por claros indicios que serán contrarios a la Corona de España”.

El asunto fue tenido como de suma importancia para el proceder de la embajada de España en Roma, por lo que, en la siguiente centuria, en una *Relación* dedicada a las tareas competentes al servicio del Rey en aquella sede, se resumen por extenso las consideraciones contenidas en los expresados dictámenes.<sup>67</sup>

En esa relación se resume todo lo anterior con el siguiente tenor:

Tras explicar las dificultades con que algunos teólogos en Roma habían expuesto al Embajador, alegando daño en las conciencias y riesgo de incidir en simonía, se expone en la relación que, estudiado el asunto por teólogos, “fueron de parecer

66 En el leg<sup>o</sup> 3409 del Archivo Histórico Nacional de Madrid está la Relación de lo que se hizo en la Junta en que intervino el confesor del Rey y el P. José de Acosta.

67 Se hallan esas consideraciones en la *Relación de las cosas que hay dignas de saberse de Roma para quien trata del servicio del Rey de España*, atribuible a Diego de Saavedra Fajardo. (ed. de José M<sup>a</sup> Díaz Fernández, prólogo de Quintín Aldea, Xunta de Galicia, 2000). Circa 1618 o 19. Especialmente en cap. 20 (“de lo que en conciencia se debe guardar en la elección del Sumo Pontífice”), pp. 144 ss.

que el embajador podía seguir la instrucción y orden que tenía del rey nuestro Señor y mientras Su Majestad no le mandaba otra cosa, tenía asegurada su conciencia con obedecer a los mandatos”. Se refiere allí la ida a España del P. Acosta: que fue a España “para que diera cuenta a su majestad como de cosa tan grave que tanto podía tocar a su Real conciencia; por esto ha tenido mucho tiempo escrúpulo tan grave y le parece que convenía que Su Majestad señalase algunas personas de letras así teólogos como juristas para que viesen si en este negocio hay algo que pueda agravar la conciencia o para asegurarla más”. Síguese explicando los motivos de los teólogos. Opinaron éstos que para entender tal justificación se ha de considerar la potencia temporal de los Papas, que son señores en lo temporal y tienen “tanta mano para hacer bien y mal a quien quieren” y que “el Rey nuestro Señor es el príncipe que más parte tiene en la Cristiandad y de quien más depende la defensa de la Fe”, citando la presencia de los embajadores del emperador en tiempo de San Gregorio y finalmente la costumbre de “procurar los príncipes por medio de sus embajadores que la elección será acertada y cual conviene bastantemente declara que éste es negocio no sólo lícito y permitido pero también útil y necesario usándose como se debe”.

De todo ello se confirmaba ser lícito excluir a los cardenales que se entiende serían perniciosos a la iglesia o dañinos a España habiendo otros que fueran más útiles a la cristiandad y menos contrarios a la corona de España y que también sea lícito incluir y nombrar para el pontificado el cardenal o cardenales que se entiende serán mejores para la cristiandad y mejores para la corona de España.

Así pues, las opiniones de los teólogos repararon con tales razones las dudas y escrúpulos que aquejaban las conciencias del Rey y de los ejecutores de sus instrucciones. El camino quedaba expedito para el ulterior ejercicio del Privilegio de la exclusiva.

## EL EJERCICIO DE LAS EXCLUSIONES

Y efectivamente, bajo el reinado de Felipe III en España, se produjo un nuevo caso de notoria exclusión. A la muerte del Papa Clemente VIII el 5 de marzo de 1605, era visible candidato a la tiara el Cardenal Cesare Baronio, ilustre historiador, erudito bibliotecario, súbdito español por napolitano, Legado extraordinario en España una vez, era, sin embargo, muy mal visto en la Corte.

El motivo era que Baronio era autor de una compendiosa memoria contra los privilegios de la *Monarquía Sicula*, contenida en el volumen 11º de su magna obra *Annales ecclesiastici* publicada en Amberes en 12 vols. La memoria bajo el título *De Monarchia Siciliae* aspiraba a desmontar los argumentos esgrimidos por la Corona española para defender su derecho de patronato en Sicilia, que estimaba proceder de un privilegio de Urbano II.

La memoria de Baronio, por atentatoria a los derechos de la Monarquía, fue explícitamente prohibida en España por censura del Consejo de Castilla en 1604. En Nápoles había incluso condena a galeras<sup>68</sup>. Y ello pese a que el volumen III estaba dedicado a Felipe II. (Los otros al Papa Clemente VIII, a Enrique IV de Francia, al Emperador Rodolfo II, a Segismundo III de Polonia...). Pero la memoria resultaba tan perniciosa para los derechos de la Monarquía española en Sicilia, que su autor era para España un imposible candidato al solio pontificio.

En consecuencia, se le vetó en nombre del Virrey de Nápoles (Juan Alfonso Pimentel de Herrera)<sup>69</sup>, por el Cardenal Ávila ya antes del conclave, el 9 de marzo de 1605.<sup>70</sup>

Se ofrece aquí una curiosa circunstancia. Baronio acaso fuera probablemente el “undusus vir” que la pseudoprofecía de San Malaquías (publicada en 1595), presentaba como el Papa de aquel momento, puesto que tenía en el escudo unas ondas heráldicas<sup>71</sup>. Sería un signo de favorecer a su candidato, para preanunciar su elección. Es cierto que los lemas de la pseudoprofecía aluden frecuentemente a escudos<sup>72</sup>, lo que el autor coetáneo tendría oportunamente presente.<sup>73</sup>

En el conclave de 1605 Baronio alcanzó los 28 votos, pero finalmente fue elegido Alessandro de Medici, León XI, que murió a los pocos días<sup>74</sup>. “Ostensus magis quam datus”, reza elocuentemente su epitafio en la basílica de san Pedro. Había sido excluido por España (como amigo y secuaz de Baronio), pero elegido pese a las protestas españolas.<sup>75</sup>

A la muerte de León XI, de nuevo se opuso España a la elección de Baronio. El 16 de mayo de 1605 se desató una gran disensión en el conclave<sup>76</sup>, pero al fin elegido Pablo V Borghese el 18 de mayo de 1605.<sup>77</sup>

68 César CANTÚ cita el caso de un librero de Nápoles condenado a galeras por haber publicado la obra de Baronio sobre la Monarquía siciliana. (*Historia Universal*, ed. española de Gaspar y Roig, V, p. 327).

69 Virrey de 1603 a 1610.

70 PASTOR, *Historia de los Papas*, XXV, p. 9. OCHOABRUN, *Historia de la Diplomacia Española*, VII, p. 166.

71 Blasón “ondato”, como sería el de Pío XII en el siglo XX.

72 Así por ejemplo “Ex rosa leonina” para Honorio IV (dos leones y una rosa), “luna cosmedina” para Benedicto XIII (Pedro de Luna), “amator crucis” para el antipapa saboyano Félix V (la Cruz de los Saboya), “bos pascens” para Calixto III (un buey en el escudo), etc.

73 Es la tesis sustentada por Hildebrandt TROLL, *Die Papstweissagungen des heiligen Malachias*, Aschaffenburg, Pattloch, 1961, p.73 s., que cree poder atribuir la interesada autoría de la profecía a San Felipe Neri, amigo de Baronio.

74 Elegido el 1 de abril de 1605, fallecido el 27 del mismo mes.

75 EISLER 257.

76 “Inter revermos patres ingens coorta est dissensio. Aliis revmo card Baronio, aliis revmo card Tusco suffragantibus. Quae demum dissensio circa horam secundam noctis eiusdem diei repente sublata est” (*Hierarchia Catholica*, P.GAUCHAT, vol. IV, 1967, p. 9).

77 *Vide* sobre ello Antonio DOMÍNGUEZ ORTIZ, en G<sup>a</sup> VILLOSLADA, *op.cit.*, IV, p. 76 ss).

El Duque de Albuquerque, Francisco Fernández de la Cueva, llevaba instrucciones<sup>78</sup> en 1619 como Embajador Extraordinario para un futuro conclave (nombrado a la vez que Don Luis Bravo de Acuña para Venecia). El Papa Pablo V murió el 28 de enero de 1621.

En la citada relación *Relación de las cosas que hay dignas de saberse de Roma para quien trata del servicio del Rey de España*, atribuible a Diego de Saavedra Fajardo y presumiblemente fechable hacia 1618 o 1619<sup>79</sup>, se hacen muy valiosas consideraciones acerca de la cuestión.

Se reitera la precisión del asunto, en la que radica todo él. Dos cosas importantes se especifican allí, de definitivo peso.

La primera es dejar en claro “si le importa más al Rey que sea Papa uno que otro y si le toca meterse en ello”.<sup>80</sup>

La segunda, aclarar el vidrioso tema de la validez de la Exclusión. Para ello se alega expresamente la práctica. Se dice allí: “pues el Sacro Colegio la admite [la exclusión], claro es que está fuera de censura” y también que si viese el Rey “que se eligiese uno malo y que había de alborotar las cosas de la Cristianidad con caprichos, encargaría su conciencia si con los modos y medios lícitos a su estado, con ruegos y diligencias e instancias, no lo procurare remediar”.<sup>81</sup>

El tema no era puramente teórico. En la Relación se descende puntualmente a los hechos contemporáneos e inmediatos. En su capítulo 18 “se trata de los sujetos que hay hoy en el Sacro Colegio, en quién se puede poner los ojos para el pontificado y cuáles serán más a propósito para su Majestad y la forma que se ha de tener en proponerlos o en excluirlos”. Allí se exponen las reglas para proceder en inclusiones o exclusiones. Entre ellas, que se ha de excluir siempre a franceses y venecianos y a cuantos gestionen asuntos relacionados con ellos, “porque éstos claro está que siempre son enemigos”.<sup>82</sup> Y se concluye: “El que una vez lo ha sido siempre lo ha de ser porque nunca puede Su Majestad fiar del que una vez ha excluido y así cuando fue electo Clemente VIII todo se maravillaron que España viniese en él habiéndole excluido en el conclave antecedente cuando fue electo Gregorio XIV”.<sup>83</sup>

Algunas otras cuestiones se regulan en la Relación, en el propósito de fijar cada vez más explícitamente las normas que han de regir el procedimiento. Así se rechaza por improcedente “el nombrar el rey públicamente seis o siete o más o menos sujetos al Colegio para que de ellos elijan Papa no se debe hacer en ningún caso,

---

78 AGS, E, leg° 3140, 20-III-1619.

79 *Vide supra*.

80 Capítulo 11 de la Relación.

81 P. 35 del texto citado.

82 Pp. L y 132 de la edición citada.

83 P. 132.

porque el Colegio lo siente muy mal y se indigna y les parece novedad y violencia y que es coartarles la elección”<sup>84</sup>. Y otra regla es que la nómina o exclusión del Rey ha de ser notificada por éste al Cardenal que tenga la voz y al Embajador mediante carta secreta, a éste con tiempo, para que pueda prevenirse “antes de cerrarse el conclave y poco después de cerrado al Cardenal sólo, hay porque allí no entra Embajador ni se le puede comunicar por haber graves censuras en ello”.<sup>85</sup>

Entre las reglas a seguir, se dice también que se mande al Embajador y al Cardenal que tiene la voz comunicarse entre sí para proceder de acuerdo en todas las gestiones. Y que, ante la posibilidad de situaciones imprevisibles dentro del conclave, es necesario que las conversaciones previas entre el Embajador y el Cardenal que tenga la voz le den a éste seguridad para actuar con acierto dentro del mismo conclave, toda vez que sólo él puede tomar parte en la elección.<sup>86</sup>

De esta suerte, se iba procediendo a mantener en la práctica la validez de la Exclusión, a la vez que se le iba dotando de reglas que la corroboraban.

Un cierto escepticismo, muy de la época, se advierte cuando allí se lee “de lo poco que puede juzgarse con seguridad de la futura elección de Papas”<sup>87</sup>, pero también<sup>88</sup>, piadosamente, “de lo que en conciencia se debe guardar en la elección del Sumo Pontífice”.<sup>89</sup>

Está claro que entre los principales deberes del Embajador español en Roma estaba el procurarse un Papa propicio. Ya se citó la mención que hizo el ilustre tratadista y Embajador Juan Antonio de Vera y Zúñiga, autor del celebrado libro *El Embaxador*, aparecido en 1620, cuando precisaba que la embajada de Roma era “la más importante de cuantas S.M. tiene, por ser la llave de la paz y la guerra”, y aclaraba que eso consistía “en tener al Pontífice afecto”.<sup>90</sup>

De que el tema contenía elementos de intencionada discusión y debate da prueba el hecho de que habría de ser replanteado en forma polémica en ulterior época, como posteriormente se expondrá aquí.<sup>91</sup>

Las consecuencias que de todo ello pueden extraerse son la existencia por entonces del hecho asumido de la exclusiva. No había un derecho, sino un

84 *Ibidem*.

85 P. 133.

86 P. 132 s.

87 Cap. 19.

88 Cap. 20.

89 Pp. 141 ss. El análisis teórico se aprovecha además para sugerir como papables incluíbles del momento: los españoles, incluído Lerma (“sería muy buen Papa por sus muchas prendas”) y Ludovisi, Saona y otros. Y para excluir a los profranceses y (con razón, por lo que se vio después) Maffeo Barberini.

90 Fol. 605 vº.

91 Así en la polémica de los cardenales Albizzi y Lugo o en el informe del P. Adarzo Santander, *vide infra*.

hecho reconocido<sup>92</sup>. Pero sí una exigencia de los monarcas y una correspondiente aprensión y desagrado en la Curia. Eso explica la reacción, por entonces producida por parte de la Santa Sede y que se plasmó en la promulgación de la Bula *Aeterni Patris Filius* de 15 de noviembre de 1621 de Gregorio XV que prohibía a los cardenales componerse para excluir a alguno<sup>93</sup>. Fue confirmada por el propio Gregorio XV mediante la ulterior Constitución *Decet Romanum Pontificem* de 12 de marzo de 1622.<sup>94</sup>

De esto, se ha llegado a colegir que antes de la Bula *Aeterni Patris* de Gregorio XV no hubiera una exclusión formal<sup>95</sup> y que precisamente a causa de la expresa prohibición contenida en esa Bula, las potencias tuvieron que emprender otra vía, a saber, la de la "exclusio aperta". Más exacto será decir que, hasta ese momento, las Coronas esgrimían ese **privilegio**, y que, desde entonces, al vérselo rehusado por la Santa Sede, trataron de defenderlo como **derecho**<sup>96</sup>. Por supuesto, para la Santa Sede, ese derecho causaba verdadero aborrecimiento.<sup>97</sup>

Por parte de España, el que su veto no pudiera efectuarse en el conclave de 1623<sup>98</sup> causó la elección del Cardenal Maffeo Barberini, Urbano VIII, que fue de resuelta hostilidad a la causa española y provocó violentas situaciones de tensión en el propio seno del Consistorio papal y duros enfrentamientos con los embajadores españoles.<sup>99</sup>

Así pues, muerto el 29 de julio de 1644 el Papa Barberini, tan enemigo de los españoles, era de suma importancia para éstos hacer elegir un Papa favorable a sus intereses. Por ello en nombre de Felipe IV, acudió a Roma en 1644 un Em-

92 "Wenn auch dieses Exklusionsrecht tatsächlich von den Staaten, beziehungsweise ihren Gesandten und Kronkardinälen ausgeübt wurde, wenn in zahlreichen Depeschen, Instruktionen, Gesandtschaftsberichten usw. die faktische Existenz dieses vermeintlichen Rechtes bestätigt erscheint, die offiziellen Aktenstücke, welche seitens der Staaten dem während der Sedisvakanz die Regierung führenden Kardinals Kollegium übermittelt wurden, weisen auch nicht die geringste Spur dieses Exklusionsrechtes auf" (EISLER, 148).

93 "Tam respectu inclusionis quam exclusionis".

94 A su vez confirmada por Urbano VIII con su Constitución "Ad Romani Pontificis", Urbano VIII de 25 de enero de 1625.

95 Esa es la opinión de EISLER: "Vor der Publikation der Bulle Aeterni Patris Filius hat eine staatliche Beeinflussung der Wahl in Form einer formalen Exklusive gewiss nicht stattgefunden" (EISLER, 62). Entonces empezó lo que EISLER denomina la Ära jener offenen Exklusionen, welche ein besonderer ausserordentlicher Gesandter, der bei dem Heiligen Kollegium hinzu noch besonders akkreditiert sein musste, im Namen seines Königs dem Versammelten Kollegium zu notifizieren hatte" (*Ibidem*).

96 EISLER, 42 s, opina que hasta mediados del XVII no se reconocía un "auténtico derecho" (ein wirkliches Recht". *Vide* también en p. 87.

97 Así opina con razón EISLER 87: "die Kurie jede, auch die entfernteste Einnischung der Staatsgewalt in die Papstwahl perhorresziere".

98 El Embajador, al que una enfermedad inoportuna alejó del conclave, favorecía la elección del Cardenal Borghese.

99 *Vid.* por ej. OCHOA BRUN, *Historia de la Diplomacia Española*, vol. VI, p. 373.

bajador especial, el Conde de Siruela. En el conclave de 9 de agosto de 1644, se mostraron diversas tendencias. La causa francesa era promovida por el Cardenal Antonio Barberini, como “Protector” de la nación francesa, y el Embajador Saint Chaumont. Pretendían hacer elegir al Cardenal Sacchetti<sup>100</sup>. Pero en su contra, los españoles ejercieron, mediante la intervención del cardenal Albornoz<sup>101</sup> y del Embajador Siruela, la exclusión del cardenal Sacchetti, que había sido nuncio en España y que, cuando se produjo la escisión de Portugal, había favorecido la política francesa contra la imperial y española<sup>102</sup>. Siruela amenazaba con privar de sus pensiones a los cardenales que las disfrutaban de España. Buscaban los españoles favorecer las candidaturas de los cardenales Francesco Cennini o Vincenzo Maculani, mientras los franceses aspiraban a impedir la elección del Cardenal Pamphili, que juzgaban poco amigo de Francia; a tal objeto se dedicaba el Cardenal Antonio Barberini, en nombre de Luis XIV.

En el curso de una negociación laboriosa, que se resumía en un “toma y daca”, accedieron al fin los franceses a retirar su oposición a Pamphili si los españoles a su vez retiraban el veto a Sacchetti<sup>103</sup>. Al fin se impidió, mediante el veto español la elección del Cardenal Sacchetti, favorito de los franceses, de lo que Luis XIV quedó disgustadísimo<sup>104</sup>. Se eligió finalmente a Giovanni Battista Pamphili, con el nombre de Inocencio X.<sup>105</sup>

Éste falleció el 7 de enero de 1655. El 19 se cerró el Conclave después de las 10 de la noche por aguardar a dar término a las visitas a los cardenales. La última visita fue la del Embajador de España<sup>106</sup>. Pero todavía el 27 de enero acudió el Condestable Colonna, Duque de Paliano, como Embajador del Emperador.<sup>107</sup>

---

100 “Il Cardinale Barberino fece tutto il suo sforzo per farlo Papa, et per più di otto giorni in Conclave non si trattò di altri, che di Sacchetti”. (LUGLI, Giacinto, *Diario Romano 1608-1670*, ed. Giuseppe RICCIOTTI, Roma, Tumminelli, 1958, settembre 1644, p. 257).

101 Que tenía lo que se llamaba “el secreto del Rey”.

102 EISLER, 299 ss, Anhang 5.

103 Por parte de Francia hubo una secreta exclusión de Pamphili (EISLER 100 y 295 Anhang 3), y se negociaba retirarla si los españoles retiraban su exclusión pública de Sacchetti.

104 EISLER 104.

105 “La fattione spagnola avrebbe fatto Papa Cenino o Maculano”. “Il Cardinale Antonio, il quale essendo Protettore di Francia, avava scritto al Re che non facesse elegger Papa Panfilio, come poco amico di quella Corona, e finalmente Antonio si contentò”. (LUGLI, Giacinto, *Diario Romano*, cit., p. 258).

106 “Il Conclave fu serrato la notte seguente [19-I] dopo le dieci hora, per rispetto di molti Principi, che vennero a parlare ai Cardinali, e particolarmente l’Ambasciator di Spagna, che fu l’ultimo a prender licenza” (LUGLI, Giacinto, *Diario Romano* cit. p. 458).

107 “Il Condestabile Colonna Duca di Paliano, andò al Conclave all’Audienza de’ Cardinali la prima volta come Imbasciatore dell’Imperatore” (*ib.* p. 459).

El conclave fue de tal dureza en las pugnas de unos y otros que el Cardenal Pedro Luis Carafa murió de un infarto<sup>108</sup>. El Embajador francés Lyonne tenía el cometido de hacer valer la oposición que el omnipotente ministro francés Mazarino tenía frente al Cardenal Chigi. El motivo era que Chigi, durante las negociaciones del Congreso de Paz de Westfalia en el que él representó en su día al Papa Inocencio X, había favorecido la paz hispano-holandesa<sup>109</sup>. Se procedía de nuevo por España<sup>110</sup>, para excluir a los candidatos favorecidos por Francia. Se favorecía a Albornoz.<sup>111</sup>

Se dieron circunstancias notables. En una votación se escrutaron 33 votos para Sacchetti y 28 para ninguno (“nemini”). El cardenal Cesi opinó burlescamente que había que concordar al *Cardinal Trentatré* con el *Cardinal Némini*<sup>112</sup>. Varios cardenales, indignados con la práctica del veto, se opusieron públicamente a él, por considerarlo ilegítimo<sup>113</sup>. Al fin, como quiera que los franceses habían excluido al Cardenal Chigi, se les rogó que levantaran la exclusión; para ello se despachó un correo a París y hubo que esperar. El 30 de marzo llegó y el 7 de abril de 1655 tras un largo Conclave fue elegido Chigi<sup>114</sup> con el nombre de Alejandro VII.

Ese conclave marca un punto de inflexión para la admisión del principio de exclusión como atribución de los Estados que lo alegaban (siempre el Imperio, Francia y España).<sup>115</sup>

Con ocasión de ese conclave, tan conflictivo, se planteó una vez más la cuestión de la legitimidad de la Exclusión. Fue un planteamiento puramente teórico. El cardenal Albizzi redactó<sup>116</sup> un escrito declarando ilegítima la exclusión en general y la de Sacchetti en particular.

---

108 A sus 74 años murió el 15 de febrero: “animam Deo reddidit in conclavi”. (*Hierarchia Catholica*, IV, pp. 28 y 32. EISLER 112 y 304, Anhang 8).

109 EISLER, p. 113 nota. Esa paz había favorecido los intereses españoles e incluso su posición en la guerra que aún continuó hasta la Paz de los Pirineos, al haberse España librado al menos del enemigo holandés.

110 El “secreto” lo tenían los cardenales Medici y Lugo en contacto con el Embajador Terranova, Diego de Aragón y Mendoza.

111 Antonio DOMÍNGUEZ ORTIZ, en G<sup>o</sup> VILLOSLADA, IV, p. 84 ss.

112 EISLER 113.

113 Papeles del Embajador Francisco de Cárdenas en CÁRDENAS Y RODRÍGUEZ DE RIVAS, Juan Francisco de, *Tres Cárdenas embajadores de España*, p. 170.

114 EISLER 114, 115 y 116.

115 Opina EISLER 136: “Die blosse Stimmenexklusion der früheren Konklaven, von 1447 bis 1644 hatte den Boden für die Umbildung verbreitet. Mit dem Konklave des Jahres 1655 ist die Exklusive dem Wesen und Inhalt nach fertig und das, was die spätere Zeit noch hinzufügte, war höchstens der Name und die gewohnheitsmässige, strändige Fixierung der einzelnen Tatsachen”.

116 “Discorso che le corone non si possono ingerire nel conclave con far dar l’esclusione ad un sogetto, fatto dall Cardinale dell’Albici”, EISLER 120, nota.



Los argumentos aducidos fueron copiosos<sup>117</sup>. Se analiza en ellos la excesiva potestad que los príncipes se arrogaban con aquella prerrogativa<sup>118</sup>. Lo que daba fundamento al cardenal Albizzi para considerar en dos partes la licitud de la exclusión<sup>119</sup>, a saber, si es lícito al príncipe excluir a un cardenal y si los cardenales pueden prestarse a tal exigencia<sup>120</sup>. Estimaba Albizzi que los príncipes carecían de tal derecho, porque la elección era puramente espiritual, de suerte que, aun cuando algunos emperadores usaron en otro tiempo de tal actuación, ya no puede estimarse sino como un delito de herejía<sup>121</sup>. Y añadía que si hubiera algún Cardenal de naturaleza feroz, amator de novedades, que pudiera crear discordias y guerras, los Príncipes y sus Ministros bien pueden insinuar el daño que pueda causarse, pero no conspirar para excluirlo o amenazar a los cardenales<sup>122</sup>. Y tampoco podían a su entender justificar la exclusión a título de la defensa de su Corona, porque el mero hecho de que el Cardenal le fuera enemigo, salvo bajo condiciones.<sup>123</sup>

Frente a esas tesis del cardenal Albizzi, se opuso un cardenal español, el jesuita Juan de Lugo, único español en el conclave de 1655<sup>124</sup>. Lo hizo con otro Tratado<sup>125</sup>. Para defender la prerrogativa de la Exclusión, aducía Lugo que el Papa es también señor temporal, que puede con ello causar graves daños a los Estados<sup>126</sup>. En general, contra la tesis de que la elección de un Papa es cosa puramente

117 Se pueden consultar en los manuscritos de la BN de Madrid, 2136 (I-123), donde se trata de diversos conclaves: Ms 11.000 fol.138. *Vide* allí “L’esclusiva che danno i Re al Cardinali nel Conclave, pp. 74-131. Risposta dell’Emmo de Lugo, negativa alla scrittura dell’esclusiva de’ Re che danno a’ Cardinali in Conclave, pp. 134-144. Idem dell’Emmo Albici, pp. 146-161.

118 “Con questa pratica della esclusione vengono tácitamente i Re a prendersi un diritto,... ed in virtù di questo vengono ad essere come Padroni di questa Santa Sede” (p.78).

119 Risposta dell’Emmo Albici, BN, MS 2136, pp. 146-161.

120 “Se sia lecito al Prencipe laico escludere dal Pontificato un Cardinale” y “se li Cardinali possino dare aiuto o favore a tal esclusiva”.

121 “Dicono dunque che per titolo e ragione propria non ha il Prencipe temporale facoltà [nessuna?] di tentare simile esclusione, perche essendo l’eletzione del Papa tutta spirituale, non puo la parte secolare in qualsivogli modo in essa ingerirsi”. (fol. 148). “Se bene ne’ tempi antieri alcuni imperatori si sono in detta eletione intromessi, oggi però sarebbe delitto ed eresia il credere in loro questa autorità” (f. 148 vº).

122 “...possono bene rappresentare supplichevolmente a’ Cardinali elettori la qualità del soggetto, insinuar loro il danno che può nascere della detta eletione, ma non già fare pratiche segrete et adunare voti per escluderlo, intimorire li Cardinali sudditi con minacciare alle loro Case et a loro Parenti” (f.149).

123 “La prima é che succeda l’oppressione e ingiuria. La seconda é che non succeda, como dicono i giuristi il moderamine dell’incolpata tutela” (f.150).

124 Ambos fueron Camarlengos, Lugo en 1657 y Albizzi en 1667.

125 EISLER 123. “Che le corone hanno ius d’escludere i cardinali da pontificato” *ibidem*, 123 y 310 Anhang 9.

126 “il Pontefice abbraccia non solo lo spirituale, ma il regno temporale ancora, con i quale aderendo a convice potenze, a confederazioni, aiuti, favore di corone discordi, potrebbe non poco pregiudicarle...”

espiritual, se podía alegar con razón que el Papa posee poder político y es capaz de contraer Tratados y alianzas con potencias laicas.<sup>127</sup>

Las tesis españolas tuvieron entonces otro escrito favorable a su postura. Fue el de un eclesiástico hispano, residente en la Italia española: Fray. Gabriel Adarzo y de Santander<sup>128</sup>, obispo de Vigevano.<sup>129</sup>

Adarzo planteaba las dos cuestiones de forma afirmativa para la potestad regia y para la licitud de las decisiones cardenalcias<sup>130</sup>. Lo notorio es que llegaba a formular algo sumamente útil para el desarrollo teórico de la cuestión.

Era ni más ni menos que una expresa definición de la exclusiva: decía así: “exclusiva ergo nihil aliud est, quam repraesentatio de idoneitate alicuius personae ad summum ecclesiae universalis pontificis cum causis et motivis illam inducentibus facta sacris electoribus, per ministros principis exclusivam dantis”.<sup>131</sup>

Sea de ello lo que fuere en cuanto a las diversas concepciones de las Monarquías y de la Sede Apostólica, sí puede argüirse que, a partir de esa época, ya no sólo se cita en 1665 la expresión “diritto d’esclusive”, sino que las Coronas parecen estar seguras de disponer del derecho de exclusión, por lo que declaran no tener ni siquiera que dar las razones cuando lo usan<sup>132</sup> e incluso hacen expresamente constar cuando no lo utilizan; así hicieron en 1667 el Embajador francés Duque de Chaulnes y el español Marqués de Astorga.<sup>133</sup>

En 1667, a la muerte de Alejandro VII, en nombre de Carlos II de España se vetó a los cardenales Pietro Vidoni y Francesco María Brancaccio, mientras que Luis XIV por su parte vetó a Benedetto Odescalchi y a Scipione Pannochieschi<sup>134</sup>. Estando ya casi asegurada la elección de Giulio Rospigliosi, sus

---

127 EISLER, 128.

128 *Dictamen circa exclusivam quandoque a principibus interpositam ne aliquis in summum ecclesiae pontificem eligatur*. Francfort, 1660. Es un obispo de Vigevano, (Vigevanensis).

129 EISLER lo supone español, Nada más fácil comprobarlo. Era un mercedario nacido en Madrid hacia 1600, nombrado el 9 de marzo de 1654 por Felipe IV obispo de Vigevano en Lombardía, sufragáneo de Milán. Sucedió allí a otro español, el cordobés Juan Gutiérrez, jurista y teólogo. Adarzo fue trasladado a la sede arzobispal de Otranto por nombramiento de Felipe IV el 17 de abril de 1657 / 24 de septiembre de 1657. Murió en abril de 1675 GAUCHAT, *Hierarchia Catholica*, IV, Padua, 1967, p. 369 y 205 y RITZLER/SEFRIN, *ibidem*, V, p. 223.

130 Su planteamiento consiste en 1.º “utrum sit licitum Principi saculari Exclusivam proponere, ne aliqua determinata persona Petri thronum obtineat”, Y 2.º “Utrum Eminentissimi Electores licite possunt Exclusivam favere”. Opina a favor de ambas cuestiones. Citado asimismo por Nicolás Antonio, *Bibliotheca Hispana*, Roma, 1672, p. 384.

131 *Vid.* sobre ello EISLER, 88 y 131.

132 EISLER, 135 s.

133 EISLER, 154.

134 ZIZOLA, 109.

partidarios precipitaron su elección para evitar cualquier uso contrario de la Exclusiva<sup>135</sup>. Fue efectivamente elegido con el nombre de Clemente IX.

A su muerte, en 1670, se produjo una confusa contraposición de vetos; el Embajador francés vetó al Cardenal Elci. Parece que el Embajador español Marqués de Astorga vetó a Vidoni con instrucciones de la Reina Regente<sup>136</sup> aun cuando tenía orden de<sup>137</sup> vetar a Brancaccio. Hubo sin embargo un correo de Madrid negando que la Regente ejerciese ningún veto en aquella ocasión. Fue elegido Altieri (Clemente X). La consecuencia de tantas controversias, fue que surgiera precisamente entonces el partido de los *vigilanti*, partidarios de impedir injerencias políticas en los conclaves.<sup>138</sup>

Lo cierto es que éstos se habían convertido en palestras de agudas polémicas y duras discusiones. Tal fue el de 1676 a la muerte de Clemente X. De esa ocasión da testimonio una anécdota que por entonces se difundía. Según ella, un cardenal había preguntado a su colega el Cardenal Federico Sforza quién, a su juicio sería elegido en el previsible próximo conclave. Sforza dicen que contestó: si lo eligen los franceses, Farnese; si los españoles, Rospigliosi; si el pueblo, Barberini; si el Espíritu Santo, Odescalchi; y si el diablo, Vuestra Eminencia o yo<sup>139</sup>. En esa fecha fue elegido Inocencio XI Odescalchi, un austero purpurado, proespañol y anti francés.

Durante su Pontificado ejerció la embajada española ante la Santa Sede un linajudo aristócrata, Luis Francisco de la Cerda y Aragón, Marqués de Cogolludo<sup>140</sup>. En las instrucciones recibidas de Carlos II para su embajada romana, se tiene muy en cuenta el ámbito de sus cometidos que aquí se comenta: se lee en ellas: “el servicio mayor y más importante de esta instrucción es la dirección en la sede vacante, pues nada importa tanto como la elección de Papa”. Y se le informó de los cardenales y de sus particulares afecciones, decisivas para cada posible conclave<sup>141</sup>. Se le acusaría más tarde de haber supuestamente apoyado la elección del Cardenal Ottoboni, Papa Alejandro VIII.<sup>142</sup>

---

135 “Cardinales fautores ad tollendam occasionem alicuius improvisae exclusionis se adversos monstrant, ut electio ultra prorrogaretur, eo magis quod vox per Urbem etiam propagata erat”.

136 EISLER 160 s.

137 De 14-IV-1659 y de 4-IX-1666 EISLER, 162.

138 CÁRDENAS, 170.

139 Friedrich GONTARD, *Die Päpste und die Konzilien*, Wien/München/Basel, Kurt Desch, 1963, p.43.

Pero Federico Sforza murió a 28-V-1676 antes del conclave; el Papa Clemente X murió a 22-VII-1676.

140 Más tarde X Duque de Medinaceli, luego Virrey de Nápoles y Ministro universal de Felipe V, al final de su vida caído en desgracia.

141 *Vide* para ello Maximiliano BARRIO GOZALO, “El Marqués de Cogolludo, Embajador de España en la Corte romana”, *En tierra de confluencias. Italia y la Monarquía de España, siglos XVI-XVIII*. Cristina BRAVO y Roberto QUIRÓS eds., Valencia, Albatros, 2013, cf. p.233.

142 *Ibidem*.

Mientras tal era la embajada de Cogolludo, ejercía por entonces gran influencia por parte francesa el Cardenal César d'Estrées, hermano del Embajador de Luis XIV en Roma, Duque d'Estrées. En 1689 a la muerte de Inocencio XI, d'Estrées consiguió retrasar el conclave hasta la llegada de los franceses, porque él era el único cardenal francés hasta la llegada de sus compatriotas, un mes después<sup>143</sup>. Su notoria influencia determinó que desde 1687 sucediera a su difunto hermano como Embajador de Francia.

A la muerte de Alejandro VIII, para el Conclave de 1691, los franceses mandaron como Embajador Extraordinario al Duque de Chaulnes, gobernador de Bretaña desde 1670. Vinculado a Mme de Sévigné por vieja amistad<sup>144</sup>. Fue aquél, de nuevo, un conclave de extrema dureza. Duró cuatro meses (de 12 de febrero a 11 de julio). El Embajador español Cogolludo pudo eludir al Cardenal Barbarigo, aunque sin necesidad de veto formal, que sí parece haberse utilizado también en su contra, en nombre del Emperador Leopoldo I. Fue elegido Pignatelli (Inocencio XII).<sup>145</sup>

Se estima que para esa época, ya se puede considerar establecida la plena utilización de la exclusiva<sup>146</sup>, como fase final de un larga evolución, con

---

143 A la muerte de Inocencio XI, por parte de España se quería excluir a los cardenales profranceses, pero no se produjo una exclusión formal. EISLER 171. El "secreto" español era compartido por el cardenal Medici y el Embajador Cogolludo. El Emperador mandó un Embajador especial, Anton Liechtenstein. Fue elegido el Cardenal Ottoboni, por lo cual los romanos, que aborrecieron las austeridades impuestas por su antecesor, exclamaban contentos: "grazia a Dio, dopo un Papa cattivo, abbiamo ottoboni".

144 Con él estuvo en Roma Philippe de Coulanges, que era primo hermano por línea materna de Madame de Sévigné y uno de sus corresponsales. Ella escribe a Coulanges: "et sur ces grands objets qui doivent porter à Dieu, vous vous trouvez embarrassé dans votre religion sur ce qui se passe à Rome et au conclave : mon pauvre cousin, vous vous méprenez. J'ai ouï dire qu'un homme de très bon esprit tira une conséquence toute contraire sur ce qu'il voyait dans cette grande ville et conclut qu'il fallait que la religion chrétienne fût toute sainte et toute miraculeuse de subsister ainsi par elle-même au milieu de tant de désordres et de profanations". Le dice que no juzgue frívolamente y añade : "croyez que, quelque manège qu'il y ait dans le conclave, c'est toujours le Saint-Esprit qui fit le Pape". Carta de Madame de Sévigné a su primo Philippe-Emmanuel de Coulanges (1633-1716), maître des requêtes, el 26 de julio de 1691 desde Grignan. (Transcrita en *Madame de Sévigné, Lettres choisies*, Paris, Hachette, 1967, pp. 117 s. La comentarista de la edición, Françoise Besse, sugiere que el hombre citado en Roma puede ser Michel de Montaigne, *Essais*, II, 12).

145 *Vide* Antonio DOMÍNGUEZ ORTIZ, en G<sup>o</sup> VILLOSLADA, IV, p.88.

146 Opina EISLER 173 "dass man daraus mit Sicherheit die Vollendung der Entwicklung des, Exklusiv-rechtes' erkennen kann".

sus etapas distinguibles<sup>147</sup>. Sus modos se habían convertido ya en principios. No se podía utilizar más que una vez en cada conclave y sólo para un candidato: el excluido debía ser sólo uno y sólo una vez. Convenía utilizar previamente la vía secreta y evitar la declaración pública<sup>148</sup>. “Ayudando en secreto al que se opone, vendrá a no conseguir su intento sin que lo excluyamos”.<sup>149</sup>

En unas Memorias secretas francesas de entonces se lee: “Hubo una época en que los cardenales y los embajadores disponían de una gran ventaja. El Sacro Colegio estaba dividido en numerosas facciones y cada una tenía un jefe: observando sus intereses e inclinaciones, las coronas podían intuir con bastante claridad quién iba a ser elegido Papa y con quién convenía aliarse. De ese modo, los conclaves duraban poco y eran bastante sencillos. No sólo eso; se evitaba además el resentimiento de los vetos manifiestos, impuestos por esta o aquella corona a la elección de este o de aquel cardenal y no se estropeaban las relaciones con candidatos que inmediatamente después podían resultar útiles”<sup>150</sup>. Allí mismo se advierte: “Corresponde a los embajadores impedir la elección de sujetos poco gratos a su soberano. Deberán fomentar las divisiones y desanimar a quien se presentase como candidato sin la aprobación de su Rey, amenazando con un veto manifiesto (¡algo muy humillante!). Y también “nunca es bueno tener que imponer un veto manifiesto a la elección de un cardenal, pero aún más dañino es retractarse”.<sup>151</sup>

---

147 Opina EISLER 175 acerca de la evolución, cómo se marcan sus etapas desde tiempos de Maximiliano I y Carlos V, el progreso de la misma desde Felipe II y la configuración de la Exclusión en los conclaves de la segunda mitad del siglo XVII: “Man kann die ersten Spuren der durch staatlichen Einfluss hervorgerufenen Stimmenexklusion bis in die Zeiten Maximilians und Karls V.zurück verfolgen, einen weiteren Fortschritt aus einfachen Anfängen in den Zeiten Philipps II. beobachten, und während den Konklaven der 2.Hälfte des 17.Jahrhunderts die Ausbildung der Exklusive aus der Parteienexklusion durch ihre vollständige Loslösung von derselben feststellen. Die Opposition Spaniens gegen Baronius im Jahre 1605, die hartnäckige Exklusion Sacchettis in den Konklaven von 1644 und 1655, die Brancaccios im Jahre 1676, welche von unmittelbarer Wirkung war, sowie die erfolgte Wahl von drei Kandidaten nach der Zurückziehung der angedrohten oder angesprochenen Exklusion seitens Frankreichs in den letzten Konklaven des 17. Jahrhunderts zeigen die wichtigsten Etappen in dieser historischen Entwicklung”.

148 Así por Luis XIV a sus embajadores: “de ne faire la déclaration publique qu'à toute extrémité: il faut qu'on tienne extrêmement secrète et qu'on se contente, autant que possible, d'esquiver doucement, par les biais ordinaires au conclave, la nomination qui déplaît” (HANOTAUX, cit. ap. EISLER,41).

149 Así se lee en un texto de fines del XVII que hay en el Arch° Secreto Vaticano. Son unas *Advertencias e instrucciones dadas por un embajador católico a su sucesor* que cita. BARRIO GOZALO, *La embajada de España en Roma en la primera mitad del siglo XVIII*, p. 88 ss., en las que se dice (p.94) que a veces no hace falta excluir a un cardenal para que no salga elegido.

150 *Mémoires secrets contenant les événements plus notables des quatre derniers conclaves*, por Atto MELANI, castrato y espía de Luis XIV, París, ms.,1700, reed.española 2005, p. 17). Lo escribió tras la elección de Inocencio XII.

151 *Ibidem*, p. 42 s.

Los conclaves tenían lugar en el Palacio del Quirinal. Entre los escrutinios, los cardenales podían recibir visitas a través de la reja que cerraba el conclave, pero no hablar de modo que las conversaciones fuesen oídas. Las Potencias acreditaban embajadores ante el Conclave, recibidos con cortejos y toda pompa y discursos en latín, menos el francés que lo hacía en su lengua.

## LOS AVATARES DE LA EXCLUSIÓN EN EL SIGLO ILUSTRADO

Bien sabido es que, justo a comienzos del siglo XVIII, dio inicio la gran convulsión europea de la Guerra de Sucesión de España. También en la Sede Apostólica empezó con una incidencia, relacionada con la Exclusión. En 1700, a la muerte de Inocencio XII, se excluyó al Cardenal Albani en el conclave, en nombre de Carlos II por el Embajador Duque de Uceda, pero los cardenales se consideraron libres del compromiso al conocer la muerte del Rey<sup>152</sup>. En ese mismo conclave Luis XIV vetó al cardenal Galeazzo Marescotti. El elegido fue el Cardenal Albani, Clemente XI, que hubo de soportar las inclemencias de la Guerra de Sucesión de España, con la pugna entre austríacos y borbónicos en Italia y precisamente en el derecho a la Corona de España, disputado entre Felipe d'Anjou (Felipe V) y Carlos de Habsburgo, reconocido éste por el Papa<sup>153</sup> como Carlos III.

Tras este turbulento período falleció Clemente XI Albani el 19 de marzo de 1721. El subsiguiente conclave duró 5 semanas. A partir de entonces, se dio una novedad. Hasta ese tiempo habían estado unidos los españoles y los imperiales (la Casa de Austria) contra los franceses. Desde esa nueva época, por vez primerísima pasaron a estar unidos franceses y españoles, Borbones ambos. Pero, aun con nuevos protagonistas españoles, subsistió la pugna entre las Casas de Austria (el Emperador) y de Borbón (los Reyes de Francia y —ahora también— de España). Para Francia se había creado un conflicto con ocasión de la Bula “Unigenitus”, por la que Clemente XI, el 8 de septiembre de 1713, condenó el Jansenismo. La reacción francesa fue similar a la que la España de los Austrias había tenido con relación a la Bula “In Coena Domini” sobre las prerrogativas en Sicilia. Se creó una grave disensión entre la Corona de Francia y la Santa Sede, que duró largamente.

En 1721, el Emperador Carlos VI mandó al Cardenal Altham que usase del veto para excluir al Cardenal Fabrizio Paolucci, que había sido Secretario de Estado de Clemente XI y que era profrancés<sup>154</sup>, mientras que, por su parte, Felipe V

---

152 Antonio DOMÍNGUEZ ORTIZ, en G<sup>a</sup> VILLOSLADA, IV, p.89.

153 *A fortiori*.

154 ZIZOLA, 109 y 111.

de España vetó al cardenal Francesco Pignatelli, de tendencia pro-imperial. Resultó elegido Inocencio XIII Conti, un hombre pacífico aunque valetudinario.

A causa precisamente de su mala salud, el Cardenal Acquaviva, Ministro de España, informó a Madrid sobre el futuro previsible conclave. De Madrid se le mandaron instrucciones el 23 de enero de 1723<sup>155</sup>. En entre otras cosas se le indicó vetar a Corsini “en caso extremo”. De nuevo, ante el alarmante estado de salud del Papa, Acquaviva pidió instrucciones al Secretario de Estado, ya de Luis I, Orendayn. Acquaviva recordaba la doctrina de los teólogos que atribuían a algunos soberanos la potestad de excluir a algún cardenal que podía como Papa causar daños a su Reino, apoyándose en los precedentes que ya existían en la Historia, pero recomendaba prudencia porque la exclusión, una vez dada, no podía repetirse.<sup>156</sup>

Tras la muerte de Inocencio XIII el 7 de marzo de 1724, en el subsiguiente conclave el Embajador imperial Maximilian von Kaunitz irrumpió violentamente para vetar de nuevo al Cardenal Paolucci. En la conciencia de todo el Sacro Colegio estaba que la conspicua candidatura del Cardenal Imperiali era inviable por la oposición tanto del Emperador como del Rey de España<sup>157</sup>. Por parte de España, las instrucciones en que se recomendaba excluir a Corsini solo en último extremo en nombre de Luis I llegaron cuando estaban ya todos en el conclave. Fue elegido el cardenal Orsini, un dominico que no era predilecto de nadie. “Nous avons un Pape, non de la main des hommes, mais de la main de Dieu”, parece haber sido el comentario del Cardenal de Rohan<sup>158</sup>. Adoptó el nombre de Benedicto XIII.<sup>159</sup>

Murió éste el 21 de febrero de 1730. En el subsiguiente conclave que duró cinco meses, el cardenal Imperiali, en el escrutinio del 21 de marzo quedó a sólo un voto de la mayoría requerida<sup>160</sup>, pero el cardenal Bentivoglio había recibido el 13 de marzo instrucciones, de interponer la exclusiva en nombre de Felipe V

155 BARRIO GOZALO, *La embajada de España en Roma en la primera mitad del siglo XVIII*, p. 194.

156 BARRIO GOZALO, *op.cit.*, p. 195.

157 Según EISLER, 184, la exclusión formal contra Imperiali no se efectuó en 1724, porque era sabida que era recurrido tanto por parte del Emperador y del Rey de España. “Das nun folgende Konklave des Jahres 1724 ging vorüber, ohne dass von dem Ausschliessungsrecht Gebrauch worden wäre. Denn das gesamte Kardinalkollegium wusste, dass Kardinal Imperiali, welcher im Vordegrund der Ereignisse stand, vom Kaiser und von Spanien ausgeschlossen sei”.

158 Así cita Albane PIALOUX, “Le Cardinal de Polignac face à Benoît XIII”, en *Paroles de négociateurs. L'entretiens dans la pratique diplomatique de la fin du Moyen Âge à la fin du XIXe siècle*, Roma, École française, 2010, p. 272.

159 Que originariamente pensó en numerarse XIV, recordando al Papa Luna de la época del Gran Cisma.

160 “Dans le conclave de 1730, il ne lui manquait, au scrutin du 21 mars, qu’une voix pour arriver au Souverain Pontificat; comme son parti se fortifiait de jour en jour, le Cardinal Bentivoglio, ministre de l’Espagne, lui donna ouvertement l’exclusion de la part de cette couronne, ce qui procura la tiare à Clément XII” (BERTON, *Dictionnaire des Cardinaux*, publ. por MIGNE, Paris, 1857, p.1094). También ZIZOLA, 109).

a dicho Cardenal, lo que efectuó el 21<sup>161</sup>. Se le objetó, sin embargo, que el documento venía a nombre del Secretario español de Estado y no del Rey, y que sólo éste podía ejercer el privilegio; se le adujo además que la fecha era demasiado anticipada<sup>162</sup>. Se consultó urgentemente a Madrid y Felipe V respondió el 24 de abril confirmando la orden de exclusión<sup>163</sup>. El 12 de julio fue elegido el Cardenal Corsini con el nombre de Clemente XII tras tan largo conclave.

Acaso con motivo de los mencionados incidentes, Clemente XII volvió a las reiteradas prohibiciones. El 4 de octubre de 1732 publicó la Constitución “Apostolatus Officium”, en la que condenaba las intromisiones externas en los conclaves<sup>164</sup> que habían sido objeto, como se vio, de reiteradas condenas de sus predecesores. Precaria la salud y el Gobierno de Clemente XII (ciego, el poder estaba en manos de su nepote el Cardenal Neri Corsini), volvieron las cábalas sobre la sucesión. En 1739 se preveía la muerte del Papa y en consecuencia, en Madrid el Secretario de Estado Villarias instruyó al Cardenal Acquaviva, Ministro de España en Roma, que procurase en un futuro conclave tener en cuenta también los intereses del Rey de las Dos Sicilias, Don Carlos, hijo del de España<sup>165</sup>. Y cuando se produjo la muerte del Papa Clemente XII, el 6 de febrero de 1740, Felipe V de España dispuso el veto al cardenal Pier Marcellino Corradini<sup>166</sup>. Fue elegido el 17 de agosto el Cardenal Prospero Lambertini, Benedicto XIV, Papa inteligente, tolerante e ilustrado, que se carteo con Voltaire y permitió las traducciones de la Biblia a lengua vulgar, hasta entonces prohibidas por la Iglesia católica.

La cuestión de los privilegios de los monarcas católicos en relación con el Pontificado habían de resurgir en el ámbito de la ideología ilustrada con especiales matices. En 1740 se ocuparon juristas alemanes<sup>167</sup> del tema; opinaron que el derecho del Emperador radicaba en su cualidad de ser “Advocatus Romanae Ecclesiae”, mientras que los de Francia y España reposaban sólo en consideraciones de naturaleza eclesiástica y laica.<sup>168</sup>

---

161 “21 Mart., attentis votis numero 18 in scrutinio vespertino antecedentis diei favore Card. Imperialis datis, card Bentivolus, qui negotia regis Hispaniae gerebat, ostendebat litteras in quibus nomine dicti regis expressa fuit exclusio em. Cardinalis”. Vid en RITZLER/SEFRIN, *Hierarchia Catholica*, vol. VI, Padua, 1958, p.3. Y también EISLER, 184.

162 28 de octubre del año anterior.

163 OCHOA BRUN, *Historia de la Diplomacia española.*, IX, p. 270. Ver también BARRIO GOZALO, *La embajada de España en Roma en la primera mitad del siglo XVIII*, p. 217 ss.

164 “Principum saecularium intercessionibus, caeterisque mundanis respectibus minime attentis et postpositis”.

165 BARRIO GOZALO, p. 110.

166 Pero según EISLER, 185, no hubo exclusión en ese conclave.

167 Son Johann Georg Estor y Dietrich Hermann Kemmerich.

168 “Bloss auf politischen Rücksichten kirchlicher und weltlicher Natur”. EISLER, 210 y 277.



Por esos años estaba al frente de la legación de España ante la Santa Sede como Ministro Alfonso Clemente de Aróstegui<sup>169</sup>. El 19 de marzo de 1750 remitió a Madrid una “Reseña histórica de los conclaves”<sup>170</sup>, donde se lee; “El derecho de la exclusiva que el uso ha dado a las tres Coronas del Imperio, España y Francia es un arma que en el Conclave las hace respetables y a sus Ministros temibles. Ella se la basta, sabiéndola manejar, para hacer al Ministro honor y tener algún influjo en la elección, pues por temor de ella, todos los partidos buscarán su amistad y cualquiera que salga electo ha de ser con su consentimiento”.

La prerrogativa, pues, no sólo seguía vigente, a juicio de las potencias beneficiarias de la misma, sino que se consideraba un arma válida para el ejercicio de su poder. La sola constancia de su existencia y posible uso valía tanto en calidad de poder disuasorio como su formulación efectiva.<sup>171</sup>

Benedicto XIV murió el 2 de mayo de 1758. En el conclave de 1758, de siete semanas, en que salió elegido Carlo Rezzonico (Clemente XIII), Francia vetó al Cardenal Cavalchini (Carlo Alberto Guidobono, de Milán, cardenal en 1743 por Benedicto XIV) por ser favorable a los jesuitas<sup>172</sup>. Era Obispo de Ostia, jurista como Benedicto XIV. La elección de Rezzonico fue una sorpresa para todos, nadie, ni él, la esperaba. Le apoyó el cardenal austríaco Roth. Bullían dos temas, el de los jansenistas y el de los jesuitas. El 6 de julio fue elegido.

En medio de la ingente turbulencia motivada en Roma por la pretensión de la disolución de los jesuitas, reclamada al Papa por las potencias católicas, falleció el 2 de febrero de 1769 a causa de un infarto Clemente XIII, tal vez a la víspera de decretar la disolución de la Compañía. Éste era el tema de mayor trascendencia. Desde El Pardo, el 14 de marzo de 1769, el Marqués de Grimaldi instruyó al representante en Santa Sede<sup>173</sup> que se abstuviera de intervenir en la cuestión porque ya lo harían los demás, respecto del candidato a la tiara: “suponiendo solicitarán las Cortes de Borbón<sup>174</sup> que no sea un sujeto afecto a los

169 Entre 1747 y 1757, ya como titular, ya como interino.

170 Se halla en el cit.leg° 3409 del AHN, antes del MAE.

171 Ello aparece corroborado por la opinión de EISLER (*op.cit.*, p. 187), que estima que, si en los siguientes conclaves no hubo exclusivas, era porque bastaba su simple amenaza. “Insbesondere die französischen Kardinäle verstanden es ausgezeichnet, durch das blosse Drohen mit der Exklusive nicht nur einen, sondern eine ganze Reihe von Kandidaturen unmöglich zu machen”.

172 EISLER, p. 186 refiere el veto francés a Cavalchini y sorprendentemente lo considera la única exclusión de parte francesa que se haya emitido formalmente (“die einzige Ausübung einer formellen Exklusion seitens Frankreichs”), lo que no resulta comprobable.

173 Actuaban a la sazón (1765-72) en Roma en la legación de España Tomás de Azpuru, Arzobispo de Valencia, como Encargado de Negocios y José Nicolás de Azara, como agente.

174 Es decir, Francia, Nápoles y Parma.

jesuitas, se muestre por su parte indiferente en este particular”<sup>175</sup>. Sin embargo, sólo semanas después, el 4 de abril, instruía al representante español que “prevenga inmediatamente de orden expresa de S.M. al Cardenal que entonces se halle encargado dentro del dicho Conclave de los intereses de España, le dé en su Real nombre la exclusiva absoluta en el Sacro Colegio en la forma y modo que fuere de estilo y se hubiese practicado en otras ocasiones por esta Corona o por otras sus iguales”, y ello “en el caso urgentísimo de creer segura la elección”<sup>176</sup>. Se refiere al Cardenal Urbano Paracciani, Arzobispo de Fermo, cardenal en la séptima y última promoción de Clemente XIII en 1766, que había entrado en el conclave ya el 2 de marzo.

Sin embargo, las potencias no usaron del veto en esa ocasión, pero lograron imponer la candidatura del cardenal Ganganelli, un franciscano contrario a la Compañía, que fue elegido por unanimidad después de tres meses de conclave el 19 de mayo de 1769 y tomó el nombre de Clemente XIV.

Estallado y resuelto el vidrioso tema de la disolución de la Compañía de Jesús por el Breve “Dominus ac Redemptor” de 1773, Clemente XIV murió el 22 de septiembre del año siguiente. En esa ocasión, Carlos III de España vetó al Cardenal Carlo Boschi, junto con los otros Borbones de Francia, Nápoles y Parma hasta cuya llegada, los cardenales pro-borbónicos exigieron se postpusiese la votación<sup>177</sup>. El conclave duró hasta el 15 de febrero de 1775 en que fue elegido Giovanni Angelo Braschi (Pío VI), con el apoyo de España, a través del Cardenal Solís.<sup>178</sup>

Así pues, de los hechos acaecidos a lo largo del siglo XVIII se desprende la conclusión de que los vetos se fueron produciendo con algo parecido a la normalidad, es decir, el Papado repudiaba la exclusiva pero la reconocía. Los Papas condenaron sucesivamente la práctica como habían hecho sus predecesores de anteriores siglos (Pío IV, Gregorio XV, Urbano VIII) o el propio (Clemente XII).

Por parte, pues, de la Santa Sede, las exclusiones no se consideraban un derecho, sino un abuso y no se debían atender ni considerar, pero no se podían ignorar, incluso había que someterlas a un procedimiento que garantizara su presentación secreta al Cardenal Decano y la ulterior presentación pública

---

175 Cit. leg° 3409 del AHN, antes del MAE.

176 *Ibidem*.

177 EISLER, 205 y 322 Anhang 16n.

178 Este manifestó luego: “El Papa nos es muy inclinado y Moñino [Floridablanca] hará de él lo que quiera”. (Cit. *apud* Teófanos EGIDO, en *Historia de l Iglesia en España* de G<sup>a</sup> VILLOSLADA, vol. IV, p. 190).

de éste a la Congregación General<sup>179</sup>. Pero no fueron procedimientos que hubieran de seguirse ni lo fueron. Lo que sí es cierto es que, admitida o no su licitud, las exclusiones eran tenidas en cuenta por los electores.<sup>180</sup>

Los conturbados años europeos del fin del siglo XVIII también conocieron las vacilaciones acerca de los candidatos al solio pontificio, tan peligrosamente en riesgo por las guerras del momento. Hacia la década final del Pontificado de Pío VI, se hacían en Madrid las usuales conjeturas sobre posible sucesor. Para un eventual conclave se hacían en Madrid las habituales cábalas. Se estimaba que el cardenal Zelada sería el menos malo, si fuera asequible o incluso el mejor por su genio blando y político y su comprensión y experiencia de los negocios presentes. “Corsini tal vez podría convenirnos —se opina también—, pero el jesuitismo latente lo excluirá con furor”. El sobrescrito de Floridablanca en San Lorenzo de el Escorial a 20 de septiembre de 1791, dirigido a Azara figura como un “juicio que hace de los cardenales actuales y que debe tenerse presente en caso de que muera el Papa para la elección”<sup>181</sup>. Quedaban pocos años para la irrupción francesa en Italia y el fallecimiento de Pío VI en Valence<sup>182</sup>, en su forzado exilio por caminos de Francia.

## DUDAS Y EXCLUSIONES EN EL SIGLO XIX

En la gravísima crisis producida por la injerencia francesa en Italia y en el Papado a causa de la intromisión napoleónica, el obligado destierro del Papa Pío VI y su fallecimiento en suelo francés, se presentaba el problema de hallarse Roma ocupada, el Pontificado en Sede vacante, el conclave carente de lugar adecuado. Napoleón, a la sazón Primer Cónsul, habría contado con haber acabado defini-

---

179 En un memorandum presentado al Papa Clemente XII y publicado por Wahrmond se lee: “che i cardinali ministri de’ Principi o Cardinali Commissionati debbano fare la loro rapresentanza segreta al Signor Cardinale Decano, con assegnarne le cause, e questo poi la significhi alla Congregazione Generale, la quale colla pluralità de’ voti segreti de’ voti decida, se debbano ammettersi o no le cause” EISLER, 194. En las actas del *Apostolatus officium*, cita EISLER, 195 un protocolo con el título “quali provvedimenti debbano prendersi intorno all’abuso dell’ esclusive, che si danno a nome de’ Principi”. “che l’impegno dell’esclusione sia accompagnato a tali circostanze, che rendano verisimile l’irreconciliabile offesa di quel Principe e la sottrazione dell’obediencia sua e de’ suoi sdditi al nuovo Pontefice con perniciosissimo scisma”, EISLER, 198. Está en la Biblioteca Corsini.

180 “Questo strumento terribile di intercettazione della libertà degli elettori aveva puntualmente raggiunto il suo scopo; mai un conclave aveva osato eleggere Papa un cardinale contro il quale uno dei tre grandi monarchi cattolici, l’Imperatore, il Re di Spagna o il Re di Francia aveva opposto il suo veto” (ZIZOLA, 109).

181 Leg° 3410 del AHN.

182 Pío VI muere el 29 de agosto de 1799 en Valence (Delfinado). El Primer Cónsul dispuso se le tributaran las correspondientes exequias.

tivamente con el Papado, pero la respuesta del Sacro Colegio fue la de buscar sitio adecuado y protegido para proceder imperturbablemente a la elección papal. Favoreció la oferta del Emperador Francisco II que ofreció para ello la Isla de San Giorgio, en Venecia. Allí tuvo lugar el comprometido conclave de 1800.

El conflictivo momento se brindaba para debates y pretensiones encontradas. Y naturalmente, para recelos y oposición ante los candidatos a la tiara.

El 1 de diciembre de 1799 se inició el conclave con 34 cardenales. Mattei era el favorecido por el Emperador Francisco, el rival era Bellisomi, Nuncio en Portugal. Había lugar, claro está, para importantes exclusiones. El representante imperial, Cardenal Franz Hertzán von Harrach, había interpuesto, en nombre del Emperador Francisco II, la exclusión contra todos los cardenales oriundos de Francia, España, Nápoles, Génova o Cerdeña, sus potencias enemigas del momento.<sup>183</sup>

Hé aquí cómo cuenta con notable plasticidad, el episodio Adolfo Thiers en su *Historia del Consulado y del Imperio* <sup>184</sup>:

“Hallábase reunido un conclave en Venecia y no sin gran trabajo había obtenido del gabinete austríaco la autorización de nombrar sucesor al Papa difunto. Asistían a dicho conclave treinta y cinco cardenales; hacía de secretario un prelado que era monseñor Consalvi, sacerdote romano, joven, ambicioso, notable por la flexibilidad, penetración y amenidad de su ingenio, que después intervino en los más graves negocios del siglo. Según acontece en toda elección política o religiosa, los individuos del conclave andaban divididos; veintidós de ellos, siguiendo el partido del Cardenal Braschi, sobrino del último Papa, designaban para el Pontificado al cardenal Bellisomi, Obispo de Cesena, y los que no querían perpetuar en Roma el dominio de la familia de Braschi, dirigidos por el Cardenal Antonelli, designaban por candidato al Cardenal Mattei, que había firmado el Tratado de Tolentino; pero estos últimos sólo juntaban trece votos. Transcurrieron muchos meses en sostener por una y otra parte aquella lucha obstinada y silenciosa. Ninguno de los contendientes había ganado para entonces un solo voto del opuesto bando. Carlos IV de España dispuso el veto contra el cardenal Alessandro Mattei.

Se pensó a la sazón en el sabio Cardenal Gerdil, que había figurado en las controversias del último siglo. Este nuevo candidato era saboyano y con las victorias de la República había pasado a súbdito francés. El Austria usó de su derecho de exclusión contra su persona. Finalmente apartáronse dos votos del

---

183 ZIZOLA, p. 116, EISLER, 221.

184 THIERS, Adolfo, *Historia del Consulado y del Imperio*, trad. española, Barcelona, Montaner y Simón, 1892, vol. III, p. 116 s.

Cardenal Mattei y prometiéronse unirse al Cardenal Bellisomi, con lo cual juntaba éste veinticuatro votos, es decir las dos terceras partes que en rigor exigen los cánones para que una elección sea válida. Pero, como se celebraba el conclave en los Estados del Austria, juzgóse conveniente someter previamente a la Corte aquel nombramiento a fin de obtener su consentimiento tácito. El gabinete de Viena cometió el error de dejar transcurrir un largo mes sin dar su respuesta; ofendiéronse los Príncipes de la Iglesia, dislocáronse al mismo tiempo todos los partidos y la elección del Cardenal Bellisomi quedó fallida. No esperaba otra cosa sino aquel momento de desorden y cansancio el diestro secretario del conclave, Consalvi, para erigir una nueva candidatura, único objeto de sus largas y secretas meditaciones”.

Habíase excluido Gerdil por Austria, a casusa de ser vasallo francés<sup>185</sup>. Gerdil había recibido muchos votos, si bien era un octogenario, por su edad poco apto<sup>186</sup> para el solio, pese a tratarse de cardenal muy admirado, “l’âme et l’oracle du Saint-Siège”<sup>187</sup>. Quedaba sin confirmar el Cardenal Bellisomi. Mattei no conseguía la mayoría. Se le oponía España. Medió el cardenal Despuig.

La acción española fue llevada por los cardenales Lorenzana y Despuig. Este último, Arzobispo de Sevilla, llevaba como portavoz de Carlos IV el llamado “Secreto del Rey”.<sup>188</sup>

Los austríacos querían a Mattei porque había firmado el Tratado por el que el Papado perdió las legaciones, con lo que, siendo Papa, no pediría su devolución. Luego Francia, segura ya de que no se reclamarían las Legaciones, propuso mediante el Cardenal Maury, al Cardenal Chiaramonti.

Se llegó a este candidato de consenso, fomentado por Consalvi, y el 14 de marzo de 1800 fue elegido Barnaba Chiaramonti. Rehuyó la invitación a Viena del Emperador para no incomodar a los franceses. Pudo regresar el 3 de julio a Roma, ocupada por los napolitanos de Fernando IV, que lo invitó.<sup>189</sup>

Tocaría a Pío VII soportar la época napoleónica, marchar forzado a París y allí presenciar (no protagonizar) la coronación de Napoleón y Josefina en Notre Dame. Viviría el auge y el ocaso del Imperio francés y la Restauración europea. Durante su Pontificado, se estimaba vigente el influjo de las tres potencias católicas, Austria, Francia y España, en las decisiones de la Santa Sede. Sólo que, entre tanto, el Sacro Imperio había desaparecido en 1806, sucedido por el Imperio de Austria, que conservaba sus privilegios. En un caso se planteó

185 MURIEL, *Historia de Carlos IV*, V, p. 176 s.

186 Habría de morir el 12 de agosto de 1802.

187 BERTON, p.978.

188 *Vide* Teófanos EGIDO, en *Historia de l Iglesia en España* de G<sup>a</sup> VILLOSLADA, vol. IV, p.220.

189 ZIZOLA, p. 116.

en España la cooperación de las tres potencias. Por la importancia de dichas tres potencias católicas, era costumbre que, cuando una de ellas pidiese un capelo, se consultase a las otras dos “para su adhesión”<sup>190</sup>. En el Consejo de Ministros en Madrid se formuló la pregunta de si eso se hacía a petición del Estado solicitante o de la Corte de Roma<sup>191</sup>. Subsistía, pues, una antigua tradición.

Pero donde ésta tenía especialísima influencia era en la circunstancia de la elección de un nuevo Papa. En 1814 se temió por la salud y la vida de Pío VII. Entonces, se indicó desde Madrid la preferencia por los cardenales Mattei y Di Pietro. Era a la sazón Ministro de España en Roma Antonio de Vargas Laguna. De él hay el 30 de junio de 1814 un despacho muy extenso y reservado con detalles y lista de cardenales<sup>192</sup>. Se propone allí excluir a Consalvi, Sommaglia, Caselli, Brancadoro y Oppizoni. Los preferibles eran a su juicio Gardoqui, De Gregorio y Bardají. Se le contestó desde Madrid que “se conforma SM con la lista de los que VE indica merecedores de la exclusiva, añadiendo y aún con más fuerza al cardenal Gravina“. Se explica allí que “no asistiendo los representantes de las Cortes al conclave, cada una tiene dentro de él un cardenal que instruye al Ministro o Embajador del resultado de los escrutinios. Si él exige que se dé la exclusión, el representante lo manda al cardenal y éste la hace conocer al Sacro Colegio, antes de principiar un nuevo escrutinio”.

Pero el Papa se repuso en su alarmante estado de salud.

Al año siguiente, en el Consistorio de 8 de marzo de 1816, el primero que celebró después de su regreso a Roma tras el fin de su forzado destierro francés, incluyó Pío VII al Nuncio Pietro Gravina entre los candidatos a la púrpura. Su sucesor en la nunciatura en España fue Giacomo Giustiniani, Arzobispo de Tiro *in partibus*, que inició sus funciones en 1817.

Ya desde tiempos remotos, la condición de haber ejercido la nunciatura en Madrid, más que un mérito, había mostrado ser un inconveniente, tanto incluso como para insinuar una exclusión. Era frecuente que el nuncio dejara tras de sí la secuela de algún incidente o enfrentamiento con la potestad secular y que ésta lo rememorara al plantearse una candidatura al solio. Se dio, como seguidamente se verá en estos dos casos precisamente, de Gravina y Giustiniani.

En ese año, el 30 de junio, Vargas Laguna envió desde Roma un despacho al Secretario de Estado León Pizarro, en el que se refería pormenorizadamente

---

190 *Vide* Sesión del Consejo de Ministros de 9 de enero de 1830 en *Actas del Consejo de Ministros, Fernando VII*, vol. V, Madrid, Ministerio de Relaciones con las Cortes, 1992, p. 13.

191 *Vide ibidem*, sesión del Consejo de Ministros de 12 de mayo de 1830 *ibidem*, p. 132.

192 Leg<sup>o</sup> 3410 del AHN.

a los cardenales *rojos* (napoleónicos) y *negros* (opuestos a ellos)<sup>193</sup> y sugiriendo excluir a Consalvi, Sommaglia, Caselli, Brancadoro y Oppizzoni.

En consecuencia, se ordenó a Vargas diese la exclusiva a esos cardenales y a Gravina, Nuncio que fue en España y que causó el incidente de la Inquisición en Cádiz durante la Guerra de la Independencia<sup>194</sup> que no se había olvidado. Para representar a España en el conclave, se nombró a los cardenales Gardoqui, Bardají y De Gregorio, al tiempo que se instaba a un acuerdo con Austria, que no parecía preferir a ningún candidato<sup>195</sup>. En 1817 el candidato español, apoyado también por Francia y Nápoles, era De Gregorio. En el siguiente año fue nombrado Secretario de la legación en Roma José Narciso Aparici, que habría más tarde de ocupar la encargaduría de negocios<sup>196</sup>, en un período de dificultades y controversias.

Tal período fue el del Trienio Liberal español, cuya ideología política era ciertamente la menos apropiada para favorecer un entendimiento con Roma. A los desencuentros con la Curia motivados por las aboliciones de los tribunales e institutos religiosos, se añadió el desafortunado nombramiento de un no idóneo representante diplomático en Roma, Joaquín Lorenzo Villanueva, rehusado por la Santa Sede. No es extraño, pues, que el Encargado de Negocios de España, el citado Aparici, preguntado desde Madrid por el Secretario de Estado Martínez de la Rosa sobre futuras candidaturas al solio pontificio, respondiera desconsoladamente, pero con evidente realismo: “no hay un solo cardenal en el día que esté bien con el nuevo sistema nuestro, porque les iba mejor con el otro”.<sup>197</sup>

Aun así, en 1822 y para el caso de un de nuevo previsible fallecimiento del Papa Pío VII, se instruyó a Narciso Aparici para que se previniera contra las intenciones de la potencia, a la sazón enemiga, que era Austria. Empeoró el Papa. El 6 de julio de 1823 sufrió una caída (tenía 81 años) y se fracturó el fémur. No superó la crisis y murió el 20 de agosto. El 2 de septiembre se inició el conclave en el Palacio del Quirinal. El ambiente era de enconados sentimientos. Según in-

---

193 Les venía el calificativo del hecho de haberles Napoleón privado de los privilegios inherentes al capelo —incluso el vestir de rojo— por haber rehusado comparecer a sus bodas con María Luisa de Austria en 1810.

194 El Nuncio Gravina había protestado contra la abolición de la Inquisición, decretada por las Cortes de Cádiz. En consecuencia fue expulsado en 1813. La vuelta al trono de Fernando VII reparó los agravios. El 21 de julio de 1814 se decretó el restablecimiento de la Inquisición y el Nuncio Gravina retornó a sus funciones. (Véase sobre ello ESCUDERO, José Antonio, “Las Cortes de Cádiz y la supresión de la Inquisición. Antecedentes y consecuentes”, en *Cortes y Constitución de Cádiz, 200 años*, Madrid, España, 2011, vol. II, p. 298). Pero los resquemores de su anterior expulsión no se extinguieron, como se ve. Tampoco los relativos a su sucesor en la nunciatura española, Giustiniani, como se verá.

195 BÉCKER, Jerónimo, *Relaciones diplomáticas entre España y la Santa Sede durante el siglo XIX*, Madrid, Ratés Marín, 1908, p. 64 s.

196 En 1820-22, 1826-27, 1834-36, y 1836-39. Véase *infra*.

197 Despacho de 1 de junio de 1822, cit. por BÉCKER, *op.cit.*, p.67.

formó el Embajador austríaco<sup>198</sup>, reinaban odios y pasiones y sobre todo el deseo de humillar al hasta entonces omnipotente Cardenal Consalvi, Secretario de Estado. Pero Austria y Francia deseaban continuar su política tolerante. Metternich trató de crear una coalición de las Coronas, aunando a los cardenales de Francia, España, Dos Sicilias y Cerdeña, junto con los partidarios de Consalvi. Pero ese partido no se mantuvo unido y surgió con fuerza la candidatura del cardenal Severoli, hostil a Austria, enemigo de la política italiana de Metternich; había rehusado estar presente en Viena en la boda de Napoleón con María Luisa. Flotaba en el ambiente el amago de la Exclusión, como prerrogativa de las tres potencias: Austria, Francia y España.

El monarca europeo geográficamente más próximo a Roma era el Rey de las Dos Sicilias, Fernando I de Borbón. Para el conclave emitió una instrucción en la que reconocía expresamente: “non appartenendo alla Corona del Regno delle Due Sicilie il diritto dell ‘esclusiva espressa, giachè é soltanto riservata alle Corte di Francia, di Spagna e di Austria...”<sup>199</sup>. Pero incluso acerca de tales antiguos privilegios se formulaban algunas objeciones: una facción de cardenales, opuestos a Austria se proponían, en el caso de que hubiera una exclusiva austríaca, oponerse a ella, alegando que ese privilegio había competido al otrora Emperador de Alemania, no al que ya lo era sólo de Austria.<sup>200</sup>

Se puso pronto de manifiesto que el Embajador austríaco, el Conde Anton Appony<sup>201</sup> haría saber sus intenciones; intervino en el conclave el 6 de septiembre, dejando claro que el cardenal Albani<sup>202</sup> sería era el encargado en el conclave de los intereses austríacos, como Embajador extraordinario del Emperador, de quien presentó una carta que lo acreditaba. Fue, pues, Albani quien entonces puso la exclusiva de Austria al cardenal Severoli el 21 de septiembre<sup>203</sup>, cuando faltaban a Severoli sólo 7 votos, declarando que “la Corte de Viena no aceptaría por Pontífice a su Em<sup>a</sup> el Cardenal Severoli y pronunciaba contra él formal exclusiva”.<sup>204</sup>

El texto fue éste, dirigido al Decano Sommaglia:

“En ma qualité d’Ambassadeur extraordinaire d’Autriche près le Sacré Collège réuni en conclave, laquelle qualité a été notifiée á Vos Éminences et

---

198 ZIZOLA, p. 119.

199 EISLER, 278, nota.

200 EISLER, 225 y 346 Anhang 33, de lo se queja Apponyi el 26-VIII-1823. Interesante matiz que reaparecería décadas más tarde, cuando surgió el II Imperio Alemán de 1871. *Vide infra*.

201 Lo fue desde el 27-VI-1820 al 8-I-1826.

202 Giuseppe Albani había sido Nuncio en Viena de 1796 a 1800.

203 “Cardinalis Albani, mandatarius Imperatoris Austriae, ante scrutinium vespertinum, tradidit Cardinali decano documenta continentia ‘la esclusiva’ Cardinalis Severoli a parte imperiali”. RITLER-SEFRIN, *Hierarchia catholica*, vol. VII, Padua, 1968, p. 17.

204 CÁRDENAS, 171. EISLER, 350, Anhang 38.



apportée à votre connaissance, tant par le moyen de la lettre à elles adressée par S.M.I. et R. que par la déclaration faite à Vos Éminences par l'impérial et royal ambassadeur d'Autriche, et de plus en vertu des instructions qui m'ont été données, je remplis le devoir désagréable pour moi de déclarer que l'impériale et royale Cour de Vienne ne peut accepter pour Souverain Pontife Son Éminence le Cardinal Severoli et lui donne une exclusion formelle. Au Conclave, le 21 septembre 1823. Signé le Cardinal Joseph Albani”<sup>205</sup>

La reacción de los cardenales fue de indignación, pero el Conde Appony se apresuró a defender la actitud de Albani, reafirmando que había obrado conforme a las instrucciones del Emperador. Severoli reaccionó agradeciendo irónicamente que el Emperador le hubiese exonerado de la carga<sup>206</sup> y propuso como candidato al Cardenal Della Genga, lo que hacía temer un veto francés contra éste por venir recomendado por el austriaco. Pero no fue así. El Embajador de Francia, Duque de Laval, había recibido instrucciones de París en el sentido de no oponerse a nadie y de preferir un candidato del partido italiano, moderado.<sup>207</sup>

En todo caso, el resultado fue que el veto austriaco irritó a los cardenales, que retiraron sus votos al Cardenal Castiglione, de preferencia austriaca, que fue el inocente perjudicado, y eligieron finalmente a Della Genga (León XII). Castiglione hubiera sido seguramente el preferido de su difunto antecesor que acostumbraba decirle: “tú serás mi Pío VIII”. Habría de serlo efímeramente más tarde.

Por parte de España, se procedió con lamentables indecisión y demora. El Ministro en Roma, que seguía siendo Vargas Laguna, recomendó actuar. A un texto del Ministerio de Estado corresponde esta información:

“El 19 de septiembre de 1823, el Sr. Vargas da cuenta (a pesar del secreto que parece debía guardarse) de la marcha que sigue el Cónclave y aunque cree que no llegue el caso, en provisión de ello, pide se le envíe la carta para hacer uso de la exclusiva si fuese necesario, contestándole en 4 de octubre como él deseaba y remitiéndola en blanco, por más que en aquella fecha, aunque en España no se sabía, ya había sido elegido Papa el cardenal Della Genga, que tomó el nombre de León XII”<sup>208</sup>

---

205 Del *Dictionnaire des Cardinaux* de, p. 327, reproducido en italiano en ZIZOLA, p. 120 y en EISLER, 229.

206 Expresión convencional, que utilizarían también, más menos espontáneamente, Giustiniani y Rampolla en similares ocasiones, *vide infra*.

207 BERTON, *ibidem*.

208 Archº del MAE (hoy en AHN), legº 3409.

Efectivamente con fecha de 4 de octubre se mandó a Vargas una exclusiva en blanco<sup>209</sup>. Pero hubiera sido en todo caso inútil, porque el 27 de septiembre ya había sido elegido Della Genga<sup>210</sup>. En la referencia que obra en el Ministerio de Estado se anota, en efecto, que el 4 de octubre de 1823 se remitió la carta para la exclusión en blanco. Se añade que “el Papa había sido ya elegido, pero no se supo hasta el día 16”. La fórmula era la habitual: “le dé en el nombre de esta corona la exclusiva absoluta en la forma y modo que fuere de estilo y se hubiere practicado en otras ocasiones por esta Corona o por otras sus iguales, y encargará a dicho cardenal que no use de esta facultad que la Regencia le concede, sino en el caso urgentísimo de creer segura la elección, si no se le ofrece otro remedio”.<sup>211</sup>

Se difundió por entonces la errónea especie de que Austria habría vetado al Cardenal Consalvi. Escribe en sus *Memorias* la Duquesa de Abrantes: “L’Autriche avait écarté le cardinal Gonzalvi l’autre fois, cette fois il était mort; mais elle influa non pour écarter, mais pour faire nommer le Pape actuel, qui est tout autrichien”<sup>212</sup>. Pero esto no debe ser exacto. La Duquesa confundiría el caso con el citado de Severoli. Austria no hubiera vetado a Consalvi, con cuyas ideas como Secretario de Estado de Pío VII estaba conforme.

El 10 de febrero de 1829, ocurrió el ya vaticinado fallecimiento del Papa León XII, persona valetudinaria e impopular en Roma<sup>213</sup>. Por orden del Sacro Colegio se cerraron las puertas de Roma, para que la noticia se demorara a las Cortes extranjeras, lo que provocó la protesta al Decano por parte de los embajadores austríaco y francés.<sup>214</sup>

El 23 de febrero comenzó el Conclave. De nuevo se formaron dos partidos opuestos: el de las potencias católicas, que proponían al cardenal napolitano De Gregorio, apoyado por Albani en nombre de aquéllas, y el opuesto, de los que se mostraban dispuestos a aceptar al Cardenal Castiglione, candidato de reserva de Albani, favorable a Austria, pero del que confiaban un Pontificado breve, dada su salud precaria.

---

209 De documentos “en blanco” expedidos a embajadores hay un precedente medieval. *Vide* Joycelyne DICKINSON, “Blanks and Blank Chartres in the Fourteenth and Fifteenth Centuries” en *The English Historical Review*, Londres, LXVI (1951) y Donald E. QUELLER, “Diplomatic ‘blanks’ in the Thirteenth Century”, *The English Historical Review*, Londres, LXXX (1965), 476-91, reimpresso en *Variorum reprints*, Londres, 1980.

210 Puede verse sobre ello el citado leg<sup>o</sup> 3409, utilizado también por BÉCKER, Jerónimo, *Relaciones diplomáticas entre España y la Santa Sede durante el siglo XIX*, p. 69.

211 Leg<sup>o</sup> 3410 del AHN.

212 *Mémoires*, p. 75.

213 “Qui Della Genga giace, per Sua e nostra pace”, es el epitafio que le reservaba el *Pasquino*.

214 EISLER, 236.

A Apponyi había sucedido el Conde Lützow como Embajador<sup>215</sup>. Como quiera que, pese a la exclusión de Severoli no se había conseguido un Papa propicio en el anterior conclave, se instruyó por Metternich a Lützow de que no hiciera uso de la exclusiva, salvo en peligro inminente “d’un cardinal indigne ou incapable”<sup>216</sup>. En efecto, Lützow declara no haber excluido a nadie; ni siquiera había presentado credenciales al Sacro Colegio.<sup>217</sup>

Tampoco Chateaubriand por parte de Francia tenía instrucciones de intervenir<sup>218</sup>. Sin embargo, por su cuenta, envió carta al cardenal Clermont-Tonnerre, en la que procedía “en vertu de mes pleins pouvoirs comme Ambassadeur de S.M,t.Chr., et en prenant sur moi seul toute la responsabilité, de donner l’exclusion a M.le Cardinal Albani, si d’un côté par une rencontre fortuite, de l’autre par une combinaison secrète, il venait à obtenir la majorité des suffrages”. En sus memorias atribuye el gesto a una audacia para evitar un posible hecho (del que, en realidad, no había peligro alguno).

Se hablaba de un veto austríaco a De Gregorio (que era candidato querido por España) y otro español a Giustiniani, como más adelante habría de pasar.

El Embajador español en Roma, Gómez Labrador, había previamente sugerido como buen candidato al cardenal De Gregorio por despacho a Madrid<sup>219</sup>. Recibida esa comunicación por el Consejo de Ministros, éste resolvió proponer al Rey que tuviese a bien autorizar al Embajador para que influyese “en cuanto pueda a que la elección de Sumo Pontífice recaiga en el Cardenal Gregorio o en Marco, si fuese posible, y a falta de éstos en el Cardenal Arezzo, dando completamente la exclusiva al cardenal Giustiniani y despachándosele al efecto [al Embajador] un extraordinario con las órdenes oportunas”<sup>220</sup>. Giustiniani había sido, como se recordará Nuncio en Madrid y había dejado mal recuerdo. Era persona ingrata por ello. De ahí la decisión clara de darle “completamente la exclusiva”. La preferencia para intereses españoles era, pues, clara por el Cardenal De Gregorio.

Sin embargo, confluyeron informes contradictorios acerca de la viabilidad de tal candidatura. Se había sabido que de una parte, el Embajador de Dos Sicilias en París era propenso a De Gregorio, mientras que el Embajador de la misma Corte en Roma le era contrario.

---

215 El Embajador de Austria fue Rudolf Graf Lützow desde 8-I-1826 a 16-V-1848 en que cesó tras haber sido su embajada asaltada por el populacho.

216 EISLER, 233.

217 Despacho a 10-III-1829 a Meternich. EISLER, 534,Anhang 42.

218 EISLER, 237.

219 Despacho de 10-II-1829, BÉCKER, *op.cit.*,p. 75 s.

220 *Vide* Sesión del Consejo de Ministros de 21 de febrero 1829 en *Actas del Consejo de Ministros, Fernando VII*, vol. IV, Madrid, Ministerio de Relaciones con las Cortes, 1991, p. 38.

En el Consejo de Ministros, en Madrid, en sesión de 7 de marzo de 1829<sup>221</sup>, se consigna la siguiente sustanciosa resolución:

“Puede decirse al Embajador Labrador que proceda en esta única parte de elección personal del Cardenal De Gregorio con alguna cautela con dicho Embajador [de Dos Sicilias], a lo menos hasta que reciba órdenes favorables de su Corte. Por lo demás, las Cortes que para este negocio deben estrecharse para la elección del cardenal De Gregorio, cuyo origen es napolitano, son la de España y Nápoles. Si llegase el Cardenal Giustiniani a obtener una gran preponderancia, deberá ser excluido como ya está mandado por S.M., pero se usará de grande parsimonia y sólo en el último caso con respecto a este Cardenal, a trueque de evitar que la elección pueda recaer en otro Cardenal, cuya elección no convenga tampoco, si se usa de la exclusiva de Giustiniani prematuramente. Aunque a la Francia no convenga que sea Sumo Pontífice ningún Jefe del partido austríaco, según el estado a que las cosas de Europa han llegado y la división que hay de intereses entre los reinantes de la Augusta Familia de Borbón por la diferencia de instituciones políticas de los países en que reinan, la España no tiene ya un interés contrario a la Austria como en otro tiempo y en este supuesto, si el cardenal De Gregorio no pudiese ser elegido Sumo Pontífice, en lo cual deben tomar sumo interés los embajadores de S.M. en Roma y en París, el Consejo de Ministros no halla inconveniente en que se sostenga al cardenal Arezzo, como está mandado por S.M. Según las comunicaciones del Conde de Ofalia, la poca conformidad del Ministerio francés en este negocio, la poca influencia de los cardenales franceses, su independenciamiento del Gobierno tal como se halla constituido y los perjuicios que podrían resultar para la elección de penetrarse el secreto de la Corte de España y evitar que sea contrariado, parece que no hay necesidad de confiar en el Gobierno francés ni en sus agentes públicos como tales y que por el contrario debe manifestarse una especie de convencimiento de que la España no tendrá ninguna influencia en la elección de Sumo Pontífice, presentando como prueba la inercia de los dos cardenales Inguanzo y Cienfuegos, que no se mueven ni han movido de sus Sillas para concurrir a tan importante acto de asistir al Conclave. Que se oficie por el Ministerio de Estado a dichos dos cardenales españoles, manifestándoles lo sensible que ha sido a S.M. su tibieza y falta de determinación de haberse puesto en camino para Roma tan pronto como recibieron la noticia de fallecimiento de S.S. León XII, como lo han ejecutado los cardenales franceses y casi todos los cardenales del Mundo Católico, que están en disposición de hacerlo. Que a dichos dos embajadores de Roma y París se les deje en latitud de aprovecharse de las circunstancias, auxiliarse y comunicarse entre sí y obrar con arreglo a aquellas, fijando su atención y sus miras en estas instrucciones y en las que se les han comunicado. Y

---

221 *Actas*, IV, p.54 s.

que se mire como una cosa no accidental sino esencial comunicar órdenes directas a los cardenales De Gregorio y Marco en los términos más afectuosos y de confianza, encargándoles que promuevan la elección de un Sumo Pontífice conveniente al bien de la Iglesia de la España, como propone el mismo Ministro de Estado”.

Cienfuegos contestó “ofreciendo pasar inmediatamente si fuese del soberano agrado”, pero se entendió que ya no tendría objeto el viaje “porque antes de su llegada, se habrá elegido Sumo Pontífice”, de donde se le contestará que S.M. quedaba “enterado y no tenía prevención alguna que hacerle”<sup>222</sup>. Pero para evitar tales casos, el Consejo de Ministros decidió,

“habiendo tomado en consideración, como ya lo ha hecho en ocasiones anteriores, el perjuicio que se sigue al bien de la Iglesia y al bienestar de la nación, del abandono y poco celo con que los cardenales españoles de la Santa Iglesia Romana miran la concurrencia al Conclave siempre que ocurre la muerte del Sumo Pontífice y la vacante de la Santa Silla, ha sido de dictamen que, para evitar en lo sucesivo el abuso de la costumbre introducida de mirar con indiferencia un asunto de tanta importancia para la Cristiandad y para la Monarquía, se digne V.M. mandar, por punto general y preventivamente que, siempre que llegue correo de Italia con la infausta noticia de la muerte del Sumo Pontífice, dentro del preciso término de veinte y cuatro horas, sea obligación del Ministro de Estado que actualmente es o fuere, expedir pasaportes a los cardenales de la Santa Iglesia Romana que se hallen en España, comunicándoles Real Orden para que se pongan inmediatamente en camino, con el fin de asistir en Roma al Conclave y concurrir a la elección de Sumo Pontífice, sin admitirles ninguna excusa o disculpa”.<sup>223</sup>

Para ese conclave de 1829, escribe en febrero el Embajador Labrador: “sería de parecer que el Rey NS eligiera para promover sus derechos en el próximo conclave al Cardenal Marco por ser español y al cardenal De Gregorio por tener mayor experiencia y sagacidad”<sup>224</sup>. A 23 de julio se acompañó a Labrador una Real Orden muy expeditiva; se le instruía para ejercer la exclusiva: “y es la voluntad de SM dar además su exclusiva absoluta al cardenal Giustiniani, que también se hizo al Sr. Vargas en el reciente conclave de 1823”. Labrador dio cuenta de haberlo comunicado a Marco el 28 de marzo de 1829<sup>225</sup>. La decisión española era, pues, tajante. Se deseaba excluir a Giustiniani, Nuncio que había sido en España. No fue necesario por esa vez formular la exclusiva, preparada también para el anterior conclave.

222 *Vide* Sesión del Consejo de Ministros de 21 de marzo de 1829 en *Actas, Fernando VII*, vol. IV, Madrid, 1991, p. 60.

223 *Vide* Sesión del Consejo de Ministros de 8 de abril de 1829 *ibidem*, p. 82. Consta así también en leg<sup>o</sup> 3410 del AHN.

224 A 14 de febrero de 1829. Leg<sup>o</sup> 3410 del AHN.

225 Leg<sup>o</sup> 3410 del AHN.

En relación con aquel conclave de 1829, circularon especies y noticias. Hubo rumores de que el cardenal Bartolomeo Pacca había sido vetado por Carlos X de Francia y De Gregorio por Austria pero no parece hubiese fundamento<sup>226</sup>. Llegó además la información dada por el Conde de Ofalia, Embajador español en París, de que a Francia no gustaba De Gregorio y que incluso los franceses podrían tal vez darle la exclusiva. Del conclave salió elegido el 31 de marzo de 1829 el cardenal Castiglioni, con el nombre de Pío VIII. Ante él presentó Labrador sus credenciales. Su Pontificado fue muy breve. Falleció el 1 de diciembre.<sup>227</sup>

En el nuevo conclave de 14 de diciembre de 1830 en el Quirinal, rivalizaban tres candidatos: De Gregorio, Macchi y Giustiniani. De Gregorio fue esta vez vetado por Albani en nombre de Austria, Macchi era rechazado por los galófilos<sup>228</sup> y Giustiniani por España. Los franceses se proponían excluir a Machi, Nuncio que fue ante Luis XVIII y Carlos X y muy vinculado a éste. Si no lo hicieron, a juicio del Embajador austríaco Lützow, es por las pocas opciones que tenía.<sup>229</sup>

Desde el comienzo se temía en España que fuera elegido el cardenal Giustiniani, Nuncio que fuera en España y que era malquisto en Madrid. Por lo tanto se instruyó desde Madrid a Labrador que encargase al cardenal español Marco y Catalá la interposición del veto. En las actas del Consejo de Ministros se lee:

“El Sr. Labrador pide se le remitan las instrucciones y credenciales; dice las buenas prendas del Cardenal De Gregorio, a cuya elección favorece el fallecimiento del Ministro napolitano Medicis; y manifiesta la preferencia del Austria por el Cardenal Capellari, de buenas costumbres e instrucción en teología; pero no es hombre de gobierno y sus opiniones en punto a Obispos de las Provincias rebeldes de América no son favorables a los derechos de Vuestra Corona. Teniendo presente el Consejo lo que, a propuesta del mismo en 7 de marzo y 8 de abril de 1829 se dignó resolver V.M. en ocasión de la muerte de SS León XII, le ha parecido que se comuniquen la órdenes y expidan los pasaportes a los Emos. Cardenales de la Sta Iglesia Romana existentes en España para que, a tenor de vuestras referidas Reales resoluciones se trasladen inmediatamente a Roma; que se remitan de contado al Sr. Labrador las credenciales para que represente a VM. cerca del Sacro Colegio, acompañándole las instrucciones correspondientes con arreglo a lo que en el conclave anterior se le previno, debiendo apoyar la elección de los Cardenales De Gregorio y Marco, con exclusión absoluta del

---

226 EISLER 234 opina que no hubo nada de ello.

227 Los cáusticos romanos (y el *Paschino*) decían: “Pío VIII visse, è morto, / e grazia a Dio nessuno se ne è acorto”.

228 El cardenal francés Isoard recibió instrucciones de vetar a Macchi “en faisant usage du droit qui appartient à la couronne de France” EISLER, 239.

229 Despacho de 19-I-1831 a Metternich, EISLER, 359, Anhang 47.

cardenal Giustiniani, en los mismos términos que en aquella ocasión se le expresaron; que si acaso ocurriesen dificultades, por parte de la Corte de Nápoles para la elección del Cardenal De Gregorio, se ponga el Sr. Labrador en correspondencia con el Ministro de V.M. en la citada Corte a fin de allanar la oposición y obstáculos que puedan presentarse. Y como es notoria en el día la indiferencia con que se tratan en Francia los negocios del Catolicismo, se vea cuales son la opinión e intenciones del Gobierno francés acerca de esta elección y se procure atraer sus votos a favor de los de la España”.<sup>230</sup>

En realidad, eran varias las exclusivas previstas por parte española. En un despacho de 1 de enero de 1831 se dice que el Embajador aprovechará la exclusiva en blanco para darla al cardenal Oppizoni si llega el caso. “Otro oficio igual se puso al Sr. Labrador dejando en blanco el nombre del cardenal que se había de excluir para aplicar la exclusión según conveniencia”. En la misma fecha contesta el Embajador al oficio de 15 de diciembre que contiene la exclusiva al cardenal Giustiniani. La Orden tiene el siguiente tenor:

“El Rey NS se ha servido resolver manifestar a VE que en el concepto de no convenir a los intereses de la Corona que el cardenal Giustiniani suba al solio pontificio por las razones poderosas que ya conoce VE a presentar en el próximo conclave la absoluta exclusión que le daba Su Majestad en el caso de que obtuviese bastantes sufragios para hacer previsible su elección”. Es una minuta de 15 de diciembre. Se había resuelto “apoyar la elección de los cardenales De Gregorio y Marco con exclusión absoluta del cardenal Giustiniani”.

Éste era resueltamente mal visto por el Gobierno español<sup>231</sup>. Eran anteriores agravios, de tiempos de su nunciatura en Madrid, que había dejado mal recuerdo. Se acusaba a Giustiniani de haber favorecido la causa carlista y los nombramientos de obispos en América, de lo que Giustiniani se había defendido, alegando ser instrucciones de Pío VII, lo que es más que posible. Debíó caber en ello un papel en Madrid al Ministro Tadeo Calomarde.<sup>232</sup>

Durante el conclave y puesto que la candidatura del exNuncio fuese prosperando en sucesivos escrutinios, el cardenal Marco y Catalá, siguiendo las instrucciones recibidas de Madrid, a través del Embajador Labrador, interpuso

230 *Vide* Sesión del Consejo de Ministros de 11 de diciembre de 1830 en *Actas del Consejo de Ministros, Fernando VII*, vol. V, p. 330-1.

231 El Embajador austríaco Lützow opinó que se trataba de apoyar la candidatura de Gregorio al eliminar a Giustiniani. Carta de 29-I-1831 a Metternich. EISLER, 359, Anhang 47. Pero no es propiamente así. Se sabe que desde Madrid ya se había programado la exclusiva de Giustiniani en los dos anteriores conclaves; *vide supra*.

232 GIL NOVALES, Alberto, *Diccionario biográfico de España (1808-1833). De los orígenes del Liberalismo a la reacción absolutista*,. Madrid, Mapfre, 2010, I, p.542.

en nombre de Fernando VII la exclusiva contra el cardenal Giustiniani el 24 de diciembre de 1830.

El 11 de enero el Embajador participa haber efectuado la exclusión<sup>233</sup>. Es un despacho reservado en que Labrador refiere que “el propio interesado no había entendido la exclusión y que creyó que era una astucia para hacer un lugar a otro y que no era cierto que pudiese dársele la exclusión y continuó su partido a votarle, de manera que, para evitar su elección, fue indispensable recurrir a presentar al cardenal decano mi nota en que en nombre de SM y en uso de las prerrogativas de la Corona se le daba la exclusión<sup>234</sup>. La noticia, a pesar del secreto que debía guardarse, se difundió inmediatamente por Roma, en donde ha tenido la aprobación general”.

Así fue. Como era de siempre usual, pese a las canónicas censuras relativas al secreto, las cosas del conclave iban siendo sabidas de los romanos con asombrosa puntualidad. En el *Diario* del Príncipe Chigi se lee:

“1831. Gennaio, venerdì 7. Secondo le voci più comuni pare che in Conclave si stringano le cose per il Cardinal Giustiniani.

Sabbato 8. Tutti questa mattina aspettavano l'esaltazione del Cardinal Giustiniani. È voce comune che il Card. Marco abbia fatto sentiré che la persona del Cardinale suddeto non sarebbe accetta alla Spagna. Se è vero Dio lo sa.

Domenica 9. Si conferma pienamente l'esclusiva data a nome della corte di Spagna al Cardinal Giustiniani”<sup>235</sup>.

La información no podía ser más exacta.

El cardenal Giustiniani, ya fuera por despecho o antes bien satisfecho de haberse librado de la responsabilidad del Papado, pronunció unas palabras en las que manifestaba su gratitud al Rey Católico por la gracia de haberle exonerado de la carga del Pontificado, y le mostraba su respeto al tiempo que evocaba sus trabajos en la nunciatura madrileña.<sup>236</sup>

La consecuencia fue que fuese prosperando la candidatura del Cardenal Mauro Cappellari, fraile camaldulense, del que se pensaba que tal vez fuese aceptado por Austria, pero no era así<sup>237</sup>. Albani recibió de Viena instrucciones

233 Leg<sup>o</sup> 3410 del AHN.

234 El texto escrito fue: “Il sottoscritto, ambasciatore straordinario e plenipotenziario di S.M.Cat. presso la Santa Sede riverisce distintamente S.Emma il Cardinal Decano e lo prega di far presente al sacro Collegio riunito in Conclave, ch'esso in nome di sup Augusto Sovrano e di ordine espresso di S.M. dà l'esclusiva per il Soglio Pontificio al Emmo. Cardinal Giustianini”. EISLER, 241.

235 *Il tempo del Papa-Re. Diario del Principe Don Agostino Chigi dall'anno 1830 al 1855*. Milano, edizioni del Borghese, 1966, p. 35.

236 BÉCKER, p.78. *Vid.* también MARCH, J.M., “La exclusiva dada por España contra el cardenal Giustiniani”. EISLER, 357 Anhang 44.

237 Parece haberse pronunciado en tierra tirolesa de forma demasiado libre en sus homilias.



de vetarlo, pero llegaron tarde, y, contra la voluntad austríaca, que confiaba hacer elegir a Macchi, resultó elegido Cappellari<sup>238</sup> después de 50 días y cien escrutinios el 2 de febrero de 1831. Escogió llamarse Gregorio XVI.

Ello convirtió a Labrador y a la intervención española, en cierto modo, en causante de aquella elección.<sup>239</sup>

Quince años después, a la muerte de Gregorio XVI a sus 81 años el 1 de junio de 1846, se inició el nuevo conclave en el Palacio del Quirinal.

Las miras de las potencias europeas estuvieron particularmente atentas a su posible resultado, que habría de ser muy relevante para los agitados sucesos italianos. El Embajador francés de Luis Felipe en Roma, Pellegrino Rossi, se mostró particularmente activo<sup>240</sup>. Sin embargo, de París las instrucciones de Guizot eran no concentrarse en un candidato concreto, sino buscar uno que mostrase independencia y que estuviese pronto a defender los Estados Pontificios de posibles intromisiones. El Embajador francés estaba por ello autorizado a vetar algún candidato que no respondiese a ese esquema; pero lo que en realidad se buscaba era evitar un candidato austríaco. Metternich en efecto estaba presto a intervenir si sus propósitos políticos en Italia no obtenían el necesario resultado. Para ello, los ejércitos del mariscal Radetzky estaban siempre preparados<sup>241</sup>. El Embajador austríaco Lützow tenía instrucciones concretas y asimismo el encargado de los intereses austríacos en el conclave, que era el cardenal Gaysbruck, Arzobispo de Milán. Éste tenía preparado el veto del Emperador Fernando I contra el Cardenal Secretario de Estado, Bernetti<sup>242</sup>, que era considerado profrancés.

Se abría, pues, una vez más el abanico de los posibles vetos.<sup>243</sup>

Por la parte de Austria, el despacho de Metternich de 19 de junio de 1846 al Embajador Lützow para que el cardenal Gaysruick diese la exclusiva a Bernetti no llegó a tiempo<sup>244</sup>. Ni hubiera hecho falta, de lo que se congratuló Lützow.

---

238 ZIZOLA, p. 122 s..

239 "Spanien war es das indirekt zur Wahl Gregors XVI.beitrag, indem der Botschafter Pedro Labrador in dem auf den Tod Pius VIII.folgenden Konklaven den Kardinal Marco bevollmächtigte, den zur Wahl stehenden Kardinal Giustiniani am 24 Dezember 1830 das Veto zu erteilen" (*Die Katholische Kirche unserer Zeit*, I (Rom, das Oberhaupt, die Einrichtung und die Verwaltung der Gesamtkirche) Viena, 1899, Sociedad Leo, p. 559, ed. por Paul BAUMGARTEN, Charles DANIEL y Anton de WAAL). Efectivamente, se comunicó a Labrador que hiciese saber al Cardenal Decano que "usando de la prerrogativa de la Corona de España, ésta la daba [la exclusiva] contra dicho Cardenal {Giustiniani}". (AHN, cit. leg.3409). Puede verse MARCH, J.M., "La exclusiva dada por España contra el cardenal Giustiniani".

240 Lo llamaban en burla "il Conte dello Spirito Santo" (ZIZOLA, p. 124).

241 *Ibidem*, p. 125.

242 No era ni siquiera presbítero.

243 En el conclave tomaron parte sólo 50 de los cardenales que constituían el Sacro Colegio. *Vide Hierarchia Catolica*, RITZLER-SEFRIN, vol. VIII, pp. 3 ss.

244 EISLER, 244.

Se ha conjeturado que el Emperador hubiera tal vez encargado a Gaysruick la exclusiva contra el cardenal Mastai-Ferretti, tenido por masón (circuló a fines del siglo XIX un daguerrotipo que lo representaba con insignias masónicas)<sup>245</sup> o desde luego por liberal.

Para ese conflictivo conclave, desde París el Ministro de Negocios Extranjeros Guizot escribía a su Embajador en Madrid el 9 de junio de 1846<sup>246</sup>: “Les intérêts de la France et de l’Espagne sont trop identiques”. “Il est toutefois à observer que l’Espagne n’est plus représentée aujourd’hui dans le Sacré Collège que par un seul Cardinal, le Cardinal Cienfuegos, agé de 80 ans, infirme et très probablement hors d’état de se rendre au Conclave<sup>247</sup>. Dès lors, l’Espagne se trouve privée d’exercer, au besoin, son droit d’exclusive contre le candidat qu’il lui répugnerait de voir élever à la Papauté”. Por eso pensaba Guizot que “la Cour de Madrid, pour ne pas laisser perdre un droit précieux, pourrait nous en déléguer l’exercice”. Añadía Guizot que Francia no tenía aún una opinión, por lo que el Rey de los Franceses optaba por “se rapporter sur ce point à la sagesse de son ambassadeur”. Al mismo tiempo escribía Guizot a su Embajador en Madrid, instruyéndole para que se dirigiera al Gobierno español para proponerle confidencialmente “nous déléguer l’exercice eventuel du droit qui lui appartient et de vous remettre, à cet effet, un pouvoir en blanc que signerait la Reine ou, en son nom, le premier Secrétaire d’État”. La gestión la hizo el Embajador el 14 de junio.

Lo mismo hizo Guizot con el Embajador español en París, que era Francisco Martínez de la Rosa, el cual hizo ver al Ministro, no sin razón, que a su juicio y, dado el estado de las relaciones<sup>248</sup>, podría oponerse obstáculos al ejercicio de aquel derecho, pero Guizot respondía que “no por ello debería el Gobierno de Madrid dejar de hacer los mayores esfuerzos por ejercer en la presente ocasión una prerrogativa tan importante”. En consecuencia de todo ello, el Ministro español de Estado escribió al Embajador de España en Roma “dejando el Gobierno de SM al conocimiento que VE tiene del especial encargo puesto a su cuidado y de la situación en que las negociaciones se encuentran, la aplicación de los medios que por esta nueva comunicación se le facilita<sup>249</sup>. De todo ello se dio cuenta al Embajador de España en París.

---

245 Supuesto desmentido, por apócrifo.

246 Todo esto en leg<sup>o</sup> 3410 del AHN.

247 Efectivamente, El cardenal Francisco Javier de Cienfuegos y Jovellanos, Arzobispo de Sevilla, comunicó su imposibilidad de acudir al conclave por “la situación notoria a que me tiene reducido la Providencia Divina”. Desde Alicante el 20 de junio de 1846. (Leg<sup>o</sup> 3410 del AHN).

248 Malas, a la sazón, entre Madrid y Roma.

249 Real Orden de 16 de junio.

Las circunstancias eran, en efecto, sumamente hostiles a toda participación española en aquel Conclave. La representación española ante la Santa Sede era, cuando menos precaria. Tras la ruptura de relaciones, había quedado José Narciso de Aparici Soler, como mero Encargado de la correspondencia desde 1836 a 1839, sucedido en el mismo carácter por Julián Villalba de 1840 a 1843 y por Hipólito Hoyos, interinamente en 1844. En ese año se había nombrado a José del Castillo y Ayensa, como Encargado de Negocios<sup>250</sup>. Su calidad, pues, era demasiada escasa para poder ejercer ninguna influencia.

De que él era consciente de ello da prueba su despacho de 8 de junio de 1846 en el que escribe:

“aunque trabajaré todo lo posible para saber lo que pase en el conclave, no me lisonjeo de poner adquirir noticias muy seguras, careciendo, como carecemos de un cardenal que nos represente en él, y es el primer conclave en que la España, la más influyente en otros tiempos, no tiene quien represente sus derechos y privilegios como Corte Católica de las principales, y aseguro a VE que esto me aflige mucho, como contrista a no pocos romanos”<sup>251</sup>.

Finalmente se envió a Castillo y Ayensa desde Madrid un agregado diplomático, Esteban de Azpeitia, portador de poderes, para que Castillo obrase como juzgase conveniente, es decir con una exclusiva en blanco. El propio Castillo opinó que “las instrucciones especiales para el conclave apenas pueden tener efecto determinado, puesto que mi posición actual no me permite representar en él a mi Gobierno, ni menos ejercer el derecho de exclusiva que tenemos como el Austria, la Francia y Portugal”<sup>252</sup>.

En todo caso, Azpeitia llegó tarde a Roma. Fue el día de las demoras. También el Cardenal de Milán, como se ha referido, llegó demasiado tarde, cuando la elección había ya tenido lugar. Hubo duelo entre dos partidos, el del Cardenal Lambruschini (de los fieles al predecesor Gregorio XVI y el de Mastai Ferretti. En la noche del 16 de junio se difundió el rumor de haber el Embajador de Austria pronunciado una exclusión contra un cardenal, que no era Lambruschini<sup>253</sup>. (¿Sería Mastai-Ferretti, como arriba se sugiere?). Pero el mismo

---

250 Solamente en 1846 lograría ser nombrado Ministro para cesar un año después.

251 Leg<sup>o</sup> 3410 del AHN.

252 En la dudosa referencia a Portugal se equivocaba Castillo. Ahí figura al margen del despacho, la mención “error, ver telegrama expediente León XIII, 10-II-1878”. En efecto, en ese expediente puede leerse en telegrama de esa fecha: “No conviene apoyar pretensión infundada de Portugal a la exclusión”. Leg<sup>o</sup> 3410 del AHN.

253 “Crónica Romana” de Fernando MÉNDEZ BORJES, en *La Ilustración Europea y Americana*, año XXII, n<sup>o</sup> VI, 15 de febrero de 1878, p.110.

16 se llegó finalmente a la elección de Mastai-Ferretti (Pío IX)<sup>254</sup>. lograda por el entonces todavía vigente procedimiento de la accesión, que consentía a los votantes *acceder* posteriormente a un candidato que hubiera ya obtenido votos en el escrutinio anterior<sup>255</sup>. Tenía el nuevo Papa fama de liberal. “En casa de los Mastai hasta los gatos son liberales”, había opinado su reaccionario predecesor Gregorio XVI, que por ello le rehusó mucho tiempo el capelo<sup>256</sup>. Es posible que Austria hubiese vetado a Mastai-Ferretti de haber intuido su posible elección. Al final se opinó: “¿cómo pudo el representante austríaco calcular que podía ser Pontífice un cardenal en quien nadie se había fijado para Papa?”<sup>257</sup>

Una curiosidad que cita Zizola. En el conclave de 1846, algunos creyeron segura la elección del cardenal Gizzi, que sin embargo sólo obtuvo dos votos en los primeros escrutinios, pero sus criados, teniendo su elección por segura, quemaron sus trajes cardenalicios.<sup>258</sup>

Que, aunque de ella no se hiciera uso en aquella elección y aun cuando en la Curia se manifestasen siempre reparos sobre ella, no hay duda de que era general la aceptación de la exclusiva. En un informe de tiempos de Pío IX se lee: “el origen de esta prerrogativa no puede determinarse con certeza, pero es consuetudinario y la ejercen las Cortes de España, Francia, Nápoles, Portugal y Austria”<sup>259</sup>. Por entonces, en 1846, se publicó en París un folleto bajo el título *Election et couronnement du Souverain Pontife ou notes sur l'organisation du Sacré Collège et les principales dignités de l'Église Romaine*<sup>260</sup>. Allí se exponen las líneas generales de la doctrina de la Iglesia sobre el privilegio de exclusión. En su 4ª viene a decir:

Francia, España, Portugal y Austria se atribuyen, sin que nadie sepa por qué ni desde cuándo, el privilegio de excluir un candidato a la elección papal en un conclave. Tiene que ser contra un solo candidato y antes de que se produzca la elección. Una vez pronunciada la exclusión, hay que aceptar al elegido, a no ser que otra potencia interponga otro veto.

—La Iglesia no ha reconocido nunca la validez de ese privilegio. Si lo acepta, es por el deseo de evitar mayores males, en el caso de la elección de un

---

254 Puede verse sobre ello Jerónimo, BÉCKER *Relaciones diplomáticas entre España y la Santa Sede durante el siglo XIX*, p. 144 s.

255 Obtuvo 27 votos de escrutinio y 9 de accesión. *Hierarchia Catolica*, RITZLER-SEFRIN, vol. VIII, p. 4.

256 Augusto CONTE, *Recuerdos de un diplomático*, Madrid, Góngora, 1901, vol. I, p. 361.

257 Fernando MÉNDEZ BORJES, *loc.cit.*

258 ZIZOLA, *op.cit.*, p. 128. Zizola menciona, en relación con aquella elección “lo schema strategico nei conclavi: il gioco fra due partiti nel quale emerge il terzo” (p. 122).

259 Se halla entre los informes del cit.legº 3409 del AHN, precedente del archº del MAE.

260 París, Jacques Lecoffre, parcialmente reproducido en el *Dictionnaire des Cardinaux* de Berton, pp. 49 ss.

candidato que sea mal visto de una potencia cristiana. El propósito del Sacro Colegio es producir un bien, “Le Sacré Collège est juge dans cette occasion; son but est de donner à l’Eglise un Pape qui fasse le bien; c’est au Sacré Collège à apprécier les temps et les circonstances, et s’il croit qu’en nommant un Pape en dépit des préventions et des répugnances hautement articulées d’un puissant État, il rend à ce Pape le bien impossible, personne ne peut le blâmer d’abandonner cette candidature pour en adopter une qui n’offre pas les mêmes dangers. Seulement on ne doit pas oublier que cette sagesse, cette condescendance du Sacré Collège ne constitue pas un droit en faveur des souverains, aux désirs desquels il n’a égard que par considérations des maux qu’ils pourraient faire à l’Église”.

—Nada obliga para el futuro. Si un día los cardenales estiman no deber atender una exclusión, “les rois ne trouveraient dans la tradition rien qui excusât leurs tentatives de schisme; ils n’auraient pas même la ressource d’alléguer, comme un précédent favorable à leurs prétentions, les exclusions données en d’autres temps”.

En el Archivo Histórico Nacional de Madrid, procedente del de Asuntos Exteriores, constan unos interesantes “Apuntes referentes a las elecciones de los Papas Pío VII, León XII, Pío VIII, Gregorio XVI, Pío IX y León XIII”<sup>261</sup>. En ellos, junto a muchas y muy variadas noticias y consideraciones, se lee: “...aunque no esté consignado en documento ni texto alguno, se halla claramente reconocido el derecho de la Corona de España a ejercer la Exclusiva, habiéndolo ejercido sin reclamación ni protesta de ninguna clase en la elección del Papa Gregorio XVI contra el Cardenal Giustiniani, y cuyo derecho parece que también tienen Francia y Austria, pero no Portugal, a pesar de haberlo pretendido alguna vez”. También se menciona que, para entonces —como aquí ya se he referido como práctica frecuente en el siglo XIX—, constaba “que se han dado cartas en blanco a cardenales tanto españoles como extranjeros para que pudieran hacer uso de la exclusiva”.

Si las potencias católicas efectivamente estudiaban en cada conclave el modo o la conveniencia de usar de la prerrogativa de la Exclusión, también es cierto que en el Sacro Colegio los cardenales consideraban el medio más eficaz de oponerse a ella.

En una “Nota o apuntes” sobre los cardenales a 19 de noviembre de 1865<sup>262</sup> se lee la siguiente observación 3ª: “Si una Potencia desea poner el veto a la elección de un Cardenal para el Pontificado, lo encarga a alguno de ellos que le merezca entera confianza, pero sucede muchas veces que la habilidad del Sacro Colegio, si se empeña en que prevalezca algún candidato, haga para lograrlo una

---

261 Archº del MAE (hoy en el AHN), legº 3409.

262 AHN (procedente del MAE), legº 3409.

de dos cosas, o inutilizar el veto que teme de alguna Potencia, logrando elegir el Papa antes que aquel sea pronunciado o bien desvirtuar dicho veto haciéndolo dar prematura y artificiosamente a otro candidato ostensible que se pone en juego, pero a quien en realidad no se propone elegir el Sacro Colegio. De tal modo y gastando, por decirlo así, el derecho de la Potencia cuyo veto preveían, quedan después libres de conferir la tiara al candidato que realmente deseaban elegir, pues cada una de las cuatro Potencias [*sic*] no puede oponer más que una vez el veto en la elección”. El primero de los dos casos se había dado en la anterior elección, como se ha referido con el veto de Austria al cardenal Bernetti, que llegó tarde.

Sucedía además que en 1871 mediante su Constitución *In hac sublimi* de 23 de agosto, Pío IX había prohibido las interferencias de poderes seculares en los conclaves, siguiendo en ello una reiterada tradición de sus predecesores que en diversas épocas lo habían hecho, aunque con moderado éxito. Ello podría incidir en los modos de un previsible futuro conclave.

Que éste podría no estar lejano lo sugería la condición del Papa. El Pontificado de Pío IX había sido excepcionalmente largo<sup>263</sup> y repleto de circunstancias y de mutaciones, había sufrido la revolución en Roma, las glorias del Concilio Vaticano, la definición del dogma de la Infalibilidad Pontificia y, por fin, el desastre de la derrota y la pérdida del poder temporal con el subsiguiente obligado refugio cabe el solo reducto de los muros de la ciudad leonina. En 1876 su salud inspiraba temores. Éstos causaban inquietudes de diverso género<sup>264</sup>. Uno era la posible ubicación del conclave, para el cual la habitual locación del Palacio del Quirinal no se daba ya, por cuanto éste se había convertido en la residencia del Rey de Italia. Incluso el propio territorio italiano, otrora pontificio, podía ponerse en duda, por ser ya tierra hostil por habérsela despojado al Papa en 1871. Se temía que el Gobierno Real italiano no ofreciese libertad al Sacro Colegio para realizar su misión y también que los propios cardenales, con ocasión del conclave, manifestasen en su seno en demasía su hostilidad y rencor a la potencia usurpadora.<sup>265</sup>

---

263 A causa de la duración de su Pontificado pudo por vez primera desmentirse el dicho vaticano que profetizaba a los Papas no superar el tiempo atribuido a San Pedro: “non videbis annos Petri”. El Papado de Pío IX superó los tres decenios: 1846-1878.

264 Resume BÉCKER: “¿Se reuniría el Cónclave en Roma? ¿Gozaría en la ciudad del Tíber de la libertad y de la independencia necesarias? Además, dado el estado de las relaciones entre determinadas potencias, era de temer que la designación de nuevo Papa agrandase las distancias y aumentase los motivos de enemistad y antagonismo entre aquéllas”. (*Historia de las relaciones exteriores de España durante el siglo XIX*, vol. III, p. 333 s).

265 En las postrimerías del Pontificado de Pío IX, el Gobierno italiano temía que Alfonso XII hiciese un gesto espectacular proponiendo que el siguiente Conclave tuviese lugar en Madrid, por cuanto Italia no ofreciese garantías, teniendo en cuenta las violencias que hacía sufrir al Papado. (Anna Maria MILONE, cit en Claudio VENZA, en la poligrafía sobre *Españoles e italianos en el mundo contemporáneo*, p. 99).

El problema estaba en que el conclave se celebrase con las garantías del Gobierno del Rey de Italia, Humberto I. Para ello, por parte española se habían cursado instrucciones al Ministro de España ante el Quirinal, para que procediese, en los temas de la elección papal, en todo de acuerdo con el Embajador ante la Santa Sede<sup>266</sup>. En 1878 se temía que, dadas las penosas circunstancias del momento, el conclave pudiera hacer revivir actitudes hostiles. El 7 de febrero de 1878 se encomendó al Embajador Cárdenas que obrase según las instrucciones anteriores y que procurase que el conclave tuviese carácter conciliador y transigente. Y efectivamente al Ministro de España ante el Quirinal, Coello, se le prometieron por el Gobierno italiano las garantías para la celebración del conclave.<sup>267</sup>

A esas aprensiones podía añadirse la preocupación por un eventual ejercicio del derecho de veto por alguna de las Monarquías que lo tenían atribuido.

Sobre este último punto surgían novedades. Un tema de particular incidencia en la cuestión se planteaba en Berlín. Informó de ello a Madrid el Encargado de Negocios de España en aquella capital. Era lo siguiente: como quiera que el Sacro Imperio se había extinguido en 1806 por la renuncia del Emperador Francisco II, éste, ya como Emperador de Austria, era tenido por aquel Gobierno como heredero del derecho de Exclusión. Sin embargo, el soberano del II Imperio Alemán y Rey de Prusia, podía alegar esa herencia. Se preguntó desde Madrid al Embajador en Santa Sede, Cárdenas, si había llegado a su conocimiento que los cardenales hubiesen tratado este asunto, así como una posible supresión del veto, también sugerido como noticia desde la legación en Berlín. La respuesta de Cárdenas fue que, según sus noticias, los cardenales no habían tratado de eso, aunque pudiera suceder que lo hiciesen en alguna de sus congregaciones, como también si habría de reconocerse al Emperador de Alemania como sucesor de los derechos austríacos. Opinaba sobre esto que no se daría el caso y que, dejando a salvo el derecho de España, no se reconocería al alemán, “por no ser monarca católico y no haber sido reconocido por la Santa Sede en calidad de tal Emperador”. También en cuanto al tema suscitado desde la legación en Berlín, sobre un supuesto acuerdo de Alemania e Italia acerca de un futuro conclave y si en él reconocerían el derecho de otra potencia, opinaba Cárdenas con fundamento: “no sé cómo habría de surtir efecto en la práctica, tratándose de un derecho cuyo ejercicio no requiere la cooperación, la intervención ni reconocimiento de ninguna otra potencia fuera de aquélla que lo practica”.<sup>268</sup>

---

266 A 6 de enero de 1877. Leg<sup>o</sup> 3410. El Ministro era Diego de Coello y Quesada, Conde de Coello de Portugal, Ministro de 1875 a 1881.

267 BÉCKER, (*Historia de las relaciones exteriores de España durante el siglo XIX*, vol, III, p *loc. cit.*, p. 335).

268 Despacho de Cárdenas de 18 de noviembre de 1877, leg<sup>o</sup> 3410.

A 30 de noviembre de 1877 retomó Cárdenas el tema en un nuevo despacho. Expresaba en él la idea de que los alemanes trataban de evitar que los franceses vetasen al Cardenal Hohenlohe, pero opinaba Cárdenas que éste, con el veto o sin él, no tenía posibilidad alguna de ser elegido. Sobre el asunto del veto, informaba de que algunos cardenales, en conversaciones privadas “han con poca prudencia hablado de la necesidad de no reconocer más el derecho de exclusiva”. Pero son cardenales —estima— poco influyentes y en todo caso sería “más bien una aspiración que un propósito”. Añade haber debatido el asunto con el cardenal Simeoni a quien indicó que, aunque no tenía instrucciones de su Gobierno, creía que las que le diese en su caso “no le permitirían consentir en la derogación de un derecho que, aunque no se funda en ningún texto legal o canónico, cuenta en su apoyo la costumbre no interrumpida y siempre respetada desde hace siglos”. Y que, aunque el Rey de España no tendría necesidad de hacer uso, “si los cardenales tuviesen el poco tacto de provocar cuestión sobre su subsistencia, se me obligaría tal vez a protestar sobre cualquier declaración que menoscabase el derecho de mi soberano”.<sup>269</sup>

Ante la previsión de un fallecimiento del Pontífice, se hacían conjeturas y se formulaban propósitos.

Por supuesto, las potencias católicas se interesaban y mucho en un tema que podía tener sus ecos en la política europea del momento<sup>270</sup>. Para poder controlar su influencia seguía, en la práctica, vigente el privilegio de exclusión.

El veto podía en suma interponerse. Para el Gobierno español podía repetirse la habitual animosidad contra el cardenal que en su tiempo había ejercido la nunciatura en Madrid y allí cosechado antipatías; era en aquel momento el cardenal Simeoni. Se reiteraba, pues, la circunstancia del anterior veto a Giustiniani.

También los franceses meditaban un veto, que se habría encomendado al Cardenal de Rouen, Bonnechose, contra el cardenal Bilio.

Por ello, tanto para Madrid como para París, la conveniencia de una postura conjunta era considerada por ambas partes<sup>271</sup>. Para el previsible uso del veto, el propósito hispano-francés era obrar de consuno. El Embajador francés en Madrid, Chaudordy<sup>272</sup>, telegrafió a París el 8 de febrero de 1878<sup>273</sup> que el Presidente español del Consejo de Ministros estaba dispuesto a entenderse con Francia en el asunto de

---

269 Leg° 3410.

270 Puede verse sobre ello OCHOA BRUN, *Historia de la Diplomacia Española*, vol. XII, pp. 116 ss.

271 Vid. sobre ello Jerónimo BÉCKER, *Relaciones diplomáticas entre España y la Santa Sede durante el siglo XIX.*, p. 317 s y Javier RUBIO, *El reinado de Alfonso XII. Problemas iniciales y relaciones con la Santa Sede*, p. 340 s y datos que aduce. Y OCHOA BRUN, *loc. cit.*

272 El Conde de Chaudordy fue Embajador de Francia en Madrid de 1874 a 1878.

273 Telegrama de Chaudordy a París dando cuenta de ello, reproducido en RUBIO, *El reinado de Alfonso XII...*, p. 521.



la elección del nuevo Papa. Que él apoyaría los propósitos franceses a través del Embajador español en Santa Sede y que entre tanto instruya a Cárdenas para que actuase en consenso con las demás potencias católicas. Que no tenía preferencias y que descartaba un Papa extranjero.

Los franceses tenían mucho interés en que por parte de España “a toda costa se conservase el derecho a la exclusiva”. Era también una manera de alegar la vigencia del suyo propio, aunque ejercido ya no por un monarca, sino por la República Francesa.<sup>274</sup>

La consulta al Gobierno francés para una eventual postura común no dio más resultado que saber que en París estarían dispuestos a instruir al Cardenal de Rouen para que usase el veto francés contra un posible candidato no italiano<sup>275</sup> o además contra el Cardenal Bilio, pero no se llegaba a ninguna acción<sup>276</sup>. Había simplemente rumores de que el Presidente MacMahon había dado instrucciones al Cardenal Bonnechose de que excluyera a este último Cardenal.<sup>277</sup>

Se pensaba que los franceses opondrían posible veto contra los cardenales Hohenlohe<sup>278</sup>, Manning<sup>279</sup> y Bonaparte<sup>280</sup>. De su lado, el Embajador Cárdenas, enterado de lo que antecede, había viajado a Francia donde se habían entrevistado con el Ministro de Negocios Extranjeros Descazes, acompañado del Embajador en París, Marqués de Molins. En consecuencia de ello, el Embajador francés, Barón de Bande, y el español, Cárdenas, en Roma acabaron por recibir instrucciones de obrar conjuntamente, llegado el caso.

Sobre todo ello informó a Madrid el propio Molins desde París a 26 de noviembre de 1877. En un despacho de esa fecha refiere haberse entrevistado con el Ministro de Negocios Extranjeros Banneville<sup>281</sup>, con el que trató sobre el veto, al que aquél concedía más fuerza que otros. Molins cuenta haberle dado su

274 Cuya presidencia ostentaba a la sazón el Mariscal Mac Mahon.

275 O incluso contra todos los cardenales extranjeros. *Vide* sobre ello CÁRDENAS Y RODRÍGUEZ DE RIVAS, *op.cit.*, p.124.

276 *Vid.* sobre ello Jerónimo BÉCKER, *Relaciones diplomáticas entre España y la Santa Sede durante el siglo XIX.*, p. 317 s y Javier RUBIO, *El reinado de Alfonso XII. Problemas iniciales y relaciones con la Santa Sede*, p. 340 s y datos que aduce.

277 EISLER, 246 no lo cree.

278 Gustav Adolf von. Por alemán.

279 Henry Eduard, Arzobispo de Westminster. Por inglés

280 Luciano. Por Príncipe de la Casa que había sido derrocada del trono francés. Era hijo de Carlos Bonaparte y de Zenaida, hija del ExRey usurpador de España, José, y nieto de Luciano, Embajador que fue de su hermano Napoleón I en España.

281 Gaston Robert Marie, Marqués de Banneville, Ministro en el Gobierno Rochechouet. Banneville había sido Embajador de Francia en Santa Sede durante el Concilio Vaticano y conocía bien aquellos temas. Louis VEUILLOT cita un despacho suyo sobre la actitud de los cardenales franceses y el plebiscito (*Rome pendant le Concile*, Paris, 1927, p. 361).

personal opinión (aunque avalada por las citadas conferencias habidas con Descazes y con el Embajador Cárdenas durante su visita a París), a lo que respondió el Ministro que “creía indispensable no dejar por desuso e incuria caducar y perder ese derecho de las potencias católicas”. A su vez, Molins dice haberle dado su opinión de que “esa práctica, no consignada por escrito en ningún canon de la Iglesia ni en ninguna constitución consistorial, pero ejecutada y aceptada constantemente, no debía volverse a poner en tela de juicio como ya se había hecho en mi entender arriesgadamente; que por lo contrario se debía exigir y practicar llegado el caso”. Por lo demás, añadió que el gobierno español estaba dispuesto a proceder en armonía con el francés<sup>282</sup>. Se le contestó a 24 de diciembre de 1877 que en Madrid se había efectivamente tratado del tema del veto con el Embajador Chaudordy y que se procede de acuerdo con Francia.<sup>283</sup>

En esa fecha de 24 de diciembre de 1877, el Marqués de Molins, amplió su información, sobre la base de una nueva conversación con el Ministro de Negocios Extranjeros. “En cuanto al veto —cuenta—, adujo [el Ministro] la autoridad del Cardenal Bonnechôse en favor de que ni se debía suscitar la cuestión a priori por temor de una negativa, ni se debía dejar de ejercer llegado el caso aunque no fuera más que por evitar la caducidad de la costumbre adquirida”.<sup>284</sup>

En consecuencia de todo esto, en previsión de futuro conclave en los últimos años del pontificado de Pío IX, se remitió al embajador en Santa Sede, Cárdenas, una exclusión en blanco a 1 de diciembre de 1876, que se repitió el 1 de enero de 1877 y se sustituyó en 19 de febrero de 1877<sup>285</sup>, así como también una credencial para el Sacro Colegio en caso de conclave.

La muerte del Papa se produjo el 7 de febrero de 1878. Como ya se ha indicado, la primera pregunta que se formulaban los cardenales (y el orbe católico) era dónde podría tener lugar el conclave. Ya no se disponía del habitual lugar, que era el Palacio del Quirinal, que se había convertido en la residencia de los reyes de Italia. Quedaba el Vaticano, cuyo incolumidad estaba garantizada por el Gobierno italiano, mediante la Ley de Garantías de 1871.

Los cardenales decanos de los tres órdenes (Amat, Schwarzenberg y Caterini y el Secretario del Conclave Lasagny) transmitieron a los embajadores el 19 de febrero un escrito en que, entre otras cosas, se decía desear que los actos

---

282 Leg° 3410.

283 Leg° 3410.

284 *Ibidem*.

285 “Considerando el Rey la urgentísima necesidad en que se halla la Iglesia Católica...”. El texto era el habitual para las circunstancias. Puede verse transcrito *infra* en las instrucciones al Embajador Gutiérrez de Agüera en 1903. Con el nombre del cardenal objetado en blanco y con fecha también en blanco. Todo ello se halla en leg° 3410 del AHN.

descansasen “sobre bases sólidas y seguras y no estuviesen expuestos a las agitaciones políticas ni sometidos a los intereses o al arbitrio de otros”. Aunque ello se refería a la cuestión del lugar en que hubiese de reunirse el Conclave, también se advierte querer evitar intromisiones<sup>286</sup>. Los embajadores de España ante la Santa Sede y ante el Quirinal tenían instrucciones de proceder en ese mismo sentido.<sup>287</sup>

Pero la segunda cuestión era encontrar un candidato a la tiara como sucesor del grandioso y a la vez conflictivo Papado que se acababa de extinguir.

También, como se ha dicho, Cárdenas había recibido las mencionadas instrucciones de usar del veto, en blanco. Circulaban en Roma rumores de haber visto a Cárdenas conversando con cardenales<sup>288</sup>, cabe el recinto del conclave, por más que ello fuese categóricamente desmentido<sup>289</sup>. Sí era verdad que el Embajador Cárdenas intervino activamente. Tuvo que procurar que se evitase el plan de celebrar el conclave en territorio francés, idea que, si bien contradecía las versiones oficiales facilitadas por la Diplomacia francesa, podía o bien responder a intenciones secretas o simplemente a propósitos del Embajador francés en la Santa Sede, Barón Bande. En el fracaso de este descabellado plan podría haber en efecto tenido parte “el prestigio, el talento y la habilidad del Embajador Cárdenas”.<sup>290</sup>

Finalmente, no se hizo uso del veto. No hubiera dado tiempo, en todo caso. El conclave fue inusualmente corto. El 20 de febrero fue elegido Papa el Cardenal Gioacchino Pecci, tenido por más flexible que su predecesor y por ello apto para buscar necesarias reconciliaciones. Adoptó el nombre de León XIII y, semejante en eso sí a su predecesor, disfrutó de un muy largo Pontificado.<sup>291</sup>

Al cabo de los años, muchos a causa de tal largo Pontificado y la proveya edad alcanzada por León XIII, habría de insinuarse de nuevo repetidamente la proxi-

286 Gerardo MULLÉ DE LA CERDA, *Reseña histórica del último Cónclave y biografía de N.S.P. León XIII*, Madrid, M. Tello, 1878, p. 105.

287 Puede verse OCHOA BRUN, *Historia de la Diplomacia española*, vol. XII, pp. 116 ss.

288 En el conclave participaron los cardenales españoles Juan Ignacio Moreno, Arzobispo de Toledo, acompañado de sus conclavistas el canónigo Santiago Pastor y Casto Hernández; Francisco de Paula Benavides, Patriarca de las Indias, acompañado de sus conclavistas Gerardo Mullé y Luis Domenici; Manuel García Gil, Arzobispo de Zaragoza, O.P., con sus conclavistas José Rocca y Sebastián Pilotti; Manuel Payá y Rico, Arzobispo de Santiago, con Manuel Gómez y José Mediana. Se dio encargo de los intereses de España al Cardenal Franchi (telegrama de 2 de febrero de 1878) y luego al cardenal Benavides (id del 13 de febrero). Leg<sup>o</sup> 3410 del AHN.

289 *Vid.* Gerardo MULLÉ de la CERDA, *Reseña histórica del último Cónclave y biografía de N.S.P. León XIII*, Madrid, M. Tello, 1878, p. 9. Gerardo Mullé de la Cerda escribió después una *Reseña histórica del último Cónclave y biografía de N.S.P. León XIII*. Madrid, Tello, 1878.

290 Así opina, harto probablemente con fundamento documental, su descendiente Juan Francisco CÁRDENAS Y RODRÍGUEZ DE RIVAS, *op.cit.*, p. 131.

291 Puede verse BÉCKER, Jerónimo, *Relaciones diplomáticas entre España y la Santa Sede durante el siglo XIX*, p. 317.

midad de un conclave, con la reiterada idea del privilegio de exclusión, atribuido a Austria, Francia y España. Con las consecuencias que seguidamente se verán.

## EL CONCLAVE DE 1903

Como era previsible, los Gobiernos de las potencias católicas mostraron en los últimos años del siglo XIX su preocupación por la salud del anciano Papa León XIII, ya presumiblemente al fin de su largo pontificado<sup>292</sup>. En 1903 se había celebrado en el Vaticano el XXV aniversario de su elección, que había tenido lugar el 20 de febrero de 1878<sup>293</sup>. Ello revistió caracteres diplomáticos.

Tales Gobiernos trataban en esos años de concertarse ante la proximidad de un conclave, y de unir sus voluntades sobre el posible ejercicio de una exclusión.

El más conspicuo candidato al solio papal era el todopoderoso Cardenal Secretario de Estado, Mariano Rampolla del Tindaro, Marqués del Tindaro, Arzobispo *in partibus* de Heraclea, Nuncio que fuera en Madrid, Cardenal desde 1887 y arcipreste de la basílica de San Pedro. Había nacido en Polizzi (Sicilia) el 17 de agosto de 1843.

Como visible candidato al solio, era también presumible candidato a una exclusión. Pesaban sobre él las conjeturas de ser un adicto a la política francesa, que había sido pauta en los últimos años del Papa León, lo que le hacía indeseado a alemanes y austríacos<sup>294</sup>. Contaba, pues, en principio, con el apoyo francés, la oposición austríaca y la duda española, puesto que esos tres Estados seguían siendo los titulares del llamado privilegio de la “exclusiva” que, dijérase lo que se dijera, continuaban estimándose capacitados para ejercerlo.

Así pues, las diplomacias de los tres Gobiernos se ocupaban en secreto pero con máximo interés y urgencia (dada la edad del Pontífice) del tema sucesorio y de la implicada posibilidad del uso de la exclusión. Ello en efecto desmiente el alegado desuso de tal ejercicio, que, por el contrario, ya en los albores del moderno siglo XX, seguía considerándose un plenamente vigente recurso de alta política respecto del Papado, utilizable por Austria, Francia y España, en virtud de inveterada tradición.

Procederá analizar pormenorizadamente las posibilidades y obstáculos que ofrecía la obvia candidatura del cardenal Rampolla.

---

292 “No pongan límites a la Providencia”, recomendaba el bienhumorado Pontífice a quienes hacían votos por prolongar sus años.

293 Para hacer llegar al Papa los parabienes de España acudió a Roma una embajada extraordinaria presidida por el Marqués de Ayerbe, Juan Jordán de Urriés.

294 Recaía sobre él asimismo la sospecha de pertenencia a la masonería.

Ante todo, no debe olvidarse el poder ejercido por él en la Curia, dada su posición de Cardenal Secretario de Estado. Como tal, era respetado por muchos, mirado por otros con recelo, acaso temido por los más<sup>295</sup>. Él mismo era desde luego consciente de su posición y perspectivas y no dejaría de usarlas<sup>296</sup>. Pero estaba claro que sus posibilidades no dependían simplemente ni de su posición en la Curia ni de la aceptación de sus colegas del Sacro Colegio, sino muy especialmente de la actitud de las tres potencias católicas dotadas de influjo en el conclave.

A comenzar por **FRANCIA**, era ésta ciertamente la nación sobre la que podía Rampolla contar con más eficacia. El Ministro francés de Negocios Extranjeros, Delcassé, había instruido al Embajador en Roma a favor de Rampolla, por estimarse que éste en su día y desde el solio papal confirmaría la moderada aproximación vaticana de los últimos tiempos a favor de la Entente. Aunque había tratado con el Cardenal Langénieux en ese sentido pero sin mencionar nombres, delicadeza que éste había agradecido, se había tenido buen cuidado por el Gobierno francés y con el fin de prevenir una elección hostil, de proveer al Cardenal Lécot con un veto francés contra el Cardenal Gotti<sup>297</sup>, que era el candidato predilecto austríaco. Facilitaba la gestión el hecho de que Rampolla se llevase bien con el Embajador francés en la Santa Sede, Nisard (acreditado allí desde el 27 de febrero de 1899), y con su Ministro consejero, Navenne, con el que había coincidido durante la estancia de ambos en puesto en Madrid.

Era en todo caso evidente que los cardenales franceses, por su parte, tendrían presente su adhesión a la causa de Rampolla en interés de su propia patria.<sup>298</sup>

Por supuesto, lo que era favorable a Francia era perjudicial para **AUSTRIA-HUNGRÍA**. Rampolla era mal visto por los austríacos por diversas causas. Se entendía que favorecía a la Entente y trataba de desviar en su favor a la Santa Sede, desvinculándola de la Tríptica Alianza<sup>299</sup>. Se sabía además que se había permitido hacer comentarios hostiles a la familia imperial vienesa con ocasión del suicidio del Archiduque Rodolfo en la tragedia acaecida en Mayerling.

295 “In Vaticano molti lo amano, ma i più lo temono”, se lee en una sugestiva publicación romana coetánea, plena de agudas sugerencias y datos referentes al futuro conclave y sus candidatos. (Aldo CHIERICI, *Alla conquista del Papato. Preparativi per il Conclave. Papabili e papeggianti*, Roma, Voghera, s.a., p. 29).

296 “Non è che Rampolla del Tindaro trascuri i suoi elettori: egli tenta anzi conquiderli con la parola e con l’opera” (Aldo CHIERICI, p.28).

297 *Vide infra* sobre este austero fraile carmelita.

298 “I porporati di Francia dimenticheranno il patrocinio dei loro interesse? Certo che no” (CHIERICI, p. 28).

299 Alemania, Austria-Hungría e Italia, coaligadas desde décadas atrás en estrecha unión.

En consecuencia, el Ministro austríaco de Negocios Extranjeros Goluchowski<sup>300</sup>, que oficialmente había sugerido a los cardenales austríacos que votasen al candidato más independiente, instruyó sin embargo secretamente al Embajador que vetase a Rampolla si fuese necesario. Los predilectos de Austria eran los cardenales Gotti y Vannutelli. (Contra Gotti había un posible veto francés, como se ha referido).

El Embajador austríaco ante la Santa Sede había sido el Conde Friedrich Revertera di Salandra, desde el 29 de noviembre de 1888, pero lo había relevado el Conde Nikolaus Szécsen de Temerin, desde el 29 de noviembre de 1901.<sup>301</sup>

El jefe de ambos, el citado Ministro austro-húngaro de Negocios Extranjeros Goluchowski era austro-polaco de nacimiento y familia, lo que podría explicar que, a efectos de una intervención en el conclave, encargara la delicada función, como se verá, a un paisano, el Cardenal Príncipe-Obispo de Cracovia, Johann Kniaz de Kozielsko Puzyna.

Obviamente vinculado a los intereses austro-húngaros estaba el **IMPERIO ALEMÁN**, pero con la importante salvedad de no disponer en el conclave de privilegio alguno que autorizase a interponer el consabido veto, reservado al Emperador de Austria (como heredero del Sacro Imperio), al Presidente de la República francesa (como heredero del otrora Rey Cristianísimo) y al Rey Católico de España, gobernantes los tres de naciones católicas.

El Emperador alemán Guillermo II y su Gobierno reprochaban a Rampolla haber inducido a la Santa Sede desde su Secretaría de Estado a una política favorable a Francia y a la *Entente*<sup>302</sup>, por lo que juzgaban necesario impedir a Rampolla el peligroso acceso al papado, tanto más cuanto que, desde los tiempos del *Kulturkampf*, se le tenía especialmente mal visto en Alemania. Parece que en la visita oficial de Guillermo II a Roma en mayo de 1897, al acudir al Vaticano, rehuyó a Rampolla, que le resultaba poco grato. Procedía, por lo tanto, solicitar al Emperador austríaco Francisco José el ejercicio de la exclusión, para el que él sí tenía poder de efectuarlo. El candidato alemán preferido era, como el de Austria, el Cardenal Gotti.

La otra potencia titular del privilegio de la exclusiva era **ESPAÑA**. Su monarca era Don Alfonso XIII, que había accedido a su mayoría de edad en el año anterior. Las relaciones con la Santa Sede no se hallaban en buen momento. Una

---

300 El Conde Agenor Goluchowski von Goluchowo fue Ministro desde 1895 a 1906.

301 Credenciales del 30-XII. Se mantendría en Roma hasta el 23-I-1911.

302 “Der Papst liess seinen Staatssekretär, den Kardinal Rampolla, eine Vatikanpolitik machen mit dem Endzwecke, durch Annäherung an Frankreich Rom wiederum in den Besitz des Papstes zu bringen”. (Graf Ernst zu REVENTLOW, *Deutschlands auswärtige Politik 1888-1913*, Berlin, Ernst Siegfried Mittler & Sohn, 1914, p. 31).

“Ley de Asociaciones” había tratado de restringir aquellas instituciones religiosas incluidas en el Concordato, tema aún no del todo resuelto, a cargo de negociaciones que se habían desarrollado entre el Ministro de Estado, Abárzuza, y el Nuncio Rinaldini. Pero precisamente durante la negociación se produjeron respectivamente en Madrid y en Roma dos sucesos de la mayor trascendencia, ambos en el mismo día, el 20 de julio de 1903: en Madrid el relevo del Gobierno de Francisco Silvela por el de Raimundo Fernández Villaverde<sup>303</sup>, y en Roma el fallecimiento del Papa León XIII, como seguidamente se referirá.

El cambio de Gobierno español determinó el correspondiente relevo en la cartera de Estado. A Buenventura Abárzuza y Ferrer sucedía Manuel Mariátegui y Vinyals, Conde de San Bernardo, un personaje de escasa significación y de nula experiencia en la tarea exterior. Sus funciones anteriores habían sido en el campo de la Agricultura.<sup>304</sup>

En este repentino estado de cosas, la eventualidad de la candidatura Rampolla requería urgentes exigencias. A favor y en contra de su nombre se daban ambiguas circunstancias. Se recordaba que Rampolla había servido en Madrid bajo la nunciatura de Simeoni, donde no dejó buen recuerdo; más tarde, en 1882 se le nombró Nuncio en España, a pesar de que el Gobierno español trató en vano de impedirlo<sup>305</sup>. En el puesto, las impresiones eran ambivalentes: buenas por el arbitraje proespañol del Papa León XIII en el conflicto de las Carolinas con Alemania, malas por las reiteradas reclamaciones vaticanas al Gobierno español.

De otra parte, la posición internacional de España había entre tanto padecido sustanciosas alteraciones, al haber estado secretamente comprometida con la Tríplíce Alianza y haber luego renunciado al compromiso<sup>306</sup>. Durante aquel tiempo de buena relación con los Imperios Centrales de Alemania y Austria-Hungría, los austriacos habían recibido garantías de cooperación en el caso de una elección papal que de años atrás ya se estimaba próxima, dada la edad del pontífice. En esa época de vigencia del Tratado, y ante la declinante salud del Papa León, el Gobierno español de Cánovas había negociado con el del Imperio Austro-húngaro un compromiso secreto relativo al futuro Conclave que la propecta edad y la precaria salud del Papa León XIII hacían presumiblemente próximo. A ese efecto había habido en Viena conversaciones entre el Embajador de España Rafael Merry del Val

---

303 Un Gobierno efímero Gobierno que sólo duró hasta el 5 de diciembre de ese mismo año.

304 Vicepresidente de la Junta directiva de la Cámara Agrícola de Madrid y vocal del Consejo Superior de Agricultura, Industria y Comercio en la correspondiente Dirección General del homónimo Ministerio.

305 Vide RUBIO, *El reinado de Alfonso XII...*, p. 370.

306 España se adhirió muy secretamente a la alianza germano-austro-italiana (la *Tríplice*) en 1887. El Gobierno español renovó el pacto a los cuatro años en 1891, pero no renovó ya en 1895.

y el Ministro austríaco de Negocios Extranjeros, Conde Kálnoky<sup>307</sup>. Éste propuso al Embajador español fijar un acuerdo para que en el próximo Conclave, españoles y austríacos procediesen de acuerdo sobre las bases de que el Conclave tuviese lugar en Roma, que fuese breve y que el elegido fuese un italiano.

Según la versión que del hecho se dio años después por el Ministerio español de Estado<sup>308</sup>, Kálnoky habría preguntado al Embajador qué candidato sería bueno para España. Merry, autorizado por el Duque de Tetuán<sup>309</sup>, le habría respondido conforme con lo primero, pero en cuanto a candidato dijo que “aunque España tenía el mayor interés en quien fuera uno de las ideas de León XIII respecto a nuestra dinastía, juzgaba prematuro ocuparse de ello en aquel momento”. Kálnoky quedó complacido de lo primero y contrariado por lo segundo<sup>310</sup>, esperando que España “se convenciera de la necesidad de fijar desde luego todos los términos de la cuestión”.

Como eco de ese acuerdo hispano-austríaco, y siendo el Marqués de Pidal y el Conde de Revertera respectivos embajadores español y austríaco en Santa Sede, se concordaron secretamente en febrero de 1892<sup>311</sup> las voluntades de comprometerse a obrar de consuno ambos Estados mediante sus cardenales respectivos en caso de vacante en Roma<sup>312</sup>, lo que dio lugar a ambos embajadores a mantener interesantes intercambios de opiniones sobre el tema. En una conversación

307 El Mariscal de Campo Conde Gustav Kálnoky von Köröspatak fue nombrado por el Emperador Francisco José Ministro de Negocios Extranjeros el 20 de noviembre de 1881. Militar y no diplomático de carrera, había ejercido ésta como Ministro en Copenhague (1874-9) y Embajador en Rusia (1880-1), con notables dotes de laboriosidad e ingenio. (“Persönlich unnahbar, zeichnete er sich durch besondere Arbeitskraft und politische Phantasie aus”, a juicio de Erwin MATSCH, *Der auswärtige Dienst von Österreich-Ungarn, 1720-1920*, Wien-Köln-Graz, Böhlau, 1986, p. 87). Dimitiría el 16 de mayo de 1895 tras una aguda controversia con el Nuncio (*ibidem*).

308 Se halla en una minuta contenida en una “carpeta reservada” del leg<sup>o</sup> 3411 del AHN, antes del MAE. Estaban destinadas al posterior Embajador en Roma Gutiérrez de Agüera. *Vide infra*.

309 Carlos O’Donnell, Ministro de Estado a la sazón.

310 No es extraño. Para los austríacos mencionar “las ideas de León XIII” era signo de hostilidad, por su tendencia profrancesa. ¿Sería imprudencia de Merry o tal vez ignorancia de la verdadera situación?

311 Con fecha de 2 de marzo de 1892, se comunicaba desde Viena al Embajador Dubsky la noticia de las conversaciones entre Pidal y Revertera en Roma y el acuerdo entre ambas posiciones: “Mit Beziehung auf Ihrer Chiffre- Bericht vom 6. Februar laufenden Jahres, n<sup>o</sup> 16, übersende ich Euer Exzellenz in der Anlage zu Ihrer Orientierung einen Bericht des Grafen Revertera über eine Unterredung mit dem Marquis de Pidal, dessen Äusserungen sich mit unserer Auffassung vollkommen decken, ferner Abschrift eines vertraulichen Schreibens an unseren Botschafter bezüglich der in der Erwartung einer nach menschlicher Berechnung bald eintretenden Conclaves bereits jetzt einzunehmenden Haltung. Die Gesundheit Leo XIII hat sich übrigens in letzter Zeit wieder so gefestigt, dass keinerlei Gründe zu momentaner Besorgnis vorliegt und alle Aussicht vorhanden ist, dass er noch im nächsten Consistorium eine Anzahl Cardinäle wird ernennen können, was für uns und auch für Spanien von Wichtigkeit ist”. (Archivo de Viena, *Haus-, Hof- und Staatsarchiv, Politische Korrespondenz, Spanien, 1900-1903, Karton 50*).

312 “...im Conclaven mit den österreichisch-ungarischen hand in hand zu gehen”. (*Ibidem*).



habida entre el Conde Revertera y el Marqués de Pidal y de la que aquél informó a Viena el día 16 de febrero de 1892, se desprenden las ideas que los responsables españoles tenían acerca del que consideraban ya próximo conclave: según Pidal, éste debería ser de corta duración, el candidato habría de ser italiano y, además de poseer las virtudes requeridas para la suprema dignidad de la iglesia, necesitaría tener una comprensión de la realidad política internacional. Estimaba Pidal al Cardenal Capecilatro, Arzobispo de Capua, como quien podría bien servir el cometido. En cuanto al veto opinaba que las potencias católicas no deberían renunciar a su históricamente fundado influjo sobre la elección papal, pero ejercerlo en forma adecuada a los tiempos y a ser posible evitando la exclusión.<sup>313</sup>

La salud del Papa daba ocasión a paulatinas recuperaciones que inutilizaban las conjeturas.

Pero años más tarde, en 1898, y ante la peligrosidad de la salud del Papa se juzgó por parte austríaca retomar contacto con las potencias católicas<sup>314</sup>, así como por parte propia considerar las oportunidades del tema<sup>315</sup>. El contacto con el Gobierno de España resultaba de particular interés por las coincidencias ya advertidas y cuidadas. Lo que sucedía era que, para entonces, los intereses de España en relación con el tema del futuro Conclave se inclinaban hacia candidaturas a la tiara de un modo diferente a las de Viena. En una carta de Rafael Merry al Ministro de Estado Almodóvar de 7 de julio de 1898 desde Roma donde aquél era Embajador, se trata de la oposición de Alemania e Italia a Rampolla, pero quizá ese resentimiento podría, a su juicio, vencerse “uniéndose los cardenales franceses y españoles con muchos extranjeros de los numerosos amigos que su eminencia tiene entre los italianos”.<sup>316</sup>

Fue entonces cuando el Embajador austríaco en Madrid, Conde Dubsky, habló del asunto con el Ministro de Estado, Duque de Almodóvar.

Todo parece indicar que en el Ministerio español se andaba más bien ayuno de noticias, por haberse olvidado de la existencia del antiguo acuerdo. Nótese que para entonces (1898), España había dejado de renovar en 1895 el Tratado con

313 “Die katholischen Mächte werden ihren historisch berechtigten Einfluss auf die Papstwahl nicht preisgeben wollen, denselben aber in einer den Zeitverhältnissen angemessenen Form zur Geltung bringen, womöglich mit Vermeidung der Exclusion”. (*Ibidem*).

314 “...für angezeigt mit den Mächten, welche in den Fragen der Papstwahl bereits mit uns Fühlung genommen haben”. (*Ibidem*).

315 La embajada austríaca en Madrid a su vez deseaba saber cuál fuese de parte austríaca el candidato aceptable o bien vetable. (“...jetzt bezüglich jener Persönlichkeiten deren Erhebung auf den Stule Petri von ihr k. und k. Regierung angestrebt werden könnte oder jener papabile gegen welche eventuell die Exclusionen geltend zu machen müsse irgendarin zu äussern”). (*Ibidem*).

316 En una carpeta reservada bajo el título “Antecedentes sobre la elección del sucesor de León XIII en la Silla Apostólica”, en leg<sup>o</sup> 3411 del AHN, antes del MAE.

la Tríplice y se había, por lo tanto, distanciado de sus planes. No sólo eso. Para un eventual Conclave, las preferencias de España se inclinaban, como seguidamente ya se ha visto y se verá, al Cardenal Rampolla, Secretario de Estado de León XIII y exNuncio en Madrid. Rampolla era, por su tendencia profrancesa, la bestia negra para austríacos y alemanes.

Así pues, tras la entrevista con Dubsy en septiembre de 1898, Almodóvar (más bien desorientado) pidió informes a Merry del Val, que entonces era Embajador ante la Santa Sede, quien le contestó que a su juicio Austria no tenía candidato pero que “lo que acaso deseaba era que nos comprometiéramos a dar los votos de nuestros cardenales a uno simpático a la Triple Alianza, el cual tendría en su contra a la gran mayoría del Sacro Colegio con Rampolla a la cabeza”. “Suponía además Merry que acaso ningún otro candidato sería más favorable a los intereses españoles que Rampolla, pero que éste se había granjeado la oposición de los gobiernos de Alemania e Italia, por haber contribuido mucho en el ánimo del Pontífice a seguir una política de aproximación y de favor hacia Francia”. Creía Merry también que aunque “su candidatura sería presentada contra su propia modesta voluntad<sup>317</sup>, reuniría los votos de muchos cardenales italianos, de todos los franceses y de bastantes extranjeros” y ejercería gran influencia en el conclave.<sup>318</sup>

Almodóvar respondió a Merry en carta de 3 de octubre<sup>319</sup>, requiriendo sus opiniones, aunque —dice creer: “no hay duda de que el actual Secretario de Estado es *acaso*<sup>320</sup> el hombre que mejor conoce España y que se halla mejor dispuesto hacia nuestro soberanos. Por esto deploro saber la actitud probable que atribuye usted a Alemania e Italia frente a este amigo de la influencia francesa, el puesto que, hostiles estas dos potencias, es de prever arrastren con ellas su aliada”. La preocupación de Almodóvar se muestra en que añade: “será para nosotros la apertura del conclave momento de gran preocupación”.<sup>321</sup>

En efecto, coincidía Merry, opinando: “a nosotros el que convendría más que fuese elevado al solio sería Rampolla, porque tiene sincero y profundo cariño por España y por nuestra familia real, desde que tuvo en sus brazos en la pila bautismal a nuestro soberano en nombre de León XIII, y nos ha probado su afecto y amistad en cuantas ocasiones se han presentado. Él fue quien siendo Nuncio en Madrid separó a los integristas de las filas de Don Carlos y el más opuesto a unos y a otros”.<sup>322</sup>

---

317 Es un juicio más bien ingenuo de Merry.

318 Hay, en efecto, una carta de Merry a Almodóvar en que lo refiere, a 6 de septiembre de 1898. (*Ibidem*).

319 Minuta autógrafa en leg<sup>o</sup> 3411.

320 Añadida en la minuta de la misma mano.

321 Leg<sup>o</sup> 3411.

322 Leg<sup>o</sup> 3411 del AHN, antes del MAE.

Durante su nunciatura en Madrid, Rampolla, en tanto sirvió los planes de León XIII, supo hacerse grato al gobierno español. “Es esto tanto más notable cuanto que el gobierno liberal había recibido con cierto recelo en 1882 el nombramiento de Monseñor Rampolla, por creer que cuando fue auditor de la nunciatura en 1876 había mostrado alguna inclinación hacia los tradicionalistas. En cambio, éstos fueron los que lo combatieron por su favorable actitud hacia la monarquía de Don Alfonso”. Nombrado cardenal, “salió de Madrid el 1 de mayo de 1887; pero antes, al despedirse del Ministro de Estado, Sr. Moret, reiteró a éste las más terminantes seguridades de que el Papa haría por el Rey Don Alfonso XIII y por su Augusta Madre todo aquello que estuviese en su poder y a su alcance, sin reservas y sin limitaciones, con el más decidido y nobilísimo propósito de afirmar en su trono y de sostener contra todo combate revolucionario, de cualquier lado que viniese, así de la derecha como de la izquierda, una monarquía que consideraba llena de promesas fecunda en bienes para España”.<sup>323</sup>

Si Rampolla era bien visto por franceses y españoles, además de numerosos italianos, el candidato de austriacos y alemanes era un virtuoso y austero fraile, el Cardenal Gotti. A él se refería el Embajador Merry como “una caja cerrada. Vive apartado de todos, no acepta invitaciones, porque es carmelita descalzo y hace vida de religioso y nadie sabe cuáles son sus opiniones. Encontraría oposición en algunos por ser fraile, pero inspira respeto a todos y debe ser considerado como un candidato serio e importante”.<sup>324</sup>

De ellos escribiría ya ante la previsible inminencia de un desenlace en la larga vida del Papa León, el siguiente Embajador de España ante la Santa Sede, José Gutiérrez de Agüera, en carta al Ministro de Estado Buenaventura Abárzuza de 30 de junio de 1903. Allí informaba oportunamente que los candidatos más probables eran los cardenales Rampolla y Gotti. “De ninguno de los dos —explica— tendríamos nada que temer con respecto a la cuestión dinástica<sup>325</sup>, pero como Gotti con todos sus méritos es fraile y gran protector de la universalidad de las órdenes religiosas<sup>326</sup>, mientras que Rampolla suele demostrar, en todo lo que no es esencial a la Santa Sede, cierta predilección hacia España, único país en que ha servido como nuncio, creo que para nosotros no sería dudosa la elección”. Añade que Gotti había sido muy distinguido por Guillermo II en su último

---

323 BÉCKER, *Historia de las relaciones exteriores de España en el siglo XIX*, III, p. 634 s

324 *Loc.cit* en leg<sup>o</sup> 3411.

325 Es decir la controversia, no extinguida, con la aspiración carlista —de Carlos VII— a la Corona.

326 Téngase presente que el *status* de las órdenes religiosas fue motivo de controversia entre la Santa Sede y España.

viaje a Roma<sup>327</sup>. En efecto Gotti, como ya se ha dicho, sería el preferido por la fracción germánica en el Sacro Colegio, con vistas a la elección.

En tales circunstancias, se produjo el fallecimiento del Papa León XIII el 20 de julio de 1903<sup>328</sup>, previéndose inminente el inicio del conclave. Éste dio comienzo en el Vaticano el 31 de julio a las 5 de la tarde.

Al día siguiente, el 1 de agosto de 1903, Gutiérrez de Agüera dio cuenta de haberse iniciado el conclave y de haberse acentuado en él “la lucha entre los amigos y enemigos del cardenal Rampolla y haciéndose cada vez más dudoso el resultado; razones que me han movido a recomendar a nuestros compatriotas<sup>329</sup> que procuren proceder con las mayores reserva y discreción, dentro de las instrucciones que tiene el Cardenal Sancha”.

Llegado, pues, el momento, del fallecimiento del Pontífice fue en España, por lo tanto, en aquellas horas de julio de 1903 donde se produciría un eco de lo que se iba a desarrollar en el conclave vaticano. Es probable que el triángulo de la “exclusiva”, Austria, Francia y España, moviera sus componentes en los despachos del ministerio español y de las embajadas.

Al Embajador Agüera se habían remitido unas informaciones extensas y sólo medianamente bien fundadas sobre los antecedentes que habían de tenerse en cuenta, refiriéndose en ellas los avatares del secreto acuerdo de voluntades con los austríacos.<sup>330</sup>

Entre los gabinetes de España y de Austria había habido, en efecto, el citado intercambio de propósitos, bien olvidado y que para los intereses austríacos era momento de actualizar. En julio de 1903 el Embajador de Austria en Madrid estaba ausente. El segundo de la embajada era el Consejero Jaroslaw Wisniewski, el cual, si bien quejoso de falta de instrucciones de Dubsky, movió sus hilos. Se puso en contacto con el Embajador alemán Radowitz, a la sazón en Zarauz. Luego se entrevistó con el nuevo Ministro de Estado Conde de San Bernardo<sup>331</sup>, que le dijo que “ya se habían cursado instrucciones al Embajador español en

---

327 Cit. leg° 3411. Véanse *infra* las interesantes condiciones personales del carmelita Gotti.

328 Agüera comunica el 22 de julio haber sido nombrado monseñor Mery del Val secretario consistorial por fallecimiento de monseñor Volpini. Dice “deba lisonjearnos que su elección haya recaído en un compatriota que reúne las excelentes condiciones de monseñor Merry del Val”. AHN, leg° 3410.

329 Se refiere a los cardenales españoles, que eran los arzobispos de Toledo, Santiago y Valencia y el Obispo de Barcelona.

330 Se hallan en la citada carpeta reservada. Se menciona dicho acuerdo con manifiesta imprecisión: “hacia 1889 ó 90”. Fue en 1892, como se ha referido.

331 Manuel Mariátegui Vinyals, Conde de San Bernardo, Ministro de Estado en el gabinete Fernández Villaverde, desde 20 de julio a 5 de diciembre de 1903.

Roma en el sentido de la acción acordada<sup>332</sup>. Pero el diplomático austríaco no pudo sustraerse a la impresión de que el nuevo Ministro de Estado no era persona debidamente capacitada para la función<sup>333</sup>. Tal era cierto. Ya se indicó que sus atribuciones hasta aquel preciso día habían sido en departamentos de Agricultura. Seguidamente fue Radowitz quien visitó asimismo al Ministro para apoyar las gestiones del austríaco. En realidad, los propósitos españoles percibidos hasta entonces por los austríacos parecían coincidentes con sus deseos. El Ministro había indicado a Radowitz que la candidatura Rampolla no era deseada y eso le había sido expresado pocos días antes por la ExReina Regente D<sup>a</sup> María Cristina<sup>334</sup>. Sin embargo, el propio Ministro temía que la candidatura había ido entre tanto ganando peso últimamente.<sup>335</sup>

Es posible que la Reina Cristina expresase sus preferencias, como austríaca. Pero el Ministro desde luego, no. Si el diplomático austriaco había sacado la impresión de que los españoles coincidían con los austríacos en repudiar a Rampolla, se equivocaba grandemente. Como ya se ha visto, Rampolla era el candidato más deseado de parte de España.

Sin embargo, sí era correcta la información dada por el Ministro al diplomático austríaco en cuanto a los pasos ya dados, si bien no precisamente “en el sentido de la acción acordada”. Se habían cursado en efecto instrucciones al Embajador de España en la Santa Sede José Gutiérrez de Agüera<sup>336</sup>. El 15 de julio se le había cursado orden para que si “por las noticias de lo que pasa en el Cónclave formase fundado concepto de que puede recaer la elección” en un cardenal no conveniente para España (en blanco), “prevenga inmediatamente de orden expresa al cardenal que entonces se halle encargado de los intereses de España”, que le dé, en nombre del Rey la exclusiva, si bien sólo en caso urgentísimo “de creer segura la elección si no se pone ese remedio”<sup>337</sup>. Había, pues, decisión de interponer una exclusiva, pero a juicio del Embajador, por ello dejada en blanco como

---

332 “Der königliche Saatsminister, welcher meinen Eröffnungen die grösste Zuvorkommenheit entgegenbrachte, versicherte, dass die entsprechenden Instruktionen dem königlichen spanischen Botschafter beim Heiligen Stuhle bereits erteilt worden seien”. Al margen: “in der Richtung der vereinbarten Aktion”. Así en el borrador de carta a Goluchowski. 30 de julio de 1903. Archº de Viena, *ibidem*.

333 “Er ist ein absoluter ‘homo novus’ in den Geschäften der auswärtigen Politik und erst seit einigen Tagen Minister Landwirtschaft war ist bisjetz seine Beschäftigung und sein Beruf gewesen”. (*Ibidem*).

334 “...versicherte der Staatsminister dem Kaiserlichen deutschen Botschafter, dass Spanien die Wahl des Kardinal Rampolla entschieden nicht wünsche. Auch hat sich Ihre Majestät die Königin Mutter vor 3 Tagen dem Herrn von Radowitz gegenüber im gleichen Sinne geäußert”. (*Ibidem*).

335 “...aus Rom einige laufende Nachrichten, dass diese unerwünschte Kandidatur in den letzten Tage an Festigkeit gewonnen habe. Die Wahl des Staatssekretärs Leo’s XIII scheint immer mehr an Wahrscheinlichkeit zu gewinnen”. (*Ibidem*). Lo que opinaba asimismo el Subsecretario Juan Pérez Caballero (Subsecretario de mayo de 1900 a octubre de 1903).

336 Acababa de ser Embajador en Viena, de 1898 a 1902.

337 Orden nº 46 de 21-VII-1903, aducida por ZALDÍVAR, p. 69.

había sido práctica habitual en anteriores ocasiones. Convendrá exponer aquí en su totalidad el texto de la Orden cursada al Embajador Agüera por el Ministro de Estado Abárzuza, cuyo tenor era el que sigue:

“Considerando el Rey la absoluta necesidad en que se halla la Iglesia Católica de que, en la actual vacante de la Santa Sede ascienda al Sumo Pontificado una persona de consumada virtud, prudencia e imparcialidad, que no se deje seducir de los que tienen interés en la discordia ni de los que con sus opiniones, propasan los límites que puso Jesucristo entre el Sacerdocio y el Imperio; y estando persuadido de que no se conseguirán estos laudables y santos fines si fuese elegido a la cátedra de San Pedro el cardenal [en blanco] ha resuelto Su Majestad que, en caso de que por las noticias que VE tenga de lo que pasa en el conclave forme fundado concepto de que puede recaer la elección en dicho cardenal, prevenga inmediatamente de orden expresa de Su Majestad al cardenal que entonces se halle encargado dentro de dicho conclave de los intereses de España, le dé en su real nombre la exclusión absoluta en el Sacro Colegio en la forma y modo que fuere de estilo y se hubiere practicado en otras ocasiones por esta Corona o por otras sus iguales, y encargará VE particularmente a dicho cardenal que no use esta facultad que el Rey le concede sino en el caso urgentísimo de creer segura la elección, si no se le ofrece otro remedio. Lo participo a VE para regla de su conducta en este grave punto”.

Pero como quiera que entre tanto se había producido el cambio de Gobierno en España y el Ministro Abárzuza había sido relevado por el Conde de San Bernardo, la citada Real Orden se anuló por haberla firmado el anterior Ministro y se redactó en los mismos términos a firma del nuevo Ministro el 21 de julio<sup>338</sup>. Y así se remitió al Embajador Agüera.

Puesto que en la orden se hacía mención explícita del Cardenal encargado de los intereses de España, era preciso completarla con la designación real de dicho purpurado, que fue el Primado de Toledo, Sancha. Su designación se le comunicó el 22 de julio con este tenor:

“Siendo bien conocidas de Su Majestad el Rey (q. D.g.) las virtudes esclarecidas que adornan a Vuestra Eminencia y la ventajosa opinión que goza por sus cualidades evangélicas, ha tenido por conveniente encargar a Vuestra Eminencia el cuidado de los intereses de su Real Corona en el próximo conclave y Su Majestad espera que Vuestra Eminencia las proveerá con acierto en cuanto esté de su parte, correspondiendo al efecto con su embajador cerca del Sacro Colegio en la forma establecida, por cuyo conducto cuidará Su Majestad de participar a Vuestra Eminencia sus soberanas intenciones. Del conde de San Bernardo”<sup>339</sup>.

---

338 Leg° 3410 del AHN, antes del MAE.

339 Leg° 3410 del AHN, antes del MAE.

En consecuencia, ya el 25 de julio de 1903, respondiendo a la citada real orden del 21 y a las instrucciones allí contenidas, escribía el embajador Agüera por despacho nº 55 lo que sigue:

“Me apresuro a tener la honra de manifestar a VE que las seguiré estrictamente si llega el caso de parecer segura la elección de algún cardenal que no ofrezca las garantías necesarias para ser elevado a la Cátedra de San Pedro. Debo también hacer presente a VE que no es de temer dicha eventualidad en las circunstancias actuales, por no existir en el Sacro Colegio cardenal alguno que se haya significado como enemigo de la Nación española o desafecto a la dinastía reinante. De todos modos me servirán de gobierno las órdenes de VE por si llega a suscitarse algún día la delicada cuestión del Veto, que acaso no esté más que aplazada, teniendo motivos para creer que la Santa Sede se propone aprovechar una ocasión oportuna para declararlo de ningún valor ni efecto”<sup>340</sup>.

Y en despacho de 26 de julio de 1903, escribía el embajador Agüera lo que sigue:

“He creído conveniente limitarme, al cambiar impresiones con mis colegas, a convenir en que debemos apoyar en términos generales a un cardenal que se distinga por sus virtudes, moderación, transigencia y afecto a sus Jefes de Estado respectivos, reservándome la designación de persona para cuando lleguen los cardenales españoles y proponiéndome siempre proceder con el mayor tacto en cuestión tan delicada”<sup>341</sup>.

Y efectivamente, cuando llegaron a Roma los purpurados españoles, informaba Agüera por telegrama de ese mismo día haber “cambiado ya impresiones sobre el conclave” con los cardenales españoles “de acuerdo con las instrucciones que S.M. personalmente y V.E. han dado ahí al Cardenal Sancha”<sup>342</sup>.

Lejos de acomodarse a los propósitos austríacos, la posición española era más bien coincidente con la francesa, en cuanto a preferir la candidatura del Cardenal Rampolla para el Solio pontificio. Mucho puede desde luego decirse sobre la suma aptitud y habilidad del Embajador francés en Madrid. Era Jules Cambon, cuya influencia era notoria. Además, en el Conclave Rampolla contaba con un importante valedor entre los purpurados españoles, el Cardenal capuchino Vives y Tutó, de prestigio en la Curia y cercano al difunto León XIII y a su Secretario de Estado.

Así pues, aunque en Alemania opinaba Bülow que los españoles se inclinaban por actuar de acuerdo con los austríacos<sup>343</sup>, lo cierto es que la candidatura del Cardenal Secretario de Estado era la más deseable para los españoles; por su

---

340 *Ibidem*.

341 *Ibidem*.

342 *Ibidem*. Legº 3411 del AHN, antes del MAE..

343 Dando crédito tal vez a los viejos secretos acuerdos de 1892 habidos entre ambos Gobiernos.

parte, los cardenales españoles presentes en el conclave le serían seguramente favorables, siguiendo la iniciativa del citado Cardenal Vives y Tutó y del cardenal Sancha, que salió de España el 22 de julio tal vez con instrucciones de apoyarle.<sup>344</sup>

Como se ha dicho, el conclave abrió sus sesiones (más congruente sería decir **cerró** sus sesiones) el día 31 de julio a las 5 de la tarde.

Había 64 cardenales presentes, para obtener la mayoría de los dos tercios hacían falta 42 sufragios.

Las dirigía el Cardenal Decano y Camarlengo, Luigi Oreglia di Santo Stefano. Hecho cardenal todavía por Pío IX en 1873, de ascendencia noble, notorio políglota, de espíritu cultivado y de economía próspera (se le tenía por “rico de escudos y de estudios”)<sup>345</sup>, fue en un tiempo estimado posible “papabile”. Tenía su experiencia diplomática, como Internuncio que fue en La Haya. Bien visto de los jesuitas, en cuya Compañía tenía un hermano.

Los cardenales españoles presentes en el conclave eran el citado Prímado de Toledo Ciríaco María Sancha y Hervás (1894), Salvador Casañas y Pagés (1895), Obispo de Urgel y Príncipe de Andorra, José María Martín de Herrera (1897), Arzobispo de Santiago de Compostela, Sebastián Herrero y Espinosa de los Monteros, Arzobispo de Valencia (1903), y el también citado capuchino José de Calasanz Vives y Tutó (1899).

Los austro-húngaros eran Anton Joseph Gruscha (1891), Claudius Vassary (1893), Arzobispo de Stergom, Leo Skrbensky (1901), Arzobispo de Praga, Johann Kniaz de Kozielsko Puzyna (1901), Príncipe-Obispo de Cracovia, y Johann Battista Katschthaler (1903), Arzobispo de Salzburgo<sup>346</sup>. A ellos habrían sido impartidas las pertinentes instrucciones de Viena.

Los cardenales franceses eran Benoît-Marie Langénieux (1886), Arzobispo de Reims, François-Marie-Benjamin Richard (1889), Arzobispo de París, que era el de más edad, Adolphe-Louis-Albert Perraud (1895), Obispo de Autun, Victor-Lucien-Sulpice-Lécot (1893), Arzobispo de Burdeos, Pierre-Hector-Coullié (1897), Arzobispo de Lyon, Joseph-Guillaume Labouré (1897), Arzobispo de Rennes, y François-Désiré Matthieu (1899), arzobispo de Toulouse. También ellos, a su vez, tendrían instrucciones de París.

Más de uno de los purpurados sentirían en su interior la eventualidad de ser elegido. Alguno de ellos confiaría poder proclamar en su día —los siempre burlones romanos lo mencionaban— el anuncio: “el Santo Padre y yo hemos pasado los dos a mejor vida”.

344 Así opina MOUSSET, *op.cit.*, p. 140.

345 “Ricco di scudi e di studi (bellissimo connubio questo)”. (CHIERICI, *op. cit.*, p.44).

346 Nombrado cardenal por León XIII, en su vigésimoséptima y última creación, el 22 de mayo de 1903, entre el cardenal de Valencia, Herrero, y el de Colonia, Fischer, últimos creados por León XIII.



Como arriba se ha dicho, la candidatura más potente y previsible era la del Secretario de Estado y hombre fuerte de la Curia, Antonio Rampolla del Tindaro, hombre de confianza del Papa León XIII e impulsor y ejecutor de su política.<sup>347</sup>

Por parte austríaca el candidato predilecto para el Papado era el cardenal Girolamo Maria Gotti, un fraile modesto que inicialmente había rehusado el capelo que le ofrecía León XIII, quien le hizo aceptarlo por obediencia, en 1895. Había gozado de la simpatía del Papa León, que a veces lo llamaba “mio successore”, aunque el propio Gotti manifestara siempre tenerse por indigno del cargo. A pesar de su modestia, Gotti contaba con importantes posibilidades de ser elegido<sup>348</sup>. Un factor había, bien es verdad que en el campo de la fantasía especulativa. La pseudoprofecía de los Papas, atribuida arbitrariamente a San Malaquías, mil veces citada, pese a su carácter apócrifo, daba al sucesor de León XIII el lema “Ignis ardens”; se daba la circunstancia de que en el escudo de Gotti brillaba una llama de fuego. La profecía muy frecuentemente se basaba en algún signo heráldico de cada Papa. El hecho no dejaba de mencionarse, aunque nadie lo tuviera más que por pura casualidad.

Los franceses, que claramente favorecían la candidatura de Rampolla, naturalmente se oponían a la de Gotti. Uno y otro de esos candidatos despertaban por lo tanto la irremisible amenaza de ser excluidos por la parte adversa. Como aquí se ha expuesto, tanto el católico Imperio austríaco como la laica República Francesa poseían (como España) el de derecho discutido, pero de hecho aceptado, privilegio de exclusión.

Y efectivamente, de París se había proveído la exclusión contra el Cardenal Gotti. La llevaba confidencialmente su colega el Cardenal Lécot. Y ¿por parte austríaca? La llevaba, en efecto y bien preparada un cardenal de obediencia imperial, con instrucciones del Ministro austríaco de Negocios Extranjeros de Viena. Éste era, como se ha dicho, el Conde Agenor Goluchowski von Goluchovo, un linajudo personaje de la región eslava (hoy polaca) del Imperio austro-húngaro; podría llamársele austro-polaco. Estaba casado con una princesa Murat<sup>349</sup>. Goluchowski había dispuesto una importantísima exclusión y la había encomendado, acaso por mayor confianza, a un cardenal coterráneo suyo, el también austro-polaco Cardenal Johann Kniaz de Kozielsko Puzyna, Príncipe-Obispo de Cracovia,

---

347 “Una sola é la sua ambizione: il papato. E per appagare questo suo vasto disegno lavora da anni e anni, con tutta la tenacia e con tutto l’ingegno. E l’ingegno e la tenacia sono state sempre le sue caratteristiche principali” (CHIERICI, *op. cit.*, p.25).

348 “Egli é fra i papabili, e é fra quelli piú in vista” (CHIERICI, *op. cit.*, p.61).

349 Ana Murat, bisnieta del napoleónida Mariscal de Francia y Rey de Nápoles y como Gran Duque de Berg de funesto recuerdo para los españoles.

diócesis exenta, dependiente sólo de la Sede Apostólica, y cuya investidura era presentada por el Emperador. Puzyna regía esa sede desde 1895 y había obtenido el capelo por León XIII en 1901, a propuesta de Francisco José.

La exclusión austríaca iba dirigida, por supuesto, contra la candidatura del Cardenal Secretario de Estado Rampolla del Tindaro, que era tenido por favorecedor de la política profrancesa de los últimos tiempos del Pontificado leonino.

El conclave tuvo lugar sin más órdenes de veto, pero Bülow erróneamente opina que los españoles se inclinaban por actuar de acuerdo con los austriacos. Por el contrario, Rampolla era persona bien considerada en Madrid, como acaba de referirse<sup>350</sup>. Además, los cardenales españoles (a instancia del Cardenal Vives y Tutó) eran propensos a adherirse al grupo francés.

Por lo demás, cabe preguntarse: ¿existía el veto? La respuesta ha de ser afirmativa. Las opiniones lo describían. “L’Austria, la Francia e la Spagna —se lee en un libro coetáneo— pretendono di esercitare un certo diritto di esclusione o di veto, che consiste di poter designare a un certo momento, per mezzo di un cardinale, una persona la cui elezione non sarebbe gradita. Quest’esclusione é stata tollerata, e spesso gli stessi cardinali elettori non la considerano che semplice consiglio. Nel suo eccellente libro *Le Conclave*, Lucius Lector (pseudónimo)<sup>351</sup> trata con grande competenza queste questioni. Vi rimandiano il lettore desideroso di conoscerle a fondo”<sup>352</sup>.

Es verdad que la vieja Exclusiva nunca fue bien vista —sólo tolerada a disgusto— por la Curia Romana. También que era tenida por obsoleta.

Un artículo del *Osservatore Romano* de 29 de junio de 1892 había expresado la opinión de que el veto de las potencias carecía ya de sentido. En otra época, las potencias (Austria, Francia y España) eran católicas, pero eso había cambiado. Y se pregunta: “Come si potrebbe supporre che la Santa Sede voglia affidare, anche indirettamente, i propri interesse più vitali a un Andrassy, a un Thiers o a un Zorrilla o a qualche screanzato ancora peggiore, che le avventure politiche collocassero alla testa del potere?”<sup>353</sup>.

Como hasta aquí se ha venido explicando, al Sacro Colegio le sentaba mal el veto y a la Iglesia en general le parecía una intromisión laica en sus atribucio-

---

350 Opina ZALDÍVAR (p. 69 s) que “la circunstancia de haberse producido por entonces un cambio de gobierno en España, facilitó la labor del embajador de Francia en Madrid, para favorecer la candidatura de Rampolla. Orden nº 46 de 21-VII-1903, aducida por Pablo ZALDÍVAR MIQUELARENA, Benedicto XV, un Pontificado marcado por la Gran Guerra, Pamplona, EUNSA, 2015, p. 69.

351 *Le Conclave: origines, histoire, organisation, legislation ancienne et moderne*. Paris, 1894.

352 *Le ceremonie del funerali del Papa. II Conclave. Cenni biographici dei Cardinali*, Roma, Desclée, Lefebvre & C., 1903, p. 30.

353 Cit. en ZIZOLA, p. 130. El texto del artículo en EISLER, 286 s.

nes. Sin embargo, debían considerarlo como una muestra del poder del Papado y de la importancia que los Estados concedían a un Papa amigo u hostil, tanto como para querer intervenir decisivamente en la elección. Y de hecho sucedía. Al desagrado que tal intromisión pudiera provocar, se contraponía la ocasional conveniencia de aceptarla o el hecho de que usualmente se viniese aceptando cuantas veces se hubiese producido.

Un criterio generalizado era que tal privilegio ni era tal, ni era válido. El exPresidente del Consejo francés, Émile Combe lo tendría años después por un “raro instrumento diplomático fuera de uso”<sup>354</sup>. Por parte española, se temía que la Santa Sede aprovechara cualquier circunstancia para declararlo expresamente abolido. Así opinaba el Embajador español Gutiérrez de Agüera que “la delicada cuestión del Veto acaso no esté más que aplazada, teniendo motivos para creer que la Santa Sede se propone aprovechar una ocasión oportuna para declararlo de ningún valor ni efecto”<sup>355</sup>.

Sin embargo en las instrucciones españolas a Agüera se le daba poder para utilizar el veto, si bien se dejaba en blanco el nombre del cardenal eventualmente excluido para que el Embajador procediese en conveniencia, lo que quiere decir inequívocamente que el Gobierno español lo considerase válido. Asimismo, los franceses preveían su veto al cardenal Gotti. Y el Ministro austríaco Goluchowski lo defendió taxativa y fundadamente en una declaración de 1903, en la que, si bien admitía “no descansar en ninguna ley determinada, ni haber sido nunca expresamente aceptado por la Iglesia, el veto se había convertido en el curso de los siglos en una norma consuetudinaria, ejercida primero por los emperadores del Sacro Imperio y sus sucesores de la Casa de Austria, luego paritariamente por Francia y España, tal por ejemplo en los siglos XVIII y XIX”<sup>356</sup>.

El hecho es, pues, que el veto gravitaba sobre el conclave y sus miembros.

En España ya se sabía que los franceses votarían a Rampolla. El Embajador de España en París, León y Castillo, había informado de que el Ministro francés de Negocios Extranjeros le había comunicado la decisión de aquel Gobierno de apoyar dicha candidatura.<sup>357</sup>

354 En 1907, en un artículo de la *Neue Freie Presse* citado por, EISLER, p. 254.

355 *Vide supra*. Leg<sup>o</sup> 3410 del AHN, antes del MAE.

356 En la declaración se declaraba: “Wenn auch das Veto auf keinem bestimmten Gesetze beruht, und niemals von der Kirche ausdrücklich anerkannt wurde, es sind doch im Laufe der Jahrhunderte zu einem Gewohnheitsrecht herausgebildet hat, welches in früherer Zeit von den römischen Kaisern Deutscher Nation und seither von den Trägern der habsburgischen Krone pari passu mit Frankreich und Spanien ausgeübt wurde, so z.B. in den Jahren 1721, 1799 und 1823, von Frankreich 1758, von Spanien 1730 und 1830”. (*Vid.* en EISLER, p. 255).

357 Telegrama de París de 21 de julio de 1903, Leg<sup>o</sup> 3411.

Iniciado el conclave, y pese a cuanto pudiera pensarse del obligado secreto, garantizado por severísimos anatemas, de los que por lo visto no se hacía mucho caso, los embajadores parece que estaban perfectamente informados de cuanto en el conclave día a día acaecía. Agüera estaba tan enterado de todo, que pudo telegrafiar a Madrid el 2 de agosto lo que sigue:

“No han resultado los dos escrutinios de ayer ni el de esta mañana. Parece difícil reunir los dos tercios los más inclinados que eran Rampolla, di Pietro y Serafín Vannutelli, aumentando la probabilidad de un candidato de transacción que podría sorprender a todos”.<sup>358</sup>

Los primeros escrutinios favorecían a Rampolla. Parece que alguien sugirió se usase el lícito procedimiento de accesión<sup>359</sup> que hubiera obrado en su beneficio.

En efecto, pronto se supo que las votaciones de los iniciales escrutinios del conclave favorecieron a Rampolla, como era de esperar. Fue entonces cuando el 2 de agosto se produjo el espectacular suceso. El Obispo de Cracovia, Cardenal Puzyna, se alzó inesperadamente para formular, en nombre del Emperador Francisco José, la exclusión contra el Cardenal Rampolla del Tindaro. Se dirigió formalmente al Cardenal Decano que, como se ha dicho, era Oreglia di Santo Stefano, además Camarlengo de la Iglesia Romana.<sup>360</sup>

Nótese que Puzyna daba al veto carácter “oficioso”: “notificare et declarare modo officioso”. El veto causó ingente sorpresa y, según luego se dijo, indignación entre los cardenales. El texto hubo de ser repetido por Puzyna y lo leyó por tercera vez Cavagni. El Decano Oreglia dijo que el veto no tenía poder alguno, ni oficial ni oficioso. Luego Rampolla se levantó y dijo en latín que protestaba contra aquella injerencia pero que para él no había nada más grato ni honroso: “quod mihi nihil iucundius, nihil honorabilius contingere poterat”.<sup>361</sup>

Producido espectacularmente el hecho del veto, suele comentarse que ello causó un revuelo entre los cardenales que mostraron su indignación ante

---

358 Leg° 3411.

359 Acceder al anteriormente mayoritario, lo que hubiera favorecido a Rampolla. Se desechó. Se había usado en el anterior conclave de 1878.

360 Éste era el Cardenal Oreglia di Santo Stefano, además Camarlengo de la Iglesia Romana. El texto que Puzyna leyó parece haber sido el siguiente: “honor mihi duco, ad hoc officium jussu altissimo vocatus, humillime rogare Vestram Eminentiam, prout Decanum Sacri Collegii Eminentissimorum Sacrae Ecclesiae Cardinalium et Camerarium S.R.E., ut ad notitiam suam percipiat idque notificare et declarare modo officioso velit; nomine et auctoritate Suae Majestatis Apostolicae Francisci Josephi, Imperatoris Austriae et Regis Hungariae, jure et privilegio antiquo uti volentis, veto exclusionis contra Eminentissimum Dominum meum Cardinalem Marianum Rampolla del Tindaro”. Puede leerse por ej.en el relato literario de THIERRY, Jean-Jacques, *La tentazione del Cardinale*, pp.103 s.

361 Algo parecido dijo en 1830 el Cardenal Giustiniani cuando lo vetó el Cardenal Marco y Catalán por orden de Fernando VII. *Vide* en OCHOA BRUN, *Historia de la Diplomacia Española*, vol. XI, p. 236.

aquella injerencia. Eso parece dudoso. Se indignarían los cardenales que habían votado por Rampolla. Los demás sentirían alivio. Por lo demás, todos se esperarían algo parecido, porque no sería misterio saber que el cardenal Lécot llevaba en su cartera el veto francés a Gotti.

En el ámbito eclesiástico es opinión generalizada, aunque muy dudosa, que el veto no surtió efectos, porque, después de formulado, aún Rampolla obtuvo un voto más en el siguiente escrutinio. Cierto es, en todo caso, que a partir de entonces comenzó a descender, y finalmente un candidato mucho menos cualificado, Giuseppe Sarto, Patriarca de Venecia, que ya iba ascendiendo, obtuvo los necesarios cincuenta votos y fue elegido como Pío X el 4 de agosto de 1903, proclamado por el cardenal protodiácono Macchi y coronado el 9.

De aquellos sucesos hay una explícita información, Por telegrama del da 4 a las 12 del mediodía, el Embajador Gutiérrez de Agüera daba cuenta de la elección del cardenal Sarto como Papa Pío X<sup>362</sup>. Y en el mismo día, en un sensacional despacho<sup>363</sup> describía el final resultado del conclave en estos expresivos términos:

“Aunque el resultado de los primeros votos hacía presumir que se reuniera un candidato de transacción según indique a VE en mis últimos telegramas, no ha podido menos de sorprender a todos el nombramiento del cardenal Sarto, que era uno de los menos papables al ingresar en el conclave y había manifestado de varios modos la seguridad de su regreso a Venecia. Su elección sólo se explica por los avatares de toda asamblea electiva. El cardenal Rampolla tuvo 24 votos en el primer escrutinio y subió a 29 en el segundo, pero al no verificarse en el tercero la adhesión inmediata que hace esperar tan considerable núcleo, se vio claro que la intransigencia de la fracción contraria hacía muy difícil, si no imposible la elección. Los cardenales de Austria Hungría debieron sin embargo entenderlo de otro modo y ante el temor de que reuniera los dos tercios, se apresuró el cardenal Puzyna, Obispo de Cracovia, a hacer declaraciones que en el fondo equivalían a un veto, asegurando que sus gobiernos respectivos verían con gran disgusto la elección a la Silla Apostólica del anterior Secretario de Estado. Grande fue la impresión que produjo la inesperada rectitud, contra la cual protestaron el Decano del Sacro Colegio y el mismo cardenal Rampolla, declinando su elección, pero el objeto estaba conseguido y aunque su fracción se propuso insistir en ella como medio de manifestar el desagrado de todos por una injerencia extraña, no pudo o no supo aprovechar la primera excitación de los ánimos, dando tiempo a la contraria para que explotarse la situación en el

---

362 Leg° 3411.

363 Despacho n° 61. Leg° 3411.

sentido de que no era posible provocar el rompimiento de relaciones con los gobiernos de la Triple Alianza, a cuya poderosa influencia atribuían lo ocurrido.

Ante esta consideración, todos tuvieron motivo o pretexto para buscar otro candidato y se decidieron por el Patriarca de Venecia, que sólo había obtenido votos sueltos en los primeros escrutinios pero que reunió ya 35 en el de anoche y alcanzado hoy 50, mientras Rampolla ha descendido hasta 10, que con otros dos aislados completa el número de los 62 electores.

Resulta, pues, como nota más característica del conclave actual la intervención del gobierno austriaco que no bastan a explicar los rozamientos que haya podido tener con el último Secretario de Estado sobre matrimonio civil o el nombramiento de un cardenal en Hungría y aunque se atribuya a la influencia religiosa del elemento anglosajón o a los intereses políticos de la Triple Alianza no podía justificarse que, sin una causa de enemistad evidente o de necesidad absoluta, se haya suscitado la delicada cuestión del Veto que era interés de todos reservar para casos más extremos sin dar motivo a que la Santa Sede realice al fin su propósito de declararlo abolido.

Por mi parte sabía que mi colega de Austria estaba resuelto a combatir la candidatura de Rampolla y esto me decidió a no ultimar el acuerdo iniciado por Kalmoky y del que me dio noticia confidencial el antecesor de VE, pero nunca creí fuera tan lejos una oposición que ha de ser generalmente censurada”.

No podía darse una descripción más exacta y detallada de aquel trascendental conclave.

Las opiniones sobre aquel suceso sin diversas.

Jean Carrière, historiador del Papado, que conoció personalmente al Cardenal Matthieu, propulsor de la candidatura de Rampolla, refiere que el propio Matthieu le declaró en conversaciones privadas que el veto no influyó. Según él, el Cardenal de Cracovia llevaba el veto en el bolsillo para utilizarlo sólo en el caso de que Rampolla estuviese a punto de obtener los votos necesarios para ser elegido. Hacían falta para ello 42 votos y Rampolla sólo obtuvo 29 en la sexta votación, cuando Puzyna tuvo miedo y ante el riesgo de no presentar el veto a tiempo, lo hizo en ese momento. Pero según Matthieu, el miedo de Puzyna no estaba justificado, porque Rampolla había alcanzado el techo máximo de votos, habiendo el Cardenal Sarto pasado entre tanto de 5 a 24 votos en una marcada ascensión. Lo mismo confirmaron otros cardenales italianos presentes. Así pues, parece que Puzyna se adelantó “a fin de hacer creer a su Emperador y al gran público que había impedido la elección de Rampolla”<sup>364</sup>. El Cardenal Matthieu había sido muy devoto de León XIII y de su Secretario de Estado Rampolla, por

---

364 Carlos PRATI, *Papas y Cardenales*, Madrid, Editorial Voluntad, 1927, pp. 138 s.

lo que abundó en comentarios sarcásticos, a los que por su carácter ingenioso era dado, contra Pío X. Publicó incluso en la *Revue de Deux Mondes* un artículo con el título “Los últimos días de León XIII y el Conclave”, en el que se jactaba de la importancia que había tenido en éste. El artículo apareció sin firma, pero se sospechó su autoría y el *Osservatore Romano* publicó, sin aludir a nadie, su reprobación sobre el contenido.<sup>365</sup>

En suma, se eligió a un Papa de mediocres cualificaciones comparado con Rampolla y de aficiones hostiles a la Francia librepensadora. Así, pues, en la elección probablemente ganaron los austríacos, porque en primer lugar consiguieron librarse de Rampolla, que les hubiera sido hostil, y en segundo lugar el elegido, Sarto, era más favorable a la causa de los Imperios Centrales que a la laica Francia. Es decir, la elección no fue realmente un triunfo francés, como el subsiguiente Pontificado habría de demostrar. Por su parte Gutiérrez de Agüera calificó a Pío X de persona de “grandes dotes, miras elevadas, astucia<sup>366</sup> y virtud”.<sup>367</sup>

## LA PROHIBICIÓN Y SUS EFECTOS

En todo caso, y fuera el que fuere el influjo del veto en la elección de Pío X, una de las principales decisiones que éste adoptó fue precisamente a favor de la derogación del privilegio de exclusión. En efecto, al subir al solio<sup>368</sup>, el nuevo Papa encargó el tema de la exclusiva a una comisión cardenalicia, presidida por Pietro Gasparri, la cual a su vez encomendó un informe a un minutante, Eugenio Pacelli (futuro Pío XII). Éste presentó sus conclusiones en diciembre de 1903: si el veto de las potencias católicas era tolerable en tiempos del poder temporal de los Papas, una vez caído éste, el veto era una injerencia arbitraria e injustificada en la vida interna de la Iglesia y debería ser abolido. La comisión hizo suyo el informe de Pacelli y sugirió al Papa la abolición de forma solemne. Pío X prohibió el supuesto privilegio por la Constitución *Commissum Nobis*

---

365 Carlos PRATI, p. 192. Matthieu murió en octubre de 1908.

366 ¡Sic!

367 Por telegrama de 4 de agosto a las 2. Leg<sup>o</sup> 3411.

368 Merecerá acaso la pena notarse que, durante el conclave de 1903, era secretario el español Merry del Val. A su término, Pío X lo nombró Prosecretario de Estado, lo que lo determinaba ya para próximo Cardenal Secretario de Estado, cargo que ocupó el distinguido Cardenal español, hijo y hermano de Embajador. Fue el hombre fuerte de todo el pontificado de Pío X. Parece, por cierto, que Merry del Val, siendo secretario del conclave de 1903, hizo uso por primera vez en tal ocasión de una máquina de escribir. (Josef OSWALD, “Raffaële Merry del Val, Staatssekretär Pius X (1903-1914)”, en *Die Auss-enminister der Päpste*, Munich/Viena, Olzog, 1962, pp. 73-93 cf. p.82).

de 20 de enero de 1904. Allí se prohibía toda intervención externa al conclave incluso en la forma de simple deseo y prescribía la pena de excomunión *latae sententiae* para cualquier cardenal o conclavista que se hiciese intérprete o comunicador de tal intervención.

Ello fue confirmado en el canon 166 del nuevo Código de Derecho Canónico preparado bajo Pío X y promulgado por Benedicto XV. También en la Constitución “*Vacantis Apostolicae Sedis*” de Pío XII, de 8 de diciembre de 1945, nº 94, que a su vez reproduce en lo sustancial la Constitución “*Vacante Sede Apostolica*” de Pío X de 25 de diciembre de 1904.<sup>369</sup>

Así pues, para la siguiente elección de 1914, a la muerte de Pío X, no había ya posibilidad de emplear el privilegio de exclusión. Pese a la indudable importancia y condiciones del hasta entonces Secretario de Estado, el español Rafael Merry del Val<sup>370</sup>, el favorito y finalmente elegido fue el arzobispo de Bolonia<sup>371</sup>, Giacomo della Chiesa, con el nombre de Benedicto XV.

A partir de entonces, en los conclaves del siglo XX y XXI, los cardenales han tenido que emitir un previo juramento que, entre otras cosas, los comprometía a “no aceptar la misión de proponer un veto o una cláusula de exclusión contra ningún candidato, de ninguna manera o modo, incluso si fuese como simple deseo, en nombre de nadie o de autoridad alguna civil o política o ninguna otra. Ni revelaremos tener o conocer noticia de un veto o cláusula de exclusión, sea cual hubiese sido el medio de llegar a saberlo. Ni ayudaremos a ninguna intervención de tal clase o petición o deseo, así como a ninguna otra actuación de poderes mundanos o autoridades de ninguna clase, o de gentes o individuos que pretendieren intervenir en la elección de Pontífice”. Y concluían tocando el Evangelio: “*haec sancta Evangelia quae propria manu tango*”.

Cabría, en todo caso, esbozar una crítica de la decisión piana.

La decisión de Pío X ha sido muy alabada, como uno de los laudables actos de ese Pontífice<sup>372</sup>, con el que se hubiera puesto término a una inconveniente práctica aplicada en los conclaves. Así por ejemplo en el libro de Carlos Prati:

“Se ve por el relato de Stendhal en sus *Paseos por Roma*, cuán insistente y odiosa era la intervención que las potencias católicas trataban de ejercer en los antiguos conclaves: discursos en francés del Embajador de Francia; discursos en latín del Embajador de España; intromisión temible de Austria por medio

---

369 Y posteriormente por la Constitución *Vniversalis Dominici Gregis* de 22 de febrero de 1996, de Juan Pablo II.

370 Si bien acaso objetado tal vez por parte alemana, o así se decía, a causa de su vinculación a Inglaterra, donde había nacido.

371 Y, en tiempos, Secretario de la nunciatura en Madrid, a las órdenes del Nuncio Rampolla.

372 Particularmente objeto de alabanzas desde que fuera canonizado por Pío XII.



de sus cardenales; maniobras disimuladas y ladinas... ¡Cuán lejos y desusado parece todo eso, a pesar de ser tan cierto y relativamente próximo a nosotros! El derecho de *veto* que la iglesia concedía, por una tolerancia tal vez entonces inevitable, a las grandes potencias católicas, como Francia, España y Austria, está hoy completa y definitivamente abolido. Sabido es que el último intento de ese género fue hecho en 1903 por el Emperador de Austria, Francisco José, contra el Cardenal Rampolla, pero fue en vano, pues, como ya hemos visto antes, el Cardenal Rampolla no hubiera sido elegido, a pesar de todo. Sabido es también que el primer acto de Pío X, apenas subido al trono, fue publicar un *motu proprio* suprimiendo para siempre el derecho de *veto*".<sup>373</sup>

En realidad, la decisión de Pío X es susceptible de una rigurosa crítica, que atenúa en mucho su valor. Valgan las siguientes apreciaciones.

En primer lugar, Pío X no hizo más que reiterar las cautelas de anteriores Pontífices contra la injerencia de los Príncipes en la elección papal.<sup>374</sup>

Nada de eso se había en realidad atendido. Efectivamente, de que las onerosas y gravísimas penas canónicas establecidas para quienes revelasen noticias de los hechos acaecidos en los conclaves a los que hubiesen asistido, ni se cumplían ni se temían, dan palmario testimonio numerosas menciones de todas las épocas. A un informe del Embajador Vargas Laguna se apostilla en la secretaría de Estado en la Corte madrileña: "El 19 de septiembre de 1823, el Sr. Vargas da cuenta (a pesar del secreto que parece debía guardarse) de la marcha que sigue el Cónclave". El Marqués de Grimaldi en el siglo XVIII ordena que se actúe "en el caso urgentísimo de creer segura la elección" de determinado cardenal. En 1903 se da por supuesto el hecho de que el Embajador Agüera habrá de estar enterado de "las noticias de lo que pasa en el Cónclave". Y en efecto, Agüera da cuenta por telegrama de los sucesos y votaciones que se iban

---

373 Carlos PRATI, pp. 208 s.

374 Tales fueron como ya se han ido exponiendo:

-La Constitución "Ubi Periculum" de Gregorio X, de 7 de julio de 1274, base de la legislación de conclaves, emitida durante el II Concilio de Lyon.

-La Bula *In eligendis* de 9 de octubre de 1562 de Pío IV.

-La Bula *Aeterni Patris Filius* de 15 de noviembre de 1621 de Gregorio XV.

-La Constitución "Decet Romanum Pontificem" de Gregorio XV, de 12 de marzo de 1622.

-La Constitución "Ad Romani Pontificis", de Urbano VIII, de 25 de enero de 1625.

-La Constitución no publicada por Urbano VIII; "constitutio super libertate suffragiorum S.R.E. Cardinalium, quam Urbanus VIII paraverat edere, sed non edidit".

-La Constitución "Apostolatus officium", de Clemente XII, de 4 de octubre de 1732.

-La Constitución *In hac sublimi* de 23 de agosto de 1871, en la que Pío IX prohibía las interferencias de poderes seculares en los conclaves.

-La Bula "Consulturi", de Pío IX, de 18 de octubre de 1877, sobre conclave.

En todas ellas se trata de la libertad de los cardenales, libres de injerencias laicas.

produciendo en el conclave y, terminado éste, hace en el citado extenso despacho<sup>375</sup> una minuciosa relación de cómo se desarrolló todo en cada uno de los últimos decisivos escrutinios y del veto interpuesto por el cardenal Puzyna<sup>376</sup>. Es una maravillosa fuente para el conocimiento de tales sucesos. Dese luego, se sabía en la Corte que el Embajador estaba puntualmente informado de cuanto acaecía día tras día y escrutinio tras escrutinio en el seno del conclave, lo que quiere decir que se le iban proporcionando noticias desde dentro. En suma, nada tan vedado por obligado secretismo y de pocas cosas se sabe tanto como del número y resultado de los diarios escrutinios, votos de los cardenales, pactos y negociaciones entre ellos, hasta llegar a la mayoría de los dos tercios y la elección.

En segundo lugar si, como los enemigos del veto se cuidan de manifestar, éste no se basaba en ningún precepto legal válido, es obvio que Pío X no podía derogar un derecho inexistente. La “exclusiva” no se basaba en ninguna noma jurídicamente establecida ni por tanto derogable.

En tercer lugar, aunque hubiera querido, Pío X no podía prohibir nada a los soberanos seculares, que no dependían de sus decisiones.

En cuarto lugar, Pío X tampoco podía, alegando libertad de la elección, restringir la libertad de los cardenales, ni su voluntad manifestada en voto libérrimo y secreto. Es decir, podía prohibir en virtud de Santa Obediencia y bajo pena de excomunión *latae sententiae* recibir de cualquier potestad civil el encargo de proponer el veto aún bajo la forma de simple deseo, pero no quitar a ningún cardenal la libertad de emitir luego su voto secreto en el sentido que quisiera.

En quinto lugar, lo que sí podía era prohibir (y desde luego prohibido quedó) a cualquier cardenal bajo pena canónica, que de modo público, durante el conclave, expresara un veto de algún soberano o gobierno extranjero.

Y en sexto lugar, también podía, como lo hizo mediante el canon 241 del Código de Derecho Canónico, restringir los poderes del Sacro Colegio durante la sede vacante que le autorizaran a tomar decisiones que no fueran meramente de suplencia (que conservó, como se hizo en la elección de camarlengo de Aloisi Masella en 1958).<sup>377</sup>

---

375 *Vide supra* el sustancioso texto.

376 *Vide* sobre todo ello *supra*.

377 Pío XII dejó sin cubrir los dos más importantes cargos de la Curia Romana, el de Cardenal Secretario de Estado y el de Cardenal Camarlengo. A su muerte, por lo tanto, el Sacro Colegio hubo de decidir la elección del Cardenal Aloisi Masella para la Cámara Apostólica.

Curiosamente, lo que hizo Pío X fue condenar aquella práctica que precisamente había al menos contribuido a elevarlo a él al solio, si bien suele aducirse que los votos de Rampolla aun ganaron uno después del veto, aunque para decaer luego, mientras que los de Sarto subían ya.

Finalmente suele también alegarse, de forma algo optimista, que la decisión de Pío X es una prueba del auge y prestigio del Papado. Lo que demuestra es, al contrario, la decadencia de su poder en el mundo. Ya no ha interesado saber si a un Rey convenía más un Papa que otro, como sucedía en 1618 (“si le importa más al Rey que sea Papa uno que otro y si le toca meterse en ello”). En el mundo posterior a 1903 ya a ningún Estado europeo interesó si el Papa fuese germanófilo o francófilo. El Pontificado no contaba ni cuenta ya como potencia internacional.

Sí cuenta felizmente, y en muy alto grado, como poder espiritual, pero el poder político lo perdió y no precisamente por su voluntad.



ISBN:978-84-95265-81-4



9 788495 265814



MINISTERIO  
DE ASUNTOS EXTERIORES, UNIÓN EUROPEA  
Y COOPERACIÓN